

N.º 261

\$ 6.-

CIMBAL

Hijo del Lobo



ELEM
FORTI

Juan y Juanita

CAPITULO XXXIX.—DESENMASCARADOS.



1. Los amigos de Juan y Juanita recurrieron al guardabosques Daniel para que denunciara el fraude que proyectaba hacer la señora Felisa Hermine. Daniel dijo al notario: “—La señorita Lidia murió. Esa niña que la señora Hermine presenta como su hija es realmente Juanita. La herencia no le pertenece”.



2. Por cierto que añadió que la niña era obligada a representar aquella indigna comedia, amenazada de ser internada en un orfanato, con su hermano y sus amigos. Cuando Felisa Hermine se presentó a retirar la herencia de su supuesta hija, se halló en presencia de Daniel y de los niños.

(Continúa en la penúltima página.)

Simbad

NO VI — 1.º-IX-1954 — N.º 261

Directora:	Elvira Santa Cruz (Roxane)
Suscripción anual:	\$ 300.—
Semestral:	\$ 150.—
Recargo por vía certificada:	Anual: \$ 21.— Semestral: \$ 11.—
Extranjero:	
Anual:	U.S.\$ 2,10
Semestral:	U.S.\$ 1,05
Recargo por vía certificada:	Anual: U.S.\$ 0,20 Semestral: U.S.\$ 0,10

El señor Roberto Castelblanco F. no es agente de suscripciones de esta Empresa por lo tanto no puede contratarlas".

El jorobado

APITULO XLV.—La novena campanada.

Enrique de Lagardere había dicho que las nueve de la noche se presentaría ante el príncipe de Gonzaga, y éste no daba de que cumpliría su palabra.

—La hora se acerca —indicó Felipe de Santua a sus satélites—. Preocupaos vuestras espadas, señores.

desenvainó la suya, cuyo acero flexible destelló bajo las luces.

siroles avanzó con rapidez hacia la salida.

—¿A dónde vas? —le preguntó su amo.

—A cerrar la puerta, monseñor.

—Déjala así. He dicho que quedará abierta, y abierta quedará. siroles se situó prudentemente en la última fila. Los gentiles-sombra permanecieron cerca de Gonzaga. El marqués de Charny, al otro lado de la mesa, era el más próximo a la puerta. todos tenían la espada en la mano y la mirada fija en la galería oscura.

El reloj dejó oír ese chirrido que precede a las campanadas.

—¿Estáis, señores? —preguntó Gonzaga.



—¡Estamos! —fué la respuesta unánime.

Esperaban, ojos y oídos en acecho. En medio de aquel gran silencio, de pronto llegó de afuera un ruido de lucha. El reloj iba dando la hora. Pareció un siglo el tiempo que tardaron en sonar las nueve campanadas. A la octava, cesó el ruido de aceros. A la novena, las dos hojas de la puerta se cerraron bruscamente.

—Es la señal —exclamó Gonzaga, bajando la espada—. ¡Por Lagardere muerto!

—¡Por Lagardere muerto! —repitieron todos cogiendo sus vasos y vaciándolos de un trago.

Sólo Chaverny permaneció inmóvil y silencioso. En el momento en que se llevaba el vaso a los labios, vióse a Gonzaga estremecerse. Alguien surgía de debajo de la mesa. Resonó una risa seca y estridente.

—¡Soy de los vuestros! ¡Estoy aquí! ¡Estoy aquí!

No era Lagardere, por cierto que no.

Gonzaga, prorrumpiendo en una carcajada, murmuró:

—Es nuestro amigo el jorobado.

Este, cogiendo con su garra un vaso, gritó:

—¡Por Lagardere! Ese pusilánime, sabiendo que yo estaba aquí, no se ha atrevido a venir.

—¡Por el jorobado! —gritó el coro riendo—. ¡Viva el jorobado!

—¡Ah señores! —dijo éste con simplicidad—. Cualquiera que no conociera vuestro valor, habría supuesto que pasasteis un buen miedo.

Cocardase y Pasepoil aparecieron en la puerta.

—¡Reparación del honor! —dijo Gonzaga alegremente—. Dadles un vaso a cada uno. Beberán con nosotros.

El marqués de Chaverny les miró con repugnancia. Eran los verdugos que habían dado muerte a un valiente.

—Creo que si Lagardere logra entrar en esta sala, me hubiera puesto de su lado —murmuró en voz no muy baja.

El jorobado, que le había oído, preguntó a Gonzaga:

—¿Monseñor está bien seguro de ese hombre?

—No —fué la respuesta del príncipe.

Cocardase y Pasepoil bebían y comían por veinte. Al oírles hablar de la casaca ensangrentada y del hospital de Val-de-Grace, el marquesito protestó indignado:

—¡Pero es una infamia! Se ha cometido un asesinato.

El jorobado, demostrando profundo asombro indagó:

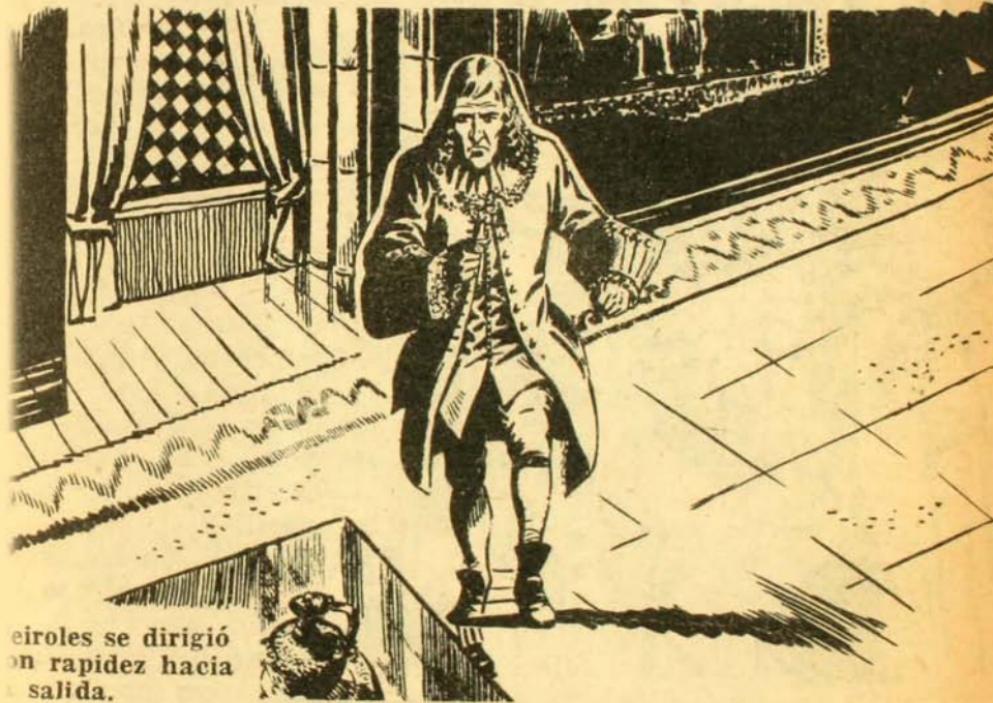
—¿De dónde sale éste?

—Dejadlo. Ya es hora de que se celebre la boda. Doña Cruz, id a buscar a vuestra amiga.

—¡Por vuestros espousales, marqués! —brindó el jorobado.

Los rasgos crispados del joven marqués se distendieron en una sonrisa. Aquél era un desafío a beber, y lo aceptó. Sentados uno frente al otro, vaciaron un vaso tras otro.

—No he visto más que a un hombre beber así —susurró Cocarase, que no perdía de vista al jorobado.



— eiroles se dirigió
— on rapidez hacia
— la salida.

Mientras tanto doña Cruz se reunía con Aurora. El corazón de la gitana se oprimió al ver el pálido semblante de su amiga.

—Vengo a buscarte —dijo.

—Estoy pronta —respondió Aurora.

Doña Cruz no esperaba tal respuesta.

—¿Has reflexionado?

—Estuve rezando. Cuando se reza, se ve y se comprende mejor. Estoy dispuesta a morir.

—Pero no se trata de morir, hermanita.

—Hace mucho tiempo —prosiguió Aurora con desaliento— que tengo una idea. Soy yo quien labra su desgracia. Soy yo quien atrae el peligro que sin cesar le amenaza. Soy su ángel malo. Sin mí, podrá ser libre y vivir dichoso... Doña Cruz la escuchaba sin comprenderla.

—Pero, ¿qué estás diciendo? ¿Qué has resuelto?

—Obedecer para salvarle.

Esperaban, ojos y oídos en acecho.



—Vamos, el príncipe nos espera.

—Iré con los ojos abiertos. Flor, yo soy la señorita de Nevers.

—¿Te lo ha dicho Languardere?

—No. Lo sé simplemente. Desde ayer, los acontecimientos de mi infancia tomaron para mí un nuevo sentido. He recordado, y de la comparación surgió la evidencia. La niña que dormía en los fosos de Caylus mientras asesinaban a su padre, era yo. Veo aún la mirada de Enrique cuando visitamos aquellos funestos lugares. Y ese Gonzaga cuyo nombre me

ha atormentado desde mi niñez, ese Gonzaga que va a darme hoy el último golpe, ¿no es el marido de la viuda de Nevers? En cuanto a ti, Gonzaga te utilizará para sus planes.

—Es verdad —dijo la niña gitana en un murmullo, denotando una gran inquietud en su rostro.

—Hasta ayer no me confesó Enrique que me amaba. ¿Por qué ha procedido así? ¿Había, pues, un abismo entre él y yo? ¿Y qué pudo ser ese abismo sino el honor del hombre más leal del mundo? Era la altura de mi origen, la enormidad de mi gran heren-

cia lo que le separaba de mí. Esta grandeza, de la cual sólo conozco las lágrimas amargas...

—Estás muy turbada. Hablas de morir a los veinte años...

—No temas que intente apresurar mi fin. El suicidio es un crimen que no puede expiarse y que cierra las puertas del cielo. Y si no voy al cielo, ¿dónde podría esperar a Enrique? No. Otros se encargarán de liberarme. Esto no lo adivino; lo sé.

La gitana estaba pálida.

—¿Qué sabes? —interrogó con voz alterada.



Cocardase y Pasepoil bebian y comian por veinte.

—Mientras estuve aquí sola —repuso lentamente Aurora—, reflexioné. Las pruebas abundan. Porque soy la señorita de Nevers me raptaron ayer y, por lo mismo, la princesa de Gonzaga persigue con su odio a Enrique. ¿Y sabes que esta idea ha minado todo mi valor? La idea de encontrarme entre mi madre y él me produce el mismo dolor que si un puñal atravesara mi corazón.

(CONTINUARA)



SOLAK EL INVENCIBLE

CAPITULO III.—UN

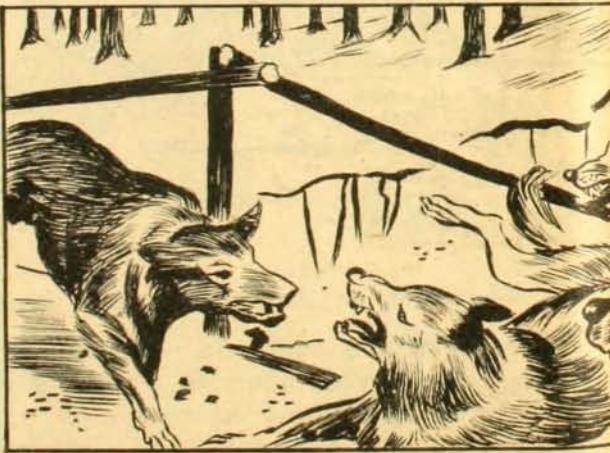
COLLAR DE PERRO.



1. El cazador Pierre Lacoste y el granjero Farley atravesaban el bosque. De súbito Pierre enfocó sus anteojos de larga vista para observar el puente. "—*Mon Dieu!* —exclamó—. Allí está Solak, el rey de los lobos, guiando a la manada a una cacería. Diviso también a una niña. ¡Corramos! Es Monina."



3. Diana presenciaba con estupor la increíble escena. "—Está defendiendo a Monina", susurró. El apuesto e intrigante Pierre comprendió también que Solak desafiaba a la manada; pero odiaba a aquel lobo sagaz y temerario que tantas veces burló sus acechanzas, y disparó con fría cólera.



2. Diana Ken llegaba en ese instante y palideció de espanto al ver el peligro que amenazaba a Monina Farley. Pero la sanguinaria jauría no pudo cruzar el puente. Solak, aunque estaba cansado por su reciente fuga, seguía siendo el rey. Los lobos retrocedieron ante los agudos colmillos del invencible.



4. El fino instinto de Solak había advertido el peligro, y se replegó contra la baranda de madera. La bala silbó junto a él, incrustándose en la nieve. Resonaron otras detonaciones, y la manada se dispersó. El rey de los lobos, comprendiendo que la niña estaba salvada, se lanzó al río.



SOLAK EL INVENCIBLE



5. Monina se refugió en los brazos de su padre, mientras Pierre, con expresión sombría, declaraba: "—Si Diana no hubiera liberado a ese bruto de mi trampa, Monina no se habría visto en tan grave peligro". Diana protestó: "—El contuvo a las fieras para impedir que atacaran a Monina".

7. Amargada por aquella injusticia, Diana emprendió el regreso. De pronto se detuvo al percibir unos gemidos. "—Parece Solak —murmuró—. ¿Estará herido?" En efecto, era el lobo, que sentía dominado por la tristeza. Abandonó la manada, sobre la cual ya no podría reinar, y era rechazado por los hombres.



6. Farley advirtió a Diana: "—Siempre he tenido un gran aprecio a tu abuelito Max y a ti. Pero si cometes desatinos como liberar lobos peligrosos, me veré obligado a pedirles que abandonen esta región. Los cazadores están enfurecidos. Ofreceré una recompensa a quien me traiga la piel de esa fiera".

8. Como un proscrito debía vagar por la helada tierra canadiense. Se detuvo junto a un tronco de árbol, casi sepultado por la nieve. Con sus patas delanteras cavó hasta hallar un collar de perro. Era un objeto que venía a buscar cuando se sentía desorientado. Le traía vagos recuerdos.

(CONTINUARA)

La cabrita desobediente

tos, porque la cabra era perversa y malintencionada, como suelen serlo todas las cabras, y nunca acudía a casa a cenar a la hora fijada, con lo que hacía pasar al muchacho unas rabietas terribles. Sucedío, pues, un día, que Nicolasín salió a buscar a la cabra para llevarla a casa y, después de dos horas, la encontró encaramada en lo más alto de un risco, encimita de un precipicio.

—¡Pintita! —le gritó con voz cariñosa—, no puedes quedarte ahí por más tiempo; es hora de cenar y debemos volver a casa. ¡Tengo mucha hambre y dejé la cena en la mesa!

—No iré —contestó la cabrita— hasta que haya terminado la hierba que hay en este montecillo... y en aquel otro... y en el de más allá...

—Pues entonces iré a decírselo a mi madre — amenazó el muchacho.

—Sí, vete corriendo, y así podré seguir comiendo en paz —contestó Pinta.

Nicolasín fué a decírselo a su madre.

—Ve a buscar al zorro y dile que muerda a Pinta —dijo la mujer. El muchacho corrió a buscar al zorro.

—Querido zorro, muerde a Pinta, porque no quiere ir a casa a su hora, y tengo hambre y quiero cenar —le dijo Nicolasín.

Pero el zorro no quiso, y el muchacho corrió a

Erase una mujer que tenía un hijo y una cabra. El hijo se llamaba Nicolasín, y la cabra, Pinta. Pero la cabra y el muchacho no se llevaban muy bien y nunca se les veía jun-

tos, porque la cabra era perversa y malintencionada, como suelen

—¡Pintita! —llamó
Nicolasín.





Pero la cabra desobediente no bajaba del risco.

contárselo a su madre.

—Bien; vete a buscar al lobo y dile que destroce al zorro —dijo ella.

El niño corrió a buscar al lobo.

—Lobo, destroza al zorro, pues el zorro no quiere morder a Pinta, y Pinta no quiere volver a casa a su hora y yo tengo mucha hambre y quiero cenar.

—No quiero estropearme mis zarpas y dientes con un zorro pellejudo —contestó el lobo.

Nicolasín corrió a contárselo a su madre.

—Bien; vete a buscar al oso y dile que mate al lobo —dijo la mujer. El muchacho corrió a buscar al oso.

—Oso, mata al lobo, pues el lobo no quiere destrozar al zorro, y el zorro no quiere morder a Pinta, y Pinta no quiere volver a casa a su hora, y yo tengo mucha hambre y quiero cenar.

—No quiero ensuciar mis zarpas en un animal tan cobarde como ése —contestó el oso.

El muchacho corrió a contárselo a su madre.

—Bien; vete a buscar al cazador y dile que dispare sobre el oso —dijo la campesina.

Nicolasín corrió a buscar al cazador y le contó su problema.

—No quiero malgastar mis balas por tan poca cosa —contestó el cazador.

Nicolasín corrió a contárselo a su madre, quien dijo:

—Bien; ve a buscar al pino y dile que aplaste al cazador.

El muchacho corrió a buscar al pino.

—Pino, aplasta al cazador, pues el cazador no quiere disparar sobre el oso, y el oso no quiere matar al lobo, y el lobo no quiere destrozar al zorro, y el zorro no quiere morder a Pinta, y Pinta no quiere volver a casa a su hora, y yo tengo mucha hambre y quiero cenar.

—No estoy dispuesto a romperme las ramas por eso —contestó el pino.

Nicolasín corrió a contárselo a su madre.

—Bien; ve a buscar al fuego y dile que quemé al pino —dijo ella. El muchacho corrió a buscar al fuego, que se negó a ayudarlo diciendo:

—No quiero consumir mis llamas por tan poca cosa.

El muchacho corrió a contárselo a su madre.

—Bien; ve a buscar al agua y dile que apague al fuego —dijo ella.

Pero el agua rehusó la tarea.

Nicolasín corrió a contárselo a su madre.

—Bien; ve a buscar al buey y dile que se beba al agua —dijo la sagaz campesina.

El muchacho corrió a buscar al buey, que le respondió:

—No estoy dispuesto a reventar por eso.

El muchacho corrió a contárselo a su madre, que sugirió:

—Bien; ve a buscar al yugo y dile que estrangule al buey.

Nicolasín corrió a buscar al yugo.

—Yugo, estrangula al buey, pues el buey no quiere beberse al agua, y el agua no quiere apagar al fuego, y el fuego no quiere



anuncian que en la edición 262 estarán de MANTEL LARGO Y GRAN FIESTA, celebrando a Simbad en sus CINCO AÑOS. Con este



—No quiero ensuciar mis zarpas en un animal tan cobarde — respondió el oso.

tro, y el zorro mordió a Pinta, y Pinta echó a correr risco abajo y, al querer saltar la cerca del establo, se rompió una pata. Y por ahí anda todavía cojeando. Pero Nicolasín dijo que merecía ese castigo, por no haber querido volver a casa a su hora cuando él tenía tanta hambre.

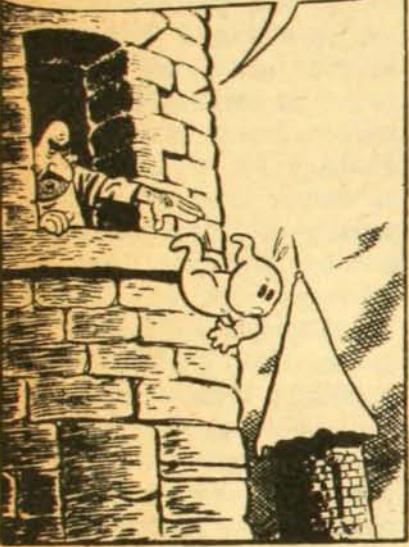
quemar al pino, y el pino no quiere aplastar al cazador; y el cazador no quiere disparar sobre el oso, y el oso no quiere matar al lobo, y el lobo no quiere destrozar al zorro, y el zorro no quiere morder a Pinta, y Pinta no quiere volver a casa a su hora, y yo tengo mucha hambre y quiero cenar. El yugo tenía mejor voluntad que los demás, y casi ahorcó al buey, y el buey bebió al agua, y el agua apagó al fuego, y el fuego quemó al pino, y el pino aplastó al cazador, y el cazador disparó sobre el oso, y el oso mató al lobo, y el lobo destrozó al zorro,

motivo ofrecen a los lectores un grandioso CONCURSO con espléndidos premios.

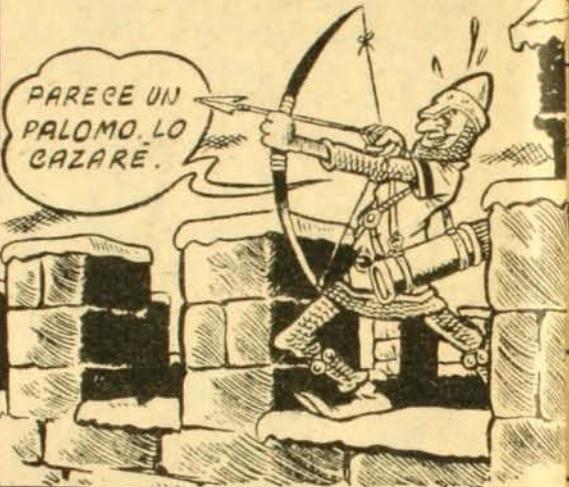
¿Quieres sacarte un tocadiscos? ¿O prefieres grabaciones con temas infantiles? Entre los niños que envíen soluciones exactas se sortearán discos PULGARCITO, de linda presentación y variados colores. El premio mayor será el tocadiscos. Además, Ponchito y Pelusita ofrecerán suscripciones trimestrales, premios en dinero y libros de cuentos, etc.

El fantasma

NO QUIERO FANTAS-
MAS EN MI TORRE



DESDE UN TORREÓN UECINO...



ESTA ES LA LLAVE
QUE NECESITO



LA PUERTA
ESTÁ ABIER-
TA ¿SALES?



BUENA
PUNTERÍA



¡ALERTA!
NOS ATACAN
POR DETRÁS

ESE ES EL
MAMBO DE LA
FLECHA.



OLVIDÉ LA LLAVE DE
LA CADENA. TIENES QUE
HUIR ASÍ.



SIGUE CAMINANDO DERECHO... ES
DECIR DERECHO POR ESTE CORREDOR



CONTINUARA'



SOLITARIO BILL

CAPITULO XLVI.—LA SOMBRA DE UN INDIO



¡Condenada escalera!



¡Ah!



¡Maldita oscuridad!



Pluma Blanca me parece sospechoso.

1. Solitario Bill dominaba a su adversario, cuando Tex Montaña, que bajaba de cuatro en cuatro los escalones, resbaló y cayó con la pesadez de un saco de piedras sobre el héroe texano. El desconocido se libró entonces de Solitario Bill y, luego de asestarle un recio golpe, huyó velozmente.

3. "—No tengo ojos de gato montés para horadar la oscuridad — replicó el joven. De pronto su rostro se ensombreció, al añadir: Tenía el torso desnudo y llevaba una pluma como..." Al verle vacilar, Tex Montaña rugió: "—¿Por qué no terminas de decirlo? Como Pluma Blanca, ese indio mal nacido que..."



Soy un animal.



Eres más confiado que un ternero nuevo.



Ese jovencito indio te está engañando.

2. "—Yo tengo la culpa de que se escapara ese maldito mestizo", gimió el voluminoso Tex arrancándose los cabellos en su furia. La sonora risa de Solitario Bill repercutió en el pozo indio. "—No creo que sea el mestizo." Olvidando su desesperación, el vaquero preguntó: "—¿No le viste mientras tenías explicaciones con él?"

4. "—No digas tonterías —interrumpió Solitario Bill—. ¿Qué motivo tendría Pluma Blanca para desechar mi muerte?" Su amigo repuso: "—Fué idea tuya nombrar jefe de las dos tribus a Hijo del Trueno. Siendo el esposo de la reina Altamaha, Pluma Blanca tal vez codiciaba gobernar a los semínolas".



SOLITARIO

BILL

¿No hay novedades, Pluma Blanca?



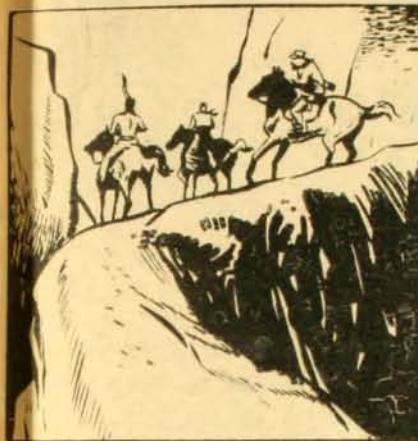
5. "—Esa es la causa de su cólera contra ti", concluyó Tex Montaña, convencido. Pero el héroe de Texas se negaba a admitir la culpabilidad del joven indio y regresó donde él les aguardaba, junto a los caballos. "—¿No has visto a nadie sospechoso, Pluma Blanca?", preguntó, mientras Tex hacía rechinar los dientes.

Llevaré a mi hermano blanco al desfiladero.



6. "—No —respondió Pluma Blanca—. Exploremos ese desfiladero." El desconfiado Tex Montaña cavilaba: "Tal vez nos lleva a una emboscada". Pluma Blanca descubrió pisadas en la tierra y dijo: "—Dos caballos herrados como los que usan los rostros pálidos. El tercero no tiene herraduras".

Estas lluvias de plomo no me gustan.



7. "—Dos jinetes blancos y uno de raza india", dedujo Solitario Bill. Pluma Blanca siguió rastreando y distinguió huellas de mo-casines. Siguieron entonces aquel rastro, y cuando atravesaban el paso flanqueado por un abismo las balas silbaron sobre sus cabezas. Luego se oyó la estampida de un galope.

¿Qué sucede, Tempestad?



8. "—No les dejemos huir —gritó Solitario Bill—. Es extraño. Veo tres jinetes, pero ninguno de ellos es indio." Tex Montaña gruñó: "—Yo sé dónde está el indio". Continuaba la persecución, y, al llegar a un puente, el caballo de Solitario Bill se detuvo, presintiendo un peligro.

(CONTINUARA)

LA Maldición DE LING-SAI



CAPITULO XII, y
FINAL.—Se revela el
misterio.

Eliana Davis, Ling Sai, la madre Yao y Hsu transpusieron una puerta secreta, retirándose de la sala donde la secta de los Cien y otra multitud que permanecía en la penumbra celebraban una reunión decisiva.

Eliana había preguntado a la anciana china:

—¿Y Lin? ¿Está bien?

—Perfectamente —respondió la madre Yao.

Eliana enmudeció de asombro. Esa voz... Incrédula, observó la figura pequeña y frágil, que podía compararse con una estatuilla de marfil opaco desgastada por los años. A pesar de las joyas que resplandecían en sus dedos y de las uñas largas y doradas, la apergaminada piel de sus manos denotaba vejez. Bajo los párpados rugosos, su mirada era vaga y plácida. Eliana había visto surgir de aquel cuerpo decrepito una fuerza dominadora. Conocía las transformaciones de la madre Yao. La ancianita distraída y suave se convertía en una mujer que inspiraba terror.

Pero ahora no sólo se trataba de su cambio de carácter. Era algo más profundo. Un aliento de juventud, una ráfaga de vida intensa y vibrante.

Los ojos de ámbar la observaban con una expresión de sutil ironía.

—Lin —exclamó Eliana, reconociéndola.

Advirtió el asombro de Hsu y el de Ling Sai.

—Sí, soy yo —admitió la supuesta madre Yao—. Mantuve el secreto de mi doble personalidad, y sólo Chien tuvo sospechas, que nunca pudo confirmar.

Eliana recordó las intempestivas visitas del gigantesco chino y

as miradas escrutadoras. Pero cuando veía juntas a la madre Yao y a la falsa Lin, es decir, a Eliana, su espíritu se sumía de nuevo en la confusión.

—Acaso la madre Yao no tiene dos rostros?”, había rugido una vez, y luego retrocedió al ver que Lin avanzaba para situarse junto a la anciana china.

—No hay tiempo para explicaciones —dijo la verdadera Lin—. Confrontaré a la secta y hablaré en nombre de la hija de mi hijo. Sonrió a Eliana agregando:

—Ling Sai y Hsu te acompañarán a la casa.

Con la seguridad de quien está habituada a ser obedecida sin discusión, volvió a la sala. Hsu hizo un gesto como si deseara detenerla, pero ninguna palabra brotó de sus labios. Entrecerró por un instante sus ojos de torturada expresión y luego dijo:

—Vamos, oh sublime sombra.

Se dirigió a Eliana, que lo siguió sin hablar. Detrás de ellos caminaba Ling Sai.

La hija del doctor Davis no cesaba de observar a Hsu. Advirtió su cuerpo tenso y la paz de su semblante. La fuerza que sostenía a joven oriental se desplomó al llegar a la vivienda de Lin. Al verse vacilar, Ling Sai le rodeó con sus brazos.

—¿Qué tienes, Hsu? Perdona al torpe Ling ai. Estaba tan abstraído, que no vi tu sufriente... ¿Quién te herió?

—En el templo de los Cien Dragones..., cuando bajaba la escalera, un dardo, tal vez envenenado...

El sabio, secundado por Eliana, desvistió al herido. A la altura del hombro había incrustada una aguja, de no más de tres centímetros. Ling Sai la extrajo.

—Veneno —repitió Hsu—. Moriré, porque no existe el antídoto para combatirlo.

El doctor chino lo sabía también y guardó un sombrío silencio.

—Sublime, ahora
puedo morir tranqui-
lo —murmuró Hsu.



Eliana sugirió con voz temblorosa:

—Yo puedo atenderlo. Mi padre...

—¿Quién es tu padre? —interrogó Ling Sai.

—El doctor Davis.

Una sombra de alegría cruzó por las pupilas de Ling Sai. Después dijo con voz opaca:

—Es un gran sabio, pero ni siquiera él o su discípula pueden salvar a Hsu. La ponzoña que usa la secta de los Cien es mortal.

—Quiero vivir hasta que ella regrese —murmuró Hsu.

Pronto lo dominó la fiebre. Hablaba confusamente pero las frases surgieron nítidas y claras cuando citó estos versos:

*Ligera como una nube flotante,
vigorosa como un dragón acosado.*

Sin duda se refería a Lin, y Eliana reflexionó que esa comparación era exacta. La enigmática jovencita china estaría demostrándolo en esa hora, en la "noche peligrosa".

Eliana hubiera deseado ver a la niña con apariencia de anciana enfrentada a la secta implacable y a una multitud que aguardaba en la penumbra.

Se estremeció al pensar que pudiera ser derrotada por sus enemigos, poderosos y ávidos. Pero evocó la avasalladora fuerza que emanaba de Lin, el terror que podía inspirar y la sumisión que obtenía con sólo alzar su mano de dedos blancos y afilados. Y supo que en ese duelo sería ella quien triunfaría.

Fué así cómo ninguna persona extranjera se mezcló al grupo de asiáticos en la reunión decisiva. La madre Yao habló con voz pausada y dominante. Era tan profunda la fascinación de esa voz, que todos la oyeron dócilmente. Una antigua emperatriz les dirigía la palabra, y ellos la escuchaban inclinando sus cabezas. El Gran Uno había sido convocado por Ling Sai y no se presentó. Continuó ausente durante el discurso de la madre Yao.

—No tiene en su poder una sola pagoda —repitió la supuesta anciana—. Es sólo un aventurero, sin una gota de sangre imperial en sus venas. Mi dinastía no será reimplantada y menos aun por esa carroña ambulante.

Se elevó un murmullo de protesta. La madre Yao insistió:

—No tendréis un imperio de fantasmas. Mi dinastía se extingue. El símbolo de su poder ha sido destruído.

Las voces se alzaron vehemente, desaprobando esa decisión.

—Las nueve pagodas despertaron el odio y la codicia. La muerte violenta acechaba a aquellos que pusieron las manos sobre ellas. Ling Sai no es el padre de mi nieta, sino sólo su guardián. Pero con el transcurrir de los años, al ver que no era separado de ella, se forjó la ilusión de que era verdaderamente su hija. Pero aparecieron las nueve pagodas que transformarían a Lin en una emperatriz. Otros conocían también el símbolo contenido en las torres de oro y trataron de poseerlas. No sólo se desató una ola de persecuciones y crímenes, sino que Lin fué separada de su guardián y éste cayó en poder de fanáticos que lo torturaron. Lin odió entonces el símbolo que había cambiado su apacible vida y que era una amenaza para la vida de su padre adoptivo. Comprendió, sin embargo, que sólo las nueve pagodas le darían supremacía sobre sus enemigos y el poder necesario para rescatar a Ling Sai.

Guardó silencio. Ling Sai se había libertado sin ayuda.

—La hija de mi hijo no quiere ocupar el trono del Dragón — concluyó la madre Yao—. Esta es su voluntad.

La multitud se inclinó en un saludo silencioso. La emperatriz Lin no reinaría. Y ningún usurpador podía tampoco ascender a su trono porque las nueve pagodas de oro habían sido destruidas.

La reunión se disgregó. En el misterio de esa noche, la última descendiente de una familia imperial extinguida prefería la vida ignorada de una hija del pueblo.

Al llegar a su casa, Lin recobró su apariencia natural. El leal Hsu aun respiraba.



Eliana se reunió con su padre ante el sonriente Kin Chi.

—Sublime, ahora puedo morir tranquilo.

Mirándola intensamente, murmuró:

—He sido feliz sirviéndote. Un día mi corazón tuvo sueños dulces e imposibles, porque tu mirada fué suave al detenerse en el humilde Hsu. Era la primera vez que te veía tan cercana. Pero no eras tú, sino tu bella sombra, tu hermana del cielo.

Se estremeció al advertir que los ojos de ámbar le contemplaban con ternura y tristeza.

Su mano se extendió vacilante. Una expresión de dicha iluminaba su faz cuando sus párpados se cerraron para siempre.

Ling Sai encendió silenciosamene unas varillas de incienso ante Kuan Yin, la diosa de la Misericordia.

Horas más tarde, Eliana se reunía con su padre, conducido junto a ella por el sonriente Kin Chi. La niña se refugió en aquellos brazos queridos, llorando de alegría.

—Tranquila, mi niñita —decía el profesor, ocultando su propia emoción.

Al llegar el instante de las explicaciones, Ling Sai declaró:

—El Gran Uno me secuestró, porque odiaba a Lin y la temía. Ella le impedía el paso hacia el trono y necesitaba mantenerla bajo su dominio, atemorizarla, obligarla a renunciar a sus derechos. Pero Lin no es débil ni pusilánime. Batalló contra él. Hasta mi prisión llegaban las noticias de esta guerra sorda, y me sentí orgulloso de mi emperatriz. Mi egoísmo paternal me impulsó a maldecir las nueve pagodas, pero luego medité. Era mi obligación de súbdito secundar a Lin. Por ese motivo, cuando le entregué la última pagoda y la acompañé al Templo de los Cien Dragones, experimenté la satisfacción del deber cumplido.

—¿Y por qué el Gran Uno secuestró a mi padre? —indagó Eliana. El rostro de Ling Sai se plegó en mil arrugas al sonreír.

—Es extraño, increíble —dijo con suavidad—. El Gran Uno era un extranjero. Deseaba tomar el aspecto de un verdadero chino, para engañar a sus vasallos. Mi honorable amigo el doctor Davis y yo somos científicos. Nos exigió que realizáramos la transformación, cambiando sus rasgos y el color de su piel. Fingí obedecerle, mientras con el astuto Kin Chi proyectábamos la fuga. El Gran Uno intentó hallar a la desaparecida hija del doctor Davis. Sus agentes la buscaron en vano. Se tuvo noticias de una niña que servía en la casa de té de Fan Tan; pero se esfumó de la noche a la mañana.

—¿Por qué deseaba raptarme?

—Amenazándote de muerte, obligaría a tu padre a someterse a su voluntad. El doctor Davis, por protegerte, se habría visto forzado a obedecer.

—¿Y lograron huir?

—Sí. El tratamiento que hice seguir al Gran Uno no le dió las características de la raza amarilla..., sino las de la negra. Bajo esa apariencia jamás podrá presentarse ante sus aliados. Seguía sonriendo. Tenía el cuerpo cubierto de cicatrices y sufrió humillaciones y vilezas, pero su venganza había sido terrible.

—Ahora han terminado entonces las intrigas y el peligro?

—Sí. Chien el Tigre Volante seguirá siendo sólo un bandido de las montañas. Wung no podrá realizar sus ambiciones. En un tiempo sospeché que él era el Gran Uno. Detesta a Lin y trató muchas veces de capturarla.

Eliana recordó al falso mendigo que la había conducido a las riberas del Hoang Ho. Era un enviado de Wung.

La extraña aventura había llegado a su fin. Eliana recobró sus rasgos naturales y volvió con su padre a Nanking.

—Adiós, hermanita menor —le dijo Lin. Y aquélla fué la última vez que Eliana vió a la enigmática niña china.

La extraña aventura de la joven emperatriz china permaneció ignorada para la mayoría.

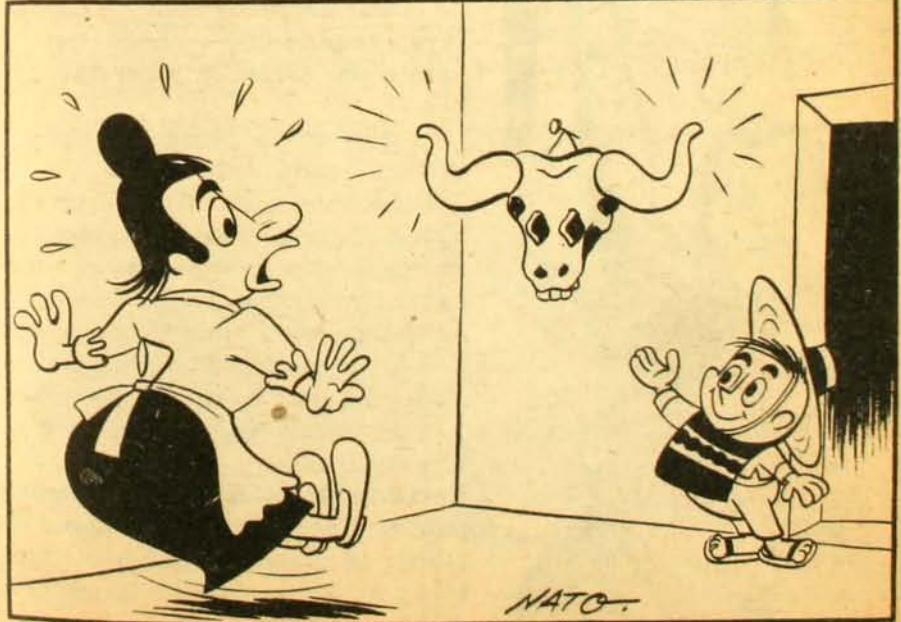
Eliana Davis evocaba los misteriosos acontecimientos. En algunas ocasiones dudaba de que hubiesen ocurrido realmente. Pero le bastaba mirar una estatuilla china o la imagen de la diosa Kuan Yin y comprendía que no había soñado. El misterio asomado a los ojos oblicuos de jade o de marfil era el mismo que rodeó a Lin. Y aunque parecía irreal, existía, como existió ella.

Wung debió renunciar a sus ambiciones.



Ponchito

por nato





LA MAGIA de MORGANA

LOS TRES JINETES GRISES

CAPITULO III.—El joven mago.

El hada Morgana suplicó a Ives el Lobo que la protegiera contra las tres brujas grises.

—Me despojarán de todo mi poder si logran alcanzarme antes de que lleguemos a la fuente del Graal —murmuró aterrorizada. Cruzaron el bosque de Brocelandia, llegando a la región de las grandes piedras. Ascendieron las gradas gigantescas. Morgana se debilitaba cada vez más.

Alzó en sus brazos a la desfallecida Morgana.



—Nos alcanzan —gimió. Ives la alzó en sus brazos.

—Es inútil —murmuró ella, inclinando su rubia cabeza. Una nube de oro se extendió ante los ojos de Ives, cegándolo—. Bebe en la fuente del Graal y serás invencible.

Ives depositó a Morgana sobre la extensa grada indicándole:

—Espérame aquí. Volveré pronto. Veloz como el viento, atravesó la distancia que lo separaba del manantial mágico y bebió. Una fuerza desconocida inundó su cuerpo y dió mayor lucidez a su mente. Podía desafiar enemigos poderosos y comprender los secretos de criaturas extrañas.

Recordando a Morgana, desamparada y temerosa, quiso llenar de nuevo la copa. Entonces el agua se agitó en un hervor impetuoso,

y, entre el vaho quemante, se alzó la queja del hada, que había caído en poder de las Parcas.

Un instante después, las tres hechiceras aparecían ante él, grises, con sus rostros sin edad, sus ojos fijos y alucinantes, sus bocas desdentadas y blandas.

—Eres poderoso, porque has bebido de esa fuente —masculló una de las brujas—; pero nosotros tenemos en nuestro poder a Morgana y a Ogier.

El héroe se estremeció. No debía demostrarlo, sin embargo, vacilante ni atemorizado. Avanzó hacia ellas mientras en sus pupilas relampagueaba una mirada terrible, y las tres Parcas huyeron. Las siguió, hasta llegar a un pantano.

Las brujas conocían los ocultos caminos bajo el lodo viscoso y trataron de atraer a su perseguidor a una trampa mortal. Pero Ives era sagaz y no se dejó engañar. De pronto, las vió detenerse. De las aguas cenagosas surgían enormes salamandras.

Pero su vacilación fué breve. Cogiéndose unas a otras las manos esqueléticas, se internaron en la ciénaga. Ives las siguió, hundiéndose bruscamente en el agua espesa y negruzca. Logró, sin

Del pantano surgían enormes salamandras.

De la fuente brotó la queja del hada prisionera.

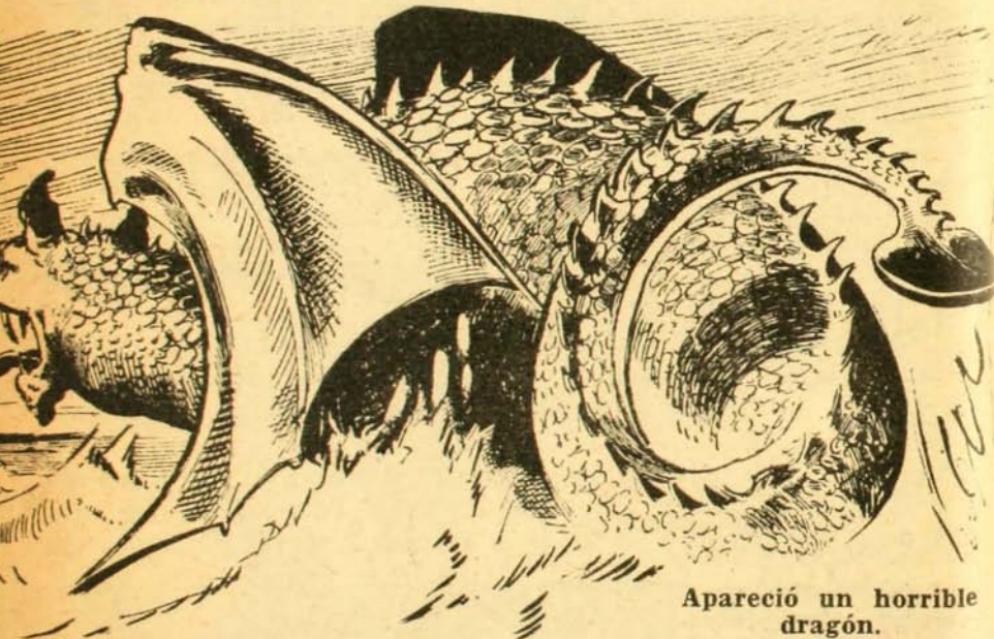


embargo, asentar pie en un angosto sendero y continuó la persecución.

De pronto el pantano se agitó y minutos después emergía una cabeza inmensa, recubierta de escamas. Era un dragón. Ives desenvainó su espada. El monstruo ya había surgido por completo y de sus flancos se escurrían el musgo y el lodo.

Pero el héroe no se vió obligado a sostener aquella desigual batalla. Poseía un mágico poder y, bajo su mirada, el dragón se convirtió en piedra.

Ives reanudó en seguida la marcha. Las Parcas llegaban ya a su torre, y una de ellas se volvió para maldecir al Hijo del Lobo.



Apareció un horrible dragón.

Comprendiendo que ése era el momento para usar la astucia, el joven caballero se desplomó sobre la arena.

Ante la negra torre, tres unicornios vigilaban la puerta. Eran los carceleros de Morgana y Ogier.

Triunfante, la bruja que había maldecido a Ives se acercó a la inerte figura y pronunció las palabras que convierten a la víctima en polvo, en carbón o en piedra. Pero la fórmula no surtió efecto y en cambio dos manos de hierro aprisionaron los huesudos tobillos.



Ives cogió los esqueléticos pies de la bruja.

El héroe no yacía desvanecido. Era sólo un ardid, para apoderarse de la bruja gris. Las tres hermanas juntas poseían un poder igual al suyo. Separándolas, menguaba su fuerza y sus sortilegios.

—Transfórmate en sauce junto al pantano —ordenó, y aquel cuerpo descarnado se resecó aún más. Luego sólo se vió un árbol de retorcidas raíces.

Las otras dos brujas temblaron de espanto. Comprendían que estaban vencidas. Pero aun intentaron lanzar un maleficio sobre Ives cuando él se acercaba. El joven las con-

virtió en dos ratas grises, que desaparecieron en una cueva.

Ives levantó de la arena una concha marina, que una de las brujas había llevado pendiente al cuello.

—Es una trompeta —observó, y sopló sobre ella con todas sus fuerzas.

El sonido vibró en el espacio y, al oírlo, los tres unicornios golpearon la tierra con sus cascos.

(CONTINUARA)

Las convirtió en dos ratones grises.



Concurso Semanal

¿CUANTOS AÑOS CUMPRO?



*Cumpleaños feliz
deseamos a ti.*

Solución a Simbad 259: El 20

Soy la entretenición favorita de los niños. Entre mis mejores amigos se cuentan Pelusita, Ponchito y los lectores de todo Chile. Soy generoso, porque para celebrar mi cumpleaños echaré la casa por la ventana, regalando premios espléndidos. Además, no sólo festejaré de esta manera mi aniversario, sino que seguiré brindando a mis amiguitos magníficas oportunidades para ganar maravillosos obsequios. ¿Cómo me llamo y CUANTOS AÑOS CUMPRO? Envía tu solución a revista Simbad, casilla 84-D, Santiago, incluyendo el cupón que aparece en esta misma página.

de agosto celebraremos el natalicio de don Bernardo O'Higgins.

Entre los lectores que enviaron soluciones correctas, salieron favorecidos los siguientes niños: CON UNA SUSCRIPCION TRIMESTRAL: Santiago Castro, Valparaíso; Vicente Paredes, Copiapó; Guifredo Recobal, San Javier; M. Angélica Vogel, Curicó; Jorge Domínguez, Concepción; Arnoldo Martínez, Itahue. CON \$ 20.—: Erlinda Mendoza, Lebu; Marta Rodríguez, Santiago; Jorge Vergara, Santiago; Francisco Martínez, Concepción; Nancy Rex Munich, Santiago; Gabriela Eissmann, Lontué; Jorge Muñoz, Santiago; Francisco Soza, Santiago; Iris Sol Estrada, Rengo; Emilio Loyola, Santiago. CON UN LIBRO: Eduardo Fuentes, Valparaíso; Pablo Tramitz, Santiago; Edgardo Nilo, Chillán; José Hormazábal, Los Lagos; Gabriela González, Santiago; Víctor Ferreira, Lota Alto; Carlitos Arancibia, Santa Juana; Luis Baladrón, Parral; Claudio Freire, Los Angeles; Carlos Sánchez, Peumo.

CUPON DEL CONCURSO Semanal
SIMBAD N.º 261

Correspondencia

EDO CARRASCO.—Entusiasta admirador de FANTASMITA, de "Ponchito" y "Pelusita" declara que como "SIMBAD" no hay otro semanario infantil más interesante y lindo. Estamos de acuerdo.

HUGO ZUNIGA, ROSITA ALCA-YAGA, FRANCISCO JAVIER CASTILLO.—Si no encuentran la revista en los quioscos, acudan a las agencias de Zig-Zag o suscribanse pronto. Nos complace que tanto les guste Juan y Juanita y Solitario Bill.

EUGENIA CABEZAS.—Hemos hecho su reclamo a Sección Suscripciones. Se le enviará lo que pide.

ELBA URRA, Mónica Ortega.—Se deleitan ustedes con las serialles y dibujos de esta pequeña gran revista "SIMBAD". Pronto una magnífica novela titulada "LOS PRINCIPIOS FUGITIVOS". Les agradará enormemente. Gracias por sus felicitaciones a Elena Poirier y Nato.

ROXANE.

Juan y Juanita



3. Juanita lanzó una exclamación de alegría al verlos, pero Felisa, frunciendo el ceño, preguntó: "—¿Qué hacen aquí mi guardabosques y estos muchachos vagos, a quienes acogí en mi casa?" El notario contestó severamente: "—Su plan ha fracasado. Llamaré a la policía". Luego se volvió hacia los niños.



4. "—¿Cómo puedo agradecerles su ayuda, muchachos?" Mincho respondió: "—Cuando llame a la policía, diga que sueltan a nuestros compañeros. Roque y el hermano de esta señora los acusan falsamente". Terminada esta aventura, los niños quedaron otra vez libres..., y sin hogar ni dinero. ¿Cómo vivirían?

(CONTINUARA)

PELUSITA

POR NATE



NATE.

1º 262

Simbad

mple

5 años

ELENA POUYER



NIVERSARIO

\$ 6.-

Juan y Juanito

CAPITULO XL.— MINCHO DEBUTA EN CINE



1. Mincho caminaba preocupado por las riberas del Sena. ¿Qué harían él y sus compañeros? Lograron sacar a flote la chalana "El Aguila de los Mares", pero no tenían recursos para vivir. pronto vió que un caballero cruzaba distraídamente la calle para evitar que fuera atropellado, lo hizo retroceder con un golpe.



2. Sin comprender el motivo de aquel asalto, el hombre gritó: "—¡Maldito granuja!" Mincho repuso: "—No es usted muy agudo, mi buen hombre. Lo salvé de caer bajo las ruedas de un camión". El caballero dijo entonces: "—Gracias, amiguito. Me llamo Samuel Fox".

(Continúa en la penúltima página)

Simbad

O VI — 8-IX-1954 — N.º 262

Directora:	Elvira Santa
Cruz (Roxane)	
Suscripción anual:	\$ 300.—
Semestral:	\$ 150.—
Recargo por vía certificada:	Anual: \$ 21.— Semestral: \$ 11.—
Extranjero:	
Anual:	U.S.\$ 2,10
Semestral:	U.S.\$ 1,05
Recargo por vía certificada:	Anual: U.S.\$ 0,20 Semestral: U.S.\$ 0,10

"Sefor Roberto Castelblanco F. no es agente de suscripciones de esta Empresa
lo tanto no puede contratarlas".

I jorobado

PITULO XLVI.—Chaverny
se queda sin novia.

ora de Nevers hablaba con profunda amargura:

Y si debiera elegir entre mi madre Enrique de Lagardere? Desde que oí el nombre de mi padre, creo ir con su misma alma. El deber nace ante mí por primera vez y la del deber me habla con tanta fuerza como la voz de la dicha... Hasta no creí que existiera nada capaz de separarme de Enrique este mundo; hoy...

Hoy? —repitió la gitana.

Lientes lágrimas se deslizaron por las pálidas mejillas de Au-

lermanita, has pronunciado unas palabras que me espantan: "nos se encargarán de liberarme" —citó doña Cruz, angustiada. I. Cuando me quedé sola, con la frente ardiendo, salí de este inete para respirar aire libre. Me detuve ante una puerta. E a través del ojo de la cerradura. En ese momento, ninguna quer estaba sentada alrededor de la mesa.



—Sí, nos habían alejado. Gonzaga dijo...

—¡Ah! —murmuró Aurora estremeciéndose—. ¿Es Gonzaga hombre que parecía dominar a los otros?

—Es el príncipe de Gonzaga.

Con su frente reclinada en el hombro de su amiga, la prisionera continuó:

—Te has fijado en esos ramos de flores que adornan la mesa.

—Sí.

—Y Gonzaga no te ha dicho: "Si se niega a casarse con Chaverny será libre"?

—Son sus propias palabras.

—Pues bien, era el príncipe el que hablaba cuando yo miré la cerradura. Los invitados le escuchaban inmóviles, mudos, lídos. Oí...

—¿Qué oíste? —preguntó ansiosa la gitana.

Aurora no respondió. En ese instante aparecía Peiroles en umbral.

—Señoras —anunció—, os esperan.

La hija de Nevers repuso:

—Estoy dispuesta a seguirlos.

Al subir la escalera, doña Cruz se acercó a ella. Aurora, oprimiendo la mano suavemente, susurró con una sonrisa:

—El príncipe tiene atenciones de gran señor. Al rehusar no quedará libre, sino que me obsequiará con un ramo de hermosas flores.

La gitana la miró algunos instantes con fijeza. Comprendió que tras aquellas palabras se ocultaba algo trágico, pero nada pudo adivinar.

* * *

—¡Bravo, Jorobado!

—Firme, Chaverny!

—Chaverny derramó media copa sobre los encajes! ¡Eso trampa!

Esopo II y el marquesito se habían desafiado a beber, según costumbre de la época. Trajeron unos vasos grandes pedidos al jorobado y éste vació en el suyo una botella de champán. Chaverny quiso imitarle, pero su mano temblaba. Sus amigos apresuraron a escanciar el vino.

—A vuestra salud, señores! —dijo el jorobado, y aproximó

el enorme vaso a sus labios, bebió sin apresurarse, pero de una vez todo el contenido. Hubo una salva de aplausos. Chaverny, al que continuaban sosteniendo sus padrinos, trasegó también su jarro, pero todos comprendieron que aquél era su último esfuerzo. Esopo II había ganado la apuesta y fué alzado en triunfo, mientras el marquesito rodaba debajo de la mesa. La sala retumbó con los aplausos.

—¿Qué sucede? —preguntó el príncipe, aproximándose—. ¿Dónde está Chaverny?

Esopo II saltó de la mesa con agilidad, y golpeando con su pie las piernas del marqués que sobresalían debajo del mantel, repuso:

—Aquí está.

Gonzaga frunció las cejas, murmurando:

—Teníamos necesidad de él!

—Para la boda, monseñor? —inquirió el jorobado.

—Sí, para la boda.

—Pardiez!, si uno se pierde otro se encuentra —sugirió el hombrecillo—. Aquí donde me veis no desdeñaría una buena proposición. Me ofrezco, señor, para sustituir al marqués.

El inesperado ofrecimiento provocó grandes carcajadas entre la concurrencia. Gonzaga miraba atentamente al jorobado que, a pocos pasos de él, se mantenía erguido sobre sus torcidas piernas, sosteniendo en una mano el enorme vaso.

—Buena idea —dijo alguien—. ¡Casemos al jorobado!

—Será muy divertido!

—Y habrá que ver la cara de Chaverny cuando se despierte! Con una expresión cruel en sus labios, Gonzaga dijo señalando



Ardientes lágrimas se deslizaron por las pápidas mejillas de Aurora.

—¿Dónde está Chaverny? —preguntó el príncipe.



al dormido marqués
—¿Quién se lleva a
te hombre?
Esopo II respiró
fundamente, esfor-
dose por ocultar su
gría. Los amigos
marqués hicieron un
timo esfuerzo en su
vor. Le gritaron y le
cudieron. Oriol le
tió encima una garr
de agua.

—Despierta, Chaver-
que te birlan la novia
—¡Y tendrás que
volver la dote de
cuenta mil escudos!
—¡Chaverny, Chaver-
despierta!

Vanos esfuerzos. Cocardase y Pasepoil cargaron al vencido pa-
llevarlo afuera. Gonzaga habíales hecho una seña, pero al pa-
cerca de Esopo II, éste les ordenó en voz baja:

—Por vuestra vida no toquéis un cabello de su cabeza y lleva
“la carta” a su dirección.

El jorobado, subiendo de un salto sobre la mesa, declaró:

—Señores y señoras, intentaré hacerme digno de las bondades
del ilustre príncipe, a quien deberé mi compañera. Os ofreceré
representación de una comedia nueva para demostraros que
arte de la seducción es más fuerte que la naturaleza misma.
Todos aplaudieron estruendosamente.

—¡Nos dará una clase de galantería! Se titula “El arte de ag-
dar”, por Esopo II, llamado también Jonás.

—¡Bravo, jorobado! ¡Bravo!

—Con la ayuda de mi joven esposa haré lo posible por distraer
a los concurrentes —agregó.

—¡La novia! ¡La novia! ¡Que traigan a la novia!

En aquel momento se abrió la puerta del gabinete. Gonzaga
clamó silencio. Entró doña Cruz, seguida de su amiga. En el
tro de la hija de Nevers veíase una palidez de muerte.

A la vista de Aurora se elevó un murmullo de admiración. Reincidentemente olvidaron la farsa divertida que se prometían y el orobado no halló eco cuando dijo con acento cínico:

—¡Pardiez! ¡Mi novia es bella!

Cocardase y Pasepoil habían regresado y reconocieron a las jóvenes. Una era la que Cocardase viera en Barcelona del brazo de Lagardere. La otra, la que Pasepoil divisara en Bruselas, también del brazo de Enrique.

—Querida niña —dijo Gonzaga, cuya voz pareció a todos ligeramente alterada—, ¿la señorita de Nevers os ha dicho lo que esperamos de vos?

Sin levantar los ojos, pero alta la cabeza y firme la voz, Aurora contestó:

—La señorita de Nevers soy yo.

El hombrecillo giboso se estremeció tan violentamente, que su moción fué advertida por todos, aún en medio de aquella sorpresa general.

—¡Diablos! —exclamó en seguida, dominándose—, ¡mi novia es le buena casta!

—¿Su novia? —repitió doña Cruz, atónita.

Sus ojos de expresión desconfiada observaron al príncipe y a sus ortesanos. Creyó ver sólo semblantes que reflejaban la cobardía la maldad. Nadie defendería a Aurora de las garas del jorobado.

(CONTINUARA)

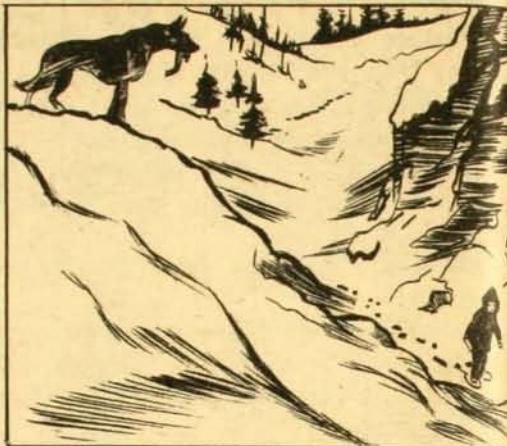
1 ofrecimiento del
robado provocó
grandes carcajadas.





SOLAK EL INVENCIBLE

CAPITULO IV.—SOLA RECUPERA SU COLLAR.



1. Solak cogió entre sus dientes el collar que había desenterrado de la nieve. Dirigió una mirada alrededor, para cerciorarse de que no lo acechaba algún enemigo: los lobos o los tramperos. Tranquilizado, emprendió el camino y de pronto se detuvo al borde de una hondonada. Había divisado a Dalia Ken.

3. Un grito estriidente brotó de los labios de Dalia cuando Solak apareció ante ella. Lo había libertado de una trampa y lo defendía contra el odio del cazador Pierre Lacoste, pero sabía que era un lobo y no pudo reprimir un movimiento de terror. Luego, al comprender que deseaba alejarla del peligro, lo siguió.

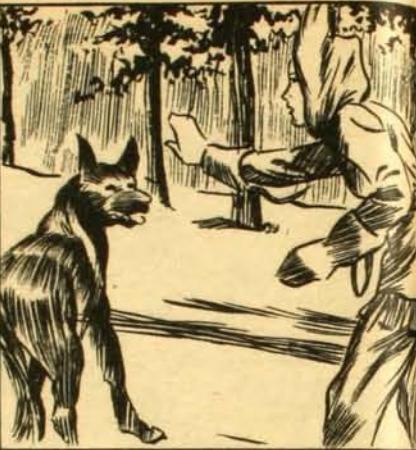


2. Súbitamente se produjo un rodado. La rubia niña retrocedió espantada. No conocía muy bien la región e ignoraba en qué dirección debía huir para no quedar sepultada bajo el derrumbe. Sin vacilar, Solak descendió por la pendiente opuesta, mientras el alud estremecía el espacio con el fragor del trueno.

4. Se refugiaron en una caverna, precisamente cuando el alud de rocas y nieve se precipitó en el cañón, resonando con estruendo ensordecedor. “—Solak, has salvado mi vida” —murmuró Dalia. Sus temores y recelos se desvanecieron. Abrazó al noble animal, susurrando: “—No eres un lobo salvaje.”



SOLAK EL INVENCIBLE



5. "—Eres, sin duda, un perro con un corazón valiente y leal" —añadió. Nunca Solak se había sentido tan orgulloso y feliz. Aunque Dalia deseaba con toda su alma llevarlo consigo, comprendió que era peligroso para Solak. En todo el bosque había carteles ofreciendo una recompensa por su captura.

7. Descubrió que ese objeto, unido vagamente a su existencia y que constituía su más preciado tesoro, estaba en manos de Pierre Lacoste, el cazador que lo perseguía con odio implacable. Rugiendo enfurecido, atacó al hombre que miraba intrigado el collar. Con un juramento de rabia, Lacoste cayó.



6. "—Nunca podré convencerles de que no es un lobo sanguinario" —caviló Dalia con tristeza y en seguida ordenó a Solak que regresara al bosque a ocultarse. Profundamente apenado por esa cruel despedida, Solak se alejó. Al recordar el collar, se encaminó hacia el lugar donde lo dejara caer.

8. Al reconocer a Solak, Pierre gruñó: "—¡Maldición! Tengo que impedir que se lleve ese collar." El lobo nunca había hecho daño a un ser humano. Se limitó a coger el collar y luego huyó velozmente. Pierre disparó contra él, mientras dos tramperos se acercaban, preguntando: "—¿Estás herido, Pierre?"

(CONTINUARA)



Habría príncipes encantados.

CUANDO e L MUNDO CAMBIO.

Empezaron a circular rumores extraños. Nadie los comprendía bien. Porque antes de ese tiempo, ¿quién había oído nunca nombres tan extraños como "hada", "duende", "gigante", "bruja", "enano"?

Todos estaban ansiosos de oír más detalles. ¿Cuándo aparecerían esos personajes? ¿Vendrían de otro planeta?

Los sabios no sabían cómo defenderse de las multitudes que les asaltaban para hacerles preguntas tan inquietantes como éstas:

—¿Los gigantes comen bosques o montañas?

—¿Dónde duermen las hadas?

—¿Cuántos enanitos caben en un dedal?

—¿Es cierto que las brujas vuelan en escobas?

Los sabios terminaron por encerrarse con siete llaves y hubo al-

gunos que se encerraron hasta con ocho llaves. Tenían miedo de oír más preguntas y estaban intrigados.

Los reyes y los príncipes oyeron decir que vendrían otros reyes y príncipes, que serían distintos a ellos, porque estarían encantados. "¿Encantados de qué?", interrogaban algunos, sin comprender. Y los murmullos les contestaban: "Encantados por causa de alguna magia, de un sortilegio, de un embrujo". Por cierto que con estas explicaciones los monarcas y sus hijos quedaban más perplejos que antes.

Después, cuando los rumores se hicieron más comprensibles, el mundo entero se sintió agitado y conmovido.

Al saber con exactitud quiénes eran las brujas, los gatos experimentaron primero un gran asombro y luego se volvieron locos de alegría.

—Nuestras siete vidas eran muy aburridas —maullaban—. Las únicas distracciones eran subir al tejado o correr detrás de algún ratón. Ahora, en cambio, viviremos como verdaderos magos. Volaremos en las escobas de nuestras amas, las ayudaremos a preparar sus menjurjes mágicos, en las calderas hirvientes; cazaremos murciélagos y en los aquelarres veremos cómo nuestras dueñas bailan en torno a la hoguera, haciendo sonar sus piernas huesudas. ¡Oh, qué vida nos daremos siendo gatos de brujas!

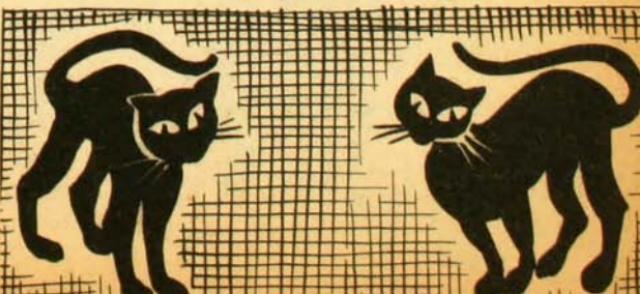
Los reyes se alegraron al saber que ahora, al nacer una princesita o un príncipe, tendrían un hada por madrina. Sabían que para el bautizo debían invitar a todas las hadas, a las buenas y a las malas, para que estas últimas no pronunciaran un maleficio. En todos los países se edificó un palacio monumental para que fuera habitado por el gigante que se dignara llegar hasta esas tierras.

Y los enanos también tuvieron sus viviendas diminutas.

Aquella raza fantástica que llegaba a este mundo, no debía desaparecer. Los niños la necesitaban más que nadie.

La felicidad de ese cambio fué, sin embargo, muy breve. Por una misteriosa razón, las brujas, las hadas, los gigantes, los enanos y los miles de personajes fantásticos, empezaron a languidecer.

Los gatos sintieron primero un gran asombro.



—Morirán —gemían los sabios, desesperados.

Era verdad. Las hadas se veían cada vez más transparentes y pálidas. Los gigantes caían de súbito, en un campo, en una montaña o en el mar y permanecían allí sin ánimo de levantarse. Ocurrían grandes catástrofes con estas caídas. Las montañas se desmoronaban, el mar se desbordaba inundando ciudades y aldeas; en el campo, donde se desplomaba un gigante, no volvía a crecer la hierba.

Los enanitos empezaron a hacerse cada vez más pequeños y sin duda desaparecerían en el aire.

Las brujas languidecían y sus gatos estaban desesperados.

—Ya no volamos en la escoba —decían con lastimeros maullidos—, ni las vemos bailar con esos agradables sonidos de huesos. Cada uno trató de evitar que se extinguiera la raza mágica. Los niños acudían con regalos y flores. Los animalitos trajeron los alimentos que a ellos más les agradaban: los conejos y cabritos ofrecían zanahorias, el chanchito apareció con un canasto de cáscaras de papas.

Pero nada reanimaba a los enfermos. Entonces alguien tuvo una idea genial y dijo:

—Todos estos son personajes fantásticos y necesitan actuar en bellos cuentos. Si no, morirán de tristeza y desaliento.

Los niños traían regalos y flores.



—¿Qué debemos hacer? —preguntaron voces ansiosas.

—Inventar cuentos y contárselos a los niños. Y no sólo narrarlos, sino también escribirlos para que todos los lean.

—¿Escribirlos? Eso es dificilillo —comentó un sabio, preocupado.

—¿Escribirlos? —repitieron todos, mirándose unos a otros, sin saber qué hacer.

—Se necesita una persona con una gran imaginación —sugirió tímidamente un topo.

—Y, además, hace falta una revista infantil —añadió un

iejecito, buscando los anteojos en
odos sus bolsillos para ver con
uienes hablaba. Al ponérselos,
uió los ojos, asombrado. En esa
eunión no faltaba una sola crial-
ra. Había ejemplares de la raza
umana y representantes de los
imales y de las aves.

-Yo sé el nombre de la persona
en imáginaón y de la revista
ue todos los niños leerán —de-
laró la lechuza.

-¿Quiénes son? ¡Nómbralas!

-Roxane y "Simbad".

Oír esos nombres, todos pensan-
on que eran los más maravillosos
ue habían oído desde que empezaron a circular los rumores del
undo fantástico.

"ROXANE" y "SIMBAD" fueron repetidos como un conjuro pa-
a que se salvaran las hadas, los gigantes, los enanos.
ué una alegría ver cómo regresaban a la vida aquellos seres que
staban languideciendo. Las hadas resplandecían como los refle-
os de la luna. Los gigantes cobraron tanta fuerza y crecieron
anto, que los antiguos palacios ya no les servían y fué necesario
onstruirles viviendas en las fronteras para que abarcaran parte
e dos países.

as brujas se sentían tan vigorosas, que hasta volaban sin escoba.
a población de enanitos aumentó en tal forma que donde me-
os se pensaba saltaba un enanito.

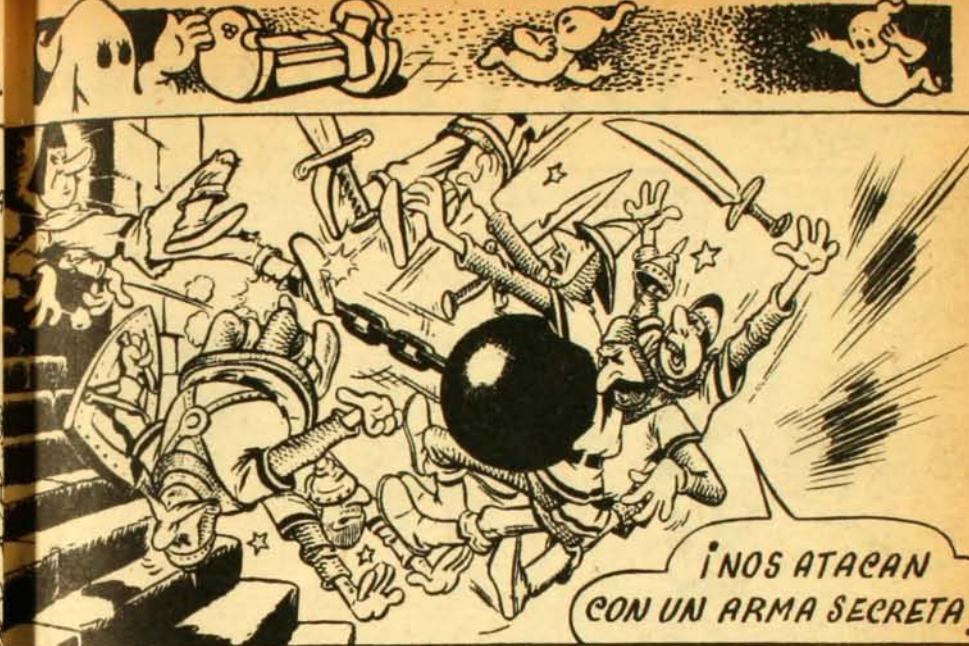
currió, además, otro prodigo. Con el resurgimiento de aquella
aza imaginaria, aparecieron unos personajes mitad humanos y
mitad fantásticos: los dibujantes que ilustran los cuentos infan-
iles. En Chile hubo uno inolvidable: CORE, cuyas manos mágicas
crearon seres de leyenda y de fantasía. Las hadas velaron sus
oces y los gigantes se inclinaron muchas veces sobre él para
dmirarlo.

ahora los niños tienen a Elena Poirier, a Atria y a otros dibu-
jantes que trazan para ellos líneas fantásticas.



El fantasma

LOS GUARDIAS DEL BARON BALO GREEN
DUE EL CASTILLO ES ATACADO. EN REALIDAD SE TRATA DE LA FUGA DE
AMAPOLO.



CONTINUARA



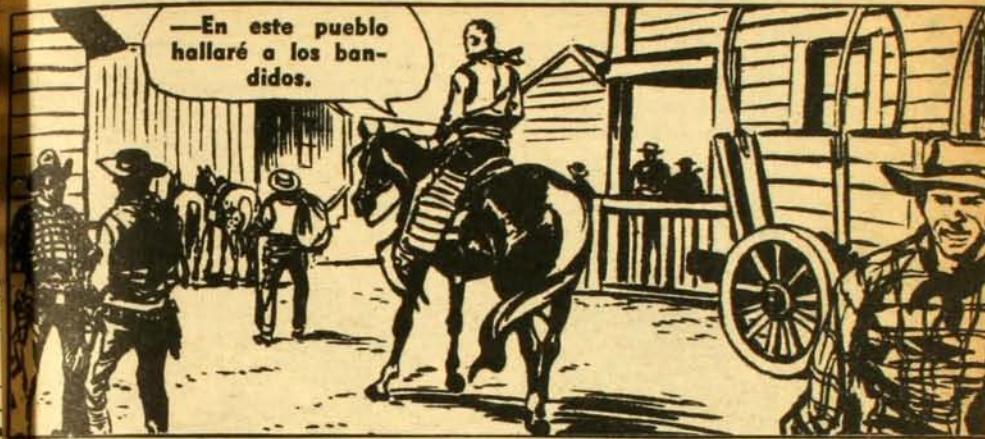
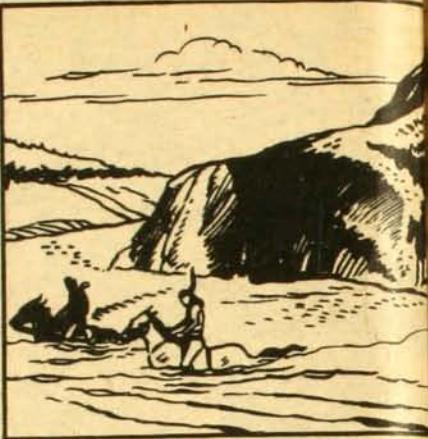
SOLITARIO BILL

CAPITULO XLVII.

PREPARA UNA RIÑA.



—Tempestad pre-
siente un peligro.



1. Solitario Bill, Tex Montaña y Pluma Blanca perseguían a tres jinetes por el desfiladero. Uno de los bandidos rodó al abismo y los otros prosiguieron su fuga. Al llegar a un puente, Solitario Bill advirtió: "—Los maderos están aserrados. Tenemos que cruzar el río a nado."

3. Desde la otra ribera era fácil seguir el rastro de los fugitivos a través de la pradera. Ambos jóvenes avistaron un pueblo y decidieron separarse para entrar en él, sin despertar sospechas. Solitario Bill se dirigió al bar. En la empalizada vió dos caballos sudorosos y fatigados.

—No seas porfiado como un mulo.



—No podemos es-
perar a Tex.



2. Al oír aquella terrible noticia, Tex Montaña gimió, abrazándose a su caballo: "—¿Has oído, General? Vamos, viejo, entra al río. Yo estoy dispuesto al sacrificio." Pero el corcel parecía tener al agua el mismo odio y receló que le tenía su amo y se negó a avanzar, mientras Solitario Bill y Pluma Blanca se alejaban.

—Vengo de Te-
xas.



—Ese tabernero
me parece sospe-
choso.



4. El cantinero, al saber que su parroquiano venía de Texas y buscaba trabajo, le dijo: "—Precisamente aquí está el señor Rodríguez, que necesita hombres bien plantados como usted. Iré a avisarle." Solitario Bill reflexionó: "—Sospecho que estoy dentro de la ratonera que andaba buscando."

SOLITARIO

BILL



5. No lo había engañado la amabilidad del tabernero y sabía que los caballos fueron dejados en la estacada para que él viera sus señales de cansancio. El dueño del bar decía en ese instante: "—Señor Rodríguez, el tipo está aquí. Lo retendré de cualquier modo, hasta que venga el indio."

7. Rodríguez contestó: "—No me conformo con el oro de una sola tumba. Toda la riqueza de Quimera será nuestra si alejamos de la montaña a los indios. Y para lograrlo, es preciso que Solitario Bill desaparezca. No temas mancharte las manos con sangre. El indio y su "cliente" harán la faena."



6. El mestizo Miguel estaba con el llamado Rodríguez y, al quedar solos, dijo: "—Cuando me recogiste al pie de la montaña, te revelé el secreto de Quimera, la ciudad de oro, con una condición: no derramar sangre. Pero tú quieres matar a Solitario Bill. No apruebo ese plan, indigno de caballeros como nosotros."

8. Mientras tanto, el tabernero había llamado a Kid Moradó, un matón de la comarca, para que provocara una riña. "—Detiene aquí a esa buen mozo rubio —le dijo—, aunque tengas que quebrarle todos los huesos." De pronto apareció Tex Montaña, quien venía saliendo del río y traía más agua que una esponja.

(CONTINUARA)



Los PRINCIPIES FUGITIVOS

CAPITULO I.—Invasión del reino de Sovinia.

—A dormir, a dormir —decía Rosalinda corriendo tras una chiquitina de cinco años—. No más juegos, Anita, o llamo a la bruja Maclovia.

—Yo no creo en brujas —declaró el príncipe Igor—. ¿Por qué hemos de acostarnos tan temprano? Ya tengo siete años. La joven institutriz, que adoraba a los príncipes de Sovinia, permitió a sus pupilos que continuaran sus juegos fantásticos.

—Jugaremos a Tadeo y Serapia —dijo Igor—. Y tú, Rosalinda, serás una bruja Maclovia.

Se inició la comedia teatral. Rosalinda vistió de bruja, con una enorme nariz, gafas y un ráido chal.

Se escuchaban gritos y risas infantiles. De pronto entró en el dormitorio el conde de Lucía, regente del reino de Sovinia, y con severo acento dijo a los príncipes:

—Es hora de ir a la cama. Rosalinda, es preciso que los niños aprendan a obedecer. No me agradan esas regalías.

—Buenas noches, tío —murmuraron Anita e Igor.

Rosalinda despojó a los chicos de los oropeles con que se habían disfrazado y les acostó en sus camitas.

De improviso resonó en el palacio un formidable estruendo. Por la ventana se filtró un rayo de luz.

—¿Qué ocurre? —preguntó Igor.

—Truenos y relámpagos —respondió Rosalinda—. Duerman, niños.

Cuando les vió tranquilos se asomó a la ventana y advirtió que la noche estaba plácida. Por lo tanto, el ruido no era de tempes-

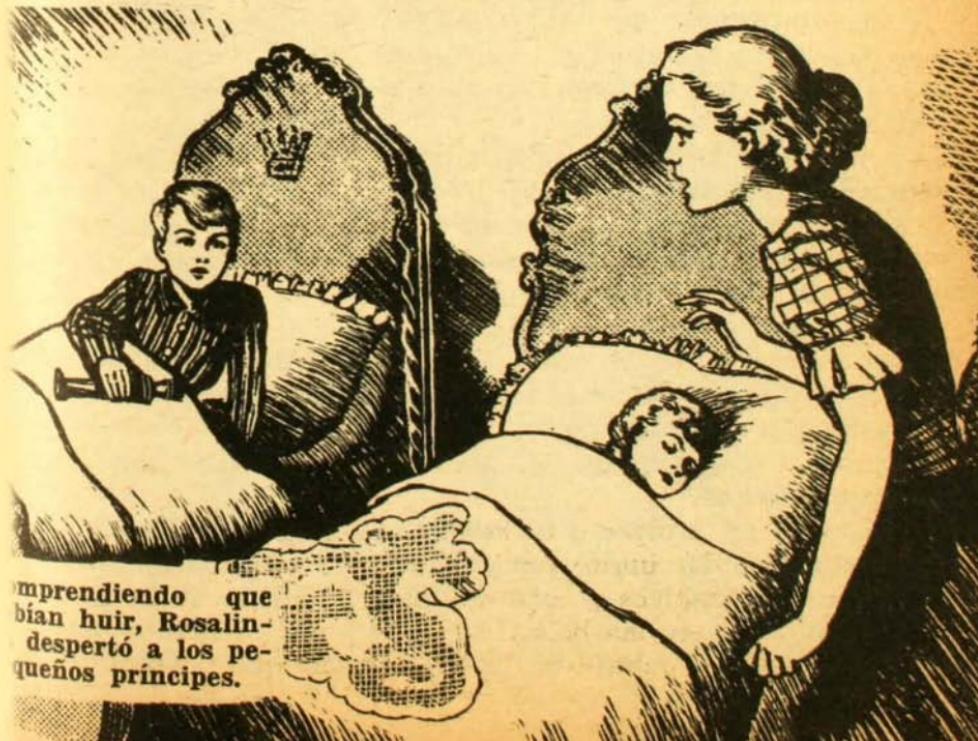
d. Elevando la mirada advirtió en el espacio una bandada de aviones que revoloteaban sobre el palacio. Observando con mayor atención vió que de los aviones se desprendían multitud de soldados en paracaídas.

En seguida Rosalinda escuchó disparos, gritos y rumor de batalla. —Una invasión guerrera —murmuró Rosalinda—. El conde de Ucúa lo estaba temiendo. Son los cracianos... —exclamó Rosalinda, temblorosa. Rosalinda corrió al ala derecha del palacio real donde residía el regente del reino y allí pudo imponerse de los trácos sucesos.

Un grupo de soldados con cascós de acero, rodeaba al conde de Ucúa y le mantenía prisionero; otros grandes del reino también han aherrojados.

—¿Y nuestros soldados? —preguntó Rosalinda a un camarero. —Les asesinaron a todos —respondió el anciano camarero—. Uuya usted con los príncipes, señorita. Acaban de dar orden de utivarlos.

No me los quitarán esos bandidos —exclamó Rosalinda, corriendo hacia el lejano departamento de los príncipes.



Imprendiendo que iban huir, Rosalinda despertó a los pequeños príncipes.

Al atravesar el patio divisó una carreta con paja fuera del recinto enrejado del palacio y esto le dió la idea de huir en ese vehículo con sus protegidos.

Para no atemorizar demasiado a los niños, la joven institutriz les despertó con suavidad y les dijo:

—Vístanse pronto. Vamos a salir a dar un paseo nocturno en carreta. Chit... No hagan ruido para que el tío Lucía no nos sorprenda.

—¿Iremos a rodar tierras como Pulgarcito? —preguntó Anita.

—Sí, mi amor, pero hay que estar muy silenciosos, porque puede venir el ogro.

Igor se vestía de prisa y en silencio, pues comprendía que no se trataba de un juego, sino de una tragedia.

Rosalinda escuchó pasos en la galería y muerta de espanto escondió a los pequeños príncipes en un ropero, cubriéndoles con la ropa que allí había.

—No se muevan —dijo la joven saliendo al encuentro de los soldados que se acercaban al departamento.

—¡Dios santo! —gritó con voz llena de terror—. Han raptado a los príncipes. Se los llevan lejos... ¡Socorro! ¡Socorro!

—¿Quién los ha raptado? —preguntó uno de los jefes invasores

—Tres soldados cargaron con ellos por aquella puerta —expresó Rosalinda, señalando el extremo de la galería.

El jefe y los soldados corrieron en la dirección indicada por Rosalinda y se perdieron en un laberinto de puertas y galerías.

Entretanto, Rosalinda volvía al dormitorio y por una puerta secreta bajaba al patio interior del castillo, llevando a los príncipes fugitivos.

—Allí está la carreta —dijo Anita.

Igor daba una mirada recelosa a las ventanas del palacio y veía asomados en las ventanas a los soldados con cascos de acero que invadían la real mansión.

—Linda —preguntó Igor al oído de su institutriz—, son los cracianos, ¿verdad?

—Sí, pero no lo digas a tu hermana —respondió Rosalinda. La valiente niña cubrió con la paja que había en la carreta a los príncipes fugitivos y echó a andar el caballo. Antes de partir había colocado en una bolsa los objetos más necesarios para sus pupilos y ella se cubrió con una larga capa que la transformaba

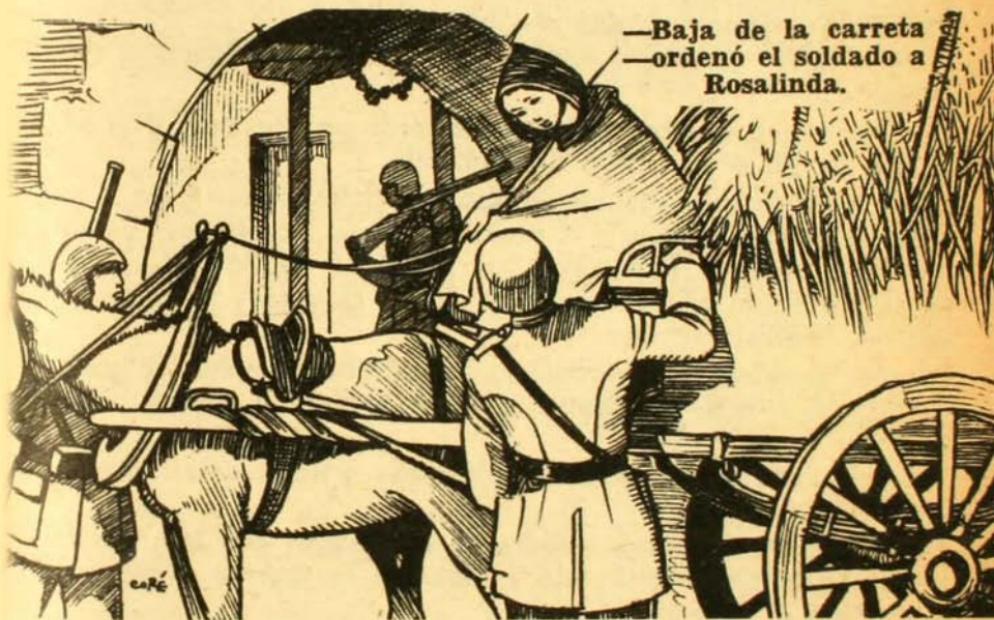
n anciana; además, colocó sobre sus rubios cabellos la peluca blanca de la bruja.

iban a cien metros de distancia del palacio, cuando se encontró con el viejo camarero del conde de Lucía.

—¿Y el regente? —preguntó Rosalinda al fiel criado.

—Está prisionero y pregunta por la suerte del príncipe Igor y de la princesa Anita —dijo el viejo Cristián.

—Dile que huyó con ellos en esta carreta —expresó Rosalinda. Cristián sacó de su manta una bolsa con monedas de oro y la entregó a Rosalinda, diciéndole:



—Baja de la carreta
—ordenó el soldado a
Rosalinda.

—El conde de Lucía me dió este dinero para los príncipes. Señorita Rosalinda, que Dios la proteja... ¡Ay de mí! ¡Ay de nosotros!... Los cracianos nos convertirán en siervos. Pero Sovinia no morirá. Hay hombres valientes que la defenderán. Somos patriotas. Adiós, señorita. Dios la bendiga.

—Dígame, Cristián, ¿cómo puedo llegar hasta la frontera de Helvecia? —preguntó Rosalinda.

—Siga hasta la posada de San Nicolás —aconsejó Cristián—; allí puede pedirle a don Balduino que le facilite un camión-automóvil. Balduino es un patriota cuya fidelidad al reino nadie pone en duda.

Animada por los consejos de Cristián y con la bolsa con monedas de oro que le serviría para facilitar su fuga, Rosalinda continuó su ruta hasta la posada de San Nicolás.

En aquel tranquilo villorrio podría descansar y ofrecer una taza de leche a los príncipes que dormían en la paja.

La carreta se detuvo frente a la antigua posada. De súbito, cual el genio del mal, surgió un soldado craciano que cogió de lasbridas al caballo que conducía la carreta.

Rosalinda ahogó un grito de espanto y cubrió aún más con la paja a sus reales protegidos.

El oficial craciano avanzó revólver en mano.

—Baja de la carreta —ordenó a la disfrazada joven—. Quiero registrarla.

Paralizada por el temor, Rosalinda tardó en obedecer y el oficial la tiró de un brazo fuera del vehículo.

—Tú no eres una anciana —dijo el oficial, arrancando a Rosalinda la peluca blanca y el viejo manto—. Era lo que yo sospechaba, muchacha. Huías con los príncipes de Sovinia, pero has fracasado en tu misión, traidora. Ahora cargaré yo con los niños que mi general reclama.

En seguida el oficial se condujo de extraña manera. Obligando a Rosalinda a inclinarse hasta el suelo, acercó su boca al oído de la joven y murmuró:

—Soy un amigo, señorita. Obedézcarme y finja estar muy asustada.

Antes de que Rosalinda saliera de su estupor por las consoladoras palabras del oficial, éste se subía a la carreta y con rudeza entreabría la paja.

Una exclamación triunfante surgió de los labios del oficial, quien llamando a sus compañeros decía:

—Aquí están los fugitivos. A mí, compañeros. Esta mujer se ha burlado de los cracianos.

Cogiendo las bridadas del jamelgo, guió la carreta hasta la puerta de la posada de San Nicolás.

Rosalinda le siguió anonadada.

—Por favor, no perturben el sueño de los niños —suplicaba la institutriz—. Déjenles dormir otro rato. Podrían trasladarles después a una habitación y yo les explicaría a esos pobrecitos lo que ocurre.

—Soy yo el que ordena aquí —declaró el oficial craciano—. Sígueme, mujer.

Escoltada por cuatro soldados, Rosalinda fué conducida a la posada y de allí a una vasta sala.

La posada de San Nicolás estaba convertida en cuartel general de los cracianos; había allí mapas y banderas cracianas; rifles, municiones y pertrechos de guerra.

El oficial ocupó una silla frente al escritorio y habló con el acento gutural de su país.

—No me importa lo que hagan conmigo —exclamó Rosalinda—, pero les suplico con todo mi corazón que tengan piedad de esos pobres niños. Ellos a nadie le han hecho mal y ni siquiera saben que el reino de Sovinia está invadido. Ellos creen que se trata de una aventura fantástica.

El oficial craciano envió a los soldados fuera de la sala y, acercándose a Rosalinda, le dijo:

—Tenga confianza en mí, señorita. Soy su amigo y trataré de evitarles todo sufrimiento...

Estaba aún hablando cuando se abrió la puerta, y el oficial amigo, apartándose de Rosalinda, ordenó a los soldados que entraban:

—Lleven al calabozo a esta mujer. Yo me ocuparé de los niños. Un soldado se apoderó brutalmente de Rosalinda y a empujones la arrastró fuera de la sala.

—¡Suélteme, suélteme! —gritaba Rosalinda.

La única respuesta fué una carcajada sarcástica del soldado craciano que la arrastraba escalera abajo y la encerraba con llave en un oscuro calabozo.

Entretanto el oficial, que dijo ser su amigo, miraba la escena con indiferencia; por fin volvió la espalda y ocupó de nuevo su sitio frente al escritorio.

—Ese individuo es un embuster, un cínico —gemía Rosalinda—. Fingió ser mi aliado para facilitar el secuestro de los príncipes.

—Por favor —suplicó Rosalinda al soldado que la encerró en el calabozo—, dígame dónde están los niños.

—En un sitio seguro —respondió el craciano— y donde usted nunca podrá escamotearlos de nuevo. Silencio... No más gritos ni protestas... O hago uso de mi látigo.

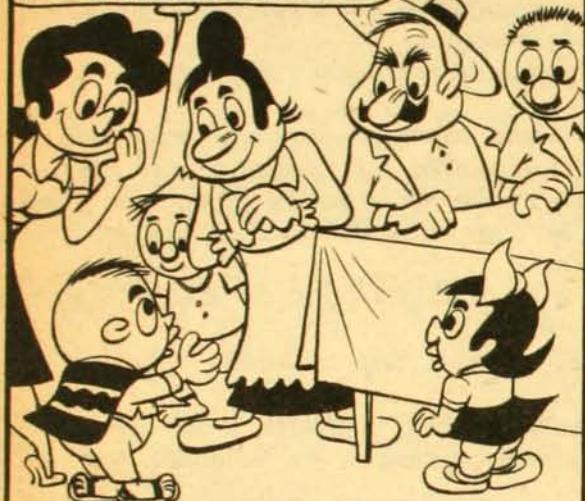
Rosalinda sentóse en un banquillo y estalló en desesperado llanto.

(CONTINUARA)

Ponchito

por nato

FALTA LA TORTA DE CUMPLEAÑOS, A-BUELITA, PARA CELEBRAR BIEN EL 5º ANIVERSARIO DE SIMBAD



¡YO SE LA MANDÉ A HACER A LA COMADRE CHEPA!



¡SAQUEMOS UN PEDACITO PARA PROBARLA? AHORA QUE NADIE NOS VE'



¡MMM! ESTÁ DELICIOSA, ¿C'VERDAD?



¡LLEVENLA CON MUCHO CUIDADO!



NATO.



LA MAGIA de MORGANA

CAPITULO IV.—*El heredero del Mago Merlin.*

Ives el Lobo había vencido a las tres brujas. Convirtió a una de ellas en un retorcido sauce y a las otras dos en ratas grises. El héroe hizo vibrar en seguida un cuerno de caza que recogió de la arena. El sonido surcó el espacio y los tres unicornios que vigilaban la prisión de Ogier y de Morgana golpearon la tierra con sus cascos y luego emprendieron desenfrenada carrera a través del bosque. Los obstáculos no existían para los veloces unicornios, que atravesaban lagos, barrancos, árboles desarraigados. Desaparecieron quizás en qué región misteriosa, porque su misión estaba terminada. Una voluntad más poderosa que el sortilegio de las tres brujas grises les ordenaba no custodiar ya la torre. El Hijo del Lobo se aproximó entonces al sombrío edificio. De trás de los barrotes dormían el hada Morgana y el caballero Ogier. A un gesto de Ives, la prisión desapareció y ambos cautivos prosiguieron su sueño de encantamiento sobre el campo sembrado de margaritas silvestres.

—¡Despertad! —gritó el joven, y su sonora risa ahuyentó el letargo en que estaban sumidos Morgana y Ogier. Ambos se incorporaron. En los ojos verdes de la bella hechicera se veía aún la niebla del maleficio.

Pero luego las pupilas relampaguearon con su antiguo poder.

La expresión de Ogier era vaga y desorientada. Tardó en reconocer a su ahijado de armas —Ives! —exclamó finalmente, y sus brazos

Los tres unicornios
desaparecieron quizás
en qué región misteriosa.





**Los cautivos dormían
en su prisión.**

rodearon el esbelto cuerpo que horas antes, bajo un perverso embrujo, había tratado de triturar.

Morgana observaba pensativamente a los jóvenes caballeros de Arturo. No amaba al rey de Bretaña, aunque era su hermano. El corazón del hada, extraño y desconcertante, podía compararse a su magia, que mezclaba los malignos sortilegios a los encantamientos maravillosos. Esta vez se sintió inclinada hacia la bondad. Alzó el brazo y los donceles se vieron revestidos por magníficas armaduras. El yelmo era de oro bruñido y la empuñadura de las armas refulgía de piedras preciosas.

—Adiós, y gracias, Ives, protegido del Mago Merlin.

Una llamarada de sol pareció envolverla, destellando en los cabellos rubios, en sus ojos verdes y en su rostro misterioso, y Morgana desapareció.

Ives y Ogier emprendieron la marcha. Al atardecer llegaron ante un castillo. El patio estaba desierto. Ni una brizna de hierba crecía entre las piedras y un profundo silencio reinaba en el ambiente.

—Está deshabitado —murmuró Ogier, con extrañeza.



**—Despertad! —gritó
Ives alegramente.**

Al trasponer el umbral, se encontraron ante una mesa espléndidamente servida. La luz de las antorchas espaciaba una alegre claridad. Ambos viajeros se sentaron a la mesa y vieron con asombro que los platos se servían solos y que una mano invisible y atenta llenaba las copas a medida que ellos bebían. Comprendieron que el hada Morgana continuaba protegiéndolos.

Después de una noche de descanso, se bañaron en el lago del castillo, y ya dispuestos a reemprender la caminata, bajaban por la escalera, cuando oyeron el relincho de dos caballos. Los brioso corceles trasladaron a sus jinetes con la velocidad del viento. Antes de abandonar la selva de Brocelandia, Ives pronunció:

—Adiós, hada Morgana.

En seguida espolearon a sus cabalgaduras, dirigiéndose a Camelot, la ciudad del rey Arturo. El rumor de aquella aventura corrió por toda Bretaña. Los juglares la referían a sus señores, los trovadores cantaban la hazaña, los ancianos la narraban junto al fuego, mientras



A un gesto de Morgana...

el reflejo de las llamas enrojecían sus largas barbas.

—Es el sucesor de Merlin —decían.

Algunos recordaban a Merlin cuando era un doncel extraño, que reía silenciosamente para sus adentros. Antes que el mago naciera, la maligna raza de los duendes se estaba extinguriendo. Para salvarla, uno de ellos se casó con una princesa. El hijo de ambos, Merlin, no nació con el corazón perverso del duende, sino con la bondad de su madre. Pero poseía la magia de sus antepasados y la usó para hacer el bien.

Y el heredero de su sabiduría era Ives, el Hijo del Lobo.

El canto de los bardos cautivaba a los oyentes. Pero había alguien que oía esas loas con la mirada sombría y los labios rígidos de furia: la reina Ginebra.

—Un día lo veré humillado a mis pies —juraba—. Es el protegido de Merlin; el hada Morgana lo ampara; Barto, el lobo, lo

Entraron el el castillo desierto.

defendería con su propia vida; el rey Arturo lo nombró caballero de la Mesa Redonda. Es casi invulnerable, pero yo, la reina de Armorique, doblegaré su insolente orgullo y haré morir en sus labios la risa irónica.

Evocaba enfurecida las veces que se enfrentaron ambos, como dos enemigos mortales. Y, sin embargo, Ives sonreía y en sus ojos danzaba una luz burlona.

Algunos caballeros eran aliados de la reina y estaban dispuestos a obedecer sus órdenes. Sentían envidia por la fama de Ives y decían rencorosamente:

—Su escudo no tiene divisa. Debería llevar la hirsuta cabeza de un lobo, o un hacha de leñador. No es digno de alternar con nosotros.

Sin embargo, no hablaban en presencia de Ives y cuando él pasaba entre ellos, retrocedían como una temerosa jauría que tiembla ante los colmillos del lobo y ante su mirada de fuego.

FIN

En futuros episodios, "Simbad" relatará la enemistad entre Ives, el Hijo del Lobo, y Ginebra, la reina de Armorique, y de los malos caballeros que secundaban su crueldad.

Dos corceles aguardaban a los viajeros.





GRAN CONCURSO

Standard Electric

DISCOS pulgarcito

Y SIMBAD

"la mejor revista infantil".

contesta a esta pregunta:

¿quién fué el primer director supremo de Chile?

Envía tu respuesta a casilla 84-D, INCLUYENDO EL CUPON, y podrás participar en el Gran Sorteo Semanal de 12 Discos PULGARCITO, irrompibles, en bellas colores, con temas infantiles. Además, se sorteará UN REGIO TOCADISCOS, Suscripciones a SIMBAD, Libros y Premios en DINERO.

Distribuidores exclusivos

Standard SE Electric
COMPANIA
SANTIAGO-CHILE
TÉCNICO mundial de la

Responsable por el prestigio

TÉCNICO mundial de la



Un producto

LECTORES PREMIADOS POR SOLUCION A SIMBAD N.º 260:
Ponchito tiene la razón: 1 kilogramo de plomo y un kilogramo de plumas pesan igual (1.000 gramos).

Entre los niños que enviaron soluciones acertadas, se sortearon a los siguientes lectores: **CON UNA SUSCRIPCION TRIMESTRAL**: Manuel Muñoz, La Cisterna; Aída Vargas, Angol; Nancy Monsalve, Concepción; Hipólito Olivares, Elqui; Jorge Rivas, Millantú; Abraham Guerra, Curicó. **Con \$ 20.—**: Erika Maurer, Santiago; Nancy Largo, Rengo; Silvio Etchebarry, Santiago; Clorinda Pino, San Fernando; Ignacio Rodríguez, Santiago; Ibis Sepúlveda, Chillán; Edmundo Vicuña, Santiago; Morelia Carsalade, Parral; Luz Carvallo, Santiago; Ernesto Grove, Santiago. **CON UN LIBRO**: Ramón

Muñoz, Teno; Guillermo González, Los Andes; Eliana Mancilla, Cartagena; Oscar Briceño, Rengo; Gerardo Gun, Valparaíso; Elsa Díaz, Los Andes; Rebeca Goldman, Linares; Patricio Dacaret, Curicó; Guillermo Moreno, Santa Cruz; María E. Ramírez, Rancagua.

CUPON DEL CONCURSO Semanal

Standard SE Electric

SIMBAD N.º 262

Juan y Juanita



Era el nombre de un famoso director de cine. Examinando a Mincho, declaró: "—Tú eres el niño que necesito para mi próxima película". Condujo al pequeño vagabundo a los estudios "3-D", en el cual se rodaba una cinta con intérpretes infantiles. Mincho ensoró que las puertas de la fama se abrían para él.

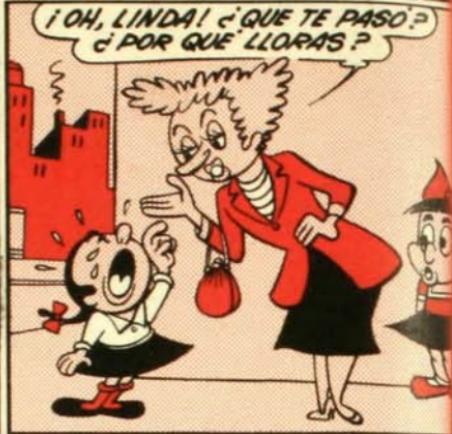
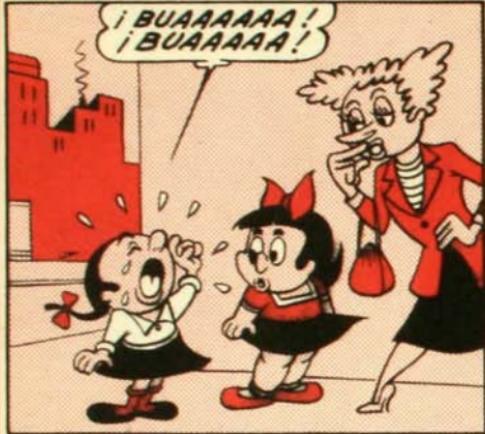


Un equipo de peluqueros, maquilladores y modistas se apodó de Mincho. Le dieron un guión para que estudiara el diálogo después Samuel Fox señaló: "—Hablarás con esta joven, que es tu tía". Mincho contestó: "—No tengo tíos, ni jóvenes ni lejas".

(CONTINUARA)

PELUSITA

POR NATO



NATO.

NA
AILE!

Cimbal

N.º 263

\$ 6.-

DE SEPTIEMBRE



ELENA
POIRIER



Juan y Juanita

CAPITULO XLI.— VIAJE AL AFRICA



1. Mincho salvó de un accidente al director de cine Samuel Fox. Este le llevó a su estudio para hacerle una prueba. El niño no sabía actuar y cuando le dijeron que hablara con su tía, negó tener parientes. “—Es tu tía en la película —le explicó Fox, pacientemente—. Probemos de nuevo. ¡Luces! ¡Cámara!”



2. La prueba resultó satisfactoria y Samuel Fox dijo: “—Sólo me faltan cuatro niños en el reparto. Cuando los encuentre, nos trasladaremos a África.” Mincho declaró: “—Yo no iré, a menos que vengan conmigo mis amigos”. Fox preguntó, desconfiado: “—¿Cuántos son? No los necesito por cientos”.

(Continúa en la penúltima página.)

Simbad

AÑO VI — 15-IX-1954 — N.º 263

Directora:	Elvira Santa
Cruz (Roxane)	
Suscripción anual:	\$ 300.—
Semestral:	\$ 150.—
Recargo por vía certificada:	\$ 21.— Semestral: \$ 11.—
Extranjero:	
Anual:	U.S.\$ 2,10
Semestral:	U.S.\$ 1,05
Recargo por vía certificada:	U.S.\$ 0,20
Semestral:	U.S.\$ 0,10

"El señor Roberto Castelblanco F. no es agente de suscripciones de esta Empresa y por lo tanto no puede contratarlas".

El jorobado

CAPITULO XLVII.— Fascinación.

Aurora había declarado que era la señorita de Nevers. El príncipe de Gonzaga dijo con cólera a doña Cruz:

—¿Sois vos quien ha inculcado semejante idea a esta pobre niña?

—¡Ah! —dijo el jorobado con desilusión—. ¿Era una mentira? Lo siento. Me hubiera complacido mucho emparentar con la casa de Nevers.

Estallaron algunas risas que no tuvieron eco.

—No he sido yo —contestó la gitana, a quien la ira del príncipe no intimidaba—, pero, ¿y si fuera cierto?

Gonzaga alzó los hombros con desdén.

—¿Dónde está el marqués de Chaverny? —continuó doña Cruz—. ¿Y qué significan las palabras de ese hombre? Ha dicho que Aurora es su novia.

Señalaba al jorobado, que se mecía con orgullo.

Gonzaga explicó secamente:

—Esopo II ha reemplazado al marqués de Chaverny. El se casará con esta bella aventurera que pretende ser la hija de Nevers.





—No he sido yo —
repuso la gitana
tranquilamente.

Roja de indignación, la gitana protestó:

—¿Creéis posible aceptar por esposo a un señor semejante? Si fuese el marqués siquiera...

—Deja, hermanita —interrumpió Aurora con voz fría—. Si fuera el marqués, lo rechazaría como rechazo a éste. El jorobado no pareció desconcertarse en lo más mínimo y dijo con desenfado:

—No es ésa vuestra última palabra, ángel mío.

—Y bien, señores —ob-

servó Gonzaga—, ¿por qué no se bebe ya? Esto no es un funeral, sino la celebración de una boda.

Los vasos se llenaron sin exclamaciones. Nadie demostró tener sed.

—Monseñor —dijo Aurora con la calma de la desesperación— no prolonguéis esto. Ya sé que el caballero Enrique de Lagardere ha muerto.

Por segunda vez se estremeció el jorobado. No volvió a hablar. En la estancia reinaba un absoluto silencio.

—Pero, ¿quién os ha instruido tan bien, señorita? —preguntó Gonzaga, con grave cortesía.

—Os ruego que no me interroguéis, monseñor. Lleguemos al desenlace. Lo acepto.

—¿Preferirías otro esposo? —murmuró el príncipe.

—Vuestro mensaje decía que si rehusaba, sería libre. Reclamo pues, el cumplimiento de vuestra palabra.

—¿Acaso sabéis...? —expresó Gonzaga en voz baja.

—Lo sé todo —interrumpió Aurora, levantando al fin hacia él la mirada de sus ojos puros—, y espero que me ofrezcáis las flores monseñor.

Las mujeres no sabían que la sencilla escena ocultaba algo terrible. Los hombres sintieron frío en las venas, pero ninguno alzó

la voz para protestar. Cocardase y Pasepoil tenían los ojos fijos en el jorobado, como los perros en acecho.

Frente a aquella criatura dulce y resignada, la perversidad de Gonzaga vaciló. Su mano se extendió hacia las flores envenenadas, pero volvió a caer sin tocarlas. El malvado Peiroles, cuyo corazón reseco no era ya capaz de conmoverse, recordó a su amo:

—El tribunal de familia se reúne mañana.

Gonzaga murmuró:

—Haz lo que quieras.

Peiroles cogió entonces el ramillete. Sintiendo un vago temor, la gitana preguntó al oído de Aurora:

—¿Qué me dijiste de esas flores?

—Señorita —habló Peiroles—, sois libre. Todas estas damas tienen su ramillete. Permitid que os ofrezca uno a vos.

Se delataba en su rostro la infamia, pero Aurora adelantó una mano para recibir la ofrenda.

—¡Recuernos! —exclamó Cocardase—, aquí hay algo...

Doña Cruz, que miraba fijamente a Peiroles, se adelantó instintivamente. Pero otra mano más rápida empujó al confidente de Gonzaga y las flores cayeron al suelo. El jorobado las rechazó fríamente con el pie. De todos los pechos se escapó un suspiro de alivio.

—¿Qué quiere decir esto? —gritó Peiroles.

El príncipe miraba al jorobado con desconfianza.

—¡Nada de flores! —decidió Esopo II—. Sólo yo tengo derecho a obsequiar a mi prometida. Pero, ¡qué diablo!, ¿por qué estáis todos consternados como si hubierais visto caer un rayo? Tan sólo ha caído un ramillete de flores marchitas. ¿Recordáis la promesa que os hice? ¡Una lección de

—Y bien, señores,
¿por qué no se bebe
ya?



galantería! Y hasta ahora no me habéis permitido decir palabra.

—¡Tiene razón! ¡Que intente conquistar a su prometida!

Aurora desfallecía en los brazos de su amiga. Cocardase aproximó una butaca para que la joven se sentara.

—Monseñor —declaró Esopo II—, la primera condición para el éxito de mi empresa es la soledad. ¿Dónde habéis visto enternecerse a una mujer rodeada de miradas curiosas? Sed justo. Esto es imposible.

—¡Tiene razón! —volvió a decir el coro de invitados.

—Tantas personas la asustan —continuó el jorobado—. En cuanto a mí, ¿cómo encontrar los acentos que subyugan en presencia de un auditorio tan numeroso como burlón?

Sin el viento de tragedia que soplaban aquella noche en el pabellón del príncipe, sus palabras habrían provocado carcajadas.

—Ruego que me dejen solo con mi prometida. No necesito más que cinco minutos para vencer la resistencia de esta encantadora criatura.

—¡Cinco minutos! No pueden negársele, monseñor. No nos alejaremos demasiado, para contemplar la escena, sin oír las palabras. Démosle diez minutos.

Se situaron en la galería, mientras Gonzaga y Peiroles, indiferentes, se apoyaban en la balaustrada del fondo. Oyeron las exclamaciones.

Cocardase y Pasepoil vigilaban como perros en acecho.



—¡Prodigioso! ¡Extraordinario! ¿Estaremos alucinados? ¿Qué diablos le estará diciendo? El hombrecillo se había arrodillado a los pies de Aurora. Doña Cruz quiso ponerse entre los dos, pero él la apartó diciendo:

—Dejad, por favor. Habló muy quedamente. Su voz se había modificado en forma tan extraordinaria que la gitana, a pesar suyo, abrió los ojos con asom-

bro. En vez de los acentos estridentes y destemplados que hasta entonces salieran de aquella boca, era una firme y armoniosa voz varonil la que se oía. Aquella voz pronunció el nombre de Aurora.

Doña Cruz sintió que su amiga se estremecía y la oyó murmurar:
—Es sólo un sueño...

—¡Aurora! —repitió el jorobado.

La joven se cubrió el rostro con las manos. Dos lágrimas rodaron entre sus dedos que temblaban. Desde la galería, los invitados creían asistir a una fascinación.

—¡Ese hombre tiene algún talismán!

Aurora, como a pesar suyo, se inclinaba hacia el jorobado.

—¡Es sólo un sueño! ¡Estoy soñando! —balbuceaba entre sollozos—. ¡Es horrible! ¡Si él ha muerto!

—¡Aurora! —repitió el hombrecillo por tercera vez.

Como doña Cruz se dispusiera a decir algo, él le impuso silencio con un ademán imperativo.

—No volváis la cabeza —dijo dulcemente, dirigiéndose a la hija de Nevers—; estamos al borde del abismo. Un movimiento, un gesto y todo está perdido.

La gitana se vió obligada a sentarse cerca de Aurora. Sus piernas vacilaban.

(CONTINUARA)

Correspondencia

JOSE LEON ORTIZ. No envió su dirección para optar al concurso.

SONIA LOBOS CORTES, JUAN B. ROJAS, CARLOS MORAN. Agradecemos sus elogios por esta pequeña gran revista, que tanto les deleita, y nos complace que tanto les gusten las seriales que publicamos.

ELSA MANZANO, ALEJANDRO CASTRO, ROBERTO GONI. Trasmitiremos a Nato y Elena Poirier sus felicitaciones por los lindos dibujos que les ofrecen en "SIMBAD".

PAULINA JIMENEZ, ANGELA VERA, GLADYS VILLANUEL. Estamos muy complacidos al advertir su entusiasmo por las seriales "Juan

y Juanita", "Solitario Bill", etc. Soliciten la suscripción a Casilla 84-D, Empresa Editora Zig-Zag, Santiago, y de esta manera no tendrán dificultades por el peso en sencillo. En la portadilla verán el precio y demás datos para suscribirse.

SONIA VELASQUEZ, LUCY CAMPUSANO. Estábamos seguros de que les agradaría mucho el travieso FANTASMITA. Gracias por sus elogios a esta pequeña gran revista.

EUGENIA ROSEMBERG, BERTA REICHART. Trataremos de darles gusto en las seriales de piratas. Nato y Elena Poirier se complacen con sus elogiosas felicitaciones.

ROXANE.



SOLAK

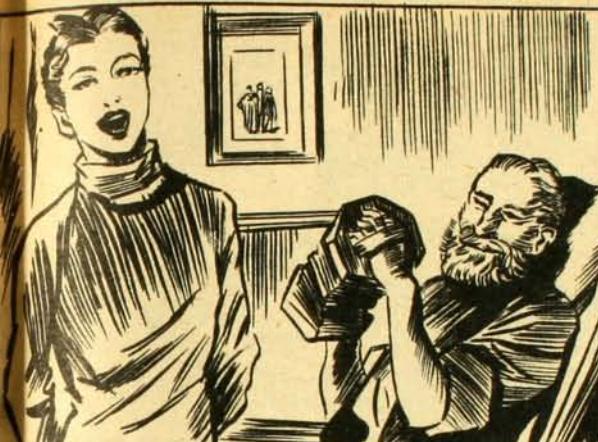
CAPITULO V.—LA GENTE

EL PERRO LOBO

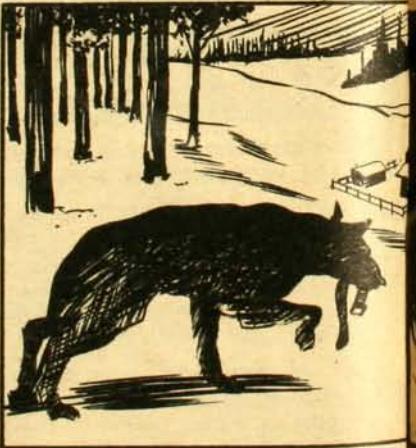
PROTECTORA DEL PERRO LOBO



1. Solak arrebató al cazador Pierre Lacoste un collar que había tenido oculto en el bosque desde tiempos cuyo recuerdo era vago y brumoso. Ignoraba a quién perteneció ese collar y por qué estaba en su poder, pero lo consideraba un tesoro. "—Herí a ese maldito animal —gruñó Lacoste—, y lo seguiré hasta cazarlo."



3. Venía herido y desfalleciente. Debía rehuir a los cazadores y también a los lobos. Ya no era el rey de la manada. Se detuvo junto a una ventana iluminada y oyó una voz musical que vibraba en el silencio de la noche. Era Diana que cantaba, acompañada por el acordeón de su abuelito Max.



2. Mientras tanto, en la factoría de su abuelito, Diana Ken trataba de convencer a los cazadores de que Solak no era un lobo salvaje, sino un perro leal y valiente. "—Estás loca, Diana —contestaron los tramperos—. Solak es el lobo más peligroso de la comarca." Esa noche, Solak se acercó a la vivienda de los hombres.



4. Esa voz había cautivado a Solak desde la primera vez que la oyó, en un camino nevado, animando a los perros de su trineo. Entonces sintió el deseo de conocer a las criaturas humanas, a las que había considerado siempre una raza maligna y cobarde. Diana oyó un leve gruñido y, al abrir la puerta, vió a Solak.

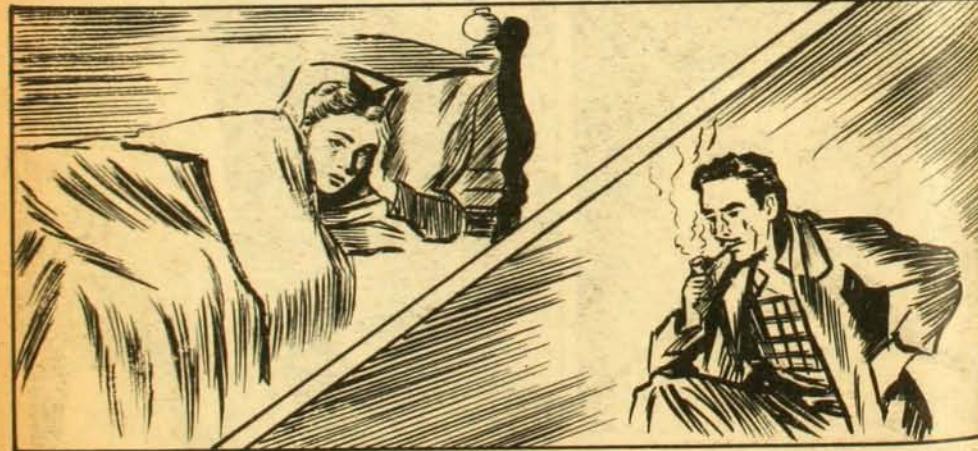


SOLAK EL PERRO LOBO



5. Max se había retirado ya a su lecho y Diana se inclinó sobre el lobo, murmurando: "—Solak, me seguiste... ¡Oh!, estás herido". Sin vacilar, lo llevó junto a la estufa y curó su pata delantera, atravesada por la bala de Pierre Lacoste. Después lo condujo al almacén de pieles, para que pasara allí la noche.

7. El trampero salió al alba, para continuar la caza. Había perdido las huellas del lobo cerca de la factoría. También Diana se levantó al amanecer, para llevar alimento a Solak antes que despertara Max. Más tarde, el anciano dijo a su nieta: "—Dos tramperos irán a atar las pieles en fardos para venderlas".



6. El viejo Max no hubiera aprobado que su nieta protegiera a Solak, porque sabía que todos los tramperos perseguían a la supuesta fiera. Sin embargo, la niña no vaciló en darle refugio. Encató el collar y se sintió tan intrigada, que tardó en dormirse. También Pierre estaba desvelado.

8. Diana palideció. Solak sería descubierto. Jim y Norman, los dos cazadores, le dijeron sonriendo: "—Será un placer seguir el rastro de tan linda guía". Diana se vió obligada a precederlos, pero cuando se encaminaban hacia la barraca fingió tropezar y las llaves se hundieron en la nieve.

(CONTINUARA)



Ramiro cambió la vaca por el caballo.

La mujer de Ramiro

Erase un hombre llamado Ramiro, que tenía una hacienda allá lejos, por el lado de la montaña, por lo que le llamaban Ramiro el de la ladera. El y su esposa vivían tranquilos y

felices en aquellas soledades, y se llevaban tan bien que lo que decía Ramiro era indiscutible para su mujer, e hiciera lo que hiciese, lo aprobaba.

Para que todo fuesen bendiciones, tenían en el fondo de un cofre cien relucientes onzas de oro, y en el establo dos rollizas vacas. —Creo que deberíamos llevar una de nuestras vacas a la ciudad para venderla —dijo un día la mujer a Ramiro—. Tenemos medios de fortuna y debemos disponer de algún dinero, como hacen las otras gentes. No hay que tocar las cien onzas del cofre, pero no veo la necesidad de que tengamos más de una vaca y, además, sería mucho mejor para mí tener solamente que cuidar y alimentar a la que quede.

Ramiro se mostró de acuerdo, como de costumbre, y cogiendo la vaca, se fué a la ciudad a venderla. Pero los unos porque la en-

contrabana gorda y los otros porque la encontraban flaca, lo cierto es que no pudo vender el animal.

—Está bien —se dijo Ramiro—, volveré a casa con la vaca. Al fin y al cabo tengo allí alimento y establo para ella.

Así, pues, se puso en marcha con la vaca. Cuando llevaba andando algún tiempo, se encontró con un hombre que tenía un caballo para vender, y Ramiro pensó que sería mejor tener un caballo que una vaca y propuso al hombre el cambio.

Continuó su camino, jinete en su magnífico caballo, y se encontró con un labriego que iba guiando un cerdo muy gordo. En seguida pensó Ramiro que sería mejor tener un cerdo muy gordo que un caballo, y cerró el trato con el labriego.

Siguió andando un poco más y se encontró con un pastor que tiraba de una cabra, a la vista de lo cual se le ocurrió que era seguramente mejor tener una cabra que un cerdo, y en seguida quedó acordado el cambio.

Siguió caminando y no tardó en encontrar a un aldeano con una oveja y concertó el cambio con él, pues pensó que era mejor tener una oveja que una cabra.

Un poco más adelante encontró a una mujer con un ganso y cambió por él su oveja. Y cuando llevaba recorrida una gran parte del camino topó con un hombre que llevaba un gallo, y se le antojó cambiárselo por el ganso.

Al anochecer, después de tan larga caminata, empezó a sentir hambre y vendió el gallo para comprarse algún alimento: "Es mejor conservar unidos cuerpo y alma que tener un gallo", se dijo Ramiro.

Siguió caminando, y al pasar por la granja de un vecino entró a descansar unos momentos.

—¿Qué tal te fué en la ciudad? —le preguntó el vecino.

—Así, así, nada más —contestó Ramiro—. No puedo jactarme de mi suerte, ni tampoco maldecir de ella.

Y contó al vecino los cambalaches que había hecho, desde el primero hasta el último.

—¡Buen recibimiento te va a hacer tu mujer! —le dijo el vecino—. ¡No quisiera yo encontrarme en tu pellejo!

—Todavía podía haberme ido peor —dijo Ramiro—; pero me uera bien o mal, tengo una mujer tan bondadosa que nunca me lice nada, haga lo que haga.

—Eso dices tú —replicó el vecino—, pero no conseguirás que lo crea.

—¿Quieres que hagamos una apuesta? —propuso Ramiro—. En casa tengo cien onzas en el cofre; ¿pones tú otro tanto? Quedó concertada la apuesta, y cuando empezó a obscurecer, los dos amigos marcharon juntos a la hacienda de Ramiro. El vecino tenía que quedarse afuera y escuchar mientras Ramiro se entrevistaba con su esposa.

—¡Buenas noches! —dijo Ramiro, entrando.

—¡Buenas noches! —contestó la mujer—. ¡Loado sea Dios por tenerte ya de vuelta! ¿Cómo te fué en la ciudad?

—Oh, así, así —contestó él—. No tengo mucho de que alegrarme, pero tampoco por qué estar triste. Cuando llegué a la ciudad nadie quiso comprarme la vaca y me decidí a cambiarla por un caballo.

—¡Magnífico! —exclamó la mujer—. Somos gente acomodada y ya es hora de que podamos ir a la iglesia en coche como hacen los demás. ¡Vamos, muchachos, meted el caballo en el establo!

—Pero el caso es que no traigo el caballo —dijo Ramiro—, porque lo cambié en el camino por un cerdo.

—¡Oh, qué bien! —exclamó la mujer—, parece que adivinaste mi deseo! Ahora tendremos tocino en la casa y algo con que obsequiar a los que vengan a visitarnos. ¿Para qué queríamos el caballo? La gente empezaría a decir que nos hemos vuelto tan orgullosos que no queremos ir a la iglesia a pie. ¡Vamos, muchachos, meted el cerdo en la pocilga!

—Pero el caso es que tampoco traigo el cerdo —dijo Ramiro—, pues lo cambié en el camino por una cabra.

—¡Oh, qué acierto tuviste! —exclamó la mujer—. Pensándolo bien, no sé para qué queríamos el cerdo. La gente hubiera dicho que no pensamos más que en comer. Con la cabra podremos tener leche y queso sin necesidad de matar al animal. ¡Meted la cabra, muchachos!

—Pero el caso es que tampoco traigo la cabra; a mitad del camino la cambié por una magnífica ovéja.

—¿De veras hiciste eso? —preguntó la mujer—. ¿Para qué queríamos la cabra? Nada más que para molestias, pues yo tendría que trepar por los riscos para traerla a casa por las noches. No, nada de cabras; mejor es una buena oveja. ¡Vamos, muchachos, meted la oveja en la casa!

—Pero el caso es que también me quedé sin la oveja —dijo Ramiro—, pues un poco más adelante la cambié por un ganso.



—¡Loado sea Dios por
tenerte ya de vuelta!
—dijo la mujer.

antará a las cuatro para que nos levantemos a buena hora. Era una locura lo del ganso, y las almohadas lo mismo podemos rellenarlas con paja. ¡Corred, muchachos, y meted el gallo en el allinero!

—Lo malo es que tampoco he traído el gallo —dijo Ramiro—, pues como llevaba tanto tiempo caminando, sentí hambre y lo endí para comprar algún alimento.

—¡Bendito sea Dios que te inspiró eso! —exclamó la mujer—. Yo sé cómo te las arreglas que haces siempre exactamente lo más acertado. Además, ¿para qué queríamos el gallo? Ya tenemos el sol para que nos despierte por las mañanas, sin necesidad de ruidos molestos.

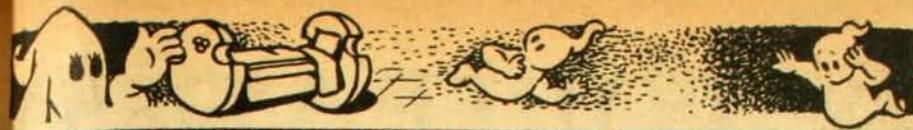
si ganó Ramiro las cien onzas de la apuesta.

—¡Jamás pudiste darme mayor alegría! —exclamó la mujer—. Bien mirado, ¿para qué queríamos la oveja? Ahora tendré el ganso que deseé tanto tiempo y llenaré con sus plumas nuestras almohadas. ¡Vamos, muchachos, meted el ganso en la casa!

—Espera un poco —la contuvo Ramiro—, pues debo decirte que tampoco traigo el ganso. En el camino encontré a una aldeana y se lo cambié por un gallo.

—¡Un gallo! —aplaudió ella—. Es como si hubieras comprado un reloj con cuerda para ocho días, pues todas las mañanas

El fantasmaita



¿CREEES QUE HAY
BASTANTE PÓLVORA
EN EL BARRIL?

ESTÁ
LLENITO

PÓLVORA



BUM

¿QUÉ PASÓ?

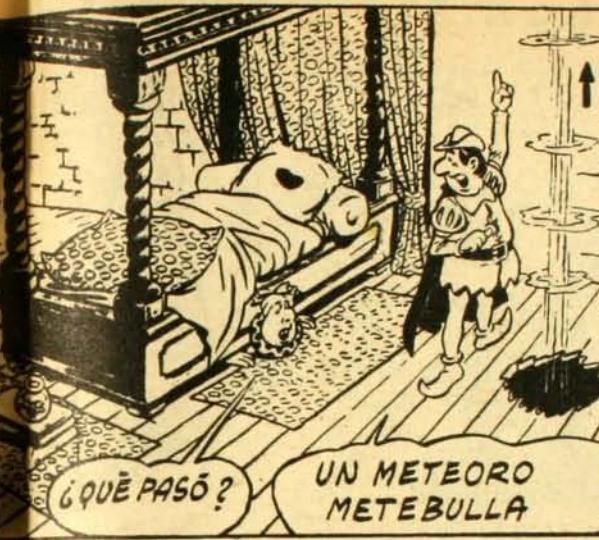
UN METEORO
METEBULLA

ALGÚN PÁJARO
PERDIÓ ESE HUEVO



¡VÉS? YA ESTÁS
LIBRE DE LA BOLA
DE FIERRO.

SOSPECHO QUE ESA FUÉ
UNA EXPLOSIÓN



Y PENETRA POR UNA
VENTANA.



(CONTINUARA)



SOLITARIO

CAPITULO XLVIII.—ENTRA LA LEY Y LOS BANDIDOS

BILL



1. Tex Montaña apareció mojado de pies a cabeza, luego de atravesar el río a nado. —No sé si soy un hombre o me he convertido en rana —bufó desesperado—. Solitario Bill, quiero saber...“ El joven texano lo interrumpió: “—Cállate y siéntate”. Kid Morado preguntó con deliberada insolencia: “—¿Quién es éste?”



3. El matón recibió orden de detener en la cantina a Solitario Bill. El bandido Rodríguez y el mestizo Miguel complotaban para vencer al héroe de Texas. Deseaban saquear las tumbas indias de Quimera, repletas de oro, y Solitario Bill estorbaba sus planes. Pero la pendencia no fué de larga duración.



“Es posible que haya alguien tan ignorante que no sepa quién soy?



2. —¿Yo? —saltó el voluminoso vaquero—. Soy Tex Montaña, como quien dice el héroe nacional de Texas.” Estallaron las risas y Tex, furioso, enarbóló su sartén de excusiones, gritando: “—¿Quién me desafía?” Esa era la oportunidad que esperaba Kid Morado para provocar una riña descomunal.



4. Un solo golpe del rápido y demoledor puño de Solitario Bill derribó a Kid Morado..., no por mucho tiempo, ya que el vencedor lo alzó, para suspenderlo de una percha. —Ahí te quedarás, para que todo el mundo pueda admirarte —dijo Solitario Bill—. Y ahora visitaré la ratonera donde se esconde tu amo.”





SOLITARIO BILL



5. Dijo rápidamente a Tex Montaña: "—El cantinero subió a hablar con un tal Rodríguez. Sospecho que ése es el hombre que perseguimos. Vigila, para que ninguno de esos amables muchachos me siga". Tex, apoyado en la baranda, con un revólver en cada mano, gruñó: "—Si oyés disparos, no te asustes".



7. En vano Tex Montaña protestaba: "—Si somos inocentes, ¿por qué huímos? Lo único malo que he hecho es meterme al río". Su amigo repuso: "—Somos forasteros en este pueblo y el sheriff perderá el tiempo interrogándonos mientras los malhechores huieren". En ese instante el sheriff los detuvo.



6. Solitario Bill no alcanzó a llegar hasta la guarida de Rodríguez y del mestizo, porque Tex Montaña no pudo contener a la jauría. Las maldiciones y disparos se oían a una legua de distancia. "—Quieren atraer al sheriff —dijo Solitario Bill—. Vamos, Tex, nos tienen acorralados."



8. "—Hay graves denuncias contra ustedes —dijo con severidad—. Han asaltado la caja de la cantina y provocado desorden. Quedan detenidos hasta que se pruebe la acusación." Solitario Bill y Tex Montaña vieron que en cada bocacalle se había situado un jinete. La fuga era imposible.

(CONTINUARA)



Los PRINCIPIES FUGITIVOS

RESUMEN: Rosalinda, institutriz de los príncipes Igor y Anita, huye del invadido reino de Sovinia en una cama con paja. Es detenida por un oficial craciano que, aunque declara ser su amigo, la encierra en un calabozo.

CAPITULO II.—Ricardo Zanetta.

Rosalinda pasó el resto de la noche en el oscuro calabozo de la posada de San Nicolás. Ocasionalmente dormitaba, pero el recuerdo de los príncipes Anita e Igor, a quienes presumía en poder de los cracianos, la desvelaba y sumía en intensa desesperación.

A la incierta claridad del alba, Rosalinda se aproximó a la ventana enrejada. Estaba tratando de ver qué ocurría en la calle cuando se abrió la puerta de su prisión.

—¿Qué busca aquí, miserable? —gritó Rosalinda al reconocer al oficial craciano que la había traicionado.

—He venido a darle una explicación por mi conducta de anoche —replicó el oficial.

—No cabe explicación a su falsía...

—Déjeme continuar —suplicó el oficial—. Tuve que separarla de los niños, porque no me atreví a obrar de otra manera en presencia de los soldados. Nadie debe sospechar que yo no soy craciano sino soviniano.

—¿Entonces por qué viste ese uniforme aborrecido? —exclamó Rosalinda—. ¿Por qué me despojó de mi disfraz y expuso a los príncipes a la captura? ¿Qué han hecho ustedes con los pobres niños? ¿Dónde están Igor y Anita?

—Están durmiendo en la paja y en el mismo sitio donde usted los dejó —respondió el oficial—. Venga conmigo. Debe confiar en mí aunque me vea actuar como enemigo. El tiempo apremia y quiero que se lleve a los niños a la frontera de Helvecia.

El oficial arrastró a Rosalinda fuera del calabozo, y mientras se dirigían hacia la carreta con paja, el joven oficial refirió a la institutriz su novelesca historia.

Se llamaba Ricardo Zanetta y era miembro del Servicio Secreto de Sovinia. Cuando supo que Cracia invadiría su país, se alistó en el ejército de invasión y nadie sospechó su identidad. Para guardar las apariencias detuvo a Rosalinda y a los príncipes Igor y Anita en la posada de San Nicolás.

—Tengo un disfraz para usted —añadió Ricardo, mostrándole a la joven un traje con coselete de terciopelo negro, amplia falda y peluca rubia—. Los soldados están aún durmiendo. Cuando despierten yo seré el primero en anunciar su fuga.

—Perdone mis dudas —suplicó Rosalinda, mirando al gallardo joven—. Siempre le recordaré con gratitud.

Mientras Zanetta montaba guardia, Rosalinda se dirigió a la carreta donde vistió el traje de aldeana y en seguida despertó a los príncipes que aún dormían sobre la paja.

—Levántense, niñitos —dijo sonriendo la institutriz—; vamos a seguir viaje con este señor.

Rápidamente torcieron a campo traviesa mientras Ricardo explicaba a Rosalinda su plan.

—Hay un tren que parte en media hora hacia Capro —explicó Zanetta—. Ustedes se marcharán en él, porque todos los caminos

Rosalinda entró en
un camión de circo
en busca de empleo.



están vigilados y en el primer retén serían descubiertos. En cambio el tren va repleto de refugiados y ustedes se mezclarán con ellos, sin que sospechen su identidad. Aquí tiene dinero para los boletos. Corran hasta la estación. Yo trataré de que nada malo les ocurra.

Con los dos príncipes cogidos de sus manos, Rosalinda corrió hasta la estación ferroviaria, pero ya se apretujaba en la boletería una compacta muchedumbre de sovinianos clamando porque les dieran preferencia.

—Están repletos los vagones —gritó la voz del conductor del tren—. No más pasajeros.

“¿Qué puedo hacer ahora?” —pensó Rosalinda al ser arrojada del andén.

Cuanto camión, automóvil o carroaje encontró en el camino iban llenos de sovinianos que huían de los cracianos. Hombres, mujeres y niños, con rostros despavoridos, llenaban los caminos, cargando a cuestas sus equipajes y su dolor.

Los soldados cracianos se burlaban de ellos con bestiales risotadas. Atronaba el espacio el ruido de los aviones invasores y descendían de ellos paracaidistas armados que iban a engrosar el ejército invasor.

Rosalinda, horrorizada por aquel espectáculo, apretaba febrilmente las manos de sus protegidos y continuaba su desenfrenada carrera.

De pronto fijó sus miradas en una caravana de circo formada por tres grandes camiones.

—El Gran Circo de Carlo Pacini —leyó la fugitiva—, próximamente estreno en Capro.

“Van a Capro, ciudad de Helvecia —pensó Rosalinda—. Si yo pudiera contratarme en ese circo, saldría de Sovinia con los príncipes sin que nadie me molestara.

Resueltamente se aproximó a la caravana y oyó protestas de los artistas del circo contra los soldados que habían registrado sus coches.

—Qué tenemos que ver nosotros con sus revoluciones —decía un domador de fieras—. Somos gitanos y poco nos importa quién gobierne aquí o allá.

—Yo me alegra de salir de Sovinia —expresó una muchacha del circo—. Ya Carlo Pacini ha conseguido salvoconducto y nadie nos estorbará en el camino.



—Yo tengo una prima-dona, una prima-bailarina y un prima-ecuestre —dijo Pacini.

En el acto Rosalinda forjó en su mente un plan, y con la vehemencia de su carácter, lo puso en práctica.

—Señorita —dijo a la joven artista que hablaba con el domador—, ¿quiere decirme dónde se encuentra el señor Pacini?

—¿Para qué lo necesita? —preguntó la morena muchacha.

—Busco un empleo...

—Pepo, Tony, Diaza —gritó la muchacha—, miren qué pretensiones trae esta aldeana. ¿Crees que aquí se admiten vagabundos? Pase a hablar con don Carlo y prepárese a una risotada mayúscula.

Rosalinda, con su suave e imperturbable sonrisa, se dirigió al camión que le indicaba la burlesca muchacha.

Carlo Pacini comenzó por decir a Rosalinda que estaba muy ocupado y que no admitía visitantes.

—Ignora usted quién soy yo —exclamó con acento teatral el empresario del circo—. Soy Carlo Magno, rey y emperador...

—Yo venía a contratarme —balbuceó Rosalinda—. Tengo buena voz...

—Yo tengo una prima-dona, una prima bailarina, una prima ecuestre —declaró Carlo Pacini.

—Yo puedo presentar comedias ligeras —insistió la institutriz de los príncipes.

—No le interesan al público —replicó Carlo Magno—. Si usted me ofreciera algo novedoso...

Sin quererlo el empresario se sentía atraído por la hermosura y suavidad de la extranjera.

—¿Le gustaría una representación de cuentos de hadas? —interrogó Rosalinda—. Tengo dos hermanitos que son eximios artistas. Ellos conocen varios idiomas: inglés, italiano, francés y alemán. En cada país daríamos representaciones en el lenguaje patrio.

—Vuelva con sus hermanitos a las once de la mañana —respondió Carlo Pacini—, y haremos un ensayo.

—Gracias, señor —dijo Rosalinda—. Volveré a esa hora con mis hermanitos.

Antes de ir al circo, Rosalinda había dejado al príncipe Igor y a la princesita Ana ocultos en la carreta con paja y al cuidado de Ricardo Zanetta.

Grande fué su espanto cuando su joven protector salió a encontrarla en el camino de la posada de San Nicolás y le dijo desesperado:

—Los niños han desaparecido.

—¿Cree usted que han caído en poder de los cracianos? —preguntó Rosalinda.

—No —respondió Ricardo—, porque todos mis soldados están aún en sus dormitorios o sirviendo el desayuno en la sala. Rosalinda, lamento haberme apartado de ellos un momento.

—Tengo que encontrarlos —murmuró aterrada la joven—. Antes de las once horas les necesito. De otra manera fracasará mi plan.

En breves palabras, Rosalinda informó a Ricardo de su entrevista con el empresario Pacini y de sus esperanzas de salir de Sovinia en la caravana del circo.

—Muy inteligente su plan —insinuó Zanetta—. Si logra llegar a Capro yo trataré de reunirme con usted allá. Entretanto prepararé los pasaportes para usted y sus protegidos.

—He dicho a Pacini que son mis hermanos —comunicó Rosalinda—, de manera que los pasaportes deben llevar mi apellido: Nelson... Igor se llamaría Tadeo y Anita, Serapia. Yo, Maclo-

vía. Estos nombres son los que usan los príncipes en sus juegos y comedias. ¿Los recordará usted?

—No lo dude —dijo Ricardo—. Busque usted a nuestros niños. No me atrevo a acompañarla por no despertar sospechas.

—Adiós, Ricardo —murmuró Rosalinda—, se me ocurre que estos chicos están jugando en el bosque. Son muy traviesos.

Rosalinda partió hacia el tupido bosque, y cuando ya estaba en la espesura, comenzó a llamar:

—Tadeo, Serapia... ¿Dónde están ustedes?

—Cucú, cucú, cucú...

—¿Dónde se ocultan? —exclamó gozosa la institutriz—. ¿No quieren comer chocolates, mis niños?

Al punto y como surgidos por arte de magia los príncipes Igor y Anita saltaron de la copa de un árbol, abrazando a Rosalinda.

—¿Por qué abandonaron la carreta? —preguntó la joven—. ¿No les dije que me aguardaran ocultos en la paja? ¿Y si se hubieran perdido?

—Estábamos jugando a las hadas —dijo Igor—. Anita, cuéntale tú...

—No más juegos —ordenó Rosalinda con severidad—, tenemos que visitar a un amigo a las once en punto. ¿Les gustaría vivir en una caravana de circo?

—¿Con elefantes, monos y leones? —indagó Igor—. Sería colossal.

—Allá vamos —dijo Rosalinda—, pero para que nos admitan debemos dar los nombres que usamos en nuestras comedias de hadas y duendes. Igor, tú te llamarás Tadeo, y Anita, Serapia.

—Y tú como la bruja Maclovia.

Los tres caminantes atravesaron el bosque y continuaron hacia el sitio donde se ubicaba la caravana de Carlo Magno Pacini.

—¿Qué hora será? —balbuceó Rosalinda—. He perdido mi reloj.

—Aquí lo tienes —declaró el príncipe Igor—. Lo recogí cuando te bajaste de la carreta a la salida del palacio.

Rosalinda miró la hora.

—Las once treinta —exclamó desolada—. Ya habrá partido la caravana de Pacini.

Todos sus planes fracasaban y resultaría imposible salir de Sovinia.

¿Qué suerte correrían los príncipes si se apoderaban de ellos los cracianos?

(CONTINUARA)

Ponchito

por nato

¡HOY ES 18 DE SEPTIEMBRE,
PONCHITO!



¡ANDA A BUSCAR
LA BANDERA!...



... Y LA PONES EN EL
TECHO DE LA CASA!



¡LAS COSAS QUE
SE LE OCURREN
AL PATRÓN!



RATO DESPUÉS

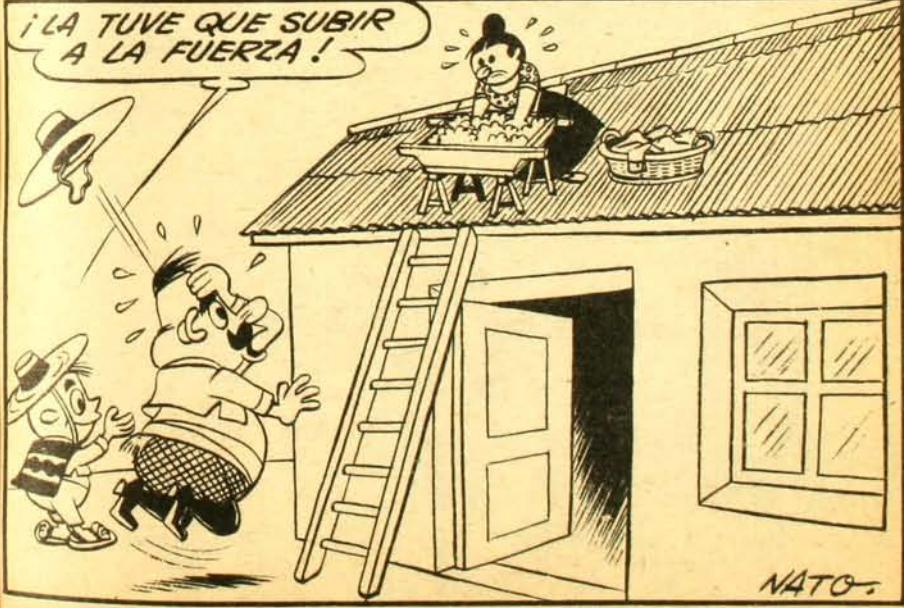
¡YA CUMPLÍ
SU ORDEN!



¡VERÉ SI QUEDÓ BIEN
COLOCADA!



¡LA TUVE QUE SUBIR
A LA FUERZA!



NATO.

LA HIJA DE LAS ISLAS



CAPITULO I.—*La niña blanca de la isla Tahoá.*

—¡Taio! ¡Taio! (Amigo, amigo) —llamaba la hermosa Akena, corriendo por la blanca playa de Tahoá.

Perseguía a un cachorrito de león, cuyas zarpas se hundían en la arena.

—No corras más —gimió la niña nativa—, estoy cansada. Se dejó caer y sólo entonces Taio se reunió con ella. La niña rodeó con su brazo la cabeza lanuda y suave y observó el mar pensativamente. El pausado rumor del oleaje se unía al ronco cantar del agua del lagón que brotaba como una cascada por la estrecha bocana. Ese murmullo de las rompientes y mareas había arrullado la infancia de Akena. No conocía los mundos que existían más allá del mar. En la distancia emergían los perfiles de otras islas: Raiatea, Haupiti, Moorea, Tahití. Un mismo cerco de coral las rodeaba.

—¿Conoces la leyenda de estas islas? —pronunció una voz profunda.

El cachorrito se reunió con Akena.



—¡Papá! —exclamó Akena, incorporándose. Roberto Larsen contempló con tristeza a su hija. Había crecido como una solitaria flor, en el lugar más apartado de la tierra. Ignoraba la maldad, no sabía que el destino es a veces maléfico y cruel. Apartando de su mente esos pensamientos sombríos, Larsen dijo mientras caminaban por la playa, en dirección a su vivienda, seguidos por el fiel Taio:

—La reina Pomaré narraba una extraña leyenda sobre estas islas. Había antaño cinco lunas en el cielo, encima del Gran Océano. Tenían rostros humanos y hacían maleficios a los primeros hombres que habitaron en Tahití. Quienes alzaban la cabeza para mirarlas, eran víctimas de misteriosas locuras. El gran dios Taaroa decidió conjurarlas y entonces ellas se rebelaron. Se las oyó cantar juntas en la inmensidad con recia voz, lejana y terrible. Cantaban cantos mágicos mientras se alejaban de la Tierra. Pero bajo el poder de Taaroa, comenzaron a temblar y cayeron con fragor del trueno en el Océano, que se abrió hirviente para recibirlas.

Las cinco lunas al caer formaron estas islas... Habían llegado a la aldea y de pronto Larsen palideció. Bajo sus manos crispadas, su corazón desfallecía.

—¡Banaba! ¡Manu! —llamó Akena, aterrizada.

Los nativos la ayudaron a trasladar hasta el lecho el cuerpo inerte de su padre. Cuando Lar-



—Papá! —exclamó la niña con alegría.

Roberto Larsen vaciló, mortalmente pálido.



sen recobró la conciencia, pronunció penosamente:

—Quiero hablarte, hija mía.

—Papacito querido, no te fatigues, descansa —murmuró Akena reprimiendo las lágrimas.

—Debo hablar, porque me muero. "El coral aumenta, la palmera crece, pero el hombre se va".

Aquél era un dicho tahitiano. Akena inclinó la cabeza vencida por la angustia y el temor. Larsen prosiguió:

—Huí del mundo civilizado, porque me culpaban de un crimen que no cometí. Ante Dios te juro que soy inocente. En mi duro aislamiento, en la soledad de mi vida, reuní para ti un tesoro, cuyo mapa te dejo. Regresa a la civilización, Akena, porque no



—Hija mía, me muero —balbució Larsen.

es justo que sigas confinada en esta isla. No eres indígena, sino blanca. Perdóname por haberte retenido junto a mí en este lugar salvaje.

Akena sollozó:

—He sido feliz contigo, padre mío. Tahoa es un paraíso terrenal. Tenemos amigos fieles y vivimos en paz.

—Sí, Akena. Pero tú no pertenes a este mundo primitivo. Tú... Las palabras se extinguieron en sus labios y la mirada de aquellos ojos se nubló para siempre.

Banaba, el jefe de los isleños, presentó sus respetos a la hija del hombre blanco, que vivió entre ellos como un patriarca.

—Era un hombre triste, pero bondadoso y sabio —murmuró Banaba—. Le enterraremos con los honores que merece.

Los sencillos nativos acompañaron el féretro, mientras las voces de las mujeres se oían, cadenciosas y plañideras, en el último canto que dedicaban al doctor blanco.

Los ojos de Akena estaban nublados de lágrimas.

Junto a la desconsolada niña caminaba el jefe isleño, Banaba. El tenía seis años cuando la niña blanca llegó a Tahoa. Recordaba aún que se sintió deslumbrado y, a pesar de los años transcurridos, aún creía que los dioses nativos la habían traído. El doctor blanco, aquel hombre pensativo y silencioso, era su guardián. Ahora había desaparecido y Banaba decidió reemplazarlo.

—No estás sola, Akena —murmuró.

Un lastimero gemido de Taio, que caminaba junto a la huérfana, también parecía ofrecer amistad y consuelo en esa hora de dolor.



Los nativos condujeron el féretro.

(CONTINUARA)





GRAN CONCURSO

Standard Electric

DISCOS **pulgarcito**

Y SIMBAD

"la mejor revista infantil".

Contesta a esta pregunta: ¿Quiénes son los autores de la música y la letra del Himno Nacional Chileno?

Envía tu respuesta a casilla 84-D, INCLUYENDO EL CUPON, y podrás participar en el Gran Sorteo Semanal de 12 Discos PULGARCITO, irrompibles, en bellíos colores, con temas infantiles. Además, se sorteará UN REGIO TOCADISCOS, Suscripciones a SIMBAD, Libros y Premios en DINERO...

Distribuidores exclusivos

Standard SE Electric
COMPANIA
SANTIAGO CHILE
Técnica mundial de la

Respaldado por el prestigio

Técnica mundial de la



Un producto

SOLUCION A SIMBAD 261: "Soy "Simbad" y cumplo cinco años entreteniendo y deleitando a los niños".

Entre los lectores que enviaron soluciones exactas se sortearon los siguientes premios: CON UNA SUSCRIPCION TRIMESTRAL: Mónica Délano, Santiago; Margot Angelbech, Lautaro; Silvia Jeldes La Calera; Manuel Guzmán, Talcahuano; Arnoldo Castro, Talca; Ramón Morales, Calera de Tango. CON \$ 20.—: María T. Boza Santiago; Juan Rojas, Villa Alemana; David Rivas, Estación Millantú; Aura Poblete, Santiago; Gloria Vargas, Rancagua; Patricia Hernández, Chiguayante; Mónica Szobel, Santiago; María R. Lavín, Santiago; Rosa Sandoval, Chillán; Gladys Gálvez, Santiago. CON UN LIBRO Víctor Ferreira, Lota Alto; Maximiliano Sotomayor, Osorno; Berta Inés Olea, San Bernardo; Regina Rodríguez, Santiago; Juan Almuna, Victoria; Perfecto Labra Curicó; Aída Casas, Lota Alto; Rosa Plañas, Linares; Guillermo Canales, Lebu; David Toledo, Valparaíso.

CUPON DEL CONCURSO Semanal

Standard SE Electric

SIMBAD N.º 263

Juan y Juanita



3. Cuando el productor vió llegar a los pequeños tripulantes de la chalana, casi se cayó de espaldas. Aceptó, sin embargo, probarlos a todos y luego sugirió: "—Sólo puedo contratar a cuatro: Mincho, Tilín, Juan y Juanita". Juan preguntó entonces: "—¿Nos pagará por adelantado, señor?"



4. Al recibir una respuesta afirmativa, añadió: "—Pague la mitad del contrato a los compañeros que se quedan en Francia". Así se acordó y Juanita prometió: "—Les escribiré todos los días". Mincho, por su parte, ofreció: "—Yo cazaré leones en el África y les traeré una piel para cada uno".

(CONTINUARA)

PELUSITA

POR NATO





N.º 264

ELENA BOHIER

\$ 6.-



EL PAJARO DE ORO

Juan y Juanita



CAPITULO XLII.— DOS DIRECTORES RIVALES



1. Juan, Juanita, Mincho y Tilín fueron contratados por Samuel Fox para filmar una película en Africa. De acuerdo con el contrato firmado, dejaron a sus amigos dinero bastante para reparar la chalana y vivir sin aflicciones hasta que ellos regresaran de su viaje al continente negro.



2. Llegado el instante de la partida, subieron a bordo del avión. Samuel Fox reconoció entre los pasajeros a Leopoldo Rulan, productor de la Californiana. "—Mira quién viene con nosotros", advirtió a su ayudante Evans. Vieron que el antipático personaje se instalaba junto a Mincho.

(Continúa en la penúltima página.)

Simbad

AÑO VI — 22-IX-1954 — N.º 264

El señor Roberto Castelblanco F. no es agente de suscripciones de esta Empresa
y por lo tanto no puede contratarlas".

Directora:	Elvira Santa
Cruz (Roxane)	
Suscripción anual:	\$ 300.—
Semestral:	\$ 150.—
Recargo por vía certificada:	Anual: \$ 21.— Semestral: \$ 11.—
Extranjero:	
Anual:	U.S.\$ 2,10
Semestral:	U.S.\$ 1,05
Recargo por vía certificada:	Anual: U.S.\$ 0,20 Semestral: U.S.\$ 0,10

El jorobado

CAPITULO XLVIII.— *Magia negra.*

El extraño jorobado, Esopo II, llamado también Jonás, parecía haber fascinado con su voz a Aurora de Nevers y su amiga, la joven gitana doña Cruz. Los cortesanos del príncipe de Gonzaga, que presenciaban la escena desde a galería, sentíanse dominados por un profundo estupor.

—Daría veinte luises por oír lo que les está diciendo —murmuró Navailles.

El jorobado proseguía con su voz varonil y tierna, tan distinta a la voz chillona con que siempre hablaba:

—No soñáis, Aurora. Vuestro corazón no os engaña, soy yo.

—¡Vos! —murmuró ella—, no me atrevo a abrir los ojos. Flor, hermana, mira tú.

Doña Cruz la besó en la frente para decirle en voz muy baja y desde más cerca:

—Sí, es él.

Estaba segura. Había oído esa voz hacía mucho tiempo, cuando vagaba por los caminos como una gitana errante, y jamás la



Había oido esa voz
cuando era una gitana errante...



había olvidado.
Aurora se decidió a mirar un instante, entreabriendo los dedos de las manos con que se cubriera el rostro. Su emoción fué muy intensa, pero ahogó el grito y continuó inmóvil.

—Esos hombres que no creen en el cielo —continuó el jorobado después de lanzar una rápida mirada hacia la puerta—, creen en el infierno y es fácil engañarles, con tal de fingir maldad. Así habéis de

obedecer, no a vuestro corazón, Aurora, amada mía, sino a un extraño sortilegio que, según ellos, es obra del demonio. Fingíos como fascinada por esta mano que os conjura...

Hizo algunos pases magnéticos ante el rostro de la joven, que se inclinó hacia él.

—¡Ella cede! —exclamó Navailles, estupefacto.

—¡Es verdad! —dijeron todos—. Monseñor, ¡venid!

Hicieron sitio a Gonzaga, que se había mantenido a distancia, indiferente, y que ahora observaba la escena con admiración. El hombrecillo había dicho bien. Los que no creen en Dios tienen a veces fe en filtros, poderes ocultos, magia negra. Gonzaga, el espíritu fuerte, balbuceó:

—¡Ese hombre posee un maleficio!

Pasepoil se santiguó ostensiblemente, lo cual hizo gruñir a Cardase:

—¡El muy pillastre!

—Dame la mano —decía en voz muy tenue el jorobado—, lentamente, muy lentamente, como si una influencia invencible te arrastrase a pesar tuyo.

Aurora siguió las indicaciones con un movimiento de autómata ¡Si los de la galería hubieran podido ver su adorable sonrisa! Lo que percibían era su respiración agitada, su linda cabeza incli-

nada y el hombrecillo cuyo poder les inspiraba ya un verdadero espanto.

—¡Cáspita! —exclamó Cocardase—; la corderita da su mano, ¿eh?

—El hombrecillo es horrible, pero posee una dominación diabólica.

El jorobado se puso de pie y dominando a Aurora con la mirada, prosiguió:

—Levántate como una autómata. ¡Bien! Da un paso y déjate caer en mis brazos.

Ella obedeció. Doña Cruz permanecía inmóvil como una estatua. La puerta se abrió de par en par mientras estallaba una tempestad de aplausos.

La encantadora cabeza de Aurora se reclinaba en el hombro de Esopo II.

Una ola de espectadores invadió el salón. Vibró la risita seca del jorobado, que dijo dirigiéndose a Gonzaga:

—Ya véis que nada hay para mí difícil, monseñor.

—Monseñor —decía por su parte Peiroles al oído del príncipe—, aquí hay algo incomprendible. Ese hombre debe ser un diestro juglar. Desconfiad.

—¿Temes que pueda escamotearte la cabeza? —preguntó Gonzaga, y, dirigiéndose al jorobado, añadió: —¡Bravo, amigo! ¿El encantamiento durará hasta la boda?

—Hasta la boda, monseñor, pero no más allá.

—¡Pardiez! ¿Sabes que te admiro?

—No estuve mal, ¿verdad, monseñor? —repuso el jorobado con modestia—. Pero decid a estos señores que se aparten. A distancia, os lo ruego, a distancia. Van a espantarme a la

Aurora parecía fascinada por el jorobado.



novia. ¿Dónde está el notario?

—¡Que llamen al notario real! —ordenó el príncipe.

* * *

La princesa de Gonzaga había pedido consejo a todos sus amigos. La idea de que Enrique de Lagardere le negaría a su hija la enloquecida. Se entrevistó con el regente y procuró desesperadamente que el rastro de Lagardere fuera descubierto. Hacia las cinco de la tarde, el teniente de policía le envió una carta, dándole cuenta de que el gentilhombre había sido asesinado la noche anterior a la salida del Palacio Real.

Entre las nueve y diez de la noche, la dama de compañía, Magdalena Giraud, le entregó un nuevo mensaje. Se lo habían llevado dos tipos mal encarados. Aquella misiva recordaba a la princesa que el plazo de veinticuatro horas concedido a Lagardere por el regente se cumplía aquella madrugada a las cuatro, informándola a la vez que Lagardere estaría a aquella hora en el pabellón de fiestas del príncipe.

¿Lagardere con Gonzaga? ¿Cómo? ¿Por qué? ¿Y aquella carta del teniente de policía notificando su muerte?

La princesa ordenó preparar su carroza y se hizo conducir a la residencia del presidente de Lamoignon. Una hora después, veinte guardias franceses, mandados por un capitán y cuatro oficiales del Chatelet, vivacaban en el patio de la mansión presidencial.

* * *

En el pabellón se convocó a un notario, un verdadero notario real, y en la próxima iglesia de Saint-Magloire aguardaba órdenes un sacerdote.

Se trataba, pues, de una boda auténtica, un matrimonio que die-

“¿Lagardere con Gonzaga?” —reflexionaba la princesa, desconcertada.



se los derechos absolutos del esposo sobre la esposa, de tal suerte que, por voluntad del esposo, el destierro de la esposa pudiera ser indefinido.

Gonzaga estaba satisfecho con el giro que habían tomado los acontecimientos.

"Los jorobados son malos —meditaba—, se consideran en el mundo como en país enemigo. Son crueles y carecen de piedad. Desde la infancia las burlas de las gentes les golpean en el alma de tal modo que acaba por formárseles como una impenetrable corteza. Mi primo, el marqués de Chaverny, habría sido tal vez un marido débil y compasivo. El jorobado no lo será."

Cocardase y Pasepoil, mientras tanto, salieron a los jardines. No quedaban vestigios de la emboscada que organizara el príncipe. Nuestros espadachines se extrañaron de que la puertecilla del callejón estuviera abierta.

—¡Recáspita! ¿Quién ha limpiado estos lugares? No ha sido nuestro Lágardere, puesto que está arriba desde anoche.

Oyeron un ruido confuso del lado de la iglesia.

—¡Quédate aquí! —ordenó Cocardase—. Voy a ver.

Se deslizó a lo largo de la tapia. Al terminar el jardín estaba el cementerio de Saint-Magloire.

Cocardase vió allí gran número de guardias franceses. Al volver dijo a su amigo:

—Recáspita. ¿Quién ha limpiado estos lugares? —preguntó Cocardase.



—Créo que habrá danza, y buena.

Pasepoil guiñó los ojos con una expresión de desconcierto. Estaban sucediendo cosas muy sorprendentes. Pero ninguna podía extrañarlo, puesto que procedían de Lagardere.

—Nuestro pequeño nunca se está quieto, ni deja quieto a nadie —suspiró—. Tienes razón, mi noble amigo. Habrá danza.

(CONTINUARA)



SOLAK

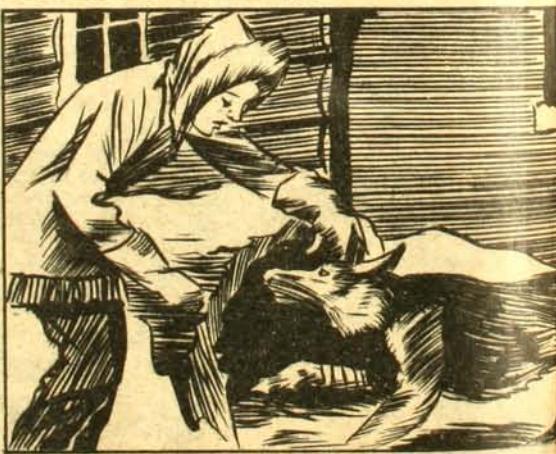
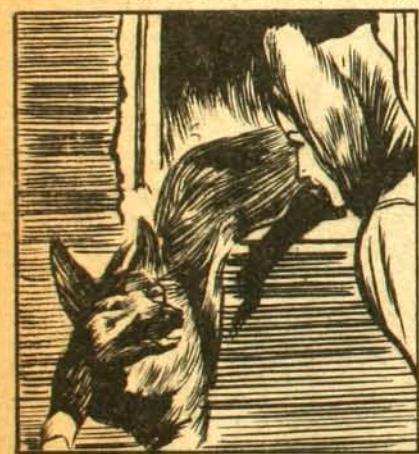
CAPITULO VI.—E

EL PERRO LOBO

MALVADO INCENDIARIO



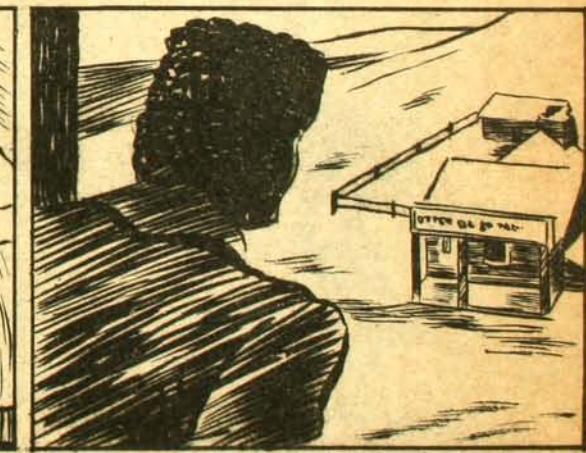
1. Dos cazadores se ofrecieron para atar en fardos las pieles almacenadas en el almacén de la factoría. El buen Max dijo a su nieta Dalia: "—Acompáñalos, hijita". La niña fingió tropezar y dejó caer las llaves, que se hundieron en la nieve. Mientras los tramperos las buscaban, ella corrió a la bodega.



2. Allí estaba refugiado Solak, el perro lobo. "—Debes huir —susurró—, o serás descubierto." El inteligente animal saltó por la ventana y gimió suavemente al afirmar en el suelo su pata herida. "—No puedes correr —observó Dalia—. Escóndate aquí, en este tronco hueco."



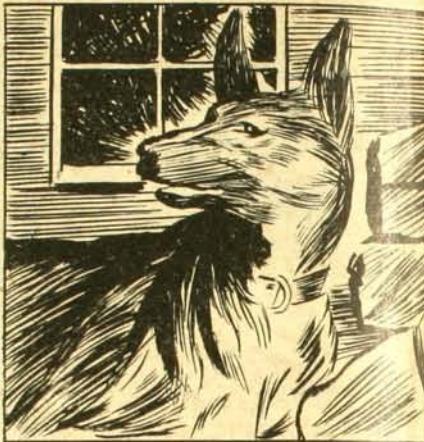
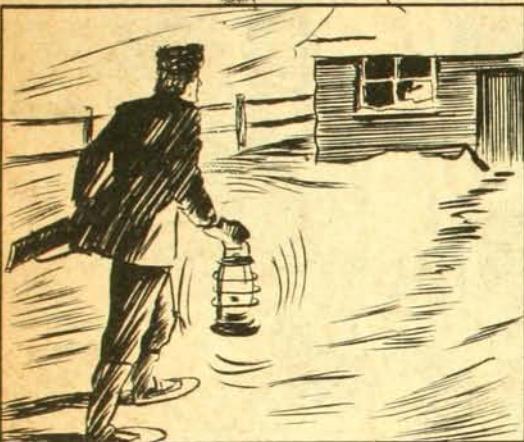
3. Los cazadores terminaron de embalar las pieles, que serían trasladadas en avión al día siguiente. Dalia les observaba, con secreta alegría. Había salvado una vez más a Solak, que era perseguido como una fiera salvaje. La niña sospechaba que no era un lobo, sino un perro que se unió a la manada.



4. Por su soberbia figura y su valor invencible, había llegado a ser el rey de los lobos. Pierre Lacoste lo odiaba y estaba decidido a matarlo. "—Pero esa loca muchacha, Dalia Ken, lo defiende. No quiero que convenza a los otros de que Solak no es una fiera. Ella debe abandonar esta región."

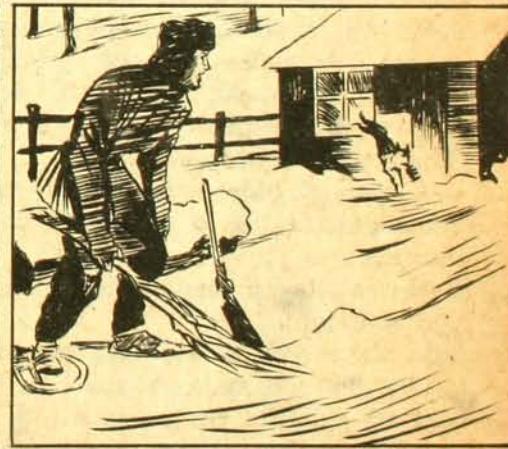


SOLAK EL PERRO LOBO



5. A medianoche, cuando todo estaba sumido en el silencio, se acercó a la factoría. Cogiendo el farol de la puerta principal, se encaminó hacia el almacén de pieles. Su pérrido plan era causar un incendio que significaría la ruina de Max. Pero había un guardián alerta que impediría el siniestro: Solak.

7. No sospechó en ningún instante que el perro lobo estaba allí, a escasa distancia de él. Arrojó la linterna al interior, mientras sonreía malignamente. Al ver el fuego, Solak retrocedió, con instintivo temor. Su primer impulso fué huir, pero el recuerdo de Dalia lo detuvo.



6. El perro lobo se incorporó, tenso y vigilante. Había oído los pasos furtivos. Pierre Lacoste reflexionaba: "—Nadie debe proteger a ese maldito lobo y menos aún investigar por qué tiene un collar. Si alguien hace indagaciones, estoy perdido". Con un gesto brusco, rompió el vidrio de la ventana.

8. Aquel fuego no sólo significaba una amenaza para él, sino también para su protectora. Sin vacilar, cogió la lámpara y saltó al exterior. Pierre Lacoste, que borraba con una rama sus huellas en la nieve, quedó petrificado de estupor al ver aquella figura ágil que surgía llevando el farol incendiario. (CONTINUARA)

EL PAJARO DE ORO

Oris quedó huérfano de padre cuando apenas tenía ocho años. Su madre, silenciosa, trabajó afanosamente para no verse sumida en la miseria y dió educación a su hijo. Cuando él se convirtió en un adolescente, le dijo:

—Tu padre era comerciante y conviene que tú lo seas también. No tengo dinero para darte, hijo mío, a fin de que emprendas un negocio. Pero anda

a ver a Lakis, el prestamista más rico de la ciudad, y pídele que te proporcione algo con que iniciar tu fortuna.

El joven obedeció a su buena madre. Lakis, al oír su demanda, prorrumpió en grandes carcajadas.

—En mi jardín hay un pájaro muerto —contestó cuando pudo contener la risa—. Si eres inteligente, te bastará para enriquecerte. Si te presto dinero, correré el riesgo de que no puedas pagarme ni el préstamo ni los intereses.

Oris repuso con orgullo:

—Acepto el pájaro. Es un capital que usted me facilita y juro que algún día se lo devolveré con creces. Déme un recibo para firmarlo.

Lakis estalló en nuevas risotadas y extendió el recibo que el joven solicitaba.

Oris abandonó la suntuosa mansión, manteniendo la frente alta y una grave mirada en sus ojos negros. Avanzaba por una calle desierta, cuando vió a una mujer que, en la puerta de su vivienda, desgranaba arvejas mientras un gato dormitaba a sus pies.

—Déme un puñado de arvejas a cambio de este pájaro muerto, que será una excelente cena para su gato —propuso.

La mujer aceptó, y Oris se alejó, llevando su nueva mercancía. Más allá encontró a dos leñadores.



Oris aceptó el pájaro muerto que Lakis le había ofrecido entre risas.

—Les ofrezco este puñado de arvejas a cambio de un poco de leña.

Los leñadores sonrieron, y uno de ellos sugirió:

—Podemos hacer un trato. Necesito bastante legumbre. Te la cambiaré por leña. Aquí tienes el primer haz.

Aquel trueque de leña por legumbres empezó a proporcionar ganancias a Oris. Almacenó varias cargas y, cuando llegó la época de escasez de madera, a causa de las lluvias que impedían ir a cortarla a los bosques, la vendió a buen precio.

Trabajaba sin descanso. A veces su madre sugería:

—Estás muy fatigado, hijo mío. El anhelo de triunfar debe ser como una lámpara que ilumine tus días y no como un fuego que te devore.

El joven sonreía:

—Soy joven, buena madre. Quiero verte rodeada de bienestar. Ya te sacrificaste por mí, durante largos años, y ahora me corresponde el afán y el esfuerzo. Además, debo devolver a Lakis el capital que me prestó. Se lo llevaré con una ganancia que él jamás soñó cobrar.

Tanto prosperó, que pudo instalar un almacén y al cabo de tres años era uno de los comerciantes más ricos de la ciudad.

Mandó hacer a un orfebre un pájaro de oro y lo llevó personalmente al prestamista Lakis.

—Vengo a devolverte tu préstamo —le dijo—. Este es el capital que me anticipaste.

El prestamista miraba incrédulo el pájaro de oro.
A black and white illustration of an elderly man with a long, curly beard and a patterned turban. He is holding a small, golden bird in his hands. The bird has a striped pattern on its body. There are several wavy lines drawn around the bird, suggesting motion or sound.

Esta vez Lakis no se puso a reír. Estaba maravillado y el asombro se reflejaba en su rostro. Observaba incrédulo el precioso pájaro y luego acertó a murmurar:

—Bien decía yo que un joven inteligente podía hacer fortuna con un pájaro muerto.

En ese instante una niña entró en la sala. Era tan bella, que Oris sintió que

su corazón cesaba de latir. Las facciones de Lakis se suavizaron y una expresión de ternura y orgullo borró su anterior gesto de asombro.

—Es Lía, mi hija menor —explicó a Oris.

El se llevó la mano al corazón, para saludar, y a pesar de su turbación vió que los dulces ojos lo miraban con bondad.

—Dichoso el hombre que guarde en su hogar

un tesoro semejante —balbuceó con voz alterada.

—El hombre que transforma un avecilla sin vida en un pájaro de oro, es digno de ese privilegio —declaró Lakis—. Si te doy a mi hija por esposa, ¿prometes darle felicidad y velar para que sus virtudes y su belleza florezcan cada vez más resplandecientes?

—Lo juro —contestó Oris—, si la bella Lía me acepta por esposo.

Por toda respuesta, la doncella colocó su fina mano en la de él.

—¡Bien! —aprobó Lakis—. Dentro de un mes se celebrarán las bodas y veré si cumples tu promesa.

Los días que siguieron fueron un ensueño para Oris. Su fortuna y sus éxitos no tenían importancia comparados con la felicidad de haber conquistado a Lía.

—Es tan hermosa, madre mía —exclamaba, hablando con su madre.

Ella replicaba suavemente:

—La mereces, hijo amado. Eres no sólo inteligente y emprendedor, sino que tienes un corazón bondadoso.

Y la viuda pensaba, sin decirlo en voz alta:

“Y eres el doncel más gallardo de Baskur. Lía se sintió atraída por ti al verte alto y apuesto y al contemplar tu semblante de varonil belleza y tus ojos oscuros, de mirada profunda.”

Llegó por fin el día de los espousales y se celebró una alegre fiesta, a la cual concurrió una multitud de invitados.

Lía era bellísima.



Transcurrió el tiempo y en el hogar de Oris reinaba una dicha perfecta.

Un año más tarde, Oris se presentó por segunda vez en la casa de Lakis, para cumplir su promesa. Su esposa, con un manto de tela dorada y la garganta y los brazos enjoyados, venía con él. Sostenía junto a su corazón dos niños bellísimos.

—Lakis —pronunció Oris—, aquí tienes a tu hija. Examina su rostro y descubrirás que es feliz. Trae en sus brazos la prueba de que el tesoro que me diste ha aumentado. Recíbelo.

El anciano, tembloroso, cogió a sus nietos. Eran gemelos y habían heredado la belleza de su madre. En sus ojos oscuros y vivaces se leía la inteligencia de Oris.

—Hija mía —murmuró Lakis—, tienes un marido inapreciable. Los dioses te han bendecido y llenan de gozo mi viejo corazón. No pudo contener las lágrimas y a través de ellas contemplaba a sus nietos. Una vez sus ojos se maravillaron ante el pájaro de oro que le trajo Oris. Ahora admiraba un tesoro mil veces más valioso que todas las riquezas de la tierra.

La historia de Oris corrió por la ciudad y luego por el país, como una leyenda. La oyó el rajá y quiso conocer al joven comerciante que había transformado un pájaro muerto en una estatuilla de oro puro y que tenía dos hijos cien veces más hermosos que su bella esposa.

Oris acudió a la corte y el monarca se sintió tan complacido por

Un año después nacieron dos niños gemelos.



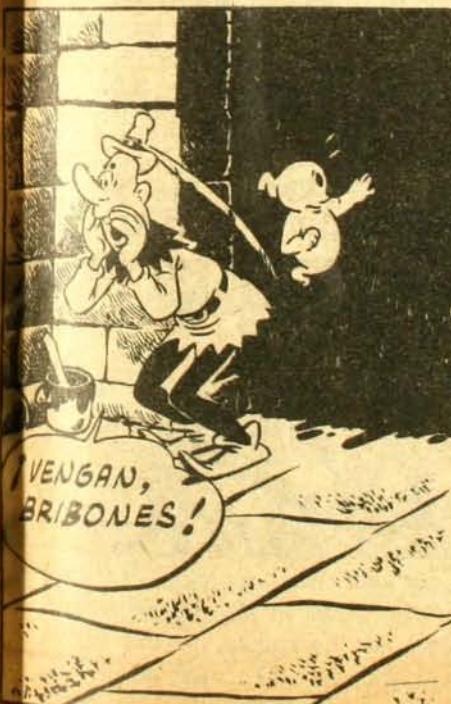
su inteligencia y sencillez, que le dió un regalo espléndido. Ordenó a su orfebre vaciar en oro la figura de un pájaro. Días después le entregó una escultura, también de oro, que representaba a los dos niños gemelos y, finalmente, una cabeza de la hermosa Lía.

En esta forma, el emprendedor Oris vió convertidos en oro sus empresas y ensueños.

FIN

El fantasma

LA BOLA DE FIERRO QUE EL FANTASMITA HIZO VOLAR CON ÓLVORA, CAE EN UN CASTILLO VECINO Y GOLPEA AL DUQUE DEL CHAPE.



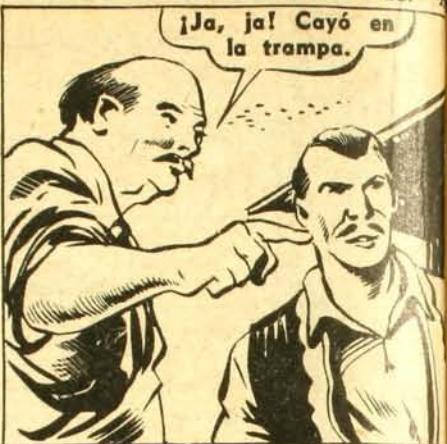
CONTINUARA'



SOLITARIO BILL

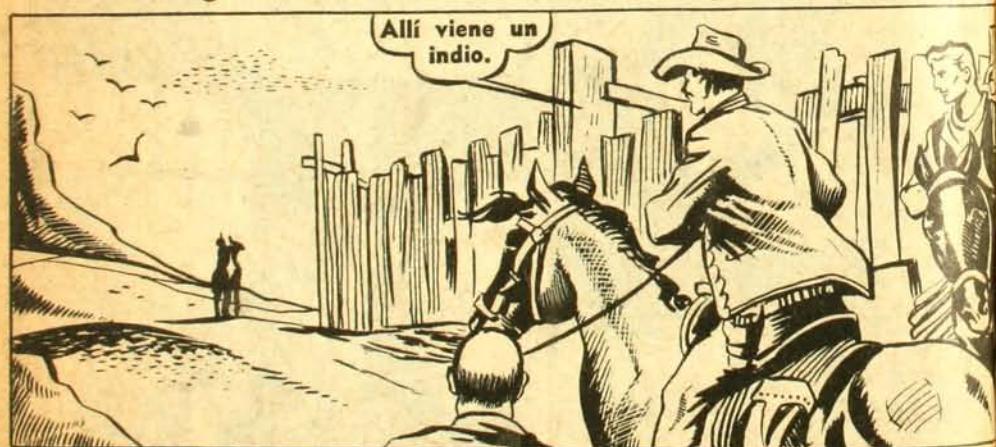
CAPITULO XLIX.

BILL RAVES DEL DESIERTO



1. Solitario Bill se encontraba en un callejón sin salida. Persiguiendo al mestizo Miguel, se vió acorralado por los secuaces de Rodríguez. El sheriff lo detuvo. "—Es preferible que interroguen a un tal Rodríguez", sugirió Solitario Bill. El sheriff repuso: "—Rodríguez es un ciudadano honrado, amigo de mi hermano".

3. El plan del malvado Rodríguez se cumplía. Su cómplice indio aparecía con el cadáver de Norman, acusando a Solitario Bill de ese crimen. El héroe de Texas protestó: "—No disparé contra él. Vi que se despeñaba y no pude auxiliarlo. Era uno de los hombres que perseguía, porque intentaron asesinarme".



2. En ese instante un jinete indio se acercó al grupo. Traía en el arzón de su montura un cuerpo inerte, que el sheriff reconoció con un estremecimiento. Era Norman, su hermano. "—El rostro pálido mató a tu hermano —acusó el indio—. Disparó contra él, en la montaña, y su cuerpo rodó por el abismo."



4. Otro indio se acercó, guiando despacio su caballo. En sus ojos oscuros fulguraba una mirada implacable. "—El hombre blanco llamado Norman no es el mismo que se precipitó al abismo. A éste lo mató Pluma Manchada, por orden de Rodríguez. El cuerpo del secuaz de Rodríguez yace aún en el barranco."



SOLITARIO

BILL



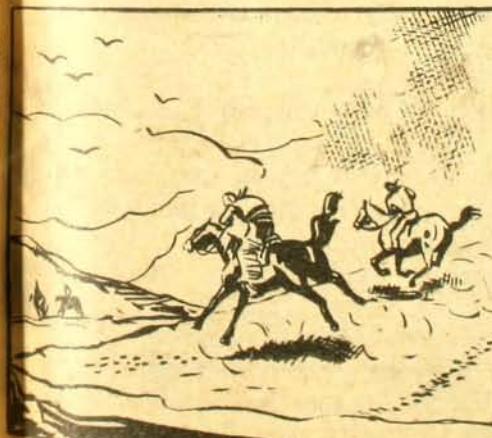
5.—Pluma Manchada es un cobarde que traiciona a sus cómplices y los entrega muertos a la policía. El les llama sus "clientes", prosiguió Pluma Blanca. El eco de un precipitado galope anunció que los bandidos descubiertos emprendían la huída. Solitario Bill se dispuso a seguirlos.



6. Pluma Blanca, Tex Montaña y el sheriff y sus hombres, espolearon también a sus caballos. Pero los más veloces eran Solitario Bill y el joven indio, que pronto se distanciaron del resto de la cabalgata. —Se dirigieron al desierto —observó el héroe de Texas—. Vamos, hermano Pluma Blanca.



7. Tex Montaña quedó atrás, jurando de rabia. —¿Cómo pude equivocarme? Creí que Pluma Blanca era un traidor, confundiéndolo con ese badulaque Pluma Manchada. Los dos llevan una sola pluma y tienen siluetas parecidas. Este error me duele tanto como haberme dado un baño en el río."



8. Solitario Bill y Pluma Blanca habían avistado ya a los fugitivos. —Pronto los alcanzaremos —dijo el rubio vaquero—. Supongo que el sheriff, por su parte, habrá encarcelado a Pluma Manchada. El joven indio contestó sombríamente: —Si Pluma Manchada ha huído, yo lo hallaré».

(CONTINUARA)



Los PRINCIPIES FUGITIVOS

CAPITULO III — Venganza de Lulú Milstein.

“Las once y media — pensó Rosalinda con desesperación —. Seguramente ya ha partido la caravana de Carlo Pacini. Me fracasó la huída en el tren y aho-

ra, si no podemos salir de Sovinia, los cracianos nos capturarán”. Entretanto, el príncipe Igor y la princesita Ana caminaban felices creyendo que se trataba de un juego o aventura.

—Qué bueno que hoy no tendremos clases ni ejercicios —decía Igor—. La verdad es que la vida en el palacio era bien aburrida.

—Y esa gringa seca que me hacía clase de inglés —añadió la vivaracha Anita—, me tenía hasta la coronilla. Linda, ¿cuántos días andaremos libres?

—Dios quiera que siempre seamos libres —suspiró Rosalinda—. Vamos más de prisa, niños.

En la carretera encontraban numerosos fugitivos que cargaban sobre sus espaldas, colchones, mesas, enseres domésticos, etc.

—¿Van a un picnic? —preguntó Igor a uno de ellos.

—Vamos huyendo de los invasores —respondió un anciano de rostro macilento.

—¿Qué son los invasores, Rosalinda? —indagó Anita.

RESUMEN.—Rosalinda, institutriz de los príncipes Igor y Anita, huye del invadido reino de Sovinia en una carreta con paja. Es detenida por un oficial craciano que, aunque declara ser su amigo, la encierra en un calabozo. Pero a la mañana siguiente el mismo oficial comunica a Rosalinda que viste el uniforme del enemigo para salvarles. La institutriz y los príncipes huyen y van a contratarse en el circo de Carlo Pacini.

—Ya se lo explicaré —dijo Rosalinda—. Apresúrense, por favor. Habían llegado hasta una colina, y desde allí la joven institutriz divisó la caravana de Carlo Pacini, que avanzaba por el camino. Al punto Rosalinda bajó al llano y se acercó al empresario de circo.

—Aquí estamos —indicó la joven—. Estos son mis dos hermanitos: Tadeo y Serapia.

—He cambiado de programa —respondió Carlo Pacini—. Debo detenerme en una aldea próxima a esta capital. Allí daremos una corta representación, la cual servirá de ensayo para ustedes. Si me agrada su actuación, seguiremos juntos hasta Capro. Suban conmigo al pescante de este camión.

Una hora después Carlo Pacini, ya ubicado en la aldehuella próxima, iniciaba la función al aire libre en un redondel improvisado.

—Vamos a representar la comedia de dos niños perdidos en el bosque y salvados por un hada buena —dijo Rosalinda a los principios—. ¿Recuerdan ustedes los versos, niñitos?



—Mañana a las cuatro tendrás una sorpresa —dijo Lulú a Rosalinda.

—Sí, sí —expresó Igor—, y también la danza final.

El empresario del circo facilitó disfraces y oropeles a los noveles actores, quienes desarrollaron una escena feérica y graciosa. Anita bailaba como un primor, e Igor cantaba con una voz melodiosa que entusiasmó a los campesinos. Rosalinda, ataviada de hada benéfica, suscitó una salva de aplausos.

—¡Bravo, bravo! —exclamó Carlo Pacini—. Esto es soberbio. Sólo un genio como yo podía descubrir talentos... Quedan contratados en mi compañía. ¿Cómo te llamas tú, muchacha?

—Maclovia Nelson y mis hermanitos se llaman Tadeo y Serapia.

—Siganme —ordenó Pacini—. Voy a presentarlos a mis artistas. Rosalinda estaba dichosa, pues por el momento evitaba la persecución de los cracianos. Si los invasores registraban la caravana, Carlo Pacini declararía que ellos pertenecían a su compañía circense y así podrían atravesar la frontera de Sovinia.

Cuando Rosalinda saludó a la morena muchacha que tan mal la había recibido esa mañana, Lulú Milstein, con rencorosa mirada, exclamó:

—¿Conque tu apellido es Nelson? ¿De dónde vienes?

—De Braika.

—La gente de Braika es morena —observó Lulú—, y tú eres rubia.

Por suerte en ese momento intervino Carlo Pacini diciendo:

—Lulú, tú volverás a tu antiguo oficio de repartidora de programas y venta de chocolates. No sirves ni para el drama ni para el canto.

—¿Usted me rebaja para proteger a esos extranjeros? —protestó furiosa Lulú.

—Serán extranjeros, pero poseen talento —declaró Pacini—. Vete a tu camión y guarda tu lengua.

Lulú Milstein miró con rencor a Rosalinda, y como Anita se encontraba a su paso, le dió un empujón que la arrojó al suelo. Inmediatamente Rosalinda corrió a levantarla y, estrechándola contra su pecho, murmuró:

—No te asistes, Anita... Sé valiente.

—Ana —exclamó la pérvida Lulú—. Yo creía que su nombre era Serapia.

—La llamo como a mí se me ocurre —replicó indignada Rosalinda—, y usted nada tiene que hacer con nosotros. Le advierto que si se atreve a maltratar a esta niñita o a su hermano, tendrá que arrepentirse toda su vida.

—Y tú tendrás que arrepentirte de haberme quitado mi lugar en el circo —expresó Lulú, con visible encono.

—Linda —insinuó Anita—, no me gusta esa muchacha. Es muy mala.

—Si otra vez te empuja —dijo Igor a Anita—, le daré una bofetada en la nariz.

—Ya Lulú no se atreverá a hacerles daño, niñitos —insinuó Rosalinda.

—Y mejor es que no lo intente —observó Carlo Pacini, retorciéndose los bigotes—, porque la echaré del circo. Vengan con

Igor vestía de Pulgarito y Anita de Caperucita Roja.



migo. Voy a mostrarles sus dominios. Les ofrezco un hogar tan lindo como un palacio.

—Mi casa es un palacio —interrumpió Anita—. Un palacio muy grande, con una cantidad de...

—Serapia se refiere a los palacios de las hadas —murmuró sonriendo Rosalinda.

Y así desvió la atención del empresario de circo y evitó que Anita continuara describiendo el palacio de Sovinia.

Carlo Pacini había hecho desocupar un camión para sus nuevos artistas y colocado allí tres camas, sillas, una mesa y un armario.

Igor y Anita saltaban de gusto. Iban a vivir entre gitanos y en una caravana como habían visto en las películas infantiles.

—Qué colosal, qué fantástico —decía Igor saltando sobre la litera que formaba la cama que le señalaron—. Subiré a este segundo piso por los pilares, como un atleta.

El travieso niño ya estaba colgado del pilar de la litera y su cabezita topaba el techo del camión.

—Baja, Tadeo —ordenó Rosalinda—. ¿Quieres un chocolate? Igor se dejó caer precipitadamente y devoró los chocolates que le ofrecía su gentil institutriz.

Rosalinda preparó un frugal almuerzo en la cocinilla del camión y ya iba a ordenar reposo a sus pupilos cuando apareció la antipática Lulú Milstein.

—¿De dónde me dijiste que venías tú? —preguntó Lulú a Rosalinda.

—De Braika.

—El traje que vistes no es de esa región —objetó Lulú—. Tu traje es de aldeana soviniana.

—¿Y quién me impide vestir como a mí me place? —protestó Rosalinda.

Anita, que era algo curiosa, se acercó a Lulú jugando con un precioso pañuelo de encajes. La impertinente Lulú se lo arrebató de las manos e iba a examinarlo, cuando Rosalinda se lo quitó violentamente.

—Ese pañuelito no es de aldeanas —dijo burlándose Lulú—. No he perdido mi visita. Ya tengo datos para lo que me propongo averiguar.

—¡Sal de aquí! —gritó Rosalinda con enojo—. No quiero que vuelvas a entrar en este camión, que es mi casa.

—Ya lo veremos —exclamó Lulú—. Mañana a las cuatro de la tarde tendrás una sorpresa.

Rosalinda fingió serenidad, pero su espíritu estaba profundamente acongojado por la amenaza de Lulú Milstein.

“Esa muchacha debe ser una espía —pensaba la institutriz de los príncipes fugitivos—. ¿Les habrá reconocido? ¿O adivinó que Igor y Anita no son hermanos míos?”

Durante la noche la caravana prosiguió su marcha hacia la aldea, en la cual Carlo Pacini debía efectuar una representación teatral. A la mañana siguiente hubo gran movimiento en la caravana. Era preciso levantar la carpá y todos ayudaban en la tarea. Igor

iba de un lado a otro, con un martillo, remachando clavos.

—Qué harían sin nosotros —decía el arrogante muchachito—. Yo trabajo como un hombre.

Rosalinda entró en el camión que le servía de hogar y preparó la indumentaria para la comedia que iban a representar esa tarde. Igor vestía de Pulgarcito y Ana de Caperucita Roja. Rosalinda se cubrió con su amplia capa negra y el antifaz de bruja con peluca blanca.

Así ataviados aguardaron en los camarines el momento de entrar en escena.

Ruidoso fué el éxito de esta representación, en la que rivalizaba el ingenio de los actores, su natural simpatía y distinción. El cuento de hadas y los bailes merecieron nutridos aplausos.

Rosalinda, de pronto, tuvo que ir al camión en busca de un disfraz y grande fué su espanto al ver salir de allí a su enemiga Lulú Milstein.

—¿Qué habría registrado esa intrigante mujer?

Entre los objetos que Rosalinda sacó del palacio el día de su fuga, había varias cartas personales y algunos recuerdos de familia.

—Santo Dios —murmuró Rosalinda, aterrada, al ver que le habían substraído las cartas—. Lulú puede hacer mal uso de ellas. Rápidamente miró el reloj y advirtió que eran las cuatro en punto.

Igor y Ana habían quedado en el redondel del circo, para presenciar los demás números de la función circense.

Momentos después se oyó una voz que llamaba a Maclovía Nelson.

—¿Quién me buscá? —preguntó Rosalinda, saliendo del camión.

—Un soldado craciano —respondió desde lejos Lulú, con triunfal acento.

—¿Un soldado craciano? —repitió Rosalinda, retrocediendo hasta el camión y cerrando la puerta.

Pero ya no podía evitar aquella cruel sorpresa, que le había prometido su enemiga Lulú.

Se abrió la puerta y apareció un soldado con casco de acero y uniforme gris.

—Maclovía Nelson —dijo el soldado—, vengo a interrogar a usted acerca de dos niños: un varoncito y una niña con quienes ha llegado usted aquí. ¿Dónde están esos chicos?

(CONTINUARA)

Ponchito

por nato



LA HIJA DE LAS ISLAS



CAPITULO II.—*Dos desconocidos.*

Akena era en apariencia una niña nativa de la isla Tahoa. Se destacaba entre las indígenas por su belleza y sus ojos de reflejos dorados. Pero se asemejaba a ellas en el color de su piel bronceada por el sol y en la cabellera larga y obscura. Su padre no era, sin embargo, un jefe nativo, sino el doctor Roberto Larsen. Obligado a huir de su país, por una falsa acusación, Larsen se refugió en aquella isla de los mares del sur, con su pequeña hijita. Sintiéndose próximo a morir, le reveló su pasado y le dijo que había reunido para ella un tesoro.

—Regresa a la patria —murmuró antes que sus labios enmudecieran para siempre.

Banaba, el jefe isleño, y Manu, amigo de la infancia de Akena, se preocuparon de las ceremonias fúnebres. Transida de dolor, la huérfana regresó a su choza, después del entierro. Arrodillada sobre una estera, se sumió en tristes reflexiones. Por primera vez se veía rodeada de sombras y sentía la soledad. Pensó que la isla se había transformado para ella en un desierto.

Una suave cabeza rozó su hombro, en un gesto de silenciosa ter-

Los nativos huyeron
aterrorizados.



nura. En la penumbra, Akena reconoció a Taio, su leoncito. La dócil mirada de los ojos amarillos como el ámbar parecía decir:

"No estás sola. Yo te acompañaré siempre, amita".

Transcurrieron los días y el tiempo suavizó la tristeza de Akena. Sobrevino, además, un suceso inesperado que causó gran agitación en la isla. Un avión apareció súbitamente en el claro cielo tropical. El rugir de sus motores inundó el espacio. Luego la nave aérea se hundió en el mar.

Los nativos se desbandaron aterrorizados. Creían que los dioses enviaban aquel pájaro infernal para destruirlos. Sólo Akena y Banaba no huyeron y vieron que el oleaje lanzaba a la playa una figura humana. Era el piloto, un joven rubio, alto, de hermosas facciones. Akena se arrodilló, fascinada. Aquel era el primer hombre blanco que veía, después de su padre.

—¿Vive? —preguntó Banaba.

—Sí. Está inconsciente. Llevémoslo a mi cabaña. El piloto fué depositado en el lecho que perteneció a Roberto Larsen, y Akena le prodigó sus cuidados. Pero el desconocido no reaccionaba.

—Sólo pueden salvarlo las hierbas que sanan —sugirió Banaba—. Crecen junto al templo en ruinas, sobre la montaña. Es difícil subir a esa cumbre. Pero Akena estaba deci-

Akena miraba fascinada al joven desconocido.



—¿Vive? —preguntó Banaba.

El joven continuaba inconsciente.



dida a salvar al forastero y emprendió el camino. De pronto se detuvo, extrañada. En un atolón vecino descubrió una columna de humo. ¿Había, tal vez, otro sobreviviente de la catástrofe aérea?

Los atolones son arrecifes coralinos que vientos y mareas han recubierto de una leve corteza de tierra vegetal. Estas islas tienen en su interior una laguna o "lagón" que se comunica con el mar.

Una columna de humo se elevaba en el atolón vecino.

Luego de entregar las hierbas medicinales a Banaba, Akena corrió en busca de su piragua y se dirigió al atolón.

Cuando la liviana proa se deslizó sobre la arena, un hombre de elevada estatura se aproximó a Akena, exclamando:

—¡Creí que había caído en una maldita isla deshabitada! Pero aquí viene usted, preciosa.

Extendido sobre la playa, veíase el paracaídas. El joven, moreno, de fino y cuidado bigote, y ojos que relampagueaban, añadió:

—¿Se compadecerá de este náufrago, princesa? Lléveme a su tribu... si no son caníbales.



Akena sonrió con dulzura, y luego invitó al desconocido a subir a la canoa. El obedeció, diciendo:

—Me encanta saber que habla mi idioma. ¿Quién se lo enseñó?

—Mi padre. Mi nombre es Akena.

—El mío es Hugo Sander.

Al desembarcar frente a la vivienda de la hija de las islas, expresó:

—Vive en una espléndida casa de madera. ¿Tengo malos los oídos o la oí decir "choza"

cuando me ofreció su hospitalidad?

Ella explicó:

—Mi padre y yo siempre decíamos "cabaña" o "choza", porque es la palabra que usan todos los isleños. Pase usted.

Pero en el umbral apareció Taio y Hugo retrocedió, atemorizado.

—Es muy pequeño y no hace daño —dijo Akena, riendo.

Hugo Sander vacilaba, mientras Taio gruñía. Su instinto le anunciaba que aquel hombre era un enemigo y estaba decidido a no permitir que entrara en la casa de su ama.

—¿Se compadecerá de este naufrago, princesa?



(CONTINUARA)

Taio rugía salvajemente.



GRAN CONCURSO

Standard Electric



DISCOS **pulgarcito**

Y SIMBAD

"la mejor revista infantil".

CONTESTA A ESTA PREGUNTA: ¿A quién nos referimos al decir de ella que "nació en Vicuña", Chile; escribe especialmente para los niños; recibió el Premio Nóbel de Literatura?

Envía tu respuesta a casilla 84-D, INCLUYENDO EL CUPON, y podrás participar en el Gran Sorteo Semanal de 12 Discos PULGARCITO, irrompibles, en bellas colores, con temas infantiles. Además, se sorteará UN REGIO TOCADISCOS, Suscripciones a SIMBAD, Libros y Premios en DINERO.

Distribuidores exclusivos

Standard SE-Electric
COMPANIA
SANTIAGO-CHILE
Tecnico mundial de la

Respaldado por el prestigio

Tecnico mundial de la



Un producto

SHF

Solución a "SIMBAD" 262: El Primer Director Supremo de Chile fué don B. O'Higgins.

Entre los lectores que enviaron soluciones exactas, se sortearon los siguientes premios: UN TOCADISCOS STANDARD ELECTRIC: María Raggio, Santiago. UN SOBRE CON TRES DISCOS PULGARCITO: Carmencita Soto, Angol. 1 DISCO PULGARCITO: Silvia Selowsky, Stgo.; Oscar Alfonso Palma, Talca; Alberto González, Stgo.; Grecia Gálvez, San Fernando; Alejandrina Pacheco, Stgo.; Fresia Inostroza, Rancagua; María Oyharcabal, Concepción; Randolph Fuenzalida, San Fernando; María E. Leiva, Stgo. CON UNA SUSCRIPCION TRIMESTRAL: Artemio Acuña, Talcahuano; Carlos Sánchez, Acumó; Blanca Díaz, San Fernando; Jovita Inostroza, Los Angeles; Ramiro Geve, San Felipe; Sergio Urrutia, Molina. CON \$ 50: Nelson Rojas, Valpo.; Rose M. Fressard, Curacautín; Teresa de Jesús Alegría, Stgo.; David Barrientos, Collipulli; José Barrios, Stgo.; Jorge Hidalgo, Los Lagos; Alberto Retamal, Arauco; Marcos Salinas, Lota; Elena Vargas, Stgo.; Duvel Contreras, Bulnes.

CUPON DEL CONCURSO Semanal

Standard SE-Electric

SIMBAD N.º 264

(Continuará en el próximo número.)

Juan y Juanita



3. "—¿Eres uno de los astros de Fox? —preguntó Rulan con acento voluble y guiñando sus pequeños ojos de cerdo—. Se ve a primera vista que eres un estupendo actor. Ganarías una fortuna si rompes tu contrato con Fox y te vienes conmigo. Yo...". Samuel Fox se acercó, interrumpiéndolo.



4. "—¿Vas al Congo, Rulan?", preguntó fríamente. El otro respondió con acento triunfal: "—Sí. Envié el equipo adelante". Fox protestó: "—Me dijiste que habías renunciado a esa filmación. ¿Qué pretendes? ¿Estorbar mi trabajo?" —Rulan dijo: "—Tal vez. Mira, ya aterrizamos en Dakar".

(CONTINUARA)

PELUSITA

POR NATO

¡POROTA, POROTITA! ¡ESPERAME!



¡PARECE QUE VAMOS ATRASADAS!

¡ES TEMPRANO!



Y
EN LA
ESCUELA

¡HOY DEJARE A TU CRITERIO
EL TEMA DE LA
LECCION...



...HÁBLAME DE LO QUE
SEPARAS MEJOR!



¡QUE BUENO, SEÑORITA!..



...TENÍA DESEOS DE COMENTAR
CON ALGUIÉN EL PARTIDO DE
FÚTBOL QUE JUGÓ LA CATO-
LICA EL DOMINGO...

NATO.



\$ 6.- **SIMBAD**

N.º 265

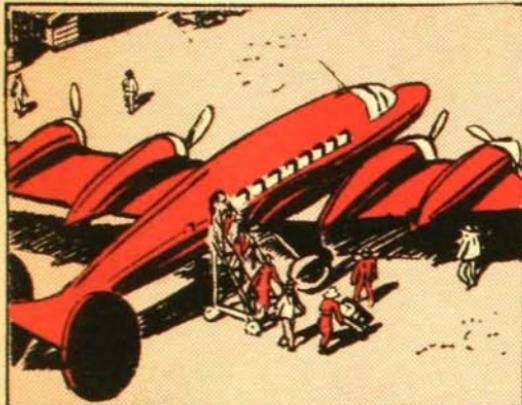


ELENA
PIRIER

EL JOROBADO

Juan y Juanita

CAPITULO XLIII.— INTRIGA EN DAKAR



1. En un avión que efectuaba el vuelo entre Francia y África viajaban Juan, Juanito, Mincho y Tilín, contratados por Samuel Fox para filmar en el continente negro. Entre los pasajeros iba otro productor de cine, Leopoldo Rulan, quien habló con uno de sus agentes: "—Son tres niños y una niña", susurró.



2. "—Comprendo, jefe —repuso el cómplice, que tenía mirada de halcón y labios de expresión cruel—. Yo me encargo de los polluelos de Fox." Los niños estaban en la sala de espera del aeropuerto, cuando el hombre se acercó a ellos diciendo: "—El señor Fox me envía a buscarlos".

(Continúa en la penúltima página.)

Simbad

AÑO VI — 29-IX-1954 — N.º 265

Directora:	Elvira Santa Cruz (Roxane)
Suscripción anual:	\$ 300.—
Semestral:	\$ 150.—
Recargo por vía certificada:	Anual: \$ 21.— Semestral: \$ 11.—
Extranjero:	
Anual:	U.S.\$ 2,10
Semestral:	U.S.\$ 1,05
Recargo por vía certificada:	Anual: U.S.\$ 0,20 Semestral: U.S.\$ 0,10

El jorobado

CAPITULO XLIX.—Transformación del jorobado.

El notario real, maese Griveau, tenía preparado el contrato para la boda, pero en el encabezamiento figuraba el nombre de Chaverny. Debía cambiarlo por el del jorobado, quien preguntó:

—¿Tardaréis mucho?

—Maese Griveau —dijo riendo el príncipe de Gonzaga—, comprenderéis la natural impaciencia de los novios.

—Me bastan cinco minutos, monseñor —contestó el notario.

Esopo II, acariciando los rubios cabellos de Aurora, observó:

—Señores, la novia no está convenientemente vestida, y en cuanto a mí, puede decirse que soy vergüenza. ¿No he oido hablar de una canastilla?

Doña Cruz se llevó a Aurora para vestirla, mientras el jorobado pedía a otras damas que le ayudaran a peinarse y a corregir el desorden de sus encajes.

—El contrato está listo —anunció el notario.

—¿Habéis escrito los nombres de los contrayentes? —preguntó el príncipe.

—Los ignoro —repuso el magistrado.





Aurora conservaba la inmovilidad que la hacía parecer una estatua.

buscando nombres al jorobado.

—No busquéis —les dijo él mientras se colocaba los encajes en los puños—, no adivinaríais nunca. Señor Navailles, tenéis un lindo pañuelo bordado.

Navailles le dió su pañuelo. Cada uno quiso contribuir con algo: un alfiler, una hebilla, un lazo. Entretanto los testigos iban poniendo sus nombres bajo la firma de Gonzaga.

—Id a ver si mi novia está dispuesta —dijo el jorobado a un cortesano que le colocaba sus encajes de Malinas.

—¡La novia! ¡Aquí está la novia!

Aurora, vestida de blan-

—¡Tu nombre, amigo! —pidió Gonzaga.

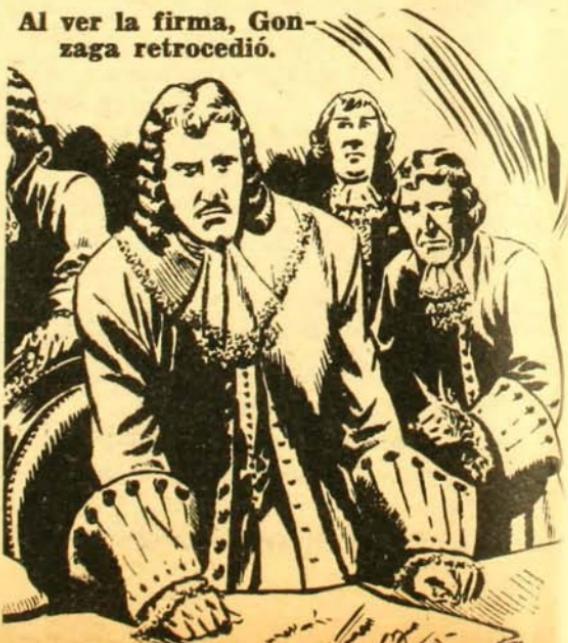
—Id firmando los que hayáis de firmar, monseñor —respondió Esopo II, con despreocupación—. Yo mismo escribiré mi nombre. Es un nombre extraño que os hará reír.

—En efecto, ¿cómo diablos podrá llamarse? —indicó Navailles.

—Firmad, firmad. Monseñor, fijaos en los vuelos de mis mangas. Están arrugados, ¿por qué no me dais los vuestros como regalo de bodas?

Gonzaga se quitó los encajes y se los envió por el aire. Después se acercó a la mesa para firmar. Los invitados se entretenían

Al ver la firma, Gonzaga retrocedió.



co y coronada de azahares apareció en la puerta. Maravillosamente bella, sus facciones conservaban aquella inmovilidad que la hacía parecer una adorable estatua. Seguía bajo el hechizo. Se elevó un murmullo de admiración.

—¡Pardiez! —exclamó el jorobado—. Me llevo una hermosa mujer. Ahora, ángel mío, nos corresponde firmar.

De la mano de doña Cruz que la sostenía, cogió la mano de Aurora. Esperábase ver en la joven algún estremecimiento de repugnancia o disgusto, pero ella le siguió con una docilidad perfecta. Al dirigirse a la mesa, la mirada del jorobado encontró la de Cocardase, que acababa de entrar seguido de su compañero. Esopo II guiñó un ojo, mientras se llevaba la mano al cinto en un gesto rápido. Cocardase comprendió; pues, plantándose ante él, exclamó con su voz tonante:

—¡Recuernos! ¡Falta alguna cosa a su vestimenta!

—¿Qué es ello? ¿Qué cosa? —inquirieron de todas partes.

—Sí, ¿qué cosa? —inquirió el jorobado, con aspecto inocente.

—¡Diablos! ¿De cuándo acá se casa un gentilhombre sin espada? La concurrencia encontró muy acertada aquella objeción.

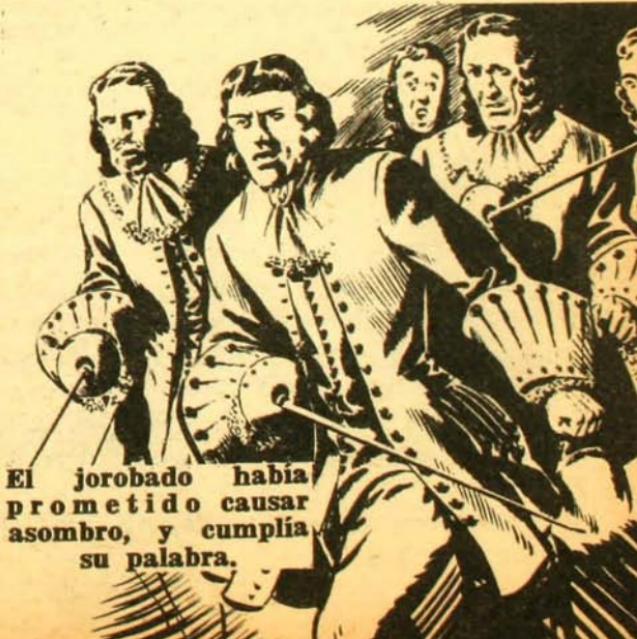
—Es verdad, es verdad. Hay que reparar ese olvido. ¡Una espada para Esopo! No está aún bastante gracioso.

Navailles rebuscó entre las espadas, mientras el jorobado simulaba oponer resistencia, diciendo:

—No estoy acostumbrado. No podré moverme con libertad.

Entre todos aquellos aceros había una larga y fuerte espada de combate que pertenecía a Peiroles. A regañadientes hubo de dejársela quitar por Navailles.

—Va a servirme de estorbo —dijo Esopo II. Se le ciñó la espada entre grandes risas, pero Cocardase y Pasepoli no dejaron de advertir que, al tocar su guarda,



El jorobado había prometido causar asombro, y cumplía su palabra.



Lagardere, que
nunca falta a las ci-
tas cuando las da.

amigo —dijo el hombrecillo, empujándole hacia un lado. Se sentó gravemente en el sitio del notario, entre las carcajadas de la asamblea, que encontraba muy divertido todo lo que hacía. —¿Por qué querrá escribir él mismo su nombre? —preguntó Navailles.

Peiroles susurró algo al oído de Gonzaga, que se encogió de hombros. En todo cuanto ocurriera, veía Peiroles motivo de inquietud. El príncipe se burlaba de él.

—¡Ahora vais a ver! —repuso el jorobado a la pregunta de Navailles.

Y añadió con su risilla seca:

—¡Os vais a admirar! ¡Ya veréis!

El jorobado empezó a escribir con mano firme.

—¡Al diablo la espada! —profirió de pronto.

Nuevas risas acogieron aquella exclamación del jorobado, quien, no sabiendo qué hacer con el arma que parecía impedir sus movimientos, acabó por depositarla desnuda sobre la mesa. Cocardase dió en el codo a Pasepoil.

La aguja del reloj se acercaba a las cuatro.

—Firmad, señorita —dijo Esopo, ofreciendo la pluma a Aurora. Ella vaciló.

—Firmad con vuestro verdadero nombre —murmuró él—, pues to que lo sabéis.

la mano del jorobado se estremeció.

Pavoneándose cómicamente entre la algazara general, llegó hasta la mesa.

—Bueno, bueno, no me ahoguéis a la novia, ¡por favor! Una tregua, señores y amigos. Dejadme echar una ojeada a este contrato. ¿Habéis firmado vos? —preguntó al notario, que esperaba con la pluma en alto.

—Sin duda.

—Entonces id en paz,

Aurora se inclinó sobre el pergamo. Vióse a doña Cruz, que se inclinaba sobre su hombro, hacer un movimiento de sorpresa.

—Está ya? —preguntaron los invitados.

El hombrecillo giboso, deteniéndoles aún con un gesto, cogió la pluma y firmó a su vez.

—Ya está. Venid a ver.

Todos se precipitaron. Esopo II había abandonado la pluma a fin de tomar con negligencia la espada.

—¡Atención! —dijo en un murmullo Cocardase.

—¡Aquí estoy! —repuso resueltamente Pasepoil.

Los primeros en llegar fueron Gonzaga y Peiroles, quienes, una vez fijada la vista en el documento, retrocedieron.

—¿Qué sucede? —preguntaron los que estaban detrás.

El jorobado, que prometiera causar asombro, daba cumplimiento a su palabra. En aquel instante se vió cómo sus piernas se enderezaban, ensanchándose su torso, y su mano sostenía con firmeza la espada.

—¿No te lo dije? —murmuró Cocardase—. El muy pillastre recuerda sus habilidades del patio de las Fontanas.

Al erguirse, el jorobado se quitó la peluca. Sobre sus hombros se alzaba ahora una hermosa cabeza.

—¡Venid a leer el nombre! —invitó paseando su brillante mirada sobre la estupefacta concurrencia. Y al mismo tiempo la punta de su acero señalaba la firma.

Un gran clamor llenó la sala:

—¡Lagardere! ¡Lagardere!

—Lagardere —repitió éste—, que nunca falta a las citas cuando las da.

(CONTINUARA)

CONTINUACION DE LA LISTA DE PREMIADOS POR SOLUCION

A "SIMBAD" ANIVERSARIO 262: Con \$ 50.—: Juan Valenzuela, Santiago; Julio Montecinos, Temuco; Carlos Mac-Hale, Stgo.; Eugenio Castro, Talcahuano; Victoria Jungk, Stgo.; Blanca Vásquez, Tomé; María A. Ardilles, Stgo.; Hugo Rodríguez, Stgo.; Hugo Cuevas, Chillán Viejo; Carmen Valenzuela, Viña del Mar; Elena Ariztia, Stgo.; Rosa Espinoza, Stgo.; Juana Pérez, Stgo.; Angel Urrutia, Stgo.; CON UN LIBRO: Miriam Bozzo, Talcahuano; Nelson Miqueles, San Clemente; Miriam Castro, Talca; Pedro Crisóstomo, Quirihue; Ramón Muñoz, Teno; Margarita Ramos, Viña del Mar; Anita Rodríguez, Talca; María Sáenz, Lota Alto; Clara Leiva, San Antonio; José Castro, Lautaro.

(CONTINUA EN LA ULTIMA PAGINA)

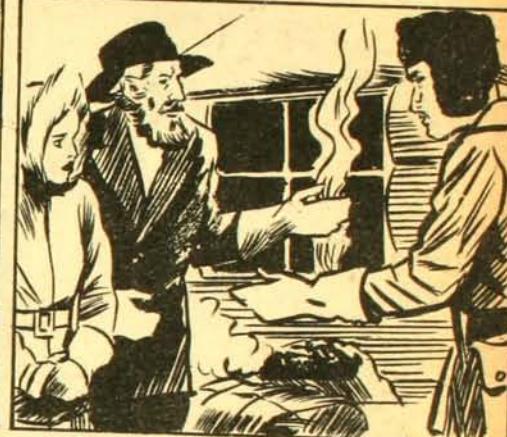


SOLAK

CAPITULO VII.—LA

EL PERRO LOBO

INTRIGAS DE PIERRE



1. Solak, el perro lobo, protegido por Dalia Ken, se había refugiado en el almacén de pieles. El cazador Pierre Lacoste, que había jurado matar a Solak, intentó incendiar el almacén, para causar la ruina de Dalia y de su abuelito Max. Pero el perro lobo evitó que se propagara el fuego.

3. Max y su nieta se levantaron apresuradamente. Pierre les aguardaba para referirles una falsa historia: "—Pasaba por aquí y divisé fuego. El lobo, quizás al saltar, desprendió la lámpara, causando un incendio." Max, horrorizado, exclamó: "—¿El lobo Solak en mi almacén? No comprendo"...



2. Al verse amenazado por el fusil de su enemigo, Solak huyó. A pesar del peligro, se detuvo ante la puerta de Diana y ladró frenéticamente para dar la alarma. La niña despertó, inquieta. "—Un perro está ladrrando —murmuró—. Y me parece que oí un disparo. ¿Le habrá sucedido algo a Solak?"

4. "—Es su nieta quien lo encerró allí —acusó Pierre, con una mirada malévola—. Se lo advierto, Max: esa chifladura de Dalia por un animal salvaje le traerá disgustos. Ella lo defiende, a pesar de que toda la comarca sabe que es una bestia peligrosa y feroz." El semblante del anciano se endureció.



SOLAK EL PERRO LOBO



5. Dirigiéndose a la niña, Max expresó con voz severa: "—Me desobedeciste, Dalia. Te dije que alejaras a Solak de nuestra casa. Por su culpa, casi hemos perdido estas pieles, que son nuestra única fortuna. Gracias a Pierre, alcanzamos a sofocar el fuego." Dalia, turbada, no contestó.

7. Dalia no pudo conciliar el sueño. Sentíase perpleja. Estaba segura de no haber dejado una lámpara encendida en el almacén de pieles, y no pasó por su mente la sospecha de que Pierre era el incendiario. Mientras tanto, Solak había llegado al bosque y con los dientes se quitó la venda que le puso Dalia.



6. "—Te prohíbo terminantemente que des refugio o defiendas otra vez a ese condenado lobo", terminó Max. Dalia jamás había visto a su abuelito dominado por la ira y guardó silencio. Pierre Lacoste se alejó, satisfecho. Con la prohibición de Max, Dalia no seguiría amparando a Solak, y entonces él podría matarlo.

8. Al día siguiente, la niña debía dirigirse al lago, donde aterrizaría el avión de carga que llevaría las valiosas pieles. "—Buena suerte, Dalia", le dijo Max. Dalia besó al anciano y emprendió el camino. Pensaba aún en Solak, el lobo solitario, a quien ella colocó el collar del cual intentaba apoderarse Pierre.

(CONTINUARA)



TIP Y TAP

Erase una vez un par de zapatitos nuevos muy pequeños y amarillos. Se llamaban Tip y Tap, y deseaban pertenecer a alguien: a un niño.

Echaron a andar, haciendo: ¡Tipitap! ¡Tipitap! ¡Tipitap! Anduvieron y anduvieron hasta llegar junto a un niño que estaba sentado bajo un árbol.

—Buenos días —le dijeron—. ¿Quieres aceptarnos como zapatos tuyos?

El niño miró a Tip y luego miró a Tap. A continuación miró sus pies, que estaban descalzos.

—Si me podéis traer unos calcetines os aceptaré con mucho gusto —dijo.

Tip y Tap reflexionaron unos minutos. Luego echaron a andar, haciendo: ¡Tipitap! ¡Tipitap! ¡Tipitap!

Y anduvieron, anduvieron hasta llegar a un campo lleno de plantas de algodón. En cada

planta vieron una cantidad muy grande de bolitas blancas. Aunque eran muy nuevos, los zapatitos sabían que los calcetines se hacen de algodón.

—Buenos días, señora Planta de Algodón —dijeron Tip y Tap—. ¿Podría darnos un poquito de algodón para llevarlo a la señora Tejedora y pedirle que nos teja unos calcetines para el niño que está sentado debajo del árbol? Nos ha dicho que cuando tenga unos calcetines que ponerse nos aceptará como zapatos suyos.

—Con mucho gusto os daré un poco de algodón —respondió la Planta de Algodón.

Y, en seguida, se arrancó unos cuantos copos y los metió dentro de Tip. Luego se arrancó más copos y los puso dentro de Tap. Y los zapatos se marcharon muy contentos, haciendo: ¡Tipitap! ¡Tipitap! ¡Tipitap!

Cuando llegaron donde estaba la señora Tejedora, dijeron:

—Muy buenos días, señora Tejedora. Le traemos un poco de algodón para suplicarle que haga usted unos calcetines para el niño que se sienta debajo del árbol. Nos ha dicho que tan pronto como tenga calcetines nos aceptará como zapatos suyos.

—Tendré mucho gusto en hacerlos los calcetines —respondió la anciana señora Tejedora—; pero antes es necesario que el algodón sea hilado. Sin eso no puedo hacer nada.

Tip y Tap reflexionaron unos minutos. Luego se marcharon, haciendo ¡Tipitap! ¡Tipitap! ¡Tipitap!

Anduvieron y anduvieron, hasta llegar a casa del señor Hilador.

—Muy buenos días, señor Hilador —dijeron—. ¿Podría usted hilarnos este algodón? Es para que la señora Tejedora haga unos calcetines para el niño que se sienta debajo del árbol. Así podrá ponerse zapatos y nos elegirá a nosotros.

—Tendré mucho gusto en hilarlos —replicó el señor Hilador.

Cogió el algodón, lo puso en una máquina, hizo girar una rueda y el algodón se convirtió en un hilo muy fino, muy largo, y blanco como la nieve. Cuando hubo terminado, hizo dos ovillos con el hilo y metió uno dentro de Tip y otro dentro de Tap.

—Muchísimas gracias —dijeron los zapatitos.

Y se marcharon, haciendo ¡Tipitap! ¡Tipitap! ¡Tipitap!

Volvieron donde estaba la señora Tejedora y dijeron

—Le traemos el hilo y podrá usted tejer los calcetines. Así podremos pertenecer al niño que se sienta debajo del árbol.

—Tendría muchísimo gusto en hacer los calcetines —respondió



La bruja tejía unos calcetines horribles.

la señora Tejedora—; pero vosotros sois amarillos y el hilo es blanco. Tendréis que ir a casa del señor Tintorero y pedirle que tiña de amarillo el hilo, a fin de que yo pueda hacer los calcetines.

Tip y Tap volvieron a ponerse en marcha para ir a casa del señor Tintorero. Al andar por la carretera, hacían: ¡Tipitap! ¡Tipitap! ¡Tipitap!

Andando, andando, llegaron a casa del señor Tintorero.

—Buenos días, señor Tintorero— dijeron—. ¿Podría hacernos el favor de teñir de amarillo este hilo que traemos? Así la señora Tejedora hará unos calcetines para el niño que se sienta

debajo del árbol. De esa forma podremos ser sus zapatos.

—Tendré muchísimo gusto en hacerlo —respondió el señor Tintorero.

En seguida echó un puñado de polvos amarillos en un gran caldero que hervía encima del fuego. Luego metió unos de los ovillos dentro del líquido y después lo sacó y lo puso a secar. En seguida metió en el caldero el otro ovillo y en cuanto estuvo teñido lo tendió también a secar. Una vez que los dos ovillos quedaron bien secos, metió uno dentro de Tip y otro dentro de Tap.

Después de dar las gracias, Tip y Tap se marcharon, haciendo: ¡Tipitap! ¡Tipitap! ¡Tipitap!

Sucedió que esta vez los zapatitos se equivocaron de camino y entraron en la casa de una bruja, creyendo que era la de la Te-

jedora. Le pidieron que hiciera los calcetines, y ella aceptó. ¡Qué gran susto sintieron Tip y Tap cuando vieron que, aunque el hilo era amarillo, la bruja tejía unos calcetines horribles, con rayas negras! Recogieron de prisa sus ovillos y salieron escapando.

Iban tan confundidos que en vez de hacer ¡Tipitap! ¡Tipitap! ¡Tipitap!, como de costumbre, hacían ¡Tapitip! ¡Tapitip! ¡Tapitip!

Al oír ese ruido que no conocía, la bruja quedó muy asombrada. —Están sucediendo magias muy extrañas —murmuró—. Primero desaparecen de mis manos dos hermosos calcetines que yo estaba tejiendo, y ahora, sin haber dicho ningún conjuro, he convertido a un zapato izquierdo en uno derecho y a un zapato derecho en uno izquierdo.

Mientras tanto, los zapatos seguían caminando.

Cuando llegaron a casa de la señora Tejedora, dijeron:

—Aquí le traemos el hilo teñido de amarillo.

¡Clic, clic, clic! ¡Clic, clic, clic! Clic, clic, clic!, hacían las agujas de la señora Tejedora, y los calcetines iban haciéndose muy de prisa. Cuando hubo terminado el primero, las agujas volvieron a hacer: ¡Clic, clic, clic! ¡Clic, clic, clic! ¡Clic, clic, clic! Y en pocos minutos terminó el otro calcetín. Metió el primero dentro de Tip y el segundo dentro de Tap, y los zapatitos, después de darle las gracias, se marcharon, haciendo: ¡Tipitap! ¡Tipitap! ¡Tipitap!

Anduvieron, anduvieron y anduvieron hasta llegar otra vez adonde estaba el niño que se sentaba debajo del árbol.

—Te traemos los calcetines —dijo Tip.

—Ahora podrás aceptarnos como zapatos tuyos —añadió Tap. El niño se puso un calcetín y luego otro. Después se puso a Tip en el pie derecho y a Tap en el izquierdo, atando bien los cordones.

Tip y Tap estaban muy contentos. Por fin pertenecían a un niño. Y cuando el pequeño corrió a su casa a decir a su mamá que ya tenía zapatos y calcetines, Tip y Tap iban haciendo alegremente: ¡Tipitap! ¡Tipitap! ¡Tipitap!

Ahora los zapatos tienen unos lindos calcetines amarillos.

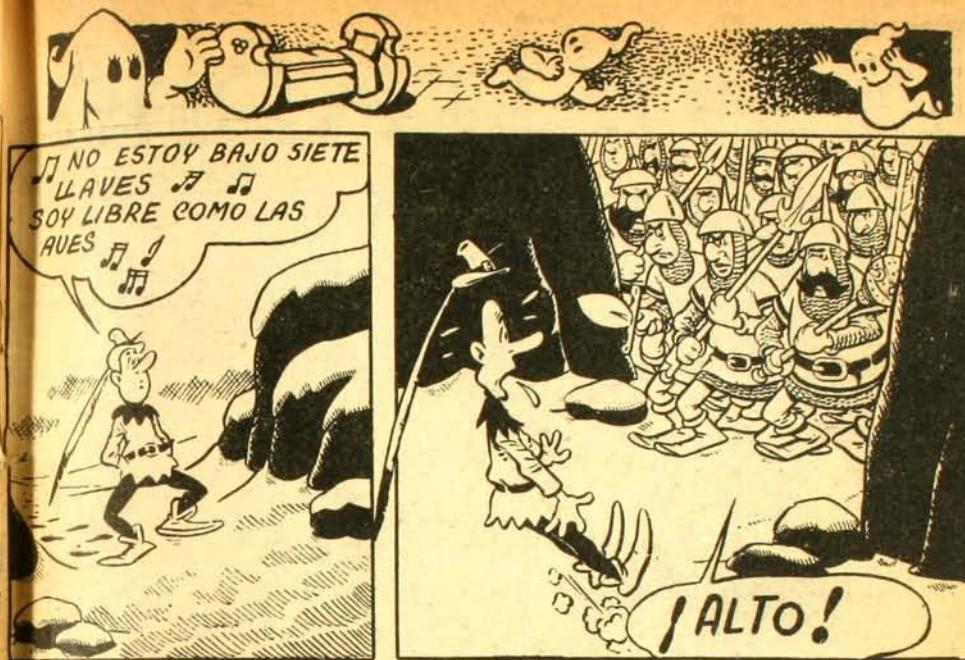


El fantasma

LOS CENTINELAS DEL CASTILLO, AL OÍR QUE ALGUIEN LES INSULTA, SE PRECIPITAN HACIA UN TÚNEL.

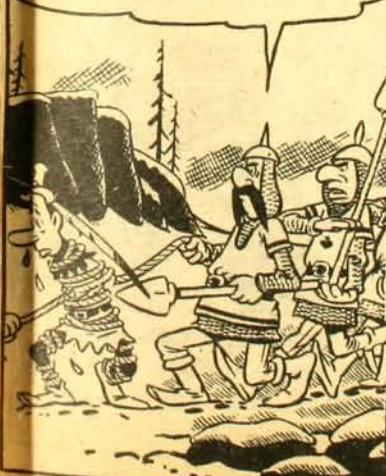


Y SE ABOLLAN LA ARMA. DURA Y LAS NARICES CONTRA LA PUERTA PINTADA DE NEGRO.



Y AMAPOLO PIERDE OTRA VEZ SU LIBERTAD.

TE LLEVAREMOS A PRESENCIA DEL DUQUE DEL CHAPE, NUESTRO AMO.





SOLITARIO BILL

CAPITULO L.—REFRESCO A TEXAS

BILL



1. Solitario Bill y Pluma Blanca perseguían por el desierto al bandido Rodríguez y a su secuaz el mestizo Miguel. El sol calcinaba las osamentas esparcidas en aquel sendero mortal.



2. Los fugitivos comprendieron que aquellos dos jinetes implacables les alcanzarían. Silbó un lazo tras ellos, y ambos, atrapados como reses, cayeron a la arena ardiente. Pluma Blanca alzó a Rodríguez, y Solitario Bill aferró al mestizo, diciéndole: "—Eres escurridizo como una víbora, pero esta vez no huirás."



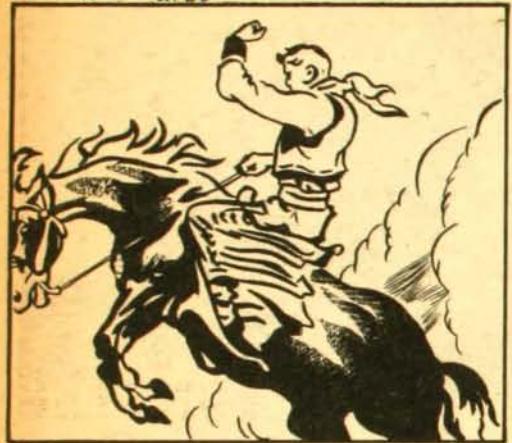
3. —No me agrada valerme de engaños para ser perdonado —contestó Miguel con su voz meliflua y persuasiva—. Mi único delito es haber querido llenarme de oro los bolsillos. Oro de los muertos." Tex Montaña, que llegaba en ese instante, rugió: "—Yo te llenaré de plomo la cabeza, condenado traidor".



4. Tex Montaña quedó muy rezagado en aquella caza de los bandidos, pero había seguido galopando y llegaba en el instante de la captura. Miguel dijo con altivez: "—Conste que a mí no me vencieron los héroes de Texas, sino los reyes pieles rojas, sepultados en Quimera." Solitario Bill ordenó: "—Vamos."



SOLITARIO BILL



5. Emprendieron la marcha, y los captores no tardaron en entregar a los forajidos al sheriff. Luego los tres aventureros se dispusieron a regresar al campamento unido de los osages y semínolas. "—Mi hermano Pluma Blanca es el que venció a mis enemigos", dijo Solitario Bill. Tex Montaña, confuso, guardó silencio.

7. Tex Montaña y su hermano gemelo demostraban una ruidosa alegría. Al encontrarse, cambiaron efusivos abrazos. "—Volvemos a la patria, Finurita", exclamó el rudo Tex Montaña. Su hermano, olvidando que era un fino caballero, contestó "—Hacen falta allá estos dos pillos redomados."



6. Había dudado del joven indio, pero ahora comprobaba su lealtad. Cuando llegaron al campamento piel roja, Hijo del Trueño saludó con reverencia al héroe texano: "—El Gran Maníto guíe tus pasos. Todo está dispuesto para tu partida. Ven a visitarnos algún día."

8. Aunque las tribus se habían demostrado hostiles, y Solitario Bill tuvo que dominarlas con astucia y valor, el héroe y sus compañeros experimentaron tristeza al despedirse. "—Yo abandono mi tierra natal —suspiró Altamaha, la reina semínola—. Pero seré feliz en la tribu de los navajos."

(CONCLUIRA)



Los PRINCIPIES FUGITIVOS

CAPITULO IV — *Lulú intriga a Rosalinda.*

miga Lulú Milstein, se creyó perdida.

—¿Usted desea interrogarme sobre mis hermanitos? —preguntó la joven al soldado craciano.

—No son sus hermanos —interrumpió Lulú—. Puedo probárselo por las cartas que tengo en mi poder. Esta mujer es una raptora de niños.

—¡Raptora de niños! —exclamó Rosalinda, lanzando una carcajada, que indicaba su alivio al advertir que ése era su delito. Sin duda la acusación resultaba peligrosa; pero le probaba que aún no conocían la verdadera identidad de los príncipes de Sovinia.

—No es asunto para la risa —intervino el soldado craciano, con voz áspera—; yo necesito ver a esos niños. ¿Dónde están?

—En la cantina del circo —respondió Rosalinda—. ¿Voy a buscálos?

—Todavía no —dijo el craciano—. Tengo varias cosas que pre-

RESUMEN.—Rosalinda, institutriz de los príncipes Igor y Anita, huye del invadido reino de Sovinia en una carreta con paja. Es detenida por un oficial craciano que, aunque declara ser su amigo, la encierra en un calabozo. Pero a la mañana siguiente el mismo oficial comunica a Rosalinda que viste el uniforme del enemigo para salvarles. La institutriz y los príncipes huyen y van a contratarse en el circo de Carlo Pacini. Allí son bien recibidos, pero surge una enemiga en la envidiosa artista Lulú Milstein, quien sospecha de la identidad de los refugiados y llama a un soldado craciano.

guntarle. Mi tiempo es valioso. Déjeme solo con esta señorita —añadió, dirigiéndose a Lulú Milstein.

—Pero...

—Salga; le ordeno —musitó con acento airado el militar—. ¿Cómo se atreve a discutir con un soldado craciano?

Lulú ahogó sus protestas, y el soldado cerró la puerta del camión

—Por fin me libro de esa víbora —dijo el soldado, cambiando de voz y de expresión.

Rosalinda le observó atónita. El soldado no sólo cambiaba de voz, sino que, rápidamente, se despojaba de unos bigotes rubios, que transformaban su semblante.

—Ricardo —murmuró la institutriz de Igor y Anita—. ¿Qué hace usted aquí?

—Por pura casualidad, oí a Lulú Milstein hablando de usted con un amigo de ella —explicó Ricardo—. La pérflida muchacha decía que iba a informar a los cracianos de su presencia en el circo de Carlos Pacini, asegurando que usted era una raptora de niños.

—¡Qué estupidez! —murmuró Rosalinda.*

—He pensado —agregó Ricardo—, que usted y los príncipes deben tener sus pasaportes en regla, porque los necesitarán al pasar la frontera de Sovinia. Vayan hoy mismo a retratarse a la ciudad y yo les traeré los pasaportes preparados. ¿Pueden salir esta tarde del circo?

—Sí —declaró Rosalinda—, iremos al pueblo esta tarde.

—Mañana me entregará las fotografías para pegarlas en las cédulas —prosiguió Ricardo—, y yo la esperaré en el bosque, junto al “Chalet Rojo”. Para que no se extravíe, voy a dejarle un pequeño mapa del bosque. Mire usted, camina hasta el fin de la avenida central, sigue a la izquierda, y se detiene donde le he marcado con lápiz rojo. ¿Comprendido? Mañana a las seis de la tarde en el “Chalet Rojo”.

—Cuán bueno es usted —balbuceó Rosalinda—; el futuro rey de Sovinia sabrá agradecerle...

Un golpe en la puerta interrumpió las palabras de Rosalinda. Ricardo se colocó los bigotes postizos y abrió violentamente la puerta.

—¿Qué quiere usted? —preguntó a la insolente Lulú.

—Vine a saber cómo proseguía la investigación —dijo la muchacha—. ¿Se llevará arrestada a la intrigante mujer?

—Su acusación es absurda —declaró Ricardo—. No hay base para ningún delito.

—¿Y las cartas? —insistió Lulú—. Ellas prueban que ha raptado a los niños; también prueban...

—Nada prueban —fué la cortante respuesta de Ricardo Zanetta—. Aprenda bien esta lección, señorita: guarde su imaginación bajo control o será castigada severamente.

—Pero...

—Guarde también su lengua viperina y no se mezcle en asuntos ajenos.

La actitud de Ricardo era violenta y autoritaria. Abriéndose paso, salió del camión, después de cerrar la puerta a fin de dar tiempo a Rosalinda para que ocultara el mapa del bosque.

Después de almuerzo Rosalinda pidió permiso al empresario del circo para salir de compras a la ciudad y feliz partió con los dos príncipes.

—¿Nos vamos a retratar? —preguntó Anita—. Qué bueno, para mandarle una fotografía al tío, Lucía.

—¡Chit! —dijo Rosalinda—. Acuérdense que no deben hablar de su pasado y que mientras duren estas vacaciones somos saltimbanquis de un circo.

Caminaban de prisa por las avenidas. De pronto se escuchó una sirena y comenzó un desfile de tanques y camiones con artilleros.

—Soldados cracianos —protestó Igor—. ¿Qué hacen en nuestro país esos bandidos?

—Calla, Igor —suplicó Rosalinda—. Les he dicho que ahora somos cómicos de circo, y nada más.

Entretanto, la intrigante Lulú Milstein, al ver salir del circo a Rosalinda con los niños, llamó a su amigo y cómplice, y le invitó a que siguiera los pasos de su enemiga. Pero por más que trató de ocultarse, Rosalinda advirtió que la perfida muchacha la seguía, y, a riesgo de ser aplastada por un tanque, atravesó presurosamente la calzada y se escondió con los niños tras un portón.

Lulú y su cómplice les perdieron de vista y esto facilitó a Rosalinda su entrada en la fotografía.

El fotógrafo, encantado con la gracia de los pequeños príncipes, les prometió tener listas las fotografías para la mañana siguiente.

—Y ahora a comprar chocolates y merengues con crema —indicó Rosalinda a Igor y Anita.

—Esa muchacha es
una raptora de niños
—decía Lulú al sol-
dado craciano.

Fatigados, pero felices, regresaron a su hogar circense, donde Rosalinda les preparó una taza de té.

—¿Qué estás examinando con tanta atención? —preguntó el curioso Igor a su institutriz.

—Un mapa del bosque —respondió sonriendo Rosalinda—. ¿Ven ustedes ese chalet rojo? Allí iré a reunirme con un amigo.

—¿Con tu novio? —indagó Anita.

—Novio, no —expresó Rosalinda—; pero sí un buen amigo mío y de ustedes.

—Llévanos —insinuó Anita—. Debe ser bonito ese chalet rojo.

—Sería peligroso salir en la tarde con este frío —objetó Rosalinda—. Mira, Anita, allí viene la costurera doña Constanza a probarle el traje de Blanca Nieve.

El resto del día transcurrió sin novedad.

A la mañana siguiente, Rosalinda fué en busca de las fotografías.

A su regreso de la ciudad, Anita dijo a Rosalinda:

—Mientras tú ibas al pueblo estuve a visitarnos Lulú Milstein. Nos trajo caramelos y merengues.

—¿No les ordené que no hablaran con esa mala muchacha? — protestó Rosalinda, llena de inquietud—. Ella es nuestra enemiga.

—Yo no le recibí ningún bombón y salí del camión —dijo el príncipe Igor.

—Yo —balbuceó Anita, como arrepentida de algo que pesaba sobre su conciencia— le dije que tú tenías un novio y que esta tarde irías a juntarte con él en el chalet rojo del bosque.

—¿Por qué dijiste eso, Anita? —preguntó inquieta la joven.

—Como Lulú tiene novio —declaró la ingenua chica—, yo quería que ella supiera que tú también...

—Calla —ordenó Rosalinda—. Ya sabes que no me gustan esas conversaciones en boca de una niñita tan pequeña. Igor, cuida a tu hermana. Yo tengo que salir inmediatamente.

La indiscreción de la princesa Anita tuvo consecuencias graves. Lulú Milstein corrió en busca de su amigo y cómplice, y le dijo:

—Maclovia Nelson irá a reunirse con un hombre en el "Chalet Rojo" del bosque. Seguramente ese hombre es el autor del rapto de los niños y ambos estarán concertando el precio del rescate. Avisa a los soldados cracianos para que les pillen en la cita.

—¿Y si vuelve a fracasar tu plan? —dijo el cómico del circo.

—Mi plan no ha fracasado —exclamó Lulú—. Ese soldado de bigotes rubios era un imbécil. Corre al cuartel y haz la denuncia; después iremos juntos al bosque. Si me quieres, debes obedecerme.

Aunque la cita con Ricardo Zanetta era para las seis, Rosalinda salió media hora antes. Entre las sombras vespertinas alcanzó a divisar a Lulú y a su amigo estacionados entre los árboles del bosque.

"Están espiando mi llegada", se dijo Rosalinda, desviando su camino hacia otro punto del bosque.

De pronto se vió detenida por tres soldados cracianos que parecían también en observación.

—¿Alto, quién es usted? —preguntaron los cracianos.

—Una mujer, como pueden verlo —replicó Rosalinda, ocultando su temor—. Voy a la ciudad. ¿Ustedes buscan a una pareja de enamorados? Acabo de divisar a un joven y a una mujer cerca del "Chalet Rojo". Mírenlos... Allí están afirmados en la baranda del puente.

Los cracianos divisaron a la pareja formada por Lulú y el cómico, y se alejaron hacia aquel punto.

Rosalinda, entretanto, corría velozmente hacia el límite del bosque y casi caía en brazos de Ricardo Zanetta.

—Lulú y un grupo de soldados cracianos me han tendido una celada —balbuceó Rosalinda, jadeante y aterrorizada.

Ricardo cogió de un brazo a la atribulada institutriz, y saltando zanjas y vericuetos, fué a hundirse con ella en la espesura.

—Nada temas —dijo Ricardo, después de oír el relato de Rosalinda—. Aquí traigo los pasaportes; sólo tienes que pegar las fotos en la parte indicada. Por cierto que son falsos, pero están muy bien falsificados. Te servirán para pasar la frontera en Capro. Adiós, Rosalinda. Yo espero reunirme con ustedes pronto.

Rosalinda llegó sin mayores contratiempos al camión del circo, y, como de costumbre, acostó a los príncipes Igor y Anita en sus literas.

Ya se disponía a desvestirse ella también, cuando apareció la malvada Lulú.

—Maclovia —dijo la intrigante—, te necesitan en la cantina. Tres soldados cracianos quieren interrogarte.

El corazón de Rosalinda dió un vuelco como si quisiera salir de su pecho. Sin embargo, mantuvo su calma, y respondió:

—Voy al momento. Espera que me ponga el abrigo.

Rosalinda dió un paso atrás para recoger los pasaportes, y siguió con paso altivo y digno a la antipática Lulú.



Lulú Milstein entró al camión en busca de Rosalinda.

(CONTINUARA)

Ponchito

por nato



NATO.

L A HIJA



DE LAS ISLAS

CAPITULO III.—Ambición castigada.

Akéna, la hija de las islas, había traído las yerbas curativas que salvarían la vida del piloto desconocido. En un atolón vecino descubrió a otro naufrago, Hugo Sander. Cuando éste llegó a la casa de Akena, el leoncillo Taio gruñó con furia. Su instinto le impulsaba a desconfiar del forastero.

—Taio —protestó la niña, sin comprender la hostilidad de su pequeño león.

—Es un animal peligroso —declaró Hugo, sin atreverse a cruzar el umbral.

La risa de Akena resonó alegre, incrédula, suavemente burlona. Hugo palideció de ira.

—Usted lo considera inofensivo —dijo entre dientes—. Tal vez ahora lo sea. Pero más tarde..., ni siquiera usted podrá dominarlo. Es un devorador de hombres.

La niña sonrió, sin contestar. Apartando a Taio, cedió el paso a Hugo Sander.

Banaba, el jefe isleño, velaba al piloto herido, que aún seguía inconsciente.

El malvado Sander se apoderó del valioso mapa.



Akena vió que Sander había desenterrado el cofre del tesoro.



—Respira mejor —indicó Banaba—. Se salvará.

Mientras ellos atendían al joven, Sander recorría la habitación, mirando los adornos nativos y hojeando los libros. Encontró el mapa del tesoro que Larsen había legado a su hija. La codicia fulguró en su mirada. Sin que nadie lo advirtiera, deslizó el plano en su bolsillo. Luego dijo a Banaba y Akena:

—Saldré a explorar la isla.

Minutos después, Akena salió a recoger flores para llevarlas a la tumba de su padre. Caminaba abstraída. Estaba muy próxima a Hugo Sander, cuando lo vió, con una pala en la mano. Había cavado la tierra y el cofre con el tesoro estaba cerca de él. Se miraron atónitos, y luego la expresión de sus rostros cambió. El bello semblante de Akena denotaba terror. Los rasgos de Hugo se crisparon y en sus pupilas apareció un destello asesino.

—¡Muchacha estúpida! —rugió—. Has cometido un error al seguirme y lo pagarás con tu vida.

Alzó la pala, dispuesto a golpear con ella a la aterrorizada Akena. En ese instante una sombra surcó el aire.

—¡Taio! —murmuró Akena.

El ataque del cachorro fué tan violento, que Hugo Sander perdió

Hugo levantó la pala para golpear a Akena.





Taio atacó al facineroso, defendiendo a su ama.

el equilibrio. Sintió su hombro desgarrado por las afiladas zarpas, oyó el rugido de la fiera y luego cayó por el acantilado. Resonó un grito y luego sobrevino el silencio.

Akena se acercó temblorosa al borde del abismo. Sólo vió las agudas rocas y los arrecifes de coral, combatidos por la marea que estallaba en altas crestas de espuma. Hugo Sander había pagado el precio de su ambición.

Lentamente, aún estremecida por la tragedia, Akena enterró de nuevo el tesoro. Silenciosas lágrimas corrían por su rostro. Esa era la primera vez que se enfrentaba a la maldad y a la codicia. Recordó las palabras de su padre: "Tú vives en un paraíso primitivo. No conoces el mundo al cual pertenes. Has vivido lejos de la civilización." No deseaba retornar a ese mundo, que abandonó cuando era una niña de escasos años. No lo recordaba, ni quería volver a él.

Abrazó a Taio.

—Vamos, amigo —susurró.

Incorporándose, regresó a la aldea. Desde la puerta, oyó la voz de Banaba, que decía:

—Kakai (come).

El corazón de Akena latió con fuerza. Esa palabra



La niña se acercó al borde del acantilado.

significaba que el herido había recobrado la conciencia. En efecto, lo vió sentado en el lecho, mientras el buen Banaba le ofrecía plátanos cocidos, ostras asadas y popoi de cinco años (popoi es la pasta fermentada del fruto del árbol del pan conservada bajo tierra, envuelta en sus propias hojas. Tiene un olor fuerte, comparable al de los quesos fermentados).

El aviador miraba la bandeja con una expresión perpleja en sus ojos azules.

Akena pensó que tal vez no veía la comida nativa. Sin duda intentaba recordar algo.

Al divisar a la niña, preguntó:

—¿Quién soy? —Dónde me encuentro? —Quiénes son ustedes?

El accidente lo había privado de la memoria.

Akena se estremeció. Nadie en la isla podía responder a la primera pregunta del aviador. Tal vez Hugo Sander lo conocía, pero él había desaparecido en la vorágine del mar, en ese oleaje furioso formado en la bocana del lagón. Era tan violento que rechazaba bruscamente a los navíos, les desarbolaba y hundía. Por lo tanto, era imposible que Sander hubiera logrado sobrevivir.

—¿Quién soy? —repitió el joven, y un acento de angustia vibraba en su voz.

Banaba le ofreció, entonces, en silencio, un racimo de plátanos. Ese ofrecimiento, entre los insulares, es un símbolo de paz. El aviador tal vez lo sabía, porque sus pálidos labios sonrieron.

—¿Quién soy? —preguntó de nuevo, en lengua maorí. El dialecto de la isla era muy semejante a ese idioma y Banaba respondió:

—Bienvenido, viajero del cielo.



Akena enterró de nuevo el cofre.

—¿Quién soy? —preguntó el aviador.



(CONTINUARA)

GRAN CONCURSO

Standard Electric



DISCOS **pulgarcito**

Y SIMBAD

"la mejor revista infantil".

Contesta a esta pregunta: ¿Podrías nombrar a dos animales de la fauna antártica chilena?

Envía tu respuesta a casilla 84-D, INCLUYENDO EL CUPON, y podrás participar en el Gran Sorteo Semanal de 12 Discos PULGARCITO, irrompibles, en bellísimos colores, con temas infantiles. Además, se sorteará UN REGIO TOCADISCOS, Suscripciones a SIMBAD, Libros y Premios en DINERO.

Distribuidores exclusivos

Standard SE Electric
COMPANIA
SANTIAGO-CHILE
Responsable por el prestigio
técnico mundial de la TELE



Un producto

SHYF

Solución a "SIMBAD" 263: El autor de la música del Himno Nacional de Chile fué don Ramón Carnicer y de la letra, don Eusebio Lillo. Entre los niños que enviaron soluciones exactas, se sortearon los siguientes premios: CON UN TOCADISCOS STANDARD ELECTRIC: Héctor Vera, Angol; CON TRES DISCOS PULGARCITO: Teresa Mella, Santiago; CON UN DISCO PULGARCITO: Alvaro de la Espada, Stgo.; Antonio Reyes, Viña del Mar; Roberto Parada, San Fernando; Pedro Forbech, Stgo.; Isabel Abarca, Valparaíso; Roberto Guiloff, Stgo.; Eva Kairath, Valdivia; Gastón Dinstrans, Stgo.; Adriana Roa, Tomé. CON UNA SUSCRIPCION TRIMESTRAL A "SIMBAD": Ana María Caballero, Osorno; Tita Cuevas, Ovalle; Nelson Contreras, Temuco; María C. Thompson, Olmué; Carlos Molleda, Puerto Montt; Eliana Mancilla, Cartagena. CON \$ 50.—: Silvia Arpás, Stgo.; Joaquina Ríos, Stgo.; José Ernesto Calcagni, Stgo.; Arturo Larraín, Stgo.; CON 1 LIBRO: Daniel Barboza, Coronel; Mónica Correa, Talca; Rodrigo Larenas, Taalhuano; María Alicia Alvarado, Stgo.; Olga Roche, Stgo.

**CUPON DEL
CONCURSO
Semanal**

Standard SE Electric

SIMBAD N.º 265

Juan y Juanita



3. "—¿Quién es usted?", preguntó Juan. El malvado repuso: "—Mi nombre es Jack. El señor Fox quiere llevarlos a recorrer este puerto del Senegal antes de reemprender el viaje". Y sin aguardar nuevas preguntas los llevó a una especie de barraca, donde los dejó encerrados.



4. En vano los prisioneros intentaron forzar la puerta. Mientras tanto Fox decía a su ayudante: "—El avión despegará pronto. Reúne a los niños". La búsqueda resultó inútil. Cuando la auxiliar del aire les invitó a subir a bordo, Fox, desesperado, le reveló la misteriosa desaparición de sus pequeños artistas.

(CONTINUARA)

PELUSITA

POR NATH

I TÓMA, ANDA AL
ALMACEN Y...

... ME TRAE UNA
CEBOLLA !



LA HIJA DE LAS ISLAS

\$ 6.-

SIMILOU

N.º 266



ELENA
TORIER

Juan y Juanita

CAPITULO XLIV.—INTRIGA EN AFRICA



1. Juan, Juanita, Mincho y Tilín fueron encerrados en una bodega por el cómplice de Leopoldo Rulan. Este individuo deseaba impedir que el productor de cine Samuel Fox filmara en Africa. —Tenemos que salir de esta ratonera —dijo Tilín—. Nadie oye nuestros gritos. Ahí veo una ventana.”



2. Salieron por allí y los guardias que les buscaban afanosamente no tardaron en hallarlos. Fueron conducidos junto al señor Fox, quien dió gracias al cielo de que sus artistas infantiles hubieran aparecido. Subieron presurosos al avión y horas después aterrizaran en el Congo.

(Continúa en la penúltima página.)

Simbad

AÑO VI — 6-X-1954 — N.º 266

Directora:	Elvira Santa Cruz (Roxane)
Suscripción anual:	\$ 300.—
Semestral:	\$ 150.—
Recargo por vía certificada:	Anual: \$ 21.— Semestral: \$ 11.—
Extranjero:	
Anual:	U.S.\$ 2,10
Semestral:	U.S.\$ 1,05
Recargo por vía certificada:	Anual: U.S.\$ 0,20 Semestral: U.S.\$ 0,10

CAPITULO L.—
Lagardere arrestado.

ante la mirada atónita de los invitados del príncipe de Gonzaga, el jorobado Pasepo II se transformó en Enrique de Lagardere. En quel instante de general stupor pudo atravesar las filas en desorden de sus nemigos. Mas no se movió. Con una mano sostendía a Aurora, temblorosa. Con la otra levantaba en alto la espada. Cocardase Pasepoil, que desenvainaron, estaban de pie tras él. Gonzaga desenvainó a su vez. Sus afiliados le mitaron. Se hallaba bien, pues, en proporción mayor diez contra uno. La gitana doña Cruz quiso interponerse, pero Peiroles la apartó con rudeza.

—Este hombre no puede salir de aquí, señores —pronunció el príncipe, que estaba pálido—. ¡Adelante!

Los gentiles hombres atacaron impetuosamente. Lagardere se colocó en guardia, sin separarse de Aurora.

—¡Aquí estoy! —gritó, dando la primera estocada.

El jorobado



¡Cuántas veces le había salvado la vida!

Unos segundos después las gentes de Gonzaga retrocedieron. D
cortesanos yacían en el suelo.

Lagardere y los dos bravos espadachines, inmóviles como tr
estatuas, esperaban el segundo asalto.

—Señor de Gonzaga —dijo Enrique—, habéis querido hacer un
parodia de matrimonio, pero este documento es válido. Tien
vuestra firma.

—¡Adelante! ¡Adelante! —gritaba, enfurecido, Felipe de Mantua
En aquel momento dieron en el reloj las cinco de la mañana. E
la puerta exterior, resonaron varios golpes recios. Despues oyó
gritar:

—¡En nombre del rey!

Los guardias franceses, luego de tres llamadas inútiles, derribaron
la puerta. Gonzaga, disimulando el frío mortal que le penetraba
hasta los huesos, envainó la espada, diciendo:

—Señores, veamos qué quieren los soldados del rey.

El capitán de guardias apareció en el umbral y repitió:

—¡Señores, en nombre del rey!

Saludando fríamente al príncipe, se apartó para dar paso a sus
soldados y a los oficiales.

—¿Qué significa esto, capitán? —inquirió Gonzaga.

El oficial miró los dos cadáveres yacente s y en seguida al grupo
compuesto por Lagardere, Pasepoil y Cocardase, que conservaba n
ban la espada en la mano.

—¡Dios del cielo! —murmuró—. ¡Bien decían que es un fiero
soldado! Príncipe, esta noche estoy a las órdenes de la princesa
vuestra esposa...

—¿Cómo? ¿Acaso la princesa...? —empezó a decir Gonzaga
furioso.

No pudo continuar. La viuda de Nevers acababa de aparecer en
la puerta.

—No vengo por vos, señor —dijo al príncipe, con acento glacial
Adelantándose hacia Lagardere, agregó:

—Las veinticuatro horas han transcurrido, señor de Lagardere.
Vuestros jueces están reunidos y os esperan. Entregad esa espada.
El lanzó su acero a los pies del capitán. Gonzaga y los suyos no
hicieron un solo movimiento, ni pronunciaron una sola palabra.
Cuando Lagardere avanzó hacia la puerta, dijo a Aurora de
Caylus:

—Señora, estaba dando mi vida para defender a vuestra hija.

—¡Mi hija! —repitió la princesa, con voz temblorosa.

—¡Miente! —rugió Gonzaga.

Lagardere no recogió la injuria. Mientras su valón y noble rostro dominaba a cortesanos y soldados, expresó lentamente:

—Había pedido veinticuatro horas para devolveros a la señorita de Nevers. El plazo ha expirado. He aquí a la señorita de Nevers.

Las manos frías de madre e hija se encontraron. Entonces la princesa abrió los brazos

Aurora se refugió en ellos, llorando.

—Protegedla, señora —suplicó Enrique, esforzándose en vencer su angustia—, amadla. ¡No tiene más que a vos!

Aurora se apartó de los brazos de su madre para correr hacia él, que la rechazó suavemente.

—Adiós, Aurora —le dijo—. Nuestra boda no tendrá ya fiesta. Guardad ese contrato que os hace mi esposa ante los hombres, como ya lo erais ante Dios desde ayer. Señora, perdonad la unión desigual de vuestra hija con un muerto.

Besó por última vez la mano de la joven, saludó ceremoniosamente a la princesa, y pronunció

—Conducidme ante mis jueces.

* * *

La hija de Nevers dormía profundamente en el palacio de la princesa de Gonzaga. Esta había leído el diario escrito por la joven y sus ojos estaban inundados de lágrimas.

—¡Cuánto ama a Lagardere! —decíase—. Y él arrebató a mi corazón de madre la alegría de verla crecer, de velar por ella, de recibir sus caricias infantiles y después su ternura ardiente. El le robó a mi hija desde que la sostuvo en su brazo izquierdo,



Estaban en una proporción de diez contra uno.

mientras con la diestra esgrimía la espada para defenderla c
los asesinos.

Había hecho conducir a su palacio a Francisca Berrichon y a s
nieto Juan María, servidores de Aurora y de Enrique de Laga
dere. Tanto la anciana como el paje sólo pronunciaron elogio
al referirse al gentilhombre.

—Os agradezco vuestra lealtad a mi hija —dijo Aurora de Cay
lus—. Desde hoy formáis parte de mi servidumbre. Retiraos.
Al observar que doña Cruz también se dirigía a la puerta, l
llamó

—¿A dónde vais, Flor?

La joven gitana creyó no haber oído bien.

La princesa repitió:

—¿No es así como ella os nombra? Venid, Flor, quiero besaro
Rodeando a la niña bohemia entre sus brazos, continuó:

—Ella os ama. Sois su gitana, su primera amiga. Flor, segund
hija mía, bésame.

Doña Cruz sonreía, con los ojos brillantes de lágrimas.

—A ella no me atrevo a besarla —confesó la princesa—. Tem
que me rechace. Me ama, es cierto. Lo dice en su diario. Per
la primera sonrisa que ella recuerda es la de ese hombre. ¿Quié
le dió las primeras lecciones?: él. ¿Quién le enseñó el nombre d
Dios?, él también.

Hojeó de nuevo, con manos tem
blorosas, las páginas del manus
crito.

—¡Cuántas veces le ha salvado la
vida!

En ese momento Aurora se agitó
en su lecho.

—¡Enrique! —murmuró en sus
sueños—. ¡Enrique amado!

La princesa se apartó, horribl
mente pálida. Al ver que su hija
iba a abrir los ojos, sugirió a Flor:

—No le digáis que estoy aquí.
Hay que prepararla.

Aurora extendió los brazos.

—Eres tú, Flor. Ya recuerdo. No
he soñado entonces... Pero no

El tuvo la alegría de
verla crecer.





Francisca y su nieto sólo sabían elogiar al gentilhombre.

estábamos en esta habitación... ¡He soñado! ¡He visto a mi madre, Flor!

—Sí, hermana, has visto a tu madre.

—Pero, ¿acaso me aqueja alguna enfermedad? No puedo moverme, ni respirar.

—Has tenido fiebre.

Entonces se acercó la viuda de Nevers y acariciando temblorosamente los cabellos de su hija, la besó en la frente. Aurora sonrió, con una expresión de dicha. Entonces la princesa y Flor comprendieron que la mente de la niña estaba nublada. Sus recuerdos eran vagos. Acogía la caricia de

su madre cual si siempre la hubiese recibido y como si el hallarse reunidas fuera un suceso corriente. El nombre de Enrique de Lagardere dormía en su corazón, pero cuando resonara con fuerza, el despertar de la niña sería terrible.

(CONTINUARA)

Correspondencia

ROSA RAMIREZ, BARBARA BENITE.—La suscripción anual de Simbad vale \$ 300. Solicítela a Empresa Editora Zig-Zag, Casilla 84 D. Santiago, Sección Suscripciones. Si no envian su dirección completa es imposible enviarles premios del concurso.

SANTIAGO CASTRO QUIROZ, EDDA VALDES.—Sus sinceras felicitaciones por el V ANIVERSARIO DE SIMBAD nos llenan de emoción orgullo al advertir que crece entre los niños chilenos el amor por esta pequeña y gran revista.

UISA V. DE CONTRERAS.—Sus cinco niñitos gozarán de Simbad como Ud. gozó en otros tiempos con

nuestros cuentecitos infantiles. Su recuerdo nos commueve sinceramente.

ADELITA RODRIGUEZ, AMADOR SANCHEZ.—Son miles las cartas que recibimos semanalmente y como carecemos de espacio muchas veces no podemos responder oportunamente. Gracias por sus felicitaciones en el V Aniversario de Simbad.

JOSE VERA, LUIS PAVEZ.—Escuchado su reclamo. Se les enviará lo que solicitan.

ARTURO LARRAIN, JUAN OLIVA.—Felicitan a Nato y Elena Poirier por sus lindos dibujos y a Simbad por sus interesantes lecturas.

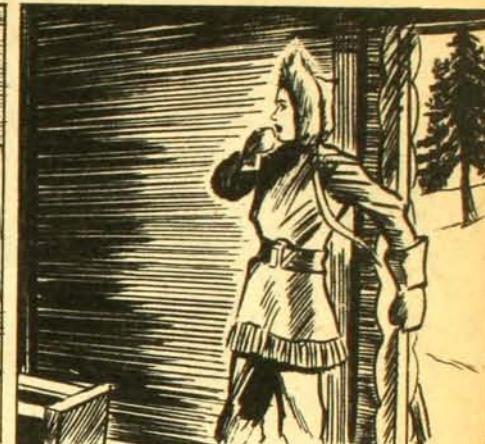
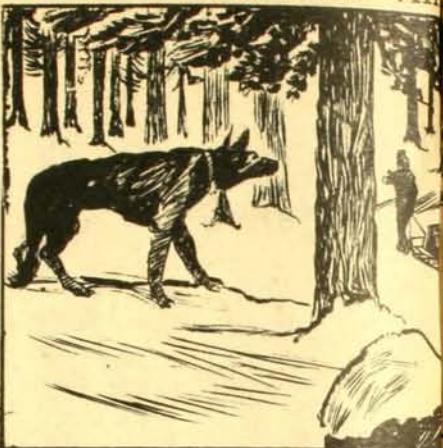
ROXANE



SOLAK

CAPITULO VIII
PRISIONERA

EL PERRO LOBO



1. El cazador Pierre Lacoste no había renunciado a la idea de arruinar a Max y a su nieta Dalia Ken, a fin de obligarles a abandonar la comarca. "—Esa estúpida muchacha protege al lobo Solak —dijo, espiando el paso de la niña—. Impediré que llegue al lago." Otra figura acechaba, también, entre los árboles.

3. El mensaje informaba que Solak yacía herido en la cabaña del norte, un alejado refugio de cazadores. Dalia se encaminó sin vacilar hacia la choza abandonada. Comprobando que el perro lobo no estaba allí, murmuró: "—¿Quién me enviaría ese falso aviso? No comprendo..."



2. El plan de Lacoste consistía en detener a Dalia para que no alcanzara el avión que aterrizaría junto al lago. En esta forma las pieles que ella llevaba quedarían sin comprador. De pronto Dalia se inclinó a recoger un mensaje que una mano misteriosa había lanzado al camino.



4. En ese momento oyó que la puerta se cerraba tras ella y un grito de terror surgió de sus labios. Las rápidas manos de Pierre colocaron la barra y una expresión de triunfo distendió sus facciones. "Puedes gritar cuanto quieras, Dalia —pensó burlonamente—. Nadie te oirá."



SOLAK EL PERRO LOBO



5. El malvado cazador se equivocaba. Alguien había seguido el rastro de Dalia, alguien que tenía un corazón fiel y valiente: Solak. Al verlo aparecer, con una llamarada de furor en sus ojos y mostrando al gruñir sus colmillos blancos y afilados, Lacoste retrocedió espantado.

7.—Dalia no podrá salir de la cabaña y el avión alzará el vuelo sin llevarse las pieles, terminó Pierre y, consolado con esta idea, se alejó. Dalia había oído los gruñidos de Solak y trató en vano de abrir la puerta. —No sé quién me encerró —murmuraba la niña—, pero Solak lo obligó a huir.



6. Solak nunca había atacado a un ser humano, pero esta vez se trataba de defender a Dalia y saltó sobre Pierre, derribándolo. El cazador no estaba armado y huyó a todo correr. Desde una distancia prudente, observó a Solak, diciendo rabiosamente: —Si tuviera mi fusil, ese bruto no viviría ni un minuto más.

8. Miró la hora. Eran más de las once. —Sólo tengo tiempo hasta mediodía —susurró desesperada—. Si el avión se va sin llevarse las pieles, mi abuelito y yo nos veremos sumidos en la pobreza. Solak no puede libertarme..., o tal vez sí. Y febrilmente, Dalia registró su bolsón.

(CONTINUARA)



La princesa dragón

En el castillo de Mambrú vivía una vez un rey con su mujer y dos hijos; un varón llamado Childe y una doncella llamada Margarita. El hijo se fué por el mundo en busca de aventuras y poco después de su marcha murió la reina, su madre. El rey lloró sinceramente y por mucho tiempo a su esposa, pero durante una cacería acertó a conocer a una dama de gran belleza y decidió volver a casarse. En seguida mandó heraldos al castillo, anunciando que volvía con una nueva reina.

La princesa Margarita no se alegró mucho al saber que otra mujer iba a ocupar el puesto de su desaparecida madre, pero, obediente a los menores deseos de su padre, salió del castillo con las llaves para entregárselas a su madrastra.

—Bien venido, padre mío, a tus lares y bienvenida también mi nueva madre, puesto que todo lo de aquí te pertenece.

Uno de los acompañantes de la reina, al ver a la princesa, no pudo menos de exclamar:

—Sin duda, esta princesa es la doncella más hermosa del país. La nueva reina lo oyó y protestó en voz alta:

—Podíais haber sido lo bastante cortés para hacer una excepción de mí.

Y pensó para sí: "Pronto acabaré yo con su belleza".

Aquella misma noche, la reina, que era una gran hechicera, salió a hurtadillas del castillo, y, llegando a un paraje propicio para los conjuros, pronunció tres veces unas palabras mágicas e hizo nue-

ve veces sus pases y logró poner a la princesa Margarita bajo su hechizo.

Y he aquí que la princesa Margarita se acostó aquella noche como una hermosa doncella y despertó como un dragón. Cuando fueron sus sirvientes a vestirla, vieron en la cama al monstruo que se desenroscó y se lanzó contra ellas. Huyeron gritando despavoridas, y el dragón, arrastrándose y retorciéndose, no se detuvo hasta llegar a un paraje solitario entre breñas que le sirvió de guarida.

Al saberse que la bella princesita había desaparecido y que un monstruo vivía en el reino, los cortesanos consultaron a un mago, que dijo

—Esa serpiente monstruosa es realmente la princesa Margarita. Reservadle siete vacas y, cada día, cuando el sol declina hacia el ocaso, llevadle toda la leche que puedan dar y dejadla lo más cerca de su guarida para que de ella se alimente y no muera de hambre. Si queréis que vuelva a su primitiva forma y que quien la encantó reciba el castigo que merece, id en busca de su hermano Childe, que viaja por el mar.

Siguieron al pie de la letra el consejo del mago y al enorme dragón alimentaban de leche.

Cuando Childe se enteró de lo que ocurría, juró solemnemente rescatar a su hermana y vengarse de su cruel madrastra. Treinta y tres de sus compañeros hicieron el mismo juramento, y todos se pusieron a trabajar en la construcción de una nave, cuya quilla hicieron de madera de fresno. Cuando estuvo la nave terminada, se pusieron a los remos e hicieron rumbo a la rada de Mambrú.

Cuando se aproximaban a la rada, la madrastra, con su virtud mágica, adivinó que algo se preparaba contra ella y reuniendo a sus trasgos amigos, les dijo

—Childe viene por mar. No permitáis que desembarque. Levantad una tempestad o hundid la nave.

Los trasgos salieron al encuentro de la nave, pero al acercarse a ella vieron que su magia no tenía el menor poder, porque la quilla de la nave era de madera de fresno. Volvieron a contárselo a la reina maga y, no sabiendo ésta qué hacer, ordenó a los guerreros que se opusieran con las armas al desembarco de Childe, y mediante sus artes de magia obligó al dragón a cerrar la entrada del puerto.

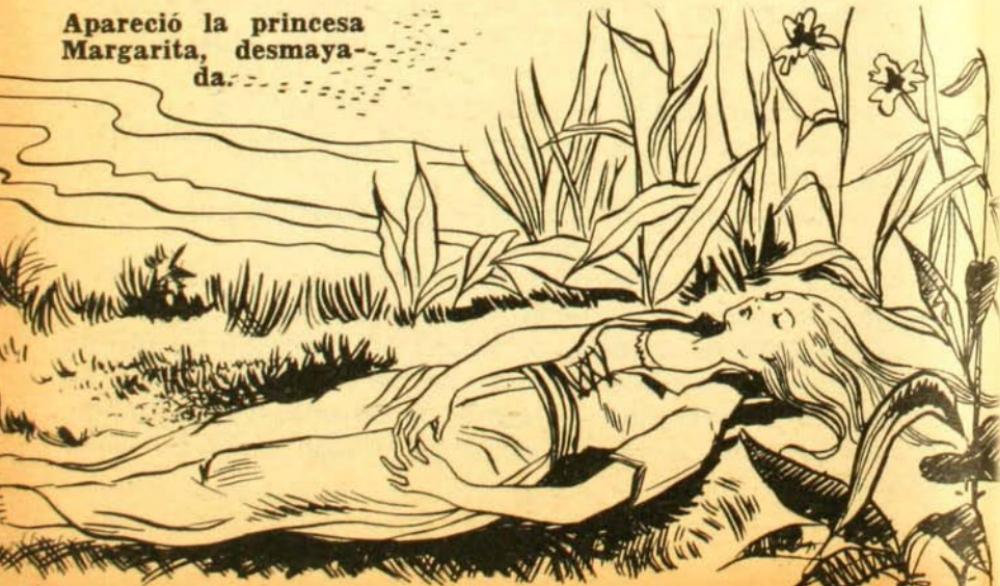
Cuando la nave se acercó a la serpiente, ésta desenroscó sus anillos y lanzándose al agua, cogió el barco y lo alejó de la costa. Tres veces animó Childe a sus marineros a resistir las acometidas del monstruo, pero las tres veces el encantado dragón alejó la nave de la costa. Entonces, Childe ordenó a los remeros que virasen en otra dirección y la maldita reina creyó que había logrado su propósito. Pero la nave no se alejó mucho, porque fué a varar en una ensenada próxima, donde Childe, con la espada desenvainada y el arco encorvado, se lanzó a tierra, seguido de sus compañeros, dispuesto a luchar con el terrible dragón que quería impedirles el desembarco.

En el momento que Childe pisó tierra, el poder que ejercía la reina maga sobre el dragón desapareció por completo y la maldita mujer se retiró a su aposento, sin un trasgo ni un guerrero para ayudarla, porque sabía que acababa de sonar su hora. Y cuando Childe se acercó a la horrible serpiente, ésta no se movió ni para detenerle ni para hacerle el menor daño. Cuando el joven levantaba ya su espada para matarla, salió de las fauces del monstruo la voz de su propia hermana Margarita, que decía:

*Suelta la espada y el arco
y tres veces bésame.*

Childe se quedó con la espada en alto, sin saber qué hacer, pen-

Apareció la princesa
Margarita, desmaya-
da.



ando que en aquello
odía haber algún en-
año, pero el dragón
olvió a decir

*uelta la espada y el
[arco
tres veces bésame.*

Childe se acercó más y la
esó una vez, y no pasó
ada. Entonces el prí-
ncipe la besó otra vez,
ero tampoco pasó na-
da. Por tercera vez be-
só al repugnante mons-
truo y lanzando un sil-

ido y un rugido, el dragón retrocedió, y ante Childe apareció su
hermana Margarita, desmayada. La cubrió con su capa y se la
evó al castillo. Se dirigió inmediatamente al aposento de la rei-
na y la tocó con una varita de fresno. Y entonces la maldita
enana se convirtió en un sapo monstruoso que miraba con ojos
spantados. En seguida se puso a dar saltos hacia la puerta del
astillo y se alejó hasta perderse de vista.

La princesa Margarita recobró la salud y pronto olvidó sus su-
rimientos. Mientras estuvo convertida en dragón sólo su cora-
ón de oro y su dulzura le impidieron tener los sanguinarios
instintos y la maldad de un verdadero dragón.

Hasta nuestros días se ve por los campos de Mambrú un sapo,
e quien se burlan hasta los enanitos más débiles. Porque la
erversa hechicera perdió para siempre su poder y nunca más
ecobró su forma humana.

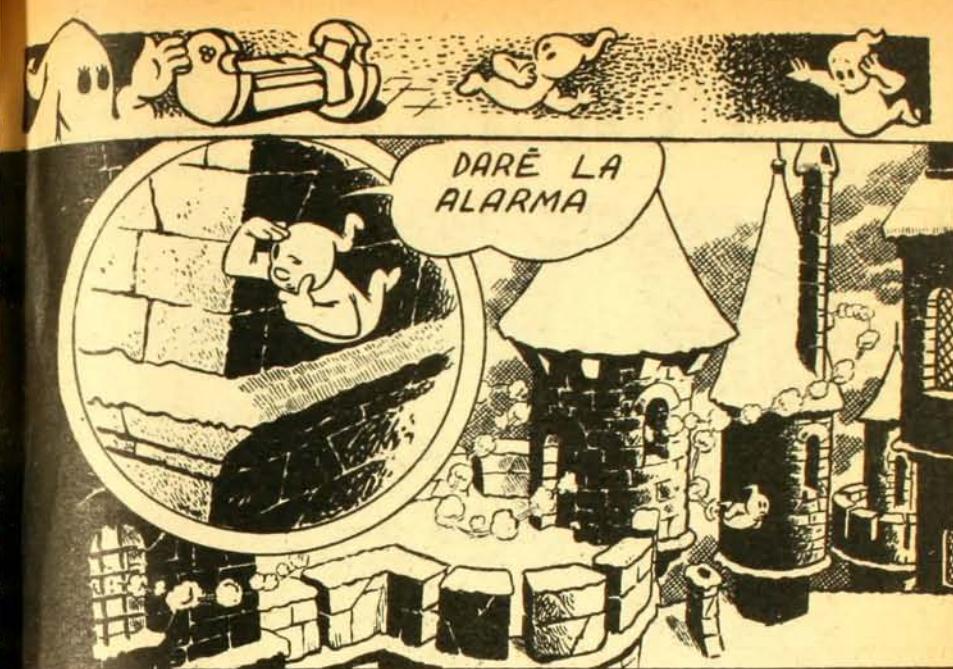
Childe ocupó el trono de su padre, ya anciano, y desde entonces
el reino vivió en la más completa felicidad.

Durante aquel reinado feliz, nadie más volvió a recordar aquella
inesta época en que la princesita se convirtió en dragón. Años
más tarde, el gallardo rey de un país vecino pidió la mano de
Margarita y nunca se arrepintió de ello, porque jamás existió una
enana más bondadosa y bella.

F I N



EL fantasma





SOLITARIO

CAPITULO LI Y Final.—LA TIERRA DE SOLITARIO BILL

BILL



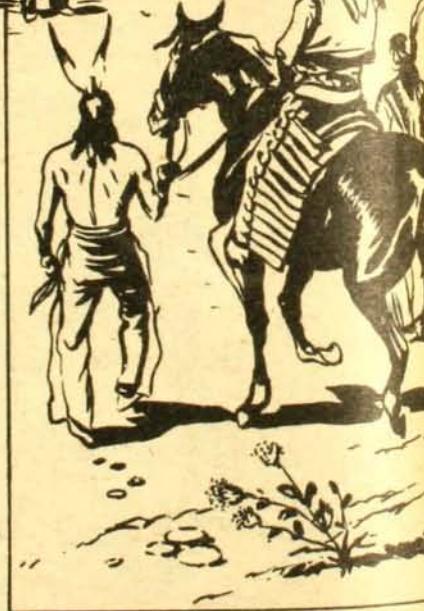
1. Los osages y los semínolas despidieron con una gran fiesta india a Solitario Bill y a sus compañeros.



2. Los viajeros emprendieron la marcha, seguidos por el clamoroso triunfal de los guerreros pieles rojas. Al penetrar en territorio navajo, Pluma Blanca y Altamaha se despidieron de sus amigos blancos. Hasta que desaparecieron en la lejanía, la reina semínola mantuvo su mano en alto.



3. Continuaron su camino Solitario Bill, Anita y los hermanos Tex. De súbito la pradera se estremeció. Un rebaño de búfalos y de caballos salvajes se acercaba, haciendo temblar la tierra. Sólo Solitario Bill podía desviarlos y el héroe galopó hacia ellos, lanzando su grito vaquero.



4. Los dos Tex y Anita prosiguieron cabalgando, sin sospechar que unos ojos malévolos les acechaban. Un hombre de huesuda figura, que lucía un parche negro en el ojo izquierdo, masculló: "—¿Quiénes son esos desprevenidos viajeros que entran en los dominios de Alfonso el Negro?"





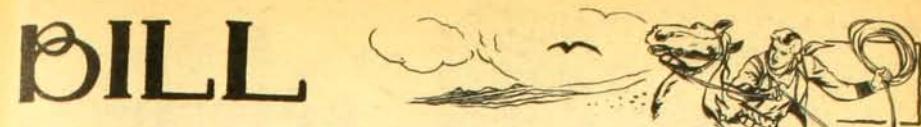
SOLITARIO BILL



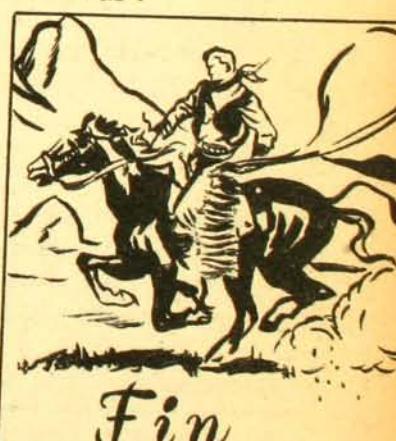
5. Seguido de sus secuaces, rodeó a sus víctimas y los condujo a un pueblo abandonado. Sólo Tex Finuras logró huir. —“Linda palomita”, dijo Alfonso el Negro, admirando a la rubia Anita. Tex Montaña, que estaba atado a una silla, gritó: —“Es la novia de Solitario Bill. Quita de ella tus sucias manos”.



6. —“—¿La novia de Solitario Bill? —rugió el bandido, mientras el odio fulguraba en sus ojos—. Estaba esperando que viniera ese héroe de pacotilla para decirle que ahora el amo de Texas es Alfonso el Negro.” Por cierto que no imaginaba que Solitario Bill estaba no sólo cerca, sino encima de él.



7. —“—¿Querías que regresara? Pues aquí estoy —pronunció el joven—. Desata a mi amigo.” Cuando Tex Montaña se vió libre, dijo: —“Si te hubieras demorado un poco más, Solitario Bill, hubiera hecho trizas a este badulaque. Se salvó por un pelo y ahora, ¡largo de aquí, basura! Fuera de Texas”.



Fin

8. Solitario Bill acababa de dispersar a la banda, ayudado por Tex Finuras, que había corrido a avisarle que Anita estaba en peligro. Solitario Bill estaba de regreso y en su tierra no tenían cabida los malhechores. Volvía, junto a la manada de sus hermanos los coyotes, a cabalgar por su pradera.



- Los - PRINCIPIES FUGITIVOS

CAPITULO V.—Ricardo prisionero de los cracianos.

Rosalinda entró en la cantina del circo, donde se encontraban el empresario

Carlo Pacini, otros artistas y los tres soldados cracianos.

Uno de los soldados, al ver a Rosalinda, dijo al punto:

—Esta es la muchacha que me engañó señalándome una pareja junto al "Chalet Rojo" del bosque. ¿Por qué me engañaste, mujer? ¿Por qué mentiste?

—Yo no he mentido —expresó Rosalinda con altivez—. Yo divisé una pareja en el bosque; creía que eran esos jóvenes a quienes buscaban ustedes. Una mujer y un hombre...

—Sí, en efecto, una mujer y un hombre —interrumpió furioso el craciano—. El hombre se nos escapó, pero la mujer no huirá. Aquí la tenemos...

Al decir esto el craciano, cogió violentamente el brazo de Rosalinda.

Se escuchó un murmullo hostil entre los artistas y Carlo Pacini avanzó con ademán altivo y desafiante.

—Suelte a la señorita —ordenó Pacini—. Aunque usted sea craciano, no tiene derecho a brutalizar a mis artistas.

El indigno craciano respondió con una bofetada al rostro de Carlo Pacini mientras los otros dos individuos desfundaban sus pistolas.

RESUMEN: Rosalinda, institutriz de los príncipes de Sovinia, huye con ellos cuando los cracianos invaden el país. Se refugia en el circo de Carlos Pacini, pero allí se encuentra con la intrigante Lulú Milstein, quien la acusa ante los cracianos de ser raptora de niños. Por suerte, Rosalinda y los príncipes son defendidos por Ricardo Zanetta.

—¿Cómo se atreve a golpear a nuestro empresario? —protestó Rosalinda—. Explique usted su actuación en contra mía.

—Explique primero —dijo el craciano— qué hacía usted esta tarde en el bosque.

—Yo iba... —comenzó a decir la institutriz de los príncipes fugitivos.

Antes que Rosalinda continuara avanzó de nuevo Carlo Pacini, diciendo:

—Maclovia Nelson fué al bosque a entregar una carta a mi hermano Roberto. No tardó más de una hora. Vi el reloj cuando regresó. Eran las siete y media de la tarde.

Los cracianos cambiaron miradas de sorpresa y pensaron que seguían una pista falsa. Careciendo de medios para probar la culpabilidad de Rosalinda, su altanera actitud se trocó en indiferencia.

—En este caso nos retiraremos —dijo uno de los soldados.

—Espera —ordenó el oficial—. Señorita Nelson, ¿los niños que la acompañan son sus hermanos?

—Sin duda —afirmó Rosalinda—. ¿Por qué me lo preguntan?

—Porque hay una denuncia contra usted —expresó el oficial—. Se presume que esos niños fueron raptados por usted y un cómplice que se oculta para pedir el rescate.

—¿Raptados? —exclamó Rosalinda, con fingida risa—. ¡Qué absurdo! Primero me acusan de complicidad con un pobre hombre que huye por el bosque y en seguida declaran que soy raptora de niños. Realmente es inconcebible.

El oficial craciano apretó los labios y con voz tonante llamó a Lulú Milstein.

—Repite la declaración que hiciste esta tarde en el cuartel —dijo el oficial a la traidora muchacha.

—Afirma que esta mujer es ladrona de niños —declaró Lulú Milstein, desoyendo las protestas de sus compañeros del circo—. Yo leí las cartas que guardaba en su maletín... Además, ese otro craciano que acudió a mi primer llamado no era un craciano leal. Es posible que vista el uniforme de ustedes, pero aseguro que es cómplice de esta mujer.

—Eres una estúpida —exclamó Rosalinda, fijando sus airadas pupilas en la infame Lulú—. A ti te ciega la envidia y has inventado una novela para perderme, pero no conseguirás separarme de mis hermanitos.

—Hermanitos —insinuó Lulú, con ironía—. ¡Qué sarcasmo! Trae a esos niños aquí y ellos dirán la verdad.

—Los niños están durmiendo —replicó Rosalinda—, pero puedo presentar mis documentos. Pueden revisarlos.

El oficial craciano examinó prolíjamente los pasaportes con sus respectivas fotografías y, por fin, los devolvió a su dueña.

—Están en forma —declaró el oficial.

Lulú continuaba insistiendo como una furia:

—Esos niños no son sus hermanos... Yo sé que ayudó a huir... No terminó la frase, porque un soldado craciano le dió un feroz tapaboca.

En seguida el soldado sacó de su bolsillo un botón dorado con el escudo de Cracia y dijo al oficial:

—Mire, mi teniente, cerca del “Chalet Rojo” encontré este botón que pertenece a nuestro uniforme militar. Si encontramos a algún soldado sin su botón correspondiente, iniciaremos una investigación.

Rosalinda palideció al pensar que se le presentaría una nueva complicación a su fiel amigo Ricardo Zanetta. Si le capturaban era evidente que le fusilarían por espía.

Los soldados se alejaron del recinto del circo. Apenas se extinguieron sus pasos, Carlo Pacini se acercó a Lulú Milstein y, cogiéndola del brazo, le dijo:

—Sal de aquí, traidora. Véte con tus amigos cracianos. Yo soy soviniaño y no tomo el partido del invasor. Tú, en cambio, has traicionado a tu patria y a tu sangre. Véte del circo y nunca más vuelvas acá.

Los demás artistas demostraron igual enojo contra la perfida mujer.

—Me voy —exclamó Lulú—, pero proseguiré mi venganza. Nos volveremos a ver, señorita Maclovia Nelson.

—¡Afuera, afuera! —gritaban todos los artistas, indignados.

—Señor Pacini —balbuceó Rosalinda, emocionada—; gracias por su oportuno auxilio.

—Era natural que lo hiciera —respondió Carlo Pacini—. Soy de sangre ardiente y un caballero. Esos cracianos me pagarán algún día la bofetada que me dieron. Ya se anuncia la victoria y sufrirán a su vez... Terminada la tragedia, compañeros... Mañana de madrugada, saldremos para Capro. Buenas noches.

Rosalinda durmió tranquilamente el resto de la noche y, cuando



—Aquí tienen mis documentos —dijo Rosalinda al oficial craciano.

despertó, ya iba rodando el camión que servía de hogar a los príncipes de Sovinia y a su intrépida institutriz.

La joven Nelson había comunicado a Carlo Pacini que sólo le acompañaría hasta Capro y que de allí tomaría un tren con sus hermanitos para dirigirse a Helvecia.

—Con lo que me ha ocurrido —explicó Rosalinda a Pacini—, prefiero alejarme definitivamente de la zona invadida por los cracianos. Temo, asimismo, ser una fuente de molestias para usted. Esa mañana, Rosalinda miraba por las ventanillas del camión la campiña soviniana y pensaba en el príncipe heredero Igor, cuyo reino era usurpado por el enemigo.

—Volverá —afirmó la valiente niña—. Esta guerra no será eterna y algún día mi querido Igor ceñirá la corona real de Sovinia. Súbitamente vino a su memoria el recuerdo del botón dorado y su semblante adquirió una expresión desolada.

“Los cracianos andan en busca del soldado en cuya casaca falta un botón —pensaba Rosalinda—, y si Ricardo se presenta a ellos descubrirán su identidad. Dios le proteja. Ricardo prometió esperarnos en la estación de Capro y allí le comunicaré los sucesos.” Momentos después Igor y Anita abrían sus ojos y Rosalinda se dedicaba enteramente a ellos. Comenzó por lavarles y vestirles y, en seguida, les sirvió el desayuno.

Llegado el momento de la despedida, todos los artistas del circo se acercaron a Rosalinda con pequeños obsequios que demostraban su cariño.

—Algún día nos encontraremos —dijo Rosalinda a Carlo Paccini—, y entonces podré retribuir sus bondades.

Escoltada por sus dos pupilos, Rosalinda se dirigió a la estación ferroviaria de Capro.

—¿Adónde vamos ahora, Rosalinda? —preguntó Igor.

—Todavía no puedo decirles —replicó la institutriz—, pero subiremos a un tren muy grande y muy largo. Aquí está la estación, niñitos. Recuerden que deben llamarme Maclovia y que ustedes se llaman respectivamente Tadeo y Serapia Nelson.

—Miren, miren —gritó de improviso Igor, señalando un grupo de soldados—. Es un regimiento con armas y espadas; también diviso tanques. Maclovia, vamos a ver a esos soldados.

—Los veremos desde aquí —opinó Rosalinda, sujetando la mano inquieta del principito—. Pueden molestarse si nos aproximamos a ellos.

—Son cracianos, Rosalinda —dijo furioso Igor—. ¿Qué hacen aquí esos bandidos? Mi tío de Santa Lucía ha dicho que nunca admitirá a los soldados de Cracia en Sovinia... El decía que los cracianos eran unos brutos y que había que matarlos a todos...

—Calla, Tadeo —suplicó la joven—. Alguien puede oírtte, hijito. Es posible que sean soldados sovinianos en maniobras de guerra. Entremos en la estación.

—Si son cracianos los matamos a todos —declaró la princesita Anita.

—Están entrando también ellos en la estación —murmuró poco después Igor—. Rosalinda, no me gustaría viajar con esos salvajes.

En efecto, los soldados cracianos se repartían en el andén, subían y bajaban de los vagones como buscando un pasajero fugitivo y después daban cuenta al oficial que les comandaba.

De súbito se escucharon gritos y maldiciones. Varios soldados arrastraban a un individuo fuera del andén.

Rosalinda trepó a una banca y, cuál no sería su estupor, al ver que el cautivo era Ricardo Zanetta...

El protector de los príncipes fugitivos, medio aturdido por los golpes recibidos, fué cargado a un camión militar por los cracianos.

—Se lo llevan —murmuró Rosalinda—. ¿Qué suerte correrá el pobre Ricardo?

La voz autoritaria del príncipe Igor distrajo a Rosalinda de sus terribles cavilaciones.

—¿Hasta cuándo esperamos? —decía el príncipe Igor, con visible impaciencia—. Ya va a partir el tren.

Rosalinda trató de sonreír a sus pupilos, pero tenía el alma acongojada por la suerte de su buen amigo Ricardo. ¿Cómo partir y dejarle en manos de sus enemigos?

—Sí, ya vamos —respondió Rosalinda sin moverse de la banca y pensando que no debía abandonar al prisionero.

—Ya está el tren en la estación —insistió Igor.

—Por el momento no partiremos —declaró por fin Rosalinda—. iremos a almorzar a un restaurante mejor.

—Yo quiero partir —repitió Igor.

—Partiremos en la tarde después de almorzar —indicó Rosalinda—. Por favor, mi querido Igor. Sé razonable.

—Estas mujeres siempre cambiando de opinión —refunfuñó el príncipe heredero de Sovinia.

(CONTINUARA)

Los soldados cracianos golpeaban a Ricardo Zanetta.



Ponchito

por nato

¡BIEN NIÑOS, YA LES EXPLI-
QUE POR QUÉ ES PELIGROSO...



...DEJAR QUE LOS PE-
RROS NOS PASEN LA
 LENGUA POR LAS MANOS
 O LA CARA



¿ALGUNO DE USTEDES
PUEDE DARMEN UN
EJEMPLO ?



¡ A VER TÚ,
 PONCHITO !



¡ ES MUY PELIGROSO,
 SEÑOR, PORQUE ...



... UNA VEZ QUE YO
 TENÍA UN PERRO LE
 PASÓ LA LENGUA POR
 LA CARA A MI ABUELITA
 Y ...



... AL OTRO DÍA EL PERRO
 SE MURIÓ !



NATO.

LA HIJA DE LAS ISLAS



CAPITULO IV.—*Sin nombre y sin pasado.*

El avión que piloteaba un joven desconocido cayó en la costa de la isla Tahoá y, a causa de este accidente aéreo, el aviador perdió la memoria. Al recobrar la conciencia vió junto a su lecho a un nativo alto, de mirada serena, y a una niña de morena belleza.

—¿Quién soy? —preguntó con angustia.

El jefe isleño, Banaba, respondió en lengua maorí:

—Bienvenido a esta isla, viajero del cielo.

El maorí, hablado por las tribus que habitaban Nueva Zelanda, es un lenguaje muy simple que posee solamente 14 letras. Era comprendido en la isla y el aviador también lo conocía.

—¿He hablado durante mi sueño? —interrogó el joven.

—Sí, has dicho palabras que no comprendí. Sólo una he retenido en mi mente: Jim.

Jim se interpuso entre Akena y el reptil.



—¿Jim? Quizás sea mi nombre. Lo será, al menos, mientras sufra de amnesia. Sonrió, y Akena admiró su valentía. Si un nativo se hubiese visto privado de la memoria, el terror lo habría abatido ante la creencia de que su espíritu había caído en poder de un demonio.

Jim pudo levantarse pronto. Sus celosos cuidadores, Akena y Banaba, se desvelaban por él. Sobre todo el isleño insistía en que se alimentara bien, para que recuperara sus fuerzas.

—Kakai (come) —le ordenaba presentándole frutas, pescado, tortugas marinas. El mismo lanzaba su red en el lagón, pues sabía cuáles peces eran comestibles. Hay algunos venenosos, debido a las secreciones del coral que impregnán las aguas.

Finalmente Jim y Akena salían a excursionar. El aviador se extasiaba ante las bellezas naturales de la isla. En los bajamares, los arrecifes de coral parecían gigantescas flores luciendo entre el oleaje sus matices rosa, malva, púrpura, verde, blanco, amarillo...

Pero aquel paraíso también ocultaba peligros inesperados. Una enorme serpiente surgió entre las breñas, amenazando a Akena. Jim se interpuso con rapidez y, alzando una roca, destrozó la repugnante cabeza del reptil.

Aún temblorosa, Akena se refugió en los brazos de Jim, que la ciñó con fuerza. La voz varonil, ahogada de emoción, murmuró:

—¡Querida mía, si algo te hubiera sucedido...!

En aquel minuto de encantamiento olvidaron cuanto existía a su alrededor. Sólo veían sus ojos: azules y graves los



La niña se refugió en los brazos del joven aviador.

—Te ofreceré mi nombre, Akena, cuando sepa quién soy.



de Jim. Obscuros pero con fulgor de estrellas los de Akena. En su primitiva inocencia, la niña pensó que podían vivir para siempre en la isla, que era casi su tierra natal; pero Jim repuso: —Debo investigar quién soy, cuál es mi nombre. No puedes unirte a un hombre que es un desconocido para sí mismo, a un hombre que no tiene pasado.

Alzando hacia él el dulce rostro, continuó:

—Regresaremos juntos a la civilización y te ofreceré mi nombre, mi vida y mi profundo amor cuando descubramos quién soy realmente.

Podían transcurrir años antes de que un navío fondeara en la isla Tahoá. Por lo tanto, Jim construyó una embarcación con los restos de su avión.

Akena le ayudaba con el corazón pleno de alegría, pues esa barca la conduciría a la felicidad.

Jim instaló un motor y proveyó la pequeña nave de cuanto necesitaban para una larga travesía. Akena procuró las provisiones. Para despedir al aviador y a su bella novia, se organizó en la isla una gran fiesta. Banaba ocultaba su tristeza. Había adorado a Akena desde su infancia y ahora la veía partir. Sin pronunciar

Con los restos del
avión construyó una
barca.

una sola palabra, le ofreció un collar de perlas. El mismo las había cogido en el banco, arriesgando su vida en aguas infestadas de tiburones.

Ardientes lágrimas se deslizaron por el rostro de Akena. Silenciosamente se despidió de la isla. Su mirada recorrió con ternura y tristeza la cruz erigida sobre la tumba de su amado padre, la playa de arena blanca y brillante, los arrecifes, el lagón azul, las colonias de corales y madréporas, los cocoteros, los plátanos, el árbol del pan. Ella, en su niñez, plantó con sus pequeñas manos uno de aquellos cocoteros, que suelen vivir un siglo completo. Y, si-



guiendo la costumbre de los nativos, enterró junto a él, para que creciera sano y fuerte, una nuez, un trozo de galleta marina y un clavo roñoso...

Este recuerdo de su infancia la enterneció y sólo con un gran esfuerzo pudo contener el ansia de llorar.

Con manos temblorosas acarició la guirnalda de flores que adornaba sus hombros. Las náuticas ejecutaban las cadenciosas danzas de la isla.

—Adiós, hermanas mías —murmuró.

Había llegado el instante de partir.

Las botangas (piraguas isleñas) acompañaron hasta alta mar la barca de Jim.

Alzando su mano, Banaba saludó por última vez a su diosa perdida y ordenó el regreso.

Con los ojos nublados de llanto, Akena vió cómo desaparecía en la distancia la alta y gallarda figura del isleño, inmóvil en su piragua. El brazo de Jim la rodeó y entonces sintió menos afligido su corazón.

El leoncillo Taio, con la cabeza apoyada en la borda, gimió tristemente cuando la isla desapareció en la lejanía.

(CONTINUARA)



Akena se ocupó de las provisiones para el viaje.



Los nativos despidieron con una fiesta a los viajeros.

GRAN CONCURSO

Standard Electric



DISCOS **pulgarcito**

Y SIMBAD

"la mejor revista infantil".

¿Podrías decirnos el nombre de los barcos comandados por Cristóbal Colón cuando descubrió América?

Envía tu respuesta a casilla 84-D, INCLUYENDO EL CUPON, y podrás participar en el Gran Sorteo Semanal de 12 Discos PULGARCITO, irrompibles, en bellísimos colores, con temas infantiles. Además, se sorteará UN REGIO TOCADISCOS, Suscripciones a SIMBAD, Libros y Premios en DINERO...

Distribuidores exclusivos

Standard SE Electric
COMPAGNIE
SOCIETE ANONYME
Mécanique mondiale de la TELE



Un producto

SHYF

SOLUCION A "SIMBAD" 264: Gabriela Mistral.

Entre las soluciones exactas, resultaron premiados los siguientes lectores:
CON UN TOCADISCOS: Juan Yáñez, Stgo. CON TRES DISCOS PULGARCITO: Mercedes Ramírez, Quillota. CON UN DISCO PULGARCITO: Juan Aguilera, Curanilahue; Mariluz Trautmann, Santiago; Raqué Steir, Ovalle; Munira Seitun, Temuco; Germán Prosser, Temuco; Olga García, Stgo.; Elena Peralta, Stgo.; Iris Pérez, Machalí; Berta Reichart, Valparaíso. CON UNA SUSCRIPCION TRIMESTRAL A "SIMBAD": Marianela Villarroel, Rupetúa; Emilio Berkhoff, Puente Alto; Patricia Mass-Kaiser, Quillota; Raúl Sepúlveda, Valparaíso; María Salazar, Concepción; Rosa Moraga, Teno. CON CINCUENTA PESOS: José García Marchant, Stgo.; Edgard Muñoz, Stgo.; Juan Román Collao, Stgo.; Orietta Soto, Stgo. CON UN LIBRO: Sonia Quintana, Chillán; Jorge Vergara, Stgo.; Vicky Arriagada, Valparaíso; Alberto Moena, Concepción; Carlos Grudsky, Stgo.; Ivona Aránguiz, Sewell; Inés Araya, Parral; Perlita Varas, Stgo.; Enrique Aldea, Nipas; Eileen Contreras, Bulnes; Eleodoro Apablaza, Stgo.; Hildegard Steffen, Temuco; Cecilia González, Chillán; Guillermo Saavedra, Talca; Sergio Figueroa, Yumbel.

**CUPON DEL
CONCURSO
semanal**

Standard SHF Electric

SIMBAD N.º 266

Empresa Editora Zig-Zag, S. A., Santiago, Chile

Juan y Juanita



3. El guía Bozambo les llevó en rápidas piraguas, remontando el río Kasai. "—Pasaremos la noche en esa aldea", anunció Bozambo. Al enrumbar hacia la ribera vieron que un grupo militar les aguardaba. El jefe, un hombre de mirada huidiza y expresión astuta, se presentó: "—Soy el comandante Bumer".



4. Luego de revisar los documentos de los viajeros, el desagradable individuo expresó: "—Los papeles están en regla, pero me veo obligado a detenerlos por haber contratado los servicios del guía Bozambo. Es un nativo acusado de insubordinación, a quien prohibí regresar a esta aldea".

(CONTINUARA)

PELUSITA

POR NATO



SIMBAD

N.º 267

\$ 6.-



LA
POIRIER

FIESTA DE LA RAZA

Juan y Juanita



CAPITULO XLV.—FUEGO Y BALAS



1. Al llegar a una aldea africana, el productor de cine Samuel Fox y su elenco fueron detenidos por el comandante Bumer, bajo el pretexto de que el guía Bozambo era un nativo rebelde. El traidor Bumer los encerró en una choza infecta. "—Esta es una intriga de Rulan", murmuró Fox, indignado.



2. Se trataba sin duda de una vil maniobra de Leopoldo Rulan, director de una empresa rival que deseaba impedir a Fox que filmara en África. A medianoche, los prisioneros despertaron alarmados. Alguien caminaba en torno a la choza y de pronto estalló un incendio.

(Continúa en la penúltima página.)

Simbad

AÑO VI — 13-X-1954 — N.º 267

CAPITULO LI.—
Ultimo mensaje de
Lagardere.

Aurora de Nevers, dominada por la fiebre, había dormido durante largas horas. Su madre, la princesa de Gonzaga, y su amiga la gitana Flor, vigilaban su inquieto sueño. Cuando despertó, no recordaba los últimos sucesos y acogió a su madre con una sonrisa de ternura, pero con tanta naturalidad como si siempre la hubiera tenido junto a ella.
—¿Por qué está Flor aquí?

Su mente hacía esfuerzos por desgarrar el velo que ocultaba sus ideas.

—¡Madre mía! ¡Si supieras cuánto sufro! Tengo miedo..., no sé...

Sus palabras incoherentes denotaban una profunda angustia.

—Hay algo que no comprendo, que no recuerdo... Flor, hermanita, tú lo sabes! ¿Nadie quiere venir en mi ayuda? Quisiera rezar... He olvidado mi plegaria.

DIRECTORA: Elvira Santa Cruz (Roxane)
Suscripción anual: \$ 300.—
Semestral: \$ 150.—
Recargo por vía certificada: Anual: \$ 21.— Semestral: \$ 11.—
Extranjero:
Anual: U.S.\$ 2,10
Semestral: U.S.\$ 1,05
Recargo por vía certificada: Anual: U.S.\$ 0,20
Semestral: U.S.\$ 0,10

El jorobado

Enrique de Lagardere le había enseñado a aquella oración.



—¿Quieres rezar conmigo? —sugirió la atribulada madre—. Padre nuestro, que estás en los cielos...

—Padre nuestro, que estás en los cielos —repitió Aurora, como un niño. Luego, mirando a Aurora de Caylus con fijeza, preguntó: Esa oración, madre, ¿sois vos quién me la ha enseñado? La princesa inclinó la cabeza.

—No, no habéis sido vos.

En ese instante un grito desgarrador brotó de sus labios:

—¡Enrique! ¡Enrique!, ¿dónde está Enrique?

Incorporándose, envolvió a la princesa en una mirada llena de fiereza. Flor intentó asirle las manos, pero ella la rechazó con una fuerza insospechada. La viuda de Nevers lloraba.

—¡Respondedme! —insistió Aurora—. ¿Qué han hecho de Enrique?

—No pensé más que en ti, hija mía.

La joven se dirigió a doña Cruz.

—¿Le han matado? —interrogó. Sus ojos brillaban intensamente.

—¡El, siempre él! —exclamó la princesa, retorciéndose las manos.

—No quieren decir si le han matado...

La infortunada madre extendió hacia ella los brazos y cayó desvanecida.

Cuando recobró la conciencia, vió la mirada trágica de su hija.

—¡Por Dios, señora, os creo! Creo que no habéis hecho nada contra él. Porque si hubiéseis hecho algo...

—¡Aurora! ¡Aurora! —le interrumpió doña Cruz, colocando su mano sobre los labios febres.

—No amenazo —continuó la señorita de Nevers, con tranquila dignidad—. Hace sólo unas horas que nos conocemos mi madre y yo y es preciso que nuestros corazones no tengan secretos.

—En el mundo no hay nada para mí, nada más que tú, hija mía. Juzgadme, pero con la piedad que merecen los que sufren. Aurora miró hacia la puerta.

—¿Quieres, acaso, marcharte? —preguntó la madre, aterrada.

—Es preciso. Algo me dice que Enrique me llama, que tiene necesidad de mí.

—¡Enrique! ¡Siempre Enrique! —musitó la princesa.

—Si estuviese a mi lado —replicó Aurora con dulzura—, y vos lejos y en peligro de muerte, yo no hablaría más que de vos.

—¿Es verdad? ¿Me quieres tanto como a él?

Aurora, dejándose caer en sus brazos, murmuró:

—¿Aún no lo habíais comprendido, madre mía?

La princesa la cubrió de besos.

—Escucha —dijo—, yo sé lo que es amar. Mi noble esposo, que me espera y cuyo recuerdo llena este retiro, debe ahora sonreír feliz a los pies de Dios. Sí, te quiero a ti, hija mía, más aún que le quise a él, porque mi amor de madre se confunde con mi amor de esposa. Es a ti, pero es a él también, a quien amo en ti. Aurora, mi esperanza, mi dicha, escucha: para que

tú me ames, amaré a tu Enrique, le abriré los brazos.

De pronto palideció al ver que la gitana abandonaba la estancia.

—¿Le abriréis los brazos, madre mía? —repitió Aurora.

La princesa estaba muda, pero su corazón latía violentamente.

Aurora se separó de ella.

—¡No sabéis mentir! —gritó—. ¡Está muerto! ¡Le creéis muerto! Antes de que la princesa hubiera podido responder, apareció doña Cruz, impidiendo el paso a Aurora, que se lanzaba ya hacia la puerta. La gitana llevaba puestos su velo y manteleta.

—¿Tienes confianza en mí, hermanita? —le preguntó—. Tus fuerzas no responderían a tu valor. Todo lo que tú quieras hacer lo haré yo.

Y, dirigiéndose a la princesa de Gonzaga, añadió:

—Ordenad que preparen el carroje, señora, os lo ruego.

—¿A dónde vas a ir? —preguntó ésta, que desfallecía.

—La señora princesa va a decirme —replicó Flor con energía— a dónde hay que ir para salvar a Enrique de Lagardere.

La viuda de Nevers declaró con tristeza:

—La orden de enganchar la carroza ha sido dada. ¿Cómo puedes suponer, hija mía, que mientras tú estabas sumida en el letargo, yo nada haría por salvar la vida de tu amado? Ayer, era la enemiga de ese hombre. Le creía un aventurero codicioso y audaz.



Las apariencias le señalaban como al asesino de Nevers. Pero le
tus memorias, hija mía. Es la más elocuente de las defensas. E
hombre que ha sabido guardar durante veinte años un corazón
tan puro bajo su techo, no puede ser un malvado, ni un asesino.
Tengo, además, el testimonio de una mujer digna y de su nieto
Francisco Berrichon y Juan María. En cuanto a Enrique de La
gardere...

—...mi futuro marido, madre querida.

—Tu futuro marido, hija mía —repitió la princesa, bajando la
voz—, no hirió a Felipe de Nevers. Por el contrario, le defendió.
Aurora se lanzó a los brazos de su madre y, perdiendo su frialdad, la besó.

—¡Es por él! —dijo la princesa, sonriendo con tristeza.

—¡Es por ti! —exclamó Aurora, besando las blancas manos—
por ti, madre adorada, a quien al fin encuentro; por ti, a quien
amo. Pero, ¿has podido hacer algo?

—El regente tiene la carta que acredita la inocencia de Lagardere.
Flor, id a buscar la respuesta.

La joven gitana se alejó corriendo. Cerca de la antecámara oyó
una gran algarabía. Los lacayos y doncellas intentaban detener
a alguien.

—Pardiez, bribones! Decid a vuestra señora que su primo el



“El hombre que pro-
tege así a una niña,
no puede ser un mal-
vado, ni un asesino...”

marqués de Chaverny
necesita verla en segui-
da.

—¡Chaverny! —murmuró, extrañada, doña Cruz.

Del otro lado de la
puerta la servidumbre
parecía deliberar. Ha-
bían concluido por re-
conocer al marquesito
pero, por lo visto, éste
juzgó demasiado larga
la deliberación, porque
la gitana oyó ruido de
lucha, unos fuertes gol-
pes repetidos, y despué-
s la puerta se abrió brus-

camente para dar paso a Chaverny.

—¡Victoria! —gritó, cerrando la puerta en las narices de los criados—. Estos bellacos van a hacer que me encollerice. Al ver a doña Cruz, le besó las manos apasionadamente, diciendo:

—¡Angel mío! He soñado toda la noche con vos. Anoche hubiera deseado elegiros por novia, en vez de la bella que me escogió mi tunante primo. Los criados no me dejaban pasar debido a mi aspecto. Estoy lleno de yeso y paja, pero, ¿quién puede exigir elegancia a un gentilhombre que acaba de huir de la cárcel, abriendo un forado en el piso de su celda y saltando sobre la paja para no romperse la nuca? Llevadme ante la princesa, hermosa mía. Traigo un mensaje.

—¿De quién?

—Del caballero Enrique de Lagardere.

—¡Chaverny! —murmuró, extrañada, doña Cruz.



(CONTINUARA)

Correspondencia

RAUL MOLINA GONZALEZ, ELIAS BELTRAN, GERARDO MARTINEZ.—Entusiastas admiradores de "EL FANTASMITA", "SOLITARIO BILL" y demás seriales de esta pequeña gran revista cuyo V ANIVERSARIO celebran ustedes. Muchas gracias.

GLORIA NIDIA VARGAS, PATRICIA FERNANDEZ.—Nosotros también anhelamos que ustedes obtengan los valiosos premios que les ofrecen LOS DISCOS PULGARCI-TO. El tocadiscos vale \$ 10.000.

LUCRECIA DUVE, ELENA DE ORELLANA.—Agradecemos sus felicitaciones y buenos deseos para esta revista que ustedes consideran tan hermosa y perfecta.

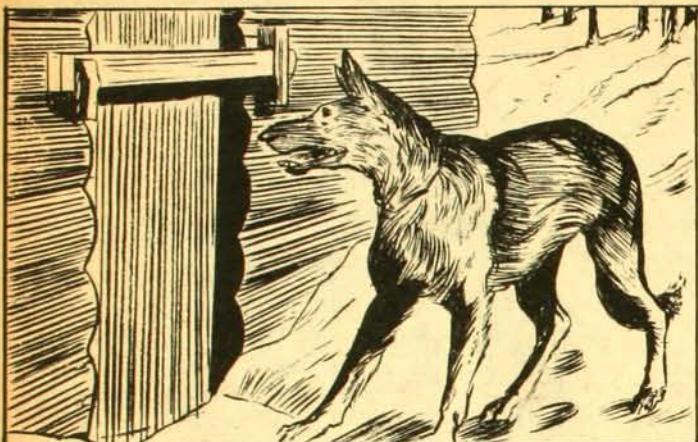
RAUL PEREA, RAUL ZAPATA, HUGO ARIAS y PEDRO LARA.—Los premios de "Simbad" han aumentado mucho. Los Discos Pulgarcito y sus tocadiscos son maravillosos. Esperamos que tengan buena suerte. Envíen su nombre y dirección completos.

ROXANE



SOLAK EL PERRO LOBO

CAPITULO IX.—ENEMIGOS DE SOLAK

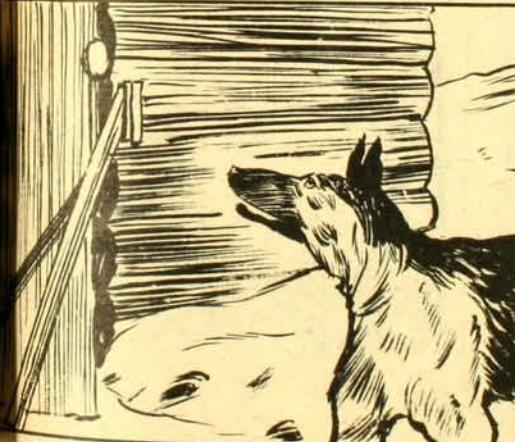


1. El malvado Pierre Lacoste había encerrado a Dalia en una cabaña solitaria, para impedir que la niña alcanzara el avión que aterrizaría en el lago. Solak, el perro lobo, ahuyentó al cazador, pero no sabía cómo libertar a Dalia. Ella ideó entonces una estratagema.

3. Solak miró extrañado aquella carne que sobresalía de la madera. Tenía hambre y estaba fatigado. Sólo en ese instante sentía con súbita fuerza la necesidad de alimentarse y de reponer sus debilitadas energías. Saltó una y otra vez y, con sus garras, involuntariamente, hizo caer la barra.



2. Extrajo de su bolsón el sandwich que llevaba para su almuerzo. Abriendo el pan, retiró la carne y la deslizó por una ranura de la puerta, manteniéndola suspendida. —Si Solak salta para cogerla con los dientes, quizás logre desplazar la barra —murmuraba Dalia con ansiedad—. Tengo que salir de aquí.



4. La puerta quedó sin cerrojo y Dalia pudo abrirla. Solak había engullido el manjar que lograra alcanzar con tanto afán. Dalia lo abrazó y el perro lobo respondió a aquella caricia con ladridos de alegría. —Ahora podré alcanzar el avión y venderé las pieles —dijo Dalia—. Vamos.



SOLAK

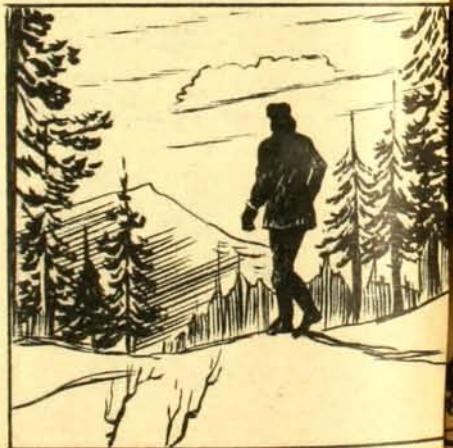
EL PERRO LOBO



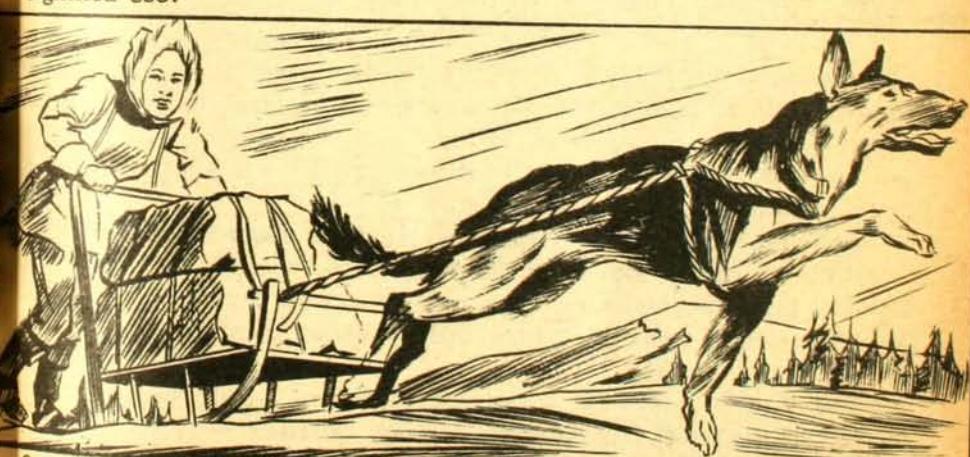
5. La jovencita y el perro lobo emprendieron su camino alegremente. Mientras tanto, el rencoroso Pierre Lacoste, con el brazo en cabestrillo, decía a Marcos Farley y a los cazadores: "—Solak, ese maldito rey de los lobos, me atacó. Es una amenaza para todos y debemos matarlo".



7. Pierre se sintió satisfecho con su intriga. Todos le compadecían y estaban dispuestos a perseguir sin tregua a Solak. "—Magnífico —decía el cazador—. Solak está rodeado de enemigos. En cuanto a Dalia y su abuelo, quedarán arruinados... Pero, ¿qué significa eso?"



6. Por cierto que el pérrido cazador no dijo que Solak le había atacado porque él encerró a Dalia en la cabaña del norte. El médico de la región curó los rasguños que las garras del perro lobo dejaron en el brazo de Pierre y dijo: "—Tienes razón. Ese animal es peligroso".



8. Ante sus ojos incrédulos, apareció la grácil figura de Dalia Ken, que avanzaba velozmente por el camino. Solak arrastraba con rapidez el trineo. A ese paso, llegarían sin duda al lago antes que el avión alzara el vuelo. Pero Pierre estaba decidido a impedirlo.

(CONTINUARA)

NASDINE HODJA



Nasdine era famoso
en todo el país.

En una ciudad de Macedonia vivía una vez un joven que, por sus bromas ingeniosas, era famoso en todo el país. Llamábase Nasdine, pero sus vecinos lo apodaban Hodja, título que se da allá a las personas muy instruidas. Certo día, hablando con unos amigos, Nasdine Hodja dijo que podría obtener un trabajo muy beneficioso si poseyera algunos asnos para transportar sal. Entre los oyentes hallábase un joven que mu-

cho tiempo antes habíase propuesto gastarle a Nasdine cuando se le presentara una ocasión. Al oírle, creyó que ésta había llegado, y le dijo:

—Pero, amigo, ¿por qué no lo dijiste antes? Yo puedo venderte unas semillas de burros, si túquieres.

—¿Semillas de burro? —preguntó Nasdine, asombrado.

—Como lo oyes. Son unas semillas maravillosas, a las que no tendrás más que sembrar en tu jardín por la noche y, a la mañana siguiente, hallarás tantos burros como semillas hayas sembrado.

—Pues lo siento mucho —contestó Nasdine—; no tengo dinero para comprártelas. Me quedaré sin los burros.

—Te regalaré algunas semillas —exclamó el bromista.

Aceptó Nasdine Hodja el ofrecimiento y, esa misma noche, sembró en su jardín los prodigiosos granos.

A la mañana siguiente, apenas salido el sol, Nasdine saltó de la cama y bajó al jardín para ver qué había ocurrido, pero, al abrir

la puerta, vió al joven de las semillas y a sus amigos que lo aguardaban con rostro risueño dispuestos a burlarse de él. Nasdine Hodja volvió hacia el interior de su vivienda, gritando:
—Mujer, mujer, baja en seguida.

Su esposa se apresuró a reunirse con él, y entonces el Hodja, señalando a los bromistas, le dijo:

—Mira, mujer. Anoche tú dudabas de mis semillas, pero espero que ahora cambiarás de parecer. ¿No ves cuántos hermosos búrros brotaron de ellas?

Los burladores, burlados, se apresuraron a escapar avergonzados de lo ocurrido, y a pesar de que ninguno se atrevió a mencionar el suceso, todos los vecinos se enteraron y se mofaron de ellos, festejando el ingenio de Nasdine.

* * *

En otra oportunidad, necesitaba Nasdine Hodja una caldera grande para hacer dulce de ciruelas que en su país se consume en gran cantidad.

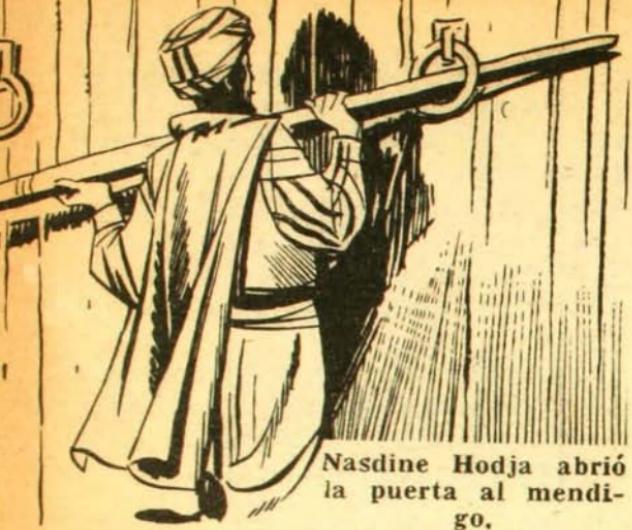
Como él no poseyera una vasija de la capacidad que le era necesaria, fué a pedírsela prestada a un vecino, el cual accedió a su pedido, satisfecho de poder hacerle un favor.

Marchóse Nasdine a su casa con la olla, hizo la confitura, y luego limpió aquélla con sumo cuidado para devolvérsela después a su dueño. Pero como pusiera mucho empeño en la limpieza, cuando terminó de hacerlo, el bronce de la caldera relucía tanto que no podía mirarse sin que su brillo encandilara.

Entonces le dió lástima devolverla a su vecino que la cuidaba tan mal, y se puso a meditar, buscando la manera de adueñarse de ella. Des-

Cuando se supo la ingeniosa réplica de Nasdine, todos se rieron de los bromistas.





Nasdine Hodja abrió la puerta al mendigo.

pués de pensar un rato se levantó de su sillón sonriendo socarronamente, fué a la cocina, cogió un caldero pequeño de su propiedad, lo limpió bien y se fué con él a casa de su vecino. Este, cuando lo vió llegar con el pequeño caldero, se extrañó mucho, pero antes de que pudiera hacerle pregunta alguna, Nasdine le dijo alborozado:

—¿Sabes, vecino? A tu caldera la cigüeña le ha traído un hijito, que es éste que ves aquí.

Y puso ante los ojos de su vecino el caldero de su propiedad..

—¡Es posible! —exclamó el pobre hombre en el colmo del asombro.

—Como te lo cuento —dijo Nasdine, con toda seriedad—. Y como es un hijo de tu caldera, te lo he traído, pues considero que si tuya es la madre, tuyo también ha de ser su hijo.

—¡Pues ya lo creo! —dijo el vecino.

Nasdine le entregó el caldero pequeño y se despidió del otro, diciéndole que más adelante le devolvería la madre.

Tres días después, presentóse Nasdine nuevamente en casa de su vecino, pálido y agitado, gritando:

—Vecino, vecino, ¡qué desgracia tan grande! ¡Qué dolor!

—¿Qué pasa? —inquirió el vecino, asustado, al ver la desesperación del Hodja.

—Pues que tu caldera acaba de morirse.

—¿Cómo? ¿Estás loco? Nunca oí decir que las calderas pudieran morirse, y tú no me lo harás creer.

—Tienes razón —contestó Nasdine—; es decir, la tendrías si se tratara de una caldera corriente, pero la tuya era una caldera mágica. ¿Acaso has oído hablar nunca de otra caldera a quien la cigüeña trajera un hijo?

—Confieso que no —replicó el otro, rascándose la calva con perplejidad.

—Pues entonces, amigo, ¿qué tiene de extraordinario que muera una caldera que ha podido hacer un prodigo que ninguna otra es capaz de realizar?

El vecino, aunque no lo comprendía muy bien, tuvo que rendirse ante la lógica del razonamiento de Nasdine, y convino en que la muerte de su caldera, aunque extraño, era un suceso posible dada la condición mágica de la misma.

Y así fué cómo Nasdine adquirió una bella caldera.

Pero como aunque muy bromista era de naturaleza bondadosa, cuando al año siguiente su vecino necesitó una para hacer su dulce, Nasdine Hodja se la devolvió, diciéndole que había resu-
citado, dando así al pobre hombre una gran alegría.

* * *

Estaba una tarde Nasdine Hodja descansando ante la ventana de su cuarto que estaba en el segundo piso de la casa donde vivía, cuando vió acercarse a un hombre pobemente vestido, el cual llegó hasta su puerta y golpeó repetidas veces el aldabón.

Nasdine gritó:

—¿Qué deseas, amigo?

Pero el hombre no pareció oír sus palabras y siguió golpeando el llamador hasta que Nasdine, abandonando su cómoda postura, descendió las escaleras, y abriendo la puerta, repitió su pregunta.

—Perdona, hermano —dijo el visitante—, que te haya molesta-
do. He venido para pedirte una moneda o unas ropas viejas.

Nasdine pareció vacilar un momento, y después invitó al men-
digo a que lo siguiera y, echándose escaleras arriba, lo llevó hasta su habitación del segundo piso, donde volvió a sentarse cómodamente ante la ventana.

—Amigo —dijo cuando estuvo bien acomodado—; quisiera po-
der darte alguna cosa, pero soy tan pobre como tú. Lo siento mu-
cho. Adiós, pues, y que la suerte te acompañe.

El otro, mudo de asombro, estuvo unos minutos sin poder arti-
cular palabras. Luego, reaccionando, dijo:

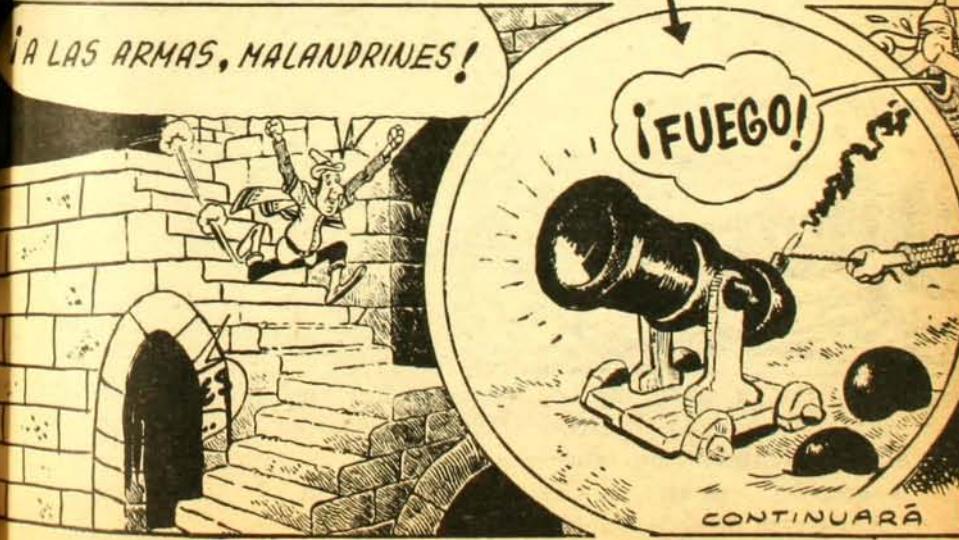
—Pero, hermano, ¿no podías haberme dicho eso abajo, sin hacer-
me subir estas malditas escaleras?

—Y tú —replicó Nasdine, tranquilamente—, ¿no podías haber-
me dicho lo que querías cuando me asomé a la ventana, sin obli-
garme a bajar las mismas malditas escaleras, como tú dices?

El mendigo bajó la cabeza sin atreverse a replicarle, y, turbado,
se apresuró a alejarse del terrible bromista.

El fantasma

EL FANTASMITA DA LA ALARMA PORQUE EL CASTILLO ES ATACADO.



EL CORSARIO NEGRO

CAPITULO I.—LA HUNDAD DE LA COSTA



1. El "Rayo", galeón del Corsario Negro, desafiaba la tempestad. Los embates de las olas y del viento inclinaban peligrosamente la nave, pero ella seguía su ruta, como si los huracanes no pudieran hundirla. El propio capitán estaba a cargo del timón. "—¡Condenado temporal!", gruñían los piratas.



3. Una hermosa doncella navegaba en aquél barco sacudido por el ensurecido mar. Su guardián descuidó un momento la vigilancia y entonces ella subió al puente. Al verla, el Corsario Negro rugió: "—¿Qué significa esto? ¿Por qué estáis a bordo?" Ella respondió: "—Porque vuestros hombres me raptaron".



2. La mayor parte de las velas habían sido arriadas. El viento bramaba entre los mástiles. Pero más violento que la tempestad era el vendaval de odio que rugía en el corazón del Corsario Negro. Su hermano, el Corsario Rojo, había sido ahorcado por el gobernador de Maracaibo.

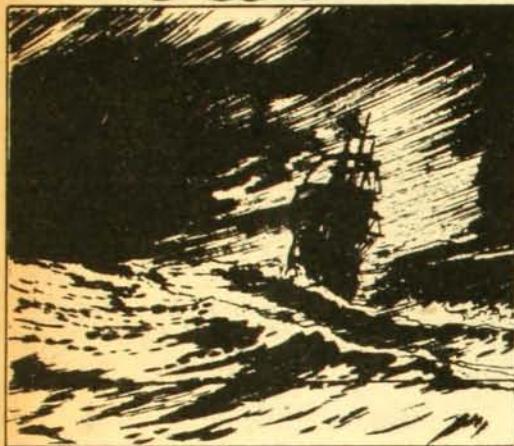


4. El joven y sombrío filibustero ignoraba aquel secuestro. La doncella era Gracia Van Guld, hija del gobernador de Maracaibo. Uno de los bucaneros creyó complacer a su capitán raptándola y retrocedió aterrado al ver la expresión del Corsario Negro.





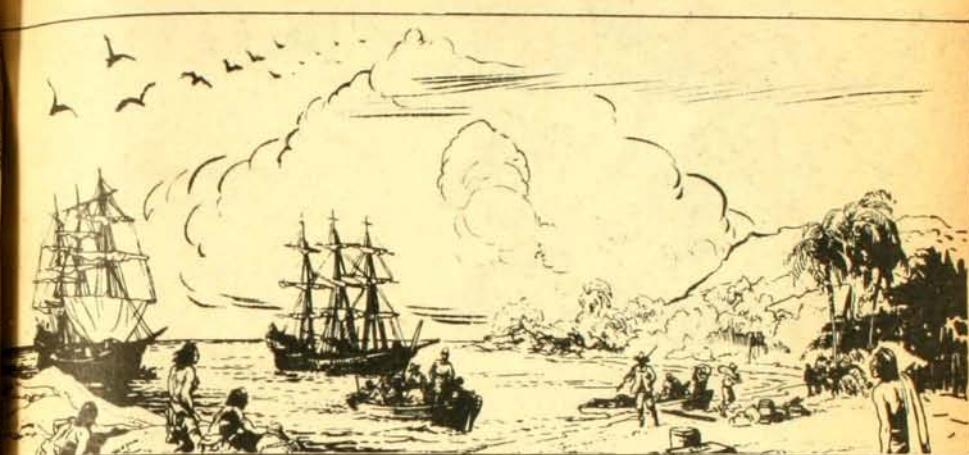
EL CORSARIO NEGRO

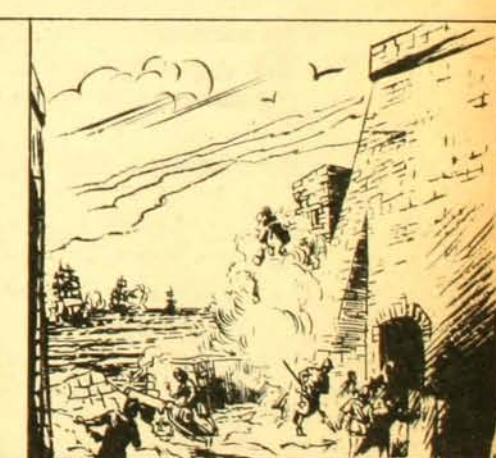
5. "—Para vengarme, no me valgo de las mujeres —pronunció con fiereza—. Ahora no hay tiempo de castigar tu estupidez, Dick. La tempestad te favorece." Dió la espalda al rufián y luego dijo a Gracia: "—Regresad a vuestra cabina, señorita. Os desembarcaré en Maracaibo".



6. Gracia observaba con atención al filibustero. Vestía completamente de negro, con una elegancia que no era frecuente ver entre los piratas. El odio endurecía sus rasgos y su mirada, pero sin deformar su varonil belleza. "—Retiraos —dijo él—. Y espero que vuestra presencia a bordo no nos traiga mala suerte."



7. Al quedar solo, el Corsario Negro evocó su aventurera existencia. En 1625 Francia e Inglaterra se unieron para destruir el poderío español en los mares, los navíos armados en corso iniciaron sus correrías y se creó la Hermandad de la Costa.



8. Los corsarios de ambas naciones demostraban un valor sin límites. Las fortalezas españolas eran atacadas sin tregua. Los galeones que transportaban tesoros a España caían en poder de las naves corsarias, que lanzaban sus garfios de abordaje como un gavilán clava sus garras.

(CONTINUARA)



Los PRINCIPIES FUGITIVOS

CAPITULO VI.— Rosalinda libera a Ricardo Zanetta.

Igor y Anita se resignaron a salir de la estación ferroviaria cuando Rosalinda les prometió conducirles a un restaurante donde comerían exquisitas golosinas.

Aunque tenía el corazón angustiado por la captura de Ricardo Zanetta, la institutriz fingía alegría y esperaba que los príncipes satisfieran su apetito.

“Si los dejara en este restaurante mientras recorro la ciudad”, pensó de pronto, Rosalinda.

Igor y Anita estaban sumamente entretenidos mirando los relojes cucú del restaurante.

—Me gustaría que tocara uno después de otro para que siempre saliera un cucú de la casita —dijo Igor a la dueña del negocio.

La obsecuente hotelera acarició la rubia cabeza del príncipe y replicó:

—Se puede hacer, pero tendremos que mover los minuterios de todos los relojes.

—Hágalo —suplicó la linda princesa Anita.

RESUMEN: Rosalinda, institutriz de los príncipes de Sovinia, huye con ellos cuando los cracianos invaden el país. Se refugia en el circo de Carlos Pacini, pero allí se encuentra con la intrigante Lulú Milstein, quien la acusa ante los cracianos de ser raptora de niños. Por suerte, Rosalinda y los príncipes son defendidos por Ricardo Zanetta. El joven proporciona pasaportes falsos a Rosalinda y los niños, y así desbaratan la acusación de Lulú Milstein. Poco después intentan subir a un tren que les llevará a la frontera, pero en el andén Rosalinda divisa a Ricardo Zanetta prisionero de los cracianos y decide ir en su auxilio...

—Señora —intervino Rosalinda—, mis hermanos son caprichosos y andan siempre buscando novedades. No les permita...

—¿Y por qué no? —dijo la dueña del restaurante “Cucú”—. No es hora de clientes y si puedo entreteneros...

—Déjanos aquí —exclamaron los príncipes de Sovinia.

Esta súplica de sus pupilos convenía al programa de Rosalinda, quien, después de recomendarles discreción y buena conducta, les dejó al cuidado de la hotelera.

Capro era una antiquísima ciudad soviniana, de pintoresco aspecto por sus viejas iglesias y casas de adobes.

Rosalinda avanzó hacia el barrio nuevo, donde se encontraban los edificios públicos de la ciudad.

En la vereda, frente al cuartel de policía, se estacionaban varios soldados cracianos y en la plaza había algunos aldeanos que miraban con rencor a los invasores.

—Supongo que toda la ciudad está llena de enemigos —dijo Rosalinda a un hombre situado cerca de ella.

—Han ocupado todos los edificios públicos —respondió el soviniano— y tienen prisioneros.

—¿Qué le habrá ocurrido al portero? —preguntó la joven—. Es un gran amigo de mi familia.

—Se habrá alejado de los bandidos como buen patriota —indicó el interpelado—. Sólo la vieja Ema les atiende, les vende frutas y verduras y hasta le lleva la comida al capitán de la guardia craciana.

—¿La señora Ema que vive en esa calle angosta? —preguntó Rosalinda, para sacar de mentira verdad.

—No —dijo el individuo—. Hablo de la vieja Ema que tiene su negocio en aquella casa pintada de azul, frente al Cuerpo de Bomberos.

Estos datos fueron preciosos para Rosalinda. Si Ema podía entrar en la cárcel, ella podría acompañarla y buscar el calabozo de su amigo Ricardo Zanetta.

Rosalinda se detuvo ante el boliche de doña Ema. Resueltamente entró allí, y como a nadie hallara en el local, comenzó a registrar todo hasta que vió un papel escrito que decía:

Estaré ausente todo el día. Mi nieta se encuentra enferma. La comida está lista en el cesto de provisiones. Pueden llevársela.

Rosalinda era una mujer de iniciativas rápidas. Al punto esbozó un atrevido plan. Se disfrazaría de vieja Ema y llevaría la comi-

da al capitán craciano. Una vez dentro del cuartel, buscaría modo de llegar hasta el calabozo de Ricardo Zanetta.

Un gran retrato de la señora Ema sirvió a Rosalinda para transformar su rostro.* Como siempre llevaba consigo la peluca blanca; fácil le fué cubrir con ella sus cabellos rubios y ocultarlos bajo un pañuelo de colores.

Ema había dejado sobre una silla su indumentaria de trabajo, la cual vistió Rosalinda en cortos instantes.

Con su cesto bajo el brazo y habiendo colocado entre las viandas una gruesa lima, la valiente institutriz de los príncipes de Sovinia cerró la puerta del boliche y se dirigió al cuartel.

—Al fin llegas, vieja del demonio —dijo un soldado craciano—; el capitán ha reclamado dos veces el almuerzo.

La joven llevó su mano al pecho como para indicar que estaba afónica.

—¿Y nuestro convenio? —preguntó el soldado—. No te hagas la sorda, mujer.

¿De qué convenio se trataría? Temiendo cometer una indiscreción, terminó por ofrecer una manzana al soldado, pero éste, al recibir la fruta, refunfuñó así:

—No trates de engañarme con regalitos. Yo quiero lo que me debes.

—Yo cumple mis promesas —respondió Rosalinda con voz ronca—. Ya volveré. Ahora tengo que servir a mi capitán.

Ya estaba cerca del cuartel. Dos guardias dieron paso a la vieja envuelta en su chal negro.

En ese momento apareció un teniente craciano diciendo a la falsa Ema:

—¿Por qué llegas tan tarde? Mi capitán está furioso. Acaba de ordenarme que fuese a buscarte. Apresúrate, mujer.

Rosalinda no se apresuraba, porque esperaba que el oficial le mostrara la dirección precisa. Por fortuna, el teniente retrocedió y, abriendo una puerta, dijo así:

—A su orden, mi capitán. Aquí viene la vieja Ema con su almuerzo.

Rosalinda llevó otra vez su mano al pecho, indicando una dolencia y dejó las viandas sobre la mesa, mientras el capitán la llenaba de improperios.

La fingida vieja salió precipitadamente y se detuvo en la galería al oír que alguien gritaba:



La falsa vieja alargó el brazo ofreciendo pan al cautivo Ricardo.

—Cambien la guardia del prisionero.

Rosalinda divisó a un soldado que bajaba la escalera y le siguió, inclinando más sus espaldas.

—¿Qué buscas aquí, mujer? —preguntó el centinela de los calabozos—. Sal de este recinto.

—No seas duro con esta pobre vieja que sólo aspira a dar felicidad a sus semejantes —murmuró la falsa Ema—. Soy amiga del capitán. ¿No recuerdas a la vieja Ema? Mira lo que he traído para ti.

—Bienvenida seas —exclamó el soldado, aceptando un pollo asado, frutas y una botella de vino—. Tú eres la mejor de las ancianas, a pesar de que naciste soviniana. Siéntate y conversemos.

—Mira, sargento, a ese pobre prisionero —indicó de súbito Rosalinda, señalando un calabozo—. Nos contempla con ojos hambrientos. ¿Quieres que le convide con un pedazo de pan?

Rosalinda había descubierto, apenas entró en el corredor de la prisión, que Ricardo ocupaba ese calabozo.

—Anda, pero no te demores —accedió el centinela.

La falsa vieja se acercó a las rejas del calabozo y alargó el brazo ofreciendo pan al cautivo.

—Ricardo —murmuró en seguida la niña—. Soy Rosalinda. Dentro del pan hay una lima. ¿Podrás huir cortando los barrotes?

—Por cierto —respondió Ricardo Zanetta—. Entretén a los soldados y huiré por una puerta falsa que conozco bien. Nos encon-

traremos en dos horas más, junto al viejo molino que está en la quebrada del Aguila. Sigue la calle larga y no te perderás. Comprendiendo que cualquier sospecha podría serle fatal, Rosalinda volvió junto al centinela y se sentó en un banco hasta que aquél terminó la merienda y la botella de vino.

—Ya me voy —observó la falsa Ema—. Mañana te traeré empanadas y otra botella de vino.

El soldado se recostó en su silla muy satisfecho del festín que le proporcionó la anciana.

Rosalinda pudo salir sin estorbos de la cárcel y, radiante de felicidad, entró en el boliche de Ema, donde cambió su indumentaria.

Lector ¡SUSCRIBASE A **SIMBAD**

Y SE EVITARA MOLESTIAS!

Decídase hoy mismo, y de una vez y para siempre tome el MEJOR CAMINO: suscríbase a esta revista aprovechando el espléndido "SERVICIO DE SUSCRIPCIONES" que la Empresa Editora Zig-Zag, S. A. ha creado precisamente para que NUNCA falte a usted su revista favorita, que de este modo llegará a sus manos con la debida oportunidad y en su propio DOMICILIO u OFICINA.

Envíenos su CHEQUE o pida telefónicamente la visita de uno de nuestros agentes de SUSCRIPCIONES.

Valor de la suscripción a SIMBAD

ANUAL
52 ediciones
\$ 300.—

SEMESTRAL
26 ediciones
\$ 150.—

EMPRESA EDITORA ZIG-ZAG, S. A.
Casa 84 D Santiago de Chile

Casi corriendo llegó por fin al restaurante "Cucú", donde Igor y Anita reían a carcajadas con los cuentos de la patrona y la sonajera de relojes.

—Maclovia —dijo el príncipe Igor al ver a su institutriz—, nos hemos divertido mucho. La señora es muy buena.

—Me alegra de ello y gracias, señora —expresó Rosalinda, dirigiéndose a la hotelera—. Ya es tarde, niños. Adiós, señora, y que Dios la bendiga.

—¿A dónde vamos ahora? —preguntó Anita.

—Tenemos que visitar a un amigo que nos quiere mucho —explicó Rosalinda, cogiendo de la mano a sus pupilos.

Seguían la calle larga en dirección a la quebrada del Aguila, cuando Rosalinda divisó a dos soldados cracianos conversando en una esquina.

—Calladitos —suplicó la joven—. Que no nos vean esos soldados.

Entretanto el oficial decía a su compañero:



Rosalinda y los príncipes se ocultaron en una esquina al divisar a los cracianos

—Fué una muchacha la que ayudó a huir al prisionero... Una mujer que anda con dos niños.

—¿Y cómo pudo hacerlo? —preguntó el otro militar.

—Se disfrazó de vieja Ema, la mujer que lleva la comida al capitán —explicó el craciano—, y facilitó la fuga al espía. Arrestaremos a esos individuos que se atreven a desafiar al ejército vencedor. Sigan ustedes por el camino de Setti y si divisan a una mujer con dos niños, tómenlos prisioneros sin más trámites.

El soldado torció a la derecha. Si hubiera torcido a la izquierda, habría descubierto a Rosalinda y a los príncipes.

Rosalinda actuó como movida por un resorte. Cerca de la esquina situábase un carretón lleno de cestos vacíos. Dando instrucciones a Igor le hizo subir al carretón mientras ella cogió en brazos a la pequeña princesa. En diez segundos los tres fugitivos estaban metidos en grandes cestos.

—¿Por qué nos escondemos? —preguntó Anita.

—¿Es parte del juego? —preguntó Igor.

Los dos príncipes, obedientes a la consigna de silencio, permanecieron quietos y mudos en su escondite.

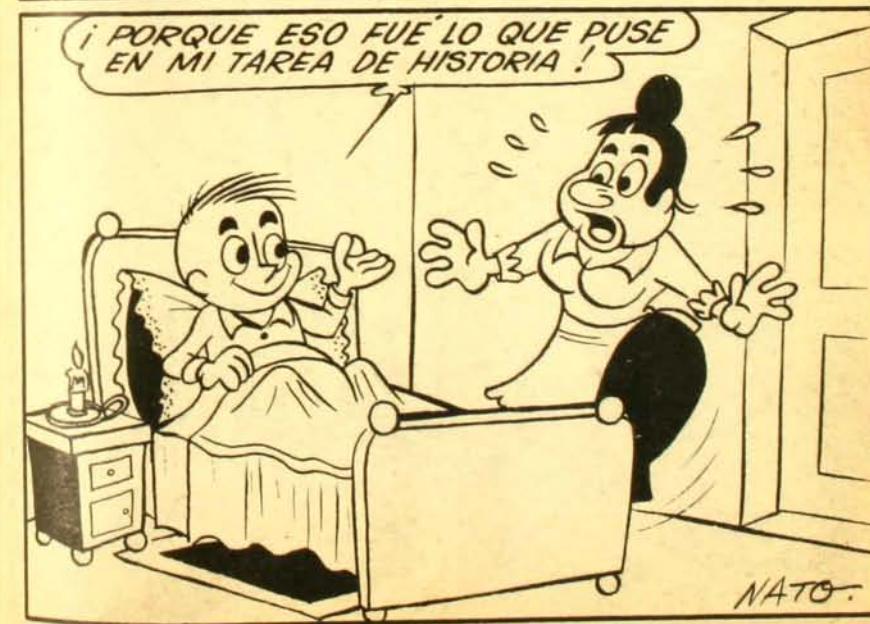
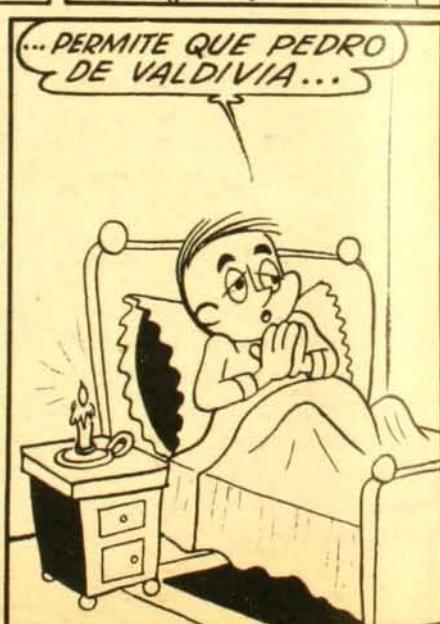
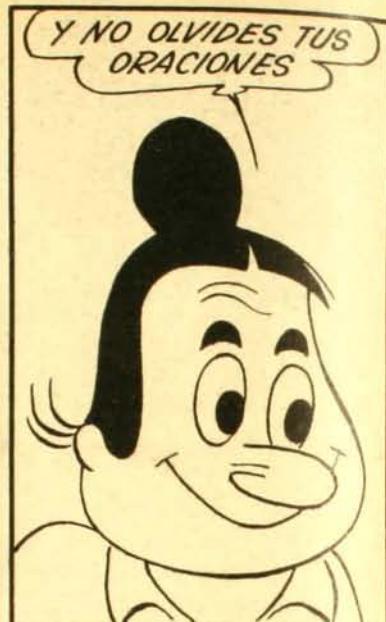
Rosalinda esperaba que se alejaran los soldados para saltar del carretón, pero en ese instante un hombre subió al pescante del vehículo y fustigó a los caballos, que partieron al trotar.

—Hacia dónde les llevaría el cochero de ese carretón?

(CONTINUARA)

Ponchito

por nato



LA HIJA DE LAS ISLAS

CAPITULO V.—*La maldición de la diosa.*

Akena, que desde su infancia vivió en la isla Tahoa, navegaba en alta mar, sin más compañía que Jim, el rubio aviador que olvidara su pasado, y Taio, el fiel leoncillo.

La embarcación había surcido varias millas cuando se desencadenó un violento huracán. Jim logró impedir el naufragio de la barca, pero después de resistir durante horas el embate furioso de las olas, declaró:

—Es preciso que busquemos tierra. La tempestad no amaina. Enfiló hacia el sur y no tardaron en avistar una isla.

Diestramente, Jim sorteó los escollos y desembarcaron en una solitaria costa. El viento bramaba entre las rocas.

El joven divisó un edificio en ruinas y dijo a su compañera:

—Nos refugiaremos allí. Estaremos protegidos del temporal.

Se dirigieron hacia la construcción, que parecía ser un templo abandonado.

Avanzando contra el viento, llegaron por fin al umbral. Un completo silencio reinaba en el ruinoso templo.

—¿Estará habitada esta isla? —interrogó Jim, guiando a Akena en la penumbra.

—Allí... hay un ídolo —murmuró ella.

—No s refugiaremos
en ese templo.



Jim contempló la gigantesca estatua.
—¿Conoces a esa diosa? —preguntó pensativamente.

—No, Jim.

—Estamos muy cansados para tratar de descubrir quién es —añadió el joven—. Duerme, Akena. Mañana exploraremos la isla.

Jim despertó primero. Un sigiloso paso había interrumpido su sueño. Ante él se erguían varios sacerdotes nativos. El que parecía ser el principal de ellos lo miró con expresión severa y amenazante.

Akena también despertó y contuvo una exclamación de temor ante esa mirada escrutadora.

Jim no comprendió las palabras del sacerdote, pero vió que Akena parecía aterrorizada.

—¿Qué te ha dicho? —preguntó, sintiendo que una silenciosa ira lo dominaba. Si aquel aborigen ofendía a Akena, tendría que lamentar su brusquedad.

—Están muy disgustados —repuso la niña.

—¿Por qué?

—Hemos cometido un sacrilegio al dormir en esas gradas, a los pies del ídolo.

—Deben comprender que el templo era nuestro único refugio. El viento y la lluvia nos impedían permanecer en la playa.

—Es inútil explicarles —murmuró Akena, desalentada.

Los sacerdotes hablaban entre sí animadamente. Sus gestos denotaban una gran agitación.

—¿Qué han decidido? —inquirió Jim.



Los naufragos se durmieron a los pies del ídolo.

Un sacerdote nativo les miraba severamente.





Akena oía aterrorizada las palabras del sacerdote.

Si una doncella traspasaba el umbral, estaba sentenciada a morir en el altar.

Pero la maldición de la diosa quedaba anulada si un joven ofrecía casarse con la víctima.

Jim susurró:

—No permitiré que te causen daño. El destino decide que nos casemos primero a la usanza maorí. Más tarde cumpliremos las leyes de nuestra raza.

Akena se sintió desfallecer de alegría.

—Jim —exclamó—, la flor del ibisco se ha abierto para Akena. Había vivido tanto tiempo junto a los nativos de Tahoá, que a veces compartía sus creencias y supersticiones.

El ibisco era la flor de las novias nativas.

Jim besó el suave rostro de su prometida.

El guardián del templo decía en ese instante:

En los ojos de Akena se trascendía una confusa expresión.

—Akena —susurró Jim, cogiéndola en sus brazos—. ¿Qué sucede?

Sentíase desorientado al observar el bello semblante, que expresaba emociones opuestas.

—¿Qué más han dicho los sacerdotes?

Las pupilas sombrías, de reflejos dorados, expresaban temor, ansiedad y también un extraño fulgor de felicidad.

—Dicen que... hemos injuriado a la diosa y que, para aplacar su ira, debemos casarnos con el ritual nativo. Si nos negamos, seré sacrificada.

En aquel templo sólo podían penetrar los hombres.

—Akena será llevada ante la tribu y será elegida por uno de nuestros hombres, si ellos la quieren. Si no, morirá porque ésa es la voluntad de Hanavave.

Jim comprendió confusamente aquella sentencia y, palideciendo, indicó a Akena:

—Dile que yo te he elegido. Si pretenden arrebatarte de mis brazos, tendré que luchar contra ellos.

Akena repitió las palabras del joven aviador. Entonces los sacerdotes deliberaron de nuevo.

Mientras esperaba la respuesta, Jim comprendió cuánto amaba a Akena. Y respiró con fuerza cuando ella murmuró:

—Aceptan tu propuesta, Jim.



Los nativos celebraban un consejo.

(CONTINUARA)

—¿Qué sucede, Akena?



GRAN CONCURSO

Standard Electric



DISCOS **pulgarcito**

Y SIMBAD

"la mejor revista infantil".

Contesta a esta pregunta: ¿Cuál es, a tu juicio, la mejor revista infantil chilena y quién es su directora?

Envía tu respuesta a casilla 84-D, INCLUYENDO EL CUPON, y podrás participar en el Gran Sorteo Semanal de 12 Discos PULGARCITO, irrompibles, en bellísimos colores, con temas infantiles. Además, se sorteará UN REGIO TOCADISCOS, Suscripciones a SIMBAD, Libros y Premios en DINERO.

Distribuidores exclusivos



Standard SE Electric
COMPANIA
SANTIAGO-CHILE
Tecnico mundial de la 

Un producto 

Reprobado por el prestigio

Tecnico mundial de la 

SOLUCION A SIMBAD 265: El pingüino y la foca son animales representativos de la fauna antártica chilena.

Efectuado el sorteo entre las numerosas soluciones acertadas recibidas, resultaron favorecidos los siguientes lectores: 1 TOCADISCOS STANDARD ELECTRIC: Sergio Arancibia, Villa Alemana; TRES DISCOS PULGARCITO: Ricardo Schwarz, Santiago; 1 DISCO PULGARCITO: Ivona Aránguiz, Sewell; Norberto Ibáñez, Linares; Julio Caupamenes, Santiago; Francisco Ruz, San Fernando; Ana María Pérez, Santiago; Eliana Hernández, Temuco; Alicia Fuenzalida, Curicó; Ernestina Koeler, Santiago; Oscar Moraga, Tomé; CON 1 SUSCRIPCION TRIMESTRAL A SIMBAD: Adriana Barrientos, Concepción; Humberto González, San Bernardo; Juan Selman, Mulchén; Mary González, Viña del Mar; Carmen Ide, Talca; Alberto

CUPON DEL CONCURSO Semanal

Standard SE Electric

SIMBAD N.º 267

Los lectores de Santiago deben retirar sus premios en Av. Sta. María 076.

Juan y Juanita



3. Bozambo se había deslizado al exterior, y de un golpe de su poderoso puño aturdió al incendiario, un secuaz de Bumer. —¡Salgan pronto y busquen refugio entre los árboles!, gritó el valiente guía. Bumer, furibundo, intentó disparar contra los fugitivos, pero Bozambo lo detuvo.



4. El estallido de las balas y los reflejos del incendio causaron gran agitación en la aldea. Mientras tanto, en la jungla, Fox interrogaba a Bumer. Este confesó que un individuo llamado Spencer lo había sobornado para que detuviera a los viajeros. Antes de irse, el ayudante Evans dió su merecido a Bumer.

(CONTINUARA)

PELUSITA

POR NATO



LOS PRINCIPIOS FUGITIVOS



SIMBAD

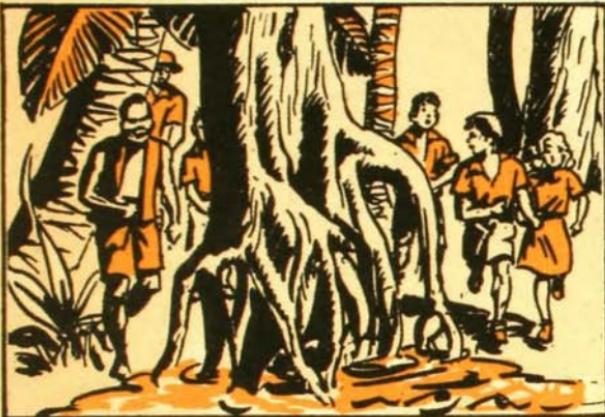
N.º 268

ELENA
ROIRIER

10.-

Juan y Juanita

CAPITULO XLVI.—LOS RAPIDOS DE LA MUERTE



1. Después que Evans, el ayudante del productor Fox, dió su merecido al traidor Bumer, todo el elenco huyó hacia el río, a fin de embarcarse en la piragua de Bozambo. Otras canoas surcaron el agua. Iban tripuladas por nativos a quienes Bumer gritaba: "—¡No dejen huir a esos malditos!"



2. Bumer disparaba sin cesar contra los fugitivos. Uno de los remeros, herido por una bala, cayó al río. Juan, sin vacilar, se sumergió para auxiliar al desventurado negro. "—¡Juan!", exclamó Juanita, aterrorizada, viendo la rubia cabeza de su hermano surgir y desaparecer en las turbulentas aguas.

(Continúa en la penúltima página.)

Simbad

AÑO VI — 20-X-1954 — N.º 268

CAPITULO LII.—
Cuatro prisioneros.

El marqués de Chaver-
ny se había presentado
intempestivamente en
el palacio de la princesa
de Gonzaga, anun-
ciando que traía un
mensaje de Enrique de
Lagardere.

La joven gitana Flor le
negó el paso a la cámara
de la noble dama,
pero Chaverny la apar-
tó, luego de besar el
moreno y bello rostro,
y se detuvo ante el um-
bral, respetuosamente
inclinado:

—Señora, noble prima
mía —pronunció—,
nunca he tenido el ho-
nor de presentaros mis
homenajes, y vos no me
conocéis. Soy el marqués

—¿Y qué deseáis? —preguntó la princesa.

—Traigo un mensaje del caballero Enrique

Al mismo tiempo extraió de su casaca un pañuelo escrito

Al mismo tiempo extrajo de su casaca un pañuelo escrito con sangre. Aurora de Nevers, que permanecía inmóvil junto a su madre, se sintió desfallecer.

Directora: Elvira Santa
Cruz (Roxane)
Suscripción anual: \$ 490.—
Semestral: \$ 250.—
**Recargo por vía certifica-
da:** Anual: \$ 21.— Semes-
tral: \$ 11.—

Extranjero:
 Anual: U.S.\$ 2,10
 Semestral: U.S.\$ 1,05
**Rcargo por via certifica-
 da: Anual:** U.S.\$ 0,20
Semestral: U.S.\$ 0,10

El jorobado

Chaverny llevaría el mensaje de Lagarde-re.



—¿Es que...? —empezó a decir la princesa, viendo aquella tela ensangrentada.

—La misiva tiene una apariencia lúgubre, pero no os asustéis. Cuando no se tiene ni papel ni tinta...

Aurora murmuró:

—¡El vive!

Sus bellos ojos se inundaron de lágrimas. Cogió el pañuelo y lo besó apasionadamente. Intentó leer, pero las lágrimas la cegaban. Cuando logró dominarse, descifró los caracteres borrosos:

A la princesa de Gonzaga. Que se me permita ver a Aurora una vez antes de morir.

—¿Dónde está? —pronunció Aurora, con voz opaca.

—En la prisión del Chatelet.

—¿Le han condenado?

—Lo ignoro. Lo único que sé es que está incomunicado.

—Marqués —intervino la princesa—, tened la bondad de explicaros. ¿Por qué está prisionero el caballero de Lagardere? Envíe una carta al regente, affirmando que no es el asesino de Nevers. Además..., ¿qué hacíais vos en la cárcel?

—Mi tunante primo..., perdonad, el príncipe de Gonzaga, se ocupó de internarme en tan desagradable lugar. También están allí encerrados dos excelentes malandrines, llamados Cocardase y Pasepoil. Es difícil explicar ciertas injusticias, cuando la mano que intriga es poderosa y está recubierta de oro.

—Voy a la prisión del Chatelet —interrumpió Aurora, intensamente pálida—. El me llama.

—Vuestra madre irá con vos, hija mía —declaró Aurora de Caylus.

Flor se dispuso a seguirlos silenciosamente. El joven marqués permanecía indeciso. Comprendió que la salvación de Lagardere era de gran urgencia, pero le habría agrado referir su singular aventura en la cárcel. Sonrió al evocar los acontecimientos.

* * *

Lagardere estaba encerrado en el tercer piso de la torre Nueva. Ofreció a su carcelero veinte o treinta doblones por pluma, tinta y una hoja de papel. El guardián aceptó el dinero, pero no le dió los útiles. Lagardere, desalentado, examinó su prisión: un banco, un cántaro, un pan, un haz de paja. Le habían dejado sus espue-

las. Desatando una, se clavó el brazo con la púa de la hebilla. Así obtuvo tinta. El pañuelo le sirvió de papel, y una paja, de pluma. Con semejantes elementos se escribe con lentitud, pero se escribe. En seguida, siempre con la hebilla, desprendió una losa del suelo, descubriendo que bajo su celda se hallaban otras dos.

En la primera dormía el marquesito de Chaverny. En la segunda, Cocardase y Pasepoil meditaban tristemente sobre los cambios de la fortuna. Tenían por todo alimento un pan reseco, ellos que cenaron la víspera con el príncipe y que entraban en la cocina de palacio como en dominio conquistado.

Lagardere ensanchaba la abertura en el piso y el yeso empezó a caer sobre Chaverny. Este despertó malhumorado.

—¿Quién es el miserable que se atreve a golpearme?

Alzando la cabeza, añadió:

—¡Maldito jorobado! Baja de allí y te retorceré el cuello.

—No os oigo —dijo una voz—, estáis muy lejos. Pero os veo y os reconozco: sois el marqués de Chaverny, que, aunque ha pasado su vida entre miserables, es todavía un gentilhombre. Por eso he impedido que os asesinaran anoche.

—¿Quién diablos habla?

—Soy el caballero Enrique de Lagardere —continuó en aquel momento la voz, como si hubiera querido responder a las preguntas del marquesito—. ¿Sabéis dónde estáis?

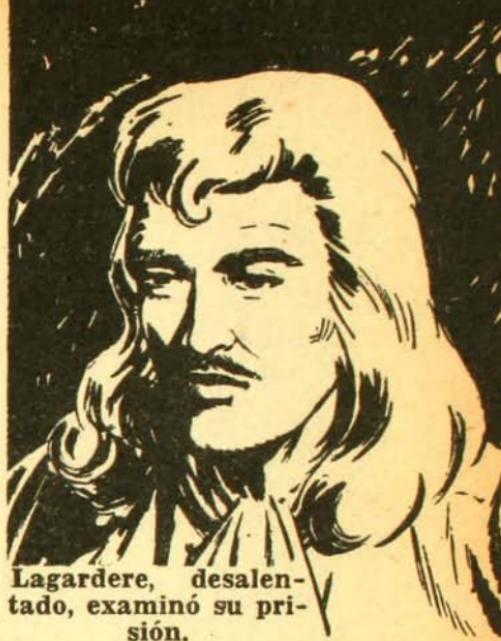
Chaverny hizo un gesto negativo.

—Estáis en la prisión del Chatelet, segundo piso de la torre Nueva.

Chaverny se lanzó hacia la tronera que daba luz al recinto. Luego dejó caer los brazos con desaliento.

La voz proseguía:

—Os han traído esta mañana desde vuestra casa, cumpliendo una orden de prisión...



Lagardere, desalentado, examinó su prisión.

—Obtenida por mi muy querido y leal primo —interrumpió el marquesito—. Creo recordar que anoche no pude ocultar mi re pugnancia ante ciertas infamias...

—¿Os acordáis de vuestro duelo a copas con el jorobado? Chaverny hizo una señal afirmativa.

—El jorobado era yo.

—¿Vos? —inquirió el marqués, incrédulo—. ¿El caballero de La gardere?

—He dejado caer un mensaje que ruego hagáis llegar a manos de la princesa de Gonzaga. Si no tenéis a nadie a quien confiarlo, haced lo que yo he hecho: horadad el suelo y tentemos fortuna en el piso de abajo.

La espuela, blanca de cal, cayó a los pies del joven. Este la cogió y sin vacilar inició su tarea. Dos razones le impulsaban a trabajar con ahínco: agradecer a Lagardere que le hubiera salvado la vida y vengarse de su primo. Se afanaba tanto en su labor, que hacía un agujero diez veces mayor de lo necesario para deslizar la misiva. Arrancaba los ladrillos y el yeso, sin preocuparse de las heridas que las ásperas piedras causaban en sus finas manos.

—¡Rayos y truenos! —profirió Cocardase en el piso inferior, —qué clase de danza están bailando ahí arriba?

En ese instante una parte del techo se derrumbó, levantando una

Cocardase y Pasepoil
entraban en la coci-
na como en dominio
conquistado.



gran polvareda. Después Chaverny, asomándose, preguntó:

—¿Sois dos?

—Como veis, señor marqués —repuso Cocardase, tosiendo.

—Poned vuestra paja ahí abajo, que voy a saltar.

—¡Ni pensarlo! Ya somos bastantes.

—¡La paja! —insistió Chaverny, impaciente. Pero los dos amigos no se movían. Chaverny tuvo la buena idea de nombrar a Lagardere y entonces la paja fué rá-

pidamente colocada en el sitio que indicara el marqués.

—El techo es tan alto, que va a matarse si no lo sostenemos —sugirió Cocardase.

Ambos se asieron de las manos. Casi en seguida se produjo en el techo un crujido. Los dos amigos cerraron los ojos y hubieron de besarse a pesar suyo por la fuerza repentina que el cuerpo del marqués ejerció sobre los brazos extendidos. Los tres rodaron por el suelo, cegados por la lluvia de yeso que cayó tras Chaverny. Este fué el primero en levantarse y dijo:

—Ahora lo que tenemos que hacer es forzar la puerta, caer sobre el carcelero y apoderarnos de las llaves.

Se disponían a lanzarse contra la puerta, cuando se oyeron pasos en el corredor. Una llave fué introducida ruidosamente en la cerradura.

Instantáneamente, los escombros estuvieron en un rincón, debajo de la paja.

—¿Dónde me escondo? —murmuró Chaverny, riendo a pesar de la crítica situación en que se encontraba.

Cocardase y Pasepoil se quitaron las casacas. Mitad bajo la paja, mitad bajo las casacas, Chaverny se escondió. Los esgrimistas, en mangas de camisa, se situaron uno frente a otro, simulando un duelo a espadas.

La puerta giró sobre sus goznes y dos guardianes se apartaron para dar paso al señor de Peiroles.

—Presenta tus respetos al señor, ¡galopín! —ordenó Cocardase a Pasepoil.

El pequeño espadachín avanzó, en actitud humilde, situándose entre Peiroles y la puerta. Este, desconfiado, retrocedió, y en ese instante levantó la mirada y vió el forado en el techo.

—Ahora lo que tenemos que hacer es forzar la puerta...

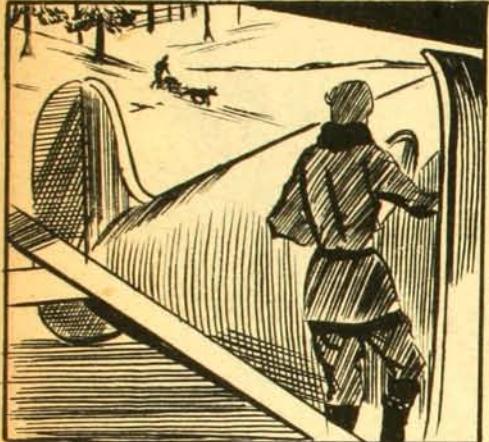


(CONTINUARA)



SOLAK EL PERRO LOBO

CAPITULO X.—LA PEQUEÑA MIGA DEL LOBO



1. Las péridas intrigas del cazador Pierre Lacoste habían fracasado. Y cuando vió que Dalia Ken y el perro lobo cruzaban velozmente la distancia que los separaba del lago, juró detenerlos. Pero ya era tarde. El piloto del avión de carga había divisado el trineo y saludó alegremente a Dalia.

3. En varios árboles veíanse letreros que ofrecían recompensa al cazador que lograra coger a Solak. "—Han aumentado al doble el premio que ofrecen por tu captura —murmuró Dalia—. Regresa al bosque y huye de los hombres. Yo te traeré alimento." Y la niña se separó del fiel Solak.

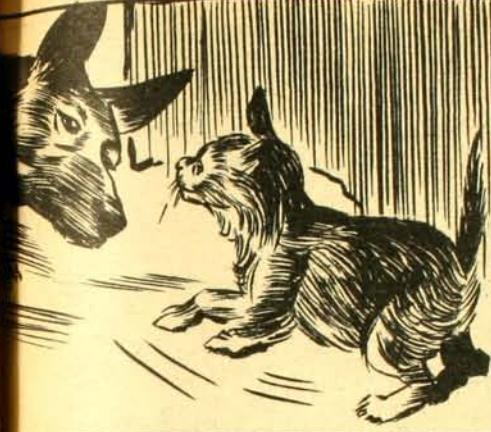
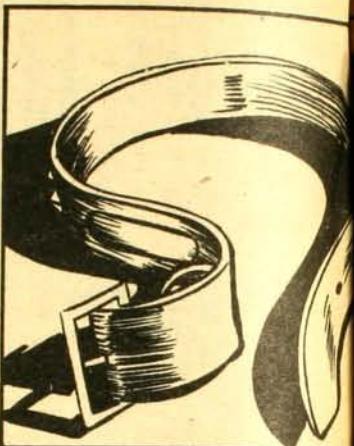


2. "—Chiquilla —exclamó—, creí que no llegarías a tiempo. Luego pensé que Max no tenía pieles. Temí que estuvieran arruinados." Dalia, abrazando a Solak, respondió: "—Ahora todo está bien, gracias a Solak". El aviador Tex transportó al avión la valiosa carga y la niña con el lobo emprendieron el regreso.

4. Al llegar a la factoría, entregó a su abuelito el recibo de las pieles, que serían vendidas a buen precio en Montreal. El anciano se alegró con esa noticia, pero después declaró: "—He recibido una carta firmada por todo el vecindario. No serán más mis clientes si tú sigues protegiendo a Solak".

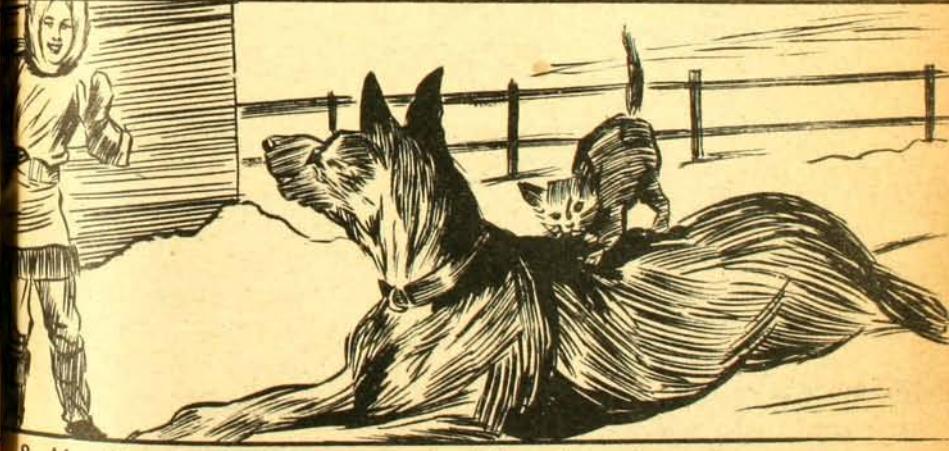


SOLAK EL PERRO LOBO



5. La carta decía: "Su nieta está empecinada en defender a esa bestia peligrosa. La ha salvado de las trampas y le ha colocado un collar, como si el lobo fuera un dócil perro. Solak atacó a Pierre Lacoste, mordiéndole el brazo...". Mientras tanto, Pierre meditaba: "Tengo que destruir a ese animal".

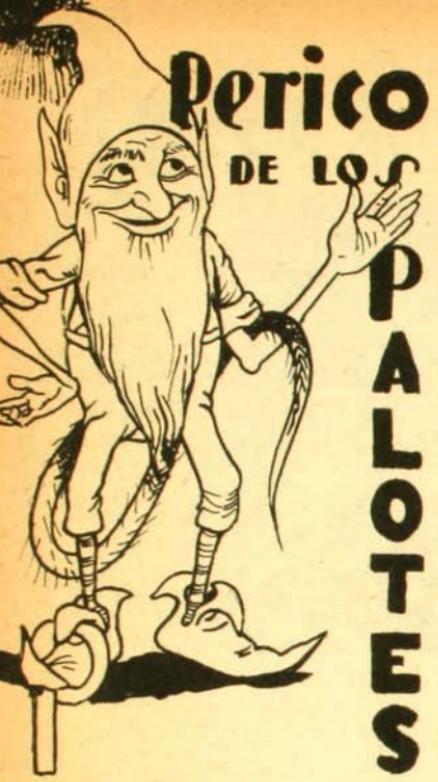
7. La pequeña Perla se acercó sin temor al gran lobo y le miró con sus ojos verdes y resplandecientes. Parecía decirle: "—Hola, gigante. ¿Quieres jugar conmigo?" En el interior de la cabaña, Dalia empaquetaba la merienda que llevaría al bosque para Solak. "—Si pudiera probar que no es un lobo", suspiró.



6. El cazador extrajo de un cajón un viejo collar muy semejante al que llevaba Solak y una siniestra sonrisa apareció en sus labios: "Esto me servirá para perder a ese maldito lobo". Mientras tanto, Solak llegaba sigilosamente a la casa de su adorada protectora. Una gatita se asomó por una brecha de la pared.

8. Al salir, ya dispuesta para el viaje, observó una escena asombrosa y tierna. La gatita Perla jugaba confiada en el lomo de Solak y éste, con gran paciencia, la dejaba saltar y correr. "—Un verdadero lobo habría matado de un zarpazo a Perla —susurró Dalia—. Solak es sin duda un perro."

(CONTINUARA)



Perico DE LOS PALOTES

Erase una vez una mujer que hizo cinco empanadas. Y cuando las sacó del horno estaban duras. Entonces ordenó a su hija:

—Coloca estas empanadas en el estante y déjalas allí un rato, que pronto serán otras.

Quería decir que se ablandaría la corteza. Pero la doncella pensó para sí misma:

“Bueno, si han de ser otras, me comeré éstas ahora mismo.”

Y ni corta ni perezosa se zampó las cinco empanadas, una tras otra.

Cuando llegó la hora de cenar, la madre dijo:

—Anda, tráeme una empanada. Estoy segura de ya serán otras.

La muchacha fué a ver y, no encontrando más que los platos vacíos, volvió diciendo:

—No, no son otras.

—¡Cómo! ¿Ni una de ellas?

—Ni una ni media.

—Bueno, pues, sean otras o sean las mismas, quiero comerme un par de ellas para cenar.

—¿Cómo quieres comértelas, si no son otras? —preguntó la doncella.

—¿Por qué no? Anda y tráeme la mejor.

—La mejor o la peor —replicó la hija—, me las he comido todas y tú no podrás comerlas mientras no sean otras.

La buena mujer no encontró más consuelo que sentarse a hilar a la puerta de su casa, y mientras manejaba el huso, cantaba:

Mi hija se ha comido hoy cinco empanadas.

El rey pasaba por la calle y la oyó cantar, pero no entendió lo que decía y se detuvo a preguntar:

—¿Qué cantas, buena mujer?

Avergonzada ella de confesar que su hija le había desobedecido, volvió a cantar, diciendo:

Mi hija ha hilado hoy cinco madejas.

—¡Pardiez! —exclamó el rey—. ¿Es posible que haya alguien capaz de hilar tanto?

Y, sin salir de su asombro, dijo:

—Mira, necesito una esposa y me casaré con tu hija. Pero oyeme bien: la reina, el último mes del año, tendrá que hilar cinco madejas cada día, y si no lo hace, la encerrará en una torre. Pues, señor, la doncella y el rey se casaron y durante once meses ella vivió como una reina.

Pero el último día del último mes, el rey la condujo a una estancia donde no había más que una rueca y un taburete y le dijo:

—Mira, querida, mañana te quedarás aquí encerrada con algunas provisiones y un cesto de lino, y si por la noche no has hilado cinco madejas, te castigaré.

La reina Lía había sido tan holgazana que no sabía ni hilar, y, ¿qué haría si alguien no venía en su ayuda? Se sentó en un banquillo de la cocina y empezó a llorar desesperadamente.

Pero, de pronto, oyó unos golpes en la puerta. Se levantó de un salto y fué a abrir, quedando no poco sorprendida al ver un enano negro con una larga cola, que le preguntó:

—¿Por qué lloras?

Ella le confió su problema.

—Verás lo que haré —dijo el enano—. Vendré a tu ventana cada mañana, me llevaré el lino y te lo traeré hilado por la noche.

—¿Y qué recompensa pedirás?

—Cada noche te preguntaré mi nombre, y si no lo has adivinado al acabar el mes, te llevaré conmigo.

—Bueno, convenido —dijo ella, convencida de que adivinaría el nombre de aquel ser grotesco antes de un mes.

Pues bien; al día siguiente el enano llamó a la ventana diciendo:

—¿Dónde está el lino?

Lía se lo dió.

Al anochecer, volvieron a llamar a la ventana. Ella abrió y vió al enano con cinco madejas de lino.

—Aquí están —dijo, y se las entregó—. Ahora dime cómo me llamo..

—¿Te llamas Nariz Negra?

—No —contestó él, moviendo la cola.

—¿Te llamas Topo?

—No —contestó él, agitando la cola.

—¿Te llamas Gruñón?

—No —contestó él, moviendo la cola con más viveza. Y desapareció.

Cuando entró el rey y vió que estaban hiladas las cinco madejas, se alegró.

En fin, cada día le traían la comida y el lino y cada día, por la mañana y por la noche, llamaba a la ventana el enano negro. Lía se pasaba las horas pensando nombres raros que decirle cuando la visitaba. Pero nunca adivinaba.

Llegó por fin el penúltimo día. El enano se presentó con las cinco madejas hiladas y preguntó:

—¿Aun no sabes cómo me llamo?

—¿Te llamas Colagris?

—No. Sólo me queda la visita de mañana, y si no adivinas irás conmigo —y desapareció.

La pobre Lía estaba horrorizada. Se oyeron los pasos del rey en el pasillo y el ruido de la puerta al abrirse para dejar paso al monarca.

Se pasaba las horas
pensando n o m b r e s
raros.



—Y bien, querida, no hay motivo para pensar que mañana no tengas hiladas las cinco madejas, y como confío que así será, cenaré aquí contigo esta noche.

Ordenó que trajesen otro taburete y que sirviesen la cena para los dos. Pero apenas había probado unos bocados, dejó de comer y se echó a reír.

—¿Qué te sucede?

—Deja que me ría —dijo el rey—. Figúrate que hoy he ido a cazar y, persiguiendo un venado, me he alejado por el bosque hasta un paraje donde había un horno abandonado. Oí una canción y me acerqué al horno para aso-

marme al interior desde arriba. ¿Y qué dirías que he visto? Un enano negro dotado de una cola fantástica. ¿Y qué dirías que estaba haciendo? Pues manejaba una rueda y un huso e hilaba con rapidez increíble, mientras movía la cola. Y mientras hilaba cantaba:

*Yo no tengo nombre ni
[tengo motes.
Me llaman Perico de
[los Palotes.*

Cuando la reina oyó esto, casi se desmayó de alegría; pero no dijo palabra.

Al día siguiente, el enano llamó con impaciencia a la ventana.

Ella abrió y vió que él sonreía con una mueca que le llegaba de oreja a oreja y que movía la cola con más rapidez que otras noches.

—¿Cómo me llamo? —preguntó al entregar las madejas.

—¿Te llamas Lunar? —contestó ella, fingiéndose muy asustada.

—Ni pensarlo.

—¿Te llamas Bonete? —volvió ella a preguntar.

—No —dijo el enano.

Ya alargaba los brazos hacia ella. La reina retrocedió unos pasos y luego cantó:

*No tienes nombres ni tienes motes.
Te llamas Perico de los Palotes.*

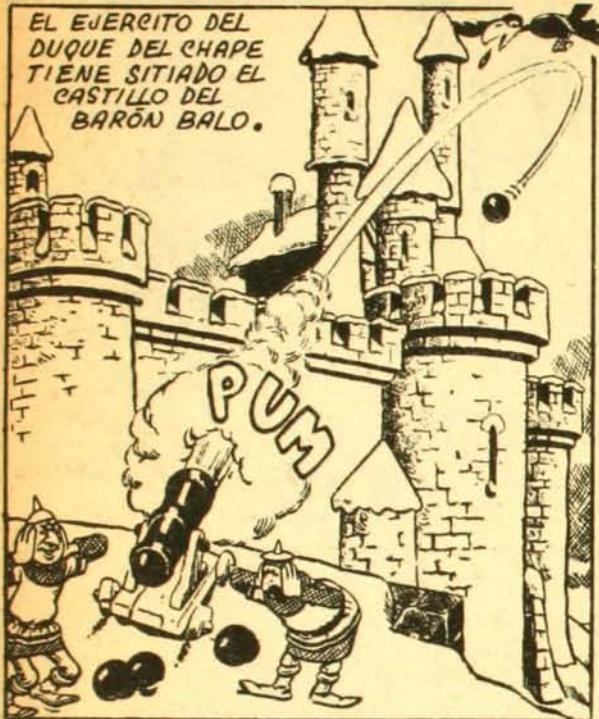
Al oír aquello, el enano lanzó un grito de furia y desapareció para no dejarse ver más.

FIN



EL fantasma

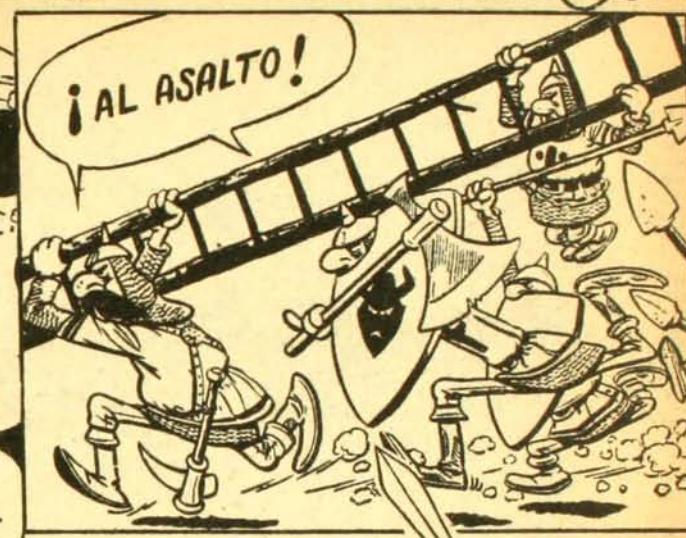
EL EJERCITO DEL
DUQUE DEL CHAPE
TIENE SITIADO EL
CASTILLO DEL
BARÓN BALO.



LA PRIMERA BALA
DERRIBA AL GUARDIA
RIFLITO.



¡ AL ASALTO !



ESTAS BALAS
PARECEN PELI-
GROSAS.

LO MALO ES QUE LA
BALA ERA MAS DURA
QUE LA CABEZA



YO DEFENDERÉ
EL CASTILLO



Y AHORA ESOS
CARGANTES
SUBEN POR LA
ESCALERA



¿ COMO SE
DEFENDERÁ
TERRIBILÍN ?



(CONTINUARA)



EL CORSARIO NEGRO

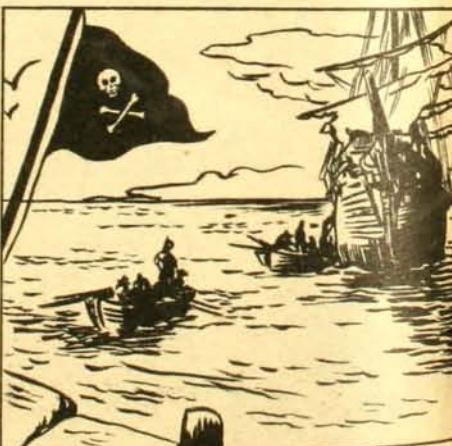
CAPITULO II.—LA ISLA DE LA TORTUGA



1. Los corsarios ingleses y franceses combatían a las naves de España. Sus galeones surcaban las aguas del Caribe, tripulados por hombres audaces. La fama de algunos corsarios se extendió de costa a costa, y al oírles nombrar temblaban hasta los más osados aventureros.



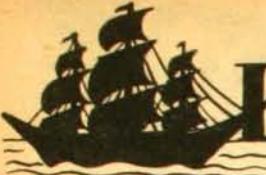
3. Luego de resistir la tempestad, el "Rayo" fondeó en la Isla de la Tortuga. "—Desembarcaré aquí a Gracia Van Guld — decidió el Corsario Negro—. Mi barco debe enfrentarse con la flota española." Minutos después comunicó a la bella prisionera: "—Una barca os conducirá a tierra".



2. La isla de la Tortuga se convirtió en el puerto habitual de los bucaneros. Tenía un activo comercio y sus habitantes eran alegres, despreocupados, y en muchos casos dignos de balancearse en una norca. El filibustero más admirado era, sin duda, el Corsario Negro.



4. Ella observó con admiración el sombrío semblante del bucano. "—¿No exigiréis rescate por mí?", preguntó suavemente. El Corsario Negro repuso con voz dura: "—He pagado vuestro rescate a mis hombres, y en esta isla seréis respetada hasta que regreséis a Maracaibo".



EL CORSARIO

NEGRO



Comprendo tu dolor y tu furia, hermano.



Van Guld morirá como un perro sarnoso.



¡Que me trague un tiburón!
¿Has dicho gracia, Van Guld?



No permitiré que nadie la amenace.



5. Minutos después, el Corsario Negro se entrevistó con el pirata Pedro Nau, el más implacable enemigo de los españoles. —Sabe que tu hermano, el Corsario Rojo, fué ahorcado por el gobernador Van Guld. El también dió muerte al Corsario Verde. ¡Por Belcebú, te ayudaré a vengarlos!, juró Nau.

Repartí mi oro entre los hombres del "Rayo".



¿Pagaste el rescate de tu propia prisionera?



7. Al oír ese nombre, el rostro de Nau se contrajo de odio. —¿Estás loco? —aulló—. ¿Defiendes a la hija de ese perro maldito? El Corsario Negro declaró: —Sí, está protegida por mí, y nadie se atreverá a causarle daño, ni siquiera tú... Su voz y su expresión eran las de un hombre habituado a hacerse obedecer.

Mañana zarparemos con rumbo a Maracaibo.



Quedad tranquila.



6. Habían sido tres los corsarios audaces, y dos de ellos no existían ya. —Dispongo de barcos y de tripulantes, pero me falta dinero, continuó el rudo filibustero. El joven corsario replicó: —No puedo proporcionarte ni una miserable moneda. Acabo de pagar el rescate de una prisionera... Gracia Van Guld».

8. Nau gruñó: —Aunque odio a los Van Guld, dejaré en paz a tu cautiva». Sin mencionar de nuevo a la bella hija del gobernador, planearon el ataque a Maracaibo. Antes de abandonar la isla, el Corsario Negro visitó a Gracia. La dejaba bien protegida en aquel nido de piratas, donde su voluntad era ley.

(CONTINUARA)



Los PRINCIPIES FUGITIVOS

CAPITULO VII.— *En la caverna del monte.*

Rosalinda, metida en un cesto vacío, estaba demasiado aterrizada para moverse. ¿Por qué había partido súbitamente el carretón? ¿Les habrían descubierto y les conducían al cuartel?

Por el momento era más prudente permanecer en los cestos para frutas y aguardar el curso de los acontecimientos.

—Rosalinda —murmuró Anita—, ¿hasta cuándo estaremos en estos canastos? ¿De quién es este carretón? ¿A dónde vamos?

—¡Chit! —insinuó Rosalinda—. Te preparo una sorpresa, Serapia, y por favor no me llames Rosalinda, sino Maclovia.

La princesita guardó silencio y sólo se escuchó el crujido de las ruedas del carretón que ya atravesaba el empedrado pavimento de los suburbios.

Rosalinda alzó la tapa del cesto y vió que en el pescante se dibujaban dos siluetas oscuras. Eran un hombre y una mujer.

RESUMEN: Rosalinda, institutriz de los príncipes de Sovinia, huye con ellos cuando los cracianos invaden el país. Se refugia en el circo de Carlos Pacini, pero allí se encuentra con la intrigante Lulú Milstein, quien la acusa ante los cracianos de ser raptora de niños. Por suerte, Rosalinda y los príncipes son defendidos por Ricardo Zanetta. El joven proporciona pasaportes falsos a Rosalinda y los niños, y así desbaratan la acusación de Lulú Milstein. Poco después intentan subir a un tren que les llevará a la frontera, pero en el andén Rosalinda divisa a Ricardo Zanetta prisionero de los cracianos y decide ir en su auxilio... Distraéndose con la vestimenta de la vieja Ema, logra introducirse en la prisión para facilitar la fuga de Ricardo Zanetta. En seguida huye con los príncipes en un carretón.

—Espero que los cracianos no les hayan capturado —decía el cochero—. El joven se mostró muy valiente.

Rosalinda puso atento oído. Estaban discutiendo sobre su fuga, seguramente, y, por lo tanto, eran compatriotas suyos.

—Y la mujer que le ayudó a huir de la cárcel me parece una heroína —proseguía el auriga—. Miren que disfrazarse de vieja Ema para darle una lima casi a la vista del centinela.

Al oír esto, Rosalinda sintió renacer su esperanza. Ya que el cochero era amigo, le diría que ella y los príncipes de Sovinia viajaban en el carretón y le pediría ayuda para atravesar la frontera. Sacaba ya su cabeza para llamarle, cuando reconoció a la mujer que acompañaba al conductor del vehículo.

—Lulú Milstein —balbuceó Rosalinda, con espanto.

En efecto, era la perfida Lulú Milstein, quien había solicitado subir al carretón donde se escondía su enemiga. Rosalinda se ocultó de nuevo en el gran cesto y trató de seguir oyendo la conversación.

—¿Ha visto usted a una joven rubia y no mal parecida, con un chico de ocho años y una niña de cinco? —preguntó poco después Lulú al carretonero.

—No, señorita —dijo el hombre—. ¿Son parientes suyos?

—Primos —respondió la embustera muchacha—. Tal vez han salido de la ciudad con los demás fugitivos. Les veré en otra idea.

Rosalinda comprendió que debía abandonar el carretón en la primera ocasión propicia, pues si Lulú les descubría no vacilaría en entregarles a los cracianos.

Grande fué el regocijo de Rosalinda al ver que el cochero se detenía frente a una posada invitando a bajar a su compañera de viaje.

Cuando se cerró tras ellos la puerta de la posada, Rosalinda saltó del cesto y, cogiendo en brazos a la pequeña Anita, ordenó a Igor que descendiera también.

—¿Adónde vamos ahora? —preguntó el príncipe de Sovinia.

—Al bosque, niños —respondió Rosalinda—. Corramos.

Y se internándose cada vez más en la espesura, hasta que se encontraron en la falda de una montaña.

—Estoy cansada —gemía la pequeña Anita.

De súbito se descargó una tormenta con fuerte lluvia, relámpagos y truenos.

—¿Qué haremos? —interrogó Igor.

—Buscar refugio en alguna quebrada —indicó Rosalinda, tratando de cubrir con su abrigo a la princesa Ana.

—Allá diviso una cueva —gritó Igor, con alborozo—. Vamos a refugiarnos en ella.

Rosalinda encaminó sus pasos hacia la caverna del monte y tendió a la fatigada Anita sobre un montón de hojas secas.

La niña lloró y luego se quedó dormida.

—Escucha, Rosalinda —dijo Igor—. Soy todavía un niño, pero estoy sospechando que nuestras aventuras no son juegos. En todas partes he visto soldados cracianos...

—Es verdad —suspiró Rosalinda—. El reino de Sovinia fué invadido y hemos tenido que huir, mi pobre niño. Si logramos traspasar la frontera de Helvecia, estaremos a salvo. Será una dolorosa aventura para Anita.

—Yo velaré por ella y por ti —declaró Igor, con energía.

Rosalinda rió al advertir la hombría del joven príncipe heredero.

—Así lo harás —dijo sonriendo—, y mientras tanto, trata de dormir, mi querido niño.

Igor se despojó de su chaqueta de lana y la colocó sobre las rodillas de Rosalinda, diciendo:

—Yo no necesito abrigo. Tú has dado el tuyo a mi hermana... No digas que no. Has de obedecerme, Rosalinda. Ya soy un hombrecito.

La joven, conmovida hasta las lágrimas por la actitud varonil del príncipe, aceptó el abrigo; pero cuando Igor dormía le cubrió con su ropa y veló toda la noche en la fría cueva.

Por suerte amaneció un día radiante de sol.

—Tengo hambre —musitó Anita.

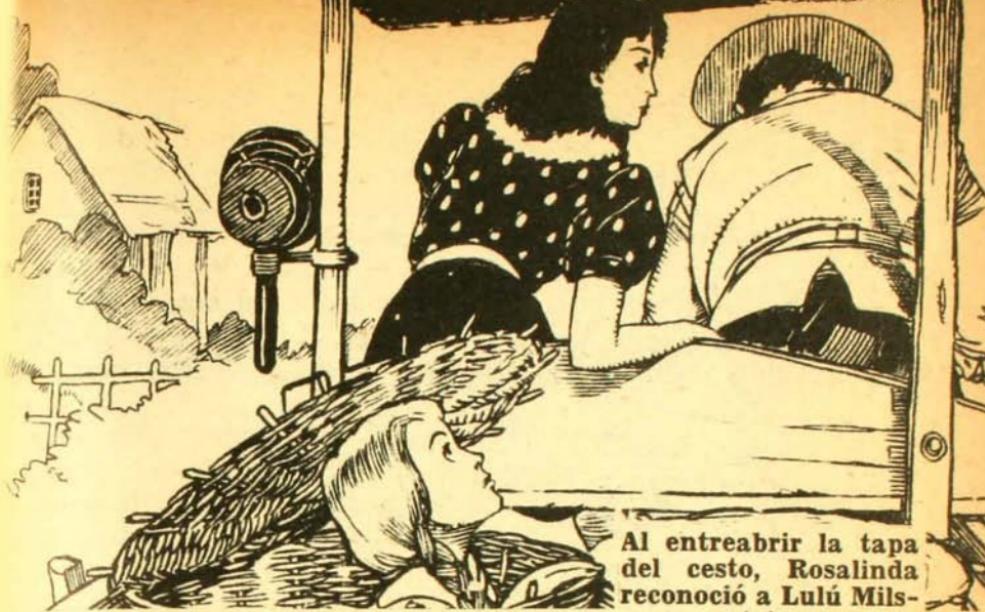
—Igor —ordenó Rosalinda—, cuida a tu hermana mientras voy en busca de fruta para desayunarnos.

Rosalinda recorrió las cercanías del monte y tuvo la suerte de hallar framboesas maduras. En su matinal excursión subió a una colina y divisó un cercano villorrio.

Contenta volvió al lado de sus pupilos, a quienes entregó las framboesas.

—Cuando coman la fruta iremos a una aldea vecina en busca de rica leche de cabra —indicó la institutriz—. He divisado un caserío desde la colina.

Los tres fugitivos ascendieron la colina, y cuando ya bajaban



Al entreabrir la tapa del cesto, Rosalinda reconoció a Lulú Mills-tein.

vieron que el puente sobre el río amenazaba hundirse en el torrente.

—Rosalinda, no podremos continuar —dijo Igor—. El temporal arrastra el puente. Mira cómo se lleva los maderos. Rosalinda comprendió la extensión de su desgracia. No era ya posible su fuga de Sovinia.

Atravesar a pie el torrente era imposible.

—¡Allá viene un coche! —gritó Anita.

Los fugitivos divisaron un carro antiguo que tiraban dos briosos caballos.

—Viene por este camino y seguramente con intención de atravesar el puente —pensó Rosalinda.

Como la cuesta era muy pendiente, la carrera de los caballos se hacia vertiginosa. En vano trataba el cochero de aminorar el galope de los caballos, y hasta el anciano que viajaba en el carro sacaba la cabeza por la ventanilla, con evidente zozobra.

—Ignoran que el puente está destrozado —murmuró Rosalinda—. Van a una catástrofe segura.

La intrépida niña actuó con admirable coraje. Apartando del estrecho camino a sus pupilos, avanzó hasta colocarse frente a la pareja desbocada y se colgó de lasbridas de ambos caballos. Los animales se alborotaron, pero ella logró desviarles fuera del camino peligroso y por fin detenerles casi al borde del puente destrozado.

El anciano viajero saltó fuera del vehículo y corrió hacia su salvadora.

—Mi valiente niña —exclamó el anciano caballero—, ha sido usted heroica y le debemos la vida. Si no es por usted...

—Tuve la suerte de evitar un accidente, nada más —expresó Rosalinda.

—No tengo cómo agradecerle —declaró el anciano—. Soy el conde Silvester y esta dama es mi esposa. ¿Puedo servirle en algo? Estamos cerca de mi castillo y deseo ofrecerles hospitalidad en él.

Lector

iSUSCRIBASE A
SIMBAD
Y SE EVITARA MOLESTIAS!

Decidase hoy mismo, y de una vez y para siempre tome el MEJOR CAMINO: suscribase a esta revista aprovechando el espléndido "SERVICIO DE SUSCRIPCIONES" que la Empresa Editora Zig-Zag, S. A. ha creado precisamente para que NUNCA falte a usted su revista favorita, que de este modo llegará a sus manos con la debida oportunidad y en su propio DOMICILIO u OFICINA.

Envíenos su CHEQUE o pida telefónicamente la visita de uno de nuestros agentes de SUSCRIPCIONES.

Valor de la suscripción a SIMBAD

ANUAL

52 ediciones

\$ 490.—

SEMANAL

26 ediciones

\$ 250.—

EMPRESA EDITORA ZIG-ZAG, S. A.
Casa 84-D Santiago de Chile

—Acepte nuestro ofrecimiento —suplicó la condesa Silvester. En ese instante Igor y Anita se aproximaron a los viajeros.

—Mucho les agradecería su hospitalidad —dijo Rosalinda—. Somos fugitivos y caminábamos hacia la frontera de Helvecia...

—Ya hay en casa un buen número de refugiados. Suban al coche. ¡Qué lindos niños! ¿Verdad, Amalia?

—Preciosos chiquitines —exclamó la condesa Amalia, sentando a Anita sobre sus rodillas. Pronto llegaron a la señorial mansión de los condes Silvester. Constituía una verdadera fortaleza de piedra con altos muros y trincheras. El interior era magnífico y de gran lujo. Rosalinda y los niños estaban felices. Sin embargo, esta dicha se vió turbada por la presencia de un individuo que vestía lubre de mayordomo de palacio. Este fijó una mirada dura e insistente en la joven institutriz y en sus dos pupilos.



Los tres fugitivos se asilaron en una cava del monte.

Rosalinda creyó reconocer al moreno individuo que así la desafiaba con su mirada hostil, pero su memoria no le permitió recordar quién era o dónde le había visto la última vez.

Sus inquietas cavilaciones se vieron interrumpidas por un grito de alborozo del príncipe Igor.

—Carlo, Carlo Pacini —decía el niño, precipitándose en brazos del empresario de circo.

—*Per la madonna*, qué chico es el mundo! —exclamó Pacini—. Señorita Nelson, gusto de volverla a ver con sus lindos hermanitos. Constancia, Tony, Arnoldo, vengan a saludar a Maclovia. Los artistas del circo Pacini eran también huéspedes del conde Silvester.

—Con Maclovia Nelson y sus hermanitos somos viejos amigos —explicó Pacini a la condesa Silvester—. Es una familia de artistas brillantes.

Maclovia, no del todo tranquila, a pesar de tan amistosa recepción, volvió la vista hacia atrás y divisó de nuevo al mayordomo que la observaba con insistencia.

“Un espía” —pensó la institutriz.

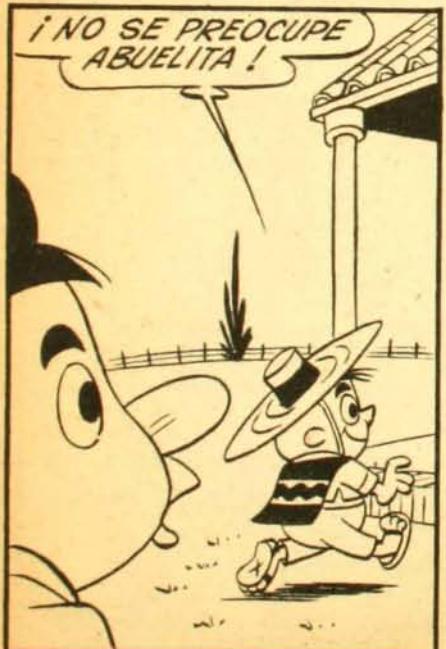
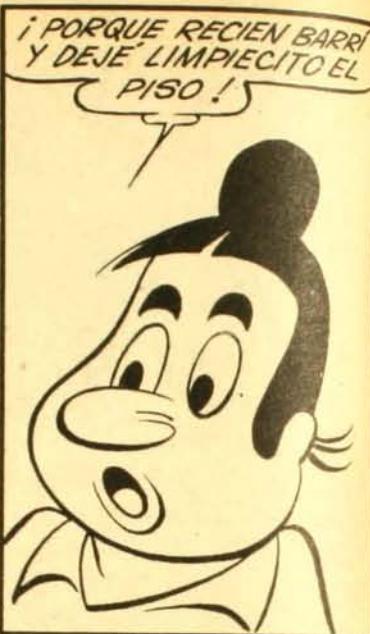
Amalia Silvester señaló a Maclovia y niños una habitación en el primer piso y les dejó allí para que descansaran y se dieran un baño.

Estaba Rosalinda preocupada de sus pupilos cuando de súbito comenzó a entreabrirse una puerta.

(CONTINUARA)

Ponchito

por nato



LA HIJA DE LAS ISLAS



CAPITULO VI—Boda nativa.

Akena y el aviador Jim buscaron asilo en un ruinoso templo, durante una tempestad. El huracán les sorprendió en alta mar y, temiendo naufragar, el joven piloto guió su embarcación hacia una isla desconocida. Parecía deshabitada y el único refugio que hallaron fué aquel templo. Sin presentir la amenaza que se cernía sobre ellos, durmieron a los pies de un ídolo.

Al despertar, vieron un grupo de sacerdotes nativos que les observaban con expresión severa.

Akena comprendía el lenguaje de los guardianes del templo y comunicó a Jim que estaban en peligro.

—Dicen que hemos cometido un sacrilegio al dormir en esas gradas. Para desagraviar a la diosa, tendrían que sacrificarme. Pero si aceptamos casarnos según los ritos de la isla, no se cumplirá la maldición de la diosa. ¡Oh, Jim, si pudieras huir!...

—¿Huir del destino? —sonrió él—. Akena, estás temblando. No

hay motivo para que sientas terror. A fin de no morir víctimas de estos fanáticos, aceptaremos la condición que nos imponen. Luego nos casaremos según las leyes de nuestra raza. Las mujeres de la tribu prepararon a la novia. Una guirnalda adornó sus hombros y la flor del ibisco engalanó su cabellera.

—Hanavave decidirá tu destino —pronunció el sacerdote nativo.



Las doncellas de la
isla vistieron a la
novia.



Las doncellas de la isla se vistieron también con sus más coloridos sarongs y con profusión de flores. Los hombres ostentaban sus lanzas y escudos y tiñeron su cabello de color blanco, amarillo y rojo.

Las bodas se celebraron con gran solemnidad y luego se dió principio a la fiesta. Hermosas danzarinas evolucionaban junto a las hogueras. La comida nativa se sirvió en conchas de tortugas.

Akena evocó la fiesta de despedida que le habían ofrecido en Tahoá y creyó distinguir entre las móviles figuras de las bailarinas la silueta inmóvil de Banaba, el jefe isleño que había velado por ella desde su niñez.

Jim pensaba también en aquel adiós y temiendo que Akena se entristeciera, murmuró:

—Un día volveremos a Tahoá, cuando yo descifre el misterio que me rodea, cuando sepa quién soy.

Las bodas se celebra-
ron con gran solem-
nidad.



A la luz de la luna,
Akena recordó la leyenda del dios Taaroa.



El leoncillo Taio, tendido a los pies de Akena, contemplaba aquella agitación inusitada. Pero no se sentía inquieto. Desde que abandonó su tierra natal estaba dispuesto a ver escenas extrañas y a aceptarlas con calma, siempre que no significaran un peligro para su ama.

En el templo había aprestado sus zarpas.

Por los repentinos silencios que allí advirtió y por las palabras impulsivas del sacerdote principal, presintió que algo marchaba mal. Pero después nada había ocurrido y Taio retrajo sus garras. Cuando terminó el festín y las danzas, la luna brillaba en un cielo pálido.

El amanecer se aproximaba y los pobladores de la isla se retiraron a sus viviendas.

Contemplando la luna, Akena recordó la leyenda del dios Taaroa, que había conjurado a cinco lunas maléficas. Pero aquella que ahora brillaba dulcemente sobre el mar presagiaba para ella una dicha sin fin.

Al día siguiente, Jim y Akena corrieron hacia la playa, para reparar su embarcación y proseguir el viaje. Descubrieron anodados que el huracán la había destruido por completo.

Las piraguas nativas no podrían efectuar la larga travesía. Eran frágiles y sólo servían para navegar cerca de la costa o en los plácidos lagones.

Las botangas, barcas de balancín, tampoco resistían un viaje prolongado.

—No nos podemos arriesgar —declaró el joven, pues sabía que al surcar esos mares debía enfrentar los súbitos huracanes del trópico y los vientos que desarbolan los barcos y les hacen naufragar.

Había oído mencionar aquellas corrientes, a veces mortales: el frío y terrible *maaramu*, que viene del sur. Los alisios y monzo-

El huracán había destruido la embarcación.



nes, los ciclones que arrasan el mar. Existía asimismo el peligro de los tiburones. Por cierto que Jim no expondría a su novia a tan graves amenazas.

—No, no podemos abandonar esta isla. Estamos prisioneros aquí —susurró Akena, con voz apagada.

Jim la abrazó, diciendo:

—Esperemos con fe. Tal vez algún barco pase algún día por esta ruta y entonces partiremos. Mientras tanto, viviremos aquí. La tribu no es hostil y se asemeja al clan de Banaba. No te sentirás extraña y yo estaré siempre junto a ti.

(CONTINUARA)

Correspondencia

MONICA DELANO, AURA POBLETE.—Agradecemos sus entusiastas felicitaciones por el V y glorioso aniversario de esta pequeña gran revista "Simbad". Elena Poirier y Nato se complacen con los elogiosos conceptos que ustedes expresan sobre sus dibujos.

MARGOT ANGELBECH, MONICA SZOBEL, ROSA CONTRERAS.—Estamos superándonos en la lectura que les ofrecemos. Estamos cieros de que "Los Príncipes Fugitivos" y "La Hija de las Islas" harán su deleite. Gracias por las felicitaciones a nuestro quinto aniversario.

MARIA REBECA LAVIN, ARNOLDO CASTRO, RAMON MORALES.—Grandes admiradores de esta pequeña gran revista que ustedes adoran. Exijan a los agentes de sus localidades que les proporcionen el "Simbad" y avisen cuando no lo consigan a tiempo.

MARIA TERESA BOGA, JUAN B. ROJAS, DAVID RIOS.—Grandes lectores de la maravillosa revista "Simbad" admiran al picaro Fantasmita que les divierte tanto como Pelusita y Fonchito.

ROXANE

GRAN CONCURSO

Standard Electric

DISCOS

pulgarcito

Y SIMBAD

"la mejor revista infantil".



Contesta a esta pregunta: ¿Podrías darnos dos significados de la palabra RIO?

Envia tu respuesta a casilla 84-D, INCLUYENDO EL CUPON, y podrás participar en el Gran Sorteo Semanal de 12 Discos PULGARCITO, irrompibles, en belllos colores, con temas infantiles. Además, se sorteará UN REGIO TOCADISCOS, Suscripciones a SIMBAD, Libros y Premios en DINERO.

Distribuidores exclusivos



Un producto SHYF

Standard SE Electric

Respaldado por el prestigio

Técnico mundial de la

Solución a "SIMBAD" 266: La Santa María, La Pinta y La Niña, eran los barcos que integraban la escuadra de Cristóbal Colón.

Entre los lectores que enviaron soluciones exactas, resultaron sorteados los siguientes: con un TOCADISCOS STANDARD ELECTRIC: Elena Rojas, Santiago; CON TRES DISCOS: Higinio Itamar, Pitufquén; CON UN DISCO PULGARCITO: Gabriela Richard, Temuco; Rodolfo Coombs, Stgo.; Eugenio Toledo, Copiapó; Carlos Pavés, Valparaíso; José Vargas, Stgo.; Gloria Pinto, Viña del Mar; Pablo Menneschi, Stgo.; Julia Troncoso, Stgo.; Iris Muñoz, Linares. CON UNA SUSCRIPCION TRIMESTRAL A "SIMBAD": Jorge Whittle, Ñuñoa; Eldo Bascuñán, San Rafael; Hernán Rojo, Viña del Mar; Aquiles González, Stgo.; M. Teresa Azocar, Linares; Leopoldo Ormeño, Talca. CON \$ 50.—: María Adriana Deik, Stgo.; Alberto Urzúa, Chillán; M. Luisa Cortés, Stgo.; Teresa Rosenblitt, Stgo. CON UN LIBRO: Carlos Fouilloux, Stgo.; Pilar García, Concepción; Carlos Melo, Chillán; Jorge Reyes, Tilcoco; Carmen Lobos, La Calera; Leontina Bustos, Correo Perquenco; Domingo Quiñones, Lautaro; Ernesto Grove, Stgo.; Rosa Estay, Quillota; Alfonso Vásquez, Casablanca.

CUPON DEL CONCURSO Semanal

Standard SE Electric

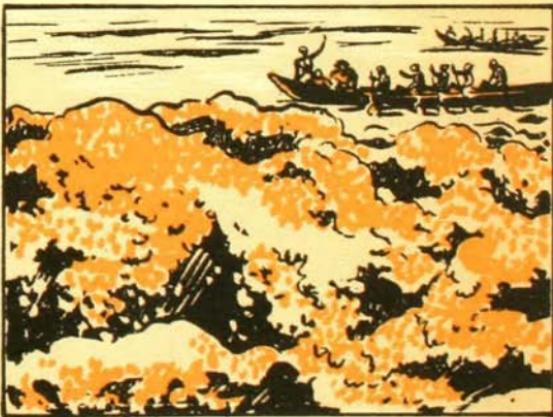
SIMBAD N.º 268

Los favorecidos de la capital deberán retirar sus premios en Avda. Santa María 076, 3er. piso, Revista "SIMBAD". Los niños del interior recibirán sus premios por correo.

Juan y Juanita



3. Sólo Bozambo conservó su sangre fría y remó vigorosamente hacia los náufragos. De pronto se percibió un estruendoso eco. Palideciendo, Fox preguntó: "—¿Qué es eso?" El africano repuso: "—Nos acercamos a los rápidos. Si no recogemos pronto a Bambo y al joven buana, están perdidos".



4. El gigantesco negro se reclinó sobre la proa, con los brazos extendidos, mientras los demás tripulantes remaban con todas sus fuerzas. El rugido de las aguas era cada vez más potente. Bozambo logró coger a los náufragos, a escasos centímetros de la muerte. Después las piraguas viraron.

(CONTINUARA)

PELUSITA

POR NATO



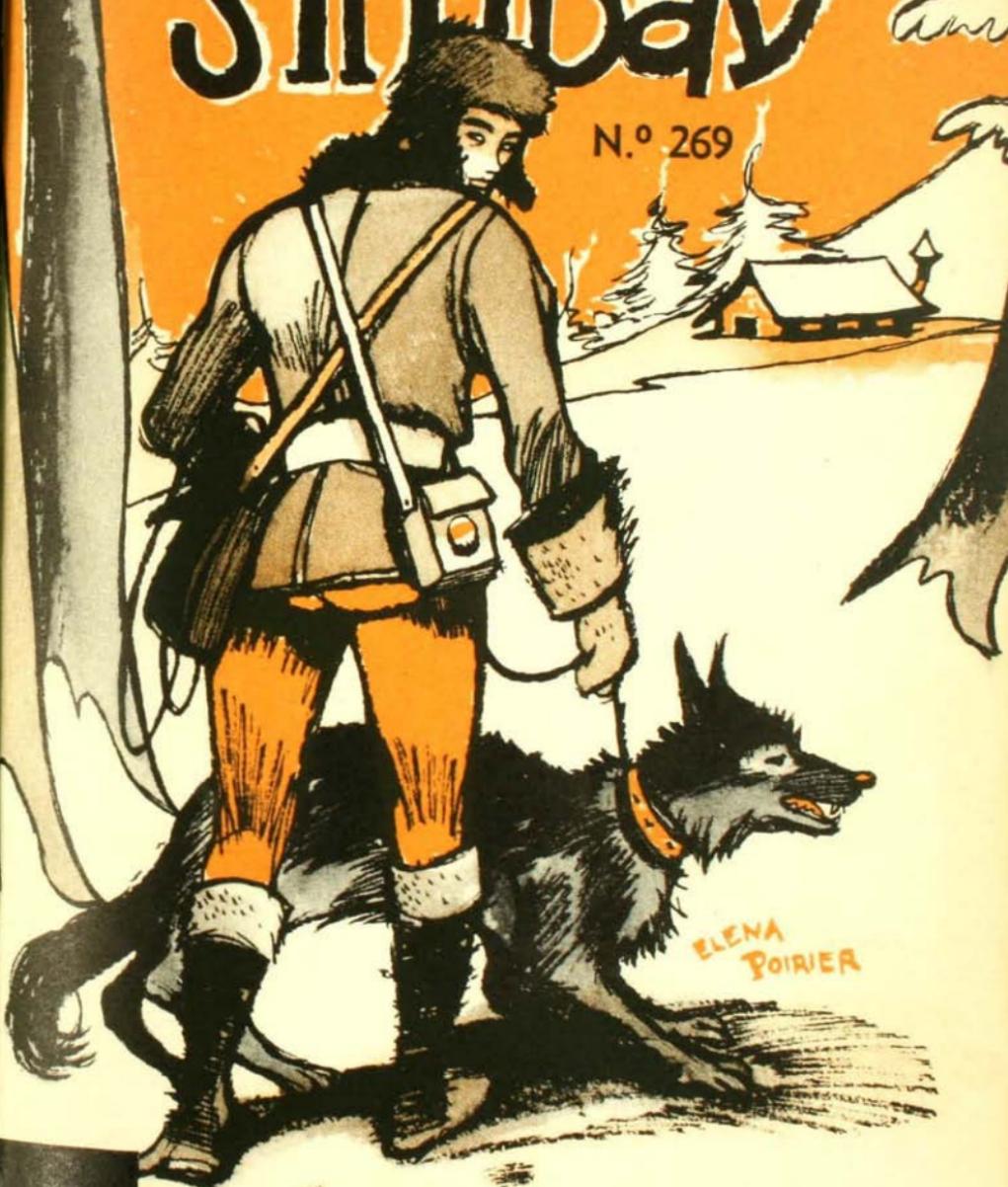
¡SÍ, SEÑOR PEREZ, ADELANTE,
PASE USTED!



NATO

SIMBAD

N.º 269



ELENA
POIRIER

\$ 10.-

SOLAK, EL PERRO LOBO

Juan y Juanita



CAPITULO XLVII.—UN VERDADERO ABISMO



1. Juan y el africano Bambo fueron salvados por Bozambo de las tumultuosas aguas del río Kasai. Luego de depositar a los naufragos en el fondo de una embarcación, enfilaron rumbo hacia la ribera. Sus perseguidores, los nativos comandados por Bumer, quedaron perdidos en la distancia.



2. —“Nunca en mi vida pasé un susto más terrible”, suspiró Samuel Fox, secándose la frente cubierta de sudor. La aventura había terminado felizmente, y por fin el equipo se instaló junto al lago Leopoldo, en el Congo belga. Pronto empezaron los preparativos para la filmación.

(Continúa en la penúltima página.)

Simbad

AÑO VI — 27-X-1954 — N.º 269

Directora:	Elvira Santa Cruz (Roxane)
Suscripción anual:	\$ 490.—
Semestral:	\$ 250.—
Recargo por vía certificada:	Anual: \$ 21.— Semestral: \$ 11.—
Extranjero:	
Anual:	U.S.\$ 2,10
Semestral:	U.S.\$ 1,05
Recargo por vía certificada:	Anual: U.S.\$ 0,20 Semestral: U.S.\$ 0,10

APITULO LIII.—
Sentencia de muerte.

Peiroles, confidente del príncipe de Gonzaga, acudió a la prisión del Chatelet, a fin de sobornar a los spadachines Pasepoil y Cocardase. Pretendía facilitarles la fuga para que declararan a favor de Enrique de Lagardere.

Ignoraba que el joven marqués de Chaverny se había deslizado hasta la celda de los aventureros que estaba oculto bajo un haz de paja.

Al ideció al ver el forado en el techo, y no pudo cercarse a la puerta para preparar su retirada, porque ya Pasepoil, con esto humilde, se había situado en el umbral.

—Amigos míos —dijo Peiroles, inquieto—, comprendo que habéis intentado huir. Yo venía, precisamente...

Cocardase también se colocó entre la salida y Peiroles.

—¡Alto! —advirtió el secuaz del príncipe—, si dais un paso más, esenvaino.

Peiroles en su espada había otra mano además de la suya. Una mano

El jorobado



La sentencia dictada contra Lagardere era: Muerte.

blanca y guarneida de encajes arrugados perteneciente al marqués de Chaverny. El acero pasó a poder del marqués, quien amenzó en voz baja:

—Una palabra y eres hombre muerto.

Por cierto que Peiroles no gritó. Cocardase y Pasepoil le ataron con sus cinturones y cuando los guardianes entraron, también les sujetaron en un santiamén, con cuerdas que ellos mismos llevaban en los bolsillos.

—En mi vida he visto marqués más simpático —dijo Cocardase. Los espadachines se vistieron en seguida con las ropas de los guardias, y Chaverny se atavió con la espléndida vestimenta de Peiroles.

Salieron los tres de la celda, cerrándola con doble vuelta de llave, sin olvidar los cerrojos. El señor de Peiroles y los dos carceleros quedaron allí sólidamente amarrados y amordazados. Los evadidos atravesaron el vacío corredor.

—Lleva la cabeza un poco más baja, Cocardase, amigo mío —aconsejó Chaverny—; temo que tu extravagante mostacho parezca sospechoso.

Cruzaron el patio, y Chaverny tuvo la audacia de detenerse en la sala de guardia, para hacer varias preguntas que le fueron contestadas con solicitud. Por fin se hallaron en la calle, y mientras Cocardase y Pasepoil desaparecían por la encrucijada de la Linterna, Chaverny subió a la carroza que había traído a Peiroles y que ostentaba las armas de Gonzaga. En ese carroaje se dirigió a la casa de la princesa, donde, como sabemos, entregó a Aurora el mensaje de Lagardere.

El tribunal que juzgó a Lagardere se había reunido en la sala de audiencia del Chatelet. Allí se presentaron la princesa de Gonzaga y su hija Aurora. Al saber quiénes eran las visitantes, el presidente se precipitó a atenderlas, y dijo:

—Comprendo a qué venís: a aportar nuevas pruebas de la culpabilidad de ese miserable.

—¡Señor!... —dijeron a un mismo tiempo Aurora y su madre

—Ya no es necesario. La sentencia se dictó hace media hora.

—¿Y no habéis recibido un mensaje de Su Alteza Real? —preguntó la princesa desfallecida.

Sentía el intenso temblor de Aurora.



Cocardase y Pasepoi desaparecieron por la encrucijada de la Linterna.

—¿Qué más deseabais? —inquirió el marqués de Segré—, ¿qué fuese ejecutado públicamente en la plaza de Gréve?

—Está, entonces, condenado a muerte? —balbució Aurora.

—Y, ¿a qué no, señorita? ¿Había de sentenciársele a pan y agua? Encantado de haberos servido. Os beso la mano, señora, y asegurad al señor de Gonzaga que la sentencia es sin apelación y se ejecutará esta misma noche.

Satisfecho con aquella noticia con la cual creía agradar a sus visitantes, se retiró, con un saludo cortesano.

La princesa y Aurora permanecían aterradas. Se oyeron pasos, y la puerta se abrió. Avanzaron dos guardias y un oficial, custodiando a Enrique de Lagardere, que tenía las manos atadas sobre el pecho. Le acompañaba un dominico con un crucifijo. De los ojos de la princesa brotó un raudal de lágrimas. Aurora permaneció inmóvil. Al ver a las dos mujeres, Lagardere se detuvo y sonrió tristemente.

—Una sola palabra, señor —suplicó al oficial.

Este replicó:

—Nuestras órdenes son rigurosas.

—Soy la princesa de Gonzaga —dijo la pobre madre—, prima de Su Alteza Real. ¡No debéis rehusaros!

El oficial la miró con asombro. Luego, volviéndose al condenado, le dijo:

—Sea como última gracia a un hombre que va a morir. Se inclinó ante la princesa y pasó a la habitación vecina, seguida de los guardias y del sacerdote.

Lagardere avanzó lentamente hacia Aurora. Ella le esperaba, sin ocultar su profunda emoción. Besó sus manos que llevaba atadas y le acercó la frente, tan pálida, que parecía de mármol:

—¡Enrique! ¡Enrique! —gimió—, ¿era así cómo teníamos que vernos?

Y las lágrimas brotaron al fin de sus ojos.

—Nunca os he visto tan bella, Aurora —murmuró él—, ni nunca ha sido para mí más dulce vuestra voz. Las horas de mi cautiverio no me parecieron largas, porque me acompañaba vuestro recuerdo. ¡Gracias por haber venido, ángel amado! ¡Gracias, señora!

—añadió, volviéndose hacia la princesa.

—¡Hijos míos! —exclamó ella, uniendo en un solo abrazo a Enrique y Aurora.

—Gracias, madre mía —murmuró Lagardere—. No creí que en este sombrío lugar pudieran verterse lágrimas de felicidad. Y ahora, debemos separarnos, Aurora.

Estremeciéndose, vió reflejada una intensa agonía en el bello semblante, y agregó:

—Volveremos a vernos..., una vez, por lo menos. Debéis alejaros, Aurora. Tengo que hablar con vuestra madre.

Cuando ella, luego de besar otra vez sus manos, se retiró hacia la ventana, Lagardere expresó:

—Estoy sentenciado a muerte y no hay esperanza de salvarme porque el verdadero culpable no confesará voluntariamente. Son las tres de la tarde. A las siete es de noche. A esa hora vendré una escolta para conducirme a la Bastilla. A las ocho estaré en el sitio de la ejecución.

—Comprendo —interrumpió Aurora de Gonzaga, ansiosa—. Durante el trayecto, si tenemos amigos...

—No, señora. No pretendo ser libertado. Me explicaré: antes de llegar a la Bastilla nos detendremos en el cementerio de Saint-Magloire.

—¿Por qué? —interrogó la princesa, estremeciéndose.

—Es la costumbre —contestó Lagardere con amargura—; el asesino tiene que orar, pidiendo perdón a la víctima.

—¿Debéis hacer eso, vos, Enrique? ¿Vos, el defensor de Nevers?

—No habléis tan alto, señora. Ante la tumba de Nevers habrá un tajo y un hacha. Allí me pondrán la mano derecha sobre el tajo y...

La princesa, horrorizada, ocultó el rostro entre las manos.

—Eso es injusto, ¿verdad, señora? Y por obscuro que sea mi nombre, comprenderéis lo que significa para mí dejar ese recuerdo infame.

—Pero, ¿por qué esa ruedad inútil?

—El presidente, de Segré, ha dicho: "Es preciso hacer un escarmiento."

—Pero Felipe de Orleáns no consentirá... —protestó aún ella.

—Felipe de Orleáns, una vez pronunciada la sentencia, nada puede hacer, salvo en el caso de que confiese el culpable... Pero o nos ocupemos de eso, os lo ruego. Vos podéis rehabilitarme a los ojos de todos. ¿Queréis?

—Decidme qué debo hacer, y lo haré.

Agardere, atenuando aún más el sonido de su voz, que a pesar de su temblor la prosiguió:

—El atrio de la iglesia está muy próximo. Si Aurora, en traje de esposada, está allí, si hay un sacerdote y mi escolta apiadada me da unos minutos para arrodillarme a los pies del altar... Si el sacerdote, con vuestro consentimiento, bendice la unión del caballero de Lagardere con la señorita de Nevers...

—Por Dios, Nuestro Señor —interrumpió Aurora de Caylus, con visible emoción—, así se hará.

Los ojos de Lagardere resplandecieron y sus labios buscaron las manos de la princesa. Pero ella no lo permitió. Aurora vió cómo la madre estrechaba al prisionero entre sus brazos. En aquel momento se abrió la puerta de la sala, dando paso a los guardias y a dominico.



Las horas de su cautiverio no le parecieron tan largas porque el recuerdo de Aurora lo acompañaba.

(CONCLUIRA)



SOLAK EL PERRO LOBO

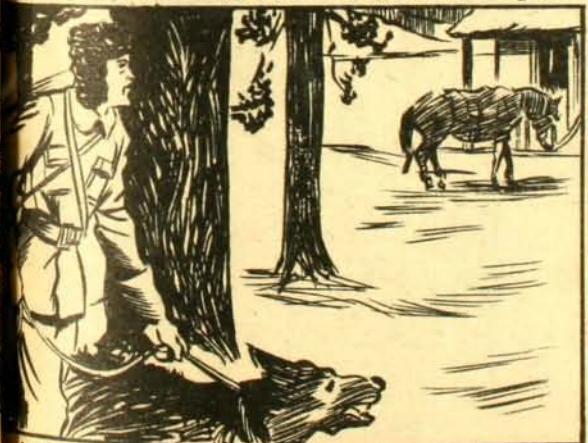
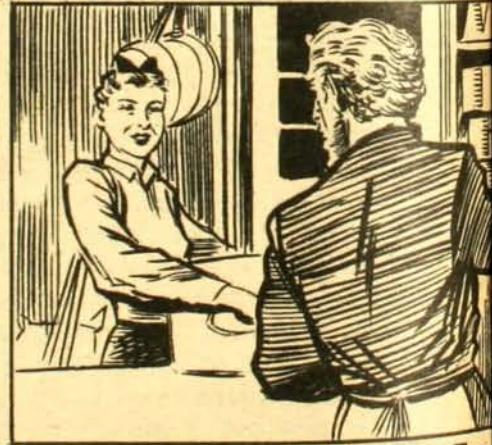
CAPITULO

FALSO SOLAK.



1. Dalia vió que la gatita Perla jugaba confiadamente con Solak y aunque su abuelito le había prohibido volver a mencionar si quiera al perro lobo, le llamó para que observara la escena. —¿Crees aún que pueda ser un lobo salvaje? —murmuró—. Solak es injustamente perseguido...

3. En ese mismo instante, el cazador, que odiaba mortalmente a Solak, preparaba una intriga contra él. Se presentó en el campamento del mestizo Joe Mescalero, que criaba perros salvajes. Elijiendo uno de esos animales, Lacoste propuso: —Te lo compro. Joe, con una mirada astuta, aceptó el negocio.

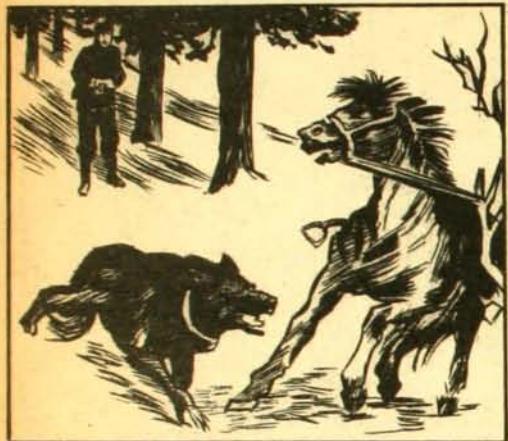


2. —Tienes razón —admitió Max—. Hablaré con el señor Farley y con los trámeros. Al decir estas palabras, sonrió a su nieta. —Será fácil demostrar la verdadera naturaleza de Solak, si nos dan una oportunidad —exclamó ella, radiante de alegría—. Probaremos que Pierre Lacoste está equivocado.

4. Pierre Lacoste había buscado la noche anterior, en su casa, un collar similar al que pertenecía a Solak. Lo ató al cuello del perro salvaje y en seguida se encaminó hacia el aserradero de Farley. El caballito de Monina Farley estaba atado a un árbol, y, al verlo, el perro gruñó.



SOLAK EL PERRO LOBO



5. El malvado cazador soltó a la bestia. Con relinchos de terror, el potro intentó defenderse del ataque. En ese instante, Pierre Lacoste enfocó su máquina fotográfica. "—Esta prueba sentenciará a muerte a ese maldito lobo —murmuró—. Esta vez, Dalia no podrá salvar a su protegido."

7. "—Y tiene una inteligencia diabólica —añadió—. Conduce al caballo hacia la manada de lobos, para que lo devoren." Dalia Ken y su abuelito se aproximaban, con el propósito de interceder por Solak. Por cierto que llegaban en un momento inoportuno. Farley rugió: "—¿Aún defiende a ese condenado lobo?"



6. El aterrizado potro logró desprender la rienda que lo sujetaba al árbol y huyó. Tras él corría el perro salvaje. Farley y su hija llegaban en ese instante, y la niña gimió: "—¡Oh, mi Pinto! Ese lobo lo matará." Lacoste sugirió pérfidamente: "—Solak es una bestia dañina."



8. La afligida Monina dijo con voz llorosa: "—Dalia, ese lobo es malo." Max y su nieta no podían creer que Solak hubiera atacado a Pinto, obligándole en seguida a huir hacia el bosque. Mientras tanto, Solak vagaba por sus antiguos dominios y vió que el hielo del río empezaba a quebrarse.

(CONTINUARA)



¿Tendría que dormir
en la calle?

Erase una vez un soldado más valiente que ninguno. Tenía tantas medallas que nunca podía ponérselas todas, pues no le alcanzaba el uniforme. En cada batalla recibía varias de su rey, quien le estimaba mucho.

Cierta vez reunió mil monedas de plata pura. Fué a casa de su general, y le pidió que le guardara ese dinero.

El general aceptó; pero cuando al cabo de cierto tiempo, el soldado se lo reclamara, le hizo dar cincuenta bastonazos sobre las plantas de los pies.

El pobre soldado no sabía qué hacer, agobiado por el dolor, completamente en la miseria. ¿Tendría, acaso, que dormir en la calle y comer de limosna?

Hasta que se le ocurrió una idea. Iría a ver al rey, y le contaría qué clase de hombre tenía por general de su ejército.

Mientras caminaba y pensaba, atravesando un bosque, encontró en su camino una posada.

—Buenos días os dé Dios; ¿quién está aquí?

Se adelantó presuroso el posadero y saludó :

—Muy buenos días, tenga vuestra merced, señor soldado; pero, ¿qué buscáis aquí en estos momentos?

—¿En qué momentos?

EL · SOLDADO VALIENTE · Y · EL SASTRE · COBARDE

-¿Pues no sabéis, señor, que en el bosque andan doce bandidos nadie logra escapar de sus manos?
—Penas hubo dicho esto el posadero, entró un aprendiz de sastre saludó:

-Buenos días, por Dios.

—También a éste preguntó el posadero:

-Muy buenos días; pero, ¿qué buscáis aquí en estos momentos?

-¿En qué momentos?

-¿Cómo? ¿Tampoco sabéis que andan por el bosque doce bandidos?

Manto se asustó el aprendiz de sastre, que se escondió debajo de una mesa.

ero el soldado, hombre valiente como nadie, exclamó:

-Yo, por cierto, no les tengo miedo. Les esperaré.

En cuanto hubo dicho esto, entraron los bandidos.

-Está bien, ahorcadme como queréis hacer, pero primero dejadme comer y beber.

uando hubo terminado de comer y beber, el jefe de los bandidos ordenó a uno de sus hombres que llevara al soldado afuera y lo colgara de un árbol.

-No os molestéis —se apresuró a decir el soldado—, que me mataré yo solo.

El jefe de los bandidos le gustó la idea. Todavía no había visto nadie que se matara a sí mismo.

Dijo el soldado al posadero:

-Posadero, llenad una botella mitad de vino y mitad de pimienta.

uando tuvo la botella en la mano, dijo a los bandidos:

-Ahora veréis: beberé esta botella de un trago y moriré inmediatamente.

Ues, ¿qué pensáis que hizo el soldado? Con la botella en la mano izquierda y el sable en la derecha, giró violentamente sobre sus talones, de manera que la botella roció con su contenido la cara de los doce bandidos, quienes inmediatamente quedaron cegados por la pimienta

—¿Qué buscáis aquí en estos momentos?
—preguntó el posadero al sastre.





¡Era nada menos que el rey!

y el alcohol. Mientras tanto, con su mano derecha, que empuñaba el sable, cortó la cabeza a los doce bandidos.

Cuando vió esto el aprendiz de sastre, salió de su escondite, y abrazó al soldado, mientras decía:

—Valiente soldado; me salvasteis la vida, y quiero recompensarlos debidamente.

Al poco tiempo trajo a presencia del soldado valiente una hermosísima doncella.

El soldado, deslumbrado por su belleza, le pidió que aceptara ser su esposa.

Pero lo que no supo el soldado era que el aprendiz de sastre no era tal, sino el propio rey y la joven hermosísima era la princesa. El rey tenía por costumbre andar disfrazado de aprendiz de sastre para conocer mejor a su pueblo.

La princesa por nada del mundo quiso decirle al soldado que era la hija del rey, y que por lo tanto él pasaba a ser príncipe también y el heredero del trono. Siempre nuestro héroe creyó tener por esposa a la hija de un aprendiz de sastre.

Al cabo del tiempo, llegó el rey con un espléndido coche de oro, tirado por seis soberbios alazanes. Detrás de él llegó otro coche de oro, con otros seis alazanes soberbios. Le traían al joven un traje adecuado a su rango, para ser llevado a la corte.

Nuestro soldado no salía de su asombro, y no sabía siquiera lo que había pasado. En cuanto se hubo vestido, lo zambulleron en el otro coche de oro, juntamente con su esposa, quien sorprende como si nada pudiera sorprenderle. Pero el soldado creía que se le iba a castigar por haber matado a doce hombres, aunque fueran bandidos.

Cuando hubieron llegado al palacio, subió hasta el trono del rey, y allí, con la sorpresa que es de imaginar, reconoció en el que ocupaba el trono al sastrecillo cobarde. ¡Era nada menos que el rey! a quien había salvado la vida.

El soberano quiso dejarle todo su reino, quiso nombrarlo inmediatamente rey, pero el valiente soldado respondió:

--Querido padre, no necesito ni tu reino ni tu corona. Sólo quisiera tener bajo mi mando a ese regimiento que tiene por general al que me negó mis mil monedas de plata.

Por cierto que el rey accedió a su deseo.

Cuentan que el mencionado general todavía tiene dolorido el lugar donde le fueron contados los cincuenta bastonazos.

Correspondencia

JULIETA BUSTAMANTE, HUGO BARRIOS, SUSANA PARADA. Cuando envíen soluciones al concurso, recuerden que deben dar su dirección completa para enviarles los premios. Muchos no lo hacen y por eso no reciben ese galardón.

MARTA PONCE, MARIANA PRADENAS, JULIO CORTES. Fieles y constantes lectores de la pequeña gran revista "SIMBAD", declaran que primero no comen antes de que les falte la revista.

JULIO CORTES, DAVID RIVAS, IRIS MEDINA. Aplauden con entusiasmo las seriales de Ponchito y Pelusita, y envíen sus felicitaciones a Nato.

LUCILA OLGUIN, MARTA PONCE, MARIANA PRADENAS. Agradecemos sus felicitaciones por el éxito siempre creciente de esta pequeña gran revista "SIMBAD", que cumplió cinco años gloriosos.

MARIA VILLALOBOS, PATO MARABOLI, LUIS BRUNETTI. Tres lectores sureños amantes de la gran revista "SIMBAD", desearían que sus lecturas fueran tantas que tuvieran para toda la semana. Agradecemos sus felicitaciones.

LUCY CAMPUSANO, SILVIA AGUILAR. Fieles lectoras de esta pequeña gran revista, que nunca puede faltarles.

JORGE RIVAS. Tarzán no se puede publicar, porque otra editorial ha comprado sus derechos.

GILBERTO BECERRA, RUBEN DARIO BUSTOS, MARIA TERESA URIBE. Nato y Elena Poirier agradecen sus elogios por sus magníficos dibujos.

BENJAMIN ARRIAGADA, JOSE SEVERINO, LAURA CIFUENTES. Cuando envíen soluciones al concurso, den su dirección y nombres completos.

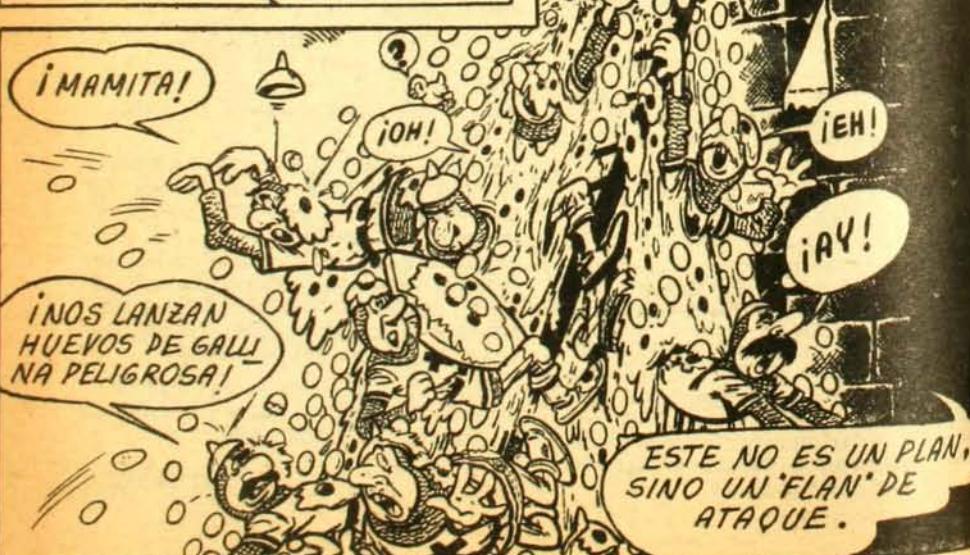
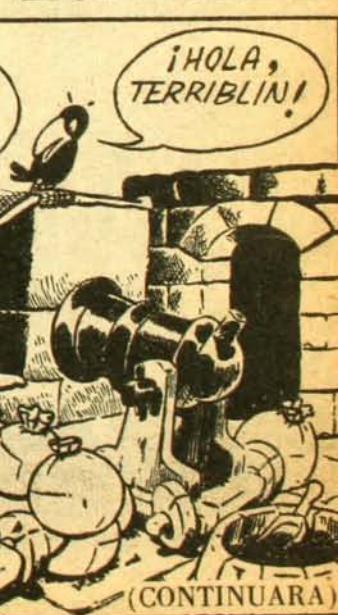
ELIANA AGUILAR GALLARDO, SONIA HERRERA.—De todas las provincias nos llegan entusiastas felicitaciones por esta pequeña gran revista "SIMBAD", y elogios por los dibujos de Nato y Elena Poirier. El FANTASMITA ha resultado muy popular y gracioso. ¿No tienen ustedes miedo a los duendes?

LUIS PAVEZ.—Esperamos que mejore su salud. Un buen remedio es la lectura de "SIMBAD".

ROXANE.

El fantasma

EL ÚNICO DEFENSOR DEL CASTILLO ES TERRIBLIN, EL FANTASMITA, QUIEN BUSCA UN ARMA PARA EL CONTRATAQUE. EN EL ARSENAL NO ENCUENTRA NI UNA BALA PERDIDA, PERO EN LA COCINA...



(CONTINUARA)



EL CORSARIO

CAPITULO

NEGRO

RUTA DE FUEGO



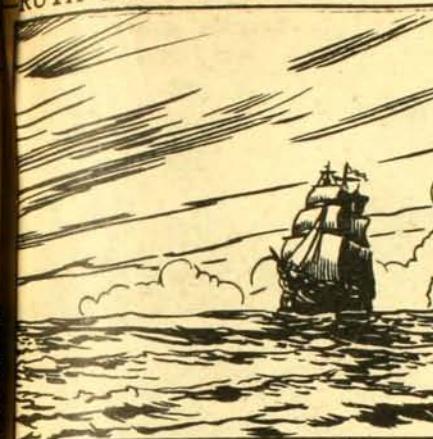
Quedad tranquila.
Nadie os molestará
en mi ausencia.



1. El Corsario Negro, aliado con el pirata Pedro Nau, realizaría una incursión contra Maracaibo, para vengarse del gobernador Van Guld. En la isla de la Tortuga dejó, bien custodiada, a Gracia, hija de Van Guld. Las naves de los filibusteros levaron anclas, mientras el viento agitaba la enseña de la calavera.



2. "El Rayo" navegaba a la vanguardia. En el puente, observando con sombría mirada el horizonte, permanecía inmóvil el Corsario Negro. Sus pensamientos debían de ser tormentosos, a juzgar por la expresión de su semblante. "—¡Barco sospechoso a babor!", anunció el vigía, desde la gavia.



3. "—Gaviero —preguntó el Corsario Negro—, ¿es español ese barco?" "—Sí, comandante", fué la respuesta. Los ciento veinte filibusteros que formaban la tripulación de "El Rayo" se situaron en sus puestos. Un relámpago de sombría luz iluminaba los ojos del corsario.



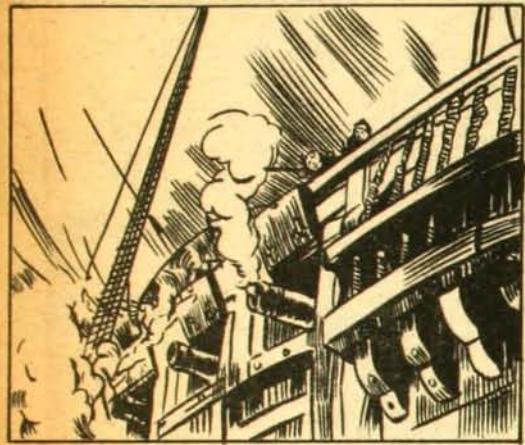
4. Pedro Nau rugió desde el puente: "—¡Por Belcebú! Yo me encargaré de ese barco apestoso. Dejádmelo a mí, amigo." El Corsario Negro asintió con un gesto. El navío de Nau avanzó entonces solo. "—¡Rendíos sin condición, bergantes!", volvió a aullar el pirata. La respuesta no tardó.

¡Dispuestos para
virar de bordo!

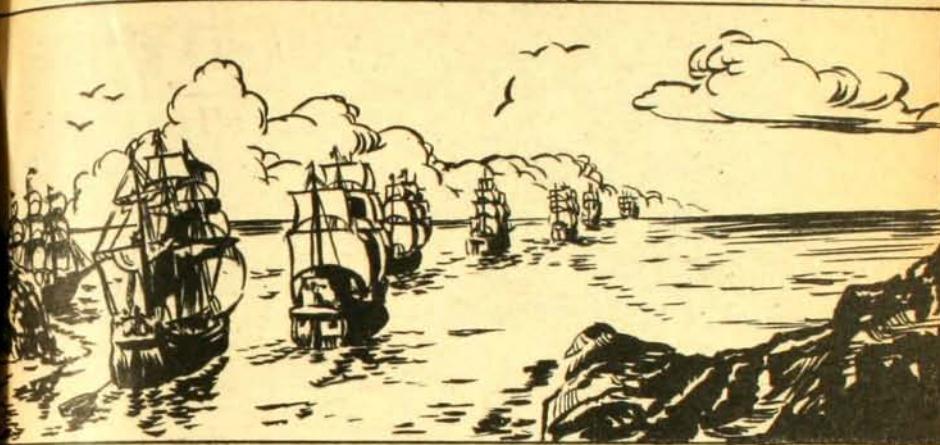


EL CORSARIO

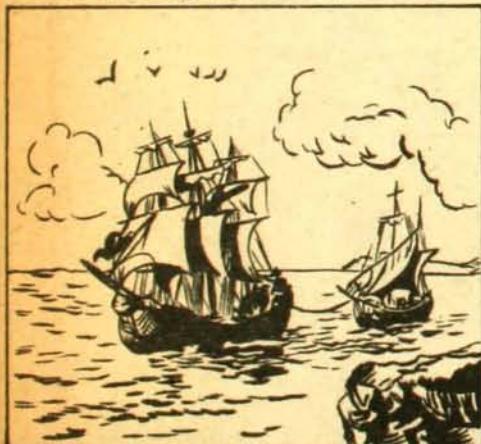
NEGRO



5. Los españoles habían izado su bandera en el palo mayor, lo cual significaba: "La batalla será sin cuartel". La cubierta y parte de la arboladura se iluminaron rápidamente con el primer fogonazo y luego el infierno pareció desencadenarse en el mar. El barco español fué vencido.



7. La flota pirata prosiguió su ruta. Los tripulantes de "El Rayo" murmuraban, observando a su capitán: "—¡Parece un espectro! El odio lo atormenta más que nunca." Pero no sólo el rencor inextinguible hacia Van Guld agitaba el corazón del Corsario Negro.



6. La nave, saqueada y desarbolada, sin recursos para defenderse ni subsistir en el mar, fondeó en una solitaria bahía, yendo al remolque de su vencedor. Los sobrevivientes pudieron desembarcar, porque el sombrío capitán filibustero había gritado: "—¡El Corsario Negro vence, pero no asesina!"



8. El recuerdo de Gracia Van Guld lo perseguía. En vano intentaba olvidar los ojos azules y puros, la suave sonrisa, la figura grácil. "—Estoy maldito —murmuró—. ¿Cómo puedo pensar en ella, si mis hermanos, el Corsario Rojo y el Corsario Verde, claman venganza? Ya estamos cerca de Maracaibo."



(CONTINUARA)



Los PRINCIPIES FUGITIVOS

CAPITULO VIII.— Nueva traición de Lulú Milstein.

La puerta de la habitación comenzó a entreabrirse, y Rosalinda experimentó tal

miedo que dejó caer al suelo su peineta. Este ruido tal vez atemorizó a la persona que pretendía entrar. La puerta volvió a entornarse con todo sigilo.

Rosalinda dominó su pánico y corrió al pasadizo alcanzando a divisar la silueta del mayordomo, que se escurría en la penumbra.—Ese mayordomo —murmuró Rosalinda— tiene una fisonomía que yo conozco. ¿Dónde lo he visto? ¿Será un espía? Seguramente lo es, ya que ha tratado de introducirse en nuestro dormitorio. No obstante, Rosalinda dominó su inquietud y bajó con los dos príncipes al salón, donde les aguardaban los bondadosos condes de Silvester.

Igor y Anita, bien lavados y peinados, se veían preciosos y todo el mundo celebró a los pupilos de Rosalinda.

La joven institutriz buscó una ocasión para comunicar sus inquietudes al conde Silvester. Por fin pudo llegar hasta la sala donde el anciano escribía una carta.

—Señor conde —balbuceó Rosalinda con timidez—, debo comunicarle algo confidencial y secreto.

—Habla, hija mía —respondió Silvester cerrando todas las puertas de la sala.

RESUMEN.—La invasión del reino de Sovinia por los cracianos obligó a huir a los príncipes Igor y Anita en compañía de su intrépida institutriz Rosalinda. Les protege el joven Ricardo Zanetta, pero tienen por temible enemiga a Lulú Milstein. Los fugitivos han llegado al castillo del conde Silvester como refugiados...

—Esos dos niños que yo llamo Tadeo y Serapia —dijo Rosalinda— son los príncipes Igor y Ana de Sovinia. Huí con ellos cuando los cracianos invadieron el palacio real... Yo era la institutriz de los pequeños fugitivos.

El conde Silvester estrechó las manos de la valiente niña y murmuró con trémulo acento:

—Estoy orgulloso de ti, Rosalinda Nelson, y más aún ahora que el destino permite que yo brinde hospitalidad a nuestros príncipes. Aquí están en seguridad. Nadie conocerá vuestro secreto.

—Sin embargo, hay aquí una persona de quien yo sospecho —dijo Rosalinda—. Su mayordomo Manuel parece espiarnos.

—No lo crea —indicó el conde Silvester—. Manuel es también un refugiado que solicitó hospitalidad en mi castillo. Es un buen muchacho.

Rosalinda no deseaba otra cosa que disipar sus zozobras, y con el corazón tranquilo bajó al *hall*, donde la esperaban Carlo Pacini y otros artistas del circo. Igor y Anita estaban en su elemento, cantando y danzando con los cómicos circenses.

—Doctor Pietro —decía Igor al prestidigitador—, hágale otra prueba a Maclovia. Verás tú, hermanita. Saca palomas de su pañuelo.

—¿Por qué están ustedes aquí? —preguntó poco después Rosalinda a Pacini.

—Los cracianos no nos permitieron salir. Sólo mi mujer y otros compañeros han llegado a Helvecia.

—Maclovia, ven —interrumpió el impetuoso Igor—, Tony y Pietro proponen que esta noche demos una función teatral a los condes de Silvester.

—Magnífica idea —expresó Carlo Pacini—.

Inmediatamente prepararemos algunos números novedosos, y tú, Maclovia, mi artista genial, ofrecerás una de tus lindas comedias con los chicos.

Los condes de Silvester ordenaron la iluminación de las terrazas, e invitaron a todo el personal del castillo.

La pantomima feérica de Rosalinda, Igor y Anita mereció los aplausos de la concurrencia. Los refugiados lloraban de alegría, olvidando la pérdida de sus bienes y de sus hogares.

LULU MILSTEIN.



De súbito, Rosalinda, que estaba afirmada en la baranda de la terraza, divisó luz en la habitación que le habían señalado en el castillo y una sombra que se dibujaba por entre los vidrios.

—Otra vez el mayordomo registrando mi habitación —murmuró Rosalinda.

Sin perder tiempo, la joven subió la escalera, pero ya el mayordomo no estaba en el cuarto.

Rosalinda preguntó a una camarera cuál era la habitación del mayordomo, y, como se la indicaran, bajó al primer piso, y sin vacilar entró en el aposento del mayordomo Manuel.

Nadie había allí, pero las miradas de Rosalinda se posaron en un gran retrato que estaba sobre la mesa. Era la fotografía de un hombre joven, sin bigotes y cabello negro.

—¿Cómo no lo reconocí antes? —exclamó Rosalinda, examinando más de cerca el retrato—. Manuel, el falso mayordomo, es el amigo y cómplice de Lulú Milstein. Las patillas y bigotes le desfiguran. ¡Dios mío! Estamos perdidos.

Su espanto fué tal, que permaneció cómo petrificada. Ahora comprendía el espionaje del amigo de Lulú Milstein.

—Ya no estamos seguros en este castillo —murmuró Rosalinda—; pero yo lucharé hasta el fin y el conde Silvester me ayudará. Estoy prevenida, lo cual me da armas para defenderme.

La institutriz volvió a la terraza, decidida a vigilar los pasos del villano espía.

El día siguiente fué de relativa tranquilidad para Rosalinda. Los príncipes Igor y Anita salieron a bogar al río en compañía del conde Silvester y Carlo Pacini. El bondadoso anciano había preparado un juego de regatas en el lago. Igor y Anita remaban en una diminuta canoa seguidos de cerca por Rosalinda y Carlo Pacini.

Esa noche los príncipes se durmieron felices pensando en las entretenciones que el conde Silvester les prepararía para los días siguientes.

Dormían ya los príncipes cuando la doncella fué a comunicar a Rosalinda que el conde Silvester deseaba conversar con ella. La joven no se atrevía a dejar solos a sus pupilos, y pidió a la doncella que acompañara a sus hermanos mientras ella bajaba al primer piso.

—Aquí me quedaré, señorita, y no se preocupe por los niños —ac-



Rosalinda comunicó su secreto al conde y a la condesa de Silvester.

cedió la doncella—; ya el conde y la condesa me habían ordenado que permaneciera junto a ellos durante su ausencia.

El conde y la condesa Silvester esperaban a Rosalinda en un salón privado.

—Rosalinda Nelson —dijo el conde—, he compartido el secreto con mi esposa, y espero que tú aprobarás mi proceder.

—Por cierto— indicó la niña—. La señora condesa será una buena aliada en nuestra misión.

—Además, hay otro amigo que viene en camino y que será nuestro guía en la frontera de Helvecia —añadió Silvester—. Es un miembro de nuestro Servicio Secreto, y, aunque muy joven, su pericia y astucia rivalizan con su valor. Confiados a Ricardo, nada tendrán que temer.

—¿Se refiere usted, señor, a Ricardo Zanetta? —preguntó Rosalinda, con viva sorpresa.

—Sí —respondió Silvester—. ¿Le conoces, hija mía?

—Es mi más querido amigo —explicó Rosalinda—. Ricardo nos ayudó a huir del palacio de Sovinia, y, yo, a mi vez, le proporcioné una lima para que se evadiera de su prisión en Capro. Será muy grato volverle a ver.

—Zanetta les conducirá a Helvecia por caminos seguros —declaró Silvester—. Irán en compañía de Carlo Pacini y sus artistas.

Rosalinda y los condes de Silvester continuaron conversando hasta avanzadas horas de la noche y forjando un plan para la partida del día siguiente.

Para volver a su dormitorio, Rosalinda debía pasar por la terraza con vista al jardín. De súbito, sus miradas se fijaron en una silueta inclinada que salía por la puerta de servicio.

—El mayordomo Manuel —exclamó Rosalinda—. Voy a seguirle. Manuel caminaba de prisa por las avenidas del bosque.

Rosalinda fué siguiéndole de árbol en árbol y arrojándose al suelo cuando Manuel se detenía. De pronto el traidor lanzó un silbido,

y al punto surgió de un extremo del bosque una sombra humana. Era la pérvida Lulú Milstein. Decidida a escuchar la entrevista de sus enemigos, Rosalinda se ocultó entre las breñas a pocos pasos de distancia.

—¿Has descubierto algo nuevo?

—interrogó Lulú a su cómplice.

—Maclovia Nelson y los dos chicos están en el castillo del conde Silvester —comunicó Manuel—.

Llegaron antenoche con un grupo de refugiados.

Pero eso no es lo más importante. Maclovia no se ha rapado a esos chicos... Adivina quiénes son ellos... Adivina quiénes son esos chicos tan lindos que nosotros creíamos víctimas de esa muchacha.

—No lo sé —dijo Lulú—; pero de ninguna manera son sus hermanos. Eso se advierte a primera vista.

—Son los príncipes de Sovinia —declaró Manuel con gran énfasis—. El príncipe Igor y la princesa Ana de Sovinia. Gran sorpresa para ti, Lulú.

Lector

¡SUSCRIBASE A
SIMBAD

Y SE EVITARA MOLESTIAS!

Decídase hoy mismo, y de una vez y para siempre tome el MEJOR CAMINO: suscribase a esta revista aprovechando el espléndido "SERVICIO DE SUSCRIPCIONES" que la Empresa Editora Zig-Zag, S. A. ha creado precisamente para que NUNCA falte a usted su revista favorita, que de este modo llegará a sus manos con la debida oportunidad y en su propio DOMICILIO u OFICINA.

Envíenos su CHEQUE o pida telefónicamente la visita de uno de nuestros agentes de SUSCRIPCIONES.

Valor de la suscripción a SIMBAD

ANUAL

(52 ediciones)

\$ 490.—

SEMESTRAL

(26 ediciones)

\$ 250.—

EMPRESA EDITORA ZIG-ZAG, S. A.

Casilla 54-D

Santiago de Chile



Rosalinda fué siguiendo al espía de árbol en árbol.

—Tu descubrimiento vale una fortuna, Manuel. Esta misma noche me comunicaré con los soldados cracianos y les diré que acudan al castillo de Silvester en busca de los príncipes.

—Lulú, eso no se puede hacer —protestó Manuel—. Recuerda que nosotros somos sovinianos. No podemos delatar a nuestros príncipes reales. Sería una traición a la patria.

—Ya se acabó Sovinia —exclamó la malvada muchacha—, y ahora tenemos que servir al invasor, o sea, al triunfador. Allá ellos... Carlo Pacini me la pagará. El me arrojó de su circo, y estoy sin trabajo y sin dinero... Los cracianos me darán una buena recompensa... Eres mi cómplice, y tendrás que obedecerme. En el acto voy a efectuar la denuncia al cuartel de los cracianos.

Rosalinda no quiso escuchar más, y, poseída de pánico, corrió hacia el castillo. Era demasiado tarde para dar parte al conde Silvester de su descubrimiento. Sabía que Ricardo Zanetta debía llegar al castillo al día siguiente, pero era posible que Lulú Milstein se adelantara y trajera a los soldados cracianos antes de que llegara su salvador.

Apenas despuntó el alba, Rosalinda se vistió y fué a golpear a la puerta del conde Silvester.

—Nos han descubierto —murmuró Rosalinda—, a los príncipes y a mí. Su mayordomo Manuel es un espía de los cracianos. Le sorprendí en una cita con la muchacha que antes me había perseguido. Ambos han ido en busca de los soldados cracianos.

(CONTINUARA)

Ponchito

por nato

¡OH, ME EQUIVOQUE!



¿ QUIEN ME PRESTA
GOMA DE BORRAR?



¡ YO SEÑORITA!
¡ YO SEÑORITA!



¡ AQUI TIENE!
¡ TOME!



¡ INSOLENTE ! TE CASTIGARE
POR ATREVIDO



¡ PERO SEÑORITA...



... YO SIEMPRE BORRO CON
MI OJOTA DE GOMA !



NATO.

LA HIJA DE LAS ISLAS



CAPITULO VII.—Rodeada de enemigos.

Jim y Akena quedaron unidos por las leyes de una isla del mar del Sur. Ignoraban cuál era la religión, el nombre de esa isla y las costumbres de sus habitantes, pero debieron obedecer a los sacerdotes del templo de Hanavave (las Vírgenes).

Si se hubieran negado a casarse, según los ritos nativos, Akena hubiera sido sacrificada a la diosa.

Terminada la ceremonia, los insulares no se preocuparon más de ellos. Les proporcionaron una cabaña y los rudimentarios objetos que ellos usaban, e invitaron a Jim a la pesca de perlas.

En cada botanga (barca) iban dos nativos. Uno de ellos descen-

Jim encendió una
gran fogata.



día buceando, sin más protección que la que podía brindarle el compañero de piragua. Este seguía desde arriba sus evoluciones a través de una caja de madera con fondo de cristal, por donde podía observar cuánto ocurría en las aguas transparentes.

A veces una aleta negra y triangular rasgaba el mar, y de inmediato cundía la alarma:

—¡Los tiburones!

El pescador de perlas era izado rápidamente.

Jim se sumergió también, porque advirtió las miradas aten-

tas de los maoríes. ¿El hombre blanco tenía miedo?, parecían decir aquellas miradas penetrantes.

Solamente logró extraer unos gramos de nácar, pero los nativos ya no seguirían dudando de su valor.

Al atardecer, cuando se reunió con Akena, sonrió:

—Sólo he estado una noche y un día en esta isla, pero me parece que han transcurrido años desde que la tempestad nos lanzó a la playa. Contemplaba distraídamente el horizonte y de pronto su rostro se puso rígido.

—Un barco —musitó, incrédulo.

En efecto. La silueta de un navío se delineaba contra el cielo. Jim reunió leña seca y encendió una fogata. Akena buscó también ramas para alimentar el fuego. Esperaban ansiosamente que la señal fuera vista.

Akena estaba pálida. Jim guardaba silencio y los rasgos de su semblante se veían tensos.

Por fin advirtieron que el barco enfilara hacia la isla.

—¡Gracias a Dios! —exclamó el joven.

Un bote tripulado por marineros surcaba la plácida ensenada. El oficial les saludó y dijo:

—Vimos el fuego y vinimos a investigar. El huracán nos desvió de nuestra ruta.

Los indígenas acogieron amistosamente a los marine-



El oficial de marina les saludó.



ros y no se opusieron a la partida de Jim y de Akena. Horas después, el médico de a bordo, luego de examinar a Jim, dictaminó:

—La pérdida de su memoria puede ser temporal. No hay señales de lesión. Usted es, sin duda, americano. Le aconsejo desembarcar en Nueva York. Tal vez allí encuentre huellas de su pasado, y alguna imagen, un nombre, una frase, pueden sacudir su memoria, devolviéndole la noción de su vida anterior.

Akena se sentía aterrada a bordo. Una camarera le dió ropas sencillas. Las elegantes damas que viajaban en aquel barco le diri-

Los pasajeros dirigían miradas burlonas a Akena.



ros celebraría en su isla. Dicen que con ella venía un león, que ahora está encerrado en la bodega.

En efecto, el leoncillo Taio viajaba también en aquel elegante barco, donde su ama era víctima de la envidia y las críticas más crueles.

Akena buscaba consuelo junto a su fiel amigo.

—Taio —susurraba, abrazándolo—, ¿por qué abandonamos nuestra isla Tahoá, donde todos nos amaban y eran leales? Si Banaba estuviera aquí...

Sonrió entre sus lágrimas, pensando en la reacción que hubiera

—Yo la vi cuando la subieron a cubierta —oyó decir—; es, sin duda, una salvaje. Usaba un sarong floreado.

—No puede negarse que es muy bella —terció un lánguido viajero—. Pienso que vestida con el sarong luciría como una princesa nativa.

—¡Estupideces! —protestó una dama, ofendida por aquel elogio a Akena—. Aunque sea hija de un reyezuelo negro, es una salvaje. Quizás qué ritos bárba-

tenido el joven jefe isleño al verla rodeada de aquellos enemigos refinados y burlescos. Las insolentes sonrisas serían reemplazadas por una expresión de terror ante la fría cólera del nativo. El isleño era habitualmente sereno y moderado, pero cuando se enfurecía, hasta el más temerario temblaba en su presencia. Y de seguro los pasajeros del "Babilonia" no eran temerarios. Huirían en desbandada ante la lanza de Banaba.

Unos pasos firmes resonaron de pronto, y Akena vió detenerse ante ella la alta figura de Jim.

—¿Qué haces aquí, sola? —preguntó él con suavidad.

—Sola? Estoy junto a mi único "taio".

El nombre del leoncillo significaba "amigo" en el lenguaje de Tahoa.

—¿Y yo? —protestó Jim, alzándola en sus brazos—, ¿no quieres considerarme como un amigo, entre tantos desconocidos, que te miran con curiosidad y malevolencia?

—Ah, ¿lo has advertido, Jim?

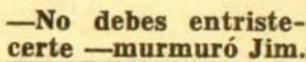
—Sí; pero no debes tristearte. Ignora la presencia de toda esa gente, y piensa sólo en el instante en que descubra mi identidad. Entonces nos casaremos y podremos desafiar juntos al mundo que ahora nos hostiliza.

(CONTINUARA)

—Taio, ¿por qué abandonamos nuestra isla Tahoa?



—No debes tristearte —murmuró Jim.





GRAN CONCURSO

Standard Electric

DISCOS

pulgarcito

Y SIMBAD

"la mejor revista infantil".

Contesta a esta pregunta: ¿Quién es el autor y cómo se llama la obra cumbre de la literatura española?

Envía tu respuesta a casilla 84-D, INCLUYENDO EL CUPON, y podrás participar en el Gran Sorteo Semanal de 12 Discos PULGARCITO, irrompibles, en bellísimos colores, con temas infantiles. Además, se sorteará UN REGIO TOCADISCOS, Suscripciones a SIMBAD, Libros y Premios en DINERO...

Distribuidores exclusivos

Standard SE Electric

Reservado por el prestigio

Técnico mundial de la



Un producto

SHYF

Solución a "SIMBAD" 267: La mejor revista infantil chilena es "SIMBAD", y su directora es Elvira Santa Cruz (ROXANE).

Entre los lectores que enviaron soluciones exactas resultaron sorteados los siguientes: CON UN TOCADISCOS STANDARD ELECTRIC: Pedro Vera, Concepción. CON UN SOBRE DE TRES DISCOS: América Mondaca, Santiago. CON UN DISCO PULGARCITO: Nelson Soto, Angol; Sergio Osorio, Santiago; María Flores, Angol; Humberto Valenzuela, Valdivia; Amador Sánchez, Santiago; Luis Adasme, Molina; Lily Rabdil, Santiago; Inés Bravo, Osorno; Juan Antonio Saavedra, Santiago. CON UNA SUSCRIPCION TRIMESTRAL A "SIMBAD": María Larenas, Los Angeles; Margarita Troncoso, Purén; Adriana Barrientos, Concepción; Ledda Valdés, Contulmo; M. Cristina Michel, Traiguén; Hortensia Fuenzalida, San Fernando. CON \$ 50: Angélica Lavín, Ranca-gua; Víctor Aguirre, Angol; Miguel Jiménez, Loncoche; Rodrigo Arroyo, Santiago. CON UN LIBRO: Ema Villarroel, Los Andes; Orlando González, Angol; Lupita Fuentes, Valparaíso; Antoinette Boulet, Santiago; María Iribarra, Lota Bajo; Ignacio Miranda, Santiago; Patricio Paroto, Chimbarongo; Alicia Rojo, Santiago; Clemente Fernández, Valparaíso; M. Cristina Olivares, Santiago.

CUPON DEL
CONCURSO
Semanal

Standard SE Electric

SIMBAD N.º 269

Juan y Juanita



3. Ricardini, uno de los actores adultos, observó con desprecio al elenco juvenil. "—¿Ustedes son las estrellitas en pañales?", pre-guntó burlonamente. El director anunció: "—Escena N.º 104". En ese episodio, Juan debía luchar contra un buscador de oro, que era interpretado por Ricardini.



4. Los maquilladores prepararon a ambos artistas. Ricardini quedó convertido en un hombre de aspecto patibulario. La lucha se desarrollaría al borde de un precipicio. Juan advirtió que Ricardini actuaba con demasiada brusquedad, obligándolo a retroceder peligrosamente. "—¡Cámara!", gritó el director.

(CONTINUARA)

PELUSITA

POR NATH



EL CORSARIO NEGRO

\$ 10.-

N.º 270

SIMON SIMBAD



Juan y Juanita

CAPITULO XLVIII.—LOS PROTEGIDOS DE BOZAMBO



1. Juan, Juanita, Mincho y Tilín habían sido contratados por el productor de cine Samuel Fox. Filmaban en África y el actor Ricardini, que demostraba hostilidad a los pequeños artistas, exageró su actuación y, de un violento golpe, hizo rodar a Juan por un barranco. “—¡Corten!”, gritó el director, alarmado.



2. Las cámaras se detuvieron, mientras todos observaban con horror la caída de Juan. En seguida se organizó el salvamento. Ricardini se disculpaba: “—No medi mis fuerzas, señor Fox. Ese muchacho es un alfeñique”. Fox no respondió, conteniendo su ira.

(Continúa en la penúltima página.)

Simbad

AÑO VI — 3-XI-1954 — N.º 270

Directora: Elvira Santa
Cruz (Roxane)

Suscripción anual: \$ 490.—

Semestral: \$ 250.—

Recargo por vía certificada:
Anual: \$ 21.— Semestral: \$ 11.—

Extranjero:

Anual: U.S.\$ 2,10

Semestral: U.S.\$ 1,05

Recargo por vía certificada:
Anual: U.S.\$ 0,20
Semestral: U.S.\$ 0,10

CAPITULO LIV y
FINAL.—La confe-
sión de Gonzaga.

Enrique de Lagardere había sido sentenciado a muerte. La princesa de Gonzaga estaba convencida de su inocencia y a fin de rehabilitarlo ante todos aceptó que en el camino hacia el cadalso el condenado se detuviera en la iglesia de Sainte-Magloire para que se desposara con Aurora de Nevers.

—¿No puede intentarse nada más para salvaros? —exclamó la princesa.

Lagardere contestó:

—El tribunal de familia se reúne a las ocho. Yo estaré a esa hora muy cerca de allí. Si pudiérais conseguir que fuese introducido en la sala...

La viuda de Nevers asintió en silencio.

Y esa noche, en el gran salón de palacio, dijo en voz baja al rey:

—Vuestra Alteza Real no se ha dignado recibir mi mensaje.

El jorobado

Gonzaga quemó el
pergamino.



La expresión de asombro en los ojos de Felipe de Orleáns le reveló que aquel mensaje había sido interceptado. En un gesto involuntario, miró al príncipe de Gonzaga, que fingía ordenar sus papeles sobre la mesa.

—Dirigí a Su Alteza Real una humilde súplica.

—¿Qué reclamávais, señora? —inquirió Felipe de Orleáns.

—Supliqué a Vuestra Alteza Real que aquí mismo, en el palacio de Nevers, donde estamos, ante el jefe del Estado, ante esta ilustre asamblea, oiga el condenado, de rodillas, la lectura de su sentencia.

Gonzaga ocultó su sorpresa. La princesa mentía. El lo sabía muy bien, puesto que la carta se hallaba en su bolsillo. En ella, Aurora de Caylus declaraba al regente la inocencia de Lagardere. ¿Por qué esta mentira? Gonzaga sintió ese frío que produce la sensación de un peligro terrible y desconocido. El abismo estaba allí, pero, ¿dónde? Un movimiento podía traicionarle. Advertía todas las miradas fijas en él. Con un poderoso esfuerzo conservó su calma y esperó.

Los consejeros vacilaban. Traído por el viento, se oyó el toque de agonía de las campanas de la Santa Capilla.

—Me dirijo a Su Alteza Real —insistió la princesa—. La justicia ha empleado veinte años en encontrar al asesino de Nevers y no me consideraré satisfecha hasta que no haya visto la mirada severa de nuestros antepasados contemplando desde esos cuadros al culpable, vencido, humillado, ¡castigado!

En la calle se elevaba un confuso clamor.

—El condenado no está lejos —pronunció la viuda de Nevers. El regente llamó al marqués de Bonnivet y le dijo algunas palabras en voz baja. Bonnivet se inclinó y salió. La princesa había vuelto a sentarse. Gonzaga paseaba por la asamblea una mirada en apariencia tranquila. Pero sus labios temblaban y sus ojos ardían. Se oyó ruido de armas en la antesala.

Cuando apareció Lagardere, hermoso y sereno, rodeado de soldados, se percibió un largo murmullo entre los asistentes. El prisionero fué conducido al pie del tribunal y el escribano leyó la sentencia de muerte:

“...Oído el acusado, los testigos y el abogado del rey; vistas las pruebas y los antecedentes, la cámara condena a Enrique de Lagardere, que se dice caballero, convicto de asesinato sobre la muy alta persona del príncipe de Lorena y Elbeuf, duque de Nevers:

1º, a la mutilación de la mano derecha ante la tumba del antedicho príncipe, en el cementerio de la parroquia de Sainte-Magloire; 2º, a que la cabeza del dicho Lagardere sea cortada por la mano del verdugo en el patio de la prisión de la Bastilla..." Cuando hubo concluído la lectura, el regente preguntó a la princesa:

—¿Estáis satisfecha, señora?

Ella se levantó con tal violencia que inconscientemente Gonzaga la imitó, como un hombre que se pone en guardia.

—¡Hablad, Lagardere! —exclamó la princesa con indescriptible exaltación—. Hablad, hijo mío.

La asamblea entera se conmovió. El regente preguntó a Gonzaga:

—¿Tiemblas, Felipe?

—¡No, por Dios! —contestó el príncipe, con arrogante insolencia—. Ni hoy, ni nunca.

Felipe de Orleáns se dirigió a Lagardere:

—¡Hablad!

—Alteza —pronunció el condenado, con voz tranquila—, la sentencia que pesa sobre mí no puede ser revocada. Vuestra Alteza no tiene derecho a otorgarme gracia, ni yo la quiero. Pero Vuestra Alteza tiene el deber de hacer justicia, y yo quiero justicia. La asamblea escuchaba, palpitante de ansiedad.

—Juré que haría brillar mi inocencia ante todos, desenmascarando al verdadero culpable. Aquí estoy para cumplir mi juramento.

asesino de Nevers
yó bajo la espada
vengadora.



Gonzaga tenía en la mano el pergamo cerrado con el triple sello de lacre rojo. Esa era su defensa.

—Monseñor —dijo con brusquedad—, me parece que la comedia ha durado ya mucho. Sufrir que semejante miserable venga sin testigos ni pruebas...

Lagardere dió un paso hacia él.

—Tengo mis testigos y mis pruebas.

—¿Dónde? —exclamó Gonzaga, y sus aceradas pupilas recorrieron la sala.

—No busquéis. Mis testigos son dos: el primero sois vos.

Gonzaga intentó una sonrisa de lástima.

—El segundo está en la tumba —concluyó Lagardere.

—Los que están en la tumba no hablan —repuso el príncipe.

—El muerto hablará. En cuanto a las pruebas, están ahí, en vuestras manos, señor de Gonzaga. Mi inocencia está dentro de ese pliego sellado. Os habéis apoderado de ese pergamo sin saber que es el testimonio que ha de perderos, y ya no podéis deshaceros de él, porque pertenece a la justicia. Para procuraros esa arma, que va a volverse contra vos, habéis entrado en mi casa como un ladrón, vos, el príncipe de Gonzaga.

—Monseñor —clamó el acusado—, imponed silencio a ese desgraciado.

—¡Defendeos, príncipe! —desafió Lagardere con voz vibrante—. Nos dejarán hablar a vos y a mí, porque la muerte está entre vos y yo.

Gonzaga cogió el pergamo que durante un momento había dejado sobre la mesa.

—Ya es tiempo —continuó Lagardere—. Levantad los sellos... ¿Por qué tembláis? No hay más que una hoja de pergamo, el acta de nacimiento de la señorita de Nevers.

—Romped esos sellos —ordenó el regente.

Gonzaga no obedeció. Los sellos seguían intactos.

—¿Adivináis que hay algo más, verdad, príncipe? Voy a deciros lo que hay en el reverso de la hoja: tres líneas escritas con sangre. Es así cómo hablan los que están en la tumba.

Gonzaga se estremeció de pies a cabeza. Lagardere prosiguió:

—Dios ha querido que pasaran veinte años antes de que la acusación del vengador se elevara. Dios ha reunido aquí a las principales personalidades del reino, presididas por el regente de Francia. Ha llegado la hora. Nevers estaba junto a mí la noche

del crimen. Veíamos brillar las espadas de los asesinos y él trazó con su sangre las tres líneas acusadoras.

Las crispadas manos de Gonzaga parecían querer destrozar el pergamino. Lanzó al tribunal una mirada de espanto y luego acercó el pliego a la llama de un candelabro.

Enrique de Lagardere no hizo un solo gesto para impedirlo.

—¡Está quemándolo! —gritó uno de los presentes.

Un gran clamor se elevó y Lagardere, señalando los restos del documento que se consumían en el suelo, profirió:

—¡El muerto ha hablado!

—¿Qué había escrito? —preguntó el regente—. Decidlo pronto, se os creerá, porque este hombre acaba de denunciarse.

—Nada —respondió Lagardere—, ¿oís, señor de Gonzaga? He empleado la astucia y vuestra conciencia temerosa os ha hecho caer en la trampa.

Gonzaga desenvainó.

—¡Una espada, en nombre de Dios, una espada! —rugió Lagardere.

El regente, desenvainando la suya, se la entregó.

El acero real relampagueó bajo las luces. Gonzaga retrocedía. Era un buen esgrimista, pero conocía a Lagardere. Su rostro estaba cubierto de una mortal palidez. Intentó parar la estocada, pero aquél era un rayo que nada podía detener y el asesino de Nevers cayó bajo la espada vengadora.

Minutos después Aurora de Nevers se reunía con su madre y ella murmuró, esta vez con acento de alegría:

—¡Hijos míos!

Su mano pálida y enjovada unía las manos de su hija y las del caballero Enrique de Lagardere.



—¡Hijos míos! —exclamó la princesa.

FIN



SOLAK EL PERRO LOBO

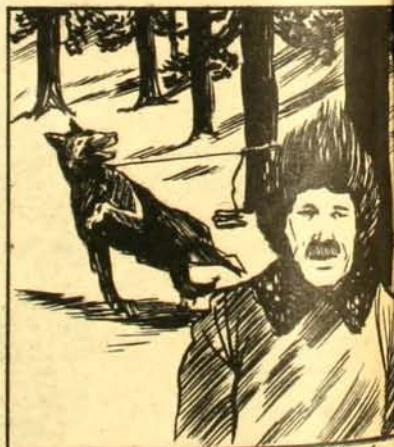
CAPITULO XII.—SOLA

S CAPTURADO



1. Solak se alejó de la factoría para dirigirse al bosque, donde una vez había imperado como rey de la manada de lobos. Al advertir que el hielo del río empezaba a quebrarse, lo atravesó velozmente, pues no deseaba quedar separado de Dalia Ken. No advirtió que su collar se desprendía.

3. El cazador corrió a dar la noticia a Marcos Farley, quien había ofrecido una recompensa por la captura de Solak. En ese instante, Dalia estaba tratando de defender a Solak, acusado de atacar al potrillo de Monina Farley. El rostro de Pierre Lacoste se contrajo en una mueca de triunfo. Solak estaba perdido.



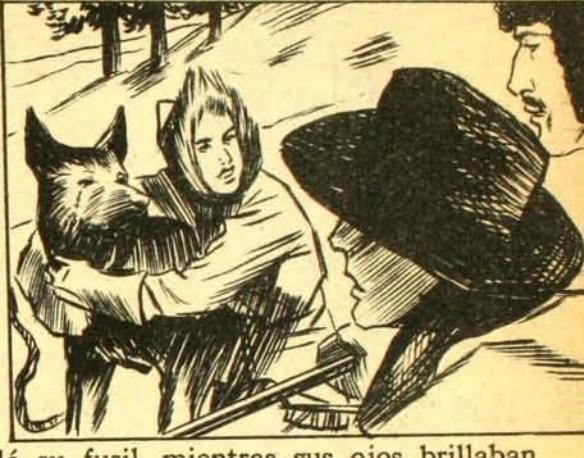
2. Ese extraño collar le unía a un pasado nebuloso y causaba la inquietud del cazador Pierre Lacoste. Un trámero vió al lobo y, no decidiéndose a tumbarlo de un tiro, lo laceó hábilmente, atándolo a un árbol. "—Este es el famoso lobo Solak —sonrió satisfecho—. He ganado el premio."



4. Pierre se apresuró a traer dos caballos, diciendo: "—Yo mismo tendré el placer de matar a esa bestia". Farley repuso: "—Tiene derecho a hacerlo porque Solak lo atacó". Dalia, con una exclamación de angustia, suplicó: "—Señor Farley, se lo ruego, no mate a Solak. Puedo probar que no es un lobo salvaje".

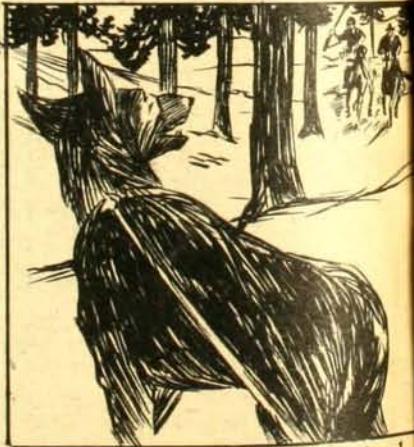


SOLAK EL PERRO LOBO



5. Farley respondió secamente: "—Yo tengo pruebas suficientes. Solak es una amenaza para todos". Dalia no pudo contener las lágrimas y el anciano Max murmuró: "—No te desesperes, hijita. Debes resignarte". Pero la niña, dominando su dolorosa emoción, se dispuso a acudir en auxilio del perro lobo.

7. Pierre Lacoste amartilló su fusil, mientras sus ojos brillaban con maligna alegría. Pero en ese instante el trineo de Dalia se acercó a una velocidad vertiginosa. Saltando sobre la nieve, la niña abrazó a Solak, diciendo: "—No permitiré que lo maten. Si disparas, Pierre, me herirás a mí primero".



6. No podía permanecer indiferente, mientras el noble animal caía bajo las balas de Pierre Lacoste. Sin vacilar saltó sobre un trineo, deslizándose por la pendiente. Mientras tanto, Farley y Lacoste, siguiendo otro camino, llegaban junto a Solak. Este gruñó al divisar a su mortal enemigo.

8. "—¿Qué sucede aquí?", preguntó alguien, inesperadamente. El sargento Blake, de la policía montada, observaba extrañado aquella escena. Efectuaba cada cierto tiempo una visita de inspección a la factoría. Dalia exclamó: "—¡Oh Rex! Tienes que defender a Solak. Es inocente. No es un lobo salvaje". (CONTINUARA)



Con el primer carlin,
el campesino sostenía
su casa.

EL CAMPESINO AVISPADÓ

—¿Quieres explicarme qué diablos has querido decir con eso de que te comes uno de los carlines, pones el segundo a rédito, devuelves el tercero y tiras el cuarto?

—Es muy fácil de adivinar, señor —replicó el campesino—. El primer carlín lo empleo en adquirir mi sustento; con el segundo alimento a mis hijos, que cuidarán de mí cuando yo sea viejo y no pueda trabajar; con el tercero mantengo a mi padre, que ahora descansa de sus fatigas, devolviéndole de esta forma lo que él hizo por mí, y el cuarto me sirve para proveer a las necesidades de mi mujer, por lo que es como si lo tirase, ya que no me produce el menor beneficio.

—Perfectamente —dijo el rey, satisfecho—. Veo que tenías mucha razón al expresarte como lo hiciste. Ahora, prométeme que no volverás a explicar tus enigmáticas palabras a nadie más hasta que hayas visto mi rostro durante cien veces consecutivas.

—Lo prometo, señor —contestó el campesino, solemnemente.

Hace ya muchísimo tiempo salió un rey a cazar por los bosques reales y galopando, encontró en el recodo de una vereda a un labrador que araba un trozo de terreno.

Al ver la pobreza de sus vestidos y el afán con que trabajaba, el soberano detuvo su caballo y le preguntó:

—¿Cuánto ganas al día, buen hombre?

—Cuatro carlines (moneda de plata antigua), señor —respondió el labrador.

—¿Y qué haces con ellos? —preguntó el monarca.

—Uno me lo como; el segundo, lo presto a interés; el tercero lo devuelvo, y el cuarto lo tiro.

La respuesta produjo extraña impresión en el rey, que después de alejarse con ánimo de no continuar preguntando, no pudo resistir la curiosidad y regresó diciendo:

El monarca, complacido en extremo, regresó al galope a su palacio, y cuando se hallaba sentado a la mesa, rodeado de sus ministros, dijo de repente:

—Quiero poner a prueba vuestro ingenio. A ver quién de vosotros es capaz de encontrar solución a esta adivinanza: Un campesino gana cuatro carlines al día; se come el primero, el segundo lo presta a interés, devuelve el tercero y tira el cuarto. ¿Qué quiere decir esto?

Los ministros quedaron perplejos. En vano se devanaban los sesos para hallar solución al enigma. Ninguno fué capaz de descifrarlo.

Pero el primer ministro, mucho más astuto que sus compañeros, recordó que aquella misma mañana había visto al rey hablando con un campesino.

Inmediatamente montó a caballo y se dirigió al lugar en que el monarca había tenido su entrevista con el rústico, el cual estaba todavía labrando.

El ministro se aproximó a él y le dijo:

—Buen hombre, el Rey, mi señor, que ha estado hablando con vos esta misma mañana, me propuso una adivinanza que no tengo la menor duda de que se la habéis enseñado vos mismo. Se trata de cierto individuo que gana cuatro carlines al día y que se come el primero, presta a rédito el segundo, devuelve el tercero y tira



El padre del labrador descansaba de sus fatigas.

el cuarto. ¿Queréis decirme cuál es la respuesta?

—Lamento no poder revelárosla —contestó el campesino—. Prometí al rey que no lo haría hasta que viese su rostro durante cien veces consecutivas.

—Si no es más que eso —dijo el astuto ministro—, la cosa no presenta gran dificultad. Ahora mismo vais a ver cien veces el rostro de nuestro soberano.

Y sacando su bolsa extrajo de ella cien ducados de oro, cada uno de los cuales llevaba grabado el rostro del monarca. Los entregó al campesino, y éste, después de contemplar las relucientes monedas una a una, a tiempo que las contaba, se sintió relevado de su promesa y dijo:

—Ahora que he visto cien veces consecutivas la faz de nuestro soberano, estoy dispuesto a contestar a vuestra pregunta.

Y a renglón seguido explicó al ministro el significado de sus palabras.

El ministro se dirigió al palacio real y se presentó inmediatamente al monarca.

—Señor —dijo—, creo que he encontrado la solución al enigma que Vuestra Majestad nos expuso durante la comida.

El primer ministro encontró al rústico aún labrando.



—¿De veras? —respondió el Rey, sorprendido—. ¿Cuál es?
—El rústico a que os referíais empleó el primer carlín en comer él; el segundo, en dar de comer a sus hijos; el tercero, en nutrir a su padre, y el cuarto, en satisfacer las necesidades de su consorte.

El Rey, enojado, exclamó:

—¡No es posible que hayas encontrado tú solo la solución! ¿Me juras que no has hablado con nadie?

El ministro, avergonzado, confesó la verdad.

Entonces el Rey hizo comparecer al campesino a su presencia y le dijo:

—¡Bonita forma de cumplir una promesa! ¿No te comprometiste a no revelar a nadie el enigma de los carlines hasta que hubieses visto mi rostro por cien veces consecutivas?

—Sí, señor.

—¿Y cómo es que lo explicaste a mi primer ministro?

—Porque vuestro ministro, señor, me enseñó vuestro real rostro las cien veces convenidas. Vedlo por vuestros propios ojos.

Y mostró al rey la bolsa con los cien ducados recibida del astuto ministro.

El soberano, complacido por la agudeza de aquel hombre, le entregó una generosa recompensa que hizo al campesino rico hasta el fin de sus días.

Correspondencia

PERPETUO LABRA, IRMA GOMEZ. Se manifiestan encantados por el nuevo concurso que da premios en tocadiscos y discos Pulgarcito. Ya varios lectores de "SIMBAD" han obtenido valiosos premios.

HORTENSIA FUENZALIDA, FRANCISCO RUZ. Nos complace que tanto les agraden las seriales publicadas. Esperamos que el "Corsario Negro" les guste tanto como las otras novelitas.

HARRY TAPIA, MARIA VILLALOBOS. Gracias por sus elogios tan sinceros. Ya saben que nuestro mayor deseo es complacerles y darles alegría con esta pequeña gran re-

vista que es la favorita de todos los niños.

SEGUNDO TAPIA. Después de "Solitario Bill", tendrá como favorito al "Corsario Negro". Estamos ciertos que el cambio no le disgustará.

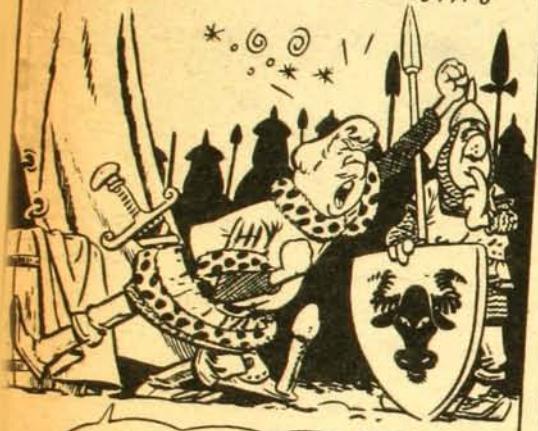
VICTOR FUENZALIDA, SILVIA TORQUIST. Estamos renovando completamente el material de "SIMBAD" y para complacerles habrá más seriales de cuadros.

DUVELL CONTRERAS, HECTOR VERA, CLARA LEIVA. Agradecen los premios de tocadiscos y dinero, que obtuvieron últimamente. Les felicitamos por su buena suerte.

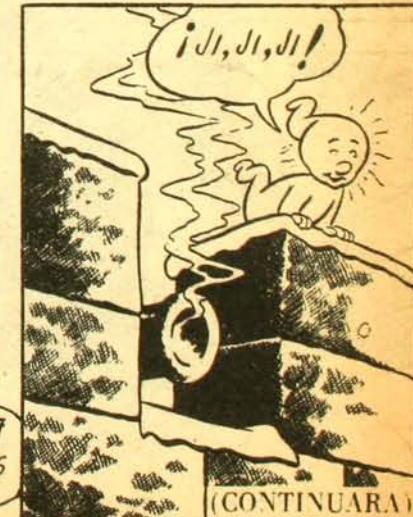
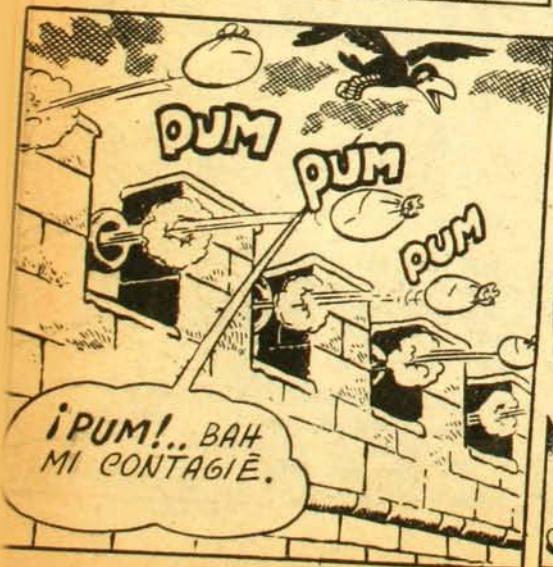
ROXANE

El fantasma

EL FANTASMITA RECHAZÓ A LOS HOMBRES QUE INTENTABAN ESCALAR LAS MURALLAS DEL CASTILLO. EL DUQUE DEL CHAPE SE SIENTE FURIOSO POR ESTA DERROTA.



ALESTALLAR LOS SACOS DE CARBÓN, LA SUERTE MÁS NEGRA SE ABATE SOBRE EL EJÉRCITO INVASOR.



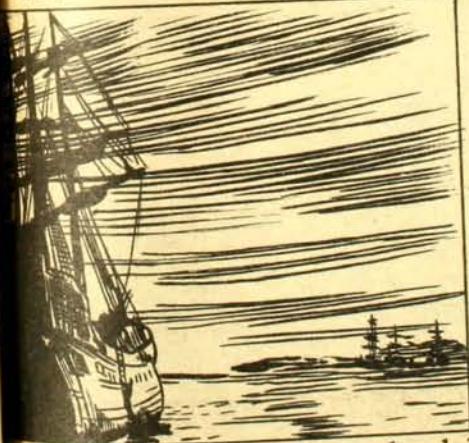
(CONTINUARA)

EL CORSARIO NEGRO

CAPITULO IV.



1. El Corsario Negro había jurado vengar a sus hermanos, que murieron en la infamante horca, por orden del gobernador Van Guld. La nave corsaria avistaría pronto las costas de Maracaibo. El filibustero bajó a su cámara y de pronto presintió una presencia extraña.



2. Una figura vaga se distinguía en la penumbra. El Corsario Negro desenenvainó el puñal, llamado por los españoles "de misericordia" y preguntó: "—¿Quién eres? ¡Habla o te mato!" La sombra se acercó, diciendo: "—Soy yo, caballero". El bucanero se estremeció. ¿Era posible que ella estuviese a bordo?



3. Ante su mirada incrédula y fascinada, surgió el dulce rostro de Gracia Van Guld. "—¿Debo suponer que me habéis seguido?" —murmuró—. ¿Puedo soñar que me queréis, aunque soy un corsario, aunque mi vida está marcada por el odio y la venganza?" La voz de ella apenas se oyó: "—Sí".

4. "—¿Cómo llegasteis a bordo?", continuó el Corsario Negro, conteniendo su emoción. Gracia refirió que, cuando la flota pirata se aprestaba a zarpar de la isla Tortuga, dos fieles marineros, del "Rayo", Van Stiller y Carmaux, la guiaron hacia el barco, vestida de grumete.



EL CORSARIO NEGRO



Comida para la amita blanca



5. El negro Moro también formaba parte del complot y llevaba alimentos a la joven. Ellos comprendieron, antes que el propio Corsario Negro, que amaba a Gracia Van Guld. Un pirata se presentó de pronto, anunciando: "—Comandante, ya avistamos el fuerte. ¿Cuáles son las órdenes?"

Comandante, esperan en cubierta. Quién es vuestro enemigo?



7. Gracia interrogó con ansiedad: "—¿Qué puerto atacarán vuestros hombres? Odiáis a alguien mortalmente, y no sé por qué tengo miedo de saber su nombre. Pero decidme..., ¿quién es vuestro enemigo?" El Corsario Negro contestó: "—¿Queréis saberlo? Pues oid esta historia."

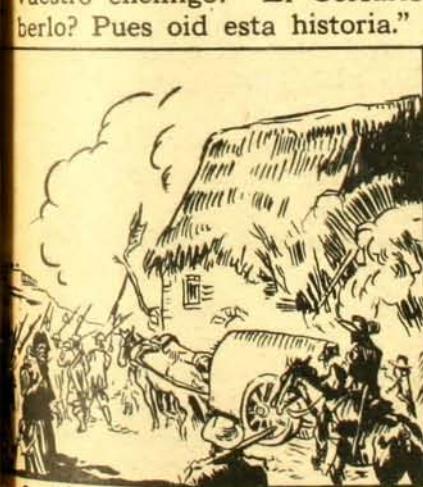
Al amanecer des- truiremos Maracaibo.



Presenciaréis una batalla terrible.



6. El bucanero se ausentó breves instantes y luego se reunió de nuevo con Gracia Van Guld. Una trágica determinación crispaba su semblante. "—Dentro de dos horas amanecerá y entonces libaremos una de las batallas más tremendas que hayan ocurrido en este golfo", dijo sombríamente.



8. "Había estallado la guerra entre Francia y España por la posesión de Flandes. Mis hermanos y yo luchábamos bajo las banderas de Luis XIV. Nuestros batallones se cubrieron de gloria en Escalda, Gante y Tournay. Un día los españoles cercaron a una parte del regimiento, en una vieja fortaleza."



(CONTINUARA)



Los PRINCIPIES FUGITIVOS

CAPITULO IX — Oportuno auxilio de Ricardo Zanetta.

—Es inconcebible la deslealtad de mi mayordomo Manuel —decía desesperado el conde Silvester.

—Parecía tan bueno y servicial —suspiró la condesa María.
—Sin embargo, es un espía de los cracianos —indicó Rosalinda—. ¿Qué haremos ahora, señor conde? Usted dijo que Ricardo Zanetta vendría hoy a llevarse a los refugiados. ¿Podríamos ir con ellos? ¿O nos ocultaríamos en este castillo?
—Ocultarse en este castillo es casi imposible —expresó el conde—, porque los cracianos todo lo registrarán, y, por otra parte no podrán salir de aquí si el castillo está rodeado por los invasores.

—¿Qué haremos entonces? —preguntó la atribulada Rosalinda.
—Nada hasta que llegue Ricardo Zanetta —dijo el conde—. Y si llega tarde, considero la causa perdida.
El conde Silvester se paseaba de un lado a otro retorciéndose las manos con intensa angustia.

—Ricardo conoce un paso secreto, por el cual guiará a los refugiados —prosiguió Silvester—, pero es preciso que se apresure

RESUMEN.—La invasión del reino de Sovinia por los cracianos obligó a huir a los príncipes Igor y Anita en compañía de su intrépida institutriz Rosalinda. Les protege el joven Ricardo Zanetta, pero tienen por terrible enemiga a Lulú Milstein. Los fugitivos han llegado al castillo del conde Silvester como refugiados. Manuel, el cómplice de Lulú Milstein, descubre la verdadera identidad de los príncipes, y Lulú les desnuncia al enemigo...

Las horas corren... Rosalinda, no te desesperes... Tus amigos del circo Pacini te defenderán. Algo tendremos que hacer.

—Gracias, señor conde —expresó Rosalinda—. Yo sé que usted hará lo posible por salvar a los príncipes, pero no puede exponerse a la venganza de los cracianos. Buscaré otra manera de salvar a mis protegidos. ¿Cómo podría yo ponerme en contacto con Ricardo? ¿Dónde está él ahora?

—Me había olvidado de Jacobo —dijo de pronto Silvester—. Sí, sí..., Jacobo es uno de los émulos de Ricardo. Vive en la cabaña del puente. Ricardo le visitará antes de venir al castillo.

—Voy a encontrarme con él en la cabaña —decidió Rosalinda. La joven atravesó el parque del castillo por un sendero que orillaba el lago y acortaba la ruta hacia la cabaña de Jacobo. Una espiral de humo le indicó que el leñador estaba en su casa. Caminaba a prisa cuando divisó los cascós de los soldados cracianos instalados en el bosque.

Durante breves momentos, sumida en terrible angustia, permaneció inmóvil, pero ya uno de los soldados de Cracia gritaba:

—¿Quién va?

Rosalinda se tendió en el césped tras un frondoso arbusto. El soldado pasó tan cerca de ella que pudo tocarle con la mano; por suerte no la vió y dijo a su compañero de guardia:

—Falsa alarma.

Rosalinda cruzó la zona peligrosa arrastrándose por la espesura y se detuvo a pocos metros de la cabaña.

Tendida en los pastizales, observó la casa y vió una ventana abierta. Le pareció divisar la silueta de un hombre dentro del aposento, y en el acto escribió un papel con la siguiente misiva: *¿Puede usted comunicarse en el acto con Ricardo Zanetta? Es de vital importancia que vaya al castillo de Silvester inmediatamente. No puedo pasar, porque los cracianos están de guardia cerca de la cabaña.*

Rosalinda envolvió el papel en su pañuelo de narices y lo lanzó a la ventana abierta.

Desde su escondite pudo ver que el pañuelo había llegado a su destino. El individuo de la cabaña miró hacia el bosque y divisó a Rosalinda oculta entre el pasto. Un momento después Jacobo sacó su cuerpo fuera de la ventana y lanzó a su vez el pañuelo de Rosalinda en la dirección precisa.

La misiva de Jacobo decía así:

Los cracianos ignoran mi amistad con Ricardo. Los invasores han formado un cordón en torno del castillo de Silvester, porque andan buscando a una joven acompañada de un niño y una niña. Puedo salir y dar su mensaje a Ricardo. Regrese a Silvester y espere mi mensaje por código Morse, desde la terraza del castillo. Con la misiva apretada entre sus dedos, Rosalinda corrió hacia el castillo de Silvester, evitando ser sorprendida por la guardia craciana. Después de informar al conde del éxito de su plan, confió a Carlo Pacini la custodia de los príncipes y subió a la alta terraza del castillo.

Un cuarto de hora después, la luz de un espejo, que venía de la cabaña de Jacobo, señalaba a Rosalinda la iniciación del mensaje en código Morse.

El mensaje decía lo siguiente:

Ricardo estará en el castillo dentro de media hora.

—Media hora —suspiró Rosalinda—. Esto es maravilloso.

El espejo de bolsillo que la joven tenía en su mano respondió a las señales de Jacobo.

Al imponerse de este suceso, el conde Silvester exclamó:

—Ahora hay una esperanza de salvación. En cuanto al traidor mayordomo Manuel, ordenaré que le encierren en el acto en uno de los calabozos del subterráneo. No conviene que se encuentre con los cracianos.

Desgraciadamente el traidor Manuel, que siempre estaba escuchando tras las puertas, ya se había esfumado y no pudieron apresuarle.

—Poco importa —dijo Rosalinda—. Ya llegará Ricardo y estaremos a salvo. Lulú Milstein no triunfará esta vez.

Estaba aún conversando con el conde cuando se abrió la puerta y dos pequeñas siluetas aparecieron en el umbral.

Igor y Anita entraban en compañía de Carlo Pacini.

—Maclovia, ¿dónde te habías escondido? —preguntó Igor a su institutriz—. Anita y yo creíamos que no te volveríamos a ver.

—No vuelvas a esconderte —suplicaba la princesa Anita, enlazando con sus brazos el cuello de Rosalinda.

—Hermosa hada de infinito coraje —dijo Carlo Pacini—, advierto en su rostro cierta ansiedad. Si yo pudiera ayudarla...

—Gracias, Carlo —respondió Rosalinda—, tengo la seguridad de que usted es nuestro fiel amigo. Espero a Ricardo, y si llega a tiempo, todo resultará bien.



Ricardo Zanetta acudió en busca de los príncipes.

En ese instante resonaron en la puerta del castillo golpes imperativos. ¿Quién llamaría? ¿Sería Ricardo o los cracianos? Rosalinda fué la primera que reaccionó, saliendo valientemente de la sala hacia el vestíbulo del castillo.

—¿Quién golpea? —preguntó la intrépida niña.

—Soy un visitante que desea hablar con el conde Silvester —respondió una voz que llenó de alegría a la angustiada Rosalinda. Abierto el madero, Ricardo avanzó hasta la sala, y dando la mano al conde, exclamó:

—Lamento haberles dado un susto, pero he recibido un mensaje.

—Ricardo —balbuceó Rosalinda—, yo te he llamado.

El joven Zanetta, que ignoraba la presencia de Rosalinda y de los príncipes de Sovinia en el castillo de Silvester, tendió sus manos a la joven y le preguntó si ella había enviado la misiva a Jacobo.

—Yo fuí —replicó Rosalinda—. Necesitaba tu ayuda para huir de los cracianos.

En seguida ella refirió a su amigo las aventuras sufridas desde que abandonaron la ciudad de Capro y las intrigas de la pérvida Lulú Milstein.

—Traidores —expresó Ricardo—. Tendrán que arrepentirse de su felonía. No hay tiempo que perder. Vengan conmigo; tengo mi caballo oculto en el parque.

Ricardo cogió en brazos a la princesa Anita y corrió fuera de la sala, seguido por Igor, Rosalinda, el conde Silvester y Carlo Pascini.

—¿Y si nos espía el falso mayordomo Manuel? —preguntó Rosalinda.

—A mi llegada le vi camino del bosque —comunicó Ricardo—, y desde aquí no alcanzará a vernos. Yo conozco un paso secreto. Arriba, príncipe Igor...

El heredero de Sovinia colocó un pie en la estribera y montó en el caballo de Ricardo. Ya Anita estaba sobre las rodillas del jinete.

—Y ahora tú, Rosalinda —ordenó Ricardo—. Sube al anca de mi caballo.

Rosalinda se aproximó al corcel y se disponía a subir cuando el conde de Silvester gritó: —¡Se acercan los cracianos! En este momento trepan la colina. Desde el parque se divisaban las siluetas de los soldados con sus cascos de acero. Sus espadas brillaban al sol.

—Parte, Ricardo —dijo Rosalinda—, y no te preocupes de mí. Más tarde me reuniré con ustedes. Salva a los príncipes.

—No puede ser —protestó Ricardo—. Mi caballo es capaz de soportar mucho peso. Sube, Rosalinda.

Pero la joven se negó, diciendo que el peso disminuiría la carrera del caballo y que ella trataría de huir después.

—Eres una heroica mujer —murmuró Ricardo—. Huiré con los niños y te esperaré en dos

Lector ¡SUSCRIBASE A **SIMBAD**

Y SE EVITARA MOLESTIAS...

Decídase hoy mismo, y de una vez y para siempre tome el MEJOR CAMINO: suscribase a esta revista aprovechando el espléndido "SERVICIO DE SUSCRIPCIONES" que la Empresa Editora Zig-Zag, S. A. ha creado precisamente para que NUNCA falte a usted su revista favorita, que de este modo llegará a sus manos con la debida oportunidad y en su propio DOMICILIO u OFICINA.

Envíenos su CHEQUE o pida telefónicamente la visita de uno de nuestros agentes de SUSCRIPCIONES.

Valor de la suscripción a SIMBAD

ANUAL
(52 ediciones)
\$ 490.—

SEESTRAL
(26 ediciones)
\$ 250.—

EMPRESA EDITORA ZIG-ZAG, S. A.

Casilla 84-D Santiago de Chile



Rosalinda se ocultó dentro de la caja de un enorme reloj.

días más en el mercado de Korován... Adiós, Rosalinda. Defiéndanse de los cracianos y deténgalos todo el tiempo posible en el castillo. Adiós, y que el cielo nos proteja.

—Adiós, niños —murmuró Rosalinda, con emoción.

Ricardo partió en veloz carrera por el senderillo secreto y se perdió en la espesura.

—Entremos en el castillo —indicó el conde Silvester—. Rosalinda, tú tendrás que esconderte. Ya he pensado el sitio donde te ocultarás.

Por fortuna, para llegar al castillo, los cracianos debían pasar por un recodo de la montaña y esto demoraba su marcha.

Entretanto, el conde Silvester entraba en el gran vestíbulo del palacio, abría la caja de un enorme reloj Westminster y ordenaba a Rosalinda que se ocultara allí.

Apenas quedó encerrada dentro de esa caja la institutriz de los príncipes de Sovinia, el conde escuchó ruido de sables y se anunció la llegada de los cracianos.

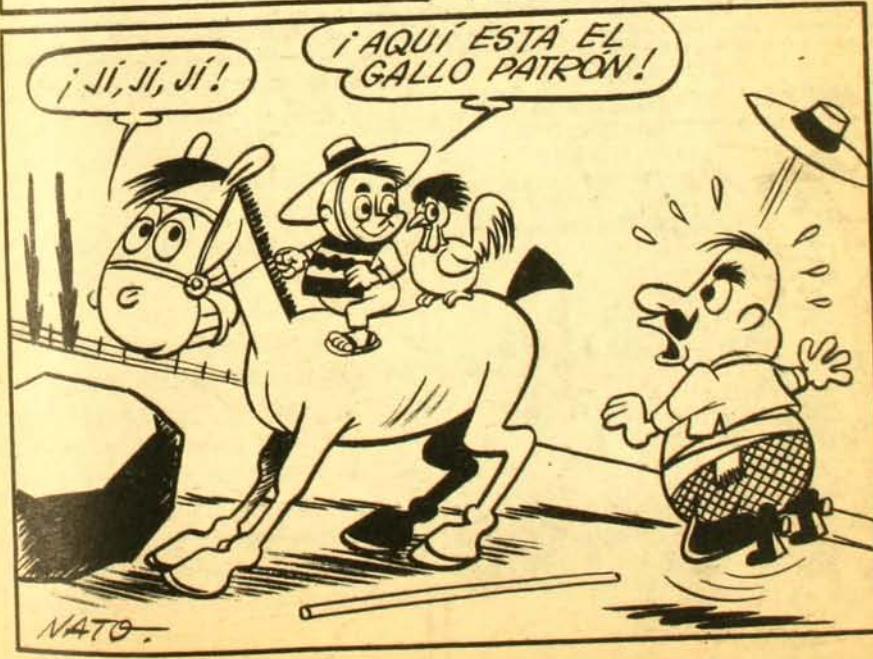
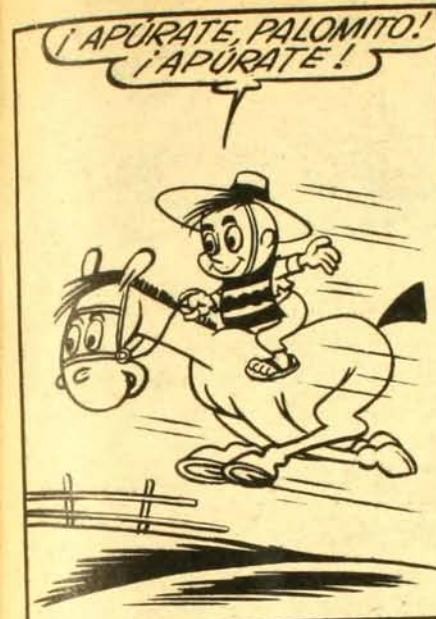
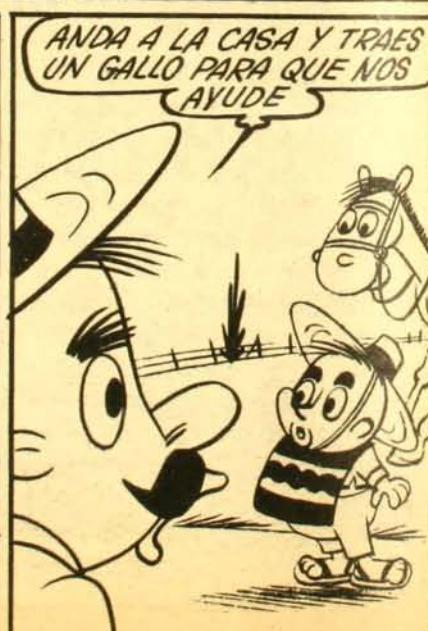
—Señor conde —dijo el oficial craciano—, nos han informado que aquí se hospeda una mujer que la justicia reclama por haber facilitado la fuga de un reo en la cárcel de Capro.

—Le han informado mal —respondió Silvester—. Los refugiados que albergo en mi casa son los artistas del circo Pacini que van de paso para Korován.

—Registraremos todo el castillo —expresó el craciano— y permaneceremos aquí hasta que aparezca esa mujer que viaja con un chico y una pequeñuela.

(CONTINUARA)

Ponchito



LA HIJA DE LAS ISLAS



CAPITULO VIII.—Misterio sin descifrar.

El barco en que viajaban Akena y Jim arribó a Nueva York. La niña observó con asombro los rascacielos, que parecían alzarse más allá de las nubes.

—Es un espejismo producido por el agua de la bahía —murmuró, incrédula.

Recordaba los panoramas increíbles que aparecían en los mares del sur: castillos de coral, peces de extrañas formas, cavernas habitadas por espíritus en lugares tabú, por donde no se atreve a pasar ninguna canoa nativa, el vuelo bajo el mar de gigantescos petreles, venidos de la lejana Zelandia. Había oído hablar de esas

—Tengo miedo —susurró Akena, estremeciéndose.

visiones que eran borradas por el oleaje, o por los vientos aliados del océano Indico, o por la resaca que rumoreaba al pie de los acantilados.

Pero aquellos edificios continuaban ante sus ojos, sin desvanecerse.

—Presiento que allí encontraré rastros de mi vida anterior y sabré quién soy —sugirió Jim. El sencillo corazón de Akena seguía aprisionado en la magia. Pensó que en aquella ciudad de sortilegio, resonaría una voz para conjurar a Jim, diciéndole su nombre y su destino. Esa reve-



lación, ¿uniría a Akena con Jim o la apartaría de él para siempre?

—Tengo miedo —balbuceó, estremeciéndose.

—¿Por qué? —repuso Jim—. Estamos frente al misterio, pero cualquiera que sea, no nos separará. Te lo juro, Akena.

Un sombrío presentimiento dominaba a la hija de las islas. El reflejo de oro de sus pupilas se había apagado y su hermosa boca temblaba.

—No temas —insistió él—.

En este puerto no nos acecha la fatalidad, sino que nos espera un porvenir feliz.

La noticia de que el barco recogió en una isla salvaje a un aviador y a su novia nativa se había difundido por radio y las más fantásticas leyendas se tejieron sobre la romántica pareja.

Una nube de periodistas esperaban en el muelle a Jim y Akena y los lápices corrieron veloces sobre los cuadernos de notas.

—Pensará usted, miss Akena, que es asaltada por una plaga de mosquitos, como las que aparecen en sus islas —dijo sonriendo uno de los reporteros—. Pero no la importunaremos por mucho tiempo. Sólo algunas preguntas.

La viajera miraba desorientada a esos desconocidos, replegándose contra Jim en busca de protección. Tal vez aquellos hombres que lanzaban sus preguntas rápidas y explosivas serían tan despiadados como los pasajeros del "Babilonia".

Una nube de periodistas recibió a los viajeros.



Akena fué fotografiada junto al leoncillo Taio.

—No desconfíe de nosotros, princesa. Le aseguramos que somos inofensivos. Sólo un poco curiosos e indiscretos...

Por fin Akena perdió su temor.

—¿Su isla está en el mar de Tasman?

—No es "mi isla" —sonrió ella—, es la tierra donde viví desde niña. No soy maorí.

Por cierto que los ávidos representantes de la prensa indujeron a la joven a hablar y obtuvieron la historia completa de su vida.

—¿Es hija de Roberto Larsen? Recuerdo un proceso sensacional en el que Larsen aparecía implicado. Al declarársele reo, des-

apareció sin dejar rastros. Años más tarde, el abogado de Larsen, que no abandonó la investigación del crimen, descubrió al verdadero culpable y lo entregó a la justicia. Pero Larsen no apareció nunca más... y ahora tenemos entre nosotros a su hija y heredera.

Los lápices de los periodistas seguían escribiendo nerviosamente. ¡Qué títulos sensacionales aparecerían en sus diarios! "De un paraíso salvaje a un palacio de oro", "Princesa nativa convertida en rica heredera", "Mi vida entre nativos". El reportero que pensó este último título va-



Respondería alguien
a aquel aviso?

cilaba ante el deseo de escribir "Mi infancia entre caníbales". Había oído contar que en las Nuevas Hébridas, llamadas "tierras que matan", existían tribus de antropófagos. Pero tal vez esa bella nativa vivió entre indígenas inofensivos. Por lo tanto, no se arriesgó a dar una noticia falsa.

Jim ocultaba su sorpresa. El destino entregaba en ese instante a Akena el honor del nombre de su padre y la fortuna que le correspondía. El, que había llegado a ese país ansioso de esclarecer su pasado, continuaba en la incertidumbre.

Terminada la entrevista, los reporteros fotografiaron a Akena junto al leoncillo Taio.



Akena y Jim fueron alojados en un hotel de lujo.

En seguida, Jim fué interrogado. Al día siguiente apareció en los periódicos la singular historia de Akena. También se insertó un anuncio, con la fotografía de Jim y el título: "¿Conoce usted a este hombre?"

Una agencia de publicidad se encargó de la pareja, alojándola en un hotel de lujo. Akena no recibiría su herencia hasta que se cumplieran varios trámites legales que exigían tiempo.

La historia de Jim y Akena se publicó no sólo en Norteamérica, sino en los demás países del mundo.

Compañías radioemisoras y productores cinematográficos se interesaron por ellos, formulándoles ventajosas propuestas.

Jim y Akena firmaron un contrato y relataron por radio su extraña y romántica aventura, que se tituló: "Nuestra vida en el Paraíso".

En todos los hogares era escuchada ansiosamente. Pero transcurría el tiempo sin que Jim pudiera obtener indicio alguno sobre su nombre y su pasado.

(CONTINUARA)



Transmitian por radio su romántica aventura.



GRAN CONCURSO

Standard Electric

DISCOS

pulgarcito

Y SIMBAD

"la mejor revista infantil".

Dinos el nombre del cuento que te sugiere esta ilustración.

Envia tu respuesta a casilla 84-D, INCLUYENDO EL CUPON, y podrás participar en el Gran Sorteo Semanal de 12 Discos PULGARCITO, irrompibles, en bellísimos colores, con temas infantiles. Además, se sorteará UN REGIO TOCADISCOS, Suscripciones a SIMBAD, Libros y Premios en DINERO.

Distribuidores exclusivos



técnico mundial de la



Un producto

S HYF

Standard SE Electric

Raspaldo por el prestigio

Solución a "Simbad" 268: La palabra "rio" tiene dos significados: 1. Corriente de agua que desemboca en el mar; 2. Primera persona presente del verbo reir. Entre los lectores que enviaron soluciones exactas resultaron favorecidos los siguientes: CON UN TOCADISCOS: María de la Luz Figueroa, Santiago. CON UN SOBRE DE TRES DISCOS: Humberto Alacio Salazar, La Unión. CON UN DISCO "PULGARCITO": Gustavo Paradiz, Santiago; Grecia Gálvez, San Fernando; Rodrigo Vallejo, Santiago; Jaime Simián, Quillota; Luis Pavez, Santiago; Joaquín Vizcaino, Valparaíso; Juan Casanueva, Santiago; Raúl Gayoso, Valdivia; Francisco Castillo, Santiago. CON UNA SUSCRIPCION TRIMESTRAL A "SIMBAD": Arturo Guerra, Talca; Sonia Agurto, Parral; Adriana Merry, La Serena; Ana María Sylvester, La Serena; Oscar Hernández, San Javier; Juana Muñoz, Rahue. CON \$ 50: Luisa Cortés, Santiago; Ana Pérez, Santiago; Paz Rivas, Santiago; Bernardo Reichel, Concepción. CON UN LIBRO: Hernán Lasso, Talca; Marily Moenne García, Angol; Chulú Ojeda, Los Angeles; Noel Fuentes, Putaendo; Waldo Espinoza, Parral; Miguel Vargas, Rancagua; Rodolfo Simicic, San Bernardo; Ricardo Quijada, Temuco; Edith Ormeño, Los Angeles; Luis Gallinato, Los Andes.

CUPON DEL CONCURSO Semanal

Standard SE Electric

SIMBAD N.º 270

Empresa Editora Zig-Zag, S. A. — Santiago de Chile, 1954.

Juan y Juanita



Sólo cuando Juan estuvo a salvo, Fox se dispuso a enfrentar Ricardini. Pero éste había desaparecido del campamento. —Sospecho que era un hombre enviado por Leopoldo Rulan, para malograr la filmación —dijo el ayudante Evans—. Nunca me inspiró confianza. Tenemos que estar alerta.”



Comprendiendo que su mortal enemigo no se detendría ni ante el crimen para hacerle fracasar, Samuel Fox convocó a los niños, a fin de decirles: “—Deben ser muy prudentes. No se alejen del campamento, ni confíen en ningún extraño”. El negro Ozambo prometió: “—Yo les cuidaré, buana Fox”.

(CONTINUARA)

PELUSITA

POR NAT



Simbah

N.º 271

PEPITO EL JUSTICIERO

\$ 10.-



ELENA POIRIER

Juan y Juanita



CAPITULO XLIX.—RICARDINI ATACA DE NUEVO



1. Samuel Fox, productor de cine, se internó en las selvas africanas para filmar con un equipo de artistas infantiles. Su enemigo Leopoldo Rulan estaba dispuesto a impedir el rodaje de esa película. Cierta noche, el pequeño Tilín despertó a causa del calor y de pronto una mano lo aprisionó.



2. El misterioso atacante aplicó sobre el rostro del niño un pañuelo con narcótico. Juan, Juanita y Mincho, que dormían sin presentir el peligro, también fueron narcotizados. El fiel Bozambo acudió al oír un rumor sospechoso y fué herido a traición por el puñal de Ricardini.

(Continúa en la penúltima página.)

Simbad

AÑO VI — 10-XI-1954 — N.º 271

Directora:	Elvira Santa Cruz (Roxane)
Suscripción anual:	\$ 490.— Semestral: \$ 250.—
Recargo por vía certificada:	Anual: \$ 21.— Semestral: \$ 11.—
Extranjero:	
Anual:	U.S.\$ 2,10
Semestral:	U.S.\$ 1,05
Recargo por vía certificada:	Anual: U.S.\$ 0,20
Semestral:	U.S.\$ 0,10

Esta aventura sucedió en Laponia. Terminaba el invierno, pero aún se podía esquiar admirablemente en la nieve. De Uleaborg le habían enviado a Walter un par de magníficos esquíes, con los que se divertía mucho esquiando en el prado, en el lago, en el bosque y algunas veces en el mismo pueblo. Al principio caía de bruces a cada instante, quedando con la nariz hundida en la nieve y los pies por alto; pero después, poco a poco, fué adquiriendo tal práctica y seguridad, que hasta llegaba a bajar la Cuesta del Diablo, tan alta como el campanario de la iglesia, perfectamente rígido sobre los esquíes. Entonces se sentía orgulloso de sí mismo y desafiaba a sus compañeros:

—¡Eh, muchachos, a ver si podéis hacer lo que yo!

—No, no, muchas gracias —respondían—; preferimos el trineo para bajar esta empinada cuesta.

Sólo faltaba un día para los exámenes en el colegio. Walter debía haber estudiado, pero prefirió esquiar.



EL NIÑO QUE NO ESTUDIO

Salió muy temprano, con un bocadillo en el bolsillo y el arco en la mano.

"Iré a esquiar por el bosque y de paso veré si puedo cazar al —pensó—. Quizás encuentre algún lobo, y como llevo puesto un alfiler en la punta de la flecha, lo mataría en seguida. Sólo estaría un minuto y luego vendré a aprenderme la lección para mañana. Pero esta vez no pudo encontrar lobo alguno, aunque en diversas ocasiones los había visto; mas, en cambio, observó muchas huellas de perdiz blanca que se perdían entre los abedules y más lejos aún. También vió rastros de liebres.

"Tampoco estaría mal cazar una liebre —se dijo Walter—. La liebre es un buen bocado y mamá se alegraría si volviera con una pieza para el asado."

Pero no era nada fácil encontrar liebres. Walter seguía afanosamente sus rastros, pero ninguna asomaba entre las matas ni por casualidad.

"Bueno, tendré que conformarme con una perdiz blanca. También es buena con salsa de pepinillos y jalea de grosellas" . . . Pero, cosa extraña; Walter no pudo topar ni siquiera con una perdiz blanca, sino sólo con las huellas.

"Bien, cazaré una ardilla —pensó—. Le daré un golpe en el hocico para que caiga atontada, después la cogeré, la pondré en una jaula y la haré correr dentro de una rueda."

Y en aquel momento descubrió una ardilla que saltaba graciosamente de rama en rama. Walter se colocó debajo del árbol y preparó el arco. Pero la inquieta ardilla unas veces se escondía y otras saltaba con gran ligereza, subiendo y bajando sin cesar, en vista de lo cual, Walter no tuvo más remedio que optar por retirarse después de ver cómo la ardilla, dando un salto fantástico, pasó a otro árbol y desapareció rápidamente.

"Será mejor que vuelva a casa porque ya me he comido el bocadillo y es tarde. Pero si pudiera encontrar alguna urraca en el camino la cazaría, se la daría al gato o la clavaría encima de la puerta del establo" . . .

Y así habría sucedido si Walter hubiera podido encontrar la urraca, pero no tropezó con ninguna, y Walter se disgustó mucho por esto.

No dándose por vencido, al llegar a su casa, pensó:

"Tiraré desde aquí a la ventana del gallinero para ver hasta dónde puede llegar la flecha."



Los demás niños preferían ir en trineo.

Inmediatamente puso en práctica su propósito. Disparó y la flecha salió velozmente, pero rebotó en la pared y cayó al suelo. "Es extraño que no llegue hasta la ventana", díjose Walter, y volvió a tirar otra vez, hasta que dió en el blanco... El cristal cayó hecho añicos y la flecha, al penetrar por la ventana, fué a clavarse en el gallo Cocolio, que allí estaba tomando el sol tranquilamente.

Walter se asustó, y prudente y sigilosamente se fué a su habita-

Pero la ardillita no se dejaba cazar.



ción. Sin lobo, sin perdiz blanca, sin ardilla, sin urraca y, para mal de males, un vidrio roto y un gallo quizás muerto.

No tardó mucho en llegar el interrogatorio y el juicio. La tarea del colegio había quedado completamente olvidada. La cocinera entró quejándose de que el gallo se estaba muriendo. Walter no podía negarlo y, además, no acostumbraba a mentir.

¿Y sabéis las consecuencias de esta aventura de Walter?

¡Oh, veréis! Primero, su papá le lió una buena tanda de palos, como era costumbre en aquellos tiempos, para castigarle así por la muerte del gallo. Y por la travesura del bosque, fué condena-

do a quedarse estudiando en casa todo el día siguiente, mientras sus amigos y compañeros disfrutaban de vacaciones. Durante este día, triste para él, vió desde la ventana cómo los demás muchachos se deslizaban en sus trineos por la Cuesta del Diablo mientras él se hallaba castigado. Y ni siquiera probó la sopa de gallo...

FIN

Correspondencia

ETHEL LA TAILLE, CARLOS GUEVARA. Agradecemos sus efusivos elogios por esta gran revista que ustedes adoran. Pronto serán complacidos con lindas y novedosas seriiales y cuantiosos premios.

PATRICIA HERNANDEZ, FRESIA NAVARRETE. Continuaremos dándoles el insigne placer que les depara esta pequeña gran revista "SIMBAD", que ustedes aguardan con tanto anhelo.

HAYDÉE DONOSO, MARCELA URZUA, LUCY CELIS. Sus entusiastas cartitas nos conmueven y nos impulsan a dar mayor interés a esta revista que es la gran favorita de ustedes.

CARLOS MIRANDA, NELLY SEPULVEDA, IBIS SEPULVEDA. Nos complace que tanto les agrade esta revista "SIMBAD". Trataremos de superarnos cada día más y ofrecerles mejores premios.

ELIANA CASTILLO, SILVIA VALDES, MANUEL BAYOLO. Son admiradores de "Solak, el Perro Lobo", "Juan y Juanita".

Envían sus felicitaciones a Elena Poirier y a Nato.

NILDA ZAPATA, MANUEL MUÑOZ SILVA. Sus queridos amigos de "SIMBAD" retribuyen sus saludos y les agradecen sus entusiastas elogios.

ROSE MARIE VALENZUELA, ROSA ROLING. Siempre fieles a nuestra hermosa revista "SIMBAD", las recordamos con cariño y esperamos que obtengan suerte en los concursos. Mucho les agradará el "Corsario Negro".

JORGE SABAL, ENRIQUE GODOY, EMA OLIVARES. No teman que el "Fantasma" se termine tan pronto. Serán muchas sus aventuras y muy lucidas. Agradecemos sus felicitaciones a la directora, Nato y Elena Poirier.

SILVIA SELOWSKY, VICTOR FUENZALIDA. Ahora tienen un concurso muy interesante y valiosos premios. No olviden colocar sus direcciones y nombres completos cuando envíen las soluciones.

IRIS MEDINA, CARLOS MOLLEDA, SONIA QUINTANA. Hemos recibido sus misivas de agradecimientos por los valiosos premios que obtuvieron en los concursos. Les felicitamos por su buena suerte, debida, acaso, a su constancia como lectores de la gran revista "SIMBAD".

ELIANA JARA, LINA PISSETO, MONICA ORTEGA. Agradecemos sus sinceras felicitaciones por el grandioso éxito de esta pequeña gran revista, que, según ustedes, es la más hermosa del mundo.

ROXANE.



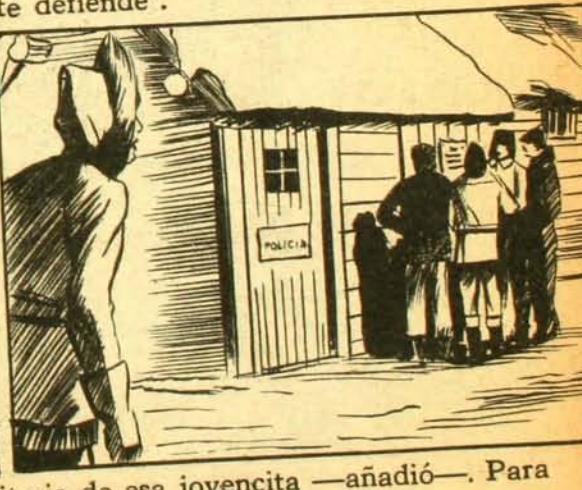
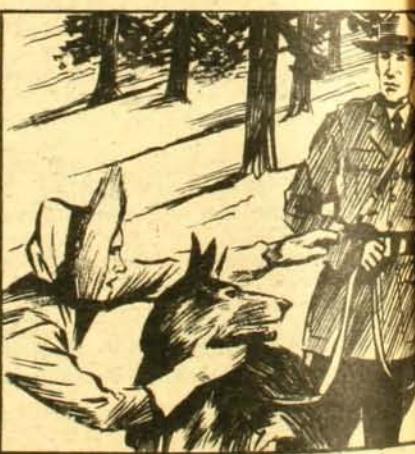
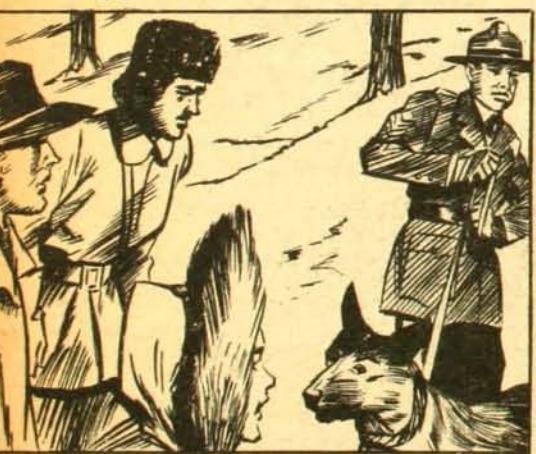
SOLAK EL PERRO LOBO

CAPITULO XIII - LA PRUEBA FATAL



1. Cuando el malvado cazador Pierre Lacoste se disponía a matar de un tiro a Solak, Dalia Ken se abrazó al perro lobo para protegerlo. "—No permitiré este crimen", dijo con expresión decidida. El sargento Blake, de la policía montada, interrogó: "—¿Qué ocurre, Dalia?"

3. Sólo cuando oyó la voz de Dalia ordenándole que obedeciera al joven, lo siguió dócilmente. El anciano Max llevó a su nieta a la factoría y procuró tranquilizarla. Mientras tanto Rex decía a Solak: "—Hice indagaciones en el pueblo y todos dicen que eres peligroso. Pero Dalia te defiende".



2. Lacoste rugió: "—Dalia está defendiendo a una bestia sanguinaria. No la oiga, sargento". Rex vacilaba, y la niña suplicó: "—Déme tiempo. Demostraré que Solak no es un lobo salvaje". El policía accedió: "—Está bien. Lo llevaré al puesto". Pero Solak se resistió a seguirlo.

4. "—Y yo confío en el criterio de esa jovencita —añadió—. Para hacer justicia, convocaré a los habitantes de la región. Si se prueba que Solak es inocente, quedará libre. En caso contrario, morirá." El cartel, anunciando el juicio, conmovió al vecindario. Al día siguiente se iniciaría el proceso.

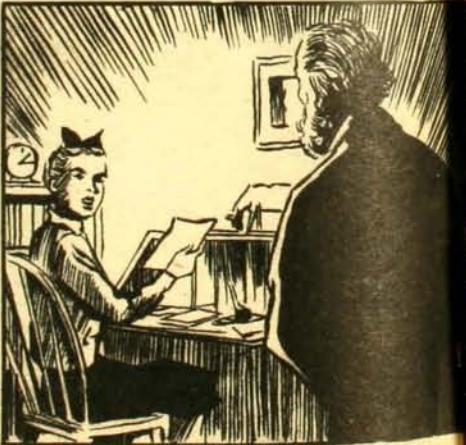
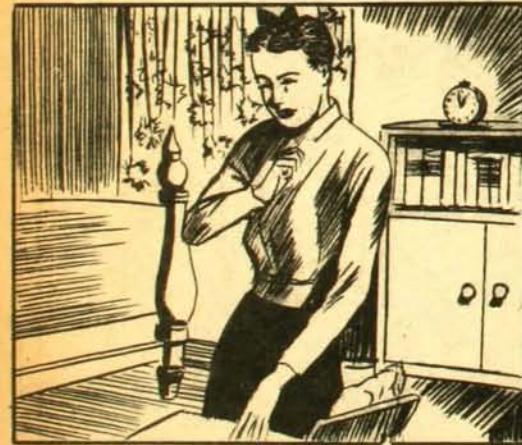


SOLAK EL PERRO LOBO



5. Al saberlo, Dalia reflexionó: "—Solak será juzgado y sólo yo estaré de su parte. Debo presentar pruebas concluyentes para que todos reconozcan que no es un lobo, sino un perro leal y noble". Solak, prisionero en una celda, se demostraba inquieto. ¿Vendría a visitarlo su amita? El deseaba su libertad.

7. "—¡Oh abuelito!", gimió Dalia, cediendo a la angustia que la torturaba desde que Solak fué capturado. "—No llores —la consoló Max—. Yo confirmaré tus declaraciones, y tal vez salvemos a Solak." Pero el mortal enemigo de Solak también estaba desvelado y trabajaba para que lo sentenciaran a muerte.



6. Dalia no podía conciliar el sueño y resolvió escribir su defensa de Solak. "—Así recordaré los detalles que servirán para demostrar su inocencia", murmuró la niña. Durante dos horas escribió afanosamente, hasta que Max interrumpió su tarea: "—Ve a dormir, Dalia —indicó el anciano—. Estás cansada, hijita".

8. "—Esta es la evidencia que condenará a ese maldito lobo", exclamó, contemplando a trasluz la fotografía donde veíase a un perro salvaje atacando al caballito de Monina Farley. Ese perro llevaba un collar idéntico al de Solak. Por fin aclaró el día. El destino de Solak estaba por decidirse.

(CONTINUARA)



Pepito el justiciero

CAPITULO I.—PEPITO DESAFIA EL PELIGRO



1. Pedro y Guadalupe terminaron de recoger orquídeas y begonias para depositarlas en la canoa. El indio Pedro las llevaría a la villa de Santos, a fin de venderlas en el mercado, junto con las frutas y verduras de la región. Pepito ayudaba alegremente en esa faena.

3. Al día siguiente aguardaron en vano el regreso de Pedro. Vencida por el cansancio, Guadalupe se durmió en la ribera. Pepito, con la cabeza reclinada sobre las rodillas de su madre, meditaba. ¿Qué le había ocurrido a su padre? La selva estaba poblada de peligros y en los ríos había caimanes...



2. "—¡Adiós, papá!", gritó el niño, mientras Pedro se alejaba por el río Grande. La barca se mecía, con su carga de bananas, aguacates, guayabas, membrillos y hortalizas. Ya anochecía cuando la joven india y su hijo regresaron a la choza. Un rumor les sobresaltó. Quizás el paso de un jaguar.

4. Transcurrió otra jornada sin que el ausente regresara. Guadalupe, vencida por la angustia, prorrumpió en desesperado llanto. "Iré a buscar a mi papá", decidió Pepito, secretamente, para no inquietar más a su afligida madre. Con gran sigilo, reunió provisiones para el viaje y se alejó en una barquita.

Pepito el justiciero



5. Luego continuó a pie, con paso decidido y el corazón lleno de audacia. No temía a los bandidos, ni a las serpientes, ni a... Se detuvo, conteniendo la respiración. Ya empezaba a amanecer y, en el profundo silencio, Pepito creyó oír un ruido sospechoso, unas pisadas inquietantes...

7. Pero el borriquillo insistía en seguirlo y entonces Pepito decidió montarlo. "—Ya que vamos con el mismo rumbo, llévame sobre tu lomo", propuso a su inesperado amigo. Y jinete en el burro, llegó a Santos, donde debía buscar a su padre, desaparecido tan misteriosamente.



6. De un brinco se ocultó entre la maleza y no tardó en sentir en su nuca un aliento cálido. Temiendo hallarse frente a frente con una fiera, con la muerte, con un monstruo, se volvió... y vió a un apacible burrito. "—¡Quítate de mi camino!", dijo Pepito, ofendido.

8. A aquella hora tan temprana, sólo los aguadores y uno que otro vendedor soñoliento deambulaban por las calles. Pepito les interrogó, pero nadie le daba noticias de su padre. Desilusionado, se sentó en el borde de una fuente, mientras el burrito calmaba su sed.

(CONTINUARA)

El fantasma

EL FANTASMITA HA LOGRADO RECHAZAR DOS ASALTOS AL CASTILLO. APROVECHANDO EL DESORDEN QUE REINA EN EL CAMPO ENEMIGO, DECIDE ...

AHORA SALDRÁ LA CABALLERÍA



(CONTINUARÁ)

EL CORSARIO NEGRO

CAPITULO VI TRAIDOR



1. El Corsario Negro refería a Gracia Van Guld la historia de una traición que lo obligó a convertirse en filibustero. El y sus tres hermanos defendían una ruinosa fortaleza contra el asalto de los españoles, en la guerra de Flandes. La plaza era comandada por un duque flamenco.



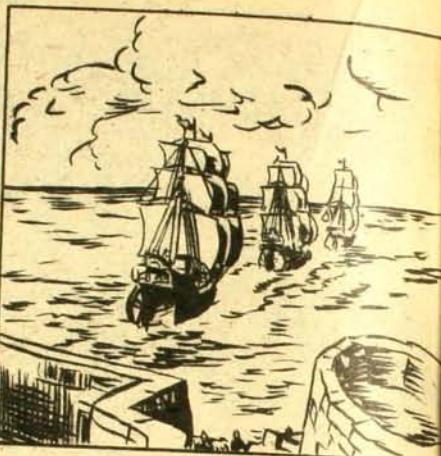
2. —La artillería enemiga derribaba todos los días nuestros bastiones —continuó el Corsario Negro—. Mi hermano mayor se convirtió en el alma de la defensa. El jefe flamenco sintió celos de la admiración que despertaba el héroe y decidió aliarse con el enemigo.

3. —Los españoles ofrecieron al miserable un cargo de gobernador en las colonias de América y una gruesa suma de dinero. Al anochecer abrió una puerta de la fortaleza. Mi hermano estaba de guardia y, avanzando al encuentro del enemigo, dió la voz de alarma. Pero el flamenco acechaba.

4. —Disparó a mansalva, matando a mi hermano por la espalda. Cayó la fortaleza en poder de los invasores y sólo algunos combatientes logramos huir de la masacre. Decid, señora, ¿perdonaríais a ese traidor? — Gracia Van Guld respondió, estremeciéndose: — ¡No!

EL CORSARIO

NEGRO



5. El corsario murmuró: "—Nosotros tampoco le perdonamos. Cuando cesó la guerra, le buscamos por todas partes: primero en Flandes y después en España. Cuando supimos que era gobernador de una colonia española, mis hermanos y yo armamos tres barcos y enfiamos rumbo hacia el Caribe.



7. "—Sus espíritus no descansarán hasta que yo logre vengarlos. Dentro de dos horas el traidor caerá en mis manos, y entonces, ¡vive Dios!, lo ahorcaré como a un rufián." Gracia, pálida y anhelante, preguntó: "—¿Qué ciudad gobierna vuestro enemigo? ¿Cuál es su nombre?" El corsario vaciló.



6. "—El Corsario Verde, el más impetuoso, fué el primero que intentó vengarse, pero cayó en poder de nuestro mortal enemigo, quien ordenó que lo ahorcaran como a un ladrón vulgar. Después sucumbió el Corsario Rojo. Ambos, arrancados de la horca por mí, duermen en el fondo del mar."

8. Fulguraba en su mirada una luz tan tétrica, que infundía terror. Por primera vez había dominado la fascinación que Gracia ejercía sobre él y vió el abismo que los separaba. Sin pronunciar una palabra, subió al puente de órdenes. Los filibusteros esperaban, dispuestos para el asalto.

(CONTINUARA)



Los PRINCIPIOS FUGITIVOS

CAPITULO X.-Rosalinda se transforma en gitana.

Los minutos que pasó Rosalinda dentro del gran reloj Westminster le parecieron siglos. Su corazón

latía desmesuradamente cada vez que los soldados cracianos se acercaban al reloj. Aumentaba su zozobra el recuerdo de Igor y Anita que huían por los montes en el caballo de Ricardo Zanetta. Entretanto, los cracianos continuaban registrando el castillo del conde Silvester desde las terrazas hasta los sótanos.

—Permaneceremos aquí hasta que encontremos a esa mujer con los dos niños —dijo el oficial craciano al conde Silvester—. ¿Podría ordenar que nos dieran de comer?

—Ordenaré que les sirvan en la sala de armas —respondió el conde.

El anciano quería a toda costa conducir a los cracianos fuera del gran vestíbulo, a fin de permitir que Rosalinda buscara otro escondite menos incómodo que la caja del reloj.

Rosalinda aprovechó el momento para subir presurosa la escalera interior y colocarse en la galería desde donde podía escuchar las voces en la sala de armas.

RESUMEN.—La invasión del reino de Sovinia por los cracianos obligó a huir a los príncipes Igor y Anita en compañía de su intrépida institutriz Rosalinda. Les protege el joven Ricardo Zanetta, pero tienen por temible enemiga a Lulú Milstein. Los fugitivos han llegado al castillo del conde Silvester como refugiados. Manuel, el cómplice de Lulú Milstein, descubre la verdadera identidad de los príncipes, y Lulú les denuncia al enemigo. Ricardo Zanetta acude en busca de Igor y Anita, y parte con ellos a Korovan.

La institutriz de los príncipes de Sovinia divisó entre los soldados cracianos a la perfida Lulú Milstein, quien decía al oficial de la guardia:

—Yo querría partir con los artistas del circo Pacini.

—Por cierto, amiguita —respondió el oficial craciano—. De paso por Capro reclama al contador del cuartel la suma de dinero que te hemos concedido.

—Gracias —dijo la traidora muchacha—; voy en busca de mi abrigo y de mi sombrero.

Rosalinda se escurrió por la escalera y entró en la salita donde suponía que Lulú Milstein había dejado sus prendas de vestir. Justamente en esa habitación estaba el aparato de radio. Rosalinda colocó un disco con una sonora marcha militar y aguardó tras una puerta la entrada de su perfida enemiga.

Al ver entrar a Lulú, Rosalinda corrió hacia la puerta y la cerró con llave, enfrentándose en seguida con la traidora muchacha.

—Tú aquí —exclamó Lulú—. ¿De dónde sales? Voy a llamar a los cracianos.

—No lo harás —declaró Rosalinda—, y aunque grites nadie te oirá con el ruido de la música.

—Yo, yo... —balbuceó Lulú, realmente atemorizada.

Rosalinda empujó a Lulú hacia un rincón del aposento, y después de quitarle violentamente la capa y el sombrero, salió de nuevo a la galería.

Desde allí pudo ver a Carlo Pacini y sus artistas despidiéndose del conde Silvester, mientras el oficial craciano decía a Carlo Pacini

—Pueden marcharse ustedes tan pronto como baje la señorita Milstein. Recuerden mis consejos... Salgan de Sovinia lo más pronto posible y ¡ay! de ustedes si se mezclan en asuntos políticos...

Carlo Pacini y sus compañeros de circo, llenos de encono y desprecio por la malvada Lulú Milstein, la vieron bajar presurosa hacia el *hall* y en silencio salieron del castillo.

—No tengo palabras para expresar mi desprecio por esa mujer —refunfuñó Carlo Pacini, observando a la muchacha que, envuelta en su capa blanca y con el sombrero hasta los ojos, parecía realmente avergonzada.

Cuando la comparsa circense atravesó la puerta del castillo y salió al camino público, Carlo Pacini se acercó a la silenciosa y

embozada muchacha y, cogiéndola rudamente del brazo, la apretó así:

—¿Hasta cuándo pretendes molestarnos con tu presencia? ¿No te comuniqué que nunca más trabajarías en mi circo?

—¿En verdad les molesto con mi presencia? —respondió la muchacha embozada, echando hacia atrás su sombrero y su capa y lanzando una alegre carcajada.

Pacini y los demás artistas quedaron estupefactos. Y no era para menos, pues en vez de la odiada Lulú Milstein vieron a la linda y simpática Rosalinda Nelson.

—Maclovia, ¿qué ha ocurrido? —preguntó Pacini—. ¿Cómo pudiste realizar esta hazaña?

—Encerré a la malvada Lulú —explicó la joven—; le arrebataé la capa y el sombrero y la empujé adentro de un *closet*. Allí aguardará hasta que los cracianos la encuentren.

—Eres un genio —insinuó Pacini—, pero cuando descubran a la Milstein, serás perseguida tú.

Constanza, la maquilladora del circo, declaró que ella podía, con sus ungüentos, transformar a Rosalinda en una morena gitanilla. Los viajeros se detuvieron en la espesura del bosque, y allí Constanza tiñó los cabellos de Rosalinda de un negro de cuervo, bronceó su tez blanca y la vistió con un traje de vistosos colores.

—Ahora con un chal y pañuelo en la cabeza nadie la reconocerá —agregó Constanza, muy ufana con su obra.

Poco después la compañía de Carlo Pacini, con sus bártulos a cuesta, siguieron su ruta hacia el camino de Dinar.

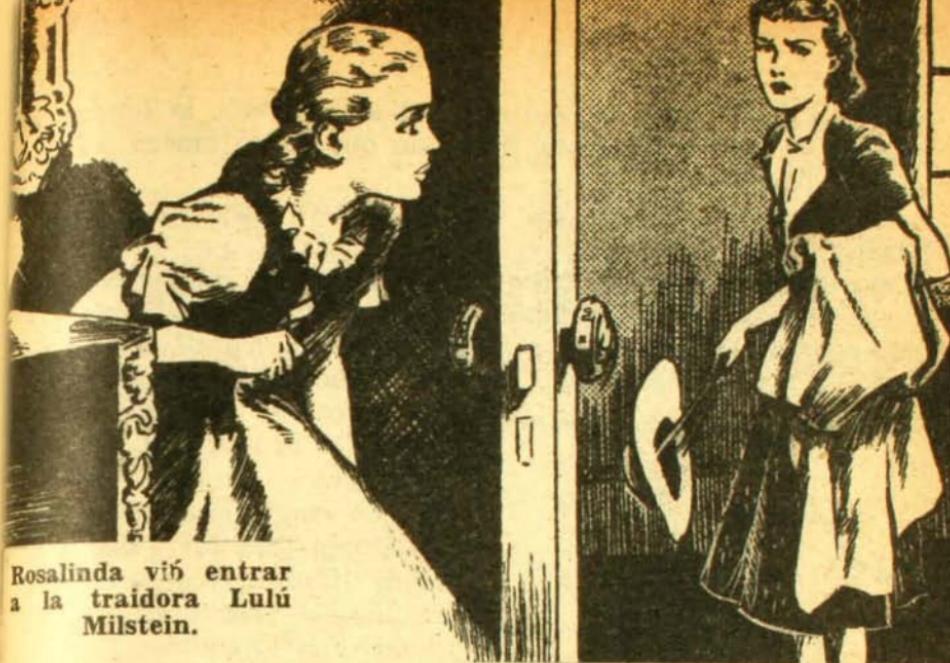
Esta dirección convenía a Rosalinda, ya que Dinar distaba sólo 10 kilómetros de Korován, donde debía aguardarla Ricardo Zanetta con los príncipes Igor y Anita.

—Nos detendremos en el primer villorrio que encontraremos —decidió Carlo Pacini—; no sólo para descansar, sino para ganarnos la comida y el alojamiento.

Al descender el monte divisaron una pintoresca aldea junto al río.

Rosalinda habría deseado continuar su ruta sin exhibirse ante el público, pero consideró razonables los propósitos de Carlo Pacini y decidió actuar con sus compañeros en la función que preparaban.

Iban atravesando el puente cuando Rosalinda apretó nerviosamente el brazo de Pacini.



Rosalinda vió entrar
a la traidora Lulú
Milstein.

—Un soldado craciano —murmuró la joven—. Parece que está pegando cartelones en los muros.

Carlo Pacini se aproximó a uno de los cartelones y leyó lo siguiente:

Se ofrece una recompensa de mil pesanos a quien dé informaciones sobre el paradero de Maclovia Nelson.

Seguían datos sobre la fugitiva.

—Seguramente han telefoneado desde el castillo de Silvester a todos los pueblos por donde debemos pasar —insinuó Rosalinda.

—Nada temas, hermosa hada Maclovia —expresó Carlo Pacini—. Con el disfraz que llevas, ni tu madre te reconocería.

El villorrio era un sitio plácido y acogedor. Los artistas se instalaron en la plaza comunal y allí levantaron sus carpas y tablados.

Entre los números del **HOMBRE GIGANTE**, del Tony y demás cómicos, la *Gitanilla Buenaventura* inició su actuación.

—Tengo en mis manos el cristal mágico —decía Rosalinda, mostrando una bola de cristal que servía a Pacini de pisapapeles.

—¿Quién desea ver su suerte? —gritaba la simpática gitanilla. Se aproximaron varios aldeanos, y Rosalinda, usando el lenguaje de los gitanos, les predijo el porvenir.

De pronto se acercó también un soldado craciano y estuvo largo rato espiando a la muchacha.

Por fin Carlo Pacini declaró que había terminado la función. El público se mostró generoso, de modo que sobró dinero para comida y hospedaje.

Antes de la madrugada los artistas partían para la ciudad de Dinar.

Como el día anterior, el circo Pacini instaló sus carpas en Dinar y, con pitos y tambores, llamó la atención de los habitantes. Ya estaba Rosalinda lista para salir a escena, cuando aparecieron cuatro soldados cracianos. Con su acostumbrada arrogancia com-

Lector

iSUSCRIBASE A
SIMBAD

Y SE EVITARA MOLESTIAS!...

Decídase hoy mismo, y de una vez y para siempre tome el MEJOR CAMINO: suscribase a esta revista aprovechando el espléndido "SERVICIO DE SUSCRIPCIONES" que la Empresa Editora Zig-Zag, S. A. ha creado precisamente para que NUNCA falte a usted su revista favorita, que de este modo llegará a sus manos con la debida oportunidad y en su propio DOMICILIO u OFICINA.

Envíenos su CHEQUE o pida telefónicamente la visita de uno de nuestros agentes de SUSCRIPCIONES.

Valor de la suscripción a SIMBAD

ANUAL
(52 ediciones)
\$ 490.—

SEMESTRAL
(26 ediciones)
\$ 250.—

EMPRESA EDITORA ZIG-ZAG, S. A.

Casilla 84 D Santiago de Chile

menzaron a interrogar uno a uno a los artistas y, finalmente, se colocaron frente a Rosalinda con inquisidoras miradas.

—¿Quién eres tú? ¿Qué haces aquí? —Cuánto tiempo llevas en el circo? —preguntaban los soldados a la gitanilla.

—Me llamo Helga Kulady y vengo de Riaska —respondió Rosalinda—. ¿Quieres que te vea la suerte, hermoso caballero?

—¿Conoces tú a una muchacha que se llama Maclovia Nelson?

—interrogó el soldado craciano a la falsa gitanilla.

—Conozco muy pocas personas, hermoso caballero —dijo Rosalinda—, pero mi cristal mágico sabe mucho. Vamos a consultarlo.

La gitanilla hizo algunos pasos cabalísticos y tras un instante de recogimiento preguntó al soldado

—¿Esa muchacha que buscas es alta, rubia, de ojos azules y viene de una gran ciudad?

—Continúa —ordenó el craciano.

Rosalinda fijó sus ojos en el cristal mágico y prosiguió:

—Esa muchacha ha viajado de pueblo en pueblo con dos niños de la mano. Ahora ha subido a un tren muy largo... Es un tren que se arrastra como una serpiente por empinados cerros...

—Continúa —ordenó el craciano.

Rosalinda fingió que la voz del soldado la había asustado mucho y de sus manos cayó al suelo la bola de cristal, rompiéndose en varios pedazos.

—No puedo continuar —expresó la falsa gitanilla—; el espejo mágico se ha roto.

—Está bien —dijo el craciano—. Continúa la función.

La gitana *Buenaventura*, presentada por el director del circo Paccini, subió entonces al estrado y comenzó a decir la suerte a los que se aproximaban al proscenio.

De súbito se oyó una voz chillona y estridente. Una mujer gritaba agitando sus brazos entre la concurrencia:

—Esa mujer no es gitana... Es una impostora... La reconozco... Es Maclovia Nelson.

Rosalinda reconoció la voz chillona y maléfica de Lulú Milstein. Volviendo sus miradas hacia los entretelones, Rosalinda divisó a los soldados cracianos que venían a prenderla.

Otra vez Lulú Milstein causaba la desgracia de Rosalinda.

(CONTINUARA)



La falsa gitanilla decía la suerte a los crédulos aldeanos.

Ponchito

por nato



NATO.

LA HIJA DE LAS ISLAS



CAPITULO IX.—*Una novia inesperada.*

Jim y Akena fueron contratados para actuar en un programa de televisión. La romántica y extraña historia de sus vidas se difundió por el mundo entero.

Venciendo su timidez, Akena había aceptado aquel contrato. Cuando la veía indecisa o aterrada, Jim exclamaba:

—Ten valor, Akena. Las transmisiones servirán para que alguien me reconozca. Entonces sabré quién soy y te ofreceré mi nombre y mi vida.

La niña isleña sentía que sus temores se desvanecían. Con una sonrisa confiada se situaba ante el micrófono, las cámaras y las luces. Lograba dominar su deseo de ocultarse, de no hablar, de cerrar los ojos para imaginar que estaba otra vez en su isla.

—Ten valor, Akena.



Jim comprendía que ella necesitaba reunir todo su valor para actuar en público. Y si aceptaba aquel sacrificio era sólo por él, por ese aviador desconocido y amado que un día apareció en el cielo de Tahoa y que la había conquistado para siempre. Al tercer día de su llegada a Nueva York, Akena recibió la visita de una mujer rubia, de gesto altanero.

—Quiero ver a Jim Denis —dijo, observando con aguda mirada a la hija de las islas.

—¿Jim Denis? —balbuceó Akena, sintiendo que su corazón latía con fuerza.

—No me diga que no lo conoce —replicó la visitante, con expresión burlona—. La he visto junto a él, refiriendo la conmovedora historia de su accidente aéreo y de su idilio en una isla de los mares del Sur.

—¿Quién es usted?

—Le aseguro que la respuesta es emocionante —continuó la desconocida, con sarcástica sonrisa—. Tal vez le sirva para dar mayor dramatismo a su novela: soy la novia de Jim Denis.

La mirada de Akena se nubló y un frío mortal invadió su cuerpo. Las palabras de su enemiga vibraban lúgub्रemente en sus oídos.

—¿Puedo ver a mi prometido, o usted se negará a decirme dónde está? —prosiguió la visitante—. Dígale que Tina Flow lo espera. Mi nombre le traerá recuerdos sentimentales que le ayudarán a recobrar la memoria.

Akena continuaba inmóvil.

—Quiero ver a Jim Denis —dijo la desconocida, con altanería.



—Tal vez usted necesite pruebas para convencerse —añadió Tina—. Examine mi argolla de compromiso. Tiene grabado el nombre de Jim. También guardo algunas cartas. ¿Quiere leerlas?

—No..., no... —gimió Akena—. Jim vendrá pronto.

Cegada por las lágrimas, corrió hacia el traspatio, donde estaba el leoncillo Taio y salió con él.

Al cruzar la puerta de calle fué detenida por su agente Parson, que llegaba en ese momento.

—Akena —exclamó él, sorprendido—. No puede caminar con Taio por las calles. Es peligroso.

De súbito advirtió huellas de lágrimas en el bello semblante.

—¿Qué sucede?

Akena, sin responder, intentó proseguir su camino. Pero Parson la detuvo.

—Akena —insistió con firmeza—, comprendo que algo la ha trastornado. Le ruego que se tranquilice, que reflexione. Si insiste en caminar, la acompañaré. Pero le aconsejo que regrese. El león provocará desorden y pánico en las calles. La policía intervendrá y tal vez..., tal vez se vea obligada a disparar contra Taio para restablecer la calma.

La visitante sonrió sarcásticamente.



Este último argumento convenció a Akena. La idea de que expondría a Taio a un grave peligro, le devolvió la serenidad.

—Gracias, señor Parson. Volveré al hotel, pero... no quisiera encontrarme con Jim. Parson disimuló su asombro.

Más tarde, cuando Akena le relató la visita de Tina Flow, una sombra de preocupación cruzó por sus ojos.

—Puede tratarse de una impostora —sugirió—. Convendría investigar...

—No. Me niego a ver otra vez a Jim. Quiero volver a Tahoá. Parson protestó:

—¡Nunca! Usted no pertenece a ese ambiente primitivo. No es justo que se destierre voluntariamente.

Meditó algunos instantes y en seguida propuso:

—Una productora de cine está interesada en filmar su historia. El héroe se elegirá entre los actores de Hollywood, alguno que se parezca al verdadero Jim. Ese contrato le servirá para alejarse de él y al mismo tiempo le proporcionará recursos para vivir, ya que su herencia aún está tramitándose.

Mientras tanto Jim se enfrentaba con Tina Flow. Ella, al verlo, se lanzó a sus brazos, exclamando:

—¡Jim! ¡Querido Jim!
El la apartó, desconcertado.
—Soy Tina Flow. ¿No me re-
cuerdas?
La supuesta novia se enjugó
unas lágrimas imaginarias, agre-
gando:

—¿Es posible que me hayas ol-
vidado tan fácilmente? En
cambio tu nombre está graba-
do en mi corazón, Jim Denis.
El joven se estremeció al oír su
nombre. Vagas remembranzas
luchaban por ocupar su mente.
—Eres hijo único de Robinson
Denis —añadió la voz insinuan-
te—. Viajabas en tu avión par-
ticular, acompañado de Hugo Sander.

El rostro de Jim estaba pálido y en sus ojos fulgía una vacilante
llamarada.

—¿Aún no recuerdas, Jim?

—Sí, Tina. Eras la novia de Hugo.

Con una expresión de horror ella protestó:

—Soy tu novia. Estás confundido.

—Debe tratarse de un error —pronunció Jim, fijando su mirada
en aquellos ojos azules que se
alzaban hacia él con expresión
dolorida.

—Perdóneme. Debo hablar con
Akena.

Se apartó de su inesperada no-
via, dirigiéndose hacia la ofi-
cina del administrador.

—¿Dónde está Miss Akena?

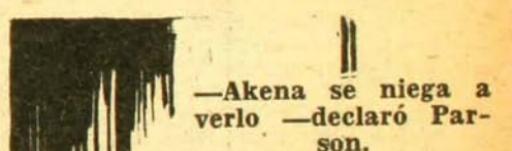
—La vi pasar con su agente,
el señor Parson.

Cuando Jim intentó hablar con
Akena, Parson le cerró el paso,
diciendo

—Se niega a verlo, señor Denis.
(CONTINUARA).



—¿Dónde está Miss
Akena?



—Akena se niega a
verlo —declaró Par-
son.

GRAN CONCURSO

Standard Electric



DISCOS **pulgarcito**

Y SIMBAD

"la mejor revista infantil"

Tres letras forman el nombre del río más importante del Norte Grande de Chile. ¿Podrías decírnos a cuál nos referimos?

Envía tu respuesta a casilla 84-D, INCLUYENDO EL CUPON, y podrás participar en el Gran Sorteo Semanal de 12 Discos PULGARCITO, irrompibles, en bellísimos colores, con temas infantiles. Además, se sorteará UN REGIO TOCADISCOS, Suscripciones a SIMBAD, Libros y Premios en DINERO.

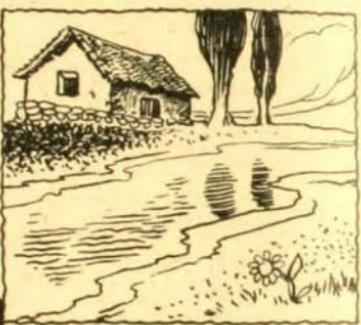
Distribuidores exclusivos

Standard SE Electric

Responsable por el prestigio

Técnica mundial de la

SE



Un producto

SHYF

Solución a "SIMBAD" 269: La obra cumbre de la literatura española es "Don Quijote de la Mancha", y su autor es don Miguel de Cervantes. Entre los lectores que enviaron soluciones acertadas, resultaron favorecidos los siguientes: CON UN TOCADISCOS STANDARD ELECTRIC: Edgardo Nilo, Chillán. CON UN SOBRE DE TRES DISCOS PULGARCITO: Roberto Báez, Stgo. CON UN DISCO: Ema Villarroel, Los Andes; María Contreras, Hospital, Champa; Osvaldo Saavedra, Stgo.; Silvio Medone, Valparaíso; María Cecilia Cortés, Stgo.; María Iribarra, Lota Bajo; Rebeca Rivera, Coronel; Sergio Osorio, Stgo.; Patricia Nilo, Rengo. CON UNA SUSCRIPCION TRIMESTRAL A "SIMBAD": Gladys Ferreyra, Lota Alto; Hernán Almendras, San Vicente de Tagua-Tagua; Rosa Röling, Los Angeles; Ibis Sepúlveda, Chillán; Erika Maurer, Stgo.; Odita Riveros, Osorno. CON \$ 50.—: Nelly Poillot, Stgo.; Elsa Ahumada, Rancagua; Mauricio Cereceda, Viña del Mar; Gloria Vargas, Rancagua. CON UN LIBRO: Wanda Freire, Los Angeles; Inés Bravo, Osorno; Margarita Carrillo, Stgo.; Enrique Miranda, Stgo.; Lidia Leal, Millantú; María Román, Stgo.; Irma Gómez, Talcahuano; Augusto Portales, Temuco; Victoria Fuentes, Stgo.; Gabriela Llanos, Concepción.

CUPON DEL CONCURSO Semanal

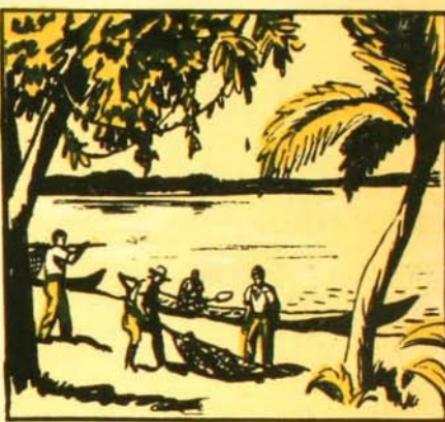
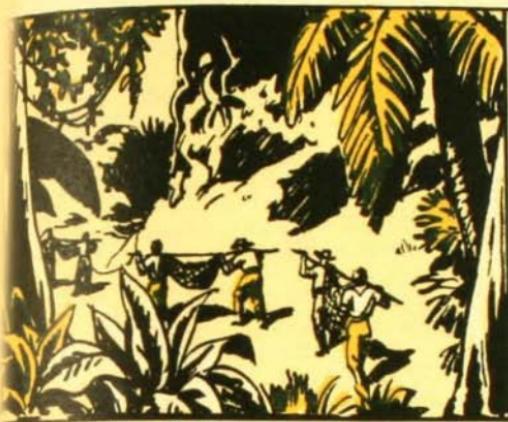
Standard SE Electric

SIMBAD N.º 271

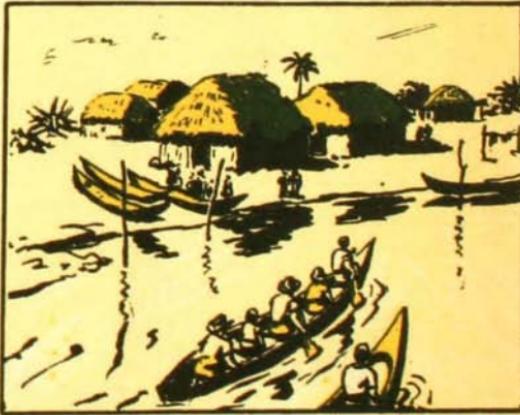
Los lectores de provincia recibirán sus premios por correo. Los de la capital, deben retirarlos en nuestras oficinas, Av. Santa María 076, 1er. piso.

Empresa Editora Zig-Zag, S. A. -- Santiago de Chile, 1954.

Juan y Juanita



3. El autor de aquel secuestro era el cómplice de Rulan. Sus secuaces colocaron a los niños en hamacas y la siniestra caravana se alejó, atravesando la jungla. No tardaron en llegar a un lago, donde les aguardaban dos piraguas. Rulan aprobó: "—Buen trabajo, Ricardini".



4. Cuando los efectos del soporífero se desvanecieron, los niños reconocieron a Ricardini. "—¡Bandido! —exclamaron—, ¿a dónde nos llevas?" Ricardini dijo con cinismo: "—A una aldea africana, donde conocerán a un amable señor llamado Rulan quien desea abrirles las puertas de la fama".

(CONTINUARA)

PELUSITA

POR NATO



Simbad

N.º 272



ELENA POIRIER

\$ 10.-

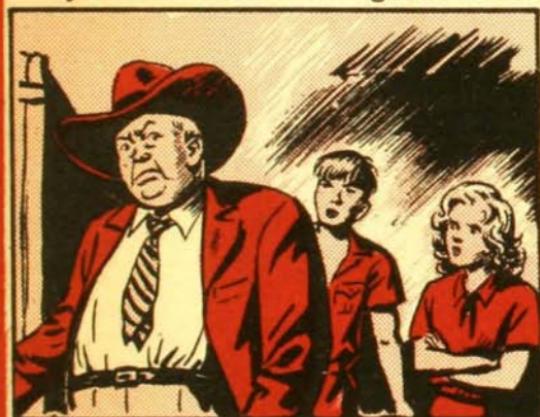
LOS TRES HERMANOS

Juan y Juanita

CAPITULO L.—PRISIONEROS EN UNA ALDEA AFRICANA



1. Juan, Juanita, Mincho y Tilín habían sido raptados por el productor de cine Leopoldo Rulan, quien deseaba arruinar a su competidor Samuel Fox. Les hizo conducir a una aldea africana y les dijo: "—Fox está en quiebra. Yo les ofrezco un sueldo mejor y les convertiré en figuras célebres".



2. "—Y a mí me gustaría convertirle la nariz en una alcachofa —repuso Tilín, indignado—. Es usted un traidor." Juan y Juanita respondieron también con altivez a la propuesta de Rulan y en cuanto a Mincho quería propinarle un puntapié. Sus amigos le contuvieron y Rulan se retiró furioso.

(Continúa en la penúltima página.)

Simbad

AÑO VI — 17-XI-1954 — N.º 272

Directora:	Elvira Santa
Cruz (Roxane)	
Suscripción anual:	\$ 490.—
Semestral:	\$ 250.—
Recargo por vía certificada:	Anual: \$ 21.— Semestral: \$ 11.—
Extranjero:	
Anual:	U.S.\$ 2,10
Semestral:	U.S.\$ 1,05
Recargo por vía certificada:	Anual: U.S.\$ 0,20 Semestral: U.S.\$ 0,10



Los tres hermanos

Una vez vivían juntos tres hermanos que tenían por única fortuna un peral. Mientras uno quedaba junto al árbol, los otros dos iban a trabajar.

Cierto día un genio, transformándose en mendigo, se acercó a aquel de los hermanos que estaba ese día al cuidado del peral, y le pidió algo para comer. El doncel le ofreció una pera, diciendo: —Toma esta fruta; de las de mis hermanos no puedo darte nada. El mendigo le dió las gracias y se marchó.

Al día siguiente, cuando el otro hermano estaba de turno para guardar el peral, llegó el genio otra vez para pedir algo para comer. El hermano arrancó una pera de las suyas y la ofreció al mendigo, diciendo:

—Esta pera te la doy de la parte que me pertenece. Las peras de mis hermanos no puedo ofrecértelas...

El genio, después de agradecérselo, desapareció.

Y también el tercer día ocurrió lo mismo que los anteriores. El tercer hermano también dió al pordiosero una pera de las de él, sin tocar la propiedad de sus hermanos.

El cuarto día el genio se transformó en un duende y fué hacia la casa de los tres hermanos, a una hora muy temprana. Los encontró a los tres en casa, y les dijo:

—¡Venid conmigo!

Los hermanos le siguieron.

Cuando llegaron a un arroyo, cuyas aguas corrían formando cascadas, el duende preguntó a Renio, el mayor de los hermanos:

—¿Qué desearias que se produzca ahora?

—Que esta agua se convierta en vino y que me pertenezca — respondió aquél.

El duende hizo un signo y el agua se transformó en vino. Y en la orilla del arroyo aparecieron casas y muchos obreros que trabajaban en la tarea de recoger y envasar el vino.

—He aquí lo que has deseado —dijo el duende.

Con los otros dos jóvenes siguió caminando y pronto llegaron a un prado poblado de palomas. Entonces el genio preguntó a Lino, el segundo hermano:

—¿Qué desearias que se produzca ahora?

—Que estas palomas se vuelvan ovejas y que me pertenezcan.

El duende extendió la mano y todas las palomas se convirtieron en ovejas. Aparecieron también cabañas de pastores.

—Aquí tienes lo que has deseado; quédate en este lugar y vive feliz —dijo el duende.

Continuó su viaje con Arcel, el hermano menor. Después de una larga caminata, le preguntó:

—¿Y tú, ¿qué desearías?

—Una esposa noble de corazón, inteligente de espíritu y hermosa de aspecto.

Caminaron mucho tiempo, hasta llegar a una ciudad donde vivía el rey, cuya hija era noble de corazón, inteligente de espíritu y

hermosa de aspecto. Fueron derechos al palacio real para pedir la mano de la princesa. En el palacio encontraron a dos reyes de países vecinos que ya habían puesto una manzana cada uno en la mesa, como señal de que iban a pedir la mano de la joven. Nuestros viajeros también pusieron su manzana junto a las otras.

Después de haber echado una mirada a los visitantes, el rey dijo: —¿Qué vamos a hacer ahora? Estos dos son reyes, y estos otros parecen mendigos.

De pronto, ante los ojos asombrados de los presentes, la fruta dejada por Arcel se convirtió en una manzana de oro.

En consecuencia, el rey concedió al menor de los tres hermanos, la mano de su hija.

Luego de la bendición, el genio condujo a los recién casados en medio de un bosque, y allí los dejó.

Corrieron los días y pasaron los meses, y, al año, el genio decidió visitar de nuevo a los tres hermanos.

Primero visitó a Renio, y le pidió le diera un vaso de vino.

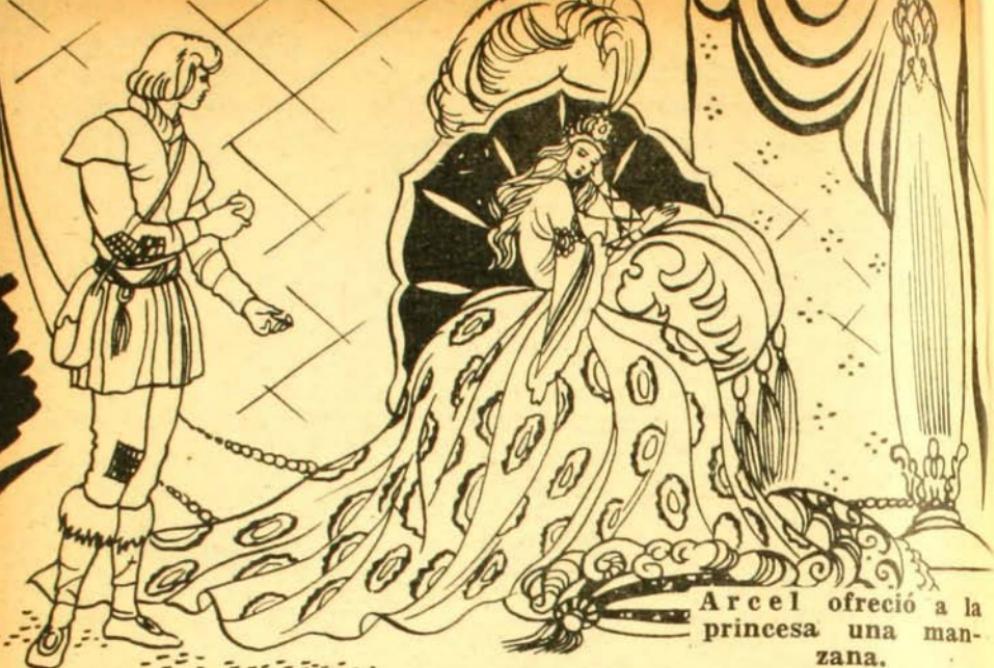
GRANDES PREMIOS PARA LOS NUMEROS DE PASCUA Y AÑO NUEVO...

"Simbad" ofrece a sus lectores, como premio del concurso semanal, 20 suscripciones a la revista "Simbad".

Premios de \$ 100.— y \$ 50.—. Juguetes, libros y los tocadiscos y discos Pulgarcito, de Standard Electric.



El segundo hermano se convirtió en el dueño de numerosas ovejas.



Arcel ofreció a la
princesa una man-
zana.

—Si yo diera de beber mi vino a todos los vagabundos, no me quedaría ni una gota para mí —contestó Renio.

Instantáneamente, el vino se transformó en agua.

—La fortuna no es para ti —declaró el genio—. ¡Vete bajo tu peral y guárdalo bien!

Luego fuése en busca de Lino, y, cuando lo halló, le pidió que le diera un trozo de queso.

—¿Un trozo de queso? —respondió—. Si yo diera a todos cuantos pasan un trozo de queso, me arruinaría.

Y las ovejas se convirtieron nuevamente en palomas, y volaron hasta perderse de vista.

—Esto no es para ti —dijo el genio—. Vete bajo el peral y ayuda a tu hermano a guardarla.

Por último, fuése en busca del hermano menor, a quien halló en una misera cabaña, viviendo feliz y contento con su esposa. Les pidió hospitalidad por aquella noche, a la cual ellos accedieron gustosamente.

Pero, ¿sabéis qué había para comer? Prestad atención y veréis si eran pobres en verdad.

La princesa, a falta de trigo, molía en un mortero la corteza de los árboles, y, amasándola con agua, cocinaba el pan.

Aquella noche también amasó un pan de cortezas de árbol, y cuando fué a ver si estaba ya cocido, al abrir la puerta del horno, se llevó la sorpresa más grande de su vida. En lugar del mísero pan que ella había amasado, había un hermoso pan de trigo, digno de la mesa de un rey.

Entonces el genio hizo un gesto, y la cabaña se transformó, en un abrir y cerrar de ojos, en un palacio.

Así fué cómo recibieron su premio los humildes y su castigo los orgullosos.

Correspondencia

LUCRECIA VERA, GUILLERMO SOLAR, ROSA TORRES. Como ustedes pueden advertir, los premios se han aumentado y hay gran entusiasmo por los tocadiscos y grabaciones con temas infantiles.

IVAN PACHECO, JAIME NEIRA. Dos asiduos lectores de la pequeña gran revista "SIMBAD" que están entusiasmados con la serial "Príncipes Fugitivos" y "Solak, el Perro Lobo". Gracias por sus felicitaciones en el 5.^º aniversario.

JUAN B. ROJAS, WALTER HERNANDEZ. El sorteo en el concurso es como una lotería. Algun día tendrán suerte si perseveran. Nato y Elena Poirier agradecen sus elogios.

BERNARDA OLEA, ARNOLDO VERGARA, JAIME MUÑOZ. Nos complace sobremanera que sean ustedes admiradores de esta pequeña gran revista, que deleita a todos los niños de Chile.

OLIVIA VILLALOBOS, CARLOS ESCOBAR. El triunfo absoluto de "SIMBAD" se debe a sus numerosos lectores que hacen de esta revista su lectura preferida. Nos complace saber que tanto les agrada, "Solak, el Perro Lobo" y los "Príncipes Fugitivos".

LUIS TORRES LLANOS. Se le envió su premio de una subscripción trimestral.

MONICA ORTEGA, MARIA VILLARREAL. Estamos tratando de aumentar los premios, a fin de que sean ustedes complacidos en sus deseos.

JORGE MOLINA, MARIA SUSANA CALVO, JAIME Y JUDITH REYES. Atentos estamos en complacer a ustedes y ofrecerles variadas lecturas como lo solicitan. Gracias por sus felicitaciones para la pequeña gran revista "SIMBAD".

SYLVIA TAPIA, JORGE RIVAS. Envían sus felicitaciones a Elena Poirier y Nato y a las seriados "Solitario Bill", "Príncipes Fugitivos" y "Solak, el Perro Lobo".

HIPOLITO OLIVARES, SYLVIA ERDMANNS. Se fascinan con el "Fantasma", "Ponchito" y "Pelusita". Los premios se han aumentado y hay entusiasmo por los tocadiscos y grabaciones. Esperen el gran premio venidero.

ARNOLDO VERGARA, ROSA TORRES, MANUEL MUÑOZ. Agradecemos sus felicitaciones por el 5.^º aniversario de "SIMBAD" y los fervientes votos que hacen por su creciente éxito.

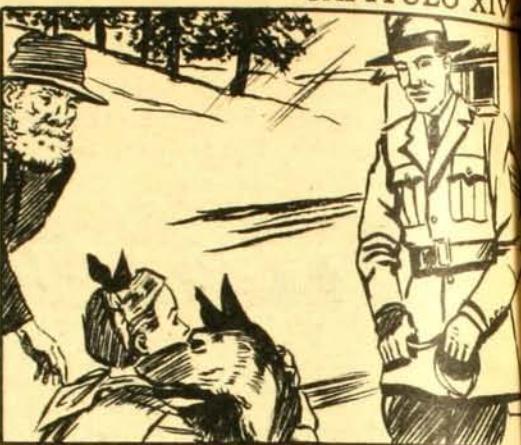
ERNESTO GROVE. Aceptada su insinuación. Ya verá los resultados próximamente.

ROXANE



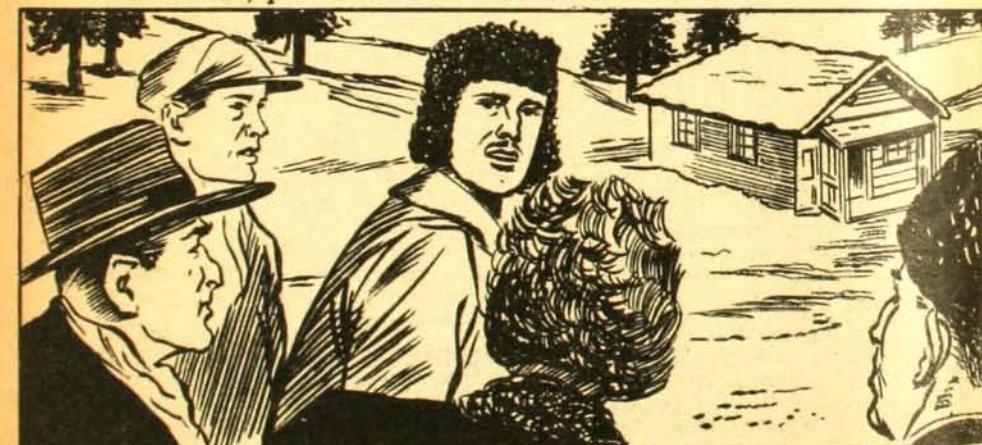
SOLAK EL PERRO LOBO

CAPITULO XIV
LOBO O PERRO?



1. Solak, el perro lobo, sería sometido a un juicio. Dalia Ken era su defensora. El cazador Pierre Lacoste, que odiaba a Solak, estaba decidido a lograr la condena del rey de los lobos. El sargento Rex Blake actuaría como juez. "—No temas, Solak", murmuró Dalia, pero ella temblaba de ansiedad.

3. Se constituyó el tribunal, presidido por el sargento de la policía montada. Dalia y su abuelito ocuparon el banco de los defensores. En el bando opuesto se situaron Lacoste y sus compañeros. Solak, atado al muro, tenía sus ojos fijos en Dalia. Su instinto le decía que estaba en peligro.



2. Pierre tenía en su poder una prueba que sería fatal para el acusado. A fin de asegurar aún más su triunfo, habló con los demás cazadores y tramperos. "—El lobo es culpable —decían todos, convencidos—. Es una amenaza para la comarca y debe desaparecer. No habrá piedad para él."



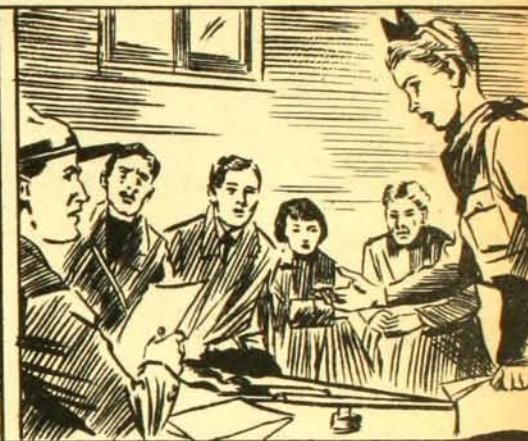
4. Sin embargo, permaneció tranquilo. Blake pronunció: "—En este juicio se decidirá si Solak es un lobo peligroso que merece recibir una bala, o un perro indefenso que tiene derecho a vivir junto a sus amos. Dalia, inicia la defensa". Dalia se levantó, pálida y temblorosa.



SOLAK EL PERRO LOBO



5. Luego de acariciar la cabeza del perro lobo, no se sintió indecisa ni atemorizada. Habló con voz firme y clara: "—Sargento Blake, estimados vecinos, sé positivamente que Solak no es un lobo. Hay muchos detalles que lo demuestran. Cuando lo liberté de la trampa, no me mordió".



7. "—Sólo ella ha visto esas escenas... o las ha inventado", añadió pérfidamente. "—Es verdad", susurraron los asistentes. Dalia exclamó: "—Tengo testigos de otras acciones de Solak, las cuales demuestran que no es un lobo. Por favor, sargento, llame a declarar a Monina Farley".



6. "—La ferocidad de un lobo no se atenúa porque un ser humano lo salve de una trampa. Más tarde, me libró de morir bajo un alud de piedras y nieve." Un murmullo de asombro recorrió la sala ante esas declaraciones. Pierre gritó: "—¿Quién puede probar que Dalia está diciendo la verdad?"

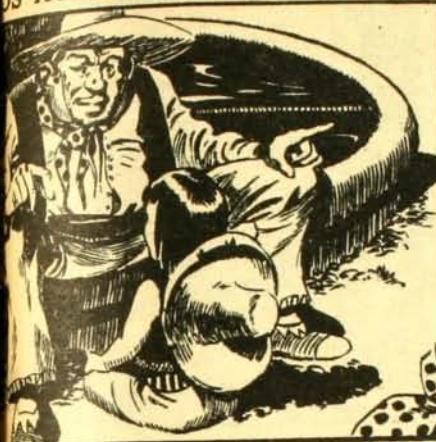


8. Solak oía con atención. Entre aquellas voces, sólo dos no resonaban con odio: la de Dalia y la del policía. Cuando Monina avanzó con timidez, Dalia le dijo: "—¿Recuerdas que Solak te salvó de una manada de lobos? El impidió que las fieras atravesaran el puente para atacarte".

(CONTINUARA)

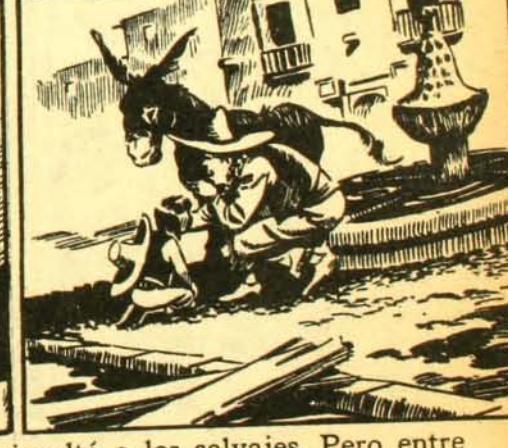
Pepito el justiciero

CAPITULO II.—LOS AUDACES



1. Pepito se había dirigido solo a la villa de Santos, para buscar a su padre. En el camino halló a un borriquillo, que insistió en seguirlo. Descansaban en la plaza, cuando un hombre se acercó a ellos gritando: "—¡Chico! Por fin apareces, orejas largas. ¿Tú lo encontraste?", preguntó a Pepito.

3. "—¿Buscas a Pedro Cardas? —interrogó Pancho Robles, y su voz estruendosa se debilitó—. Caramba, tu papá está en una situación difícil. Verás, chamaco. El estaba vendiendo sus flores y frutas, cuando una partida de jinetes irrumpió en la plaza. Los caballos pisotearon la mercadería de Pedro.



2. "—Sí, señor —contestó el niño—. Vagaba solo y..." El hombre interrumpió: "—Y lo trajiste contigo, porque te dió pena dejarlo abandonado. Eres un buen muchacho y palabra de cuate que puedes pedir lo que quieras a Pancho Robles". Pepito le refirió entonces su tragedia.

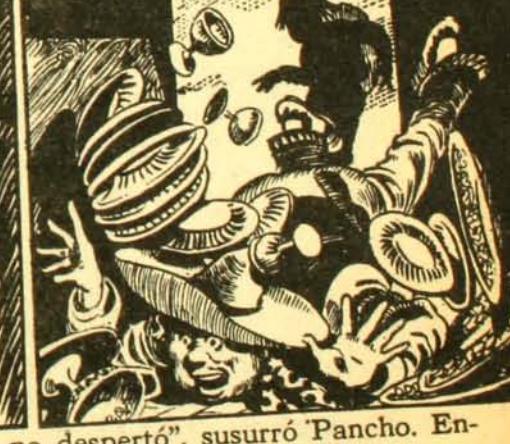
4. "—El, justamente indignado, insultó a los salvajes. Pero entre ellos estaba el gobernador, quien ordenó que Pedro fuera conducido a la cárcel. Pues ni modo de sacarlo." Al ver que las lágrimas inundaban los ojos de Pepito, añadió: "—No chilles más. Pancho Robles y Pepito lo sacarán".

Pepito el justiciero



5. Concertaron un plan, y aquella tarde el soldado de guardia vió acercarse a un pequeño jinete que, cuando estuvo delante de él, le hizo muecas. Eran tan extrañas, que se quedó asombrado mirándolas... hasta que un puño pesado como una piedra cayó sobre su cabeza, derribándolo.

7. Pepito escaló el muro con gran agilidad, sosteniéndose de las hiedras. Pero la enredadera se desprendió por completo cuando Pancho intentó subir. El amigo de Pepito cayó a tierra. "—Baja, chamaco —ordenó furiosamente—. Tenemos que buscar otra entrada. Esta no sirve."



6. Como ustedes ven, Pancho Robles había atacado por la retaguardia. Ató en seguida al centinela, escondiéndolo en la garita y dijo: "—Apurémonos, chamaco, antes de que venga el guardia de relevo". Atravesaron corriendo el extenso parque y llegaron hasta el palacio del gobernador. Había una ventana abierta.

8. "—Menos mal que el viejo no despertó", susurró Pancho. Encotraron una puerta abierta y entraron cautelosamente. Atravesaron a oscuras las habitaciones. De pronto Pancho tropezó con algo y una montaña de vajilla de plata cayó sobre él. Si el gobernador no estaba muerto, debía haber oido ese estruendo.

(CONCLUIRA)

El fantasma

TERRIBLÍN, EL FANTASMITA, HA LOGRADO PONER EN FUGA A UN EJÉRCITO ENVIADO POR EL DUQUE DEL CHAPE CONTRA EL CASTILLO DE BALO. SÓLO ALGUNOS SOLDADOS CONSIGUEN ESCAPAR...



TERRIBLÍN NO SABE COMO DETENER A SU BRIOSA Y TERCA CABALGADURA ...



PIMENTÓN, EL MAESTRO COCINERO, SALE DE SU COCINA.



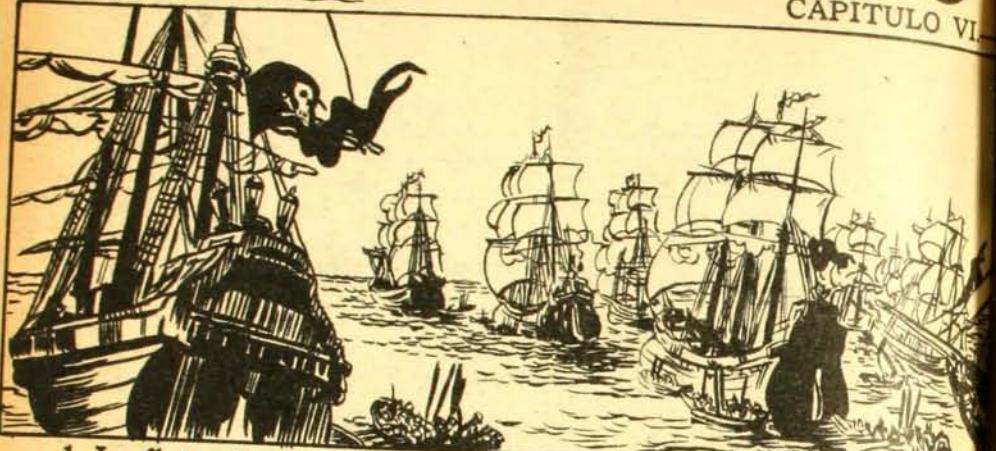
DE PRONTO, UNA AVALANCHA INUNDÁ LA GALERÍA.





EL CORSARIO NEGRO

CAPITULO VI
DESEMBARCO

1. La flota pirata, comandada por los bucaneros más temibles del Caribe, fondeó a dos millas de Maracaibo. Las chalupas con los hombres de desembarco fueron lanzadas al agua. Los tripulantes iban armados con fusiles y sables de abordaje. "—¡Naves al paíro!", se oyó gritar.

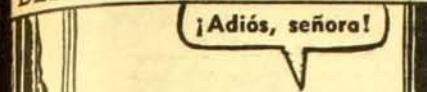
Maracaibo, ha llegado tu hora final.



Corsario Verde y Corsario Rojo, por fin dormiréis en paz.



2. El Corsario Negro, el Olonés y Miguel el Vasco dirigían la escuadra. El Corsario Negro se presentó en la cubierta, y su segundo, Morgan, le informó: "—El Olonés dará la señal de ataque. Apresuraos, comandante". El joven se dirigió a la cámara para vestir su coraza. El instante decisivo había llegado:

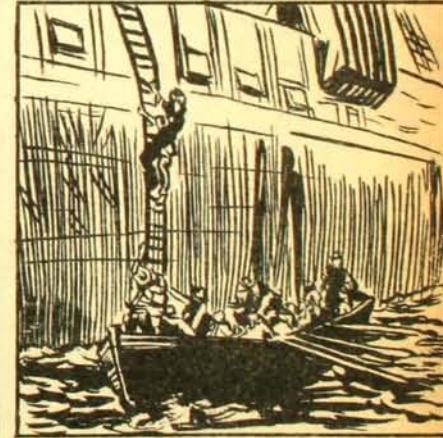


¡Adiós, señora!



No habéis respondido aún a mi pregunta.

3. Antes de abandonar el navío, dijo a Gracia Van Guld: "—No os alarméis. El "Rayo" se mantendrá a resguardo". Ella lo detuvo: "—Perdonad que insista. Decidme el nombre de vuestro mortal enemigo". El Corsario Negro respondió con voz apagada: "—Es vuestro padre, el duque Van Guld".



4. Salió precipitadamente de la cámara, sintiendo su corazón desgarrado por el grito de Gracia Van Guld. No la vió caer desvanecida. Pálido como un espectro, con el semblante contraído, se reunió con sus hombres. Las chalupas surcaron el agua, mientras en el fuerte español se iniciaba el fuego.



EL CORSARIO

NEGRO



¡Adelante, hombres del mar!



¡Malditos! No nos detendrán.

5. No obstante el furioso cañoneo, arribaron a la costa las primeras embarcaciones de los filibusteros. Estos desembarcaron precipitadamente y se lanzaron a través de la espesura. Los españoles emboscados hacían fuego contra ellos, pero sin alcanzarlos porque se protegían detrás de los árboles.



¡Mil tiburones! Ya está el paso libre.

6. Después los cañones del fuerte arrasaron el bosque con huracanes de metralla. Los españoles emboscados allí, habían caido ya bajo los sables piratas. "—¡Por Belcebú! Perderemos muchos hombres", observó el Olónés, con ceñuda mirada. El Corsario Negro dijo: "—Es necesario abrir una brecha en la fortaleza".

Yo haré saltar a los españoles.



7. —Comprendo —asintió el Olónés—. Sería preciso colocar una mina en la parte baja de los bastiones. Pero, ¿quién afrontaría semejante peligro? Una voz gritó: "—¡Yo!" Era el marinero Carmaux, uno de los que ayudaron a Gracia Van Guld a embarcarse en el "Rayo". "—¿Eres tú, bribón?", exclamó el Corsario.



No temo a la pólvora.



¿Tú, bergante? ¿Un bribón que embarca grumetes desconocidos?

8. Carmaux no pestañeó: "—Sé que me habéis perdonado, comandante, y no tengo miedo a morir". El Corsario Negro replicó: "—No, no haré que te cuelguen de la verga mayor, pero irás a poner la mina y a hacerla saltar". Carmaux, con una expresión complacida, partió a cumplir la terrible orden.

(CONTINUARA)



Los PRINCIPIES FUGITIVOS

CAPITULO XI — Ricardo libera a Rosalinda.

Los cuatro soldados cracianos subían al proscenio del circo Pacini para arrestar a la falsa gitanilla.

—Señor sargento —suplicaba Carlo Pacini, deteniendo al soldado—, no interrumpa la función. Le juro que esa mujer que grita en platea es una loca.

—¡Atrás, saltimbanqui! —gritó el craciano, con brutalidad. En ese instante, Rosalinda, como animal acosado, pretendía escabullirse por entre las bambalinas del circo.

—Atajen a esa muchacha —vociferó Lulú Milstein—. Está tratando de huir.

La alarma de la perfida mujer no tenía objeto porque ya los cracianos rodeaban a Rosalinda y la capturaban.

Lulú Milstein saltó al proscenio, arrancó la peluca negra a la falsa gitana y, con su pañuelo, le quitó el tinte moreno de su rostro.

—Ahora verán que es cierto cuánto les comunique —dijo triunfante Lulú—. Me pertenecen los mil pesanos de recompensa por la captura de Maclovia Nelson.

RESUMEN.—La invasión del reino de Sovinia por los cracianos obligó a huir a los príncipes Igor y Anita en compañía de su intrépida institutriz Rosalinda. Les protege el joven Ricardo Zanetta, pero tienen por temible enemiga a Lulú Milstein. Los fugitivos han llegado al castillo del conde Silvester como refugiados. Manuel, el cómplice de Lulú Milstein, descubre la verdadera identidad de los príncipes, y Lulú les denuncia al enemigo. Ricardo Zanetta acude en busca de Igor y Anita, y parte con ellos a Korovan. Maclovia, disfrazada de gitana, logra huir también, pero su enemiga Lulú Milstein la delata a los cracianos.

—Una buena captura —expresó el soldado craciano—. Lulú Milstein, tendrás tu recompensa.

Los soldados cracianos condujeron a Rosalinda a un camión y la llevaron al cuartel de los invasores.

—Ya no podrás evadirte, muchacha —indicó un oficial craciano—. Responde a mis preguntas si no quieres sufrir el tormento.

¿Dónde están los príncipes reales?

Rosalinda levantó las cejas y fingió inmensa sorpresa.

—¿Príncipes reales? —preguntó con estupefacción—. ¿Qué son los príncipes reales?

—Sabes demasiado a quiénes me refiero —vociferó el craciano—. Responde... ¿Dónde los has ocultado?

Rosalinda no respondió. Ella desafiaba las consecuencias de su negativa; pero aún cuando la llevaran al suplicio, no entregaría a sus pupilos a las venganzas de esos malvados invasores de Sovinia.

El oficial se puso de pie y con voz tonante exclamó:

—Ya te haremos hablar, muchacha rebelde. Mañana llegará el comandante, quien es especialista para hacer hablar a los mudos. Sargent, encierra a la prisionera en un calabozo y no la pierdan de vista.

Rosalinda bajó con aire altivo hasta los sótanos del cuartel, y, al verse sola en la inmunda celda, experimentó atroz angustia. Ella había escuchado espeluznantes relatos sobre esos interrogatorios en los cuales se sometía a los reos a terribles torturas.

“Harán lo que quieran conmigo —se dijo la heroica niña—, pero yo no traicionaré ni a los príncipes, ni a Ricardo Zanetta.”

Determinada a conservar sus fuerzas para la lucha que se avecinaba, Rosalinda tendióse sobre un colchón, y durmió algunas horas.

A la madrugada despertó a causa de un golpe metálico en las baldosas de su celda. La débil luz del alba le permitió divisar en el suelo un pequeño puñal.

?

“¿Quién arrojaría esta arma por la ventanilla?”, pensó Rosalinda, llena de sorpresa.

Inclinándose recogió el puñal y descubrió que tenía un papel atado al mango.

“Debe ser un mensaje de Ricardo”, se dijo Rosalinda.

El mensaje decía así:

Ten valor, Rosalinda. Todo va bien y pronto saldrás de la prisión.

El pulso de la joven institutriz se aceleró. Era evidente que Ricardo Zanetta acudiría a salvarla.

—Cuando Ricardo forja un plan —murmuró Rosalinda—, siempre tiene éxito. Es un hombre maravilloso. Ya vendrá y... En ese instante sintió que descorrián los cerrojos del calabozo. ¿Sería su buen amigo Ricardo?

Grande fué su desengaño al ver que entraba un soldado craciano con la bandeja del desayuno.

—Tu último desayuno, muchacha rebelde —dijo el carcelero—. En media hora más llegará el comandante y entonces verás estrellas de siete colores.

Celebrando su grosero chiste, el soldado salió del calabozo.

Media hora después llegaba el comandante craciano al cuartel militar. Rosalinda oyó movimiento en la cuadra y voces de mando. De nuevo se descorrieron los cerrojos de la prisión, y esta vez apareció un individuo alto, de bigotes negros, capote gris y casco de acero.

—Una simple chiquilla —murmuró el comandante, mirando con severos ojos a la prisionera—. Me dicen que eres porfiada, pero yo poseo métodos excelentes para soltar las lenguas más obstinadas.

Rosalinda se recogió como un animalito a quien pretenden hacer mal.

—Ven conmigo —agregó el comandante, apretando el brazo de la joven.

Rosalinda tuvo que obedecer, pues el comandante la llevaba en sus garras como el águila a su presa.

Rosalinda iba pensando que tal vez habrían capturado a Ricardo y que su plan habría fracasado.

Al llegar al primer piso el comandante sonrió y dijo:

—Prepárate para una sorpresa.

Y, al decir esto, abrió una puerta que daba acceso al patio del cuartel. Había allí un coche con dos caballos.

—Sube a este carroaje —ordenó el militar a Rosalinda.

La institutriz de los príncipes de Sovinia no se movió.

—¿Adónde me lleva? —preguntó con voz angustiada.

Una risa juvenil y simpática dejó atónita a Rosalinda.

—¿A dónde iba a llevarte? —dijo el comandante—. Lejos de aquí. Vamos, sube al coche.

Entonces Rosalinda examinó más de cerca a su captor y descu-



—Sube al carro —ordenó el comandante craciano a Rosalinda.

brió que aquel sujeto se había despojado de sus bigotes y de la peluca gris.

—Ricardo —exclamó Rosalinda—. ¿Eras tú, y no el comandante que esperaban los cracianos?

—Sube —indicó Ricardo Zanetta—. No hay tiempo que perder. Pronto nos perseguirán.

—Ya nos persiguen —respondió Rosalinda, mirando hacia atrás—. Han dado la voz de alarma.

—Sujétate bien, amiga —ordenó Ricardo—. Tenemos que huir velozmente.

Dos soldados cracianos dispararon, pero Ricardo, haciendo vaines en el coche, evitó la catástrofe.

—Más ligero, más ligero —gritaba Ricardo a los corceles. Rosalinda ya había perdido todo temor. Parecía que, estando junto a Ricardo, ningún mal podía alcanzarle.

—Hay soldados en la puerta del parque —dijo la joven—. Allí nos atajarán.

—Pasaremos —declaró el valiente Zanetta—. Aún ignoran estos guardias tu fuga, y, al verme con el uniforme craciano, no se atreverán a oponerse a mi paso.

En efecto, los guardias cracianos, aunque algo asombrados por el extraño proceder del comandante, dejaron libre la vía.

Sólo momentos después llegaba a la puerta un mensajero gritando:

—Detengan ese coche. Es el espía Ricardo Zanetta que se lleva a la prisionera.

Por fortuna ya el coche se perdía de vista en un recodo del camino. Ricardo, que conocía palmo a palmo su país natal, condujo el carroaje por senderos apartados, y, oculto en ellos, dejó que pasaran sus perseguidores, sin advertir su presencia en la espesura del bosque.

—Ya podemos detenernos sin temor —dijo por fin Ricardo, quien, como ya dijimos, era miembro del Servicio Secreto de Sovinia.

—Ricardo —preguntó Rosalinda—, ¿dónde están los príncipes Igor y Anita?

—Están ocultos en una casa de campo y en buena salud —respondió Ricardo—. Pronto te reunirás con ellos. Ahora voy a referirte cómo llegué a tu prisión.

Ricardo Zanetta esperaba a Rosalinda en el mercado de Korovan, cuando oyó la noticia de su arresto. Inmediatamente urdió un atrevido plan.

—Yo sabía por cual ruta iría el comandante craciano —prosiguió el joven soviniano—; le esperé en un sitio solitario y le obligué a descender del carroaje con la punta de mi revólver. Después le encerré en la choza de un leñador y me vestí con su capote y casco. Lo demás fué fácil, pues siempre llevo en mi bolsillo bigotes, barbas y pelucas postizas.

—En verdad, la transformación era tan completa, que yo misma me engañé —dijo Rosalinda.

Poco después los viajeros seguían su camino hasta un pequeño puente sobre un riacho. Más allá del río se extendía una verde pradera al pie de la montaña.

—¿Divisas esa casa de campo entre dos sauces? —preguntó Ricardo a su amiga—. Allí están los príncipes de Sovinia. Yo les comuniqué que hoy irías a buscarles, y están felices. No les hagas esperar, Rosalinda.

—¿Vienes tú conmigo? —interrogó Rosalinda, al descender del coche.

—No —dijo Ricardo Zanetta—; tengo que cumplir otra misión. En esa casa estarán seguros. La dueña de la vivienda es mi amiga y una fiel súbdita de nuestro reino. Hay muchos sitios donde



—Los niños han desaparecido —dijo la anciana a Rosalinda.

pueden ocultarse sin temor, si alguien les persigue. Volveré en uno o dos días más.

—Ten cuidado —suplicó Rosalinda al despedirse de su amigo—. Tu vida es preciosa para mí.

—Siempre soy prudente —respondió Ricardo con su agradable sonrisa—. No olvides que veo por ti, Rosalinda, y, que tu recuerdo no se aparta de mis pensamientos. Adiós, y buena suerte. Estrechando la mano de Ricardo Zanetta, Rosalinda se alejó en dirección a la casa de campo.

Momentos después golpeaba a la puerta y una anciana de simpática fisonomía acudió a abrirle.

—Señora —preguntó Rosalinda—, ¿es aquí donde viven dos niños pequeños? Soy hermana de ellos.

—¿Su hermana? —exclamó la anciana con semblante acongojado—. Tengo malas noticias para usted, señorita. Los niños han desaparecido.

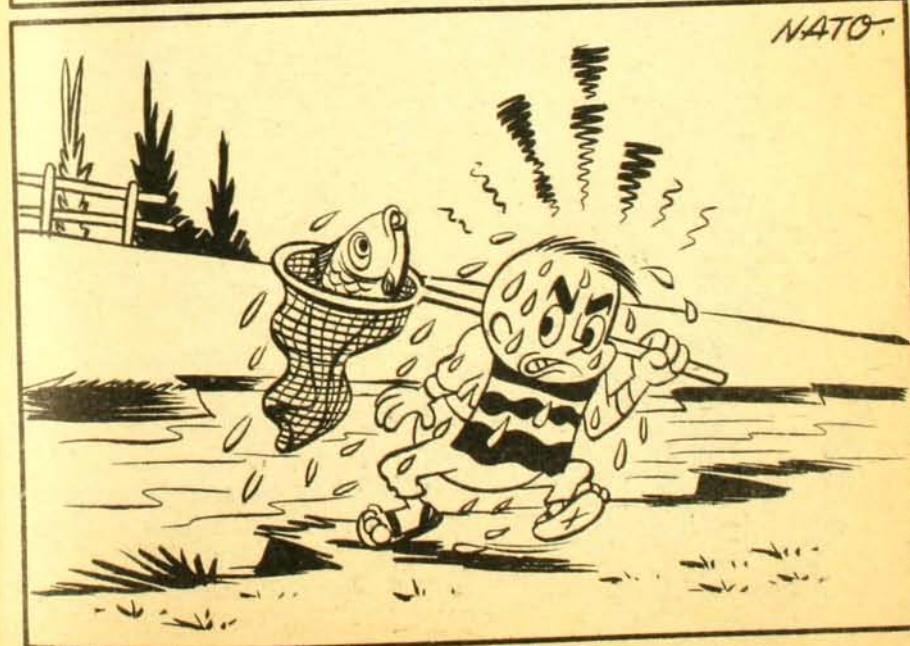
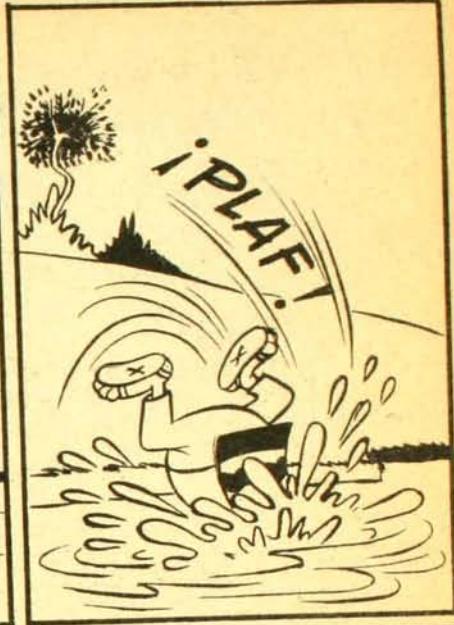
—¿No están aquí? —interrogó Rosalinda con desesperación—. ¿Qué les ha ocurrido?

—Lo ignoro —declaró la anciana—. Se fueron hacia el río ayer en la tarde y no han regresado. Mi hijo y yo les hemos buscado, pero han desaparecido.

(CONTINUARA)

Ponchito

por nato



LA HIJA DE LAS ISLAS



CAPITULO X.—La isla del recuerdo.

El funesto presentimiento que ensombreció el alma de Akena cuando el barco arribó a Nueva York, se había cumplido. La rubia Tina Flow apareció con su sonrisa burlona y sagaz, declarando que era la novia de Jim Denis, hijo único del millonario Robinson Denis.

Luego de evocar nombres y personas relacionadas con el joven aviador, Tina advirtió que él recobraba la memoria. Pero no se detuvo junto a ella, sino que se precipitó hacia la oficina del administrador, para saber dónde estaba Akena. Presentía que la niña se separaría de él.

En efecto, cuando Jim se enfrentó con el agente Parson, éste le dijo:

Akena escuchaba anhelante.



—Akena se niega a verlo. No insista, Jim.

—Debo hablar con ella —repitió él, con voz vehemente—. Hay un error que es preciso eliminar. Tina..., yo no recuerdo que sea mi novia.

—Sin embargo, luce un anillo de compromiso, con su nombre —replicó Parson fríamente—. Y mencionó unas cartas...

—Lo sé. Pero Akena debe confiar en mí, no abandonarme, esperar a que esta situación se aclare. Avanzó impetuosamente hacia la puerta. Parson se interpuso:

—No entre, Jim. Le he dicho que Akena rehusa verlo. Desde su refugio, la hija de las islas escuchaba, estremecida de ansiedad. ¿Abriría la puerta? Pero, ¿qué podía hacer Jim si estaba aprisionado en las redes de Tina Flow? Ya no era libre. Procurando que su voz no temblara, dijo:

—Perdona, Jim, que te hable a través de la puerta. No deseo verte, y espero no encontrarte más en mi camino.

El joven retrocedió como si hubiera recibido un golpe. Intensamente pálido, miró a Parson.

—Tenía usted razón —murmuró—. Adiós.

Y sin añadir otra palabra, se alejó.

Aquel día fué para Akena el más terrible de su existencia. Per-

No pudo conciliar el sueño.



maneció recluída en su habitación. Al llegar la noche, no pudo conciliar el sueño. Con la frente ardorosa, los ojos cegados por las lágrimas y el corazón oprimido, meditaba tristemente.

Al rayar el alba, ya había adoptado una decisión. Firmó el contrato con un productor de cine, conservando como agente a Parson. El programa de publicidad consultaba presentaciones en clubes. El leoncillo Taio la acompañaba, atado con una cadena de oro.

La nueva estrella fué presentada a la prensa. Una nube de admiradores la rodeaba cada vez que acudía a una fiesta o a un sitio público y los cazadores de autógrafos la perseguían.

—Es un éxito clamoroso —decían los productores entusiasmados—. Tiene adoradores fanáticos aún antes de que haya apare-

cido en la pantalla. Filmaremos una historia primitiva, con el sabor de un paraíso tropical.

Se sentían fascinados.

—Ambientaremos el tema en una isla de Nueva Zelanda —dijeron—. Hay detalles fascinantes. Por ejemplo, según las leyes de las islas, el hombre que ha sido herido puede adueñarse de toda la tierra que haya regado con su sangre. La leyenda de Maani, el pescador de mundos, es estupenda. Podríamos presentar a Akena como la hija del dios Maani.

Discutían acaloradamente sobre los temas, buscando historias ex-

trañas que tuvieran como marco las palmeras, los arrecifes de coral, los mares furiosos o apacibles, las danzas nativas, los ritos de religiones misteriosas, con los dioses Ra (la luz del día), Hine (la luna), Rehn (el espíritu del aire) y Poe (el genio de la noche y de la muerte).

Interrogaron a Akena sobre su aventura en la isla de Hanavave.

—Describa el aspecto del *ariki* (gran sacerdote) —indicaban—, debemos representarlo fielmente. Sabemos que no son sólo guardianes de templos, sino verdaderos jefes de tribus. Son personajes *tabú* o prohibi-



Akena firmó el contrato para actuar en cine.

dos, a quien nadie puede tocar sin riesgo de morir.

Al principio Akena se sintió absorbida por esas consultas y por el vértigo de la activa propaganda, pero el recuerdo de Jim se impuso de nuevo y comprendió aterrada que nunca podría olvidarlo.

Los jóvenes que se acercaban a ella para rendirle su homenaje la dejaban indiferente. La imagen de Jim aparecía como un fantasma entre el grupo de admiradores y era el más alto de todos, el que la miraba profundamente a los ojos y sonreía con ternura. A veces sus pupilas reflejaban la tristeza y Akena se estremecía.

La hija de las islas se presentó al público.



—Reflexione, Akena. Los productores iniciarán un pleito contra usted. Si no filma para ellos, sufrirán cuantiosas pérdidas.

—Parson, se lo ruego. Investigue en qué estado se encuentra mi herencia y pague a los productores. Compréndame, debo irme. Ya no puedo fingir más, ya no puedo ocultar mi desesperación... El fiel agente, impresionado por el dolor que vibraba en aquella voz, murmuró:

—Está bien, Akena. Prepararé su viaje.

—Miss Akena —decía alguien—, ¿a quién mira usted? Ella, turbada, murmuraba: —A nadie. Perdone.

Y la conversación proseguía. Sólo con un poderoso esfuerzo, lograba la niña alejar el recuerdo amado.

Procuró dominarse, pero un día confesó a Parson:

—Debo regresar a Tahoa. Sólo allí encontraré la tranquilidad que necesito.

El agente protestó:

—Ha firmado un contrato.

—Sí, pero no tengo fuerzas para continuar.

(CONTINUARA)

Jóvenes y gallardos admiradores la rodeaban.



GRAN CONCURSO

Standard Electric



DISCOS **pulgarcito**

Y SIMBAD

"la mejor revista infantil".

Contesta a esta pregunta:

¿En qué día y mes comienza la estación del verano?

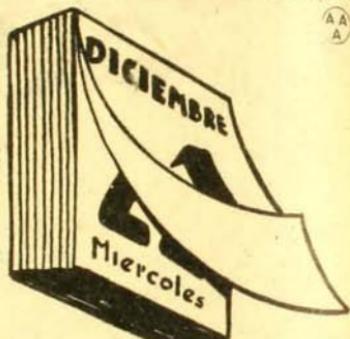
Envía tu respuesta a casilla 84-D, INCLUYENDO EL CUPON, y podrás participar en el Gran Sorteo Semanal de 12 Discos PULGARCITO, irrompibles, en bellísimos colores, con temas infantiles. Además, se sorteará UN REGIO TOCADISCOS, Suscripciones a SIMBAD, Libros y Premios en DINERO...

Distribuidores exclusivos

Standard SE Electric
COMPAGNIE
SANTANDERIANA
Tecnico mundial de la RELE

Respaldado por el prestigio

Tecnico mundial de la RELE



Un producto

SHYF

SOLUCION A "SIMBAD" 270: El cuento que representa la ilustración es RAPUNCEL.

Entre los niños que enviaron soluciones exactas, sorteamos a los siguientes: CON UN TOCADISCOS STANDARD ELECTRIC: Jaime del Campo, Los Andes. CON UN SOBRE DE TRES DISCOS: Walter Hernández, Chiguamente. CON UN DISCO PULGARCITO: A. Villalón, Valparaíso; Néstor Nicompil, Nueva Imperial; María Parra, Quillota; Rolando Muñoz, Parral; Juan Selman, Mulchén; Amelia Donoso, Santiago; Gumercindo Orellana, Temuco; Irma Gómez, Talcahuano, y María Román, Santiago. CON UNA SUSCRIPCION TRIMESTRAL: Laura Cifuentes, Santiago; Chita Arnún, San Vicente de Tagua-Tagua; Víctor Aguirre, Angol; Rodolfo Lanino, Viña del Mar; Angélica Weisser, Osorno; Raquel Lagos, Chillán. CON

\$ 50: Nora Guzmán, Santiago; M. Angélica Salinas, Santiago; Jaime Martínez, Purranque; Amador Sánchez, Santiago. CON UN LIBRO: Hugo Jiménez, Loncoche; Elda Cerenevier, Victoria; Lidia Sánchez, Quilpué; Luis Adasme, Molina; Juan Hermosilla, Nacimiento; Julia Troncoso, Santiago; Carmen Barros, Los Andes; Olga Cammás, Santiago; Fernando Pacheco, Coquimbo; Alberto Proust, Traiguén.

CUPON DEL CONCURSO Semanal

Standard SE Electric

SIMBAD N.º 272

Juan y Juanita



3. "—Tenemos que huir", decidió Juan. Mirando por una estrecha ventana vió a dos muchachos que pasaban cerca de la cabaña y les llamó. Respondiendo a las preguntas del prisionero, los niños declararon: "—El señor Rulan nos contrató, junto con otros compañeros del orfanato de Leopoldville".



4. Aquellos huérfanos eran belgas y se llamaban Bob y Len. Juan les explicó su situación y les preguntó: "—¿Nos ayudarían a escapar?" Bob asintió: "—Por cierto, aunque nosotros también estamos vigilados. Rulan es un hombre malvado que nos trata como a esclavos".

(CONTINUARA)

PELUSITA

POR NATO

¿ COMO TE LLAMAS NIÑITA ?



¡ PELUSITA, SEÑOR !



¿ Y QUE EDAD TIENES ?



¡ OCHO AÑOS !



¿ QUE TIENES OCHO AÑOS ?



¡ PERO SI NI SIQUIERA
ERES TAN ALTA COMO MI
PARAGUAS !



¿ Y CUANTOS AÑOS TIENE
SU PARAGUAS ?



NATO.

SIMBAJ

N.º 273

LOS PRINCIRES FUGITIVOS

\$ 10.-

TADEO
SERAPIA



Juan y Juanita

CAPITULO LI.—SALIDA POR EL TECHO



1. Juan, Juanita y sus amigos estaban prisioneros en una aldea africana. Rogaron a Bob y Len, dos niños belgas, que les ayudaran a huir. Ellos aceptaron, pero debieron alejarse rápidamente al oír pasos. El pérfilo Ricardini apareció en el umbral de la puerta. “—¿Qué complotaban con esos granujas?”, rugió.



2. —¿Con quiénes? —repuso Juan—. Nadie ha venido a visitarnos.” Ricardini se marchó, desconfiado. Al quedar solos, Mincho suspiró: “—¿Lograremos escapar? Rulan está tan furioso que es capaz de entregarnos a los caníbales”. Aguardaron con ansiedad que Bob y Len cumplieran su promesa. Ya anochecía.

(Continúa en la penúltima página.)

Simbad

AÑO VI — 24-XI-1954 — N.º 273

Directora:	Elvira Santa Cruz (Roxane)
Suscripción anual:	\$ 490.—
Semestral:	\$ 250.—
Recargo por vía certificada:	Anual: \$ 21.— Semestral: \$ 11.—
Extranjero:	
Anual:	U.S.\$ 2,10
Semestral:	U.S.\$ 1,05
Recargo por vía certificada:	Anual: U.S.\$ 0,20 Semestral: U.S.\$ 0,10



La liebre Y los cocodrilos

En aquellos tiempos en que los animales hablaban, vivía en la provincia japonesa de Inaba una liebre blanca. Habitaba en un islote llamado Oki y suspiraba por llegar a la isla de Inaba, que se divisaba en la distancia. Pero, ¿cómo atravesar el mar? Un día estaba, según costumbre, reflexionando junto al agua, cuando vió que se acercaba nadando un cocodrilo.

—¡Estoy de suerte! —se dijo la liebre—. Ahora podré cumplir mi deseo. Le rogaré al cocodrilo que me traslade a la otra costa. Pero no estaba segura de que el cocodrilo aceptara y decidió recurrir a un ardid en vez de pedírselo por favor.

Llamó, pues, al cocodrilo, gritando:

—¡Eh, señor cocodrilo! ¿Verdad que hace un día magnífico? El cocodrilo, que había salido a tomar el sol, ya empezaba a aburrirse un poco cuando la voz de la liebre rompió el silencio. No es, pues, de admirar que se acercase más a la orilla, satisfecho de tener con quien hablar.

—¿Cómo está, señora Liebre?

—Muy bien. ¿Quiere usted jugar conmigo un ratito?

El cocodrilo salió del agua y los dos estuvieron jugando un rato por la arena. Entonces la liebre le dijo:

—Señor cocodrilo, usted vive en el mar y yo vivo en esta isla. No nos vemos con frecuencia y apenas sé nada de usted. Dígame, ¿sus compañeros son tan numerosos como los míos?

—¡Ya lo creo! ¡Hay más cocodrilos que liebres! ¿No lo comprende?

de? Usted vive en un islote, mientras yo vivo en el mar, que se extiende por todo el mundo.

El cocodrilo estaba muy engreído y la liebre sugirió:

—¿Cree que sería posible reunir bastantes cocodrilos para formar una hilera que llegase desde esta isla a Inaba?

—¡Claro que sería posible! —afirmó el saurio.

—Pruébelo, a ver —dijo la liebre—, y yo contaré empezando por aquí.

El cocodrilo, que era muy simple y no tenía idea de que la liebre quisiera burlarse de él, repuso:

—Espere, mientras voy en busca de mis compañeros.

El cocodrilo se lanzó al agua y desapareció por algún tiempo. La liebre esperó con paciencia, hasta que vió surgir a multitud de cocodrilos.

—¿Ve usted, señora liebre? —gritó el cocodrilo—. Somos tantos, que podríamos llegar en una fila hasta la China y hasta la India. Los cocodrilos se colocaron de modo que formaban un puente desde el islote hasta Inaba. Cuando la liebre vió el puente de cocodrilos, exclamó:

—¡Estupendo! ¡No creí que fuese posible! Ahora permitid que os cuente. Para no equivocarme, pasaré, con vuestro permiso, sobre vuestros lomos hasta la otra orilla. Tened, pues, la bondad de no moveros, pues podría caer al agua y me ahogaría, lo cual sería una gran lástima.

Y la liebre, dando brincos, empezó a contar:

—No os mováis. Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete...

Y así la sagaz liebre cruzó el mar hasta la isla de Inaba. Y en vez de dar las gracias a los cocodrilos, se burló de ellos, diciendo:

—Necios cocodrilos, id con buen viento; ¡ya no os necesito!

Y hubiera escapado a todo correr. Pero no pudo hacerlo, porque los cocodrilos, al comprender que habían sido burlados, resolvieron vengarse. Algunos corrieron tras ella y la cogieron, la rodearon y le fueron arrancando el pelo a mordiscos, sin oír los lamentos de la desdichada.

—¡Para que aprendas a burlarte! —le decían entre mordisco y mordisco.

Y cuando no le quedó ni un pelo, la lanzaron a la orilla, donde la pobre liebre se quedó llorando, mientras los cocodrilos se alejaban riendo.

La liebre se estremecía de dolor y apenas podía moverse.

Entonces pasaron por allí unos hombres que parecían hijos del rey, y viendo a la liebre que lloraba a lágrima viva, se detuvieron para preguntarle qué le sucedía.

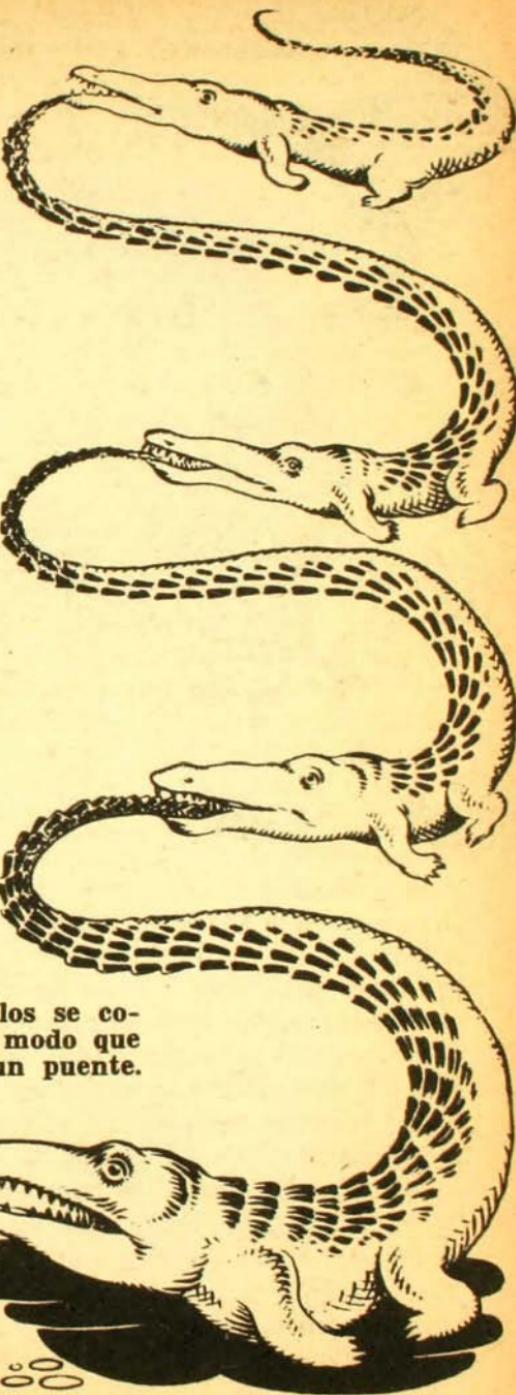
Ella contestó:

—He luchado con los cocodrilos y me han vencido y me han arrancado todo el pelaje, dejándome aquí abandonada y dolorida. Por eso lloro.

Uno de aquellos hombres tenía malos sentimientos, pero fingiendo compasión, le dijo a la liebre:

—Me das pena. Sé un remedio que curará tu cuerpo mal herido. Ve a bañarte en el mar y luego ponte donde te dé el viento. En seguida te crecerá el pelo y serás lo que antes eras.

Los hombres pasaron de largo y la liebre fué a bañarse en el mar y luego buscó donde le diera el aire.



Los cocodrilos se colocaron de modo que formaban un puente.



El viajero se compadeció de la llorosa liebre.



Pero apenas sopló el viento y se secó y endureció la piel, la sal aumentó su dolor, de tal manera que la liebre volvió a llorar a gritos.

Entonces pasó otro de los hijos del rey, que al ver a la liebre tan desesperada, le preguntó por qué lloraba. Ella, recordando que la había engañado otro hombre muy parecido al que tenía delante, en vez de contestar, siguió llorando.

Aquel hombre tenía buen corazón y dijo a la afligida liebre: —¡Pobrecilla! ¿Quién puede haberte tratado con tanta crueldad? Al oír aquellas palabras compasivas, la liebre olvidó su desconfianza y su mala costumbre de mentir, y refirió al viajero sus tristezas, confesando que sufría por su propia culpa, pues ella no sólo engañó a los cocodrilos para atravesar el mar, sino que después los trató de necios. También le dijo que un hombre la había engañado, aumentando sus dolores.

—Me apena mucho verte sufrir —declaró el viajero—, pero merecías este castigo.

—Lo sé —reconoció la liebre—, pero estoy arrepentida y dispuesta a no engañar otra vez a nadie.

—Siendo así, te diré cómo debes curarte. Báñate en aquel estanque hasta que desaparezca la sal de tu piel. Luego coge algunas flores de *kaba* que crecen a la orilla del agua, espárcelas por el suelo y revuélcate sobre ellas.

La liebre siguió el consejo y, luego de revolcarse en las flores de *kaba*, advirtió que le crecía un hermoso pelaje blanco y que se calmaban sus dolores.

Delirante de alegría, corrió hacia el joven, y, arrodillándose a sus plantas, le dijo:

—¡Mil gracias, oh gentil desconocido! ¿Tendrías la bondad de decirme quién eres?

—No soy un hijo del rey, como tú crees. Soy un genio y me llamo Okuni-nushi-no-Mikoto —respondió el viajero—, y los que han pasado por aquí antes son mis hermanos. Han oído hablar de una princesa llamada Yakami, que vive en la provincia de Inaba, y van en su busca para pedirle que se case con uno de ellos. Pero en esta expedición yo no soy más que un criado. Por eso voy cargado con este saco.

La liebre se humilló ante aquel genio y murmuró:

—¡Qué bueno has sido conmigo! Segura estoy de que la princesa rehusará casarse con uno de tus hermanos y te elegirá a ti por la bondad de tu corazón. Segura estoy de que conquistarás su corazón sin proponértelo y ella misma te pedirá que la tomes por esposa.

Okuni-nushi-no-Mikoto se despidió del animal y continuó presuroso su camino para alcanzar a sus hermanos. Los encontró cuando ya atravesaban el umbral del palacio.

Y, como dijo la liebre, la princesa no se dejó persuadir por ninguno de los hermanos, pero al mirar el rostro del hermano bondadoso, se acercó a él y le dijo:

—A ti te doy mi corazón.

Así acaba el cuento. Okuni-nushi-no-Mikoto es adorado por la gente en muchas partes del Japón, como dios, y la liebre goza de gran fama como “la liebre blanca de Inaba”. Pero nadie sabe qué fué de los cocodrilos...

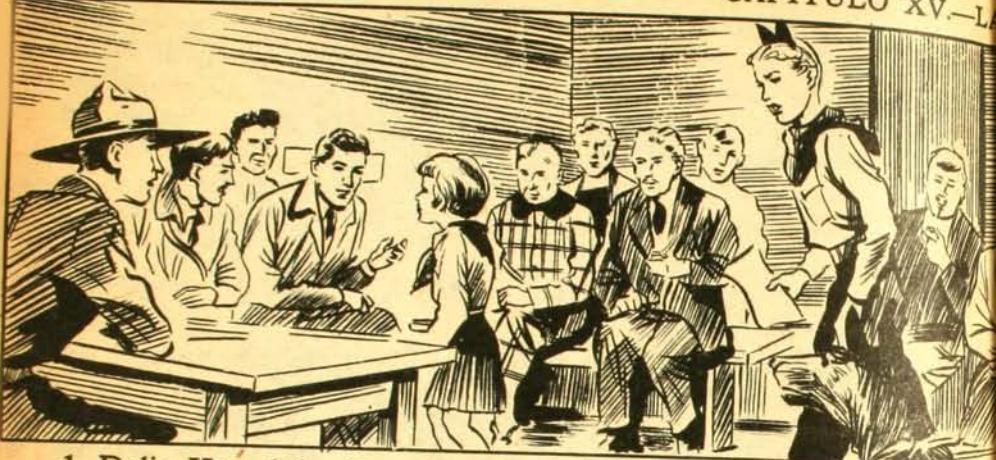


SOLAK

CAPITULO XV.—LA

EL PERRO LOBO

FALSA ACUSACION



1. Dalia Ken defendía con toda su alma a Solak, el perro lobo. Llamó a declarar a Monina Farley, a quien Solak salvó de una manada de lobos. Pero la niña sólo sabía decir que aquel "lobo malo" había espantado a su caballito Pinto. Dalia, pálida y ansiosa, insistía en la defensa del acusado.



3. —Ella está inventando la existencia de un villano para lograr que Solak sea absuelto. ¿Con qué propósito encerraría alguien a Dalia en una cabaña solitaria? —exclamó Lacoste—. Es inútil que inventes cuentos, Dalia. Aquí el único forajido es Solak.” Ella murmuró: —Presentaré aún otra evidencia”.



2. —Alguien me encerró en la cabaña del Norte y Solak me libertó. Luego lo até al trineo, para llevar los fardos de pieles que debía entregar al avión de carga.” El cazador Pierre Lacoste interrumpió burlonamente: —Esas lindas historias no prueban la inocencia de Solak”.



4. Abrió un canasto que había traído a la sala del tribunal y sacó a la gatita Perla. La colocó junto a Solak y ambos animales se saludaron amistosamente. La gata restregaba su cabeza contra el cuello de su gran amigo. Dalia pronunció: —Señores del jurado, ¿aún no se convencen?”



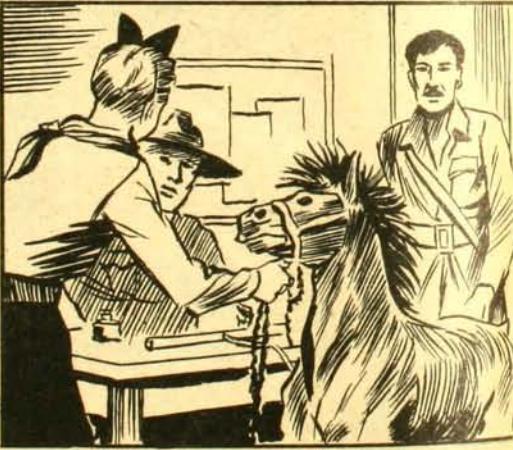
SOLAK

EL PERRO LOBO



5. Un murmullo de asombro y complacencia se oyó entre los asistentes al juicio. Pierre Lacoste, con una aviesa mirada, comprendió que había llegado el momento de presentar su prueba decisiva. Levantándose, declaró: "—El lobo no ataca al gato, porque éste pertenece a Dalia. Esperen un instante".

7. —No puede ser verdad —protestó la defensora del perro lobo—. Permitan que Pinto se acerque a Solak y verán cómo no lo ataca." Pero Monina Farley gritó espantada: "—¡No! El lobo matará a mi caballito". Dalia observó: "—Pierre dice que no tengo testigos de cuanto he dicho. El tampoco los tiene".



6. Antes de salir, agregó: "—Yo también tengo un testigo para demostrar cuán gentil puede ser Solak con otro animal". Minutos después reapareció con el potrillo Pinto, que traía una pata vendada. "—El lobo no solamente lo mordió, sino que lo conducía hacia la manada de fieras", dijo Pierre.

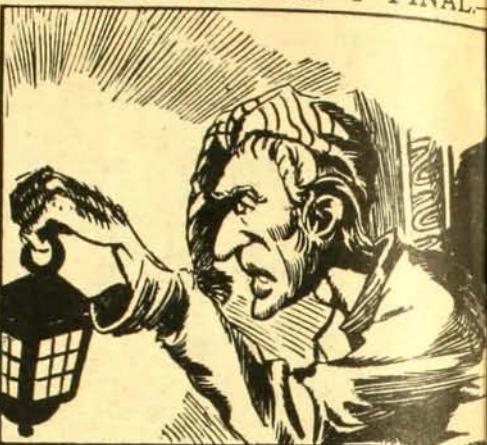
8. Con una sonrisa triunfante, Pierre ofreció al sargento Blake la fotografía que había tomado cuando el perro salvaje que él compró al indio Joe Mescalero atacó al potrillo. El perro llevaba un collar idéntico al de Solak y era fácil confundir a ambos animales. Esa era la falsa prueba que condenaría a Solak.

(CONTINUARA)



Pepito el justiciero

CAPITULO III Y FINAL



JUSTICIA A MEDIANOCHE



1. Pepito y su amigo Pancho Robles habían entrado en secreto en la mansión del gobernador. Pancho tropezó en la obscuridad con un armario y el estrepitoso derrumbe de la vajilla de plata despertó a un viejo criado. "—Ni hablar. Este será nuestro guía", murmuró Pancho, abalanzándose sobre el mucamo.

3. Los nocturnos visitantes entraron en la habitación donde el gobernador descansaba con plácido sueño. Despertó al ser sacudido por una mano no muy suave. En seguida Su Excelencia fué amordazado y Pancho Rosales dijo: "—Vengo a pedirle que firme el indulto de Pedro Cardas. Si no acepta..."



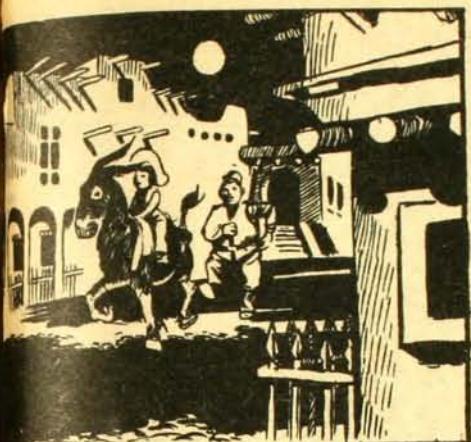
2. Terriblemente asustado, el viejo accedió a guiarlos hasta el dormitorio del gobernador Carrillo. "—Perdona, pero tendrás que seguir durmiendo colgado de un clavo —declaró Pancho—. No quiero que des la alarma mientras converso de asuntos importantes con Su Excelencia."



4.— Pancho Robles era un hombre de rápidas decisiones. Cogió a Carrillo, y saliendo al balcón, lo suspendió sobre el vacío. La calva cabeza del gobernador se agitó, haciendo señales afirmativas. No quería caer al abismo y sus huesudas rodillas se entrechocaban de terror.



Pepito el justiciero



5. "—Parece que nos entendemos", dijo Pancho complacido, entrando de nuevo con el gobernador que pendía de su mano como un pollo flaco. Firmado el indulto, Su Excelencia volvió a su lecho. Para asegurarle un sueño tranquilo, Pancho loató con sólidas cuerdas.



6. El gobernador había ordenado la detención de Pedro Cardas, el padre de Pepito, porque él protestó por la destrucción de sus frutas y flores. "—Debí dar una tunda de palos a este mal gobernador", suspiró Pancho, mientras vestía el uniforme del centinela a quien derribaron al entrar.

7. Por cierto que el uniforme le quedaba bastante estrecho, pero se lo ajustó como pudo y, mientras Pepito cabalgaba en Chico, él avanzaba a grandes pasos, rogando para que no se le saltaran los botones. "—Orden de libertad para Pedro Cardas —gritó a la puerta de la cárcel.



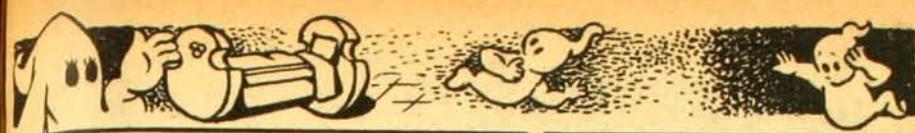
8. El carcelero casi sufrió un ataque al corazón al ser despertado por este vozarrón y se apresuró a abrir la puerta. Pedro se reunió con su amigo y con su hijo, que había sabido libertarlo y hacer justicia. No tardaron en partir en su canoa, alejándose para siempre de la villa de Santos.

FIN

El fantasma

TERRIBLÍN INVESTIGA EL ORÍGEN DE UNA CASCADA QUE CASI LE AHOGA JUNTO CON LA CABRA PATILLITA.

¡HUM! ESTO ME RECUERA ALGO. (VER SIMBAD N° 260)



EN ESE MOMENTO EL CARCELERO DESPIERTA Y VEA A LA CABRA PATILLITA...



EL DUQUE DEL CHAPE HA PENSADO TANTO EN SU DERROTA, QUETIENE UN GRAN DOLOR DE CABEZA EN LOS PIES.





EL CORSARIO NEGRO

CAPITULO VII.—Tras las huellas del traidor.

El pirata Carmaux se había ofrecido para dinamitar la fortaleza española de Maracaibo. El Corsario Negro lo observó con sombría mirada. Carmaux tenía razones para temer la cólera de su capitán, pues ayudó a Gracia Van Guld a embarcarse ocultamente en la nave corsaria.

—Está bien. Anda y ten cuidado.

Carmaux respondió:

—Acabaré en una horca, con una cuerda por corbatín si no los hago saltar ahora. Adiós, comandante.

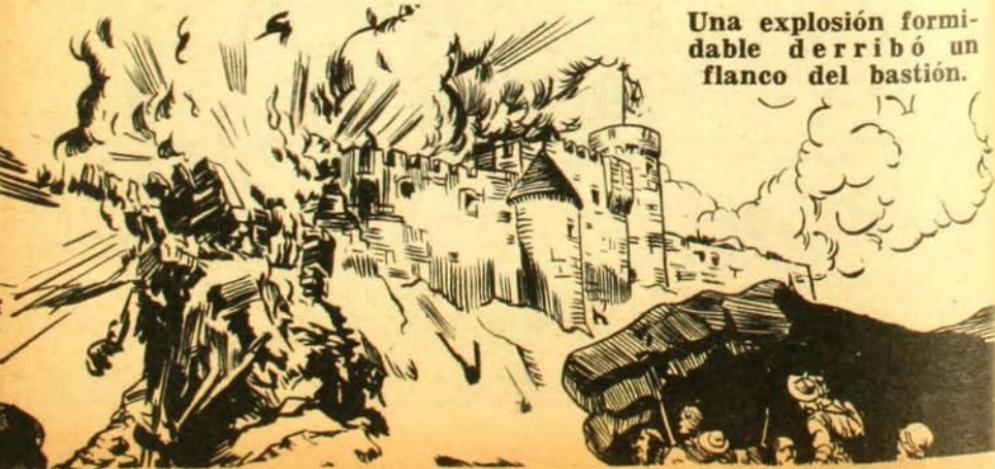
Se alejó, mientras los filibusteros continuaban emboscados. Trotaban los cañones y las torres del fuerte veíanse coronadas de humo y fuego.

De pronto se oyó en lo alto de la colina una explosión formidable que repercutió largamente bajo los árboles y sobre el mar. Una gigantesca llama se elevó en un flanco del bastión.

Entre los gritos de los españoles, el estruendo de la artillería y el tronar de los fusiles, se oyó la voz metálica del Corsario Negro.

—¡Al asalto, hombres del mar!

Una explosión formidable derribó un flanco del bastión.



Al verle lanzarse a terreno descampado, los bucaneros le siguieron sin vacilar. Instantes después atravesaban la brecha abierta por Carmaux.

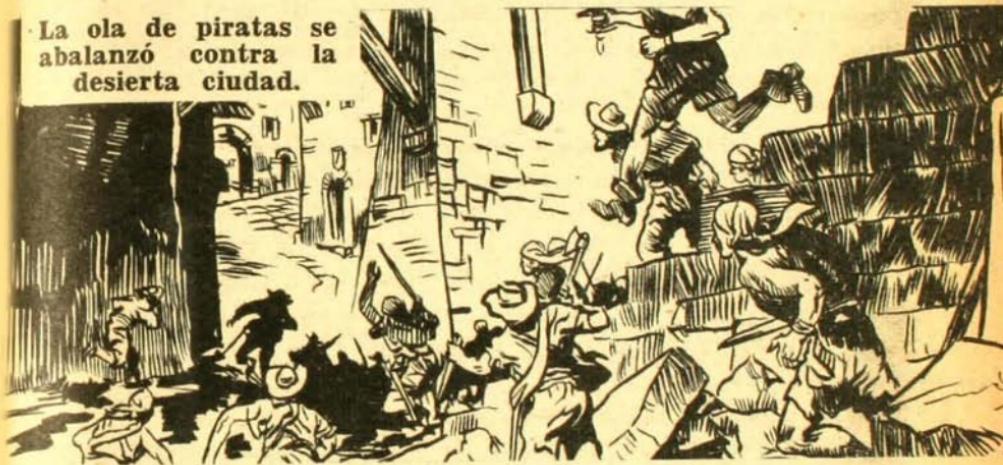
La plaza cayó en poder de los piratas, luego de una desesperada e inútil resistencia. Después la ola de corsarios se esparció por la ciudad desierta. Sus habitantes habían huído aterrorizados hacia los bosques.

El palacio del gobernador Van Guld también estaba vacío.

—¡Por mi fe de ladrón! —juró Carmaux—. El perro flamenco se ha escapado.

Retrocedió al ver relampaguear la ira en los ojos del Corsario Negro. No había sentido temor al encender la mecha, ni cuando la terrible explosión lo dejó ennegrecido por la pólvora, con las

La ola de piratas se abalanzó contra la desierta ciudad.



ropas desgarradas y el rostro ensangrentado. Pero la furia de su capitán era mil veces más temible.

Las puertas estaban abiertas y en las estancias veíanse los muebles en desorden y los cofres vacíos. Todo denotaba una fuga precipitada.

De pronto se oyeron gritos y maldiciones. Un español de magra figura fué conducido ante el corsario.

—Os esperaba, capitán. Quizás no me recordéis, pero una vez me perdonásteis la vida. Habíais venido a Maracaibo a recobrar el cuerpo de vuestro hermano, el Corsario Rojo. Fuí hallado por vuestros hombres en el bosque y ordenasteis que me dejaran atado hasta terminar vuestra misión. Antes de embarcaros, me dejásteis en libertad.

—El perro flamenco se ha escapado — anunció Carmaux.



El Corsario Negro recordaba a aquel soldado. Nunca había cometido crueidades inútiles y aquél no era el primer enemigo que le debía la vida.

—Os esperé porque quería haceros un servicio.

—¡Tú!

—¿Os asombra?

—Confieso que sí.

—Habéis de saber que cuando el gobernador supo que yo había caído en vuestras manos y que no me habíais ahorcado en la rama de un árbol, para recompensarme, mandó que me dieran veinticinco palos. ¡Apálearme a mí, a don Bartolomé de las Barbozas y Camargo, descendiente de la nobleza más antigua y lina-juda!

—¡Concluye! —dijo el bucanero, con impaciencia.

—He jurado vengarme de ese flamenco, que trata a los soldados españoles como si fueran perros y a los nobles como si fuesen esclavos indios. Por este motivo os he esperado. Sé hacia dónde huyó el gobernador y puedo guiaros para que lo halléis.

—¿No me engañas? Ten cuidado, que no siempre soy clemente.

—Lo sé. Van Guld huyó hacia el bosque. Piensa ir a Gibraltar, orillando la costa.

—¿Cuántos hombres lleva consigo?

—Un capitán y siete soldados que le son muy fieles. Para avanzar a través de bosques tan espesos es preciso que sean pocos.

—Y los demás soldados, ¿dónde están?

—Se han desbandado. Sin pronunciar otra palabra, el Corsario Negro dejó un mensaje escrito para Pedro Nau, el Olonés:



Querido Pedro: Voy en seguimiento de Van Guld a

través de la selva, con Carmaux, Stiller y Moro. Dispone de mi barco y de mis hombres, y cuando haya terminado el saqueo, ven a reunirte conmigo en Gibraltar.— EL CORSARIO NEGRO.

Todo denotaba una precipitada fuga.



El español observaba en silencio la expresión del bucanero y su vengativo corazón se estremeció de alegría. Van Guld pagaría con creces los veinticinco palos que sus esbirros dieron a don Bartolomé. Los pagaría con la vida, con la humillación, con el furor inútil. El odiado gobernador se balancearía en una horca, igual que el Corsario Verde y el Corsario Rojo, a quien su hermano rescató, desafiando a la guardia y a todos los moradores de Maracaibo.

Los fieles marineros del corsario, Carmaux y Stiller aguardaban también en silencio. El gigantesco africano Moro semejaba una estatua. Sólo ellos acompañarían al joven en la persecución del traidor y estaban dispuestos. No les amedrentaban ni los peligros de la selva, ni las asechanzas de los indios caribes, ni la cruel astucia de Van Guld.

Luego de terminar su mensaje al Olonés, el Corsario Negro despidió a los demás piratas que deambulaban por el palacio vacío.

Cerrando la carta, la entregó a su maestre de tripulación. Luego despidió a los filibusteros que entraron con él al palacio.

—Vamos —dijo a sus cuatro acompañantes, y en esa palabra, pronunciada con terrible calma, vibraba la muerte.

—Quiero vengarme del gobernador —declaró Bartolomé.

(CONTINUARA)





Los PRINCIPIES FUGITIVOS

CAPITULO XII —
Igor y Anita en la Casa Azul.

preguntó Rosalinda, con temblorosa voz—. ¿Hacia dónde se dirigieron mis hermanitos?

—Me dijeron que iban hacia el puente a encontrarse con usted —explicó la anciana—. Mi hijo y yo somos culpables, porque debimos evitar que fueran hasta el río.

Rosalinda, temiendo que Igor y Anita hubieran caído al río, salió corriendo en busca de sus pupilos.

Multitud de ideas trágicas bullían en su mente. ¿Los habrían robado los gitanos? ¿Los cracianos se habrían apoderado de Igor y Anita o los dos se habrían caído al río?

Con temblorosas piernas caminaba de un lado a otro; se internaba en los bosques y volvía otra vez a la ribera.

RESUMEN.— La invasión del reino de Sovinia por los cracianos obligó a huir a los príncipes Igor y Anita en compañía de su intrépida institutriz Rosalinda. Les protege el joven Ricardo Zanetta, pero tienen por temible enemiga a Lulú Milstein. Los fugitivos han llegado al castillo del conde Silvester como refugiados. Manuel, el cómplice de Lulú Milstein, descubre la verdadera identidad de los príncipes, y Lulú les denuncia al enemigo. Ricardo Zanetta acude en busca de Igor y Anita, y parte con ellos a Korovan. Maclovia, disfrazada de gitana, logra huir también, pero su enemiga Lulú Milstein la delata a los cracianos. En su prisión la joven recibe un mensaje de Ricardo Zanetta, quien promete libertarla. En efecto, huye con ella hacia los bosques y le indica la casa de campo donde están refugiados los príncipes. Pero al llegar allí Rosalinda se impone de que Igor y Anita han desaparecido.

De súbito su vista se clavó en el tronco de un árbol próximo a un puentecillo y vió allí escritos, con alfiler o arma cortante dos nombres:

TADEO, SERAPIA.

—Mi buen Igor —balbuceó Rosalinda—, tenía la mala costumbre de grabar su nombre en cuanta corteza de árbol encontraba en su camino. Ahora este acto guía mis pasos.

Tras del puentecillo había una pequeña aldea con pintorescas casitas de campo. En todas ellas Rosalinda fué preguntando por sus pupilos, pero nadie había visto a los chicos, cuyas señales daba la joven.

Por fin, un muchacho, que jugaba con un trompo, le dijo:

—Yo les vi... La niña, que se llama Serapia, estuvo jugando conmigo. Como a las ocho, partió con su hermanito en la dirección que usted lleva.

—Gracias —murmuró Rosalinda, dando una moneda de plata a su informante.

Un poco más lejos, Rosalinda divisó una posada y se detuvo a indagar. Mientras le respondían, leyó un aviso colocado sobre una verja. Decía así:

SE NECESITA UNA NIÑERA EN LA CASA AZUL

—¿Usted anda preguntando por dos niños, una chiquitina y un mocito? —preguntó el posadero—. Acabo de verles pasar con el caballero de la Casa Azul.

—¿El dueño de la Casa Azul, que ha colocado este aviso? —indagó Rosalinda, señalando el papel con la solicitud para contratar una niñera.

—El mismo —asintió el posadero—. Todos conocen la Casa Azul, porque es la única mansión importante en esta aldea. El caballero es...

Rosalinda no se detuvo a oír el resto de la frase, y salió de prisa en la dirección indicada.

Pronto divisó una construcción hermosa, rodeada de parques y jardines. Aproximándose a una valla de pinos miró hacia el interior de la finca y su corazón dió un vuelco al ver allí a los príncipes Igor y Anita. Los niños conversaban con el jardinero y parecían muy contentos.

En puntillas fué acercándose a la avenida y escabulléndose de arbusto en arbusto. El jardinero decía a los príncipes:

—El patrón es muy bueno a pesar de que es... Si no los hubiera recogido, andarían vagando todavía, y usted, niñito, con esa rodilla herida, poco podría caminar. Ahora tienen casa y comida aquí.

Rosalinda pensó que el dueño de la Casa Azul, considerando a esos niños como refugiados de Sovinia, los había adoptado, pero que cuando ella le explicara quienes eran esos vagabundos, seguramente se los devolvería.

—Allá viene el patrón —dijo el jardinero a los príncipes—. Corran a saludarle, niñitos.

Igor y Anita corrieron presurosos y dieron la mano al dueño de casa.

Rosalinda, aún oculta entre los arbustos, se llenó de espanto al ver al caballero que había adoptado a sus pupilos. Era un capitán craciano...

—Tengo que llevármelos de aquí —murmuró Rosalinda—. Igor y Anita están en peligro de caer en poder de los enemigos de Sovinia.

Angustiada y temerosa, la joven esbozó un plan.

—Yo podría ingresar como niñera —musitó Rosalinda—. Pero si los niños me reconocen fracasaría mi plan. Tampoco puedo presentarme como hermana de esos niños refugiados, porque los cracianos podrían descubrirme y reconocerme como la fugitiva de Korován.

La joven continuó internándose en la avenida, siempre tratando de ocultarse entre los frondosos arbustos.

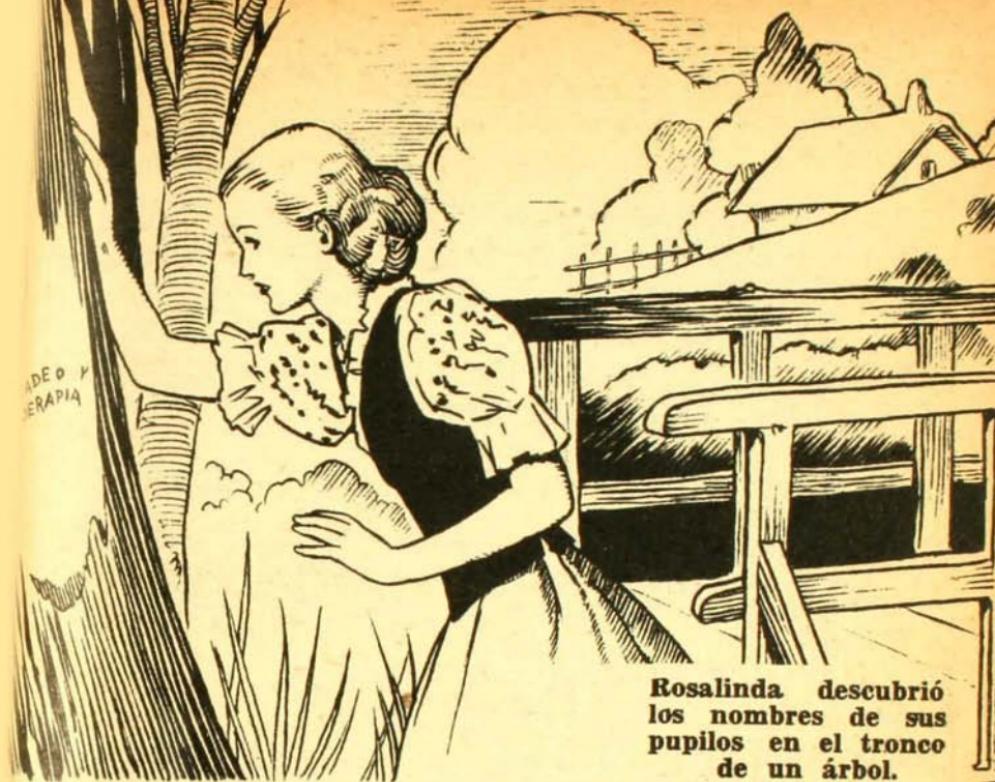
De pronto divisó a Igor detenido al pie de un árbol y Rosalinda lanzó una piedrecilla a los pies del niño. Este levantó la cabeza y alcanzó a divisar a su institutriz con un dedo en los labios.

Igor miró a todos lados, y advirtiendo que el jardinero se había alejado y que Anita caminaba a distancia con el capitán craciano, se aproximó con cautela a Rosalinda.

—Inclínate como si te estuvieras atando las cintas de tus zapatos —ordenó la joven al inteligente principito—, y escucha mi plan.

—Rosalinda —se apresuró a decir Igor, mientras se ocultaba junto al frondoso arbusto—, yo quiero irme de esta casa, porque todos los cracianos son enemigos de mi patria. Ese caballero es bueno, pero no puedo estar en casa de un craciano. Anita no comprende y se muere por ese señor. Llévanos lejos...

—Sí, mi precioso —respondió Rosalinda—, pero para que poda-



Rosalinda descubrió los nombres de sus pupilos en el tronco de un árbol.

mos salir de aquí necesito que me ayudes, Tadeo. Voy a tratar de que el capitán me contrate de niñera y es preciso que Anita y tú finjan no conocerme. Puedo confiar en ti, pero temo una indiscreción de Anita. Dile a la princesa que vamos a jugar como antes y que el juego consiste en que la gente crea que soy una desconocida. ¿Me comprendes?

—Perfectamente —respondió Igor.

—Vete antes de que te sorprendan conversando conmigo —expresó Rosalinda—; en media hora más hablaré con el capitán. Rosalinda esperó que Igor se reuniera con el capitán craciano y con su hermana Anita, y después salió a la calle. Oculta entre los árboles arregló sus cabellos en forma de moño y se colocó un par de anteojos ahumados.

—¿Es aquí dónde necesitan una niñera? —preguntó Rosalinda al individuo que acudió a recibirla.

—Pase usted —contestó el mozo—. Llamaré al señor capitán Carlston.

El militar recibió afablemente a Rosalinda. La institutriz advir-

tió que era un individuo joven y de buena figura, pero de mirada escudriñadora y severa.

—Los niños que yo deseo confiar a una niñera no son hijos míos —declaró el capitán Carlston—. Son dos huérfanitos que encontré perdidos en esta comarca y decidí adoptarlos. Quiero que se les cuide como si fueran de mi familia. Me he encariñado con la chica Serapia que es un encanto. El otro chico, llamado Tadeo, parece más rebelde a mi cariño. Señorita, ¿se considera usted capaz de atenderlos debidamente?

—Sí, señor capitán —expresó Rosalinda—; quiero a los niños y los niños me quieren a mí. He desempeñado otras veces el oficio de niñera y creo que sabré cumplir con mi deber.

—Bien, bien —indicó el capitán Carlston, con agradable sonrisa—; llamaré a los chicos.

El capitán craciano tocó la campanilla, y cuando apareció una camarera, le ordenó que llamara a Tadeo y Serapia.

Abrióse la puerta y aparecieron los príncipes de Sovinia cogidos de la mano.

Instintivamente Rosalinda se incorporó y sus brazos se tendieron hacia sus queridos pupilos. La joven quería evitar a toda costa una indiscreción de parte de Anita.

—Buenos días, niños —se apresuró a decir Rosalinda, reprimiendo su impulsivo gesto de bienvenida—. ¿Cómo están ustedes? Igor y Anita permanecieron inmóviles.

—Esta señorita —indicó el capitán Carlston— ha venido a ofrecerse para cuidarles.

Anita inclinó afirmativamente la cabeza, y sonriendo con picardía, exclamó:

—Ya lo sabía yo, y también...

—¿Que lo sabías? —preguntó el capitán craciano—. No es posible, queridita. Ni yo mismo lo sabía. ¿Quién te lo dijo?

—Tadeo —respondió la ingenua Anita.

—Yo le explicaré este enigma, señor capitán —dijo Rosalinda—. Este niñito me vió pasar por la avenida, tocar la campanilla de su casa y preguntar si necesitaban una niñera. Tal vez la noticia le agrado y se lo comunicó a su hermanita. ¿Cómo te llamas, niñito? ¿Tadeo? Bonito nombre... ¿Y tú, preciosa rubiecitita? Vas a decirme tu nombre al oído, para que yo no más lo oiga. Rosalinda cogió en sus brazos a la pequeña princesa y murmuró a su oído:

—Si dices que me conoces, me iré para siempre. Di cómo te llamas y en seguida pregunta mi nombre.

—Me llamo Serapia —dijo Anita, con desparpajo—. Y tú, niña, ¿cómo te llamas?

—Me llamo Rosa.

En ese instante el capitán fué llamado por un asunto urgente.

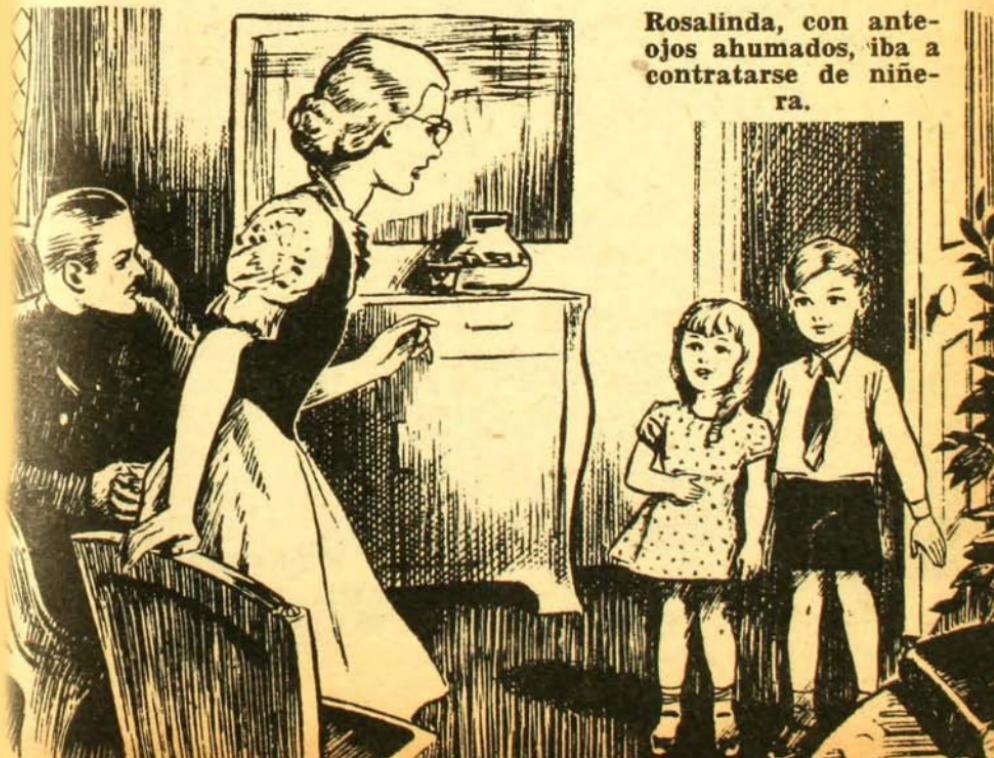
—Se han portado muy bien ante el capitán Carlston —dijo Rosalinda a los príncipes—. Creo que me quedaré con ustedes. Debo recomendarles que nunca digan de dónde vienen ni quienes son. Anita, todavía estamos jugando a los niños que salieron a rodar tierras y que vagaron por el mundo sin hogar ni familia. Si dices alguna vez dónde vivías antes, tendremos que volver a palacio. Debes ser discreta y aunque te pregunten no digas de dónde vienes —aconsejó Rosalinda.

—Ya se lo había dicho yo también, y hasta ahora ha callado —declaró Igor—, pero ella no sabe lo principal, Rosa, y prefiero no decírselo.

El príncipe Igor se refería a la invasión de Sovinia y su odio a los cracianos.

(CONTINUARA)

Rosalinda, con anteojos ahumados, iba a contratarse de niñera.



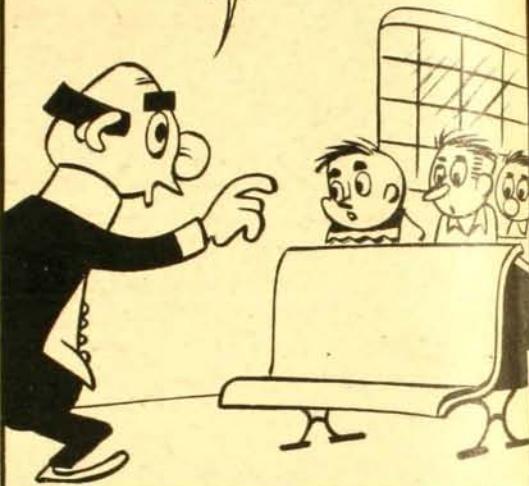
por nato

Ponchito

¡ PARECE QUE VOY ATRASADO !



¡ PONCHITO ! PASA ADELANTE



¡ A VER, CÓMO SE LLAMA LA MUJER QUE HACE GUARDIA ?



¡ GUARDIANA !



¡ LA MUJER QUE CULTIVA EL HUERTO ?



¡ HORTELANA !

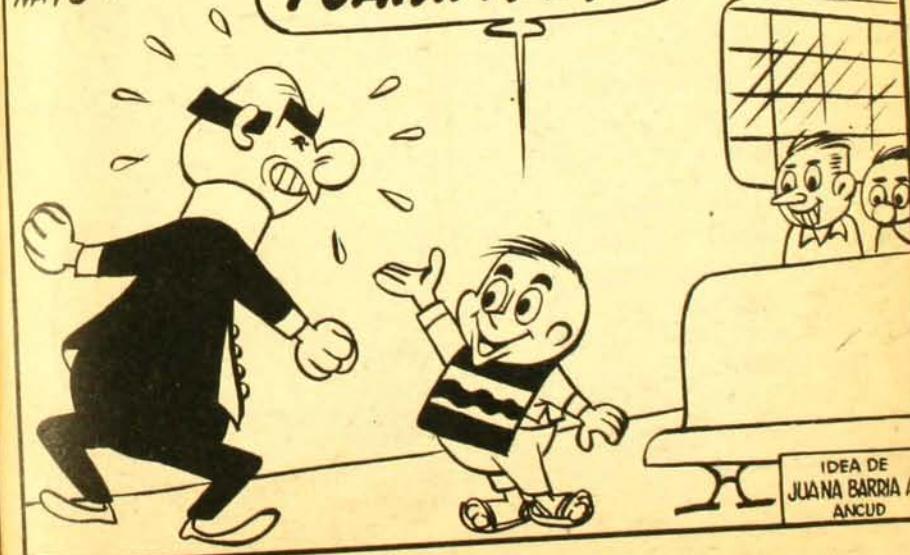


¡ Y LA MUJER QUE CULTIVA EL CAMPO ?



NATO.

¡ CAMPANA !



IDEA DE
JUANA BARRIA A.
ANCUD

LA HIJA DE LAS ISLAS



CAPITULO XI.—*La novia fugitiva.*

Akena, la hija de las islas, ya no tenía fuerzas para seguir fingiendo serenidad. Trasladada a un mundo extraño, languidecía de nostalgia por su lejana isla. El recuerdo de Jim Denis la atormentaba.

—En Taho lo olvidaré —decía, reteniendo las lágrimas.

Se resistía a creer que llevaría consigo la imagen de Jim. Aunque huyera a la isla más distante, oiría murmurar entre las olas el nombre del aviador rubio, el viento llevaría ecos de su voz grave y tierna y rozaría su rostro con una caricia lejana. Sobre los arrecifes de coral vería erguirse la alta silueta.

No lograría huir de sus propios sentimientos, pero en el paraíso de Taho su dolor no sería tan agudo, ni su desesperación tan amarga.

—Nos iremos, Taio —susurró, acariciando al leoncillo que descansaba a sus pies.

El felino alzó la cabeza y una luz de inteligencia brilló en sus ojos de ámbar. Estaba cansado de aquel lugar, donde no había altas palmeras, ni cocoteros gigantes, ni el canto del mar. Aquel suelo era áspero. Sus zarpas estaban acostumbradas a la cálida arena y a los senderos de la selva, recubiertos de hojas, raíces y lianas. Deseaba oír el susurro intenso de los insectos, en vez de los estridentes ruidos de la ciudad.

Taio se irguió de pronto, rugiendo.

Akena no alcanzó a interrogarlo, porque la camarera, presentándose ante ella, anunció:

—La señorita Tina Flow desea verla.

Akena se estremeció, mientras Taio gruñía. Había percibido, antes que su ama, el perfume de la enemiga.

—No recibo a nadie —repuso Akena.

En ese instante se abrió la puerta, y en el umbral apareció Tina Flow. Akena retuvo a Taio, que luchaba por abalanzarse contra la visitante.

—¡Taio! —gritó con voz severa.

El león se humilló, bajando la cabeza. Era la primera vez que su ama le hablaba con dureza. Akena lo condujo a la habitación contigua y luego, enfrentándose con Tina, indicó:

—Nada tengo que hablar con usted.

—Al contrario, princesa de..., ¿de dónde? De la selva, del mar, de las islas. Vengo a verla porque tengo derecho a defenderme contra sus intrigas. Fingiéndose ofendida, ha convertido a Jim en su esclavo. El sólo piensa en pedirle perdón.

—No comprendo —murmuró Akena.

—Por cierto que no comprende. Es usted la niña ingenua y buena, la criatura primitiva que no conoce la maldad.

Súbitamente enfurecida, exigió:

—¡Basta de comedias! ¿Por qué no dice cuánto dinero quiere por dejar en paz a Jim? Se lo ofrezco para que regrese rica a su choza nativa y para que mi novio olvide este romance estúpido que lo tiene obsesionado.

—No la comprendo —repitió Akena con firmeza—. He renunciado a Jim y estoy decidida a alejarme de él. Regresará a mi isla. Supongo que esta noticia la tranquilizará. Ahora le ruego que se marche.

—¿No está fingiendo?

—Se irá verdaderamente?

—Sí.

Desde su encierro, Taio rugía con furor.

—Me veo obligada a fiarme de su palabra —dijo Tina, vacilante—.

Si permanezco aquí más tiempo, usted es capaz

—No te vayas —suplicó Jim.



de soltar a ese monstruo que tiene encerrado. Pero le prevengo que si me engaña, se arrepentirá.

Una mirada de odio relampagueaba en sus ojos. La expresión burlona había desaparecido de sus crispados labios.

Tina Flow se retiró sin despedirse, y Akena, fatigada, se preparó para su último acto en televisión. La criada que la ayudó a vestirse advirtió su nerviosidad.

—Taio también está inquieto —observó, atemorizada—. Tal vez sea peligroso llevarlo al estudio. Ruge y da zarpazos.

—Yo lo calmaré —dijo Akena.

En efecto, su voz tranquilizó al felino.

—Paciencia, Taio. Mañana abandonaremos este lugar donde hemos conocido la desdicha.

El agente Parson había ya dispuesto el viaje. La herencia que Roberto Larsen legó a su hija Akena estaba en su trámite final y con ella la joven canceló sus contratos con el cine y la radio. Los productores estuvieron de acuerdo en que la hija de las islas no se despidiera en su última actuación. Ese adiós inesperado podía provocar un diluvio de protestas.

—¿Para qué provocar desórdenes y estallidos de furor, que serían difíciles de contener? —decían apesadumbrados.

Pero hubo alguien que presintió la fuga de la famosa estrella. Jim Denis logró llegar hasta su camarín.

—No te vayas —suplicó, pálido, con el rostro contraído de angustia.

Akena estaba decidida a partir.

—¡Jim! —exclamó ella—. ¿Por qué has venido?

—Perdóname, no resisto más esta separación. Aunque Tina dice que es mi novia, nada significa para mí. No la recuerdo, no la quiero y desconfío de sus afirmaciones. Dame tiempo y te demostraré que sólo tú has existido y existes en mi vida. Nadie más me importa.



—Estás comprometido y debes cumplir tus promesas —murmuró Akena con voz débil.

—Mis promesas a ti, los juramentos que he pronunciado ante el verdadero Dios y ante los ídolos de tus islas. Akena, confía en mí.

—Es imposible. No me tortures más.

Y ocultando el rostro entre sus manos, esperó que Jim se alejara.

Vagamente percibió sus pasos que se perdían en la distancia y después oyó el lastimero gemido de Taio.

Al día siguiente se dirigió al muelle. Todo estaba preparado para el viaje. Con triste mirada observó los rascacielos que a su llegada le había parecido edificios mágicos.

Su equipaje estaba a bordo, y Taio, en una jaula, esperaba ser izado hasta la cubierta.

Akena examinó después el barco inmenso. Leyó su nombre: "Titanic". La llevaría a través de los mares, hacia Tahoa, donde su dolorido corazón hallaría consuelo y olvido.

(CONTINUARA)



Correspondencia

BERTA REICHART. Ya está satisfecho su deseo y puede leer una serial de piratas muy interesante.

MATILDE ROJAS, ROSA MORAGA, BLANCA DIAZ, ARNOLDO MARTINEZ, ANTONIO REYES. Ya les fué enviado lo que solicitan. Tienen que tener un poco de paciencia, pues los envíos tardan semanas para remitirse.

JUANA BARRIA AGUILA. El dibujante Nato le agradece sus sugerencias para los dibujos de Ponchito y Pelusita. Envíe otras.

IDA BRANTES, CARMEN HERNANDEZ. Nos complacemos en saber que ustedes admirán tanto esta pequeña gran revista "Simbad" y sus serials "Los Príncipes Fugitivos" y "La Hija de las Islas". Mucho les gustará también "EL CORSARIO NEGRO".

TERESA MELLA VALDES. Muy interesante su respuesta al concurso. Por falta de espacio no la publicamos. Agradecemos sus felicitaciones.

ROXANE

GRAN CONCURSO

Standard Electric

DISCOS

pulgarcito

Y SIMBAD

"la mejor revista infantil".



Contesta a esta pregunta: ¿De dónde venían y cuáles eran los nombres de los tres Reyes Magos?

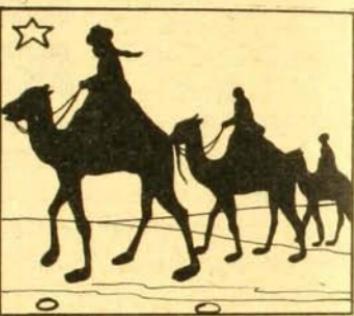
Envía tu respuesta a casilla 84-D, INCLUYENDO EL CUPON, y podrás participar en el Gran Sorteo Semanal de 12 Discos PULGARCITO, irrompibles, en bellísimos colores, con temas infantiles. Además, se sorteará UN REGIO TOCADISCOS, Suscripciones a SIMBAD, Libros y Premios en DINERO...

Distribuidores exclusivos

Standard SE-Electric
Compañía
SANTIAGO CHILE
Físico mundial de la

Raspaldado por el prestigio

Técnico mundial de la



Un producto

SHYF

Solución a "SIMBAD" 271: El río más importante del Norte Grande de Chile es el Loa. Entre los lectores que enviaron soluciones acertadas, sorteamos a los siguientes niños. CON UN TOCADISCOS STANDARD ELECTRIC: Julia Troncoso, Santiago. CON UN SOBRE DE TRES DISCOS: Inés Manns, Traiguén. CON UN DISCO PULGARCITO: Rosa Muñoz, Santiago; Berta Naranjos, Valparaíso; Eugenia Aguilar, Santiago; Davina Garrido, Collipulli; Manuel Muñoz, La Cisterna; Sandra Costa, Talcahuano; Juan Beltrán, Santiago; Gabriel Barraza, Ranguelmo; Alicia Schieding, Santiago. CON UNA SUSCRIPCION TRIMESTRAL A "SIMBAD": Lucy Assadi, San Carlos; Margarita Alvarez, Santiago; Leonidas Rojas, Villa Alemana; Alfonso Urbina, Talca; Patricia Hernández, Chiguayante; Humberto Espinoza, Valparaíso. CON CINCUENTA PESOS:

Guillermo Mardones, Santiago; Jorge Rottmann, Santiago; M. Angélica Larraín, Santiago; Roberto Miranda, Santiago. CON UN LIBRO: Eugenio Moreno, Rancagua; R. Florenzano, Lo Espejo; Estrella Rioseco, Angol; Silvia Donoso, Coquimbo; José Román, Santiago; Sergio Higueras, Yumbel; Silvia Torres, Talcahuano; Cristina Weldt, Los Angeles; Armin Feller, Puerto Varas; René Bustos, La Unión.

CUPON DEL CONCURSO Semanal

Standard SE-Electric

SIMBAD N.º 273

Juan y Juanita



3. De pronto oyeron un rumor de pasos. Bob y Len se acercaban con sigilo y hablaron en voz baja: "—Ricardini nos espía, de modo que no hemos podido preparar la fuga. Quizás mañana en la noche..." Juan respondió: "—Es preciso que huyamos ahora. Intentaremos evadirnos en cualquier forma".



4. "—Volemos por el techo —propuso Mincho—. Está formado sólo por hojas de palmera y será fácil separarlas." La idea fué aceptada y el propio Mincho sostuvo sobre sus hombros a Tilín. "—La puerta está abierta, niños —anunció el alegre muchacho—. Pero... un momento... Se acerca un sujeto indeseable."

(CONTINUARA)

PELUSITA

POR NATO



¡NO, PORQUE MAMA' Y MI HERMANA
DICEN QUE PICO' USTED
EN EL ANZUELO!

Simbad

N.º 274

\$ 10.-

SOLAK, EL PERRO LOBO



EN
POIRIER

Juan y Juanita

CAPITULO LII.—EN LIBERTAD



1. Juan, Juanita y sus amigos decidieron huir de la cabaña donde estaban prisioneros. Los hermanos belgas Bob y Len habían prometido ayudarles, pero no pudieron cumplir su promesa porque el malvado Ricardini les vigilaba. Al verles rondando por la choza, los detuvo.



2. —Sospecho que ustedes quieren libertar a los prisioneros. Les enseñaré a no meterse en lo que no les importa, amenazó Ricardini, alzando la mano para castigar a los aterrizados niños. Pero en ese instante cayó bajo el peso de Tilín, que había saltado sobre él.

(Continúa en la penúltima página.)

Simbad

AÑO VI — 1.^o-XII-1954 — N.^o 274

Ulukaa,

El cocotero creció
hasta el cielo con
Anelike.

ISLA SIN RUMBO.

Había una vez en Honolulu un rey que se llamaba KAEWAEAO. La pesca era su deporte favorito, y cuando el mar estaba en calma, salía a pescar con dos pescadores que le llevaban muy lejos en su canoa.

Waiki, el despensero del rey, empezó a sentir envidia de los pescadores, y creía que éstos, algún día, serían los favoritos del rey. Entonces ideó un plan para obligar a los pescadores a abandonar la isla.

Un día, de regreso de la pesca, los dos pescadores vieron que no habían dejado en su casa la porción de alimentos que recibían de costumbre.

—Kaewaeao nos relega al olvido —dijeron entristecidos.

Y noche tras noche, después de pescar para la corte del rey, los

Directora: Elvira Santa
Cruz (Roxane)

Suscripción anual: \$ 490.—

Semestral: \$ 250.—

Recargo por vía certificada: Anual: \$ 21.— Semestral: \$ 11.—

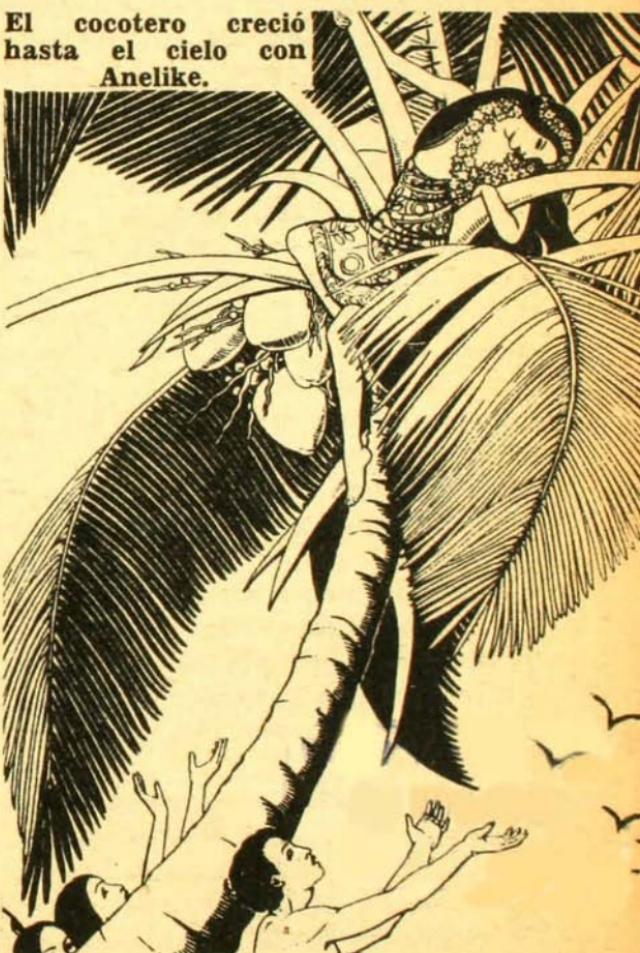
Extranjero:

Anual: U.S.\$ 2,10

Semestral: U.S.\$ 1,05

Recargo por vía certificada: Anual: U.S.\$ 0,20

Semestral: U.S.\$ 0,10



dos pescadores encontraban la mesa vacía. Por cierto que estos hombres no podían sospechar que era el despensero Waiki quien les privaba de alimento.

—Nos vengaremos —dijeron los pescadores—, y el rey perecerá en el mar.

Al día siguiente apareció KAEWAEAO, y les pidió que le llevaran en su canoa. Los pescadores se prepararon para traicionar al rey. Lo primero que hicieron fué esconder los dos remos de repuesto bajo las redes de pesca. Con gran rapidez se alejaron mar adentro, y, ya muy lejos de la playa, uno de los pescadores dejó caer al agua un remo diciendo que una ola se lo había arrebatado de las manos. El otro remo sufrió la misma suerte.

—¿Qué haremos ahora? —dijeron los traidores.

—Yo soy más joven que ustedes —dijo el rey Kaewaeo—; nadaré en busca de los remos.

Cuando el rey se lanzó al agua, los pescadores sacaron los otros remos y avanzaron apresuradamente hacia la costa, abandonando al rey de Honolulú.

—Salvadme, que me ahogo —gritaba el rey, pero los traidores desoyeron su ruego, y se perdieron en la bruma.

Cansado de nadar, el joven rey se dejó flotar sobre el mar. De súbito, un arco iris envolvió su cuerpo y pareció sostenerle como en un blando lecho.

Se efectuaba este milagro porque Kaewaeo era descendiente de los dioses hawaianos. Kú, desde su trono celestial, divisó el arco iris y dijo:

—Este mortal podría ser digno esposo de mi nieta Anelike, que habita la isla Ulukaa. Haré que flote la isla hasta el sitio donde se encuentra ese semidiós. El subirá a tierra y conocerá a mi nieta. Una gigantesca ola alzó el cuerpo de Kaewaeo, y lo depositó en la tibia arena. El joven rey se asombró al encontrarse otra vez en tierra firme.

Al despuntar el alba el monarca reconoció la isla y halló abundante comida en cocoteros y bananeros.

De improviso le salió al encuentro la hermosa Anelike, quien quedó prendada de la gallardía del forastero. Kaewaeo, por su parte, pensó que jamás había visto una criatura más perfecta.

—¿De dónde vienes? —preguntó Anelike.

—Del mar.

—Hombre del mar, ven a casa.

Al avanzar iba recogiendo Kaewaeo diversos frutos y cañas de azúcar. También recogió dos palos y dijo a Anelike:

—Estos son para hacer fuego.

—¿Qué cosa es fuego? —preguntó la sorprendida doncella.

—Ya verás —dijo el rey Kaewaeo.

Al llegar a la choza el Hombre del Mar arregló un hornillo y colocó sobre éste el redondo fruto del árbol del pan y ñames. En seguida restregó los palos a manera de pedernal. Brotaron chispas y se encendieron las cañas secas. Asustada con las llamas rojas, Anelike, creyendo destruir ese

elemento que le pareció una brujería, lanzó varias ramas al hornillo. Acrecentóse de repente el fuego, y una llama más osada quemó las cejas de Kaewaeo.

El valiente doncel, a pesar del dolor de la quemadura, permaneció junto a la fogata hasta que estuvieron cocidos los frutos del pan.

Los ofreció después a Anelike y a sus servidores, que lo probaron primero con desconfianza, y luego alegremente.

Los siervos de Anelike suplicaron entonces a la doncella que se desposara con el Hombre del Mar. Plantaron en la tierra el coco sagrado e iniciaron una ronda en torno a él.

A medida que iban cantando, el cocotero fué creciendo y creciendo. Anelike se tendió en su follaje y subió hasta perderse en las alturas.



El hombre del mar y su amada tejían guirnaldas y coronas.



Cejas Quemadas, el
hijo del rey, partió en
una canoa.

Anelike saltó a tierra en el país que sostiene el cielo, y se dirigió al palacio de su abuelo Kú, a quien dijo:

—Deseo casarme con el Hombre del Mar.

—Yo envié a ese mortal a la Isla sin Rumbo —declaró Kú—; es un semidiós, y creo que será un buen esposo para ti.

Kú cogió las manos de su nieta, y, estirando sus propios brazos, tanto, tanto, que se podían contar kilómetros de largo, la hizo bajar suavemente, hasta la Isla sin Rumbo.

Kaewaeo, rey de Honolulú, y Anelike, la nieta de Kú, se casaron, y fueron muy felices.

Mientras tanto, allá, en el reino de Hawaii, los súbditos de Kaewaeo y sus hermanos lloraban la misteriosa desaparición del joven rey, y tanto le recordaron, que por fin Kaewaeo escuchó con el pensamiento ese dolor.

La nostalgia empezó a invadir el corazón de Kaewaeo.

—¿No estás feliz a mi lado? —indagó Anelike, advirtiendo su tristeza.

—Pienso en la tierra que abandoné —repuso él—. Era rey de Honolulú, y mis súbditos me lloran. Mucho te amo, pero quisiera regresar a mi país. Si te dejo y nace un hijo nuestro, llámale “Cejas Quemadas”, porque mis cejas se quemaron el día que tú quisiste apagar mi primera fogata.

—Que se cumpla tu destino —suspiró Anelike—. Partirás en la canoa roja con mástil rojo, velas rojas y tripulantes vestidos de rojo. Cuando estés dentro de la canoa, no vuelvas más la cabeza hacia la isla, y murmura así: “Ulukaa, Isla sin Rumbo”.

Tras conmovedora despedida, los esposos se separaron, y el rey Kaewaeo llegó a Honolulú, donde fué vitoreado por su pueblo y su familia.

Anelike, en la Isla sin Rumbo, tuvo un hijo, a quien llamó "Cejas Quemadas". El niño creció con maravillosa rapidez, y preguntó a su madre:

—¿Dónde está mi padre?

—Es el rey de Hawaii.

—Quiero ir en su busca, madre mía.

Anelike ordenó que construyeran una canoa roja, con mástil rojo, con velamen rojo, y la hizo tripular por remeros vestidos de rojo. También recomendó la reina a su hijo que no volviera la cabeza, y que dijera: "Ulukaa, Isla sin Rumbo".

Cuando apareció "Cejas Quemadas" en la isla de Honolulú, el rey preguntó:

—¿Quién eres, forastero?

El niño respondió:

—Soy "Cejas Quemadas", hijo de Anelike y de vos, padre mío. Kaewaeo lloró de felicidad al ver a su hijo, pero, durante la noche, una gran amargura anudó su corazón, pensando en su esposa Anelike.

En Ulukaa, Anelike recordaba a su esposo, y quiso saber si la amaba, y si regresaría con ella a su isla, dejando a su hijo como rey de Hawaii.

Ordenó construir una canoa roja, igual a las anteriores. Ordenó también que la acompañaran sus once hermanas, que vivían en once islas distintas.

Grande fué la admiración de los hawaianos al ver llegar a esas doce mujeres tan hermosas.

"Cejas Quemadas" supo el arribo de la canoa, y, después de saludar a su madre, fué donde el rey y le dijo:

—Mi madre desea saber si aún la amas. Las doce hermanas vendrán ante vos, y deberéis reconocer cuál de las nietas de Kú es vuestra esposa.

Desfilaron las doce bellas nietas de Kú, y cada cual decía ser la esposa de Kaewaeo. Pero el rey respondía:

—No sois tan hermosa como mi Anelike.

Apareció por fin su adorada Anelike, y el rey la reconoció.

Kaewaeo entregó el cetro real a su hijo "Cejas Quemadas", y partió con Anelike a Ulukaa, la Isla sin Rumbo.



SOLAK

CAPITULO XVI

EL PERRO LOBO

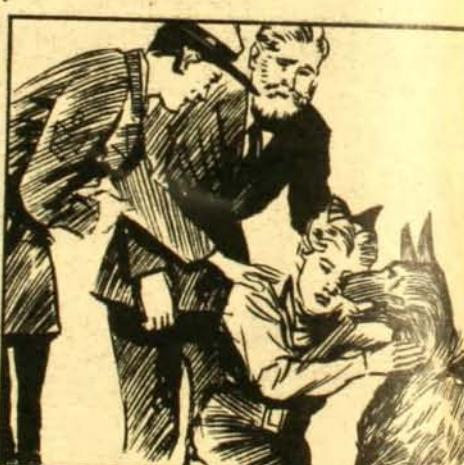
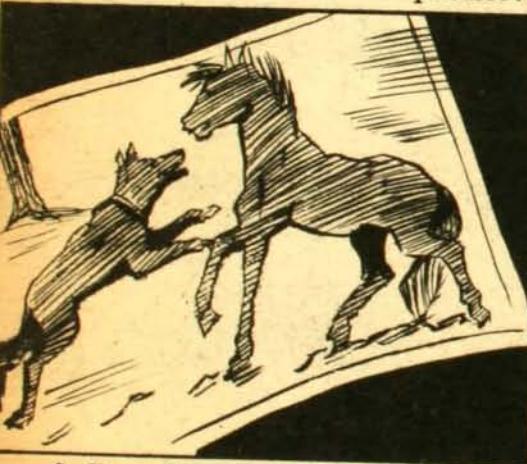
A SENTENCIA



1. El cazador Pierre Lacoste exhibió triunfalmente una fotografía en la cual se veía a un perro lobo atacando al caballito Pinto. Sin duda era Solak. Llevaba un collar que todos reconocieron. Dalia Ken, abrumada ante esa prueba decisiva, gimió: "—No puedo creerlo... Es imposible..."



3. La niña no había podido contener su dolor, y derramaba amargas lágrimas, abrazada a Solak. El anciano Max la alzó con suavidad, murmurando: "—Hijita, necesitas descanso". Ella se levantó. Haría un último esfuerzo para salvar a Solak. Minutos después arrendaba un caballo.



2. Pero Lacoste había enfocado con gran habilidad al perro salvaje que él compró al indio Joe Mescalero. Nadie dudó de que se trataba de Solak, el rey de los lobos. El sargento Blake declaró: "—El juicio queda suspendido por una hora, a fin de que todos reflexionen serenamente".



4. Había recordado de pronto que el indio Joe Mescalero criaba perros salvajes. Tal vez vendió uno a Pierre..., y éste lo utilizó para fabricar la falsa prueba contra Solak. Dalia cabalgó velocemente hacia el lugar donde acampaba el indio, pero éste se había marchado. Desolada regresó a la factoría.



SOLAK

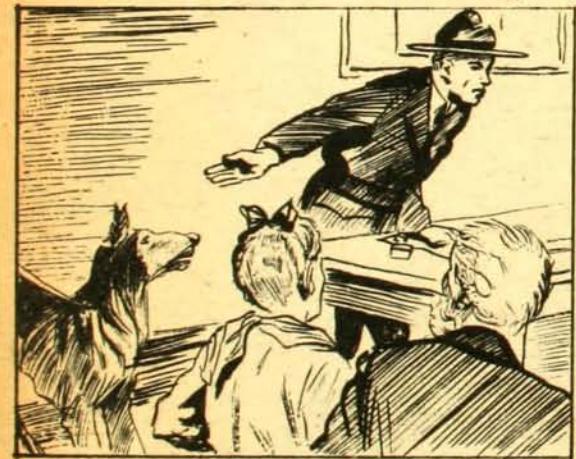
EL PERRO LOBO



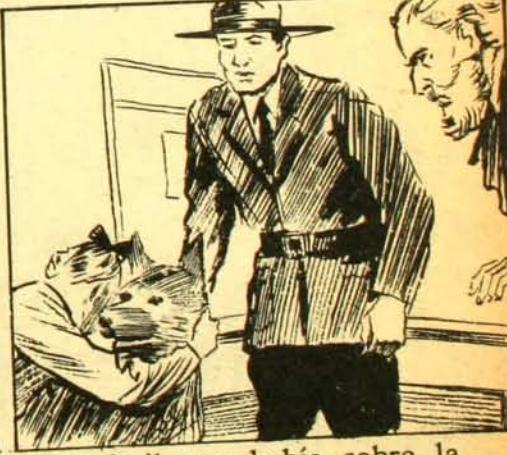
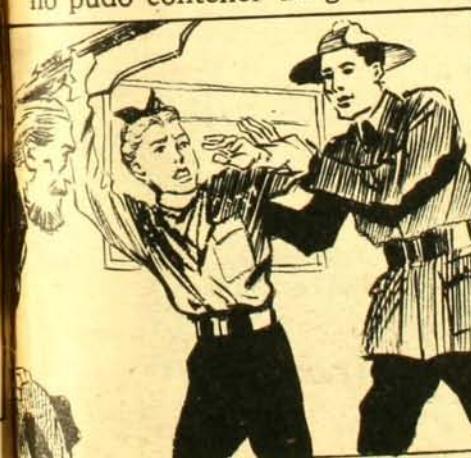
5. Allí Pierre se acercó a ella. La expresión cruel había desaparecido de su rostro. —Dalia —le dijo dulcemente—, no he querido causarte tristeza, pero era preciso eliminar a un lobo peligroso. No me guardes rencor y considérame tu amigo. Si sabes dónde está el collar de Solak, dímelo. Yo...



7. Dos vecinos, Dalia y Max fueron los únicos que respondieron. Cuando el sargento interrogó: —¿Quiénes creen culpables al acusado?—, todos los demás alzaron su diestra. —Solak es considerado una amenaza para la comarca—, pronunció Blake. Dalia no pudo contener un grito de espanto.



6. Se había cumplido el plazo fijado por el sargento Blake para dictar sentencia, y Dalia, sin responder a Pierre, se dirigió al tribunal. —Espero que pronuncien su veredicto de acuerdo a las pruebas presentadas —indicó el joven policía—. Los que crean que Solak es inocente, levanten la mano—.



8. Después, impulsivamente, cogió el fusil que había sobre la mesa del sargento, y exclamó: —¡No lo matarán! ¡No permitiré que lo maten!—. Max murmuraba, afligido: —Hijita, cálmate—. Rex Blake se apoderó del arma, diciendo: —No te desesperes, Dalia. Te prometo que Solak no sufrirá—. (CONTINUARA)

Los PIRATAS

CAPITULO I.



¡Inch Alá!

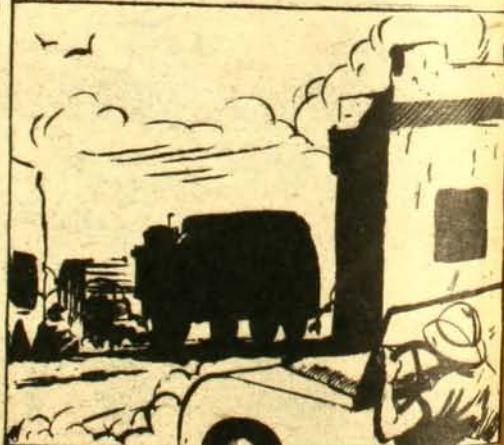


Todo está preparado para el viaje.

1. Se advertía una gran agitación en la ciudad oriental de El Hasa. Una expedición científica, dirigida por el profesor Aquer, atravesaría el desierto de Roba el Chali. "—Peligro, mucho peligro, efendi", habían dicho los árabes a Aquer, pero él estaba decidido a emprender el viaje a esa región.



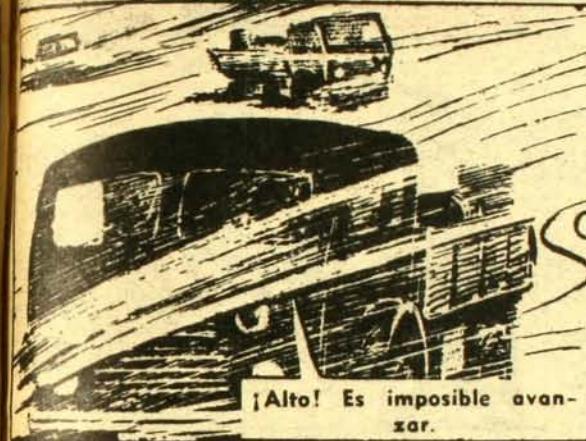
Ya es hora de partir.



2. Acompañaban al sabio dos exploradores audaces: Claudio Marcel y Davis. La caravana era distinta a las que usualmente cruzan el desierto. No estaba compuesta de camellos, sino de camiones y jeeps. Al segundo día traspusieron la puerta de In Sallah. "—Aquí empieza la aventura", sonrió Davis.

DEL DESIERTO

ARENAS PELIGROSAS



¡Alto! Es imposible avanzar.



¡Viento endemoniado!

3. Horas más tarde se desencadenó una terrible tempestad. El simún, viento del desierto, rugía, alzando nubes de arena. La caravana se detuvo, procurando guarecerse, mientras la arena ardiente envolvía a los viajeros, penetrando en sus ojos, en los oídos, en la garganta reseca.



Falta un jeep.



Llamando al jeep N.º 2.

4. Cuando cesó la infernal danza del viento y de la arena, se descubrió que uno de los jeeps faltaba en la caravana. "—Allá lo diviso —dijo Davis a Claudio—. Llámalo por radio, para que se reúna con nosotros. Parece extraviado." Pero el jeep, en vez de responder al llamado, emprendió una extraña fuga.

LOS PIRATAS

DEL DESIERTO



Allá diviso un campamento.



¿Se han extraviado en el desierto?

5. —¿Qué demonios les sucede? —exclamó Claudio Morel. Aquer se reunió con ellos y dijo pensativamente: —Es el jeep N.º 2. Contiene un instrumental muy valioso. Es preciso recuperarlo. Iniciaron la persecución, hasta llegar a un campamento, donde fueron recibidos por un hombre de expresión astuta.



Presiento que sucede algo extraño.



No se preocupen.

6. —¿Buscan una camioneta? La vi pasar hace algunos minutos. Me llamo Felipe Garon. Si puedo serles útil... — Claudio le dijo que, al amanecer la tempestad, aquel coche se había separado de la caravana. —Tal vez el conductor no comprendió las órdenes —sugirió Garon—. Procuraré dar alcance al jeep.



Los tuareg o imochag! Son verdaderos piratas.



7. —Ustedes pueden continuar la ruta por Zinder —añadió—, para que este contratiempo no cause atrasos a la expedición. Aquer aceptó el consejo, y avanzaban por la senda indicada, cuando de pronto, sobre las dunas, aparecieron unas siluetas amenazantes.



8. —¡Tuaregs! —exclamó Claudio Morel, con el ceño contraído—. Tendremos que defendernos. Jinete en los ágiles meharis (camellos de carrera), los tuaregs se lanzaron contra la caravana. —¡Fuego! —gritó Claudio, y una descarga cerrada resonó en el desierto.

(CONTINUARA)

El fantasmaita

¡ABRE PRONTO!
EL SEÑOR DUQUE
ESTÁ IMPACIENTE

LOS SOLDADOS DEL DUQUE DEL CHAPE BAJAN A
LOS CALABOZOS EN BUSCA DE AMAPOLO.

EL GUARDIÁN ES-
TA SONANDO CON
LOS ANGELITOS

¡OH! ¡OH! ¡OH!



SEGUNDA
vez, EL COCI-
ERO PIMEN-
TÓN HA HECHO
UNA SOPA
EXQUISITA.



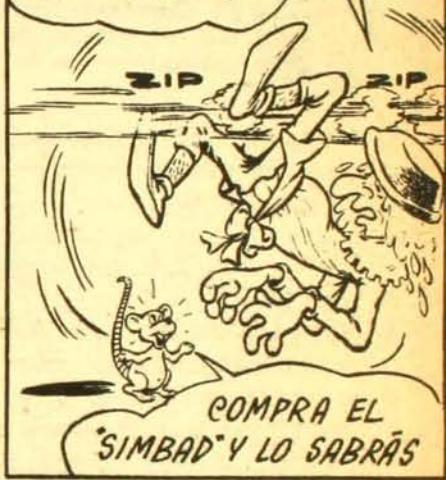
TERRIBLÍN YA ESTÁ LEJOS
DEL CASTILLO, DESPUÉS
DE ATROPELLAR A LOS
SOLDADOS Y DE VOLTEAR
AL POBRE COCINERO
PIMENTÓN ¡PARDIEZ!
¿Y DÓNDE ESTÁ AMAPOLO?



ESTA SOPA ESTÁ
MEJOR QUE LA OTRA



¿POR FIN ME DIRÁ ALGUIEN
DE DÓNDE VIENE ESTE VIENTO
TAN FUERTE?



COMpra el
'SIMBAD' Y LO SABRÁS



PERDONÉ. ¿HA VISTO A MI
AMIGO AMAPOLO, QUE SE CAYÓ
DEL CABALLO... ES DECIR DE LA CABRA?

(CONTINUARÁ)



El Corsario Negro y sus acompañantes se internaron en la selva.



CAPITULO VIII.

El Corsario Negro, acompañado de tres de sus hombres y del español Bartolomé, se internó en la selva, siguiendo las huellas del fugitivo gobernador de Maracaibo.

—Que me trague un tiburón si esta vez ese perro de Van Guld no cae en manos de mi capitán —susurró Stiller, con una siniestra sonrisa.

El pomposo español don Bartolomé de los Barbozas y Camargo avanzaba rumiando su venganza. El gobernador había ordenado darle veinticinco palos, y, para vengarse de ese infamante castigo, Bartolomé guiaba ahora al Corsario Negro.

—Los bosques de Venezuela son peligrosos —advirtió—, y el duque Van Guld nos lleva delantera.

—Le alcanzaremos —repuso el bucanero, cuya expresión era cada vez más sombría. Daría alcance a su enemigo, pero con la soga que ahorcara a Van Guld, o con el relampaguear de su espada, destruiría también un sueño imposible, una ilusión que era

—Buscaremos otro camino —sugirió el español.



como una luz vacilante en una alborada de muerte. Al cumplir su venganza, renunciaría para siempre a Gracia Van Guld, hija de su enemigo.

Avanzaban con dificultad por los senderos entrecruzados de raíces.

—Mirad allá, en ese ria-chuelo.

Se distinguía la forma inmóvil de varios caballos. Al acercarse a ellos, com-

EL CORSARIO NEGRO

amino del infierno.



Divisaron en la distancia los caballos muertos.

probaron que estaban muertos de un navajazo.

—Son las cabalgaduras del gobernador y de sus hombres —dijo el español—. Se vieron obligados a seguir a pie.

El vengativo soldado poseía un agudo instinto para descubrir el camino seguido por Van Guld. Otro guía se hubiera desorientado por completo, pero él cruzó sin vacilar los muros de vegetación, los vados, la brecha sesgada a golpes de hacha. Era evidente que los fugitivos habían procurado ocultar su rastro.

Ya en campo abierto, avanzaron con más rapidez, hasta que arribaron a un terreno poblado de espinos llamados "ansara", de espinas duras.

—Este es el camino del infierno —gruñó Carmaux.

—Buscaremos otra senda —sugirió el español.

La rápida noche de los trópicos oscureció la selva.

—Tenemos que acampar. Ellos también se detendrán. Proseguiremos la marcha cuando salga la luna, a medianochе.

Al desaparecer la luz, un silencio profundo y medroso reinó en la selva. Luego se elevó un coro de gruñidos, ladridos y gritos estridentes. Carmaux, que nunca había pasado una noche en la selva virgen, se levantó de un salto.

—Cálmate. Descansa —indicó el Corsario Negro.

Se oyó un chirriar extraño.

—¿Y eso, qué es? —pre-





Apareció la temible bestia.

El Corsario Negro, quitándose la capa, la dobló para rodearse con ella el brazo izquierdo. Luego, desenvainando la espada, ordenó:
—Sucedá lo que quiera, no uséis las armas de fuego.

Presintiendo quizás la presencia de los hombres, la fiera se acercaba con cautela. Sus pisadas sólo producían un leve rumor. De pronto cesó aquel débil sonido. El Corsario se había inclinado hacia adelante, para escuchar mejor, pero en vano. Al erguirse, sus miradas se encontraron con dos puntos luminosos, que fosforecían entre la maleza.

—Allí está, comandante —murmuró Carmaux.

—Ya lo veo —repuso el filibustero calmadamente.

—¡Diablo de hombre! —masculló el pirata—. No le teme ni al mismo compadre Belcebú.



—Tres veces he oído
un ruido sospechoso...

guntó Carmaux—. Parece que cien marineros hacen rechinar todos los cabrestantes de un barco, para no sé qué endiablada maniobra.

—Son ranas —explicó tranquilamente el negro Moro.

Un rugido poderoso acalló los demás ruidos de la jungla venezolana. Moro se incorporó, tenso.

—Un jaguar —anunció.

La fiera continuaba al acecho bajo la mata de manigua. De súbito los puntos luminosos desaparecieron. Se oyó el movimiento de las ramas y el crujir de las hojas, y después se restableció el silencio.

—¡Se ha ido! —suspiró Stiller.

A medianoche reanudaron la marcha. Llevaban me-

dia hora de camino cuando el español declaró:

—Tres veces he oído urruido sospechoso.

—¿Qué has oido?

—Romper de ramas y crujir de hojas.

—Sigamos caminando, con la espada desenvainada.

De pronto, una masa informe y pesada cayó sobre el español, derribándolo. La acometida fué tan rápida, que los filibusteros

creyeron en el primer instante que se había desgajado alguna rama enorme. Un rugido les hizo comprender que era el jaguar. El Corsario Negro hirió a la fiera con su espada, y ésta, abandonando a su víctima, se volvió rugiendo contra su agresor. En seguida, saltó, derribando a Stiller. Después se volvió contra Carmaux, e intentó desgarrarle de un solo golpe con sus poderosas zarpas.

El Corsario, advirtiendo el peligro que amenazaba a sus hombres, se lanzó por segunda vez contra la fiera, acuchillándola sin piedad, aunque manteniendo una distancia prudente, para no ser alcanzado por las terribles zarpas.

Atemorizada, o quizás, herida gravemente, la bestia se desvió, y de un gran salto alcanzó las ramas de un árbol cercano, donde se ocultó, lanzando prolongados rugidos.

El español se levantó valiente.

—¡Cuidado! —gritó Carmaux—. Ese condenado animal...

El jaguar se precipitó sobre ellos, describiendo una curva de seis o siete metros.

La fiera continuaba al acecho, sin atacar.



El jaguar cayó sobre el desprevenido español.



(CONTINUARA)



Los PRINCIPIES FUGITIVOS

CAPITULO XIII.—
Ricardo Zanetta disfrazado de anciano.

Mientras el capitán Carlton se alejaba, llamado por un asunto urgente, Rosalinda continuaba instruyendo a sus pupilos.

—Ninguna indiscreción, Anita —repetía Rosalinda—. ¿Entiendes, Anita? Has de llamarle Rosa y decir que soy tu niñera.

—Sí; ya me lo has dicho —respondió la chica—. Juguemos ahora a la bruja con Pulgarcito y la Caperucita.

Rosalinda vaciló, pero Igor le dijo:

—Juguemos, Rosa, pues de otra manera esta chiquilla puede molestarnos. Es tan caprichosa...

Rosalinda y los chicos jugaban y danzaban con ardor y no oyeron que se abría la puerta. El capitán Carlton los observaba emblesado.

—¡Qué buenos artistas! —exclamó el militar craciano—. Ven acá, Serapia... ¿Dónde aprendiste esa canción y ese baile tan bonitos?

—Rosa me lo enseñó —respondió la princesa.

El capitán miró con asombro a la falsa niñera.

—Esta niñita tiene disposiciones artísticas maravillosas —explicó Rosalinda—; yo le di el compás y siguió...

—Muy bien, Rosa —observó riendo el capitán—; puede quedarse con nosotros, y si los niños la aceptan...

RESUMEN.—Los príncipes de Sovinia, Igor y Anita, huyeron de la invasión de los cracianos, acompañados por su heroica institutriz, Rosalinda Nelson. Después de muchas aventuras los príncipes son recogidos por el capitán Carlton, militar craciano. Rosalinda se disfraza de niñera para atender a sus pupilos.

—La aceptamos —dijeron ambos niños, con visible entusiasmo.
—Trataré de complacerle, señor capitán —dijo humildemente la falsa niñera.

Su plan había resultado, y si Ricardo Zanetta acudía en busca de ella y de los príncipes, pronto estarían libres en un país donde no les alcanzaran los invasores de Sovinia.

Durante el resto de la mañana Rosalinda quedó sola con sus pupilos mientras el capitán Carlston recibía a varios miembros del ejército craciano.

Mientras los niños dormían siesta después del almuerzo, el capitán llamó a Rosalinda y le dijo:

—Estos chicos parecen venir de muy lejos, y aunque sus trajes están raídos y sucios, se advierte en su cultura y lenguaje que no pertenecen a la clase plebeya. Yo me pregunto quiénes son y de dónde vienen...

—Seguramente son refugiados —insinuó Rosalinda—. Multitudes huyeron ante el invasor. Tal vez estos niños se extraviaron en la ruta o sus padres murieron cuando huían.

—Es posible —asintió el capitán Carlston—. Trate usted de averiguarles algo sobre sus familias. Se lo agradeceré mucho.

Rosalinda quedó preocupada por la curiosidad del capitán Carlston sobre la identidad de Igor y Anita.

“Es preciso que Ricardo Zanetta venga pronto a buscarnos —pensó Rosalinda—; la situación aquí resulta incierta y peligrosa.”

Por la tarde la joven recibió otro choque que la inquietó aún más.

—Mire lo que he encontrado —dijo el capitán Carlston, mostrando a la niñera un pañuelo de finísimo hilo y encajes—. Se suponía tenía este pañuelo en sus manos. Observe la corona y las palmas. ¿Cómo una chica pobre puede poseer un objeto de lujo? Hay algo extraño en esos niños. Mañana vendrá a visitarme una dama que conoce las heráldicas y podrá decirme qué significan esta corona y estas palmas. Entretanto, Rosa, averigüe algo usted.

—Haré lo que pueda, señor —dijo Rosalinda.

El capitán guardó el pañuelo en un cajón de su escritorio y salió a fumar un cigarro al jardín.

“Tengo que arrebatarte ese pañuelo —pensaba Rosalinda—. Cualquier persona que no sea un militar extranjero, reconocerá la corona y las palmas que son el escudo de la familia real de Sovinia. Destruiré el pañuelo, suceda lo que suceda después.”

Rosalinda se acercó inmediatamente al escritorio, sacó el pañuelo

de la princesa Anita, y subiendo a su dormitorio lo quemó rápidamente en el fuego de la chimenea.

—El capitán buscará esa prenda y acaso se fastidie por su desaparición —se dijo Rosalinda—. Sin embargo, no había otro medio de evitar un peligro mayor.

A la mañana siguiente el mozo de la Casa Azul anunció a Rosalinda que su padre la llamaba por teléfono.

El padre de Rosalinda Nelson había muerto muchos años atrás, por lo cual la joven comprendió que ese llamado era un subterfugio.

No obstante, acudió al teléfono y oyó una voz cascada y débil que le decía:

—Hijita, ¿cómo estás? Yo siempre sufriendo de reumatismo. No puedo subir hasta la colina de la Casa Azul. Pide permiso a tu patrón y ven a visitarme a la posada esta tarde. Tengo buenas noticias que darte.

—Muy bien, papacito —respondió Rosalinda—, cuídate bien. Esta tarde iré a la posada si el patrón me da permiso.

Rosalinda había reconocido la voz de Ricardo Zanetta y su corazón latía apresuradamente.

Igor y Anita se levantaban de la siesta y después de peinarles y lavarles, Rosalinda bajó con ellos a la sala del capitán.

—Señor —dijo la falsa niñera a su patrón—, ¿me permite ir a visitar a mi padre enfermo? Podría llevar también a los niños.

—Siempre que regrese a las seis, otorgo el permiso —declaró el militar craciano—. Esta tarde vendrán a visitarme algunos amigos y me gustaría que los niños ejecutaran sus lindas danzas. La institutriz de los príncipes de Sovinia temía la presencia de esos amigos del capitán, pues suponía que eran militares cracianos. Aún no había advertido Carlton la desaparición del pañuelo de Anita, pero al no hallarlo se suscitaría un escándalo.

Rosalinda cogió de la mano a sus pupilos y partió en dirección a la posada pensando que debía huir al momento.

—Esas visitas, el asunto del pañuelo y la cultura de los niños son asuntos gravísimos para nosotros —decíase Rosalinda—. El capitán comenzará a sospechar y pronto se descubrirá la identidad de mis pupilos.

Igor y Anita, felices con el paseo por la colina, no advertían la tristeza de su institutriz. Por fin llegaron a la posada del llano y Rosalinda buscó ansiosamente a Ricardo Zanetta.



Rosalinda quemó el pañuelo de encajes en la chimenea.

Sólo vió a un anciano encorvado, ocupando una de las rústicas mesas de la pérgola.

Rosalinda pasaba de largo con sus niños, cuando el anciano, guiñando un ojo, le dijo con voz gastada y trémula:

—Buenas tardes, hija mía.

—Usted —balbuceó Rosalinda, con sorpresa.

—Quieres decir tu pobre padre, hijita —corrigió Ricardo Zanetta, cogiéndose del brazo de la joven y apartándose con ella hacia la puerta—. ¿Qué tal mi disfraz? Aquí estaremos libres de oídos indiscretos. Cuéntame tus aventuras.

Sentados en un banco, que se afirmaba en un árbol, Rosalinda contó rápidamente los últimos sucesos.

—Tenemos que salir de la Casa Azul inmediatamente —expresó Rosalinda—. El capitán Carlston empieza a sospechar...

Ricardo Zanetta movió negativamente la cabeza y estrechó la mano de su amiga.

—¿Recuerdas, Rosalinda, que te hablé de unos documentos secretos que ando buscando con ardor? —preguntó Ricardo.

—Me hablaste de unos documentos que revelaban los planes secretos de los cracianos —repuso Rosalinda—. Creo que se trataba de nuevas invasiones después de la del reino de Sovinia.

—Exactamente —asintió Ricardo—. Esos documentos prueban que los cracianos intentan apoderarse de todos los países limítro-

fes, y yo necesito esos documentos para demostrar la perfidia de nuestros enemigos. Si puedo obtenerlos, conquistaremos aliados para nuestra causa.

—¿Qué quieres de mí? —preguntó Rosalinda.

—Esos documentos secretos están en la Casa Azul —declaró Ricardo.

Rosalinda miró al joven detective con ojos atemorizados.

—Mi querida amiga —murmuró Ricardo con dulzura—, comprendo que el deber que te impongo es terrible; sé que te lanzo a un peligro muy grave, pero está de por medio la salvación de nuestra patria. Sólo tú puedes ayudarnos en este momento. Nuestra suerte depende de ti, Rosalinda. Si los cracianos invaden los países vecinos, transcurrirán muchos años sin que Sovinia vuelva a ser una nación libre. Los invasores victoriosos dominarán medio continente.

Rosalinda se estremecía como batida por un viento polar.

Ricardo Zanetta la enviaba a la zona del fuego, la arrojaba a las fieras, pero ella, como valiente y patriota mujer, debía obedecer. Rosalinda fijó sus miradas en Igor y Anita que jugaban y reían en la huerta florida. Anita, tan hermosa y gentil; Igor, un hombrecito ya, que comprendía la tragedia de su patria y cuyo semblante reflejaba una gravedad superior a sus años. Ambos principes eran las primeras víctimas de los cracianos. Ambos andaban errantes y fugitivos después del saqueo del palacio real de Sovinia.

Rosalinda escuchó como un eco lejano la voz de Ricardo que repetía:

—Sólo tú puedes salvar nuestro país, Rosalinda... ¿Lo harás?

—Sí —murmuró la joven.

Ponchito y Pelusita invitan a todos los lectores de "Simbad" a participar en los concursos semanales con hermosos premios en tocadiscos, discos Pulgarcito, suscripciones a "Simbad", premios en dinero, libros, etc.

Ponchito y Pelusita

¡ATENCION, LECTORES! PARA NAVIDAD, "SIMBAD" TRAE ESTUPENDOS PREMIOS SORPRESAS. ¡ESTEN ATENTOS!

Ella volvería a la Casa Azul con los príncipes y afrontaría todos los peligros.

—Sabía que responderías afirmativamente a mi petición, amiga querida —dijo Ricardo Zanetta—. Tendrás que ser muy valiente.

—¿Qué debo hacer? —preguntó angustiada Rosalinda.

—Tienes que robar un sobre grande lacrado con un sello azul que representa un águila sobre el hemisferio europeo. Ese es el emblema de los cracianos que pretenden dominar el mundo entero.

—¿Dónde crees que puedo encontrar ese sobre? —preguntó Rosalinda.

—En el escritorio del capitán Carlston —indicó Ricardo Zanetta.

—El capitán rara vez se aleja de su oficina —dijo Rosalinda—, y, además, hoy recibirá la visita de una dama, que, según expresó el militar, le ayudará a descubrir la identidad de los príncipes.

—Con buena suerte podrás sacar en media hora ese sobre lacrado y huir después con los niños antes de que llegue esa temida dama —declaró Ricardo.

—Te aseguro que tiemblo ante la misión que me has señalado —suspiró Rosalinda algo triste.

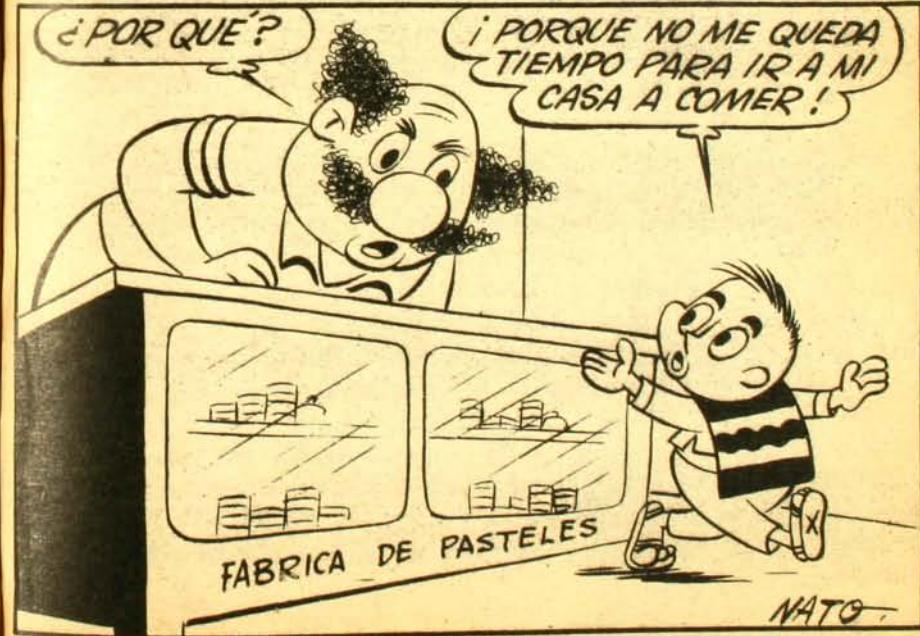
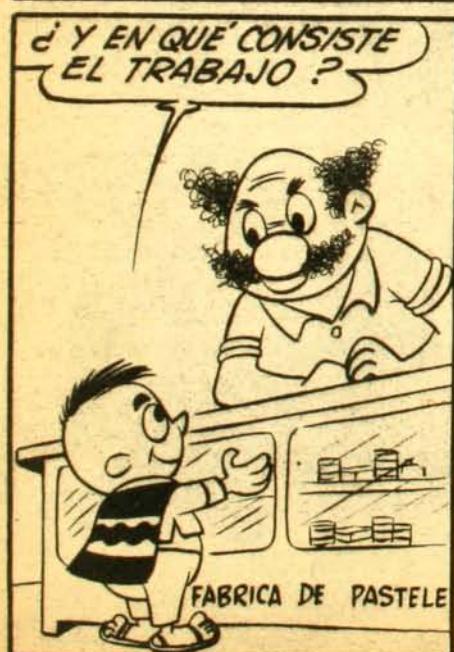
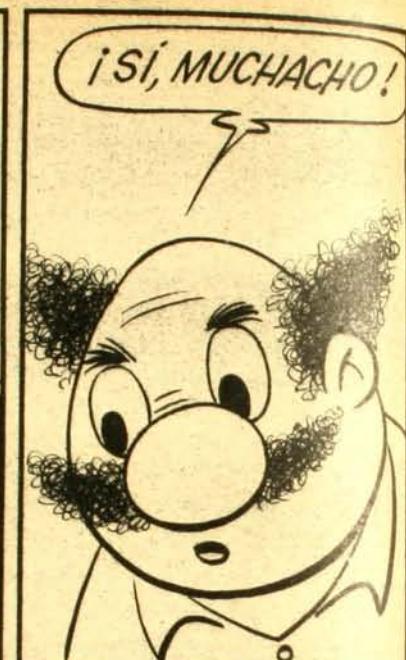
(CONTINUARA)

Un anciano encorvado ocupaba una de las mesas de la posada.



Ponchito

por nato



NATO

LA HIJA DE LAS ISLAS



CAPITULO XII.— *El regreso de la diosa blanca.*

Akena observaba con tristeza la ciudad en la cual creyó encontrar la felicidad, y que sólo le había deparado soledad y desilusión.

El aviador Jim Denis, "el viajero del cielo", como le había llamado Banaba, no podía convertirla en su esposa porque su verdadera novia era la rubia Tina Flow. Lo había declarado así, primero con una expresión sarcástica y luego enfurecida, porque Jim dudaba de ella.

Parson, agente de Akena, le suplicó en vano que no abandonara Nueva York.

—Es un destierro injusto —protestaba—; para huir de Jim, no es preciso que vivas relegada en una isla salvaje.

Akena sonrió con tristeza:

—No es una isla salvaje, sino mi tierra, mi pequeño país perdido en el mar. Allí tengo amigos fieles que me darán consuelo.

—Te he oído hablar de un jefe isleño, de Banaba —sugirió Parson—. Me imagino que se sentirá feliz con tu regreso.

La niña asintió en silencio. Para Banaba, ella era una diosa blanca. Su regreso a Tahoa sería celebrado con fiestas nativas a la luz de la luna. Los pescadores de perlas llegarían en sus botargas para ofrecer sus tesoros a la hija de las islas. Las bailarinas danzarían junto a las brillantes hogueras, y el canto maorí se alzaría en la noche como un himno de apacible felicidad. El mar también cantaría, con la ronca voz del lagón, al pie de los acantilados, en los arrecifes coralinos.

Akena permanecería para siempre en Tahoa, hasta que muriera dulcemente.

Recordó la frase pronunciada por su padre al morir: "El coral aumenta, la palmera crece, pero el hombre se va". Siempre se cumplía el dicho tahitiano. El hombre se va y su felicidad es sólo una ilusión desvanecida.

—Ese nativo Banaba..., ¿es muy fiero? —preguntó Parson con voz vacilante.

—¿Por qué?

—No sé..., quizás quiera visitarte algún día.

Akena rió y por un instante olvidó su tragedia.

—Cuando desembarques en Tahoa, te ofreceremos racimos de plátanos, que es el símbolo de la paz y de la amistad. Ve a visitarme sin temor. Banaba no es un bárbaro, ni mi tribu es caníbal.

—Con una princesa como tú, todos deben ser encantadores —dijo Parson.

De pronto sugirió:

—¿Por qué no esperas un tiempo más? Te he confesado varias veces que esa Tina Flow me parece una impostora. Ser novia del hijo de un millonario no es algo que pueda desperdiciarse. Y si la víctima ha sufrido amnesia y no recuerda ni su nombre, es fácil inventarle cualquier historia.

—¿Y el anillo de compromiso?

—Yo también puedo mandarme hacer un anillo de oro que me convierta en el feliz novio de la reina de Jauja.

—Tina no sería tan audaz.

—¿Por qué no? Los millones de Robinson Denis pueden hacer perder la cabeza a muchas personas.

—¿Y las cartas?

—Falsas, tal vez.

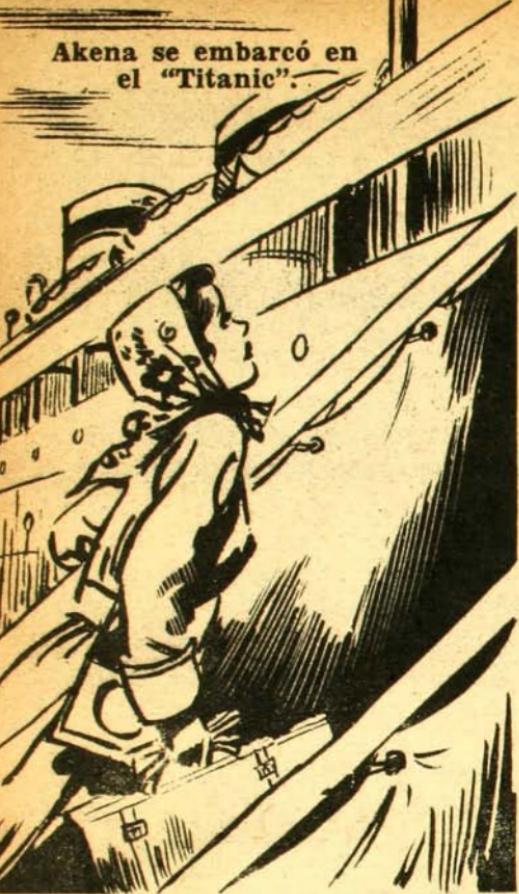
—Tal vez... —suspiró Akena—. Por favor, Parson, no me ilusione. He sufrido mucho.

Con estas palabras estrechó la mano de su fiel amigo y subió el puente. Su paso era decidido, pero su corazón vacilaba. ¿Y si las sugerencias de Parson fueran ciertas? ¿Si aquel noviazgo era sólo una invención de Tina Flow? Se resistía a creer que

Parson le suplicó en vano que no abandonara Nueva York.



Akena se embarcó en el "Titanic".



pudiese existir tanta perfidia y ambición, pero evocaba la expresión codiciosa de Hugo Sander. El había tratado de robarle el tesoro legado por su padre. Tina, quizás, intentaba arrebatártela a Jim Denis recurriendo a malignas intrigas.

Un rugido de Taio la distrajo de sus meditaciones.

Buscó la jaula del leoncillo, y, acariciando su suave cabeza a través de los barrotes, susurró:

—Regresamos a casa, Taio... Volvemos a la isla Taho...

El nombre de su tierra natal tranquilizó al inquieto felino. De su garganta surgió un ronroneo feliz y extasiado. Las palmeras, la arena suave, el oleaje rumoroso, la selva... Eran su vago sueño, su nostalgia inexpresada, su anhelo de fiera que ha sufrido un largo cautiverio.

—Sí, Taio, allá seremos dichosos...

De pronto Akena creyó oír que alguien gritaba su nombre desde el muelle. Se estremeció, pensando que era Jim. Pero luego comprobó que aquella voz no era la del joven.

Se acercó a la borda y vió que Parson agitaba frenéticamente unos papeles en sus manos.

—¡Baja, Akena! Tengo grandes noticias.

La niña vió que el puente había sido retirado. Su primer impulso fué obedecer a Parson. Luego reflexionó. Desembarcar, ¿para qué?

Movió negativamente la cabeza, pero el agente anunció a gritos:

—Mis sospechas se confirmaron. Tina no es la novia de Jim.

Las doradas pupilas de Akena se dilataron, incrédulas. Las palabras que había oído eran, sin duda, un espejismo, como esas voces extrañas que resuenan en el mar, atrayendo a los pescadores

nativos a desconocidos abismos. No debía permitir que ese llamado la fascinara.

Taio rugió en su jaula. Tal vez presentía las vacilaciones de su ama. Ese rugido infundió a Akena el valor que por un instante la había abandonado. Inclinándose sobre la borda contestó mientras las lágrimas se deslizaban por su rostro:

—Es inútil, Parson.

Tal vez su respuesta no fué percibida por el agente, a causa de la distancia, pero la comprendió y, desesperado, gritó:

—Es la verdad, Akena. Juro que no la engaño.

(CONCLUIRA)

Parson, desde el mueble, gritaba frenéticamente.



Correspondencia

MARILU PONCE, IRIS PEREZ. Reclamen sus premios, pero aguarden dos semanas, pues hay demora en la remisión de ellos.

CARLOS RAVEST. Puede enviar todo lo que ofrece. Si es bueno se publicará.

INES DIAZ, JORGE SAN MARTIN. Se manifiestan entusiastas lectores de "Simbad". Si no obtienen esta revista, reclamen a los agentes de Empresa Editora Zig-Zag en esa localidad y exijan que les encarguen los números que necesitan. Nato y Elena Poirier agradecen sus elogios.

HILDEGARD SAEZ, JUAN MORO. Asiduos lectores de esta pequeña gran revista, se sienten felices cuando aparece y pueden obtenerla. Trataremos de superarnos para complacerles.

VALENTINA MORALES, BENILDE HERNANDEZ, ELSA MANZANO, DELFINA BARRERA, MIGUEL MIRANDA. Muy complacidos con sus felicitaciones por todo el material artístico y literario de esta pequeña gran revista "Simbad", que es la favorita de todos los niños de Chile.

MARIO MENDEZ, FRANCISCO RUZ, MARIA VARAS. A ustedes y a todos los lectores de provincia les aconsejamos que reclamen cuando no encuentren esta pequeña gran revista en las agencias de revistas de esta Empresa.

ELSA DIAZ. Sus expresiones bondadosas nos colman de alegría. Los niños son siempre nuestros favoritos y tratamos de entretenérlos con lindos cuentos y novelas.

ROXANE



GRAN CONCURSO

Standard Electric

DISCOS

pulgarcito

Y SIMBAD

"la mejor revista infantil".

CONTESTA A ESTA PREGUNTA: ¿Cuál es la flor nacional chilena?

Envía tu respuesta a casilla 84-D, INCLUYENDO EL CUPON, y podrás participar en el Gran Sorteo Semanal de 12 Discos PULGARCITO, irrompibles, en bellísimos colores, con temas infantiles. Además, se sorteará UN REGIO TOCADISCOS, Suscripciones a SIMBAD, Libros y Premios en DINERO.

Distribuidores exclusivos

Standard SE Electric
COMPANIA
SANTIAGO CHILE
Técnico mundial de la radio



Un producto

SHYF

Solución a "Simbad" 272. El verano comienza el 21 de diciembre. Entre los niños que enviaron soluciones acertadas sorteamos los siguientes nombres:

CON UN TOCADISCOS: Alicia Fuenzalida, Curicó. CON UN SOBRE DE TRES DISCOS: Rubén Ortúzar, Concepción. CON UN DISCO PULGARCITO: Julia Troncoso, Santiago; Mireya Villagra, Santiago; Ramón Muñoz, Teno; Alice McIntosh, Villa Alemana; María Cares, Yungay; América Rodríguez, Talcahuano; Oscar Moraga, Tomé; Gloria Figueroa, Valparaíso; Susana Miranda, Santiago. CON UNA SUSCRIPCION TRIMESTRAL A "SIMBAD": Mario Zamorano, Buin; M. Astudillo, Viña del Mar; Luisa Urbina, Juan Soldado; Alfredo Ibáñez, Linares; Yolanda Miquelles, Coronel; Gaby Abara, Loncoche. CON CINCUENTA PESOS: Francisca Mardones, Panguipulli; Cristina Maya, Ovalle; Vitalia Olivos, Quilpué; René Orellana, Molina. CON UN LIBRO: Carlos Böhringer, Santiago; Laura Molina, Valparaíso; Hilda González, Coronel; Florencia Solar, San Javier; Mario Báez, Santiago; Ricardo Cerda, Santiago; Jacinto Ferrán, Monte Águila; Rolf Fiebig, Temuco; Pedro Lobos, Santiago; Eduardo de la Barra, Santiago.

CUPON DEL
CONCURSO
Semanal

Standard SE Electric

SIMBAD N.º 274

Juan y Juanita



3. Como se recordará, Tilín había abierto un forado en el techo de la cabaña. Por allí salieron también Juan, Juanita y Mincho, que intervinieron en la batalla campal, en la cual ayudaban los mellizos belgas. Ricardini, bastante maltrecho, logró huir, y Juan exclamó: "—¡Huyamos pronto!"



4. Atravesaron la aldea, dirigiéndose hacia la selva. A los gritos de Ricardini surgieron de todas partes los secuaces de Leopoldo Rulan. En la confusión lograron huir los cuatro pequeños cautivos, pero Bob y Len cayeron en poder de sus verdugos. "—Volveremos a rescatarles", murmuró Juan.

(CONTINUARA)

PELUSITA

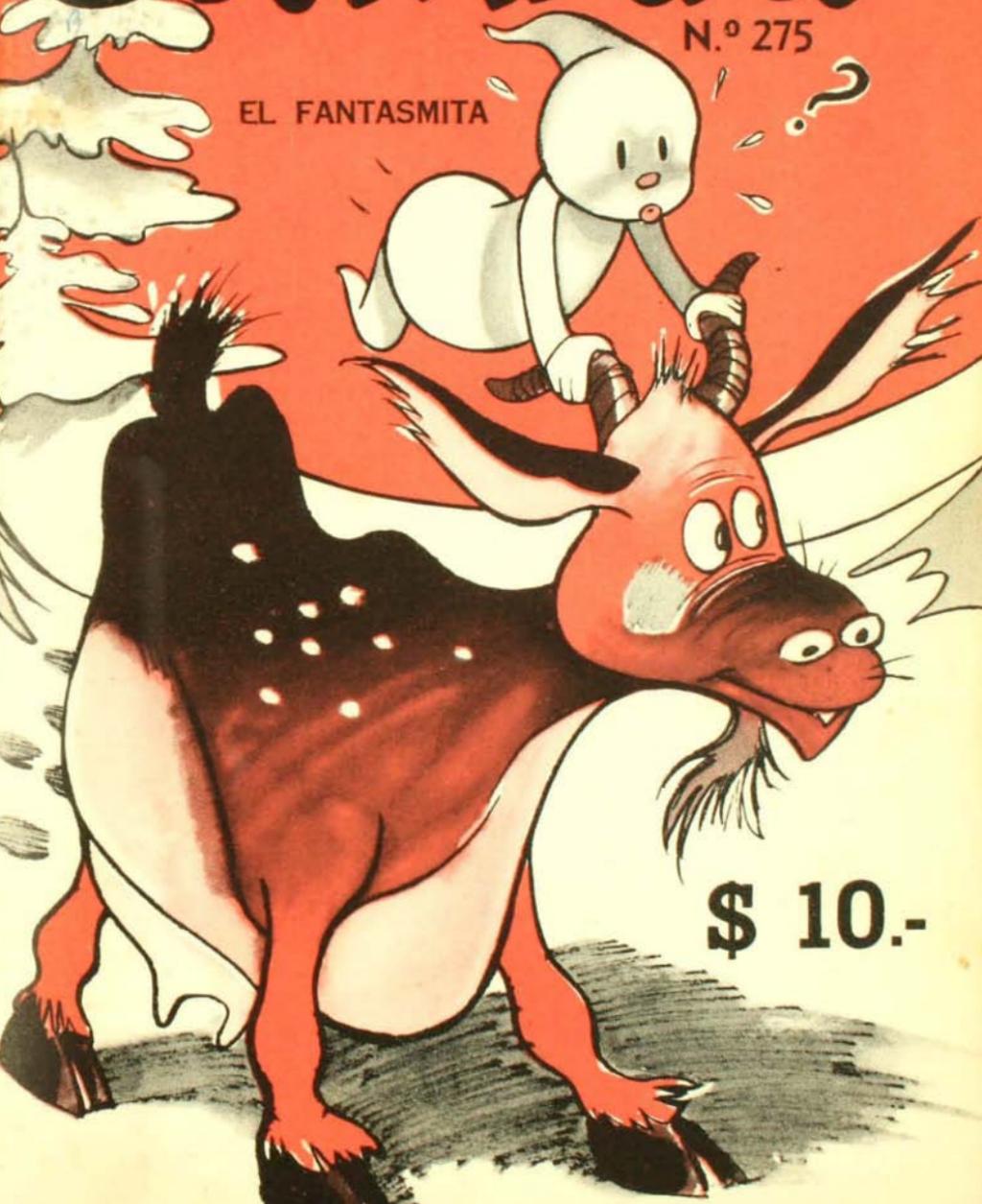
POR NATE



Simbad

N.º 275

EL FANTASMITA



Juan y Juanita

CAPITULO LIII.—¿AMIGOS O ENEMIGOS?



1. El traidor Leopoldo Rulan secuestró a los artistas infantiles de Samuel Fox y los tenía prisioneros en una aldea africana. Los mellizos Bob y Len habían prometido libertarlos. Juan, Juanita, Mincho y Tilín lograron huir, pero Bob y Len cayeron en poder de sus verdugos.



2. “—No podemos dejarles abandonados —murmuró Juanita—. Ellos intentaron ayudarnos.” Su hermano repuso: “—Volveremos a rescatarlos. Ahora es necesario que nos alejemos”. Avanzaron por los intrincados senderos de la jungla, hasta que el cansancio venció a Juanita.

(Continúa en la penúltima página.)

Simbad

AÑO VI. — 8-XII-1954 — N.º 275

Directora: Elvira Santa
Cruz (Roxane)
Suscripción anual: \$ 490.—
Semestral: \$ 250.—
Recargo por vía certificada:
Anual: \$ 21.— Semestral: \$ 11.—
Extranjero:
Anual: U.S.\$ 2,10
Semestral: U.S.\$ 1,05
Recargo por vía certificada:
Anual: U.S.\$ 0,80
Semestral: U.S.\$ 0,10

La Princesa Muñeca

CAPITULO I.—El bautizo de Bienvenida.

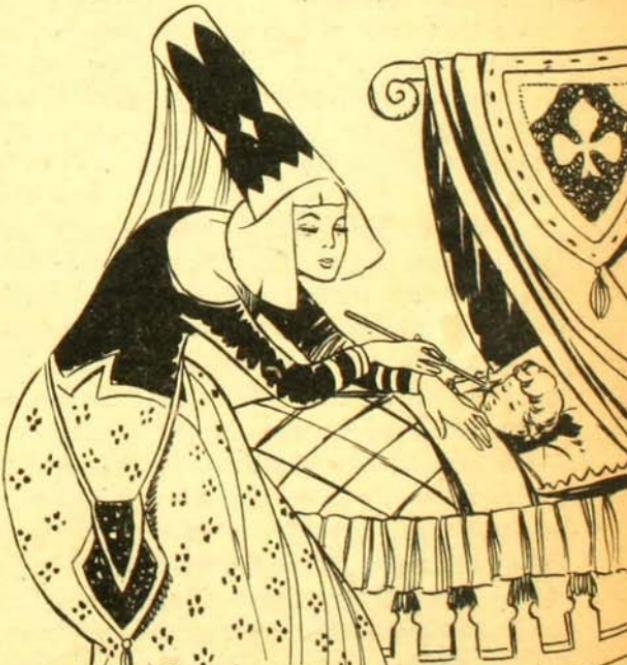
Había una vez, y en tiempos muy remotos, un rey y una reina muy buenos, que celebraban regocijados el nacimiento de su hijita Bienvenida.

Como eran muy amados, todo el reino de Giralda se agrupó alrededor del palacio real y aclamó al rey Mirgo y a la reina Mectilde cuando se presentaron con la niña a los balcones de la regia mansión. Fué un día de gloria para los giralddinos.

Y en ese día feliz no faltó el hada Mirtala, madrina de Bienvenida.

—Reina Mectilde —dijo el hada Mirtala—; yo seré la madrina de VENI; velaré por ella, a fin de que ningún espíritu del mal perturbe su felicidad.

Durante tres días y tres noches el hada Mirtala



El hada Mirtala colocó su varita mágica sobre la cuna de Bienvenida.

estuvo junto a la cuna de la princesa Veni, y al cuarto día, habiéndola colmado de presentes magníficos, se retiró al reino de las hadas.

Transcurrió el tiempo y Veni llegó a los doce años. El rey y la reina continuaban haciendo la felicidad de sus súbditos; no les imponían tributos y los atendían como hijos suyos. Cada año el hada Mirtala visitaba a su ahijada, que era linda como una estrella y buena como un ángel.

Por desgracia, en el reino de los espíritus maléficos había un terrible descontento porque ningún hechicero podía perturbar la dicha en el reino de Giralda.

—Mago Focio —dijo muy enojado Lucifer—, yo te ordené que te introdujeras al reino de Giralda el día del bautizo y no lo hiciste. Ahora sufrimos las consecuencias.

—Diabólico amo —respondió Focio a Lucifer—, yo me introduce en forma de huracán, pero el hada Mirtala deshizo mi obra con su varita mágica.

—Ve otra vez —ordenó Lucifer—. Tienes plenos poderes para actuar allí.

El mago Focio logró entrar en la Giralda en forma de cocinero y envenenó una bebida destinada a la reina Mectilde.

Días después el rey Mirgo cayó del caballo con el cráneo fracturado.

La princesa Veni quedó huérfana y desolada.

—Mi pobre Veni —dijo el hada Mirtala cuando fué a visitarla—, es muy triste quedar sola en el mundo, pero tú vas a continuar la buena obra de tus padres. Serás generosa y compasiva con tus súbditos, cultivarás las rosas que tanto amaba tu madre la reina Mectilde y todos te amarán. Seca ahora tus lágrimas y prométeme ser buena.

—Lo juro, hada madrina —dijo la princesa.

Como no podía gobernar sin consejeros, Veni aceptó la ayuda que le ofreció su canciller y primer ministro Rodar.

Pasó un año y comenzaron las fiestas en el palacio real de Giralda. De lejanas tierras llegó un príncipe muy hermoso, quien se enamoró perdidamente de la princesita Veni, que ya tenía quince años.

—Os doy mi venia —dijo el hada Mirtala—. Tú, príncipe Fedor, visitarás a tu novia frecuentemente, pero no se casarán hasta que mi ahijada haya cumplido dieciocho años.

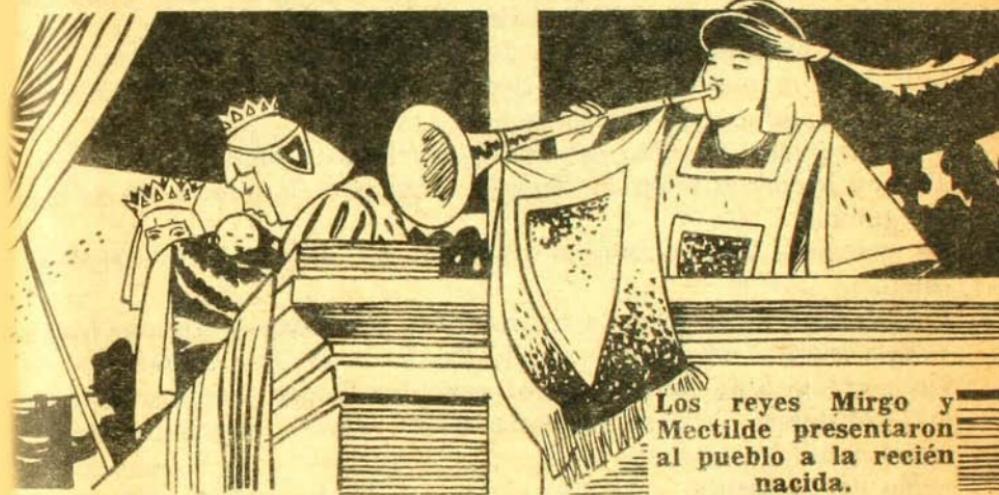
La princesa Veni, halagada por todos y mal aconsejada por el perfido canciller Rodar, no tuvo más ambición que divertirse, dar bailes y exigir tributos tan alzados a sus súbditos, que, en el antiguo reino, todo era confusión y miseria.

—La princesa Veni —decían todos— no ha heredado las virtudes de sus padres. Sólo piensa en sus joyas y trajes mientras nuestros hijos mueren de hambre.

El hada Mirtala, al ver el cambio de su ahijada, se dijo:

“El canciller Rodar es amigo del mago Focio. Voy a visitar a la princesa Veni.

—He sabido que has cambiado mucho, ahijada —dijo el hada



Los reyes Mirgo y
Mectilde presentaron
al pueblo a la recién
nacida.

Mirtala a la princesa—. Sólo vives para gozar y abandonas a tus vasallos al hambre y la miseria.

—Madrina —respondió Veni—, una princesa debe vivir en el lujo y la riqueza que le corresponde. El príncipe Fedor, mi novio, no querría verme mal vestida y fea.

—El príncipe Fedor ama la belleza de tu alma —repuso el hada—. Tu novio ignora que el pueblo se muere de hambre en Giralda y que tú eres una criatura frívola y sin corazón.

—Nunca me ha dicho eso Fedor —murmuró fastidiada Veni—. Ayer cuando llegó declaró que en el reino de su padre, el rey Fanor, no existía una niña más linda que yo.

—Se conoce que está enamorado —expresó el hada Mirtala—. Pero si viviera permanentemente aquí, comenzaría a darse cuen-

ta de tus defectos. Dime, ¿dónde están las lindas rosas que cultivaba tu madre, la reina Mectilde?

—Supongo que el jardinero se preocupa de ellas —contestó la frívola princesa.

—Vamos a visitar los jardines de la reina Mectilde —ordenó el hada.

Del precioso rosal nada quedaba. Las rosas, ahogadas por la maleza, habían muerto.

La princesa, algo turbada, murmuró:

—Como hay siempre flores en el palacio, no me había dado cuenta...

—Este rosal cultivado por tu madre debió ser sagrado para ti —dijo severamente el hada Mirtala.

—Tengo muchas otras cosas de qué ocuparme —refunfuñó Veni—. Mis manos no pueden deteriorarse con las espinas. Madrina, me fastidias con tus sermones...

—Muñeca sin corazón; eso eres —exclamó indignada Mirtala—. Te voy a convertir en muñeca... Irás por el mundo sin vida y sin amores...

La princesa Veni quedó aterrada al oír el veredicto del hada Mirtala.

Postrándose a los pies de su madrina, lloró desesperadamente.

—Perdóname, madrina —suplicaba Veni—. Voy a cambiar de vida; arrojaré de mi palacio al canciller Rodar, que ha sido tan mal consejero. Cuidaré las rosas de mi madre, suprimiré los tributos a mis vasallos...

—Ya no es tiempo —repuso el hada Mirtala—. Ven conmigo al palacio.

—Perdóname —repetía la princesita de quince años—; te juro que obedeceré tus mandatos.

* * * * *

GRANDES PREMIOS PARA LOS NUMEROS DE PASCUA Y AÑO NUEVO...

"Simbad" ofrece a sus lectores, como premio del concurso semanal, 20 suscripciones a la revista "Simbad".

Premios de \$ 100.— y \$ 50.—. Juguetes, libros y los tocadiscos y discos Pulgarcito, de Standard Electric.

* * * * *



—Perdóname, madrina. No me conviertas en muñeca —gemía Veni.

—Sígueme al palacio —repitió Mirtala—. Allí recibirás el castigo que mereces.

La princesa Veni se vió obligada a seguir al hada, pues comprendía que era inútil huir de esa diosa que tenía poderes inmensos sobre ella.

Ya en la sala del trono, Veni continuó suplicando y llorando.

—Perdóname, madrina —sollozaba la princesa—. Piensa en la desesperación de mi novio Fedor, si yo desaparezco.

—¿Tuviste tú compasión cuando las madres te suplicaban que dieras pan a sus hijos? —preguntó el hada Mirtala—. ¿Pensaste en su desgracia cuando les imponías tributos para comprar joyas y trajes suntuosos?

—La culpa fué del canciller Rodar —insistía Veni—; es un malvado hombre. Yo le haré ahorcar o le quemaré vivo...

—Niña sin corazón —murmuró el hada Mirtala—. Voy a convertirte en muñeca, porque así es tu corazón... puro aserrín y trapo.

(CONTINUARA)



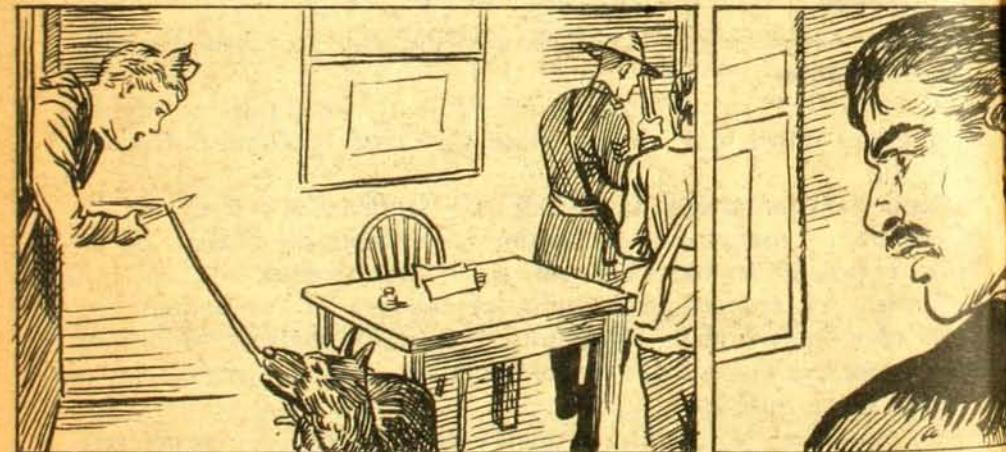
SOLAK EL PERRO LOBO

CAPITULO XVIIA FUGA



1. La desesperación dominó a Dalia Ken cuando Solak fué sentenciado a muerte. El cazador Pierre Lacoste no disimulaba su perversa alegría. "—Despejen la sala", ordenó el sargento Blake a sus asistentes. En ese instante la mirada de Dalia se detuvo en el cuchillo de uno de los soldados.

3. Antes de que pudieran detenerlo, Solak atravesó la ventana de un ágil salto y huyó hacia el bosque, siguiendo a su adorada dueña. Dalia corría sin aliento. Sabía que estaba desafiando a la ley y que su actitud era temeraria. Pero no podía abandonar a Solak en esa hora de peligro.



2. Sin vacilar se apoderó de él antes de salir. Con paso rápido rodeó el edificio y, asomándose por una ventana, susurró: "—¡Solak!... ¡Solak!..." Cuando el perro lobo se aproximó a ella, cortó la soga que lo ataba. En ese instante, Lacoste rugió: "—¡Maldición! Dalia ha soltado al lobo".



4. Ambas siluetas parecían volar sobre la nieve, entre los árboles desarraigados por un reciente huracán. "—Nos persiguen —murmuró Dalia, deteniéndose temblorosa—. No podrás escapar si continuamos juntos. Debes alejarte solo. Vuelve a tus bosques." Sus manos temblaban cuando le desató la soga.

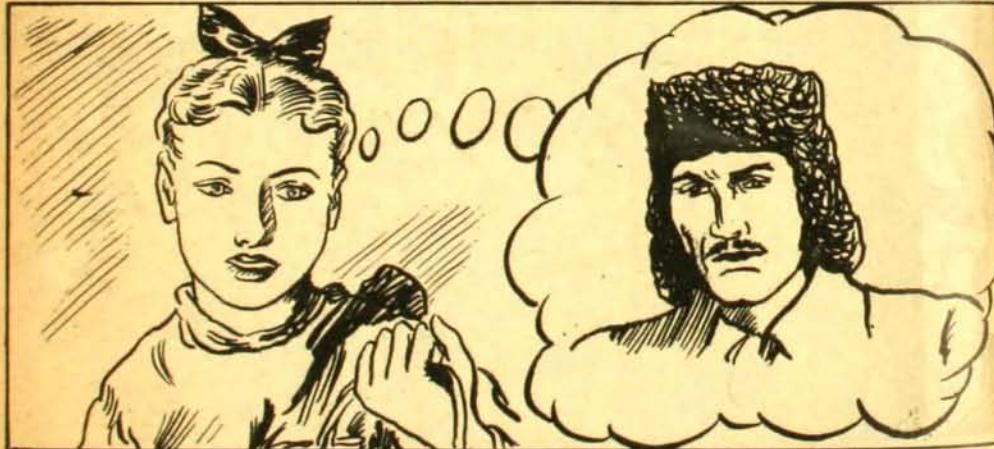


SOLAK EL PERRO LOBO



5. Mientras tanto, los perseguidores buscaban las huellas de la niña y del rey de los lobos. "—Esa muchacha está loca —gruñó Pierre Lacoste—. Varias veces ha dejado libre a la peligrosa bestia, sin pensar que es una amenaza para todos." Dalia decía en ese momento: "—Huye, Solak".

7. En su angustia había olvidado esas palabras, que oyó vagamente. Ahora resonaban en su mente: "—¿Por qué le interesa tanto el collar? —meditó extrañada—. Tal vez contenga una clave, tal vez ese collar podría revelarme el motivo de su odio contra Solak..." En seguida dijo a éste: "—Tu collar, búscalo".



6. Había enrollado la cuerda en su mano y eso la hizo recordar el collar que Solak perdió. Evocó las palabras de Pierre: "Si sabes donde está ese collar, dámelo, y yo... procuraré que tu abuelito y tú sigan en la factoría. Si no..., les obligaré a abandonar la comarca. Serán expulsados de aquí".



8. El inteligente perro lobo comprendió las palabras de su ama y se encaminó hacia el río. Dalia no sospechó que Pierre Lacoste les seguía de cerca. Al descubrir que Solak buscaba su collar, el rostro del cazador se contrajo de ira. "—Nunca deben encontrarlo —murmuró—. Mataré a ese maldito animal." (CONTINUARA)

LOS PIRATAS DEL DESIERTO

CAPITULO II. RASDI, EL JEQUE



1. El sabio Aquer, acompañado de Davis y Claudio Marcel, se vieron atacados por una banda de tuaregs. Cada targui llevaba el rostro oculto por el litam, franja del turbante que deja libre solamente los ojos. De pronto, en lo alto de una duna, apareció el jeep N.º 2, extraviado de la caravana.

3. Los piratas del desierto se habían ocultado detrás de las dunas y permanecían al acecho. Claudio, que desconfiaba de Felipe Garon, sugirió: "—No nos alejemos demasiado. Presiento una emboscada". Había hablado en voz baja y Felipe Garon no alcanzó a oír sus palabras. Aquer asintió en silencio.



2. Sus ocupantes hicieron fuego con una ametralladora y entonces los tuaregs desaparecieron velozmente. Del jeep descendió Felipe Garon, quien dijo: "—Recuperé la camioneta". Aquer interrogó: "—¿Y dónde están mis ayudantes?" Garon repuso: "—En sitio seguro. Ahora es preciso perseguir a los tuaregs".

4. Avanzaban con precaución. De pronto los jinetes del desierto abandonaron su escondite, abalanzándose sobre los camiones. "—Pretenden robarnos los coches —observó Claudio—. ¡Fuego contra ellos!" La descarga de fusilería sembró el desconcierto entre los tuaregs.

Los Piratas del Desierto

Este hombre no es de la raza targui.



5. Huyeron en desbandada, y dos de ellos cayeron bajo las balas de los exploradores. Al apartar el blanco albornoz que les envolvía, Claudio comprobó que esos hombres no eran árabes. "—Son cómplices de Felipe Garon." El siniestro jefe de los falsos tuaregs había huído también, siguiendo a sus secuaces.

¿A quién pediremos ayuda?



6. —Tenemos que rescatar a los ayudantes del profesor Aquer —decidió Claudio—. Garon los tiene prisioneros." Marcos Davis, desconcertado, murmuró: "—¿A quién recurriremos?" El joven guía dijo: "—Conozco la tribu de los m'gours. El jeque Krasdi nos ayudará". Minutos después arribaban al aduar de Krasdi.

Felipe Garon es un traidor.



bondad de Alá es grande como el árbol de Chiab.



7. El jefe bereber, de gallarda figura y ojos que relampagueaban sobre el litam, aceptó ayudar al sidi Marcel, declarando: "—Una escolta de jinetes acompañará a la caravana del sabio blanco, a fin de resguardarla. Mis hombres capturarán al rumí Garon, que asalta a los viajeros".

Arrojaré de mis dominios al rumí Garon.



8. Krasdi añadió: "—Antes de que vinieras, sidi, había decidido atrapar al rumí Garon. Sus actos de pillaje han traído mala fama a esta región y no hay duda de que la tribu m'gour es culpada de sus desmanes. Saldremos a darle caza, porque es una hiena que apesta el aire de mis dominios".

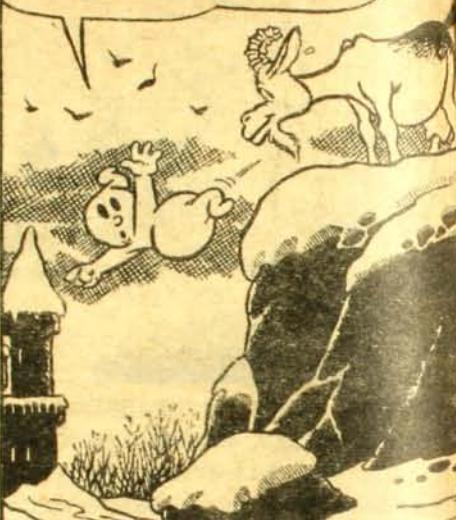
(CONCLUIRA)

El fantasma

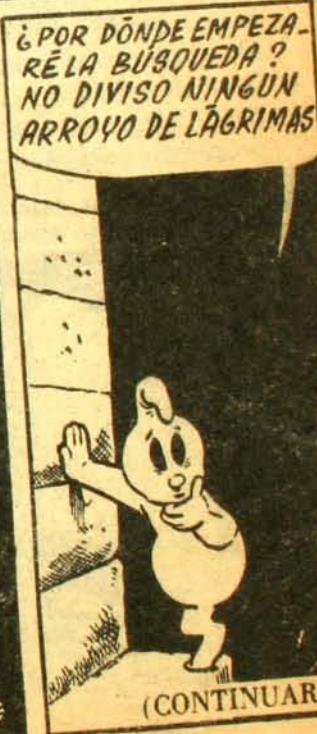
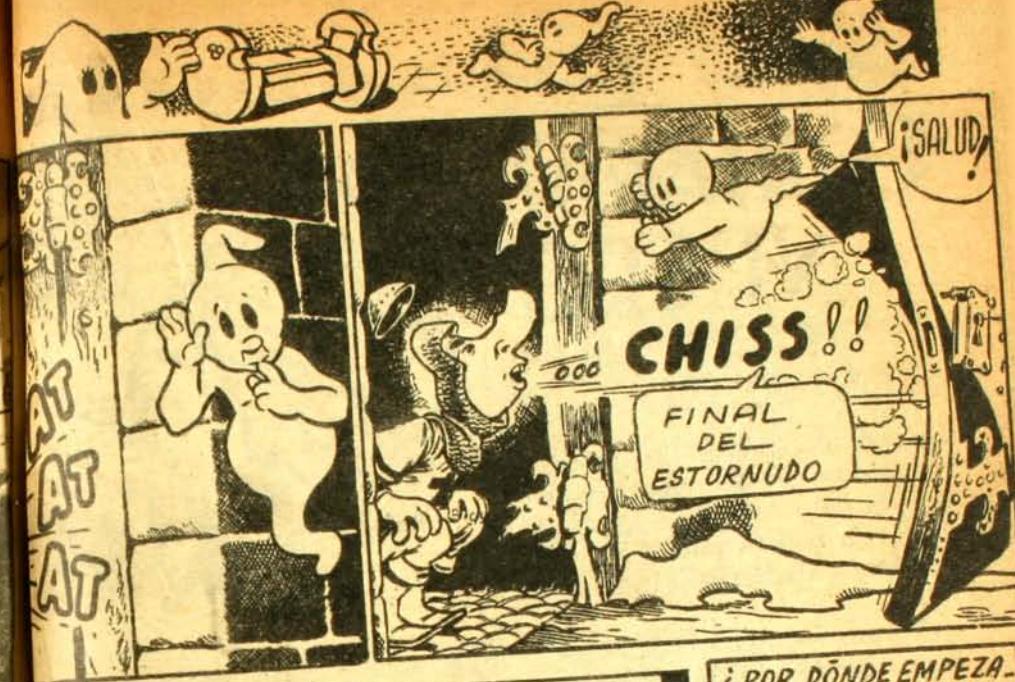
TERRIBLÍN BUSCA DESPERADAMENTE A SU AMIGO EL CAZADOR AMAPOLÓ.



ESPERAME AQUÍ, PATILLITA. AMAPOLO ESTÁ EN ESE SINIESTRO CASTILLO Y DEBO RESCATARLO O SE PONDRA A LLORAR



SIN VACILAR, ATRAVIESA EL PUENTE Y LLAMA A LA PUERTA DE LA FORTALEZA.



E L CORSARIO NEGRO

CAPITULO IX.—*El tre-
medal.*

El jaguar que atacó al español Bartolomé yacía sin vida. La espada del Corsario Negro y un fusil esgrimido como garrote por Moro abatieron a la terrible fiera.

—Vamos —indicó el bucanero, impaciente—. Esta bestia nos ha hecho perder mucho tiempo.

Reanudaron la marcha a través de la selva, cortando con las hachas de abordaje las lianas y raíces que se entrecruzaban a su paso. Llegaron a una región pantanosa. El español avanzaba con prudencia. Valiéndose de una rama larga, exploraba la profundidad del viscoso terreno. A veces daba golpes violentos a diestro y siniestro, asegurándose de que entre el ramaje no se ocultaba algún reptil. Temía a las arenas movedizas, pero también se guardaba de las víboras. De-

—La espada del corsario abatió a la fiera.

bido a la obscuridad, corría el riesgo de poner el pie sobre un urutú, serpiente listada de blanco, o una cipo o serpiente liana, llamada así porque es verde y delgada como una verdadera liana, o sobre cualquiera de las llamadas “corales”, cuya mordedura es mortal.



Por fin el soldado español se detuvo.

—No me atrevo a seguir avanzando antes de que salga el sol —confesó.

—¿Qué temes? —preguntó el Corsario.

—El terreno huye bajo los pies, señor, y eso indica que estamos cerca de algún tremedal.

Conteniendo su impaciencia, el joven accedió a detenerse.

Casi al alba, resonó una lejana detonación.

—¿Es un tiro de fusil? —exclamó el Corsario Negro—. ¿Crees que lo habrán disparado los que vamos persiguiendo?

—Supongo que sí, señor —repuso el soldado.

Prosiguieron la fatigosa marcha. Los árboles eran cada vez más escasos y fueron reemplazados por bambúes gigantes. Los aventureros se adentraron entre los cañaverales. Por todas partes rezumaba el agua bajo los pies de los filibusteros.

Un rugido estremeció al grupo. Avanzó con cautela, hasta el borde de una charca. Allí había un jaguar en acecho. Miraba fijamente a las negruzcas aguas.

—A quién espera? —susurró Carmaux, extrañado.

—A un adversario digno de él. Mirad allá. Es un yacaré. Si permanecemos quietos, sin denunciar nuestra presencia, asistiremos a una lucha terrible.

Se apartaron bruscamente las hojas de una gigantesca planta acuática y dos enormes mandíbulas armadas de dientes triangulares aparecieron alargándose hacia la orilla.

Al ver que se acercaba el caimán, el jaguar hizo un movi-

—No me atrevo a seguir avanzando —confesó el español.



Los pies de los filibusteros se hundían en el terreno fangoso.

—¿Es un tiro de fusil? —exclamó el joven bucanero.



garras no lograron atravesar la dura coraza de escamas. Furioso se volvió con vertiginosa rapidez y dando al reptil un zarpazo en la cabeza, le arrancó un ojo. El yacaré lanzó un largo mugido de rabia y de dolor. Privado de un ojo ya no podía hacer frente con ventaja al peligroso enemigo y procuraba volverse a la laguna, dando coletazos que alzaban en derredor de él oleadas de fango. El jaguar saltó de nuevo, abriéndole el costado con sus garras. Sacudiéndose de encima a su feroz contendor, el caimán lo lanzó lejos, abalanzándose luego para

Apareció un enorme yacaré.



miento de retroceso. No sentía temor, sino que engañaba a su adversario para atraerlo a tierra. El yacaré se lanzó hacia adelante por medio de un poderoso golpe de cola.

El felino continuó retrocediendo. Sin demostrar espanto, seguro de su prodigiosa fuerza y de la solidez de sus dientes, el caimán subió resueltamente a la orilla, moviendo a derecha e izquierda su pesada cola.

Aquéll era el momento esperado por el astuto jaguar. Pero sus

sólo consiguió cortarle la cola de una dentellada. Rodaron en seguida hacia la charca. Después uno de los combatientes apareció en la ribera. Era el jaguar, sin cola, con el lomo desollado y una zarpaz rota. Sus ojos despedían feroces destellos. Avanzó fatigosamente hacia el bosque y, antes de desaparecer entre los árboles, lanzó un último rugido de amenaza.

Había vencido, y a la mañana siguiente el yacaré muerto le



Aquel era el momento esperado por el astuto jaguar.

serviría de merienda cuando flotara sobre la superficie de la laguna.

Los filibusteros apresuraron el paso. A mediodía el Corsario Negro dió la señal de alto. Como era preciso ahorrar víveres, se dedicaron a buscar caza y fruta. Moro y Stiller recogieron una especie de naranjas producidas por un árbol de seis o siete metros, llamado jabutí cabeira. Carmaux y el español se alejaron con la esperanza de cobrar alguna pieza. Pero la caza menor parecía haber huído de esa región.

Se trabaron en feroz lucha.



Corsario Negro se sumió en sombríos pensamientos. La imagen de Gracia Van Guld lo perseguía. El destino cruel había querido que ella fuese la hija de su enemigo, el duque Van Guld, gobernador de Maracaibo, vil traidor y asesino de sus hermanos el Corsario Rojo y el Corsario Verde. La sed de venganza le impedía amar a Gracia y su juramento de odio lo alejaba de ella para siempre.

Mientras sus hombres se preocupaban de las provisiones, el Corsario Negro se sumió en sombríos pensamientos. La imagen de Gracia Van Guld lo perseguía. El destino cruel había querido que ella fuese la hija de su enemigo, el duque Van Guld, gobernador de Maracaibo, vil traidor y asesino de sus hermanos el Corsario Rojo y el Corsario Verde. La sed de venganza le impedía amar a Gracia y su juramento de odio lo alejaba de ella para siempre.

El felino había venido.



(CONTINUARA)



Los PRINCIPIES FUGITIVOS

CAPITULO XIV.—
Nueva intriga de Lulú Milstein.

ton —preguntó Rosalinda a Ricardo Zanetta—, ¿qué haré en seguida?

—Subirás a la terraza de la villa —expresó Ricardo— y harás señales con un pañuelo. Yo estaré observando desde la colina. Tengo oculto entre los árboles del vecino bosque un automóvil de carrera. Saldrán ustedes de la Casa Azul y yo les esperaré en el cruce de los caminos. En pocas horas habremos atravesado la frontera y nos hallaremos a salvo en Helvecia.

—¡Qué maravilloso sueño! —suspiró Rosalinda—. ¿En verdad piensas tú que será tan fácil substraer ese documento, Ricardo?

—Nadie sospecha de ti en la Casa Azul —observó Ricardo—. Eres astuta y valiente. Obra sin precipitación y no olvides que la salvación de la patria soviniana depende de ti. Nuestra nación te lo agradecerá.

—¿Y si fracaso y el capitán Carlston nos aprisiona a mí y a los príncipes? —preguntó Rosalinda.

RESUMEN.—Los príncipes de Sovinia, Igor y Anita, huyeron de la invasión de los cracianos acompañados por su heroica institutriz, Rosalinda Nelson. Después de muchas aventuras los príncipes son recogidos por el capitán Carlston, militar craciano. Rosalinda se disfraza de niña para atender a sus pupilos. El capitán Carlston comienza a sospechar de los niños que ha recogido en la Casa Azul al descubrir un pañuelo con las armas reales. Rosalinda quema ese pañuelo, y luego acude a una cita con Ricardo Zanetta, quien le encomienda una arriesgada misión.

—Siempre estaré cerca de ustedes para libertarles —replicó Ricardo—. Vete, querida Rosalinda, y buena suerte. Si hoy no consigues apoderarte del sobre lacrado, espera hasta mañana. Mi vista estará fija en la Casa Azul de día y de noche.

—Espero que no tendrás mucho que aguardar —dijo Rosalinda, despidiéndose de su gran amigo.

Igor y Anita partieron con su niñera en dirección a la Casa Azul. Recordando que el capitán Carlston tenía visitas anunciadas, Rosalinda, temerosa de un mal encuentro con militares cracianos que pudieran reconocer a los príncipes, entró en el parque por una pequeña puerta y condujo a Igor y Anita hasta la piscina de los peces. Allí les dejó entretenidos y, sigilosamente, se acercó al chalet.

Desde una ventana oyó la voz del capitán craciano:

—Mucho me complace que haya usted venido —decía Carlston—. Como le dije por teléfono, me preocupa la identidad de esos dos niños. Ambos son encantadores, pero creo que no son hijos de aldeanos. Por eso deseo que usted los examine y me ayude a descubrir el misterio.

—Déjelo a mi cuidado, capitán —respondió una voz de mujer. Rosalinda casi se desmayó al oír aquella voz.

“Lulú Milstein —murmuró aterrada—. Tenía que ser esa maldada espía.”

Cautelosamente, retrocedió, y fué alejándose en puntillas hacia la piscina donde había dejado a sus pupilos.

“¿Qué puedo hacer, Dios mío? —pensaba Rosalinda—. Lulú reconocerá al punto a los príncipes Igor y Anita. Si yo pudiera ocultarlos... Pero ¿cómo hacerlo?”

El asunto del robo del documento con sello lacrado podía esperar. Ahora había otro problema más urgente y que no tenía espera.

Al llegar a la piscina cogió de cada mano a los príncipes y les arrastró bruscamente hasta un bosquécillo fuera del parque.

—¿Qué ocurre, Rosalinda? —preguntó Igor—. Traes una cara pálida como si hubieras visto un fantasma.

—¿Te asustó una bruja? —preguntó la ingenua Anita.

—Ni brujas, ni fantasmas —respondió Rosalinda sin soltar a los príncipes—. He inventado un nuevo juego, niñitos. Supongamos que el buen capitán les anda buscando y que ustedes, por divertirse, se esconden tras los arbustos. Comencemos el juego.

Rosalinda iba de un matorral a otro, buscando un sitio que pudiera servir de refugio a Igor y Anita.

—Ya sé dónde podremos escondernos —dijo por fin Igor, señalando una casucha perdida en el bosque—. Está algo lejos, pero corriendo llegaremos en cinco minutos.

—Vamos allá en puntillas, a fin de que nadie escuche nuestros pasos —ordenó Rosalinda.

Por fortuna el bosque era tan espeso que podían subir hasta la casucha sin que les divisaran de la Casa Azul. Rosalinda introdujo a los niños en la vieja choza y, sentándoles en la paja, les dijo:

—Quédense aquí por un momento. Pueden jugar sin salir fuera.

—No nos moveremos —dijo Igor con precoz seriedad—. Rosalinda —agregó el niño al oído de su niñera—, he comprendido que no es un juego y que algo nos amenaza. Cuidaré a mi hermana.

—Cuídala y defiéndela, mi querido príncipe —murmuró Rosalinda, besando al valiente niño.

La joven se deslizó por el bosque y entró en la Casa Azul, por la puerta de servicio, a fin de evitar que la vieran Lulú Milstein y el capitán Carlston.

Atravesaba la galería para subir a la terraza cuando la divisó el militar craciano y, desde la ventana de su escritorio, le gritó:

—Buenas tardes, Rosa. ¿Dónde están Tadeo y Serapia? La dama que me visita desea verlos.

Era evidente que Lulú aún no sospechaba la verdad, pues de otra manera el capitán Carlston la habría interpelado severamente:

—Hace breves momentos que me separé de ellos —respondió la falsa niñera, disfrazando su voz—. Deben estar en la sala de juegos o en el parque, señor capitán. Voy a buscarles.

—Iré yo mismo —declaró Carlston, bajando la escalinata del jardín.

Entretanto, Rosalinda subía hacia el segundo piso, pero no para entrar en la sala de juegos, sino a la oficina privada del militar craciano. Su vista se clavó inmediatamente en el escritorio, a fin de ver si estaba allí el sobre lacrado con sello azul que solicitaba Ricardo Zanetta.

“No hay un solo papel ahí —se dijo la joven Nelson—. ¿Se habrá equivocado Ricardo? ¿O estará en otra habitación?”

De pronto se le ocurrió que el documento podía estar entre las



Rosalinda descubrió que la dama visitante era Lulú Milstein.

páginas de algún libro, y ya iba a abrir un volumen cuando oyó voces en el corredor.

Lulú Milstein y el capitán Carlston subían la escalera del segundo piso.

La espía decía al militar craciano:

—Por los datos que usted me ha dado, estoy segura de que esos niños son los príncipes de Sovinia, Igor y Ana. Usted me ha dicho que sus nombres son Tadeo y Serapia... Son ellos... Es el nombre supuesto que han tomado esos príncipes fugitivos. Tenemos que buscarlos inmediatamente.

—Bien —dijo Carlston—, búsqüelos usted en este piso mientras yo me dirijo al parque. Mi jardinero podrá descubrirles fácilmente.

Rosalinda, oculta tras un espeso cortinaje, oyó los pasos del capitán, que bajaba presuroso la escalera, en tanto que Lulú Milstein abría la puerta de la sala de juegos y gritaba con petulante voz:

—Niños, ¿dónde se esconden ustedes? El capitán les llama para darles chocolates.

La espía de los cracianos recorría la habitación inclinándose bajo las mesas y sillones.

En tan precario momento, Rosalinda Nelson retrocedió hasta la puerta de la alcoba del capitán Carlston y, saliendo a la galería, gritó con timbre infantil:

—Cucú, cucú...

Engañada por ese sonido, Lulú salió corriendo de la sala en persecución de los traviesos niños.

—No se jueguen conmigo, diablillos —decía Lulú Milstein—. Les pillaré aunque salten por la ventana.

Lulú era malvada, pero no muy astuta ni inteligente. Esto salvó a Rosalinda de un peligro inminente.

“¡Qué escapada! —pensó la joven Nelson—. Ahora buscaré el documento. No puedo huir sin él.”

Hasta ese instante Rosalinda no se había fijado que la cortina dividía el escritorio en una pequeña alcoba que servía de dormitorio al capitán Carlston.

Grande fué su alegría al divisar sobre una mesa de caoba el sobre con sello azul.

Rápidamente lo examinó y lo guardó entre los pliegues de su blusa.

“Es el mismo que reclama Ricardo —se dijo Rosalinda—. Ya lo tengo, gracias a Dios... Este documento ayudará a la reconquista del reino de Sovinia. Este sobre lacrado dará a conocer a todos los países del mundo la perfidia y villanía de los cracianos.” Pero no había tiempo que perder. De un momento a otro podría sorprenderla su cruel enemiga.

Asomándose a la ventana, divisó a Lulú Milstein conversando agitadamente con el capitán Carlston.

—Estos niños se han esfumado —decía el militar craciano furioso.

—Lo cual prueba —expresó Lulú Milstein— que mi acerto es una verdad, señor capitán.

Entretanto, Rosalinda, bajando por la puerta de servicio, situada al lado opuesto del jardín, donde estaba su enemiga Lulú, corría desalada hacia la casucha del bosque en busca de Igor y Anita. Allí recibió Rosalinda la más terrible sorpresa de su vida.

El jardinero Jacobo traía de la mano a ambos niños para presentártelos al capitán Carlston.

Rosalinda, dominando su nerviosidad, avanzó al mismo tiempo que los niños y con su más amable sonrisa preguntó al jardinero:

—¿Por fin los encontraron, Jacobo? ¿Dónde se habían ocultado estos pícaros niñitos?

—En la casucha del leñador —dijo el jardinero—. Trabajo me costó encontrarlos.

Ya el capitán Carlston se había reunido al grupo y amonestaba a Tadeo y Serapia por haberse alejado tanto de la Casa Azul. El semblante del militar estaba severo y preocupado.

Rosalinda dominó su angustia y fingió tranquilidad.

—Los niños le han molestado, señor capitán —se atrevió a murmurar.

—Jacobo, cuida un momento a estos pilletes —ordenó Carlston a su jardinero—, mientras hablo un minuto con su niñera. Rosa, voy a darte una noticia que la dejará tan sorprendida como a mí... Tengo razones para creer que mis protegidos son los príncipes reales de Sovinia: Igor y Anita.

—¿Pretende usted decir que estos pequeñuelos son el príncipe Igor y la princesa Anita? —interrogó Rosalinda.

—Sí —respondió el capitán Carlston—. Usted, como soviniana, querría defender a sus príncipes y no la reprocho, pero yo, aún cuando profeso cariño a los pobres niñitos, debo cumplir mi deber de soldado craciano y enviar a Tadeo y Serapia al cuartel general como prisioneros de guerra. Usted también tendrá que ir con ellos bajo arresto.

(CONTINUARA)

El jardinero traía de la mano a los príncipes Igor y Anita.



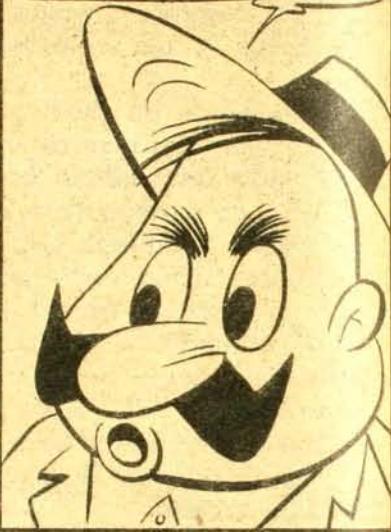
Ponchito

por nato

¡PONCHITO!
¡VEN AQUÍ!



¡VISTE LOS DOS CAJONES
QUE HAY EN EL GALPÓN?



ANDA CON PATOCO Y TRAEN
UNO CADA UNO



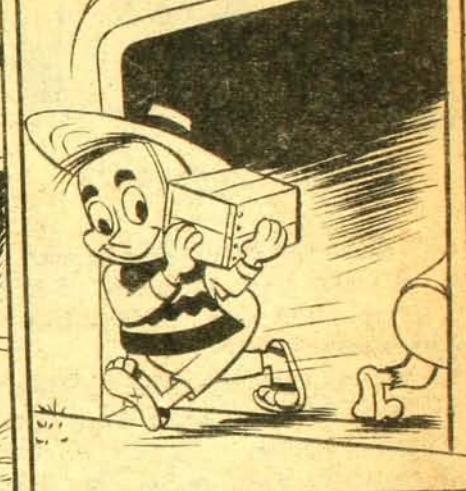
¡QUE RARO, ESTA ES LA PRI-
MERA VEZ QUE PONCHITO
CORRE CUANDO
LO MANDO!



¡BAH! ¡POR QUÉ ESTARÁ
TAN APURADO, PONCHITO?

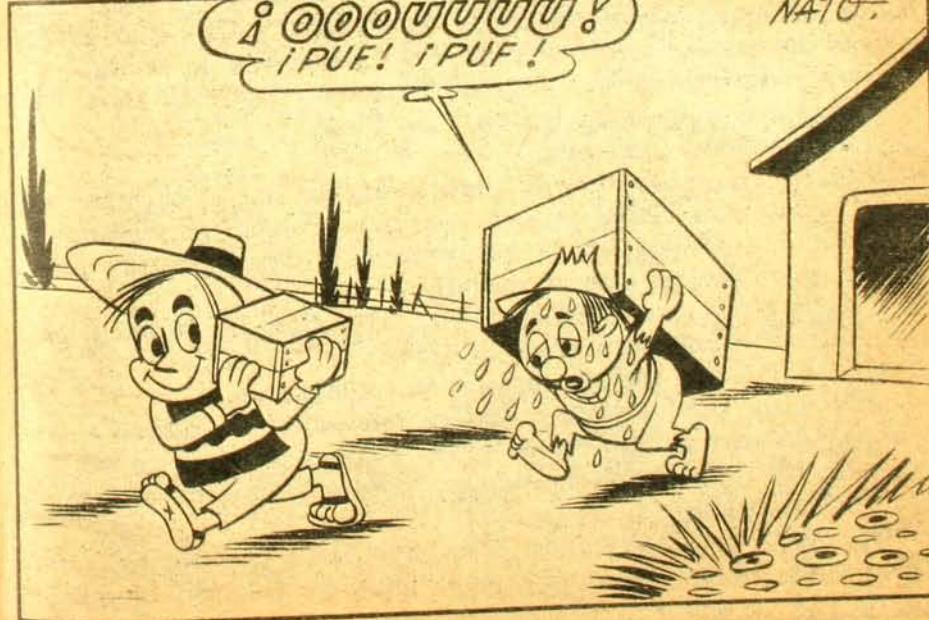


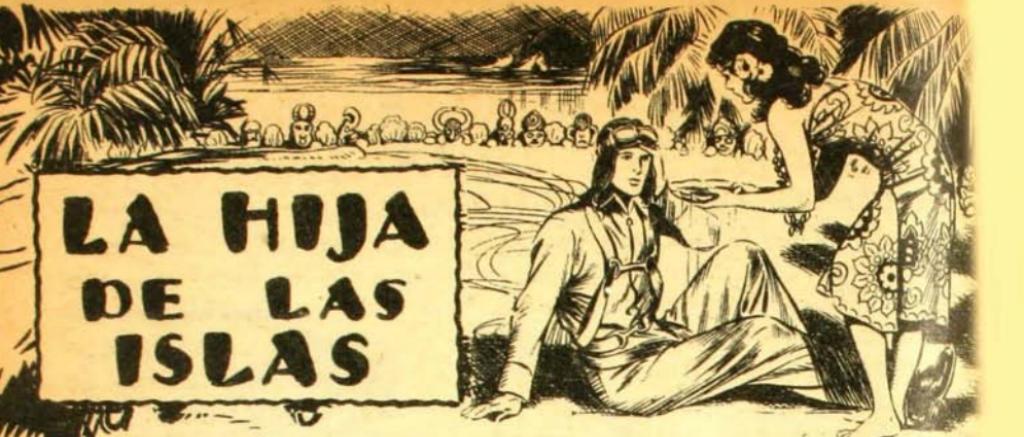
¡ADENTRO QUEDA EL
TUYO, PATOCO!



¡OOOOUUUUU!
¡PUF! ¡PUF!

NATO-





LA HIJA DE LAS ISLAS

CAPITULO XIII y FINAL.—Tres viajeros.

Akena había decidido regresar a la isla Tahoa. Allí transcurrió su infancia bajo un cielo siempre azul. Su canción de cuna fué el arrullo del mar. Creció como una princesa venerada por los nativos.

El recuerdo de ese paraíso lejano la atraía con fuerza irresistible. Ahora que su corazón conocía el dolor, hallaría consuelo en la apacible Tahoa.

El leoncillo Taio gemía con nostalgia en su jaula de madera. El también ansiaba el regreso a la isla de los Mares del Sur.

Akena se encontraba ya a bordo del "Titanic". Oyó que alguien gritaba su nombre desde el muelle y se acercó a la borda.

—¡Baje, Akena! —gritó el agente Parson—. Jim está libre. Descubrimos a tiempo la intriga de Tina Flow.

La niña vacilaba, incrédula.

—¡Pronto! No se quede allí inmóvil. Hable con el capitán para que tiendan otra vez el puente —gritaba Parson, nerviosamente. El capitán del "Titanic" se aproximó a la desconcertada joven. Inclinándose con galantería, declaró:

—Ya estoy informado, Miss Akena. He dado las órdenes para que pueda desembarcar, si así lo desea.

Akena sonrió, con los ojos arrasados en lágrimas.

—La conozco porque la vi actuar en televisión —continuó el marinero—. Me sentía orgulloso de llevarla como pasajera en mi barco, pero me resigno a verla alejarse, porque sé que va al encuentro de la felicidad.

Akena advirtió que su equipaje era trasladado por atentos camareros y vió balancearse en el aire la jaula de Taio, que descendía

suavemente al muelle. Al percibir el doliente rugido del felino, se sintió culpable de su tristeza.

—Taio —murmuró—, iremos a nuestra isla, más tarde, con Jim... Parson la recibió alborozado. Mostrándole un periódico, explicó:

—Se trata de un fraude que ha causado gran revuelo. Los planes de Tina Flow para apoderarse de la fortuna de los Denis, no son recientes. Había proyectado esa estafa con Hugo Sander, su novio, amigo de Jim. Las famosas cartas que exhibía como prueba de su noviazgo con Jim, eran falsas. Además de esas cartas, se encontraron en su poder otros documentos falsificados..., un acta de matrimonio, que ella pensaba hacer valer como viuda de Denis...

—¿Viuda? —repitió Akena, atónita.

—Sí, el accidente que sufrió el avión en las costas de Tahoa no fué casual. Hugo Sander lo planeó.

—Es horrible —balbuceó Akena, estremeciéndose.

—Tal vez Hugo no era un asesino, pero acompañó a Jim esperando que sucumbiera en el viaje por tierras extrañas y peligrosas. Proyectaba regresar después, solo, para dar la noticia de la muerte del hijo de Robinson Denis. Entonces la supuesta viuda cobraría la herencia.

El automóvil de Parson había cruzado la ciudad y se detuvo frente a la lujosa mansión de Denis. Jim acudió a recibirla. Estaba pálido, pero sus ojos reflejaban una profunda alegría.

—¡Akena! —exclamó, estrechando en sus brazos a la temblorosa niña—. Ahora estaremos siempre juntos. Prométeme que nunca te separarás de mí.

—Tina Flow es una estafadora —dijo Parson.

—Lo prometo, Jim.

Parson sonrió para disimular que se sentía conmovido.

—Todo el mundo feliz..., menos Taio —dijo con un gesto de aflicción.

—¿Taio? —preguntó Jim—. ¿Qué le sucede?

—Pues que se había embarcado feliz para regresar a su isla, y de pronto hombres muy malos lo desembarcaron, dejándolo en tierra.





En breves minutos
atravesaron la ciudad.

Akena reprochó:

—No se burle, Parson. El pobre Taio sufre realmente...

—¿Y cree usted que no me he dado cuenta? Aún siento los oídos traspasados por sus rugidos.

—Taio comprende tus palabras, Akena —sugirió Jim—. Dile que iremos a Tahoá..., los tres. El león rugía en el gran hall, mientras los sirvientes lo contemplaban atemorizados, manteniéndose a prudente distancia. Akena se acercó a la jaula y pronunció algunas palabras en dialecto maorí. La fiera cautiva se calmó instantáneamente.

—Veo que han llegado a un

acuerdo —aplaudió Parson—. Magnífico. ¿Me permiten preparar el viaje de luna de miel?

—Por supuesto —sonrió Jim—, y ocúpese también de los preparativos de la boda. Será usted nuestro padrino.

La celebración del matrimonio fue espléndida. Rodeados de invitados vestidos de correcto smoking y de damas de traje largo

y esplendoroso, los novios evocaron su boda nativa ante el ruinoso templo de Hanavave. Allí la comida no se sirvió en bandejas de plata, sino en conchas de tortuga.

Fieles a la promesa hecha a Taio, Akena y Jim se embarcaron con rumbo a Tahoá.

Tina Flow debió responder ante la justicia de sus fraudes, y mientras cumplía una condena por falsificación de documentos, decía con rencor:

... recibió a Akena con profunda alegría.



—Por ella fracasó todo..., por esa princesa salvaje... Mientras tanto, "la princesa salvaje" avistaba el atolón de Tahoá. Desde la playa, avanzaban las botangas. En la primera se erguía la alta silueta de Banaba, el fiel amigo. Detrás de él, Manu agitaba los brazos, en un gesto de frenética alegría.

—¡Akena!... ¡Akena!...

El nombre resonó sobre el mar y en los arrecifes de coral y pareció flotar como un canto triunfal sobre las palmeras y los cocoteros.

FIN

Correspondencia

ESTEBAN PARADA, MONICA ORTEGA, MARIO LEPE. En verdad, los premios de "Simbad" han aumentado en número y en valor. Los tocadiscos y los discos Pulgarcito hacen el desfile de los felices premiados. Algun día les llegará también a ustedes la suerte.

MARGOT JARA, RODRIGO CARO. Gracias por sus felicitaciones. Las cartas deben dirigirse a "Simbad". Casilla 84-D, Santiago. Otra dirección sólo atrasaría sus misivas y perderían la oportunidad de ser premiados en el concurso.

TERESA MERY AZOLA, MARTA ESPINOZA. Nos agrada que estén contentos con los grandes premios que otorga esta pequeña gran revista "Simbad". Bien vale los diez pesos que les cuesta, dicen ustedes con tanta simpatía.

HECTOR VERA. Le felicitamos por su buena suerte y deseamos que otros angolinos reciban también el tocadiscos que obtuvo usted. Se le envió oportunamente.

MILAN DESPICH, MARINA MANRIQUEZ, MONICA ORTEGA. Agradecemos sus elogios por esta pequeña gran revista "Simbad". Las suscripciones sólo se hacen semestrales o anuales.

MANOLA GRACIA. Se le envió lo que solicitaba.

MIGUEL MIRANDA, CECILIA LETELIER. Son ustedes grandes admiradores de esta revista y también suscriptores a ella. Daremos sus felicitaciones a los dibujantes Nato y Elena Poirier.

ALBERTO URZUA. Nos complace saber que ha recibido un premio por el concurso semanal de "Simbad". Salude a sus hermanitos.

JOSE LOPEZ DIAZ. Entusiasta lector de esta pequeña gran revista "Simbad", considera que "Príncipes Fugitivos" y "Solak" son muy interesantes e instructivos. La suscripción de "Simbad" es de \$ 490 anuales y \$ 299 semestrales. Muy simpática su carta.

IRMA GOMEZ. Le fué enviado oportunamente su premio.

BERTA REICHART. Una de las más fieles admiradoras de esta pequeña gran revista "Simbad", está entusiasmada con "LA HIJA DE LAS ISLAS". Ya verá otras serials como "LA PRINCESA MUÑECA", original de Roxane, que le gustarán aún más.

FRANCISCO RUZ. Admirador de "EL CORSARIO NEGRO". Para complacerle, esta serial será larga y novedosa. Gracias por sus felicitaciones.

ROXANE.

GRAN CONCURSO

Standard Electric



DISCOS **pulgarcito**

Y SIMBAD

"la mejor revista infantil".

Contesta a esta pregunta: ¿Cuántas estaciones tiene el año y cuántos meses dura cada una de ellas?

Envía tu respuesta a casilla 84-D, INCLUYENDO EL CUPON, y podrás participar en el Gran Sorteo Semanal de 12 Discos PULGARCITO, irrompibles, en bellísimos colores, con temas infantiles. Además, se sorteará UN REGIO TOCADISCOS, Suscripciones a SIMBAD, Libros y Premios en DINERO...

Distribuidores exclusivos

Standard-SF-Electric

respaldado por el prestigio



Técnico mundial de la



Un producto



SOLUCION A "SIMBAD" 273: Los Reyes Magos eran Gaspar, Melchor y Baltasar, y venían del Oriente.

Entre los lectores que enviaron soluciones exactas, resultaron favorecidos los siguientes: CON UN RADIO STANDARD ELECTRIC: Eugenio Fries, Santiago. UN SOBRE DE TRES DISCOS: Alfonso Ojeda, Valparaíso. UN DISCO PULGARCITO: Roberto Balassa, Santiago; María Ramírez, Rancagua; Héctor Arias, Estación Boroa; Luminanda Matus, Parral; Manfred Kuschel, Puerto Varas; Juan Chanet, Santiago; Mirta Wevar, Valdivia; Nilda Martínez, San Fernando; Rose-Marie Becker, Santiago. UNA SUSCRIPCION TRIMESTRAL A "SIMBAD": Laura Toledo, Copiapó; Teresa Navarrete, Los Angeles; María R. García, Temuco; Esther Pérez, Santiago; Julia Alcalde, Santiago; Eduardo Bustamante, Llallay. CON CINCUENTA PESOS: Benilde Méndez, Parral; María Huerta, Curicó; Irma Gómez, Talcahuano; Juan Pacheco, Santiago. CON UN LIBRO: Germán Grosser, Temuco; Amalia Redondo, Santiago; Teresa Mella, Santiago; Julio Faguas, Renaico; Olga Mendoza, Santiago; Mónica Gundermann, Limaco; Magdalena Mendoza, Santiago; Osvaldo Saavedra, Santiago; Terri Sánchez, Santiago; Luis Dinamarca, El Teniente, Caletones.

CUPON DEL CONCURSO Semanal

Standard-SF-Electric

SIMBAD N.º 275

Juan y Juanita



3. Mincho también se declaró fatigado y Juan dijo: "—Media hora de descanso". Mincho dormitaba cuando de pronto se incorporó, lanzando un grito: "—¡Despierten! ¡Los caníbales nos atacan!" El alegre Tilín explicó riendo: "—No son caníbales, sino los monos que te bombardean con cocos".



4. Por cierto que a Mincho le disgustaron los modales de los traviesos simios y dijo: "—Alguien debiera instalar una escuela en la jungla, para educar a los monos". Prosiguieron la marcha y de pronto se detuvieron al avistar obscuras siluetas entre la espesura.

(CONTINUARA)

PELUSITA

POR NATH

¡SEÑOR, UN PESITO
PARA PAN!



¡OTRA VEZ MENDIGANDO
POR LA CALLE?



¡NO TE DIJE QUE ERA
MEJOR QUE...



... FUERAS A LA
ESCUELA...



¡YA FUI,
PELUSITA!...



...PERO ALLÍ NO QUISIERON
DARME NADA



NATH.

Simbad

N.º 276

GLENAT POIRIER

\$ 10.-



JUAN Y JUANITA

Juan y Juanita



CAPITULO LIV.—TIPAYA, EL GRAN CAZADOR



1. Juan, Juanita y sus amigos cruzaban la selva cuando de pronto surgió ante ellos un grupo de cazadores africanos, armados de lanzas. “—¿Qué hacen en nuestro terreno de caza?”, preguntó el jefe. Su voz no era amenazadora, y Juan contestó: “—Nos extraviamos. Somos amigos de Bozambo”.



2. Confiaba que el fiel negro fuera conocido en esa región. Una sonrisa entreabrió los gruesos labios del cazador, que dijo: “—Tipaya les llevará donde Bozambo. Tipaya, el gran cazador, les defenderá contra los leones”. Iniciaron la marcha, y Juan suspiró: “Gracias a Dios que Bozambo me enseñó su dialecto”.

(Continúa en la penúltima página.)

Simbad

AÑO VI — 15-XII-1954 — N.º 276

Directora: Elvira Santa
Cruz (Roxane)

Suscripción anual: \$ 490.—

Semestral: \$ 250.—

Recargo por vía certificada: Anual: \$ 21.— Semestral: \$ 11.—

Extranjero:

Anual: U.S.\$ 2,10

Semestral: U.S.\$ 1,05

Recargo por vía certificada: Anual: U.S.\$ 0,20 Semestral: U.S.\$ 0,10

La Princesa Muñeca

CAPITULO II.—

Transformación de la princesa Veni.

Fueron inútiles todas las promesas y súplicas de la vanidosa princesa Veni.

Sin embargo, el hada vaciló un instante antes de convertir en muñeca a su ahijada, pues la amaba tiernamente.

—Voy a darte una ocasión para que te salves —dijo por fin el ha-

da—. Cuando quedes convertida en muñeca, trata de encontrar una niña digna de soportar la prueba del espejo mágico que posee el mago Silerio.

—No comprendo bien —balbuceó Veni, siempre a los pies del hada Mirtala.

—Cuando te conviertas en muñeca —repitió el hada—, caerás en poder de la niña que quiera comprarte. Tú advertirás si es buena o mala. Si es buena puede soportar la prueba del espejo mágico. Esta consiste en que si la niña es realmente buena y carece de defectos, el espejo mágico no se empañará con su aliento, y si es mala o hipócrita, se nublará enteramente. El mago Silerio posee



El mago Focio observaba lo que ocurría en el palacio de Giralda.

una rama de coral que transforma a las personas hechizadas, y si tú eres valiente, podrás volver a tu ser natural por intermedio del mago Silerio. También podrás vencer las acechanzas de tus enemigos.

—Pero si yo no tengo enemigos —protestó la princesa Veni.

—El mago Focio es tu enemigo y el mío —respondió Mirtala—. Ese mago fué el que aconsejó mal a tu canciller Rodar, y por eso te convertiste en una niña sin corazón. Ahora vamos a recorrer todo el palacio, y ya verás lo que hace mi varita mágica. A medida que avanzaba, el hada fué convirtiendo en mariposas a todas las damas de honor de la princesa. A los malos ministros los convirtió en serpientes, lobos, zorros y loros.

Al malvado canciller Rodar lo convirtió en un cuervo.

—Y a mi pobre novio el príncipe Fedor —preguntó la princesa Veni—, ¿también le vas a convertir en ave o fiera?

—No —respondió el hada Mirtala—; el príncipe Fedor se quedará dormido hasta que tú venzas todos los obstáculos.

En efecto, al conjuro de la varilla mágica, el hermoso príncipe Fedor inclinó la cabeza sobre el sillón donde reposaba y se durmió profundamente.

Cuando ya no quedaba un ser natural en el palacio de Giralda, el hada convirtió a la princesa Veni en una muñeca de carita de porcelana y cuerpo de trapo.

Mientras tanto, el mago Focio, enemigo mortal del hada Mirtala, oculto en la copa de un árbol, presenció la metamorfosis de todos los habitantes del palacio de Giralda, y cuando el hada partió en su carroza tirada por dos caballos que volaban, él se introdujo en la mansión real.

Alrededor del príncipe dormido revoloteaban las mariposas, y en los jardines circulaban los lobos y los zorros y se arrastraban las serpientes.

“¿Dónde estará el canciller Rodar, mi socio?”, se dijo el mago. Dando un estridente silbido, el mago Focio llamó a su corcel mágico, y en un instante llegó a la morada de los espíritus maléficos. Allí, sobre una alta torre, le esperaba el canciller Rodar, convertido en un enorme cuervo.

—Mago Focio —dijo el ave de rapiña—. Soy Rodar. ¿Podrías volverme a mi forma natural?

—Imposible —replicó el mago Focio—. El hada Mirtala es más poderosa que yo. Lo único que puedo hacer es envolverte en un

círculo mágico, a fin de que ningún cazador pueda matarte. Lánzate ahora en persecución del hada Mirtala. La princesa Veni ha sido convertida en una muñeca. Sigue sus pasos. Van en una carroza dorada.

El cuervo emprendió el vuelo, y pronto se cernió sobre la carroza de Mirtala.

El viaje fué muy largo y a través de bosques y colinas, hasta que llegaron a la morada señorial del *Viejito Pascual*.

—Viejo Pascual —dijo el hada a su buen amigo, el anciano de la barba blanca que reparte juguetes a los niños del mundo—, te traigo un juguete para la próxima Navidad. Es mi ahijada la

Focio ordenó a Rodar, convertido en cuervo, que siguiera al hada Mirtala.



princesa Bienvenida, a quien yo transformé en muñeca porque no tiene corazón. Ella debe expiar sus faltas antes de recobrar su forma natural.

—Pobrecilla —suspiró el Viejo Pascual, cogiendo en sus brazos a la triste muñeca—. ¿Qué medios le das tú para que recobre su forma natural?

—Veni debe encontrar una niña buena y caritativa que resista a la prueba del espejo mágico del mago Silerio —explicó Mirtala.

—Muchas son las niñitas que han fracasado en esa prueba —expresó el Viejo Pascual—. Todavía están en sus vitrinas convertidas en muñecas. Perdona a tu ahijada, Mirtala.

—Perdóname —suplicó la desdichada princesa.

Pero la inflexible hada no perdonó, y partió en su carroza dorada. Entretanto, Rodar, convertido en cuervo, había presenciado toda la escena, y tan pronto como partió el hada, emprendió vuelo a la mansión diabólica de Focio.

—Vigila noche y día la casa del Viejo Pascual —ordenó el mago Focio a Rodar—, y ve donde se lleva ese viejo a la princesa-muñeca.

El cuervo iba tras de
la dorada carroza.



—Este viejo nunca sale de su morada, sino en vísperas de Navidad —insinuó Rodar.

—Algunas veces tiene caprichos raros —observó el mago Focio—, y se le ocurre llevar juguetes a los niños enfermos. Vigila, Rodar, y si hay novedad, avísame a la casa de Lucifer.

El Viejito Pascual colocó a la princesa Veni en un diván, donde habían muñecas de todos los países de la tierra. La princesita frívola y vanidosa sintió envidia por las muñequitas vestidas de seda y terciopelo y por los vistosos arlequines, payasos, etc.

“Tal vez esas otras muñecas también son niñas encantadas —pensó la princesa Veni—. ¿Por qué no me es dado siquiera conversar con ellas?”



El Viejito Pascual re-
cibió a la princesa-
muñeca.

Por fin una noche el Viejito Pascual, que venía todos los días a visitar sus juguetes, colocó a la princesa-muñeca en un gran saco, se lo echó al hombro y bajó de la colina en un carro tirado por grandes ciervos.

“Debe estar ya muy cerca la fiesta de Navidad —pensó Veni—. Seguramente el Viejito Pascual me lleva a ca-

sa de una familia con cinco pequeños que aún creen que el Viejito Pascual les trae los juguetes. Yo también recibía juguetes y los rompía cuando tenía rabia. Mi madrina me ha dado un castigo peor que la muerte."

Ahogada y temblando de angustia, la princesa-muñeca sentía los vaivenes dentro del saco.

Parecía interminable el viaje en la carroza tirada por los ciervos. Pero el Viejito Pascual no se preocupaba de sus sufrimientos y atravesaba montes escarpados, colinas y valles con su carga de juguetes.

(CONTINUARA)

Correspondencia

MARIANELA VILLARROEL, CARLOS SANCHEZ, ARNOLDO MARTINEZ, JORGE RIVAS.—Rogamos envíen su dirección exacta, para despachar sus premios de suscripción a "SIMBAD".

A. VILLALON, NESTOR LINCOLN, ROLANDO MUÑOZ. Nos complace sobremanera que tanto les agrade esta pequeña gran revista "SIMBAD". Trasmitiremos sus felicitaciones a Nato y Elena Poirier por sus lindos dibujos.

MARIA PARRA, AUGUSTO RAGGIO, O. PEÑALOZA. En la portadilla de la revista verán ustedes el precio de la suscripción a "SIMBAD". No se reciben suscripciones trimestrales. Envíen el dinero a Sección Suscripciones, Casilla 84-D, Santiago.

AMELIA DONOSO, GUMERCINDO ORELLANA. Ambos están encantados con las seriales "Príncipes Fugitivos" y "El Corsario Negro". Próximamente leerán "La Princesa Muñeca", que tambien les agrará.

MARIA XIMENA PARRA, ERNESTO SEPULVEDA. Estamos satisfechos del éxito que han tenido "Pedro el Justiciero" y "El Fantasma", preferidos de ustedes.

IRMA GOMEZ ZAMBRANO. Se le envió un premio. Reclámelo en el correo de Talcahuano.

LAURA CIFUENTES, CHITA ARNIN. Nos felicitan por el éxito creciente de "SIMBAD" y comprenden que la revista haya subido de precio, pues bien vale el dinero que se paga por ella.

VICTOR AGUIRRE. Continúe enviando soluciones y es posible que alguna vez consiga el sueño de su vida que consiste en un tocadiscos Standard Electric.

TERESA INES MERY. Se le envió el premio. No hay que mandar dinero para su remisión.

MANUEL JARA PARRA, ILIA CISTERNAS. Los números que solicitan están agotados.

IVONNE OSORIO, ERNESTO SILVA. Felicitan a Elena Poirier y a Nato por sus dibujos y a la redacción por sus preciosas seriales.

ROXANE.



SOLAK EL PERRO LOBO

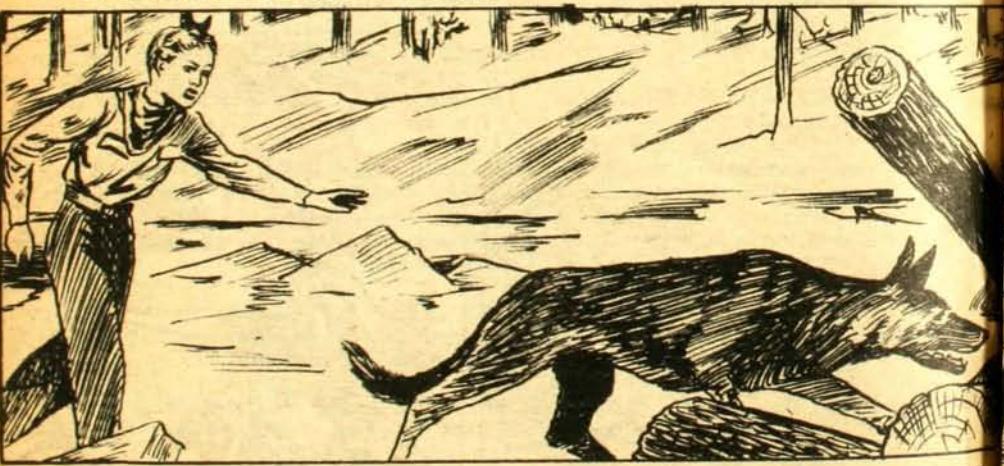
CAPITULO XVIII.

SECRETO DEL COLLAR



1. Dalia Ken había libertado a Solak, huyendo con él de la factoría donde un tribunal condenó a muerte al perro lobo. La idea de que el collar que tenía Solak ocultara tal vez una clave importante, asaltó de pronto a la niña. —Búscalos, Solak —murmuró ansiosa—. Busca tu collar.

3. Esa era la amenaza que pronunció el malvado cazador, que en ese instante acechaba a Dalia. Pálido de furor, vió que Solak, adentrándose en el río helado, hallaba el collar. Allí quedó retenido entre unos leños cuando el perro cruzó el río en una ocasión anterior. —¡Maldito animal!, gruñó Pierre.



2. Recordaba la avidez con que el cazador Pierre Lacoste le pidió el collar. «Si sabes dónde está y me lo entregas —había dicho Pierre—, haré que los vecinos de la comarca olviden que has protegido a una bestia peligrosa. Si te niegas, tú y Max se verán obligados a irse...»

4. Con una exclamación de alegría, Dalia se precipitó para recoger la correa. El hielo cedió bajo sus pies y la niña cayó al río, lanzando un grito de terror. Sin vacilar, Solak se lanzó también al agua. Pierre dijo con crueldad: —Se ahogarán los dos. Mi problema se ha solucionado solo.



SOLAK EL PERRO LOBO



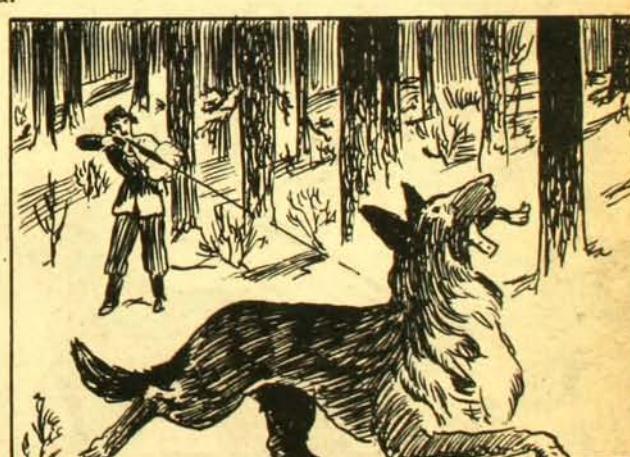
5. Solak no se ahogaba fácilmente. Además de poseer fuerza y resistencia, era sagaz. Cogiendo a Dalia de un hombro, con sus poderosos colmillos, nadó hacia la orilla, por el camino más corto. La niña caminó unos pasos por la nieve y se desmayó, dejando caer el collar.



7. El cazador había abierto un escondite secreto del collar y retiraba un papel cuidadosamente doblado. Solak, el que fuera rey de los lobos, jamás temió a aquel hombre que lo perseguía con un odio implacable. Rugiendo, saltó sobre él, para recuperar el objeto que le pertenecía.



6. El desvanecimiento de Dalia fué breve. Se incorporó, murmurando: "—El collar, Solak, lo he perdido..." En ese instante aparecieron el sargento Blake y los cazadores y tramperos que perseguían a los fugitivos. Solak se alejó, siguiendo unas huellas que conocía. Eran las de su mortal enemigo.



8. Le arrebató el collar, dirigiéndose hacia el lugar en que dejó a su ama. El cazador no pudo evitar aquel sorpresivo asalto, pero después amartilló su fusil. "—Esta vez te mataré —murmuró, con sus ojos fijos en la mira—. No puedo fallar." Y, en efecto, hirió al perro lobo.

(CONCLUIRA)

Los Piratas del Desierto

CAPITULO III Y FINA
PAIS DE LA SED



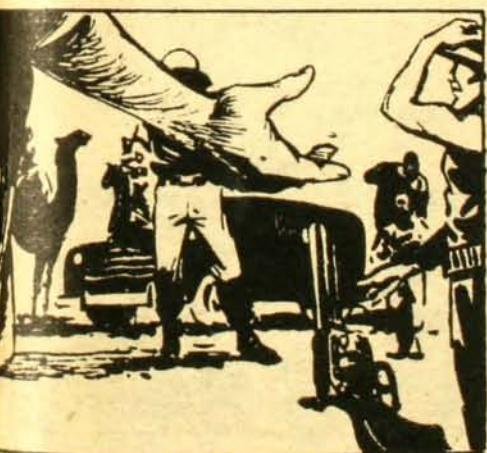
1. Krasdi, el jefe de la tribu M'gour, prometió capturar a Felipe Garon, individuo que dirigía una banda de ladrones. Estos se disfrazaban de tuareg. Habían robado una camioneta de la expedición e intentaron asaltar los demás coches. "—Tenemos que rescatar a los ayudantes del profesor Aquer, que ese bandido tiene prisionero", dijo Claudio.



2. El árabe alto y gallardo cumplió su promesa. La partida de verdaderos jinetes tuareg alcanzó al forajido. Felipe Garon se entregó, con las manos en alto. "—Están exagerando —protestó, con una cínica sonrisa—. Lo único que he hecho es retener un jeep y tener como huéspedes a los que viajaban en él."



3. "—¡Yaur! (perro) —dijo Krasdi, fríamente—. Por fin estás acorralado y esta vez abandonarás el desierto para siempre. El sidi Marcel te entregará a la justicia." Davis confirmó: "—Es verdad, Garon. No intentes resistir o morirás. Tu vida de pillaje ha terminado".



4. Garon, comprendiendo que estaba derrotado, lanzó a la arena sus armas. Krasdi dio la señal de regresar al aduar. Felipe Garon ya no asaltaría las caravanas, ni guiaría a los viajeros hacia trampas mortales. Los ayudantes prisioneros fueron rescatados por los árabes.



LOS PIRATAS DEL DESIERTO



5. Avanzaban por la arena ardiente, cuando una descarga de fúsilera resonó a lo lejos. Los verdaderos tuareg habían alcanzado a los falsos. Minutos después se reunían con su jeque, sin que sus rostros impasibles expresaran emoción alguna. La voluntad de Alá se había cumplido.



6. Felipe Garon fingía aceptar su destino, pero en un instante propicio saltó a uno de los jeep y emprendió la fuga. Davis y Marcel hicieron fuego, sin herirlo. "—Se escurrió como una víbora —exclamó Davis—. Menos mal que su banda está aniquilada. Pero es un individuo peligroso."

7. Se disponían a perseguirlo, cuando Krasdi los detuvo. —"No vale la pena —señaló con calma—. El rumí Garon va hacia el país de la sed. Hay un proverbio targui que dice: 'Si te atas una cuerda al cuello, Alá mandará a alguno para que tire de ella'. El rumi ha buscado su propio castigo."

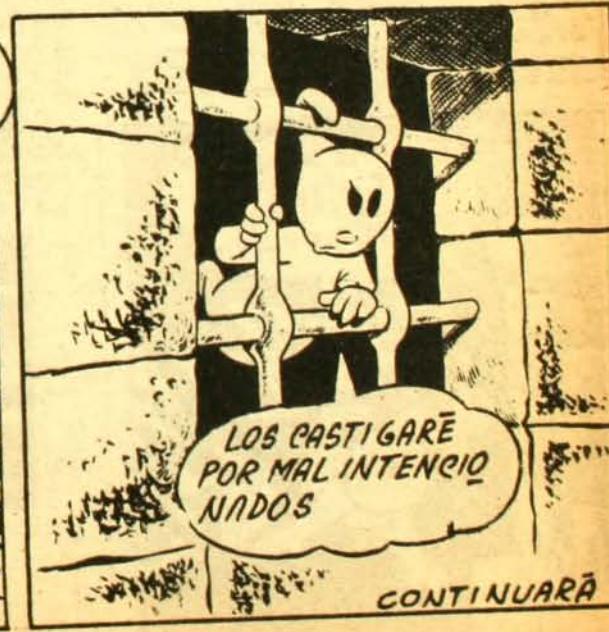


8. En efecto, Felipe Garon jamás regresó del terrible desierto al cual los árabes llamaban "el país de la sed". La expedición del sabio Aquer reanudó su marcha y los tuareg les despidieron, deseándoles la protección de Alá. —"Espero no encontrar otros piratas del desierto", sonrió Davis.

FIN

El fantasma

EL FANTASMITA BUSCA A SU AMIGO EL CAZADOR AMAPOLO. INTERROGA AL COCINERO PIMENTÓN.





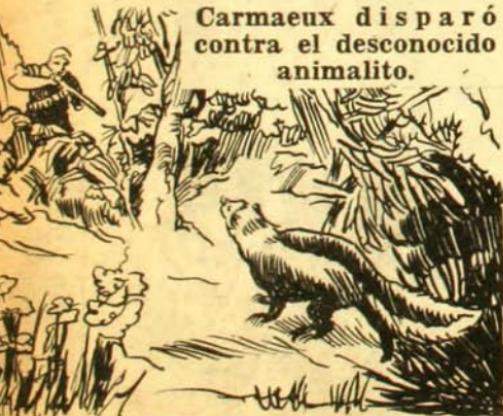
L CORSARIO NEGRO

CAPITULO X.—Las des-
venturas de Carmaux.

descanso en la fatigosa marcha a través de la selva. Mientras sus hombres se alejaban en busca de caza y frutas, el joven bucanero se sumió en sombríos pensamientos. Perseguía al duque Van Guld, gobernador de Maracaibo, quien ordenó ahorcar al Corsario Verde y al Corsario Rojo.

Carmaux desesperaba ya de no encontrar una presa cuando vió surgir de la espesura un animalito de patas cortas y cola poblada. Sin saber si era comestible, disparó sobre él. La víctima cayó, pero se levantó casi en seguida y huyó, perseguido por Carmaux.

**Carmaeux dispara
contra el desconocido
animalito.**



El Corsario Negro permitió un descanso en la fatigosa marcha a través de la selva. Mientras sus hombres se alejaban en busca de caza y frutas, el joven bucanero se sumió en sombríos pensamientos. Perseguía al duque Van Guld, gobernador de Maracaibo, quien ordenó ahorcar al Corsario Verde y al Corsario Rojo.

Se alejaron en busca
de fruta y caza.



—¡Cuidado con las narices! —advirtió el español Bartolomé. El animal huía a todo correr, buscando su madriguera. Carmaux le seguía, enarbolando el sable de abordaje.

—¡Ah, bergante! —gritaba—; te alcanzaré.

Lo vió detenerse junto a un árbol y, creyéndole vencido, se abalanzó hacia él. De improviso se sintió sofocado por un olor tan horrible, que cayó de espal-

das, como si se hubiera asfixiado repentinamente.

—¡Que el infierno se lleve a esta carroña! —rugió—. ¿Qué es esto?

Bartolomé, cubriendose las narices con ambas manos, advirtió:

—¡Huye de ese olor que ha infestado la maleza!

Carmaux obedeció, y al verle acercarse, el soldado retrocedió.

—No te acerques o me perfumarás a mí también.

—Pero, ¿qué ha sucedido? No podré regresar al campamento porque todos huirán de mí.

—Será necesario que te dejes fumigar —dijo Bartolomé, conteniendo la risa.

—¡Por mi fe de ladrón! ¿Qué demonios pasa? Explícame.

—Has tenido un encuentro con un zorrino. Es una especie maloliente de la familia de las martas, que despiden un olor que ni los mismos perros soportan.

—¿Y en qué sitio guardan ese perfume endiablado?

—En unas glándulas que tienen debajo de la cola.

—¡Maldición! Nos esperaban con alguna caza y en cambio lleva a remolque esta peste.

Stiller salió a recibirlos y, al percibir el olor, echó a correr.

—Mis amigos huyen de mí —se quejó Carmaux.

El español refirió la aventura y entre todos reunieron unas ramas sarmentosas que depositaron a unos veinte pasos de Carmaux. Luego les prendieron fuego. El humo era tan denso y acre que el pobre filibustero lloraba. Pero a pesar de aquellas lágrimas, se dejaba ahumar la conciencia.

Media hora después, el hedor

El zorrino lanzó una nube maloliente.

Percibieron unos sibilidos estridentes.





Avanzaron con prudencia, temiendo una emboscada.

miendo una emboscada. Transcurrieran las horas, sin que los indios aparecieran, pero era evidente que seguían al grupo, manteniéndose ocultos. De súbito una flecha surcó el aire. Carmaux disparó y de la espesura surgió un aullido de dolor. Cuatro o cinco flechas más hendieron el espacio, mientras el Corsario Negro y sus hombres se lanzaban al suelo. Desde allí hicieron fuego. No resonó otro grito, pero pudo oírse quebrar de ramas y el crujido de las hojas secas.

—¡Muerte del diablo! Han huído.

—No lo creo. Continúan al acecho.

—Es una emboscada, pero no lograrán detenernos —declaró el bucanero—. Sigamos caminando.

—Las flechas pueden estar envenenadas, señor —dijo el español—. Los caribes suelen envenenarlas, como los salvajes del Orinoco y del Amazonas.

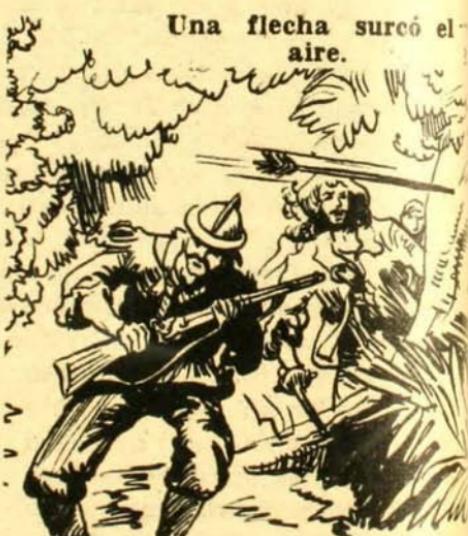
—Marchemos disparando a diestro y siniestro los arcabuces —propuso Stiller.

—Es una buena idea —aprobó el Corsario—. ¡Fuego a ambos lados, mis valientes, y dejadme a mí la tarea de abrir paso! Se adelantaron, disparando sin ahorrar municiones. Los indios

del zorrino había desaparecido y Carmaux se reunió tímidamente con sus compañeros. Luego de cenar una tortuga asada, continuaron la marcha, deteniéndose al percibir unos silbidos estridentes y prolongados.

—Señales —indicó Bartolomé, preocupado—. Señales de indios.

Avanzaron con prudencia, te-



Una flecha surcó el aire.

—Viene el "piaye" de la tribu —anunció el español.



una descarga. El español murmuró:

—Esa no es una señal de guerra. Mirad, se acerca un parlamentario. Es el "piaye" de la tribu.

—¿Un "piaye"? ¿Qué es?

—El hechicero, señor.

Los filibusteros se levantaron con los fusiles preparados, pues no se fiaban de los caribes. No tardó en aparecer un indio, seguido de dos tocadores de flauta.

—¡Que me oigan los hombres blancos! —gritó el brujo.

—Ya te escuchan los hombres blancos —respondió el soldado en alta voz.

—Este es el territorio de los arawacos —añadió el "piaye".

—Con qué derecho los hombres blancos invaden nuestros bosques? Volveos a vuestro país u os comeremos a todos.

Carmaux y Stiller se miraron inquietos. En su azarosa vida de piratas habían afrontado muchas armas terribles: sables, hachas de abordaje, puñales y espadas..., pero no agudos dientes de caníbales.

—Este abordaje no me gusta —gruñó Carmaux, amartillando su pistola—. Veremos si a estos salvajes les quedan deseos de comer cuando prueben una ración de pólvora. ¿Atacamos, capitán?

continuaban invisibles y alguna que otra flecha pasó silbando sobre los aventureros.

Ya se creían a salvo de la emboscada, cuando un árbol cayó con estrépito delante de ellos. Resonó en la espesura el son de una flauta de caña.

—¿Otra señal? —gruñó Carmaux.

Atrincherados en el gigantesco árbol, esperaban la aparición del enemigo para acogerlo con

—Este es el territorio de los arawacos.



(CONTINUARA)



Los PRINCIPIES FUGITIVOS

CAPITULO XV —
Peligrosa fuga de Rosalinda Nelson.

—No comprendo por qué me arrestaría usted a mí —dijo Rosalinda al capitán Carlston.

—Porque usted es soviniana, y si la dejo en libertad podría favorecer la fuga de los príncipes reales. Entremos en la casa. Ya la dama que me informó sobre la verdadera identidad de estos niños va camino del cuartel general de los cracianos; traerá soldados y un coche para llevar a los fugitivos.

Rosalinda dió un suspiro de alivio al saber que Lulú Milstein ya no estaba en la Casa Azul. Decidió entretanto convencer al capitán Carlston de que esos niños no eran los príncipes reales de Sovinia.

—Señor capitán —decía la atribulada joven—, está usted en un profundo error. Estos no pueden ser los príncipes de Sovinia. ¿Quién le dió esa falsa información?

RESUMEN.—Los príncipes de Sovinia, Igor y Anita, huyeron de la invasión de los cracianos, acompañados por su heroica institutriz, Rosalinda Nelson. Después de muchas aventuras los príncipes son recogidos por el capitán Carlston, militar craciano. Rosalinda se disfraza de niñera para atender a sus pupilos. El capitán Carlston comienza a sospechar de los niños que ha recogido en la Casa Azul al descubrir un pañuelo con las armas reales. Rosalinda quema ese pañuelo, y luego acude a una cita con Ricardo Zanetta, quien le encomienda una arriesgada misión. Rosalinda debe robar un documento que salvará a Sovinia. La dama que visita al capitán Carlston es Lulú Milstein. La pérflida espía delata a los príncipes...

—Mi amiga Lulú Milstein —expresó el capitán—. Le describí a mis protegidos y al punto se convenció de la identidad de esos chicos.

—Le aseguro que la información de su amiga es falsa —afirmó Rosalinda—. Interrogaré a los niños. Tadeo, Serapia, vengan acá. Usando de toda su astucia, abrazó a la princesa Ana y le dijo:

—Quiero hacerte varias preguntas, Serapia.

Al oído agregó:

—Estamos jugando a los cuentos de hadas, mi preciosa. Ahora dile al señor capitán —prosiguió Rosalinda— si alguna vez has sido princesa.

—Muchas veces cuando jugamos a las brujas y a los duendes —declaró Anita.

—¿Pero has sido también una verdadera princesa? —inquirió el capitán Carlston.

La niña vacilaba y Rosalinda temblaba de espanto.

—Bueno —dijo Anita—, yo sí... Pero también soy Serapia, hija de pobres aldeanos y me gustaría que llegara un príncipe encantador a robarme en un caballo blanco.

—Ya ve usted, señor capitán —observó Rosalinda, dando un suspiro de alivio—. Para que se convenza aún más, quiero que presente estos niños a su amiga. Deje que les lleve al baño y les peine. Están muy desarreglados.

—Bien, Rosa —accedió el capitán—. Creo que Lulú se ha equivocado y me complace quedarme con mis protegidos. Regresen pronto.

—Vamos, niñitos —ordenó la falsa niñera Rosa.

Cogiéndolos de la mano, Rosalinda corrió hacia la galería; pero a medio camino oyó la antipática voz de Lulú Milstein que gritaba:

—Capitán Carlston, son los príncipes reales, y esa mujer es Maclovia Nelson, cómplice del espía Ricardo Zanetta. Sujétela, capitán.

Rosalinda quedó inmóvil, como si la hubieran petrificado. Al ver aproximarse a Lulú y al capitán craciano, Rosalinda dijo a sus pupilos:

—No se asusten, niñitos. Volveré pronto. Igor, cuida de tu hermana, mientras yo esté lejos.

Y antes de que sus enemigos pudieran detenerla, Rosalinda corrió como un celaje hacia el bosque.

El capitán Carlston ordenó a sus soldados que persiguieran a la fugitiva, pero ya Rosalinda salía al camino carretero y se oculaba en un maizal.

Desde su escondite oyó la voz de sus perseguidores. Uno de ellos decía:

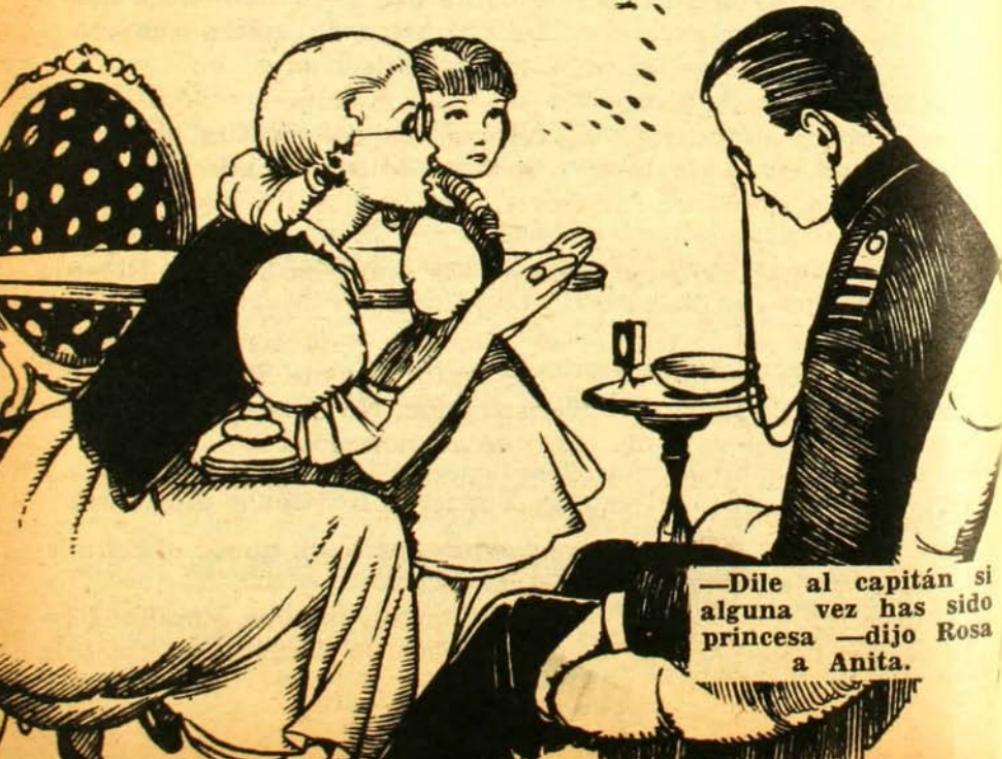
—Miren ese automóvil que baja de la colina. La espía soviniana se nos escapa.

—Sigámosla en otro automóvil —propuso Lulú Milstein al capitán Carlston.

—No tengo otro carruaje aquí —dijo el capitán—, pero voy a telefonear a todas las guarniciones, ordenando que detengan los automóviles que pasan. Volvamos a casa, Lulú, pues ya no tiene objeto seguir buscando a la falsa niñera.

Rosalinda, que había oído la conversación de Lulú con Carlston, consideró que su suerte mejoraba.

—Aún estoy libre y en mi bolsillo llevo el documento sellado que necesita Ricardo Zanetta —se dijo la heroica niña—. Sólo me falta rescatar a Igor y Anita. Esperaré una hora más y en seguida volveré a la Casa Azul.



—Dile al capitán si alguna vez has sido princesa —dijo Rosa a Anita.

Cuando declinaba el sol, la fugitiva salió del maizal y se introdujo otra vez en el bosque. No se advertía el menor movimiento en la Casa Azul y era de suponer que Lulú Milstein y el capitán Carlston se habrían dirigido al cuartel general de los cracianos.

Rosalinda conocía una puerta secreta que desde el jardín conducía a un sótano, el cual tenía una estrecha escalera para subir al primer piso del chalet.

Con toda cautela, Rosalinda llegó hasta el vestíbulo de la casa y se ocultó tras de un cortinaje.

—Dónde estarían Igor y Anita?

—El capitán es un hombre bueno y ama a los príncipes —pensó Rosalinda—. Esto me hace suponer que los ha enviado a la sala de juegos.

En efecto, Igor y Anita estaban en dicha sala en compañía de Carlston y de otro individuo a quien Rosalinda no conocía.

Sigilosamente la joven subió hasta la galería y se ocultó en el dormitorio que enfrentaba la sala de juegos. Desde allí podía ver cuanto ocurría en la habitación de los príncipes. Igor y Anita parecían muy asustados.

El príncipe heredero de Sovinia abrazaba a su hermanita como para darle valor y protección. Lulú Milstein, el capitán Carlston y otro militar craciano conversaban junto a la puerta.

—Mañana antes de medio día —decía Carlston— vendrá un automóvil para conducirlos al palacio real de Sovinia. Teniente Stoltz, usted los escoltará y la señorita Milstein cuidará de ellos. Yo quiero a estos pequeñuelos y sentiría que los maltrataran o vejaran.

—Tengo tiempo para rescatarlos —se dijo Rosalinda—. Ricardo me ayudará.

—Saldrán de aquí después de almorzar —prosiguió el capitán Carlston—. Eso es todo. Mientras tanto, teniente Stoltz, usted quedará de guardia fuera de esta habitación. No deseo perturbar más a esos chicos que ya están bastante atemorizados.

—Dios lo bendiga —murmuró Rosalinda—. A pesar de ser craciano el capitán Carlston tiene buen corazón.

Lulú y Carlston bajaron al primer piso, pero allí quedó el centinela vigilando la puerta de la sala de juegos.

Como le resultara imposible hablar con sus pupilos, Rosalinda recordó que debía enviarle señales a Ricardo Zanetta, tal como lo

habían acordado en la posada. Los sucesos recientes hicieron olvidar a Rosalinda esta orden y ahora iba a cumplirla.

Con gran sigilo subió a la terraza y usando un pequeño espejo comenzó a enviar el mensaje a su amigo y aliado.

Nadie respondió a pesar de que Rosalinda estuvo cinco minutos haciendo las señales convenidas.

—La incierta luz del crepúsculo no me favorece —pensó Rosalinda—. Esperaré que oscurezca y emplearé una antorcha.

Tampoco recibió respuesta con la antorcha encendida.

—Algo le ha ocurrido a Ricardo —murmuró Rosalinda—. El ignora nuestra crítica situación y es imperativo que salve a estos niños antes que les encierren en una mazmorra del palacio real de Sovinia.

Sin tardar más, resolvió dirigirse a la posada. Con gran sigilo bajó de nuevo al sótano y de allí a la puerta de servicio que daba a una solitaria calleja.

Nadie la había visto entrar ni salir de la Casa Azul, ni tampoco la vieron correr hasta el villorrio situado al pie de la colina.

—¿Habrán capturado a Ricardo? —murmuraba Rosalinda, mientras bajaba la colina.

En la posada tampoco encontró a su amigo. Discretamente se informó allí preguntando por un anciano que en la mañana había conversado con ella en la pérgola del jardín.

—Hace dos horas que partió ese anciano —respondió el posadero.

—¿No dejó recado o mensaje para su hija? —preguntó Rosalinda.

—Ninguno —le respondieron—. El anciano pagó su cuenta y desapareció.

Rosalinda salió de la hostería aun más desesperada. No había caminado diez metros cuando divisó a un grupo de soldados cracianos que avanzaban por la misma calle.

—Bandidos cracianos —balbució la joven con espanto.

De inmediato buscó un sitio donde ocultarse. Las casas de ese pintoresco villorrio estaban separadas por jardines y pequeñas verjas de fácil acceso. Sin vacilar, la fugitiva saltó a un jardín vecino y se tendió entre los arbustos.

Apenas pasaron los soldados cracianos, saltó fuera de la verja y corrió hacia un potrero donde crecía el pasto muy alto.

—No puedo más —se dijo la infeliz muchacha—, tengo que descansar aunque sea una hora.

Un barranco seco le facilitó magnífico escondite.

Desde allí oyó la voz de mando de un sargento craciano:

—Conocen las órdenes del capitán —decía a la tropa—. Deben registrar casa por casa hasta el último cuartucho. Es preciso que esta noche sea arrestada la espía Maclovia Nelson.

—Esta es la más atroz de las pesadillas —pensó Rosalinda—. Me siento acorralada por todas partes. ¿Adónde huir?

Los pasos de la tropa craciana se alejaron. Reptando por el pasto, como una sabandija, Rosalinda se arrastró hasta un montón de paja.

Haciendo un profundo hoyo en ella, la desfalleciente fugitiva murmuró:

—Aquí me quedo cubierta por la paja hasta que pueda proseguir mi ruta. Dios quiera que Ricardo Zanetta nos proteja en esta hora aciaga.

Pero tal era el cansancio que la agobiaba que, sin quererlo, cayó en un profundo sueño.

(CONTINUARA)

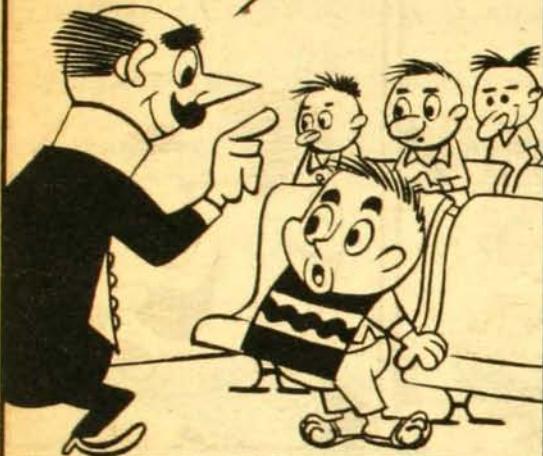
Un centinela armado custodiaba a los pequeños príncipes.



Ponchito

por nato

¿CUANTO ES, SEIS MENOS UNO, PONCHITO?



¡SEIS MENOS UNO, SON...



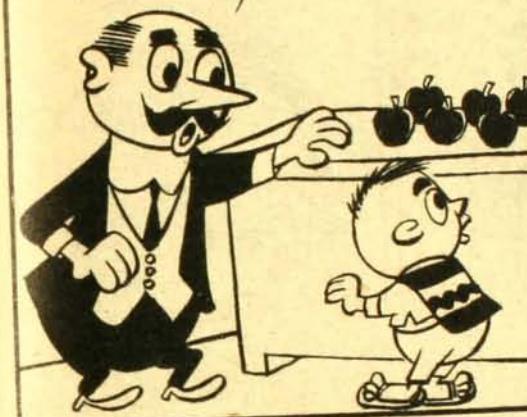
¡ESTEEE... MENOS UNO... SON....!



¡QUE VERGUENZA!
¡NO LO SABES!



¡MIRA, AQUÍ HAY SEIS MANZANAS, SI TÚ TE COMES UNA...



¿CUANTAS QUEDAN?



¡UN MOMENTITO, SEÑOR PROFESOR,
PRIMERO ME LA COMO Y DESPUES
SACO LA CUENTA!



NATO.

EL REINO DESTRUÍDO



CAPITULO I.—El incendio de Roma.

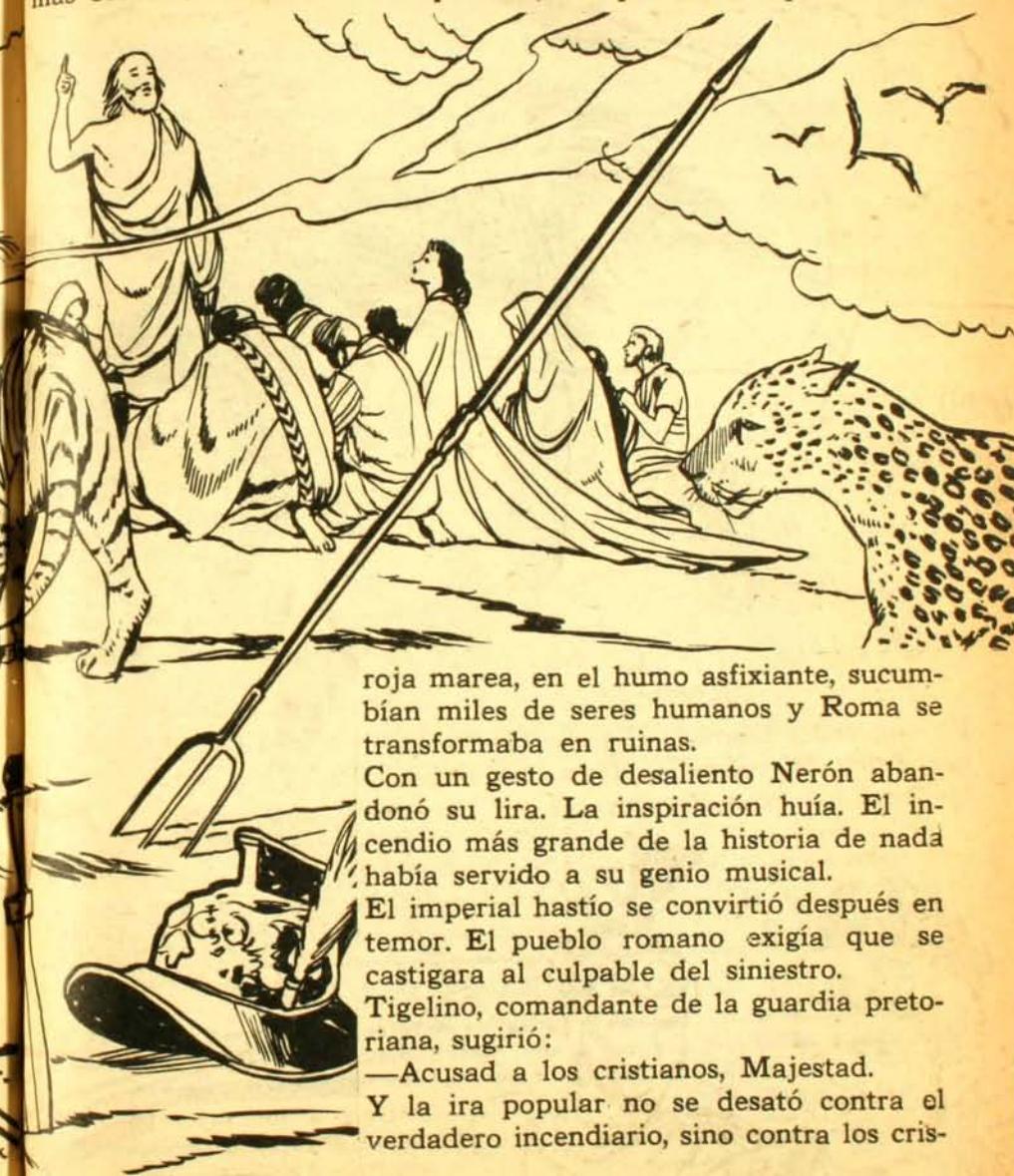
El emperador Domicio Claudio Nerón había ordenado incendiar Roma. Mientras las llamas se extendían voraces por la ciu-



Las inocentes víctimas fueron lanzadas a las fieras.

—Acusad a los cristianos, Majestad — sugirió Tigelino.

dad, él pulsaba la lira, buscando inspiración en el fuego. —Música divina..., inmortal —susurraban los aduladores— Por fin has hallado la inspiración que buscabas, oh César. Se sentían aterrizados ante la gigantesca hoguera. Pero sus almas serviles alababan al emperador, aunque sabían que en esa



roja marea, en el humo asfixiante, sucumbían miles de seres humanos y Roma se transformaba en ruinas.

Con un gesto de desaliento Nerón abandonó su lira. La inspiración huía. El incendio más grande de la historia de nada había servido a su genio musical.

El imperial hastío se convirtió después en temor. El pueblo romano exigía que se castigara al culpable del siniestro.

Tigelino, comandante de la guardia pretoriana, sugirió:

—Acusad a los cristianos, Majestad. Y la ira popular no se desató contra el verdadero incendiario, sino contra los cris-

tianos, "los secuaces de Jesús", a quienes se culpó de haber prendido fuego a los suburbios.

Las inocentes víctimas fueron lanzadas a las fieras.

—Es indigno —protestaban los exaltados—. Esta infamia será castigada. Latigazo por latigazo, quemadura por quemadura, fiero por fiero.

—Los verdaderos cristianos no sienten cólera, ni maldicen al enemigo —decían los sumisos—. Rogad al Señor por ellos.

Legiones de cristianos fueron sacrificados. El rugir de los leones que salían a la arena apagaba el rumor de las oraciones y las voces que cantaban con fe.

La multitud, ávida de emociones violentas, presenciaba la muerte de los mártires, asombrada del valor que demostraban.

—¿Quién les da esa fuerza? ¿Esa indiferencia ante la muerte? —decían, observando con incredulidad los rostros iluminados y serenos.

Cuando los verdugos recorrían el circo ensangrentado, miraban con recelo el semblante apacible, la sonrisa suave y extasiada, la mirada inmóvil que parecía contemplar un mundo sin terrores.

—Roma está sentenciada... El reino de la maldad será destruido...

Este rumor se deslizaba en las casas humildes y en los palacios y enloquecía a los partidarios del imperio.

—Roma ha esclavizado a la mitad de la población del mundo. Vive orgullosa de su poder y de su molicie. Ostenta su riqueza.



Sus rostros veianse iluminados y serenos.

¡GRAN CONCURSO DE NAVIDAD!

Ponchito y Pelusita invitan a todos los lectores a participar en los CURSOS SEMANALES, ahora con maravillosos RECEPTORES DE RADIO STANDARD ELECTRIC, discos Pulgarcito, suscripciones a "Simbad", premios en dinero, libros, etc.

¡Atención, lectores! ¡PARA NAVIDAD, "Simbad" trae estupendos JUEGOS y premios sorpresas!

arrebatada a los pueblos de Aquitania, Anglia, Hispania, Galia, Capadocia, Grecia, Ponto, Tracia..., donde los pequeños lloran de hambre. Roma, la soberbia, la invencible, será derrotada. Hay un ser divino que reclamará finalmente el mundo entero para su reinado, y ese reinado no tendrá fin. Entonces terminarán las crueidades y los odios.

Los oradores eran detenidos para conducirlos al sacrificio. Tigellino vigilaba, como un tigre en acecho. Perseguía con ferocidad a los cristianos. Bastaba una sospecha, una denuncia, para que un ciudadano se encontrara de pronto en el camino del martirio. Muchas denuncias eran falsas y sólo se formulaban para cumplir una venganza, un rencor personal.

La persecución continuaba, cada día más implacable. Desde el incendio de Roma, que duró nueve días y consumió las tres cuartas partes de la ciudad, nadie estaba seguro. La calumnia y el odio asfixiaban y quemaban a Roma, con otro incendio invisible.

Nerón, que contempló el primer siniestro desde la Torre de Meccenas, pulsando su lira, también ahora buscaba inspiración en el martirio de los cristianos.

Los aduladores seguían admirando los versos del César y los jóvenes *augustani*, a quienes Nerón pagaba para que aplaudieran, cumplían su tarea.

(CONTINUARA)



"Roma está sentenciada".



Se encontraban de pronto en el camino del martirio.

XIV

GRAN CONCURSO

Standard Electric



DISCOS **pulgarcito**

Y SIMBAD

"la mejor revista infantil".

¿Qué escena relacionada con el nacimiento del Niño Jesús te recuerda esta ilustración?

Envía tu respuesta a casilla 84-D, INCLUYENDO EL CUPON, y podrás participar en el Gran Sorteo Semanal de 12 Discos PULGARCITO, irrompibles, en bellíos colores, con temas infantiles. Además, se sorteará UN REGIO TOCADISCOS, Suscripciones a SIMBAD, Libros y Premios en DINERO...

Distribuidores exclusivos

Standard SE Electric
COMPANY
SANTIAGO CHILE

Respaldado por el prestigio

Técnico mundial de la



Un producto

SHYF

Solución a "SIMBAD" 274: La flor nacional chilena es el copihue. Entre los lectores que enviaron soluciones exactas resultaron favorecidos los siguientes: UN RADIORRECEPTOR STANDARD ELECTRIC: Zaira López, Santiago; UN SOBRE DE TRES DISCOS: Antonio Tuset, Valparaíso. UN DISCO: Nora Guzmán, Stgo.; María Latorre, Arauco; Guillermo Muñoz, Stgo.; Luz del Canto, Stgo.; María Teresa Aldunate, Maipú; Raúl González, Talcahuano; Ricardo Cerda, Stgo.; Blanca Sáez, Concepción; Hugo Sagredo, Temuco. CON UNA SUSCRIPCION TRIMESTRAL A "SIMBAD": Raúl Meri, Tomé; Carlos Berner, Stgo.; Davina Garrido Collipulli; Gerardo Sandoval, Concepción; Flavio Pellizzarri, San Antonio; Sergio Cerda, Linares. CON CINCUENTA PESOS: Ana Ramírez, Viña del Mar; Marta Vásquez, Stgo; Héctor Pino, Valparaíso; Ivonne Ronc, Stgo. CON UN LIBRO: Ana María Silva, Idahue; Ercilia Arriagada, San Carlos; Guillermo Cepeda, Los Andes; Pamela Soto, Correo Rancagua; Eliana Zamorano, Stgo.; Gladys Lamas, Chillán; Agustín Parra, Collipulli; María del Río, San Fernando; María Zamudio, Stgo.; Luis Arenas, Valparaíso.

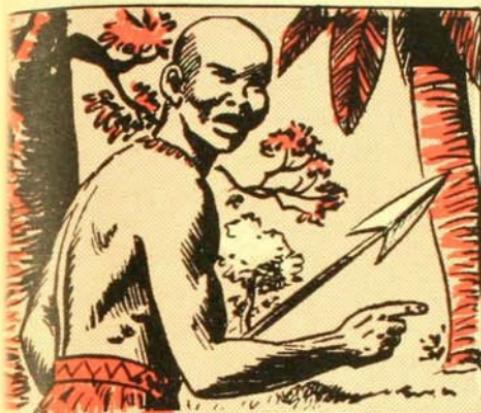
CUPON DEL CONCURSO Semanal

Standard SE Electric

SIMBAD N.º 276

Los lectores de Santiago deben retirar sus premios en Avda. Santa María 076, 3er. piso. Los niños de provincia recibirán sus premios por correo.

Juan y Juanita



3. Media hora más tarde se oía el estruendo de los rápidos. "—El río está cerca", anunció Tipaya. Habían avanzado unos pasos, cuando el jefe de los cazadores se lanzó inesperadamente a tierra, haciendo seña a sus acompañantes para que le imitaran. —Se acercan hombres blancos, murmuró.



4. El hombre que encabezaba la marcha era Ricardini, a quien seguían cuatro individuos, todos armados de fusiles. Demostraban cansancio y malhumor. —¡El diablo se lleve a esos malditos chiquillos! —gruñó Ricardini—. Regresemos. Pero Tipaya no estaba de acuerdo con aquel regreso y enarbóló su lanza.

(CONTINUARA)

PELUSITA

POR NATO



Simbad

N.º 277

NAVIDAD

En medio de los hombres
ha nacido el Salvador
ya cantan en los cielos
los ángeles de Dios



\$ 10.-



Juan y Juanita

CAPITULO LV.—FIEBRE Y SERPIENTES



1. El malvado Ricardini, cómplice de Leopoldo Rulan, perseguía a Juan, Juanita, Mincho y Tilín, que habían huído a través de la selva africana. Los niños hallaron al cazador Tipaya, quien decidió protegerlos. Ricardini se encontró de pronto rodeado de negros que tenían una expresión poco tranquilizadora.



2. Ricardini aullaba de rabia, pero no se atrevió a oponer resistencia. Las lanzas de aquellos salvajes podían estar envenenadas..., y en su terror creyó ver también que sus colmillos eran afilados... Tipaya dió la orden de partida y Mincho marchó adelante, feliz con la captura de Ricardini.

(Continúa en la penúltima página.)

Simbad

NO VI — 22-XII-1954 — N.º 277

Directora: Elvira Santa
Cruz (Roxane)

Suscripción anual: \$ 490.—

Semestral: \$ 250.—

Recargo por vía certificada:
Anual: \$ 21.— Semestral: \$ 11.—

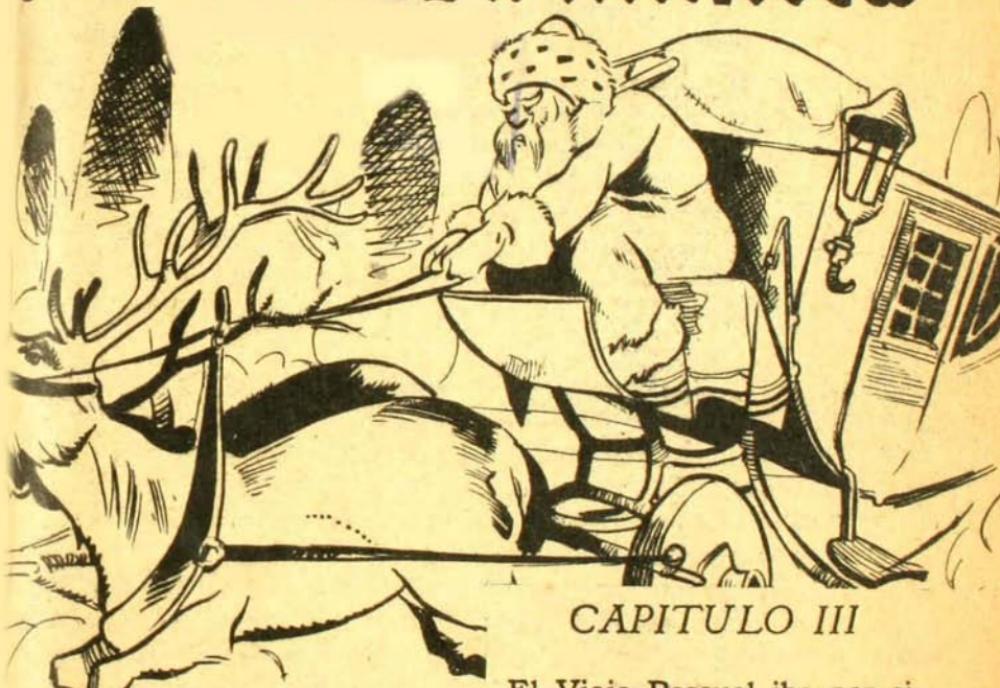
Extranjero:

Anual: U.S.\$ 2,10

Semestral: U.S.\$ 1,05

Recargo por vía certificada:
Anual: U.S.\$ 0,20
Semestral: U.S.\$ 0,10

La Princesa Muñeca



CAPITULO III

El Viejo Pascual partió en su coche cargado de juguetes.

El Viejo Pascual iba por siniuosos caminos en su carroza tirada por dos ciervos en su misión de dar alegría a

los niños de la tierra. Llevaba un cargamento de juguetes, y entre éstos a la pobre princesita Bienvenida, a quien el hada Mirilla convirtió en muñeca, para castigarla por su falta de piedad y compasión con los pobres de su reino.

"Me voy a morir —suspiraba la princesa-muñeca—. Estoy tan apretada en este saco, que ya no puedo respirar."

Por fin la desdichada princesa se durmió, y a la mañana siguiente despertó en una pequeña cuna orlada de encajes. Cerca de su cuna divisó un catre blanco, en el cual dormía una chica muy linda y rubia. La habitación de su nueva dueña era lujosa.

"Debe ser una niña rica —pensó Veni—, y si es tan caprichosa como era yo, mi suerte será cruel."

De pronto se abrió la puerta y apareció una niñera.

—Buenos días, Dolly —dijo la mujer—. ¿Has dormido bien? Voy a traerte el chocolate.

—¿Por qué me vienes a despertar, estúpida? —refunfuñó Dolly. Y mientras Damiana daba vuelta la espalda, la pícara chica le lanzó el osito de felpa a la cabeza.

En seguida Dolly divisó a su nueva muñeca en la cuna, la cogió por los pies y con aire desdeñoso exclamó:

—No es tan grande ni tan bonita...

Y comenzó a hacerla bailar sobre la cama.

—Cuidado, hijita —insinuó la niñera Damiana—. Vas a romperla.

—¿Y qué importa? Mi mamá me comprará otra más grande y más bonita.

Dolly instaló a la muñeca en su cama, y como si fuera de carne y hueso comenzó a darle bizcochos y chocolate. El líquido manchó el traje de la muñeca, y Dolly, fastidiada, la colocó de nuevo en la cunita.

Allí quedó abandonada durante dos días, mientras Dolly asistía a fiestas con sus amigas.

"No será Dolly quien me ayude a buscar el espejo mágico —suspiró Veni—. Mi madrina me dijo que si yo encontraba a una niña buena y caritativa, a quien pedirle que fuera en busca del espejo mágico que posee el mago Silerio, me volvería a mi forma natural."

La despreocupada y regalona Dolly no sería capaz de ir a la mansión del mago Silerio, y si se acercaba al espejo mágico, como ella tenía muchos defectos, éste se empañaría seguramente.

Al tercer día, Dolly volvió a interesarse por su muñeca, y la llevó en su cuna al parque de la casa. Pero no se acordó de volver a subirla a su dormitorio en la noche. Veni sufrió de frío; una llo-

vizna la mojó entera y, por último, el viento volcó la diminuta cuna, arrojándola al barro.

—Madrina, madrina —sollozaba la princesa-muñeca.

Inmediatamente apareció el hada Mirtala. Pero no era el hada afectuosa que durante la niñez de Veni llegaba al reino de Gilda cargada de regalos.

Con el semblante severo del día en que pronunció su sentencia, preguntó a la princesa-muñeca:

—¿Me has llamado, Veni? ¿Has encontrado ya a la niña perfecta que te llevará a la mansión del mago Silerio?

—Mire, madrina, en la

triste situación que es-

oy —murmuró Veni—.

—Nunca podré ser feliz?

—No tienes paciencia —expresó el hada Mir-

tala.

Sin embargo, la desesperación de su ahijada la conmovió, y, con un golpe de su varilla mágica, la princesa-muñeca quedó con su traje llameante.

—Voy a colocarte en la vitrina de una tienda de jugo —comunicó el ha-

da a la princesa-muñeca —, y allí correrás la suerte que el destino te depare.

—Gracias, madrina —balbuceó Veni.

Intretanto, el mago Focio vigilaba a su enemiga el hada Mirtala, y llamando al canciller Rodar, convertido en cuervo, le ordenó que siguiera a la princesa-muñeca.

Durante varios días la muñeca fué sacada de la vitrina por las vendedoras para mostrarla a las pequeñas compradoras de juguetes; pero ninguna niñita la escogía.

Por fin una chica acompañada por su madre se detuvo frente a la vitrina.

El mago Focio, disfrazado de mendigo, las espiaba.

—Mamá, cómprame esa muñeca con vestido rojo —dijo la chica a su madre.



—Ya tienes cuatro muñecas —insinuó la madre.

—Serán cinco entonces —dijo la impertinente niña.

La madre compró la muñeca cediendo al capricho de su hija, Veni no tardó en darse cuenta de que su nueva poseedora no traería felicidad. Elsa tenía aún mayores defectos que Dolly. Elsa se entretuvo el primer día haciendo andar a su muñeca, vistió y la desnudó varias veces y después la metió en un armario lleno de telas de araña y polvo.

“¿Cuánto tiempo me van a dejar aquí? —pensaba Veni—. La perfección no existe o sólo se encuentra en los palacios de gente millonaria. ¿Quién va a comprarme si soy sólo una muñeca pequeña y mal vestida?

Un día la chica Elsa abrió el armario para buscar un objeto y dejó entreabierto. A poco entró una gata juguetona que no halló otra cosa mejor para sus juegos que la infeliz muñequita vestida de rojo.

Tirándola de los cabellos la arrastró fuera del armario, como

► La princesa-muñeca
fué expuesta en una
vitrina.





El hada Mirtala tendió su varita de virtud a la princesa-muñeca.

fuera un ratón, se entretuvo mordiéndola e hincando las uñas en sus vestidos hasta que la dejó como un paquete informe.

Entonces la princesa-muñeca lloró amargamente e invocó al hada Mirtala.

Por una ventana co-

menzó a filtrar resplandeciente luz, y envuelta en blanquísimas claridad apareció el hada Mirtala.

—Madrina —gimió la princesa-muñeca—, habría sido mejor morir. Qué desdichada soy.

—Convengo que no eres feliz y tampoco lo mereces —dijo el hada—. ¿Quieres volver a la tienda de juguetes?

—Sí, madrina; pero hazme el favor de hacerme más grande y darme lindos vestidos, a fin de que me compre una niña muy rica. Sólo así podré encontrar a la niña perfecta que me lleve donde el mago Silerio.

—¿Tú crees que los ricos son más perfectos que los pobres? —protestó el hada Mirtala—. Pobrecilla, recuerda que tú eres hija de un rey, y, sin embargo, tuve que castigarte porque no tenías corazón. Vamos, serás la muñeca más linda del mundo y la mejor vestida.

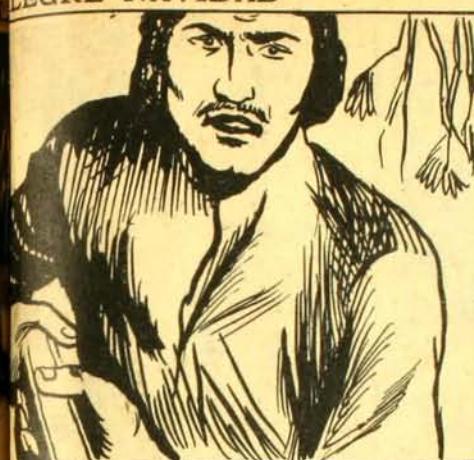
El hada tendió su varita de virtud a la destrozada muñeca y la princesa Veni alargó sus manos pidiendo gracia.

(CONTINUARA)



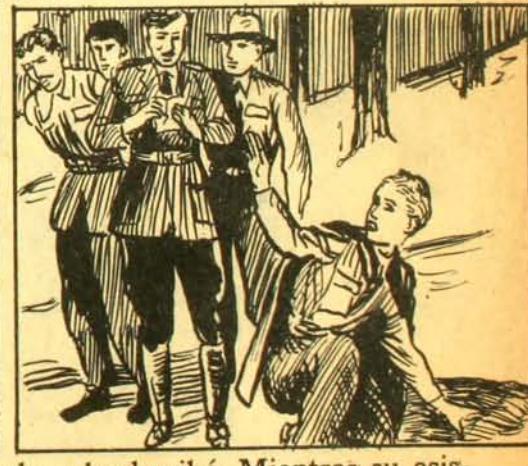
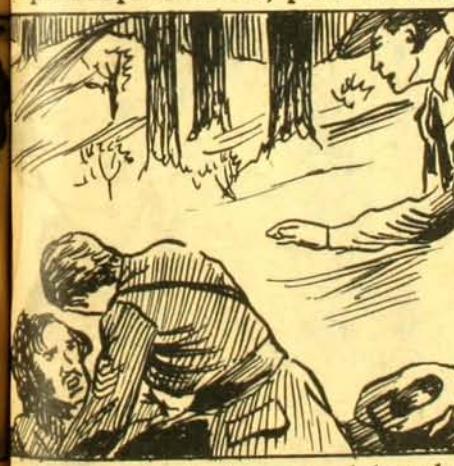
SOLAK EL PERRO LOBO

CAPITULO XIX Y FINAL
ALEGRE NAVIDAD



1. Dalia Ken libertó a Solak, el perro lobo condenado a muerte. Presintiendo que el collar que había perdido Solak ocultaba un secreto, indicó al inteligente animal que lo buscara. El cazador Pierre Lacoste permanecía al acecho y disparó contra el perro. Este, herido, se reunió con su ama.

3. Nadie oyó los cautelosos pasos de Pierre Lacoste. Su voz resonó amenazadora: "—Quietos todos. Tengo cinco balas en mi rifle. Quiero ese papel, sargento." Rex Blake tenía el papel que estuviera oculto en el collar durante tantos años. Lo entregó despreocupadamente, pero de súbito...

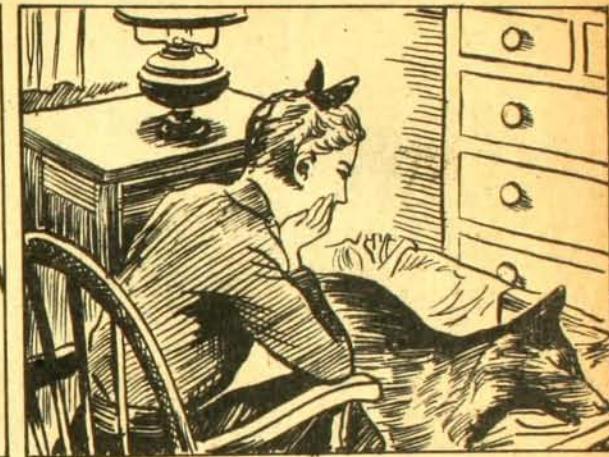
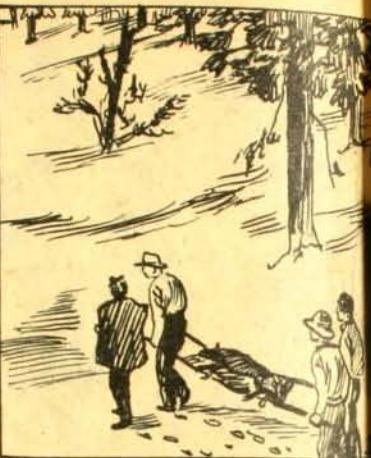


2. De pronto las fuerzas lo abandonaron y cayó en la nieve. Dalia, horrorizada, se arrodilló junto a él, mientras el sargento de la policía montada del Canadá recogía el collar. "—¡Solak se muere! —gimió Dalia—. ¡Oh, por favor, llamen 'un veterinario!' Su desesperación impresionó a los cazadores y tramperos.

4. . . . golpeó el rostro del malvado y lo derribó. Mientras su asistente vigilaba a Pierre, Rex leyó el papel. Era la prueba de que el cazador había sido contrabandista. Adiestraba perros para que guiaran trineos cargados de contrabando. En los collares enviaba mensajes a sus cómplices.

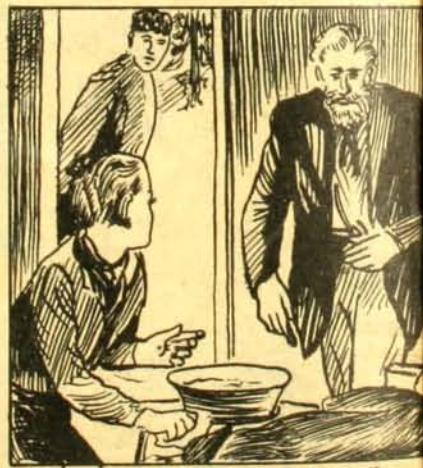
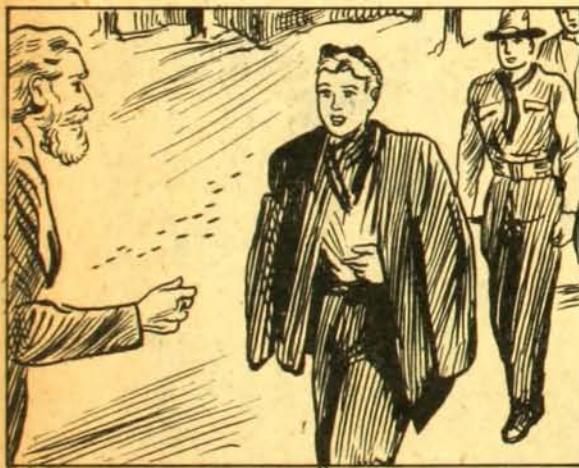


SOLAK EL PERRO LOBO



5. Solak, que en ese tiempo era un perrito nuevo, fué robado a sus dueños y adiestrado por los contrabandistas. Pero huyó hacia los bosques, donde se convirtió en el rey de la manada de lobos. "—Ahora comprendo por qué Pierre odiaba a Solak y deseaba matarlo", dijo el sargento Blake.

7. —¿Está muy grave, doctor?”, preguntó Dalia. Weston repuso: “—Esta noche será crítica. Si aún respira al amanecer, se habrá salvado.” La niña veló a Solak toda la noche. No sentía sueño ni cansancio. En vano su abuelito le ofreció relevárla en aquella angustiosa vigilia.



6. El grupo regresó a la factoría llevando prisionero a Pierre La-coste. Los cazadores construyeron unas angarillas para trasportar a Solak. Ya en la cabaña de Max, el perro fué atendido por el doctor Weston. La noticia de la felonía de Pierre se había extendido por la comarca.

8. Por fin el perro lobo recuperó la salud y en la mañana del 24 de diciembre salió con su adorada ama a los bosques. “—Ahora no irás en busca de una manada de lobos, sino de un pino pequeño para hacer un árbol de Navidad —sonrió Dalia—. Pasaremos una feliz Nochebuena.”

FIN



EL TRINEO

CAPITULO I.

Aquí pasará la Pascua.



1. Desde niño Adrián Montes había soñado pasar la Navidad en un país de nieve. Cuando llegó a aquel pueblo, al norte de Manitoba, oyó hablar de un trineo, pero no del legendario de Santa Claus..., sino de un trineo fantasma. "—Nadie lo conduce —decían los vecinos—, y va tirado por perros rabiosos."

FANTASMA

RELATOS INQUIETANTES

Esa historia me intriga.



3. "—¿Quién puede asegurar que no lleva conductor?", preguntó Adrián. "—Muchos de nosotros y principalmente yo —repuso el cazador Quin—. Un día revisaba las trampas que había colocado en el bosque. Recogí dos zorros y me inclinaba sobre el tercer cepo cuando oí un infernal coro de aullidos."



2. Había varios testigos que vieron el trineo espectral. Nadie pudo jamás acercarse a él. Era una visión fugaz que permanecía grabada para siempre en las mentes de los que presenciaban su paso, con los ojos dilatados de terror. Aparecía de pronto y desaparecía con su impenetrable misterio.



4. "—Mi primer impulso fué huir, pero luego avancé cautelosamente. Vi al trineo atacado por una horda de lobos. Y le juro que los perros eran más feroces que los lobos. Sus ojos parecían despedir fuego. El trineo veíase volcado sobre la nieve y junto a él no había nadie... NADIE..."





EL TRINEO

FANTASMA



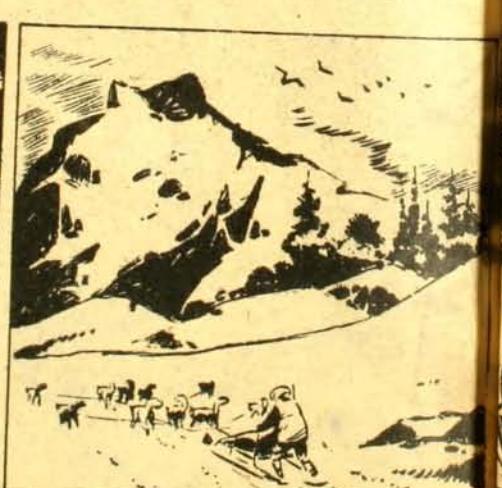
No parecían perros,
sino demonios.



5.—Los perros pusieron a la manada en fuga..., y esto es cuanto sé del trineo fantasma." Un profundo silencio acogió las palabras de Quin. Después Adrián interrogó: "—¿Quién lo vió por última vez y cuándo?" El silencio se prolongó durante algunos minutos.

7.—Tienes valor, muchacho —le dijo—. Todos evitan ahora estos parajes. Tú no sólo has venido, sino que piensas descifrar el misterio que nos tiene aterrorizados." Cecilia, la hija de Clem, vaciló antes de referir su escalofriante aventura. "—Yo me encargo de recoger la caza", murmuró con voz temblorosa.

Buscaré las huellas
del trineo fantasma.

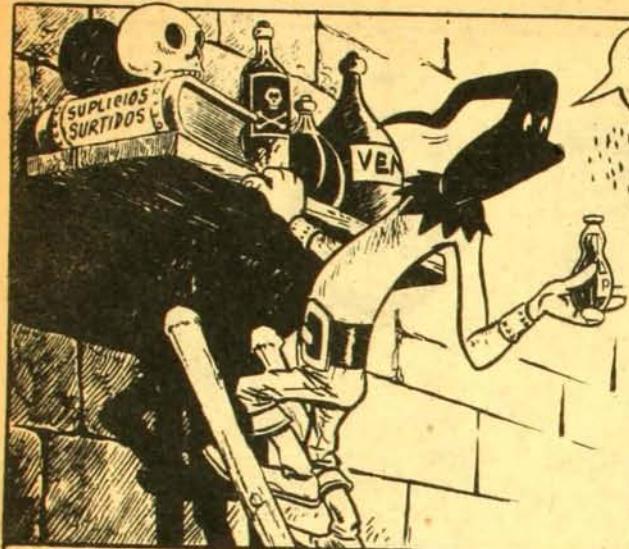
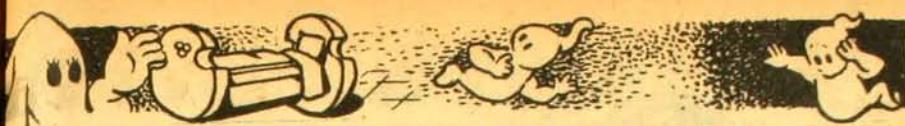


6.—Forastero —contestó Quin finalmente—, si eres tan insensato que pretendes buscar las huellas del trineo fantasma, interroga a la hija del viejo Clem." Instantes más tarde, el viajero se encaminaba hacia una lejana cabaña. Clem era un anciano afable que lo recibió con gran cordialidad.

8.—Es cierto —confirmó Clem—. Ya soy viejo y mis piernas no están firmes." Cecilia prosiguió: "—De pronto aparecieron "ellos". Eran más rápidos que los grandes lobos del Mackenzie. Huí, sintiendo que detrás de mí el trineo volaba sobre la nieve. Llegué a mi propio trineo y animé a los perros..."

(CONTINUARA)

El fantasmista



EL VERDUGO SUGIERE UN TORMENTO PARA EL PRISIONERO AMAPOLO.

NO ME GUSTA ESA BEBIDA.
PREFIERO HUESILLOS CON MOTE



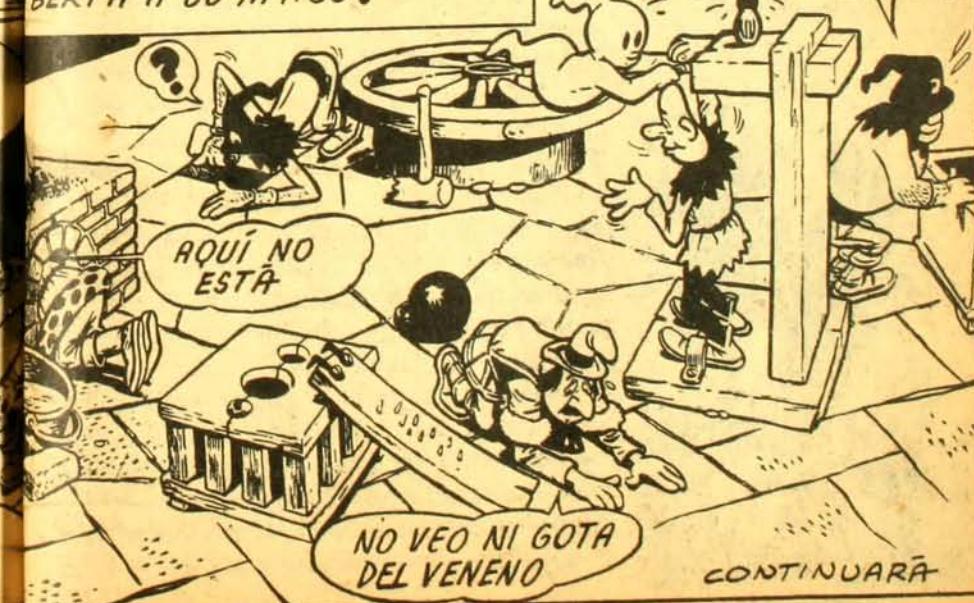
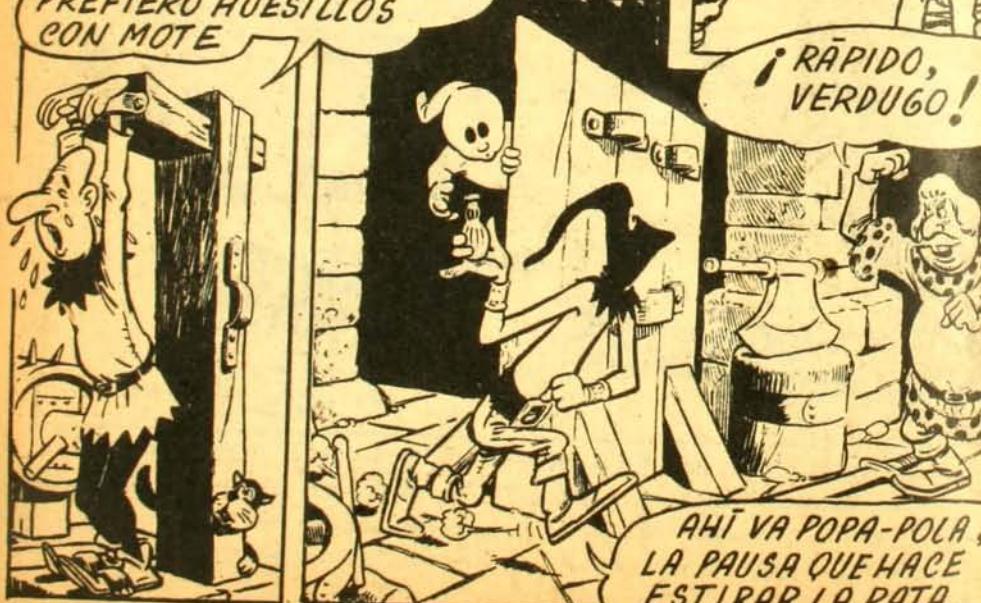
AHÍ VA POPA-POLA,
LA PAUSA QUE HACE
ESTIRAR LA PATA.



MIENTRAS TODOS BUSCAN EL VENE
DO DESAPARECIDO, EL FANTASMITA
LIBERTA A SU AMIGO.



¿SALDRÁ EN EL PRÓXIMO
"SIMBAD" QUIEN SE ROBÓ
EL FRASCO?



CONTINUARÁ



E CORSARIO NEGRO

CAPITULO XI —*Can bales.*

El hechicero arawaco observó con ferocidad al Corsario Negro y a su escolta. Les exigió que se alejaran del territorio amenazando con devorarlos.

no obedecían, pues la tribu era caníbal.

—No somos colonizadores, no pertenecemos a la raza que esclavizó a los caribes —dijo el bucanero—. Al contrario, perseguimos a tus enemigos.

—¿Vas persiguiendo a otros blancos?

—Sí, para matarlos.

Las flechas se clavaron en los espantajos.

—Pero no dejaremos que pases por nuestras tierras. Si quieres destruir a tu enemigo, ve a matarlo en la costa.

—¿Insistes en negarnos el paso?

El “piaye” asintió con un hosco gesto.

—¡Hombres del mar! —gritó el corsario blandiendo su espada—. ¡Adelante! El brujo huyó seguido de los flautistas para ocultarse en la espesura.

El formidable filibustero avanzó intrépidamente a través de la selva. Los indios emboscados, disparaban flechas y jabalinas, pero el fuego de los aventureros lo mantenía alejados.

Al salir de la jungla venezolana, el español Bartolomé dijo:

—Los indios no se atreven a atacar en terreno descubierto. Defenderemos el campamento con una barrera de fuego.

—Saltarán por encima.

El español mostró un puñado de semillas negras.

—Esto es pimienta. Al quemarse producirá un humo acre y ardiente que cegará al que pretenda saltar sobre las fogatas.

Era más de medianoche cuando Carmaux, que montaba guardia, creyó oír un leve rumor. Moro, el africano, susurró:

—Se acercan los arawacos.

El pirata se quitó la casaca y el sombrero, pidiendo también esas prendas a Stiller. Con ellas vistió dos espantajos improvisados. Tres o cuatro flechas silbaron en el aire, clavándose profundamente en los falsos centinelas.

—Veneno perdido —masculló Carmaux—. Vamos, bergantes, acérquense más. Tengo confites de plomo para todos.

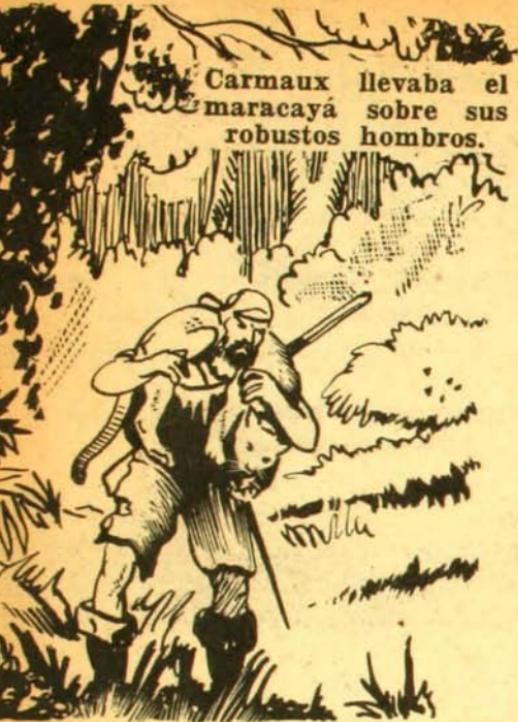


Avanzaban guiándose con la luz de los insectos.

Nuevas flechas se hundieron en las casacas llenas de hojas y ramas secas. Un indígena más audaz abandonó su refugio y Carmaux se disponía a abatirlo cuando en la inmensa selva resonaron cuatro disparos. Estallaron después alardos y maldiciones. El Corsario Negro y el español, que dormían, se levantaron precipitadamente, creyendo que el campamento era atacado por los arawacos.

—Combaten en medio de la selva —informó Stiller—. Los indios han acometido a hombres blancos. El gobernador y sus acompañantes, sin duda.

Continuaban oyéndose en la distancia detonaciones y gritos. Luego sobrevino el silencio.



Carmaux llevaba el maracayá sobre sus robustos hombros.

—¿Quiénes habrán triunfado? Es preciso saberlo —pronunció el joven filibuster, con expresión sombría. Si aquellos nativos habían dado muerte al gobernador Van Guld, él no podría cumplir la venganza jurada.

Bartolomé sugirió:

—Es difícil y peligroso cruzar la selva a obscuras. Si encendemos antorchas, ofreceríamos un buen blanco a la flecha de los indios. Pero hay un medio..., cazar cocuyos. Moro, ven conmigo.

Acompañado del africano se dirigió hacia un grupo de árboles, entre los cuales veíanse brillar luces verdosas que revoloteaban fantásticamente en la obscuridad.

Minutos después regresó al campamento, llevando el casco cubierto con una mano.

—¡Mil tiburones! ¿Qué traes ahí? —preguntó Carmaux.

—Cocuyos —respondió Bartolomé, exhibiendo una especie de luciérnaga que despedía una suave luz—. Nos ataremos dos de estos cocuyos a las piernas, como hacen los indios, y con la luz que despiden podremos ver no sólo las lianas y raíces, sino también las serpientes que se ocultan entre las hojas. ¿Quién tiene hilo?

—Los marineros siempre lo llevan consigo —dijo Carmaux.

Ataron delicadamente los insectos a las hebillas de los zapatos y media horas después todos estaban provistos de aquellos faroles vivientes.

—Es una idea ingeniosa —observó el Corsario.

Los aventureros reanudaron la marcha, internándose en la manigua.

Cada cierto tiempo se oían gritos apagados y el bronco vibrar de un tambor. Los vencedores celebraban tal vez la victoria.

De súbito, Carmaux, al levantar la vista para separar unas ramas,

tropezó con una figura inerte y cayó, con tan mala suerte que aplastó los cocuyos que llevaba en las hebillas.

—¡Por Belcebú! —exclamó, levantándose a toda prisa—. ¿Qué es esto? ¡Relámpagos! ¡Un muerto!

Era el cadáver de un indio, que presentaba heridas a espada.

—Aquí ha sido el encuentro — sugirió Stiller, pensativo.

Prosiguieron la marcha, hasta avistar el reflejo de varias hogueras. Bordeando el campamento indio, comprobaron que, después de la batalla, el gobernador y los sobrevivientes habían huído. Los ojos sagaces de Bartolomé descubrieron sus huellas.

—Estamos cerca de la selva palúdica, señor. Convendría llevar alguna caza. Esa región es mortal como un desierto.

Carmaux cazó un felino llamado maracayá, el cual llevó sobre sus robustos hombros.

La selva cambiaba de aspecto. El terreno saturado de agua ocultaba un grave peligro. Bajo las plantas germina la fiebre de los bosques, la temida fiebre palúdica.

—Adelante, mis hombres —decía el Corsario Negro, con inquebrantable voluntad.

Un profundo silencio envolvía aquella selva siniestra. No se escuchaba ni el chillido de un mono, ni el canto de las aves, ni el rugido

de un jaguar.

—Parece que vamos atravesando un inmenso cementerio —murmuró Carmaux.

Una niebla formada por las emanaciones del pantano rodeaba a los aventureros, que avanzaban a través de ella como fantasmas silenciosos.

(CONTINUARA)



Cruzarian después la selva palúdica.





- Los PRINCIPIES FUGITIVOS -

CAPITULO XVI.— Hacia la frontera de Helvecia.

sólo despertó cuando los rayos del sol caían sobre su frente. Sobresaltada, se incorporó y miró su reloj.

—Las diez —suspiró afligida—. A las doce Igor y Anita irán camino al palacio real de Sovinia, o sea, a una prisión de donde jamás podrán escapar.

Rosalinda sacudió su traje cubierto de paja y caminó hacia la próxima aldea, siempre esperanzada en hallar a su amigo Ricardo Zanetta antes de la hora fatal.

Mientras caminaba, se quitó los anteojos ahumados, soltó sus cabellos y anudó un pañuelo de colores a su cabeza. También se quitó el coselete de terciopelo que podía identificarla, y con él se anudó la garganta, como una écharpe. Trataba de cambiar su apariencia anterior en la mejor forma posible.

La aldea estaba llena de transeúntes que acudían al mercado. Rosalinda se mezcló a la turba y siguió hasta el puente donde los príncipes habían grabado sus nombres en un árbol.

RESUMEN: Despues de la invasión de Sovinia, por los cracianos, los príncipes Igor y Anita, acompañados de su heroica institutriz, Rosalinda Nelson, han sufrido crueles aventuras, hasta caer en poder del capitán Carlston, quien descubre su identidad a causa de las intrigas de la pértila Lulú Milstein. Rosalinda huye en busca de Ricardo Zanetta, protector de los príncipes, y se oculta en un montón de paja, dónde se queda dormida.

De pronto y cual si viniera del otro mundo oyó una voz rica en vibraciones y de dramático acento:

—Increíble, pero cierto... —decía la sonora voz—. Aquí tenemos a nuestra linda artista. ¿No les decía yo que ella se salvaría de las garras de la infame Lulú Milstein?

—Carlo Pacini —exclamó Rosalinda—. Estoy desesperada. Necesitaba un amigo.

Los demás artistas del Circo Pacini saludaron a la gentil artista con tanto entusiasmo como el empresario.

—Hoy damos nuestra última función en Korován —expresó Pacini—, y mañana atravesaremos la frontera.

—Me gustaría partir con usted —suplicó Rosalinda.

—¿Y los niños? —preguntó la esposa de Pacini.

Rosalinda contó a sus amigos los recientes sucesos y les comunicó su desesperación.

—A las doce se los llevan a las mazmorras del palacio real de Sovinia —agregó Rosalinda—. Ricardo no aparece y ¿qué puedo hacer yo sola?

—Pobre niña y desdichados principitos —murmuró Carlo Pacini—. Es extraño que Ricardo Zanetta desaparezca en tan crítico instante. Si le hubieran arrestado los cracianos, lo sabríamos por la prensa. ¿Quién sabe si él también te anda buscando, niña mía? Sigue con nosotros. En media hora más iniciaremos la función matinal en el casino del pueblo.

—Espléndida idea —dijo Rosalinda—. Ricardo sabe que ustedes son mis aliados y buenos amigos, y se acercará al circo si él está en esta ciudad.

—Puedes actuar con nosotros —insinuó Constancia, la esposa de Pacini.

—No conviene que yo me exhiba —expresó Rosalinda—, porque los soldados cracianos ya me conocen.

—Se me ocurre que Maclovia se disfraze de tirolesa y distribuidora de programas —indicó Carlo Pacini, cuando iban llegando a la carpa del circo—. Podemos darle una peluca y un traje distinto al que usa. Así disfrazada puede recorrer las mesas del casino sin temor de que la descubran.

—Eso se llama tener talento y astucia, mi buen Carlo —dijo Rosalinda.

Consuelo efectuó la transformación de la fugitiva de maravillosa manera. Una cofia tirolesa, peluca castaña y falda de vistosos co-

lores daban un aspecto risueño y juvenil a la institutriz de los príncipes de Sovinia.

Los concurrentes a la pérgola del casino servíanse refrescos y café; casi no alzaban la vista al paso de la vendedora de programas y chocolates.

¿Estaría Ricardo Zanetta entre los que ocupaban las mesas?

—Programas, chocolates —pregonaba la joven con voz de falsete.

De súbito divisó a su amigo Ricardo Zanetta vestido de aldeano y sentado a la misma mesa que un militar craciano.

El espanto de Rosalinda no fué menor que su sorpresa al ver que el craciano era el capitán Carlston en persona.

“Qué molesta complicación —se dijo Rosalinda—. Si hablo con Ricardo, el capitán me descubrirá.”

Para evitar un fatal encuentro, la joven entró de nuevo en la carpa del circo y se detuvo a reflexionar breves instantes.

Decidió por fin escribir una misiva a Ricardo. Decía así:

“Espérame en la avenida junto al puente. Hay prisa.”

Con el papel en la mano, Rosalinda volvió a recorrer las mesas de la pérgola y se acercó a la que ocupaban Ricardo Zanetta y el capitán Carlston.

Junto al capitán, Rosalinda fingió tropezar en la pata de la mesa y gran parte de los programas cayeron al suelo. Tal como lo esperaba Rosalinda, el capitán Carlston se inclinó a recogerlos, y la niña, colocando un dedo sobre sus labios, introdujo el pequeño mensaje en la mano empuñada de Ricardo.

En ese momento el capitán craciano terminaba de recoger los programas y los entregaba cortésmente a la vendedora, sin maliciar que era la muchacha a quien hacía buscar por sus soldados. Rosalinda agradeció su atención al militar y se alejó rápidamente. En cinco minutos cambió de traje, cubrió sus cabellos rubios con un pañolín y corrió hacia el puente de la avenida.

Ya la esperaba allí Ricardo Zanetta, a quien impuso de la crítica situación de los príncipes de Sovinia.

—Tienes que contratar un automóvil —dijo Rosalinda a su amigo.

—Ahora no hay necesidad de automóvil —declaró el valiente detective soviniano—. Dejaremos que los príncipes salgan de la Casa Azul y los rescataremos a su paso por el bosque.

—Con ellos va un sargento armado y además Lulú Milstein —indicó Rosalinda.



Rosalinda entregó a Ricardo un papel, citándole al bosque.

—No te inquietes —sonrió Ricardo, acariciando la mano de su amiga—; sígueme, y verás el resultado de mi plan.

Ricardo Zanetta se introdujo con Rosalinda en lo más espeso del bosque y allí dijo:

—Cuando oigamos el ruido del automóvil yo avanzaré solo. Tú eres valiente y no tendrás miedo. Espera con calma aquí y te aseguro que volveré manejando el automóvil con los príncipes Igor y Anita rescatados.

—¿Y si fracasa tu plan? Si vienen armados y...

—Chist —balbució Ricardo.

Ambos quedaron en suspenso al escuchar a la distancia el leve ruido de un carro.

—Son ellos. Volveré pronto, querida mía.

Ricardo desapareció en la espesura.

Nunca fué más larga y angustiosa la espera de Rosalinda; nunca más arriesgada la aventura de su adorado amigo.

A poco la joven oyó el ruido del automóvil, cuyos frenos rechinaron por una súbita detención.

—¿Qué ocurría?

Oliviendo las órdenes de Ricardo, Rosalinda salió del grupo de árboles y espió el camino. Estuvo allí segundos que le parecieron siglos, y por fin oyó que el automóvil reanudaba su marcha. Se aproximaba ya...

La institutriz de los príncipes de Sovinia se asomó por entre las malezas a tiempo que el automóvil se detenía frente a ella.

—¿Rosalinda, dónde estás? —gritó la princesa Anita.

—Somos nosotros, bruja Maclovia —exclamó la alegre voz del príncipe Igor.

Ricardo Zanetta abrió la puerta del automóvil y ambos príncipes abrazaron a su heroica institutriz.

—Triunfamos —dijo Ricardo.

El astuto detective del Servicio Secreto de Sovinia vestía el uniforme del sargento craciano.

—Ricardo le dió una feroz bofetada al sargento —explicó Igor— y le dejó tendido en el suelo. Yo le lancé un puntapié a la malvada Lulú, pero fué Ricardo quien la dejó como muerta con otra bofetada magistral.

—Y yo le di un buen pellizco a esa mujer —agregó Anita—. Después Ricardo le quitó la ropa al sargento y lo dejó en calzoncillos... Ah, ah, ah...

Los príncipes reían como locos y repetían sus hazañas.

—No hay que perder tiempo —dijo Ricardo a Rosalinda—. Faltan 30 kilómetros para la frontera de Helvecia. Creo que podemos atravesarla antes que los cracianos descubran a los inconscientes raptores. Mis bofetadas suelen adormecer a mis víctimas entre una hora o dos.

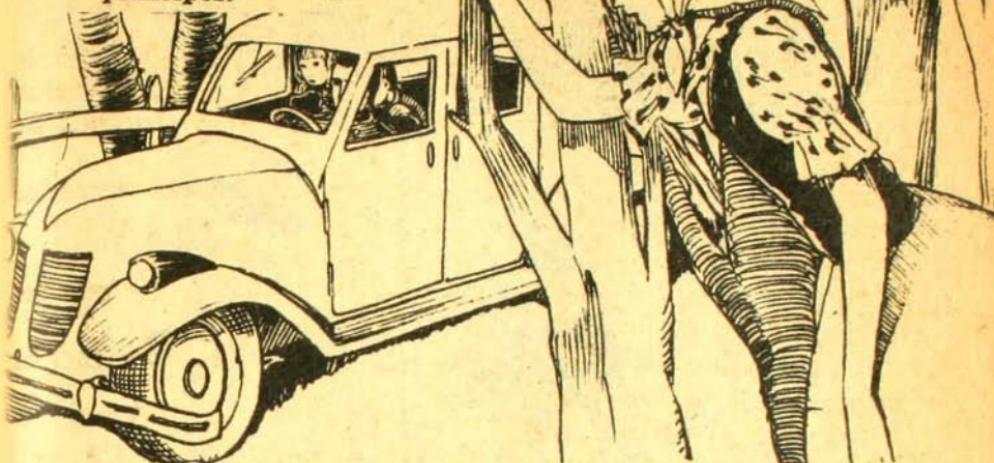
El automóvil corría a gran velocidad por los senderos de la montaña a fin de evitar los caminos concurridos.

Cada kilómetro que avanzaban era una esperanza más para su libertad y dicha.

—He traído el documento que me pediste —dijo Rosalinda a Ricardo—. Lo encontré en la alcoba del capitán Carlston.

—El rey de Sovinia tendrá que agradecerte esta hazaña —respondió Ricardo—. Necesitamos ese documento para probar a todas las naciones que aún conservan su neutralidad, que Cracia no sólo pretende apoderarse de Sovinia, sino que de todos los paí-

Se acerca el automóvil con Ricardo y los príncipes.



ses débiles que la circundan. Estos papeles abrirán los ojos a los que creen en los juramentos del dictador.

A riesgo de desbarrancarse en algún precipicio, Ricardo corría sin detenerse ni en los recodos del monte.

Llevaban ya once kilómetros cuando divisaron una valla que cortaba el camino, y tras ésta, un grupo de soldados cracianos.

—Tendremos que detenernos —dijo Ricardo—. Rosalinda, coloca una manta sobre tu cabeza y la de los niños, y finjan dormir. Así no los reconocerán.

Los soldados saludaron con mucho respeto al falso militar craciano, y uno le dijo:

—Pido a usted disculpas, mi sargento, pero me veo en la obligación de revisar sus documentos.

Ricardo sacó sus papeles, que, por cierto, eran los del sargento que dejó desmayado en el bosque, y dijo al soldado:

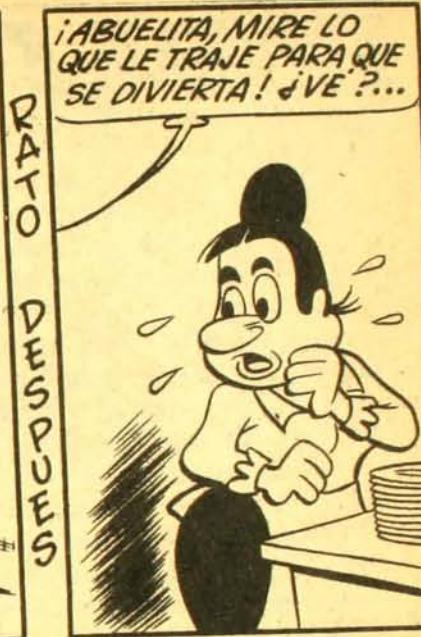
—Como usted advertirá, mi misión es de suma importancia. Llevo a los príncipes de Sovinia. Chist... No los despierte. Tengo que alcanzar a los sovinianos que ayudaron a la fuga de estos niños. Ellos tratan de cruzar la frontera... ¿Cree usted que tendrán éxito?

—Ninguno, mi sargento —respondió el soldado—. A la una de la tarde cerramos la frontera. Falta media hora.

(CONTINUARA)

Ponchito

por nato





EL REINO DESTRUIDO

CAPITULO II.—*Fulvio Luceri.*

En Roma, la ciudad de los Césares, se advertía un clima agitado y tenso. Los cristianos eran perseguidos sin tregua y diariamente largas filas de prisioneros marchaban hacia el sacrificio.

Las víctimas no lloraban ni pedían clemencia. Confiaban en Dios creían en su doctrina santa, y los apóstoles infundían valor en sus almas atribuladas. La figura elevada y serena de San Pedro el Pescador, les daba ejemplo de fe.

En esos días del año 64, Cayo Sestilio regresó a Roma. Pasaba en su litera frente al foro, cuando vió el desfile de condenados. —¿Quiénes son? —preguntó, asombrado.

—Cristianos, señor —contestó un esclavo.

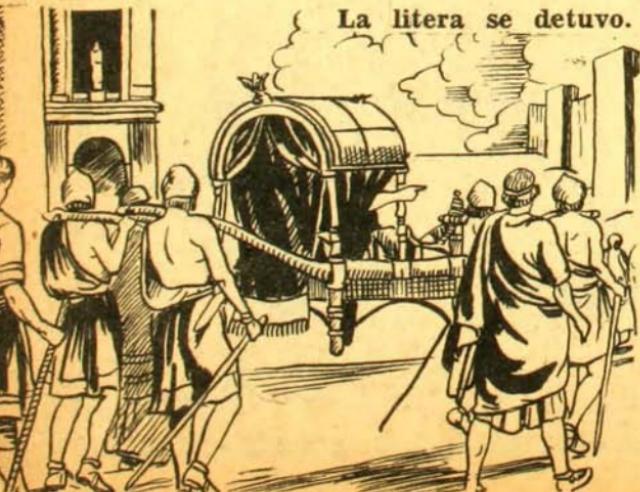
El romano observó pensativamente a los hombres, mujeres y niños conducidos al martirio. La desesperación no crispaba sus rasgos, ni el temor ensombrecía aquellos ojos resignados.

“¿Es posible que estos inocentes sean culpados del incendio de Roma? —reflexionó—. Me parece que Nerón exagera.”

De pronto su semblante se crispó. Había un hombre a quien odiaba. Se imaginó verlo entre aquellos prisioneros, con las manos atadas y la túnica andrajosa. Con la espalda marcada por el lá-

La litera se detuvo.

tigo. Pero no se inclinaría derrotado, porque era orgulloso y jamás nadie había visto su frente inclinada. Se llamaba Fulvio Luceri y pertenecía a una familia de nobles patricios. Se rebeló contra la tiranía de Nerón, y tripulando una nave, se había alejado. Según noticias inconfirmadas na-



vegaba por el norte de Africa. El libertó a Marcella, una joven esclava, a quien Cayo Sestilio pensaba convertir en su esposa.

—¡Maldito! —masculló—. Tal vez ha llegado la hora de mi venganza.

Con una señal indicó a los portadores de la litera que reanudaran el camino, hacia su villa situada en el monte Aventino.

Al llegar a su residencia, uno de los siervos le anunció:

—Durante tu ausencia, señor, vino tu amigo Decio Servio. Ahora te espera en el atrio.

—¿Decio Servio? Lo creía en Africa.

Minutos después los amigos se abrazaban con afecto.

—¡Por Baco! No esperaba este encuentro.

El huésped se había instalado en la villa, donde la servidumbre lo atendía con deferencia. Esa noche cenó con Cayo y de pronto, fijando en él una mirada penetrante, le dijo:

—Traigo una noticia extraña. Hace un mes, presencié el incendio de un barco romano, un birremo llamado "Aquila Maris".

Sestilio palideció.

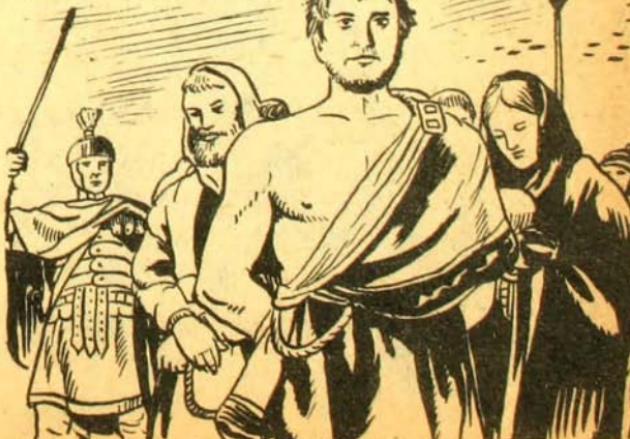
—¿Estás seguro?

—Sí. En cualquier parte hubiera reconocido la nave de Fulvio Luceri. Permaneció un instante en silencio, mientras su

—Son cristianos, señor —contestó el esclavo.



Aquellos inocentes
habían sido acusados
del incendio de Roma.





—Tu amigo, Decio Servio te espera, señor.

amigo reflexionaba con rencor. Luego añadió:

—Hay otra noticia relacionada con él. Su madre, la noble Octavia, fué acusada de pertenecer a la secta cristiana y murió víctima de los leones. Cuando Fulvio lo sepa..., o tal vez ya lo sabe, y por ese motivo quemó el "Aquila Maris", para regresar a Roma. Entonces...

—Entonces lo tendré

en mi poder —pronunció Cayo con ferocidad.

Su mente forjaba ya un plan de venganza. Iría al palacio imperial y hablaría a Nerón con voz persuasiva para lograr que Fulvio fuera perseguido.

Como si adivinara los pensamientos de su amigo, Decio insinuó:

—El emperador ha compuesto odas nuevas. Ruégale que te las cante para extasiar tu alma. Cuando tú hayas elogiado su música y sus versos...

—Habrá llegado el instante de sugerirle que Fulvio Luceri no es



—Traigo una noticia extraña —declaró Decio.

sólo hijo de una cristiana, sino que trajo al imperio. Será castigado y el día que lo lleven a la arena, estaré en la tribuna del emperador para ver cómo se defiende de los leones ese ladrón de esclavas.

Una sonrisa cruel vagó por sus labios.

Decio Servio dijo:

—Tal vez puedas recuperar entonces a Marcela. De rodillas te suplicará que la perdes



—Presencié el incendio de una nave romana.

por haberse fugado. Los dioses penates la traerán arrepentida y sumisa.

(CONTINUARA)

Premiados en el Concurso Discos Pulgarcito

Solución a "SIMBAD" 275: El año tiene cuatro estaciones, que duran tres meses cada una.

Entre los lectores que enviaron soluciones exactas, sorteamos los siguientes premios: UN TOCADISCOS: Alejandro Mazo, Valparaíso. UN SOBRE DE TRES DISCOS: María A. del Campo, Villa Alegre de Loncomilla. UN DISCO PULGARCITO: Margarita Gálvez, Valparaíso; Ana Olivares, San Felipe; Enrique Schwarze, Santiago; Luis Jaque, Hospital; Hortensia Fuenzalida, San Fernando; Carmen Alfonso, La Serena; Nelson Portus, Victoria; Teresa Varela, Chimbarongo; Oscar Torrealba, Cauquenes. \$ 100.—; Enrique Muñoz, Santiago; Silvia Gómez, San Bernardo; Blanca Frías, Puente Alto; Magdalena Quintanilla, Santiago; Manuel Ovalle, Talcahuano; Eduardo Quintanilla, Santiago; Blanea Gautier, Santiago; Juana Soto, Viña del Mar; Jaime Rendón, Concepción. CON \$ 50.—: Igor Peredo, Talca; Berta Rojas, San Bernardo; Rosa Aspée, Hierro Viejo; Cecilia Lara, Santiago; Gregorio Zapata, Talcahuano; Enrique Carrasco, Concepción; Julia Oñate, Talcahuano; Rebeca Ahumada, Rancagua; Ximena Valenzuela, Santiago; Anita Kröyer, Talcahuano. UNA SUSCRIPCION TRIMESTRAL: Nora Gálvez, Valparaíso; Elisa Mardones, Panquipulli; René García, Coronel; Berta Cerda, Santiago; Guillermo González, Los Andes; Marcela Rodríguez, Santiago; Hugo Franzani, Cauquenes; Lidia Nilo, Sewell; Manuel Muñoz, La Cisterna; Lilianna Rubio, Barrancas. UN TROMPO CON CUERDA: Guillermo Mathews, Santiago. 1

(Sigue a la vuelta)

GRAN CONCURSO

Standard Electric



DISCOS **pulgarcito**

Y SIMBAD

"la mejor revista infantil!"

Dinos el nombre de la ciudad donde nació Jesús.

Envía tu respuesta a casilla 84-D, INCLUYENDO EL CUPON, y podrás participar en el Gran Sorteo Semanal de 12 Discos PULGARCITO, irrompibles, en bellísimos colores, con temas infantiles. Además, se sorteará UN REGIO TOCADISCOS, Suscripciones a SIMBAD, Libros y Premios en DINERO...

Distribuidores exclusivos

Standard SE Electric
COMPANIA
SANTIAGO, CHILE

Respaldado por el prestigio

técnico mundial de la



Un producto

SHYF

JUEGO DE TE PLASTICO PARA MUÑECAS: Ernestina Nancuvilu, Santiago. 2 CUADERNOS COMPOSICION: Enrique Peña, Casablanca. 2 ALBUMES ESQUELAS: Edelmira Torres, Santiago. 1 PISTOLA BAQUE-LITA: Fernando la Rivera, Villa Alemana. 1 LAPICERA FUENTE: Gladys Sepúlveda, Quirihue. 1 AVION: ALEJANDRO ARANCIBIA, Valparaíso. 1 CORNETA: Rodrigo Caro, Santiago. 1 LAPIZ PASTA: Rosa de la Fuente, Santiago. 1 JUEGO DE HERRAMIENTAS: Hugo Varela, Concepción. 2 GOMAS, 1 REGLA, 1 SACAPUNTAS y 16 FORROS: Teresita Mery, La Serena. 1 JUEGO LUDO: Thilma Gallardo, Illapel. 1 BALDE: María Cortés, Santiago. 2 ESPEJOS y 1 REGLA: Pedro González, Santiago, y María Luisa Cortés M., Santiago. 1 LIBRO: Luis Fernández, San Fernando; Patricio Saavedra, Domeyko; María R. García, Temuco; Luis Sepúlveda, Santiago; Juan Cid, Concepción; Ramón Román, Santiago; Hernán Pavez, Los Guindos; Moisés Cuevas, Temuco; Eliana Hernández, Santiago; Mónica Gundermann, Lumaco.

CUPON DEL CONCURSO Semanal

Standard SE Electric

SIMBAD N.º 277

Los lectores de provincia recibirán sus premios por correo. Los de la capital, deberán cobrarlos en Avenida Santa María 076, tercer piso, revista "SIMBAD".

Juan y Juanita



3. Habían caminado varias horas, cuando Juanita vaciló, y antes de que su hermano pudiera sostenerla, cayó. La hojarasca, las lianas y las entrecruzadas raíces atenuaron la caída de la niña. Tipaya, inclinándose sobre ella, murmuró: "—Fiebre... Tenemos que llevarla en unas angarillas".



4. En ese instante, Ricardini lanzó un ronco grito de terror. "¡—Socorro! ¡Defiéndanme!", imploraba. Juan y los nativos corrieron hacia él y vieron que una gigantesca serpiente pitón se balanceaba sobre la cabeza de Ricardini, quien permanecía petrificado de espanto, sin fuerzas para huir.

(CONTINUARA)

PELUSITA

POR NATO



Simbad

N.º 278

FELIZ
AÑO
NUEVO!



\$ 10.-

ELENA
BOURRIER

1954



Juan y Juanita

CAPITULO LVI.—TROPEL DE ELEFANTES



1. Juan, Juanita y sus amigos cruzaban la selva africana protegidos por Tipaya, el gran cazador. Ricardini, cómplice del productor Rulán, marchaba prisionero. De pronto lanzó un grito de terror, al verse atacado por una gigantesca boa. Los cazadores abatieron al reptil.



2. Trémulo de espanto, Ricardini murmuró: "—Es un crimen que me lleven maniatado. Esta selva está llena de víboras". Minch repuso: "—Y la más peligrosa es usted". Ricardini protestó "—Están equivocados, niñitos. Si me dejan libre, les juro..." Juan interrumpió: "—Es inútil. No logrará engañarnos, Ricardini".

(Continúa en la penúltima página.)

Simbad

AÑO VI — 29-XII-1954 — N.º 278

Directora: Elvira Santa
Cruz (Roxane)

Suscripción anual: \$ 490.—

Semestral: \$ 250.—

Recargo por vía certificada:
Anual: \$ 21.— Semestral: \$ 11.—

Extranjero:

Anual: U.S.\$ 2,10

Semestral: U.S.\$ 1,05

Recargo por vía certificada:
Anual: U.S.\$ 0,20

Semestral: U.S.\$ 0,10

La Princesa Muñeca

CAPITULO IV.—*La marquesita Bella.*

El hada Mirtala convirtió a la modesta y ordinaria muñequita, a quien la gata regalona de Elsa había dejado como un harapo, en una lujosa muñeca bien grande y muy bonita.

La marquesita Bella compró la lujosa muñeca.



—Ahora volverás a una tienda de lujo —dijo Mirtala a su ahijada—, y se cumplirán tus deseos de que te compre una niña millonaria. Pero no abrigues muchas esperanzas. A veces esas niñas mimadas son las que menos cuidan sus juguetes.

Colocada en la gran vitrina de la tienda de lujo, Veni vió desfilar a un sinnúmero de niñitas que deseaban comprarla y la pedían a sus padres como regalo de Pascuá. Sus antiguas dueñas, Dolly y Elsa, la miraban con envidia, pero por el subido precio, marcado en su maravilloso traje, no pudieron comprarla.

Por medio de sus anteojos mágicos, el pérrido mago Focio, enemigo del hada Mirtala, descubrió dónde se encontraba la princesa-muñeca y, convertido en mendigo, vigilaba todo el día la tienda de juguetes.

Una tarde detúvose una carroza frente a la tienda de juguetes y descendió de ella una niña muy elegante, seguida de su aya.

Al ver la linda muñeca, la niña ordenó a su aya que fuera a comprarla.

—Es la marquesita Bella —murmuró el mago Focio—, puedo estar tranquilo, pues esa chica no se molesta por nadie. De todas maneras, Rodar, convertido en cuervo, vigilará siempre.

La marquesita Bella cogió entre sus brazos a la princesa-muñeca y partió en su carroza dorada.

Llegaron a un magnífico castillo. El cuervo Rodar se instaló en la copa de un árbol para vigilar a la princesa-muñeca.

Veni se sintió dichosa en esa regia mansión que se asemejaba a su palacio real de Giralda. También le pareció bien la marquesita Bella, y por un momento creyó que era tan buena como hermosa.

—Creo que nunca has tenido una muñeca más bonita —dijo el aya a la marquesita.

—Sí, es bonita —declaró Bella—, pero lo que más me agrada es que todas mis amigas van a envidiar mi suerte. Como ellas no pueden gastar 10.000 pesos en un juguete... No dejaré que nadie juegue con ella. Su traje es muy delicado y no podría hallar otra tela tan fina.

—Realmente —expresó el aya—, parece fabricada por manos de hada.

Bella colocó a la princesa-muñeca en una vitrina, y arregló artísticamente los pliegues del vestido y el sombrerito de terciopelo negro.

Al día siguiente, Bella invitó a todas sus amigas a conocer su nueva muñeca.

Desde la vitrina, Veni escuchaba y veía todo lo que ocurría en la casa.

La regalona marquesita insultaba a los criados, era insolente con su aya y nadie podía soportar sus caprichos.

“Así era yo —suspiró Veni—, por eso me castigó mi madrina el hada Mirtala. Bella no será la niña que soporte la prueba del espejo mágico. El espejo se empañaría, porque Bella tiene muchos defectos, y entonces, el mago Silerio la convertiría también

en muñeca. Señor mío, ¿nunca encontraré una niña perfecta?”

Durante la tarde las amigas de Bella desfilaron frente a la vitrina, pero Bella no permitió que tomaran en sus brazos a la linda muñequita.

Veni oyó los malévolos comentarios de las amigas de Bella, quienes la trataban de egoísta, tonta y vanidosa, cuando ella no las oía.

“Así era yo también —suspiró Veni—. Si hubiera sido generosa y buena como mi madre,



La princesa - muñeca
fue admirada en la
fiesta.

la reina Matilde, estaría en mi palacio de Giralda, junto a mi novio el príncipe Fedor, y a los 18 años me casaría con él. Pero todo lo he perdido por mi culpa.”

Mientras las amigas de Bella fueron a tomar té, Veni, triste y sola, continuó suspirando y llorando.

“Pobre de mí —gemía la princesa-muñeca—, el príncipe Fedor yace dormido en mi palacio; las damas de honor están convertidas en mariposas, y mis servidores en reptiles, osos, lobos y aves de rapiña. Y yo, transformada en muñeca.”

Estos tristes recuerdos le provocaban copioso llanto, y tanto corrieron sus lágrimas, que el lindo traje se manchó con ellas.



Veni lloró tanto que
manchó su lindo tra-
je con sus lágrimas.

Cuando volvió la marquesita Bella a su departamento, y vió el precioso traje de su muñeca enteramente manchado, comenzó a rabiar y a gritar como una loca.

—Convoca a todos mis servidores —ordenó Bella a su aya—. Quiero saber quién ha sido el villano que manchó este traje precioso.

Los servidores probaron su inocencia, pero Bella, poseída de furia, lanzó cuanto encontró a mano a la cabeza de los pobres criados.

—Entonces ha sido una de mis amigas que manchó el traje por envidia —decía Bella—. Todas son unas perras...

—No puede ser —se atrevió a decir el aya.

—¡Qué sabes tú, idiota! —exclamó Bella—. Ya de nada me sirve esta muñeca...

Pero de súbito se le ocurrió una idea que secó sus lágrimas de rabia.

—No quiero que se quede en mi castillo esta muñeca manchada —declaró la terrible marquesita—, pero, para que mis amigas vean que soy generosa, se la llevaré de regalo de Pascua a Malvina, mi hermana de leche, que está enferma.

Malvina era la hija de los guardabosques del castillo y hermana de leche de la marquesita. Una misteriosa enfermedad tenía postrada en cama, desde meses atrás, a la pequeña Malvina. Bella la visitaba con frecuencia y le llevaba regalos.

Como podemos advertir, Bella efectuaba esa donación, no por buen corazón, sino para hacerse admirar de todos.

La princesa-muñeca así lo comprendió, y, como todavía estaba ella también llena de vanidad y orgullo, se sintió muy humillada al salir del castillo para la humilde casa del guardabosques.

"Bonita o fea, bien vestida o con modesto traje, siempre me va mal —pensaba la princesa Veni—. ¿Es posible que no exista en el mundo una niña perfecta, que me saque del encantamiento en que estoy y me devuelva mi forma natural? Tendré que ser siempre una princesa-muñeca que recorre el mundo sin que nadie me ayude? Ha sido muy cruel mi madrina, el hada Mirtala."

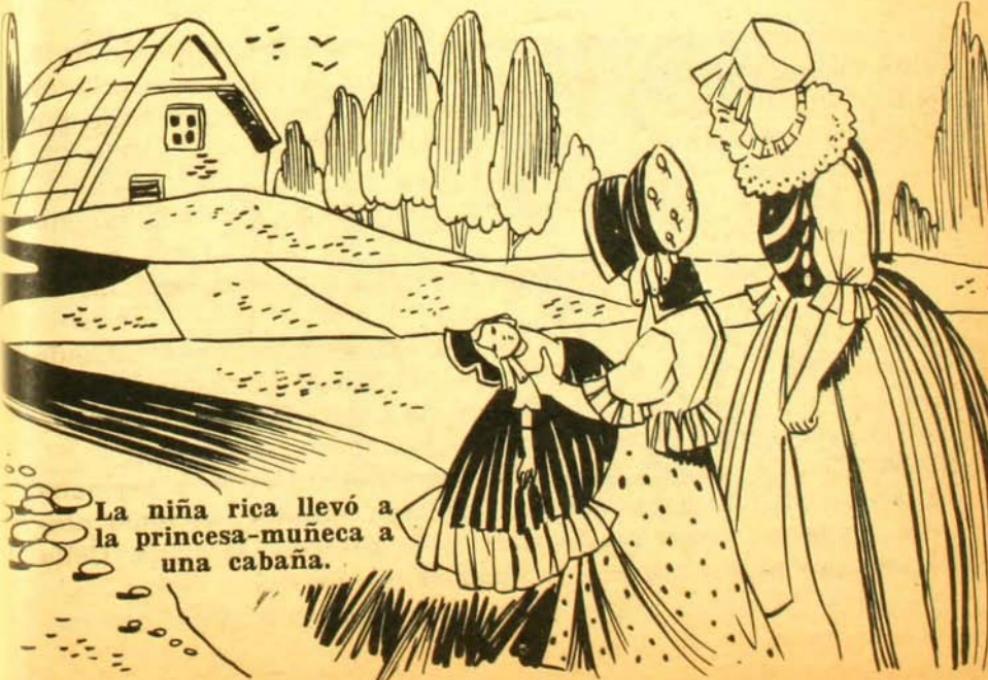
Entretanto, la marquesita Bella, acompañada de su aya, y llevando en sus brazos a la muñeca despreciada, caminaba por los bosques hacia la humilde cabaña de Malvina.

La nodriza Flora vió llegar a su adorada marquesita y salió a recibirla con muestras de alegría.

—Mi preciosa niña —dijo Flora a su ilustre visitante—, qué buena es usted. Todo el día Malvina ha estado pensando en su hermana de leche. La pobrecita sufre mucho.

—Yo le traiga esta muñeca como regalo de Pascua —dijo Bella.

(CONTINUARA)



La niña rica llevó a la princesa-muñeca a una cabaña.



EL TRINEO

CAPITULO II.—E

Aún tiemblo de horror.



1. Adrián Montes había oído con atención el relato de Cecilia. La niña revisaba en el bosque las trampas preparadas por su padre, cuando apareció el trineo fantasma, tirado por perros rabiosos. —Logré huir —murmuró Cecilia—, pero ese terrible recuerdo me perseguirá mientras viva.”



2. Esa noche Adrián tardó en conciliar el sueño. Visiones fantásticas invadían su mente. Evocaba el trineo espectral y los perros cuyos ojos despedían fuego. Cuando al día siguiente el viejo Clem y su hija acudieron a despertar a su huésped, encontraron el lecho vacío.

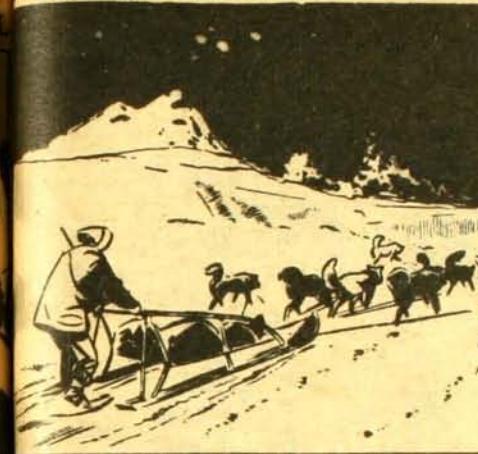


El trineo fantasma lo tiene preocupado, joven.

FANTASMA



AZADOR INVISIBLE



Buscaré ese rastro que me tiene intrigado.

3. Las estrellas relucían aún en el cielo. El joven cruzó la planicie nevada, guiando a sus perros hacia el lugar donde Cecilia había divisado el trineo fantasma. Al rayar el alba se detuvo, y luego de dar a los perros su ración de carne, se alejó, fusil en mano, examinando el sendero con aguda mirada.



¡Se ha ido! Que Dios lo proteja.



Aquí hay huellas.



¡Qué extraño!

4. La primavera estaba próxima y ninguna tormenta había agitado el paraje. Por lo tanto, los rastros se conservaban sobre la nieve. Adrián siguió la huella del trineo de Cecilia, que se advertía tan clara como si recién hubiera quedado impresa. De súbito se inclinó, intrigado.



EL TRINEO



5. Las marcas dejadas por los patines del trineo no eran iguales. La del lado derecho era exageradamente ancha. Esto significaba que uno de los patines se había soltado y se deslizaba de costado. Esa avería no hubiera pasado inadvertida para ningún cazaror.

Amigos, terminó el descanso.



6. Lo cual quería decir que aquel trineo no llevaba conductor. —He hallado las huellas del trineo fantasma, que perseguía al de Cecilia, murmuró Adrián. Sin pérdida de tiempo regresó en busca de su carroaje y animó a los perros para seguir el rastro. La caza de los fantasmas había empezado.

FANTASMA



7. En aquella persecución alucinante cruzó valles y bosques y contorneó lagos inmóviles que parecían de hielo azul. A veces advertía en la nieve que el tiro de perros fantasmas había hecho un alto. Al anochecer el solitario viajero acampó, manteniéndose despierto.



8. Al reanudar la marcha, arrastró el trineo durante algunos minutos, comprendiendo que sus perros estaban cansados. En el límite de un bosque acampó, y las fatigadas bestias se tendieron sobre la nieve. Adrián se había adormecido cuando oyó gemir a sus perros. Se levantó de un salto, cogiendo su fusil.

(CONCLUIRA)



E L CORSARIO NEGRO

CAPITULO XII.—Persecu-
ción por el mar.

El Corsario Negro y sus acompañantes cruzaban una selva húmeda y ardiente. Se detenían a veces

ante lagunas de agua negra y pestilente, casi cubierta de plantas acuáticas. Buscaban entonces cuidadosamente algún vado, porque existía el peligro de hundirse en las arenas traidoras hasta quedar sepultados.

A mediodía asaron el "maracaya", felino cazado por Carmaux. Distaba de ser una carne apetitosa, pero les calmó el hambre. El africano Moro, que se había alejado con la esperanza de hallar alguna fruta, volvió apresuradamente y despavorido.

Cruzaban la selva húmeda y ardiente.



—¿Qué hay, compadre "Bolsa de Carbón"? —interrogó Carmaux, montando precipitadamente el fusil. —Te sigue algún jaguar?

—No..., pero allí hay un muerto..., un blanco.

—¡Un blanco! —exclamó el Corsario Negro—. ¿Un español quieres decir?

—Sí, patrón. He caído encima de él y lo he sentido tan frío como una serpiente.

Comprobaron que el muerto era uno de los

soldados que acompañaban al gobernador Van Guld.

—No está lejos, entonces —murmuró el filibustero, con expresión sombría.

Reanudó la marcha con paso tan rápido que los dos piratas, el africano y el español, apenas lograban seguirle. Estaban agotados por la penosa caminata, que ya duraba diez días, por las noches de insomnio y por la escasa alimentación.

Hacía por lo menos doce horas que no probaban bocado. Carmaux soñaba con un pato silvestre o media docena de sapos. Stiller prefería una cacerola de papagayos o un mono, pero nada de esto se veía en la selva palúdica.

De pronto oyeron un disparo.

—A media milla de distancia —calculó el soldado Bartolomé. El paisaje había cambiado otra vez. Dejaron atrás la jungla pantanosa y avanzaban por bosques espesos. Carmaux veía pasar con ansia las bandadas de papagayos y tucanes y las bandas de monos aulladores. Pero el Corsario le había prohibido disparar un tiro.

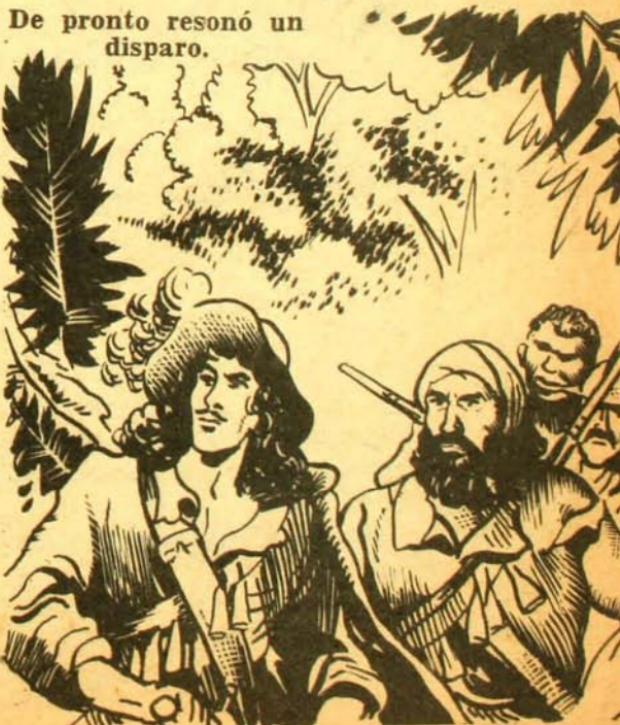
El joven filibustero no producía el menor ruido en su avance. Caminaba sobre las hojas sin hacerlas crujir, separaba las ramas sin inclinarse y se deslizaba como un reptil por entre las raíces. Ni las largas fatigas ni las privaciones habían quebrantado su resistencia. De pronto se detuvo. En un bosquecillo cercano oíanse dos voces.

—Diego, otro sorbo de agua, por piedad, antes de que cierre los ojos.

—¡No puedo! —gemía la otra voz—. Pedro, no puedo. Para nosotros todo ha concluído. Aquellos perros de indios me hirieron de muerte.

—¡Y yo con esta fiebre que me mata!

De pronto resonó un disparo.



—Cuando vuelvan ya no me encontrarán.

—El lago está cerca y el indio sabe dónde hay una barca. ¡Ah! ¿Quién vive?

El Corsario Negro se había lanzado en medio de la espesura con la espada en alto y dispuesto a herir.

Dos soldados pálidos y cubiertos de harapos estaban tendidos al pie de un gran árbol. Intentaron coger los arcabuces, pero sus manos cayeron sin fuerzas.

—El que se mueva es hombre muerto —gritó el Corsario.



—Decidme, ¿dónde está Van Guld? —inquirió el Corsario Negro.

Uno de los soldados dijo con forzada sonrisa:

—¡Caballero! ¡Mataríais a dos moribundos!

Los dos piratas, el africano y Bartolomé llegaban en ese instante.

—¡Pedro! ¡Diego! ¡Mis pobres camaradas! —exclamó el español, que acompañaba al Corsario Negro para vengarse también del gobernador, porque lo había humillado ordenando que le dieran veinticinco palos.

—¡Silencio! —exigió el filibustero—. Decidme: ¿dónde está Van Guld?

—Hace dos horas que se ha marchado. Iba con un guía indio y dos oficiales.

—Vamos, antes de que se escape —dijo el Corsario.

—Señor —declaró Bartolomé—, no puedo abandonar a mis camaradas. Mi misión ha terminado, puesto que el lago ya está cerca. Renuncio a mi venganza.

—Te comprendo. Moro quedará contigo. Mis dos filibusteros y yo nos bastamos para dar caza a Van Guld. ¡En marcha!

Tres horas más tarde avistaban una hoguera a orillas del golfo de Maracaibo. Pero los que habían acampado ya no estaban.

—¡Rayos del infierno! Llegamos demasiado tarde.

—Quizás no, señor. Mirad allá, en la playa.

A los últimos resplandores del día, veíase una canoa india que tomaba el largo apresuradamente, doblando hacia el sur en dirección a Gibraltar.

Los tres filibusteros se precipitaron a la playa.

—¡Van Guld! —gritó el Corsario—. Detente o eres un cobarde. Uno de los cuatro hombres que tripulaban la canoa se levantó e hizo fuego.

Carmaux y Stiller, que se habían arrodillado en la arena, apuntaron los fusiles y un momento después retumbaban dos detonaciones.

Resonó un grito en el espacio y se vió que alguien caía. Pero en vez de detenerse, la embarcación se alejó con más rapidez, perdiéndose entre las tinieblas.

—Hay otra canoa en la arena —anunció Carmaux.

A unos veinte pasos, en una pequeña ensenada, descansaba una piragua. Los bucaneros la lanzaron al mar.

—¿Hay remos? —preguntó el Corsario.

—Sí, capitán!

—A la caza, mis valientes! Ya no se me escapa Van Guld.

Salió la canoa de la caleta y se internó en las aguas del golfo, sobre la pista del gobernador de Maracaibo, con la velocidad de una flecha.

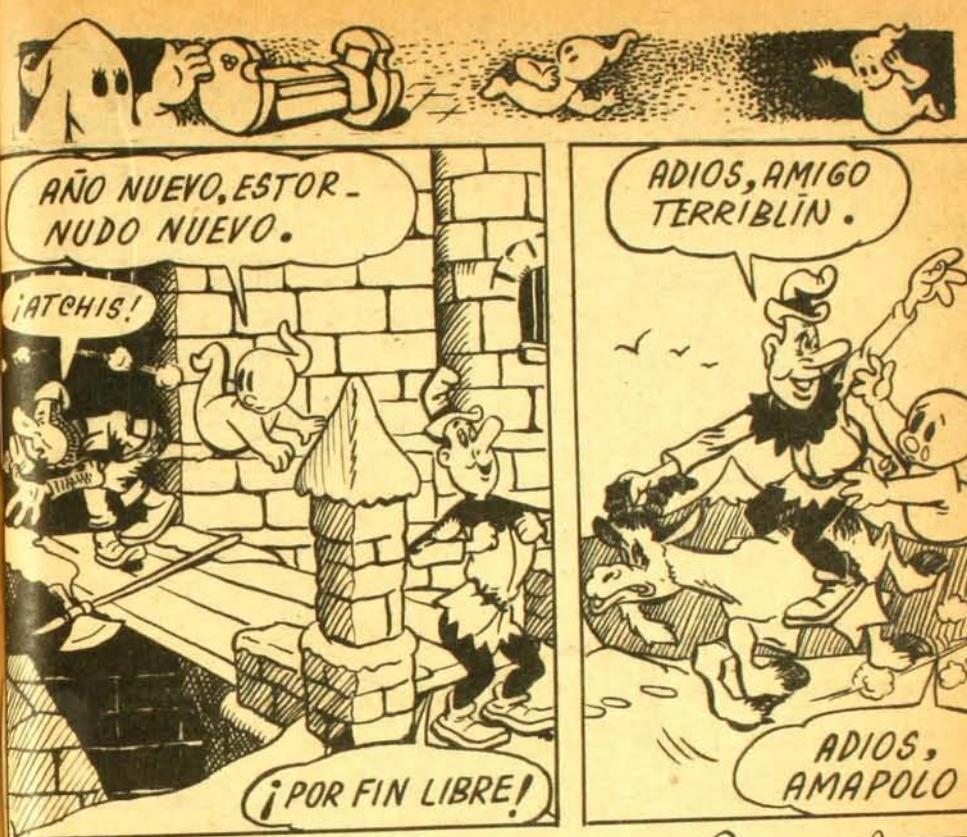
La canoa se internó
en las aguas del gol-
fo.

(CONTINUARA)



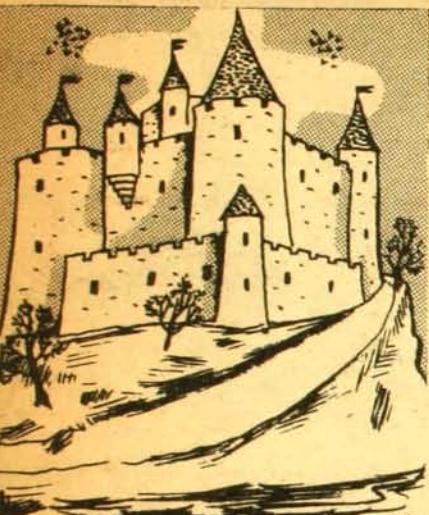
El fantasma

TERRIBLIN SE APODERÓ DEL VENENO QUE EL DUQUE DEL CHAPE Y SUS ESBIRROS QUERÍAN DAR A AMAPOLO ...



(CONTINUARA)

LA ESCLAVA BLANCAFLORE EL PRÍNCIPE SARRACENO



En un antiguo castillo...

CAPITULO I.—La cautiva.

En un antiguo castillo, a orillas del Mediterráneo, vivían el duque de Sicilia, y Aura, su rubia esposa.

En ese castillo medieval reinaba la felicidad. El duque y la bella duquesa velaban por sus súbditos. En las apacibles tardes, ella cosía para los pobres o bordaba tapices. Los juglares cantaban hazañas guerreras y trovas de amor. Los pajes pulsaban el laúd y las damas de honor disimulaban sus risas inclinándose sobre el bastidor, o sobre la ágil rueca.

—Sois feliz? —preguntaba a veces el duque de Sicilia a la castellana.

—Sí, mi señor. Y

mi dicha será perfecta cuando nazca

nuestro hijo —respondía ella, con la mirada resplandeciente y una sonrisa temblorosa.

El rudo guerrero ocultaba su emoción approbando con un gesto las piruetas de uno de los bufones o dando cualquier orden a su escudero.

Pero un día aquella dicha se nubló.

—¡Los sarracenos desembarcan en Sicilia! —gritó el vigía, desde la torre.

Un hálito de espanto estremeció a los habitantes del ducado. Sicilia tenía una larga historia de invasiones. Los fenicios, los griegos y los romanos la habían dominado y ahora los barcos musulmanes se acercaban como ávidos halcones, a ras del mar. La insignia de la media luna ondeaba en los mástiles.

Los vasallos del duque de Sicilia se aprestaron a la defensa.

Aura, estremecida de angustia, rezaba con fervor. Una dama de honor se precipitó en la cámara, para anunciar:

—¡Los sarracenos han vencido, señora! Dios nos ampare.

Cuando los árabes volvieron triunfantes a sus barcos, entre los cautivos llevaban a la duquesa.



La desesperación de Aura era tan intensa, que caminaba como en sueños, con los ojos velados por las lágrimas. Inmóvil y silenciosa, no vió el mar, ni los puertos por los cuales pasó la flota musulmana, ni la tierra extraña en la cual desembarcó.

Ignoraba el destino que había sufrido el duque de Sicilia y el dolor sofocaba los latidos de su corazón.

Cuando el sultán la vió, dijo:

—Quedará en palacio, como esclava de la reina.

La sultana Yazmina era joven y bondadosa.

—No temas —dijo a su nueva sierva—. Comprendo que eres distinta a las demás y



Entre los cautivos
marchaba la duquesa.

de un hombre de tez blanca y ojos azules, revestido de hierro y armado con una espada recta. Era, seguramente, muy distinto al rey Osmán, que vestía de seda y oro y llevaba al cinto un yagán curvo, con la empuñadura incrustada de piedras preciosas.



El sultán decidió dejar en palacio a la esclava blanca.

no te causaré humillaciones. En tu país, ¿eres reina?

—No, Majestad.

—Pero tu nacimiento es sin duda elevado. Serás para mí no una esclava, sino una amiga.

Con el transcurso del tiempo ambas llegaron a amarse como hermanas.

Yazmina procuraba en todo instante que Aura olvidara su esclavitud y el dolor de verse alejada de su tierra. Ella nunca le habló del duque de Sicilia, pero la reina sabía instintivamente que Aura había sido cruelmente separada

Pero ambos tenían un valor indomable y en su mirada podía reflejarse la dureza y también la ternura.

—Hermana blanca, no estés triste —suplicaba a veces Yazmina.

Aura intentaba sonreír.

—Te diré un secreto —añadió la sultana—. En un tiempo más tendré un hijo. Lo cuidaremos entre las dos y él aprenderá a amarte como si fueras su madre, rubia y blanca.



La sultana Selima
era joven y bonda-
dosa.

Aura murmuró:

—Yazmina, yo también espero un hijo.
Los ojos de la sultana resplandecieron de
alegría al decir:

—Cuando nazca, se disipará tu tristeza.
Crecerán los dos juntos, como príncipes her-
manos. No habrá diferencias entre ellos y tu
hijo será feliz en Armenia.

La duquesa permaneció en silencio. ¿Podría
olvidar, acaso, el aciago día en que el casti-
llo de Sicilia fué asaltado por los sarrace-
nos? En las noches creía oír entre sueños el
entrechocar de las armas, los aullidos de la
horda bárbara, la voz del duque dirigiendo
en la batalla a sus soldados.

—Mi hijo se llamará Selim —pronunció

Yazmina, interrumpiendo las dolorosas meditaciones de Aura—.
Mi señor Osmán se sentirá orgulloso de él, y cuando Selim reine...
Con un gesto impulsivo abrazó a Aura, añadiendo:

—Cuando Selim reine, junto a su trono estará tu hijo, para guiar-
lo y para compartir el imperio.

La esclava blanca susurró, conmovida:

—Bendita seas, reina Yazmina. Perdí a quien me protegía y me
amaba, pero he hallado a una hermana leal y generosa.

(CONTINUARA)



Selima y Aura se
amañan como her-
manas.



Los PRINCIPIES FUGITIVOS

CAPITULO XVII— El paso peligroso de la frontera.

jefe craciano que hablaba con Ricardo Zanetta. ·

—Siga su camino y buena suerte —dijo el militar a Zanetta. Cuando estuvieron libres de la inspección craciana, Rosalinda se despojó de la manta que la cubría y dijo a Ricardo:
—El sargento indicó que la frontera se cerraría en media hora más. ¿Crees que llegaremos a tiempo? ¿Cuántos kilómetros faltan?
—Siete kilómetros —expresó Ricardo—. Sin embargo, creo que llegaremos en un cuarto de hora.

El automóvil corría por laderas y montes con vertiginosa rapidez, pero llegó un momento en que la ruta se estrechaba entre rocas y precipicios.

—En aquella colina está la frontera de Helvecia —dijo de pronto Ricardo—; en cinco minutos...

RESUMEN: Despues de la invasión de Sovinia por los cracianos, los príncipes Igor y Anita, acompañados de su heroica institutriz, Rosalinda Nelson, han sufrido crueles aventuras, hasta caer en poder del capitán Carlston, quien descubre su identidad a causa de las intrigas de la perfida Lulú Milstein. Rosalinda huye en busca de Ricardo Zanetta, protector de los príncipes, y se oculta en un montón de paja, donde se queda dormida. Al día siguiente, busca a Ricardo Zanetta en Korován; éste sale al encuentro del automóvil que conduce a los príncipes, ataca al sargento y a Lulú Milstein y huye con Rosalinda y los niños hacia la frontera de Helvecia.

Por desgracia, de súbito, sobrevino el desastre. Un peñasco se soltó de la montaña y se atravesó en el camino.

—Cuidado, Ricardo —alcanzó a decir Rosalinda.

Zanetta frenó, pero ya el automóvil había chocado en la peña. La institutriz y los príncipes cayeron fuera del vehículo. Algo cayó sobre la cabeza de Rosalinda y la aturdió. Con un gemido de dolor la joven recobró los sentidos, y al recordar lo ocurrido gritó desesperada:

—¡Igor! ¡Anita!, ¿dónde están?

No había señales de ellos, ni tampoco de Ricardo Zanetta.

Poniéndose de pie, se acercó al volcado automóvil. Allí vió a Ricardo tendido en el suelo y a los dos príncipes inclinados sobre el inmóvil Zanetta.

Igor, asustado, pero valiente, levantaba los brazos del joven, mientras Anita se llevaba ambas manos a la cabeza, en un gesto de horror.

—Ricardo, Ricardo —gimió Rosalinda, corriendo junto a su amigo.

Arrodillada sobre el cuerpo del desfallecido Ricardo, Rosalinda descubrió una herida en su sien izquierda.

—No ha muerto —murmuró Rosalinda—. Igor, toma un pañuelo y mójalo en la vertiente. Pronto, pronto.

Igor no tenía necesidad de que le apuraran, porque él comprendía que el tiempo era el factor principal para su salvación.

Sólo faltaban diez minutos para que se cerrara la frontera con Helvecia.

Apenas sintió Ricardo el frescor del agua, abrió sus párpados y miró a Rosalinda con honda angustia. En seguida se incorporó y dijo:

—Perdemos tiempo... ¿Cuántos minutos he estado inconsciente? La frontera se cierra a la una.

—Faltan diez minutos —respondió Rosalinda—, pero es posible que no sean tan puntuales. Pueden estar revisando los pasaportes.

—Tenemos que volar —expresó Ricardo, ya repuesto de su desmayo—. Yo conozco otro camino que conduce más rápidamente al edificio de la aduana fronteriza.

Ricardo señaló un puente de tablas que se cimbraba sobre el precipicio.

—Carga tú a la princesita —ordenó Ricardo a Rosalinda—, y yo llevaré al príncipe Igor.

Aún cuando la institutriz de los príncipes de Sovinia era intrépida, sus piernas temblaron al traspasar el frágil puente de cimbra. Cada paso parecía que iba a sepultarla en el precipicio.

—No vaciles —decía Ricardo, animándola con su voz y su ternura—, ya llegaremos, querida amiga.

Al término del puente siguieron por un camino pedregoso.

—Corramos —urgió Ricardo—; no son más de treinta metros los que faltan para llegar a la frontera.

De súbito Rosalinda tropezó.

—No puedo más —balbuceó la joven—. Prosigue tú adelante, Ricardo. Si llegas a tiempo podrás ayudarme desde la frontera.

—Bien —respondió Ricardo, aumentando la velocidad de su carrera—. Allá te espero con Anita.

—Rosalinda, nos han dejado solas —balbuceó la princesita con triste voz.

—Ricardo nos salvará, mi preciosa —replicó Rosalinda, estrechando a la afligida criatura.

Al llegar al villorrio de la frontera, Rosalinda vió una escena de confusión y de tumulto. La aduana, con los soldados cracianos a un lado de la línea divisoria, y al otro lado soldados helvéticos recibiendo a la compacta masa de refugiados. Una distancia de treinta metros entre ambas aduanas dejaba un espacio libre.

Rosalinda divisó a Ricardo Zanetta, que, como ya sabemos, vestía el uniforme militar de los cracianos, gritando a uno de los soldados cracianos para atraer su atención. Tras breve argumentar, el detective secreto llamó a Rosalinda y le dijo:

—Todo arreglado. Podemos pasar.

Nunca había escuchado Rosalinda palabras tan maravillosas. Hasta el peso de Anita le pareció liviano.

—¿Lograste convencerles? —interrogó Rosalinda a su salvador.

—El uniforme craciano me ha servido otra vez —explicó Ricardo—. El soldado no se atrevió a oponerse a mi deseo. Le ordené que mantuviera abierta la frontera cinco minutos más. Dame los pasaportes.

Rosalinda entregó a Ricardo los pasaportes falsos que él mismo había confeccionado en Capro bajo el nombre de los hermanos Maclovia, Tadeo y Serapia Nelson. Abrigaba la esperanza de que el oficial de aduana no descubriera el fraude.

Los fugitivos se mezclaron con la masa humana que pugnaba por atravesar la frontera.



Ricardo y Rosalinda
atravesaron el puente
de cimbra con Igor y
Anita.

Ricardo, como militar craciano, se abría paso, fingiendo no tener relación alguna con Rosalinda y los dos niños.

—Qué felicidad —murmuró de improviso Rosalinda—; allí están Carlo Pacini y sus artistas de circo.

En efecto, allí estaban los cómicos con sus camiones, sus carretillas, jaulas, etc.

Una muchachita guiaba un carretón lleno de grandes muñecas y algunos niños cargaban valijas.

Ya le tocaba el turno en la ventanilla de la aduana al empresario del circo Pacini.

El melodramático personaje presentaba sus pasaportes y los de su numeroso elenco, cuando, de súbito, sobrevino una sensacional interrupción.

Un tropel de caballería craciana avanzaba a todo galope. Precedía la cabalgata una mujer que corría en un brioso caballo.

—¡Deténganse, no dejen pasar! —gritaba salvajemente la mujer—. Hay cuatro personas sospechosas. Es preciso examinar uno a uno a los viajeros.

Rosalinda perdió el color al descubrir que la mujer que daba terribles gritos era Lulú Milstein.

En el momento del triunfo les amenazaba una cruel derrota.

Ricardo Zanetta fué el primero en recobrar su ánimo, mientras Rosalinda, anonadada por el dolor, sentía vértigos en su cerebro. Cogiéndola del brazo, Ricardo la arrastró a un lado y se colocó con ella y los niños en un ángulo del edificio aduanero.

—Hay que hacer algo y pronto —murmuró Ricardo—. Por el momento estamos a salvo, pero aún en Sovinia. Si pudiéramos disfrazarnos...

—Carlo Pacini nos ayudará —declaró Rosalinda—. Están cerca de nosotros. ¿Viste ese carretón de muñecas? Los niños podrían trepar en él.

Ricardo aplaudió el astuto plan de su amiga, y Rosalinda, protegida por el tumulto de refugiados, pudo avanzar hasta la caravana del circo y explicar a Carlo Pacini su desesperada situación.

—Entregue mis pasaportes junto con los suyos —suplicó Rosalinda—, y présteme el coche de las muñecas y a la niña que lo guía.

Carlo Pacini se apresuró a complacer a la institutriz de los príncipes de Sovinia. Los demás artistas ayudaron también a Rosalinda y arrastraron el coche de las muñecas hasta el recinto aduanero.

—Tadeo, Serapia —dijo Rosalinda a sus pupilos—, yo quiero que ustedes pretendan ser muñecos. Van a trepar a este cochecito y permanecerán inmóviles. ¿Me entienden? No han de mover ni los párpados.

—Lo prometemos —dijeron los príncipes, a quienes los artistas colocaron la indumentaria de Arlequín y Colombina.

Mientras tanto un gitano proporcionaba a Ricardo Zanetta un traje para su disfraz, y Rosalinda, ataviada con el vestuario de la muchachita que conducía el coche de muñecas, se ponía al frente de él.

Los príncipes Igor y Anita representaban admirablemente su papel, sin mover ni un instante sus ojitos.

—Listos —dijo Ricardo, ajustando su boina roja con aire de chulo enamorado—. Lulú Milstein está explicando el asunto en la caseta del guardavistas y ya se inicia la entrega de pasaportes.

—Los míos ya están visados —declaró Carlo Pacini—. Entre éstos van los de nuestros protegidos. Adelante todos...

Arrastrando el cochecito pasó Rosalinda con su cabeza adornada por una cofia de encajes y su busto envuelto en un chal de Manila, sin que Lulú Milstein la descubriera. Tras las muñecas avanzaban Carlo Pacini y los demás artistas.

Rosalinda jamás olvidaría aquellos trágicos momentos.

Paso a paso la joven guiaba el cochecito; ya se acercaban a Lulú Milstein y al jefe de la aduana. Uno a uno eran examinados de nuevo los pasaportes, y, al recibir el visto bueno, atravesaban los treinta metros de vía libre hacia la frontera de Helvecia. Frontera que para Rosalinda, Ricardo y los príncipes Igor y Anita era la frontera de la libertad.

"Llegó mi turno", pensó Rosalinda, temblando de pies a cabeza. —Carlo Pacini y sus cómicos viajeros —anunció con retumbante voz, el empresario del circo—. Mis pasaportes están visados y todos en forma.

El jefe de Aduana movió el brazo como para indicar que podían seguir hacia la otra frontera.

—Espere un poco —dijo la pérvida Lulú, deteniendo el ademán del aduanero—. Supongo que no vendrán con estos cómicos Rosalinda Nelson y los dos chicos que buscamos... Hola... ¿Quién es esa muchacha que conduce el coñecillo de muñecas?

(CONCLUIRA)

Arrastrando el coche
de muñecas pasó Ro-
salinda el recinto
aduanero.



Ponchito

por nato

¿CÓMO LO HAGO?
¿CÓMO LO HAGO?



¡AH! ¡YA SE! ¡CÓMO
NO SE ME OCURRIÓ
ANTES!



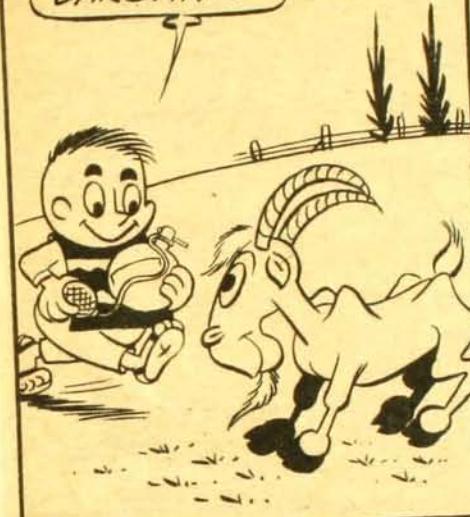
¡ESTA ES LA
ÚNICA SOLUCIÓN!



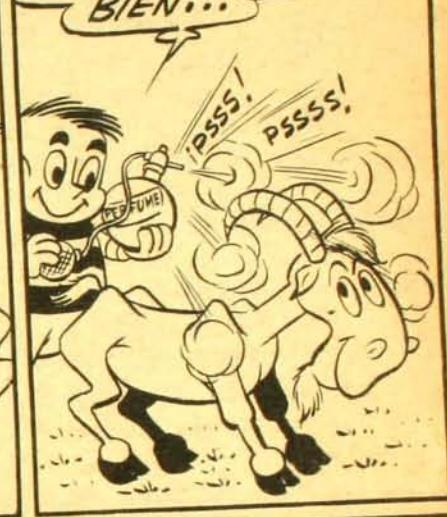
¡PUEDA SER QUE
LE GUSTE!



¡HOLA, AMIGO
BARBITA!



¡Y DESPUÉS DE HA-
BERTE PERFUMADO
BIEN...



...VENGA ESE ABRAZO DE
AÑO NUEVO!!!

NATO.





EL REINO DESTRUIDO

CAPITULO III.—*Dos hombres vengativos.*

Decio Servio informó a su amigo Cayo Sestilio que había visto en la costa africana la nave de Fulvio Luceri. Cayo, que profesaba un odio mortal a Fulvio, decidió acusarlo de cristiano ante el emperador Nerón.

—Decio —pronunció con voz tensa—, ¿puedes jurarme por Júpiter que ese barco era el “Aquila Maris”?

—Sí, y oí decir que estaba capitaneado por Fulvio. Dió libertad a todos los remeros antes de incendiarlo.

—¡Por Jove! Mi venganza no está lejos.

Ese mismo día se encaminó hacia el palacio imperial.

Sobre las ruinas de Roma, después del espantoso incendio del año 64, Nerón había trazado el plano de una nueva ciudad, con anchas calles y elevados edificios, reservándose un amplio espacio entre los montes Palatino y Esquileno para levantar un maravilloso palacio, la Casa de Oro. Este metal abundaba en la construcción, igual que las piedras preciosas. Frente al vestíbulo ordenó erigir su propia estatua, de doce pies de altura.

Cayo confiaba en su persuasión. Nerón

había oído siempre los malévolos consejos de sus cortesanos. Su madre, la emperatriz Agripina, ejercía también sobre él una mala influencia y jamás corrigió sus errores, ni refrenó su maldad.

Al solicitar audiencia, el capitán de la guardia pretoriana le respondió:

—El César está muy ocupado. No recibe a nadie.

—¿Puedes jurarme,
por Júpiter, que ese
barco era el de Fulvio
Luceri?



—Se trata de algo muy importante —insistió Cayo—. Es por el interés del Estado.

—Lamento negarte la entrada, pero éas son las órdenes imperiales.

Cayo Sestilio supuso que el emperador se encontraba consultando a un mago o astrólogo. Era supersticioso y se guiaba por las cábalas de nigromantes rodios, sacerdotes egipcios

y adivinos macedonios. Estos extravagantes personajes venían de apartadas tierras y sus pronósticos distraían el tédio del César.

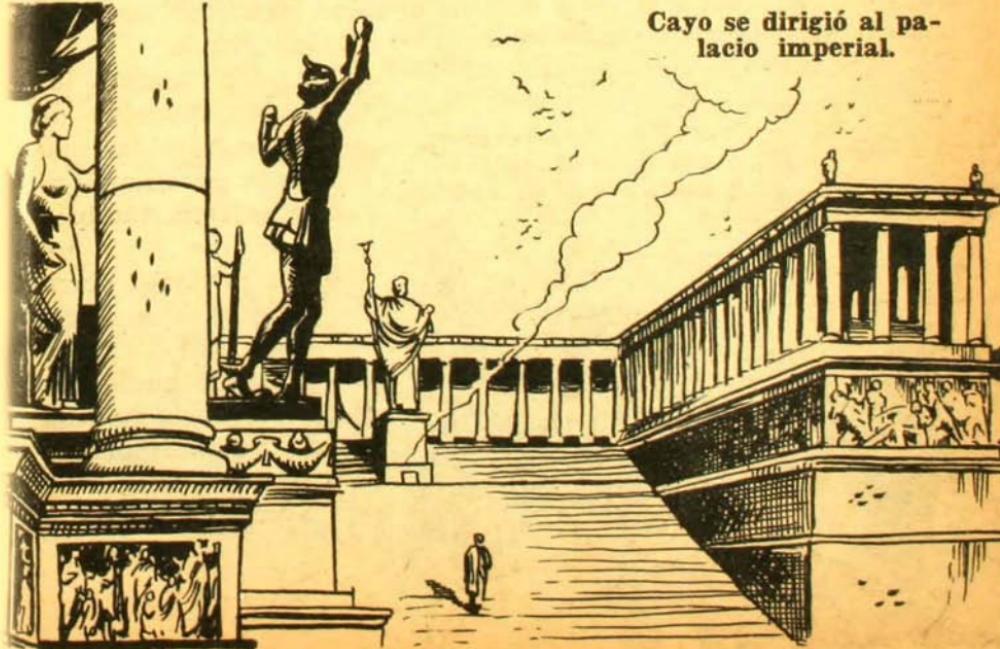
—Pierde el tiempo con charlatanes —gruñó Cayo—, mientras la ralea de cristianos aumenta y los traidores al imperio confabulan tranquilamente, sin ser perseguidos.

En ese instante llegaba Tigelino en su espléndido carroaje. El comandante de la guardia pretoriana se erguía con orgullo, sosteniendo las bridas. Su semblante respiraba astucia.

—¡Salve, Tigelino! saludó Cayo.



—Mi venganza no está lejos —pronunció rencorosamente.



Cayo se dirigió al palacio imperial.

—El emperador no
recibe a nadie.



El comandante lo saludó alzando su diestra y luego descendió de un salto. Cayo prosiguió:

—Procuré obtener una entrevista con Su Majestad, pero he fracasado. Sin embargo, las noticias que traigo son urgentes. Creo saber dónde se oculta Fulvio Luceri.

Al oír ese nombre, el rostro de Tigelino se endureció.

—¿Fulvio Luceri? Tengo que arreglar con él una vieja cuenta. Cayo sonrió con maligna alegría. No sólo él odiaba al joven patricio. Allí había otro hombre, cruel y poderoso, que podía ayudarlo a satisfacer su venganza.

—El emperador está consultando un egipcio que lee el porvenir en la arena —murmuró Tigelino—. Si lo interrumpimos se enfurecerá, a menos que le demos una noticia más importante que las cábalas del egipcio. Cayo, ¿estás seguro de saber dónde está Fulvio Luceri? ¿Crees que su captura sea posible? Nerón quizás no odie a los cristianos. Los ve morir con la misma indiferencia con que ve caer a los gladiadores. Por lo tanto, para lograr que Fulvio sea sentenciado, es preciso insistir en que es un

En ese instante se acercaba el comandante Tigelino.



traidor. César está inquieto. Los rumores sobre la destrucción de su reino han llegado al palacio y turban el sueño imperial. El reino destruido..., éas son las palabras que debemos repetir.

—Comprendo —asintió Cayo, con una mirada de complicidad.

Mientras tanto, Nerón observaba los gestos rituales de un sacerdote de Thot, mirándole a través de una lente de esmeralda, porque sufría de una acentuada miopía.

El semblante de Tigelino se endureció.



(CONTINUARA)

Correspondencia

PATRICIA CARTERS, OLGA VILLALON. Agradecemos sus elogiosos conceptos por esta pequeña gran revista, que es la favorita de ustedes. Trasmitiremos sus felicitaciones a Nato y Elena Poirier.

SERGIO PAREDES. Si quiere suscribirse a "SIMBAD" por un año, envíe la suma de \$ 490.—, y \$ 250.— por seis meses, a Sección Suscripciones, Santiago, Casilla 84-D. Se le enviará semanalmente a Los Pellines. Mande su dirección y nombre completos. Estos datos son para todos los que preguntan por suscripciones.

FABIOLA CASTRO, A. RETAMAL BARROZO, JULIO CORCIONE. Nos conmueven sus ardorosas felicitaciones por esta pequeña gran revista que tanto les deleita y entretiene. Les deseamos éxito en los concursos.

DAVID CONTRERAS, NORMA GONZALEZ. Los premios sorteados en Santiago se cobran en la oficina de "SIMBAD". Los de provincias se envían por correo sin gasto alguno para el favorecido.

TERESA MATAMALA. Tenga paciencia. Son miles las soluciones exactas que llegan cada semana. Algun día saldrá usted favorecida. Gracias por sus felicitaciones. Saludos a su hermanita María Angélica.

HORACIO RIQUELME. Dice que por primera vez compró el "SIMBAD" y que, desde esa vez, primero se muere antes que no tenerlo semanalmente en su poder.

JOSE VARGAS, ALICIA CABANAS. Adoran las serials "Príncipes Fugitivos" y el "Corsario Negro". Después se encantarán con la "Princesa Muñeca" y otras novedades.

ROXANE.



GRAN CONCURSO

Standard Electric

DISCOS

pulgarcito

Y SIMBAD

"la mejor revista infantil".

Contesta a esta pregunta: ¿Es bisiesto o no el año 1955?

Envía tu respuesta a casilla 84-D, INCLUYENDO EL CUPON, y podrás participar en el Gran Sorteo Semanal de 12 Discos PULGARCITO, irrompibles, en bellísimos colores, con temas infantiles. Además, se sorteará UN REGIO TOCADISCOS, Suscripciones a SIMBAD, Libros y Premios en DINERO.

Distribuidores exclusivos

Standard SE Electric
Sociedad por el prestigio
SANTIAGO - CHILE
Hogar mundial de la radio

Enero

1

SABADO

Un producto

SHYF

Solución a "SIMBAD" 276: La ilustración evoca la Adoración de los Pastores. Entre los niños que enviaron soluciones exactas, salieron favorecidos los siguientes: 1 radio: Sara Rojas, Santiago. Un sobre de tres discos: María E. Báez, Santiago. UN DISCO PULGARCITO: Ricardo Cerda, Santiago; Rebeca Ahumada, Rancagua; Jorge Rivas, Millantún; Ana Rivas, Quilacoya; América Rodríguez, Talcahuano; Bruno Poblete, Talca; Angélica Peña, Chanco; Luis Monroy, La Mina; Olga Kunsmann, Santiago. CON UNA SUSCRIPCION TRIMESTRAL: Alberto González, Santiago; Marcial Farias, Valparaíso; Irma Gómez, Talcahuano; Patricia Cartens, Santiago; Ana Zamudio, Santiago; Héctor Rojas, Valdivia. CON CINCUENTA PESOS: Benilde Méndez, Parral; José Contreras, Santiago; Julio Ríos, Santiago; Alberto Retamal, Arauco. CON UN LIBRO: Carlos Echeverría, Santiago; Ramón Cabañas, Santiago; Pamela Soto, Rancagua; Miguel Figueroa, Concepción; Enrique Castro, Lota Alto; José Saavedra, Santiago; Haydée Aliaga, Valparaíso; Mario Villarroel, San Fernando; Arnaldo Saavedra, Santiago; Magdalena Contreras, Santiago.

CUPON DEL CONCURSO Semanal

Standard SE Electric

SIMBAD N.º 278

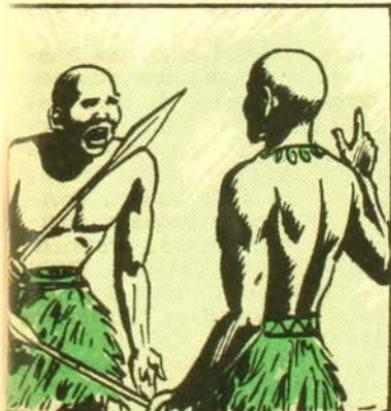
Los niños de provincia recibirán sus premios por correo. Los lectores de la capital deben retirarlos en Avenida Santa María, tercer piso, revista "SIMBAD".

Empresa Editora Zig-Zag, S. A. — Santiago de Chile, 1954.

Juan y Juanita



3. Tipaya se acercó al grupo, diciendo: "—No oigan las falsas palabras del *bwana malo*". El cazador dispuso que se reanudara la marcha, pero de pronto alzó la mano, imponiendo silencio: "—Ese rumor...", susurró, inquieto. Los demás también percibieron un eco lejano, que luego se convirtió en un sordo estruendo.



4. Vibraron poderosos bramidos y la tierra retumbó. "—¡Elefantes!", gritó uno de los negros, aterrorizado. Tipaya, sin perder su calma, ordenó: "—Hacia el norte". Detrás de ellos resonaba cada vez más cercano el galope de los enormes paquidermos que avanzaban destrozando los árboles a su paso.

(CONTINUARA)

PELUSITA

POR NATH

